

Más allá
de Los Lagos



La Última Conjura



Juaní Hernández

A Sephos
27

Juani Hernández

Más allá
de Los Lagos

Saga de Los Lagos
IV

1ª edición: diciembre, 2016
Copyright © Juani Hernández, 2016
Obra registrada en Safecreative: 1612019980175
Corrección: Juani Hernández, Elena García
Maquetación: Juani Hernández
Ilustraciones interiores: Juani Hernández
Diseño de portada: Juani Hernández
Imagen: Shutterstock
Impreso por CreateSpace
ISBN: 1540763315
ISBN-13: 978-1540763310

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos

A todas esas princesas
que deseaban leer una aventura más

Con mi más profundo agradecimiento

Índice

[Mapa de los Reinos](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Epilogo](#)
[Agradecimientos](#)
[Otros títulos](#)
[Sobre la autora](#)

Mapa de los Reinos



Prefacio



Se sentía como un león enjaulado entre aquellas cuatro paredes; los cuartos de sus esclavos eran más grandes que aquella casa señorial. Aunque, pensándolo bien, el sitio era lo de menos. Estaba ansioso, impaciente, a punto de perder el control, y jamás se había permitido hacerlo. Pero había esperado casi tres décadas por tener una oportunidad como esa.

Tampoco le gustaba aquel clima, era mucho más húmedo que el de su imperio, al otro lado del Mar Istook, y las contadas ocasiones en las que cruzó sus aguas, nunca resultaron experiencias satisfactorias, especialmente una de ellas.

Era incomprensible que, aun después de tantos años, más de treinta, aquella inquina permaneciera fresca y ponzoñosa, aunque debía reconocer que se había mantenido durante mucho tiempo aletargada. Levantar un gran imperio no era tarea fácil, y decidió emplear en ello todas sus energías, invertir todos sus esfuerzos, sin desviarse del camino que lo cubriría de poder. Recibió el testigo de manos de su padre al morir, quien dispuso unos buenos cimientos para expandir sus dominios, y él concluyó su obra, aunque no obtuvo toda la recompensa que esperaba, que creía merecer.

Mientras su padre aún vivía, le acicateó para que cruzara hacia el norte aquel mar inmenso como el infinito con tal de que conociera las lejanas tierras que se hallaban al otro lado; si quería gobernar, dominar el imperio, debía saber cuál era la magnitud del mundo, su objetivo final.

Le llamó la atención aquel territorio salpicado de lagos, como si centenares de estrellas hubieran caído en una noche de luna y el sol las hubiera derretido al amanecer. Aunque la estrella más bella de todas era ella: Gladys.

Se encaprichó de ella en cuanto la vio. Siendo un príncipe extranjero, su padre no dudó en darle hospedaje, cosa que él aprovechó para hacer un alto en el camino y tratar de conquistar a aquella perla a la que deseó desde el primer instante en que sus ojos se posaron en ella. Le era tan fácil imaginar aquel largo cabello color miel caer sobre él mientras abrazaba su cuerpo desnudo... Y su belleza era salvaje, exudaba sensualidad con cada paso que daba, pero era tan inocente que ni cuenta se daba de ello. Él lo habría dado

todo con tal de mostrarle la mujer que se escondía bajo su piel, descubrirla, gozarla...

Vino a saber que estaba comprometida en matrimonio con el Príncipe Trystan de Meissen, un hombre estúpido que prefirió alejarse de ella para adentrarse en los misterios de las artes curativas, en vez de desposarla y meterla en su cama en cuanto hubiera tenido la oportunidad.

Maldito Rey Sanador. Maldito el amor que Gladys le profesaba. Jamás pudo tentarla, jamás le permitió acercársele lo suficiente como para poder percibir el aroma de su piel. Y maldito su padre por no ser lo bastante ambicioso como para taponarle la boca a su irreverente hija, de un bofetón si era necesario, y aceptar el dinero y las joyas, la alianza que él le ofrecía si se la entregaba.

Amenazó con escapar en caso de que su padre aceptara, con despeñar su cuerpo en la Forca de Deati, allí, en el mismo corazón de Meissen, para que su alma estuviera siempre cerca de Trystan. Las esmeraldas de sus ojos crepitaban de odio hacia él, mas de pasión por defender su amor por ese mequetrefe... Cuánto habría deseado ser él quien inspirara esa vehemencia... y, en cambio, casi provocó su muerte. Viendo que su padre vacilaba, sintiéndose acorralada, se acercó a él y le arrancó del cincho su preciosa daga de oro y diamantes.

Se pasó las manos por su oscuro cabello mientras el recuerdo se instalaba en su mente, la imagen de la afilada hoja sobre la clara piel que cubría las venas de su muñeca. Y lo habría hecho. En sus ojos pudo ver con claridad que hubiera abierto sus venas para dejar que la sangre fluyera hasta haber derramado con ella toda su vida.

Bajó la vista y contempló la empuñadura de aquella misma daga que aún colgaba de su cincho. A pesar de los años, seguía siendo igual de bella y de mortífera, un arma latente que aguardaba por aquel pecho en el que se debería hundir de forma letal: el de Trystan.

Y entonces sería suya, tal y como tendría que haber sido. Debería ser la dueña de un imperio, no de aquel mísero reino. Sabía que tenía un hijo y una nieta de poco más de dos años... Apretó los puños; él debería ser el padre de ese hijo, el abuelo de esa niña... maldición.

Pudo averiguar que pasaba largas temporadas en Los Lagos; imaginaba que a Gladys le traería buenos recuerdos volver al lugar donde creció. Su sobrino, Nicholas, también contrajo matrimonio, con la Princesa de Asbath, y ya tenían su príncipe heredero aunque, lo más insólito de todo fue saber que

el antiguo capitán de la Guardia de aquel reino vecino no solo había contraído nupcias con su sobrina Agatha, sino que gobernaba Asbath en nombre de Nicholas.

¿Qué demonios sucedía en aquellas tierras? El mar parecía el límite entre la sensatez y la demencia... Aquel lugar necesitaba una purga urgentemente, decidió. Mezclándose nobleza con plebeyos, rompiendo los cánones y emparentando con populacho de baja alcurnia... Inconcebible...

Maldita sea... ¿Y cuánto tiempo más debía esperar? ¿Es que esa gente no sabía que no en vano lo conocían como el Rey Tirano? Por suerte, él iba a permanecer en aquellas tierras muy poco tiempo. Su plan ya estaba en marcha, y desde lo alto de su castillo vería a Trystan arrastrarse hasta él, humillarse ante él si no deseaba perder todo lo que amaba.

De repente, escuchó pasos que se acercaban, así que corrió a sentarse en la butaca, sin querer mostrar ningún tipo de impaciencia, sino indiferencia. Aquella gente no sabía con quién estaba tratando, pero pronto lo haría.

—Vuestra Majestad Imperial —hizo la criada una profunda reverencia—, los señores ya están reunidos en el Gran Salón.

La miró de arriba abajo. Era bonita, de atractivas curvas, aunque no le servía ni como aperitivo. Lástima, le habría gustado desfogar la ira. La doncella se tensó, seguramente había visto en sus facciones las de un depredador que estaba a punto de abalanzarse sobre ella, y él rio divertido. Tal vez en otra ocasión. Se puso de pie y la criada dio un respingo, pero él le hizo un gesto con la mano para indicarle que lo condujese hacia el salón.

Todos aquellos señores eran las manzanas podridas de Asbath, Meissen y Los Lagos, y parecían niños de pañales enrabiados porque sus soberanos les estaban dando donde más les dolía: en sus arcas. A él, todo eso le traía sin cuidado, pero necesitaba de esas manzanas dentro del cesto, las más dañinas, las que podrían pudrir todas las demás, y de las que él haría uso para sus propios fines.

Cuando entró a aquella sala, casi se le escapa una carcajada... ¿Aquel cuchitril era el Gran Salón? Pero fue agradable que todos le rindieran pleitesía.

—Lord Durstan —pronunció, declarando con el desdén de su voz su gran malestar—. Temo que estoy perdiendo demasiado tiempo aquí. ¿Los términos de nuestro acuerdo van a ser siempre tan volubles?

—Por supuesto que no, Majestad Imperial —respondió temeroso—. Pronto pasaréis a ser el dueño y soberano de estas tierras y, como súbditos vuestros

que deseamos ser, nos rendimos a vos.

—Pero ¿estáis seguro de que deseáis proceder de esa forma? —intervino otro señor—. Deberíamos atacar directamente al Rey Trystan, que no es tan poderoso como su sobrino...

De repente, de su boca ya no se escuchó palabra alguna, sino el gorgoteo de la sangre que subía por su garganta, mientras una hermosa daga de brillantes se hundía en su corazón.

—¿Alguien más osa poner en duda mi proceder? —El soberano los miró a todos con infinito desprecio—. No solo Los Lagos será mío, también Asbath y Meissen caerán a mis pies. Sin embargo, yo diré cómo y cuándo...

En un rincón del Gran Salón, Ethel apenas podía moverse, aunque logró escabullirse y salir al corredor. Apoyada contra el muro, se llevó la mano al pecho y trató de controlar la respiración. Lo había matado. Sin apenas pestañear, había asesinado a uno de los señores de Meissen. Y no iba a detenerse ahí, iba a someter a los tres reinos y dominarlos. ¿De dónde salía ese rey sádico?

Tratando de aparentar normalidad, se secó el sudor frío que perlaba su frente con la manga de la blusa y se recompuso las ropas, incluso carraspeó para romper el nudo que se le formaba en la garganta, poniendo rumbo a una de las salidas de la servidumbre.

Se cruzó con un par de compañeras que le preguntaban adónde se dirigía con tanta premura, sobre todo en horas de trabajo y con una visita tan importante en el feudo, pero ella se limitaba a sonreír y a asegurarles que volvería presto. En cuanto se alejó del señorío, echó a correr y, a pesar de que parecía que las entrañas le iban a estallar a causa del esfuerzo, no se detuvo hasta que no llegó a casa de su prima, donde vivía desde que la expulsaran del castillo de Los Lagos por culpa de Sybill hacía casi tres años.

—¡Sabeline! —gritó en cuanto abrió la puerta—. ¡Sabeline!

—¿Qué pasa? —Se asomó su prima desde la cocina—. ¿Qué te ha sucedido? —Se secó las manos rápidamente con un paño y fue hacia ella.

Ethel se sentó en la primera silla que encontró. Tenía la respiración entrecortada, le dolían los pulmones, tanto si tomaba aire como si lo soltaba, y su garganta estaba seca, pero en llamas.

—Ethel...

Ella levantó una mano pidiéndole que aguardara, así que Sabeline aprovechó para traerle un vaso de agua y que Ethel aceptó de buena gana.

—Tengo que ir al castillo —dijo de forma atropellada, tras beber, y a pesar

de esa afirmación tan escueta, su prima sabía a qué se refería.

—¿Qué? ¿Qué locura es esa? —espetó Sabeline, cogiendo una silla y sentándose cerca de ella—. Sabes que no puedes volver allí —la reprendió—. No puedes haber olvidado cómo te echaron de aquel castillo y el porqué.

—Era una niña estúpida —se defendió ella—. Sybill parecía tan versada en ciertos temas, y yo... —Bajó la vista, avergonzada—. Ya han pasado tres años de eso.

—¿Y te parece suficiente tiempo como para que...?

—Debo advertirles del peligro que corren —exclamó sin permitirle terminar.

—¿De qué peligro hablas? —preguntó escéptica.

—Khawf, el Rey Tirano —tomó aire para continuar—, quiere invadir Meissen, Asbath y Los Lagos.

—¿Es que te ha dado una insolación para soltar tal cantidad de sandeces?

—¡Lo acabo de ver asesinar a uno de los señores venidos desde Meissen! —casi gritó mientras se le nublaba la vista del estupor que le producía el solo recuerdo, aquella imagen—, simplemente porque no le ha complacido su sugerencia.

Sabeline se levantó, retorciendo su delantal entre ambas manos y mirando con espanto a su prima.

—John irá al castillo —decidió—. Cuando acudimos en busca de su clemencia, fueron benevolentes y comprensivos con nosotros.

—¡No! —sentenció Ethel en cambio, poniéndose en pie—. No fui lo bastante valiente para pedirles perdón —murmuró al tiempo que las lágrimas comenzaban a escurrirse por sus mejillas—. Tal vez no me lo habrían concedido entonces, y puede que tampoco lo hagan ahora, pero necesito serles de utilidad, aunque sea una última vez.

—¿Cuándo partirás? —preguntó resignada.

—Ahora mismo. Y ojalá los dioses me permitan llegar a tiempo.

Capítulo 1



—Por el poder que me confiere mi corona, yo bendigo vuestra unión como marido y mujer. Os exhorto a que seáis fieles a los votos que habéis pronunciado y que guíen vuestro camino hacia la dicha.

Y así, tras las bendiciones lanzadas por Nicholas a la pareja, Bruc tomó por la cintura a la mujer que acababa de convertirse en su esposa, Ivette, y le dio un largo y tierno beso. Los asistentes, que ocupaban la totalidad de la plaza, no tardaron en vitorearlos y estallar en aplausos, aunque los primeros que acudieron a felicitarlos fueron Nigel y Erin. Ellos ya habían contraído nupcias un año después de que se extinguiera la amenaza Häe, desde que la paz volviera a aquellas tierras.

El recuerdo de lo acontecido, a pesar de los dos años transcurridos, perduraba en la memoria de todos cual cicatriz imborrable, mas servía para no olvidar lo frágiles que eran los tiempos de paz y aprender así a valorar esa tregua que les estaba otorgando el destino.

Ya en el banquete, desde su puesto en la mesa principal, Nicholas observaba a su pueblo disfrutando de las viandas, que se habían preparado tanto en el castillo como en las casas de muchos vecinos que quisieron agasajar a los novios, al igual que gozaban de la música, danzando en mitad de la plaza al son de las alegres tocatas. Reinaba la armonía y la felicidad, y no podía sentirse más satisfecho como rey, al igual que como hombre...

A su lado, como hacía ya tres años, se encontraba Gabrielle, su amada y dulce Gabrielle. A pesar de las duras pruebas que la vida les había obligado a superar en su corto matrimonio, vencieron las adversidades, haciendo que su vínculo se estrechase aún más. La amaba inmensamente... y, para su fortuna, ella lo amaba a él, y no escatimaba esfuerzos a la hora de demostrárselo, con su cariño, sus consejos, su apoyo... No podían haberle los dioses obsequiado con una mujer más perfecta que ella, la mejor esposa y reina que jamás hubiera deseado, pues, además, su pueblo la tenía en gran estima y la

respetaban como su soberana.

De pronto, la vio aplaudir mientras reía, mirando hacia el frente, y al dirigir él también la vista hacia el mismo lugar, observó que su hermana Agatha tironeaba del brazo de Jordan para arrastrarlo hasta el centro de la plaza y obligarlo a bailar. Los formalismos con ellos no tenían cabida y aquello de que el hombre debía invitar a danzar a la mujer no entraba en consideración para ninguno de los dos, máxime cuando la pareja había barrido con cualquier prejuicio al haber contraído matrimonio, siendo ella una princesa, y él un plebeyo. Sin embargo, ese hombre rudo, de actitud férrea, implacable, poderoso y letal como guerrero y con un incuestionable sentido del honor, se doblegó ante el amor de Agatha, convirtiéndose en la dicha de su hermana y, además, en el mayor apoyo para el reino, siendo él quien dirigía Asbath en su nombre.

Por otro lado, lo habían obsequiado con tres sobrinos hermosos. Frederick, que ya era un mozalbete de casi cuatro años, y los mellizos, Rürik y Edera, que tenían año y medio. El pequeño Rürik había heredado el aspecto de Jordan, quien no hacía más que vaticinar que sería aún mejor guerrero que él. Sin embargo, Edera hacía las delicias de su padre con sus tirabuzones rubios y sus hoyuelos en las mejillas. Porque cuando se trataba de amar a su familia, aquel guerrero se tornaba todo corazón.

Los tres niños jugaban cerca de la mesa con sus primos, Ilsik y Deanna, completando aquel ramillete que era la próxima generación de herederos, aunque Nicholas no perdía las esperanzas y confiaba en que la Divina Vetsa los bendijera con otro hijo. No así Erick y Claire, a quienes, tras el duro parto por el que pasó la esposa de su primo en el que casi pierden la vida tanto ella como la niña, aún no se les acomodaba el espíritu para volver a intentarlo. Además, que su tía Gladys, la madre de Erick, también sufriera una experiencia parecida a la hora de darle a luz los ayudó a tomar esa decisión, sobre todo por parte de su primo. Adoraba a su esposa y jamás osaría volver a ponerla en riesgo.

—Qué lástima que ya se marcharan tus tíos —le dijo entonces Gabrielle, y él asintió, dándole un cariñoso apretón en la mano.

Ya estaba por finalizar el verano, y Trystan quería estar presente para el inicio del censo. Lo común en Meissen, que no en otros reinos, era que los padres inscribieran a sus hijos al nacer en el registro que el propio soberano supervisaba, pero con los habitantes de las aldeas y feudos más lejanos era otro cantar. Deberían ser los señores quienes se ocuparan de ello, mas se

advertía cierto descontento debido al nuevo sistema de recaudación. Por ese motivo, el propio rey había citado sus súbditos para que acudieran al castillo a inscribir a sus hijos, asegurándose personalmente de que recibían algunas ovejas o cabras que les proveyeran de leche para el invierno y les fuera así más fácil superar la fría estación. Además, con los informes de los alguaciles y los bienes que se habían recaudado, Trystan realizaba una especie de repartición para beneficiar a los más desfavorecidos.

Esa decisión había levantado ampollas entre sus señores, a pesar de que era una solución de lo más acertada dada la gran helada que azotó el invierno anterior las regiones del norte de Meissen, colindantes a los Montes Gaynor. Por desgracia, se perdieron muchas cosechas y cabezas de ganado. Mas la incomodidad de unos pocos no primaba sobre el bienestar de la mayoría del pueblo, y Trystan se mostró inflexible ante las quejas y pataletas de sus señores.

Erick y Claire, por su parte, seguían en Los Lagos. Habían pasado allí todo el verano y permanecerían en el castillo hasta el final de la estación, aprovechando el buen clima y para que los niños disfrutaran más tiempo juntos. Después, volverían a Meissen tras haber hecho una visita a Richard en Breslau.

A su vez, la estancia de Jordan y Agatha también era momentánea. En Asbath, se quedaron a cargo Francis y Griän, y Nicholas podía estar tranquilo, pues realizaban un trabajo excelente a la hora de ayudar a su cuñado. Tanto Griän como su hermana Anyan se amoldaron muy bien a su nueva vida, a sus costumbres, y habían terminado de llenar el vasto castillo de risas de niño, pues Selene dio a luz un precioso bebé, y Anyan, poco tiempo después, hizo a Francis padre de otro niño. Tanto él como Griän no cabían en sí de gozo, debido a sus hijos varones, no así Edera, quien echaba en falta una compañera de juegos.

Nicholas suspiró. Todo podría ser paz y dicha a su alrededor si no fuera por la disconformidad de los señores feudales. Con la guarnición que acompañó a Jordan a Los Lagos, llegó Brandon, portando un informe de algunas partidas de alguaciles que patrullaban en la franja fronteriza con Meissen, y no eran muy favorables. Se habían dado algunas revueltas, incluso algunos señores pretendían negarse a dar relación de sus bienes. Era comprensible; estaba hurgando donde más les dolía, en sus arcas y, por otro lado, achacaban el descenso de su patrimonio a la construcción de la nueva muralla. Tan obstinados eran que no entendían que los costes salían íntegramente de las

arcas reales, tanto los materiales como los sueldos de los trabajadores contratados para las obras.

Sin embargo, a Nicholas le traían sin cuidado sus rabetas. Aún recordaba el terrible suceso que acabó con la vida de los padres biológicos de su sobrino Frederick. La gente se hacinaba en los arrabales, cerca de la muralla, en busca de la protección de su rey, y ampliar el espacio intramuros era primordial, pues su pueblo tenía derecho a vivir con dignidad y no en casas que se agolpaban las unas contra las otras.

—¿Qué piensas, primo? —La voz de Erick a su lado lo sacó de sus pensamientos—. No puedes evitar ser rey desde que amanece hasta que anochece.

—Cómo me conoces. —Se rio—. Mejor sírveme un poco de vino, que la fiesta acaba de empezar.

—Y además, sigue en pie la cacería de mañana, ¿no? —preguntó su primo, a lo que él asintió.

—Nigel aún se reía cuando me refería la cara de asombro de Bruc al decirle que la organizábamos en su honor, con motivo de sus esponsales. —Sonrió al recordarlo.

—Bueno, no todos los días se tiene la oportunidad de realizar ese tipo de actividades con tu soberano —apuntó Erick, condescendiente.

—Son hombres fieles —decidió Nicholas—, y tú mejor que nadie sabes cuánto les debemos —añadió, concordando Erick con un cabeceo—. Además, estrechar lazos con mi gente no es ninguna baja; sé que cuento con su respeto y su lealtad.

—Y ellos a su vez saben que su rey siempre los defenderá por encima de todo —agregó el príncipe.

—Es mi deber —sentenció el soberano con rotundidad, y aunque Erick estaba de acuerdo, era muy consciente de que no todo el mundo opinaba de igual forma.

Una vez concluyeron los festejos, todos se retiraron a sus casas, y la familia real, al castillo. Nicholas llevaba en brazos al pequeño Ilsik quien, tras una jornada repleta de juegos, había caído rendido, víctima del agotamiento. Gabrielle caminaba cerca de él, colgada de su brazo, y también se la veía cansada.

—Ve y ponte más cómoda —le pidió él al entrar en la recámara—. Yo me encargo del principito.

Su esposa no se hizo de rogar y le agradeció el gesto con una sonrisa. En

realidad, Nicholas estaba preocupado porque, desde hacía varios días, había notado que la energía de Gabrielle iba mermando a lo largo de la jornada, para llegar exhausta al lecho.

—Estaba tan dormido que ni se ha estremecido mientras le cambiaba de ropa —le contó, yendo hacia la cama, donde ya aguardaba su mujer.

Se quitó con premura las vestiduras reales, quedando solo en ropa interior, y se acostó. Su esposa se apresuró en acomodarse en su regazo, dejando escapar un suspiro cuando se vio rodeada entre sus brazos. Él besó su frente, pero era incapaz de que lo abandonara aquella preocupación.

—¿Mi amor?

—¿Ummm? —gimió ella, sintiéndose vencida por el sueño.

—¿Estás bien? —demandó, un tanto receloso.

—En el mismísimo Kratvah —susurró, apretándose contra él, y aunque Nicholas sonrió, quiso seguir indagando.

—Me refiero a que te noto extraña estos últimos días —le aclaró—. ¿Te has sentido mal?

Y, tal vez, si su esposa le hubiera asegurado que no le sucedía nada, lo habría convencido, pero, en cambio, que levantara el rostro hacia él, con las mejillas encendidas, era señal de que algo le ocultaba.

—Gabrielle... —insistió, con cierta exigencia en su voz.

—Es que... no estoy segura —titubeó ella.

—¿No estás segura de qué? —le cuestionó.

A estas alturas, Nicholas ya estaba sentado en la cama, tratando de descifrar en el rostro de su mujer, quien también se había incorporado, lo que le sucedía.

—Preferiría hablarlo con tu tío primero. —Fue su escueta respuesta.

—Y yo preferiría que se lo refirieses antes a tu esposo —objetó él, tomándola de las mejillas y mirándola, lleno de inquietud—. Sabes que puedes decirme lo que sea.

—Claro que sí —quiso tranquilizarlo ella con su dulce tono de voz y una sonrisa—. Es solo que no quiero darte falsas esperanzas.

—Me asustas, Gabrielle —habló con temor.

—No, no —dijo, acariciando su rostro—. Todo lo contrario. Si lo que sospecho es cierto, sería maravilloso.

—Por todos los dioses, amor mío, dime qué pasa —le rogó.

—Pues... —vaciló, tomando aire, como si quisiera infundirse valor—, hace tres semanas que espero mi periodo.

—Tres semanas... —repitió él, haciendo la cuenta mentalmente—. Es mucho tiempo para un simple retraso... Gabrielle, ¿estás...?

La respuesta de su esposa fue un intenso y brillante rubor en sus mejillas.

—Divina Vetsa —exclamó abrazándola, sin poder reprimir los deseos de hacerlo—. Vas a darme otro hijo.

—No lo sé con certeza —llamó a la prudencia, pero Nicholas seguía estrechándola con fuerza—. Con IIsik recuerdo que tenía una hambre atroz. Ahora, en cambio, me fatigo con rapidez y, cuando llega la noche, apenas consigo mantener los ojos abiertos.

—He reparado en ello —le aseguró, observándola—. Y me tenías tan preocupado... —susurró.

—Yo...

La besó antes de que ella pudiera responderle. La rodeó completamente con sus brazos y atrapó su boca para acariciarla con todo el amor y la emoción que inundaba su pecho, intentando transmitirle con su beso aunque fuera una mínima parte de la inmensa felicidad con la que acababa de obsequiarle.

—Ahora mismo soy el hombre más dichoso sobre la faz de la tierra —murmuró cerca de sus labios. Los recorrió con la yema de los dedos, acariciando su suavidad y mirándose en el brillo violáceo de los ojos de su mujer—. Te amo, Gabrielle, te amo.

—Y yo a ti, Nicholas.

Esta vez fue ella quien lo buscó, y él no dudó en ofrecerle la pasión que le exigía.

Durante unos segundos, invadió su mente la desazón que había mantenido su cabeza ocupada toda la tarde. Mas, tras asegurarse a sí mismo de que protegería a su esposa, a su familia, con su propia vida, se abandonó a los brazos y los besos de Gabrielle.

Capítulo 2



Amaneció siendo una radiante mañana veraniega, ideal para hacerle una visita a los frondosos bosques de Los Lagos y cazar alguna presa.

El grupo lo formaban Nicholas, Erick, Jordan, Nigel y Bruc. Este último aún no asimilaba el hecho de ser un miembro de esa partida de caza, encabezada por su soberano, a quien, de vez en cuando, le lanzaba miradas furtivas.

—Como sigas así, no vas a acertar al blanco en toda la jornada —bromeó el rey, haciendo que el guardia se rascara la nuca, avergonzado a la vez que sonriente, aunque sin perder de vista la maestría de sus movimientos; en ese momento, Nicholas tensaba su arco, apuntando a una liebre. Contuvo el aliento... A los pocos segundos, liberó la flecha y el gemido lastimero del animal dejó patente que había sido un disparo certero.

—Al contrario que tú —dijo Erick entonces con sonsonete—. No has fallado ni una sola vez —apostilló, fingiendo fastidio.

—¿Aún pones en duda mi puntería? —preguntó su primo con sorna mientras desmontaba para recoger el animal abatido.

—Jamás osaría —respondió con cierto tono exagerado, haciendo que los demás se rieran—. Especialmente hoy, que parece tocado por los dioses.

—Y nunca mejor dicho —murmuró por lo bajo, aunque no lo suficiente como para que su comentario pasase inadvertido.

—¿Ha sucedido algo en particular para que te sientas tan afortunado? —Fue Jordan quien preguntó esta vez, con gran curiosidad.

—No pienso decir ni una sola palabra más o mi querida reina me mandará decapitar —alegó volviendo a montar, mas le fue imposible ocultar su sonrisa, en la que todos repararon. De hecho, compartieron confusas miradas, sin poder descifrar el misterio... hasta que Jordan lanzó una exclamación.

—¡Divina Vetsa! —gritó, alarmando al grupo, incluso a los caballos que relincharon sobresaltados—. ¡Gabrielle está encinta!

—¿Cómo...? —inquirió Erick, quien apenas comprendía nada. Sus ojos viajaban una y otra vez de Jordan, que sonreía satisfecho por haber resuelto el enigma tan pronto, a Nicholas, que se rascaba la nuca como un niño travieso—. Entonces, ¿es cierto?

—Gabrielle no quería decírmelo hasta no tener dudas, pero yo no albergo ninguna —les confirmó—. Los síntomas son inequívocos —añadió, recordando que, esa misma mañana, su esposa había comenzado a sentir las desagradables náuseas matutinas.

—Enhorabuena, Majestad —lo felicitaron casi al unísono tanto Nigel como Bruc, asintiendo Nicholas, sonriente y agradecido.

—Agatha se pondrá loca de contenta —auguró Jordan, acercando su caballo al de su cuñado para darle un fraternal abrazo, y que imitó Erick.

—Y ni te cuento Claire —aventuró este último—. ¡Esto hay que celebrarlo!

—Dios Kivhe —Jordan exhaló, poniendo los ojos en blanco—. Mi estómago aún se resiente a causa del banquete de ayer.

—Tragaldabas —se mofó Nigel.

—La culpa es de tu esposa por cocinar tan bien —replicó con un mohín el otrora capitán de Asbath.

—Pues hoy vamos a llevarle un bonito venado a nuestra querida Erin —decidió Erick.

Todos se echaron a reír, no parecían tomarle muy en serio.

—Venga, seguro que en el claro encontramos alguno pastando —los acicateó—. Quien llegue el último, ayudará en la cocina a despiezar el animal.

—Pero ¿qué dices? —exclamó Nicholas, sin dar crédito, aunque se reía.

Sin embargo, Erick no le contestó, ya que picó espuelas y salió al galope.

—¡Será bribón! —le gritó, mas eso no hizo que su primo se detuviera—. ¡Vamos a cazar a ese tramposo! —animó al resto a seguirlo.

Azuzó a su caballo, persiguiendo a Erick que corría como los mil demonios.

«Se está tomando la carrera muy en serio», pensó no sin preocupación, pues, antes de llegar al claro, debían superar una zona agreste, a través de un pequeño sendero bordeado por árboles muy tupidos que apenas dejaban pasar la luz del sol, y de firme muy accidentado. Si bien Erick conocía aquellos bosques, iba demasiado rápido como para controlar al caballo y las irregularidades del camino.

Y de pronto...

—¡¡Erick!! —gritó el rey, quebrándosele la voz por la impresión.

Parecía haber atraído a los malos Hados con el pensamiento, ya que frente a sus ojos vio cómo el caballo de su primo caía, lanzándolo a él a varios

metros de distancia, tras lo que dio con sus huesos en el suelo con inquietante violencia.

—¡Erick! —volvió a gritar, dirigiendo su montura hacia su cuerpo derribado y maltrecho.

Desmontó con rapidez al tiempo que lo hacía el resto de los hombres, que no tardaron en alcanzarlo.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Jordan, arrodillándose junto a Erick quien, por fortuna, estaba consciente.

—¿Es que has perdido el juicio? —lo reprendió su primo, tomándolo con cuidado de la cabeza y los hombros, comprobando que estuviera bien.

—¡Maldición! —bramó Erick, haciendo una mueca de dolor y pidiéndole con un gesto que no lo moviera—. La pierna —le indicó—, creo que me la he roto.

—Por todos los dioses —masculló Nicholas, sin ocultar su enfado—. Lo que no sé es cómo no te has roto la cabeza.

—¿Cómo está el caballo? —le preguntó entonces, buscando con la mirada, y Nicholas blasfemó.

—Está bien, maldita sea —lo increpó—, preocúpate por ti y deja al animal.

—Hay que llevarlo cuanto antes al castillo —dijo Jordan—, aunque, a caballo...

—Será mejor que vaya a buscar una carreta para trasladarlo —se ofreció Bruc, quien montaba de nuevo con premura.

—Bien pensado —apuntó Nicholas, sabiendo que hacer el trayecto de vuelta a caballo podría empeorar la lesión—. Le inmovilizaremos la pierna mientras tanto.

—No estaría mal traer también a la vieja partera que vive en el arrabal —propuso Nigel—. Entiende de huesos rotos.

—Estupendo —concordó el rey.

—Tardaremos lo menos posible —le aseguró el capitán, antes de que los dos partieran.

—Habrá que buscar un par de ramas lo más rectas posibles —sugirió Jordan, pero Erick los tomó a ambos de la manga y los detuvo.

—Quitadme la bota con mucho cuidado —les pidió—. Puede que tengáis que usar el cuchillo para cortarla.

Por la cara de Erick, Nicholas se temió lo peor. La bota le cubría la pierna casi hasta la rodilla. Con sumo cuidado, Jordan le sostuvo el muslo para inmovilizarlo, y Nicholas la tomó por el talón, sacándola muy despacio. Aun

así, Erick soltó un alarido que resonó en la inmensidad del bosque.

—Dioses del Kratvah —murmuró Jordan, mirando a Nicholas, que apretaba los puños, en una mezcla de rabia e impotencia. Atravesando el tejido de las calzas, podía verse la tibia fracturada que sobresalía desde la carne injuriada.

—Espero que esa partera entienda bien de huesos rotos —quiso bromear Erick.

—Ojalá —deseó Nicholas ante la gravedad de la situación—. Por lo pronto, no pienso tocarte hasta que ella llegue.

—De igual modo habrá que entablillarme la pierna —le indicó el príncipe a Jordan, dándole a entender que fuera a buscar las ramas—. Y me harías un favor si trajeses algo más pequeño para que pueda morderlo.

—Erick...

—Se lo he visto hacer muchas veces a mi padre, y creedme cuando os digo que no es agradable.

Jordan miró a Nicholas con preocupación, pero este asintió con una seña para que hiciera lo que le había pedido.

—No es difícil imaginar lo doloroso que resultará —supuso el rey cuando ya estaban solos—, pero lo dices como si fuera cosa de risa.

—Como esa partera no sepa lo que hace, perderé la pierna —lo cortó, reflejándose ahora tanto en su voz como en sus facciones su genuina inquietud. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás, y Nicholas se acomodó tras él para sostenerlo y que estuviera más cómodo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí —asintió—, pero creo que deberemos posponer la celebración—. Volvió a bromear, y el rey no pudo evitar reírse.

—Eres incorregible.

—Eso dice Claire. —Se rio también, aunque se dibujó una mueca de dolor en su rostro—. De verdad, me alegro mucho por vosotros, primo.

—Bueno, puede que algún día, Claire y tú...

—No, no —lo interrumpió con rotundidad—. A pesar del tiempo que ha transcurrido, aún tengo pesadillas de vez en cuando. Vuelvo a sentir en mis carnes lo que pasó —le confesó—. Y tú bien sabes lo que es estar a un paso de perder a tu esposa.

Nicholas sintió deseos de corregirlo, pues, de perder a Gabrielle, no solo sería a ella sino también su propio corazón y su alma, su espíritu. En cualquier caso, podía entender que no quisiera correr el riesgo, aunque fuera

por algo tan sagrado como engendrar un hijo.

—Espero que esto sirva. —Apareció de pronto Jordan, quien portaba varias ramas largas y otra más corta, y que Erick le quitó de las manos en cuanto se arrodilló a su lado.

—*Pedfedto* —balbuceó con el palo en la boca.

—Y aún le quedan ganas de bromear —refunfuñó, mirando a Nicholas.

—Ya lloraré cuando venga la partera —le aseguró Erick, encogiéndose de hombros con resignación.

Por suerte, no fue mucho el tiempo que tuvieron que esperar. Por lo común, cuando salían a cazar, no se alejaban demasiado del castillo, sobre todo tras lo sucedido con Hrodgar y su flecha envenenada y con la desaparición de Nicholas, así que no tardaron en escuchar los cascos de un caballo al acercarse. Jordan se puso en pie y se adelantó unos pasos para recibirlo.

—¡Brandon! —exclamó al comprobar él que era el jinete y que la partera viajaba con el joven.

—Excelencia —lo saludó el guardia de Asbath.

Sin perder tiempo, desmontó y ayudó a la partera a hacer lo mismo. Era una mujer entrada en años, menuda, de aspecto humilde, y llevaba consigo un morral bastante desgastado, mas repleto de vendas, ungüentos y utensilios. Saludó respetuosamente a los presentes, imitando a Brandon, y se arrodilló cerca de Erick.

—Brandon —lo llamó el rey—. ¿Cómo es que tú...?

—Bruc viene para acá con la carreta, Majestad —le informó—. Sin embargo, Nigel ha debido quedarse para explicarle a vuestra esposa lo ocurrido —se dirigió ahora a Erick—. Se ha extrañado al verlos llegar solos y con tanto apuro.

—Menuda me espera cuando volvamos —susurró, bromeando, aunque observaba los movimientos de la partera.

—Alteza...

—Lo sé —asintió él, dándole confianza para que hiciera lo que fuera menester. De hecho, cogió el palo y él mismo se lo puso en la boca.

—Por favor, Excelencia, sostenedle los brazos —le pidió a Jordan, al ser el más fornido de los tres—. Que no se mueva.

El joven obedeció, pero le hizo una seña a Brandon, que era casi tan corpulento como él, para que lo ayudara, confiando en la combinación de la fuerza de ambos para que Erick permaneciera completamente inmóvil. Una

vez lo hubieron hecho, la mujer colocó una de sus manos por encima del tobillo de Erick y la otra por debajo de la rodilla. Miró al príncipe, esperando un gesto suyo, y él, tras tomar una bocanada de aire, asintió, momento en el que la partera tiró... Las muelas de Erick aplastaban el palo con violencia mientras un grito le rompía la garganta, y las lágrimas saltaban de sus ojos a causa de un dolor tan intenso que casi le hace perder el sentido.

—Ya ha pasado lo peor —trató de alentarla ella, aunque su gesto serio y meditabundo preocupó a Nicholas.

—¿Qué sucede? —le preguntó, arrodillándose a su lado.

—No os voy a engañar, Majestad. Es grave —le confirmó—. Le aplicaré un ungüento y le vendaré la pierna antes de entablillársela, pero yo traigo niños al mundo, no soy curandera.

—Entiendo —repuso el soberano—. Haz lo que puedas.

—Todo lo que esté en mi mano —le aseguró.

En tanto la mujer continuaba con su tarea, Bruc llegó con la carreta, provista de paja y mullidas mantas.

—Debéis transportarlo con mucho cuidado —los instruyó ella cuando finalizó—. Y me atrevería a sugerir que hicieran llamar al Rey Sanador —añadió, aunque bajó la cabeza rápidamente—. Disculpado... Quise decir...

—Tranquila, buena mujer —gimió Erick, quien ya había tirado el palo, pero seguía apretando los dientes—. A mi padre le honra que se dirijan a él de esa forma.

—Brandon, ayúdame, por favor —le pidió Jordan.

Entre los dos, y con la partera al pendiente de su pierna, lo subieron a la carreta. La mujer se ofreció a acompañarlo con tal de vigilar su herida durante el trayecto, y Bruc, tras enganchar el caballo de Erick en la parte posterior del carro, se puso a las riendas.

—Yo voy a adelantarme para informarle a la Princesa Claire de la situación —les dijo Brandon.

—Gracias —contestó Jordan justo antes de que el guardia saliera al galope.

—¿Lo conoces bien? —le preguntó Nicholas entonces, colocando el caballo a su lado, custodiando ambos la carreta en ese viaje que sería endiabladamente largo—. Sé que luchó a nuestro lado en Adamón —puntualizó—, pero me refiero a si llegó a estar bajo tu mando.

—Sí —respondió, sin poder evitar el recordar que, tal y como había apuntado su cuñado, la última vez que lo vio en acción fue cuando lo ayudó a entrar en la cripta para acabar con esa plaga de Hrodgar y Moira—. Brandon

roza la treintena, pero entró en la guardia con apenas diecinueve años.

—Muy joven —murmuró el rey, un tanto asombrado.

—En realidad muchos lo hacen —le aclaró—. Sin embargo, lo triste del asunto son los motivos que lo impulsaron a ello.

Nicholas lo miró con atención, instándolo a seguir.

—Sabes que en Asbath sufrimos durante años los ataques de Balkar —comenzó a decir, a lo que el soberano asintió—. El padre de Brandon era herrero en una aldea situada al norte y, por tanto, expuesta a las tropelías de Balkar...

—No me digas más... —lamentó su cuñado.

—Arrasaron con todo —le confirmó, exhalando—. Él sobrevivió porque se embadurnó con la sangre de una res y se hizo pasar por muerto —le narró—, y cuando aquellos bárbaros se marcharon... No quedó nada, y él perdió su casa, a su familia, a su prometida...

—Divino Bhut... —murmuró Nicholas. Le resultaba difícil imaginar su desesperación al darse cuenta de que se lo habían arrebatado todo, y siendo tan joven.

—Se unió a la guardia con el único afán de acabar con esos malditos —prosiguió Jordan—, y se convirtió en uno de nuestros mejores guerreros. Con nervios de acero, es letal con la espada y en el cuerpo a cuerpo, y más que valiente es temerario; la imprudencia típica de un hombre que cree que no tiene nada que perder.

—¿Y su propia vida? —inquirió Nicholas, disconforme.

—Hay quien asegura que por sus venas solo corre la inquina —dijo medio en broma.

—Es tu amigo —supuso el rey.

—No —negó, rotundo—. Su trato es cordial, como has podido comprobar, pero, a su vez, es frío, distante, solitario y un tanto desconfiado. Y sería capaz de dar la vida por un compañero —no lo puso en duda—, podría haber sido un gran capitán. Sin embargo, nunca lo he visto compartir con los muchachos una copa de vino en el cuartel de guardias. La ausencia de camaradería para con ellos habría sido un inconveniente, faltaría esa complicidad necesaria para que los hombres te sigan en la batalla, por lo que escogí a Francis como mi sustituto.

—Entiendo —repuso Nicholas, no sin pesar.

Porque era una verdadera lástima que un hombre como él, con toda la vida por delante, no tuviera mayor expectativa que la de combatir, sin aspirar a

otra cosa. Tras la desgracia vivida, merecía que el destino y los dioses le premiaran con algo más que la mera compañía de su espada.

—Por fin llegamos —anunció Jordan al aproximarse a la muralla.

Erick, que había transcurrido todo el camino con los ojos cerrados a causa del dolor, los abrió. Alzó ligeramente la cabeza, y suspiró con alivio al ver que estaban cerca.

La noticia del accidente del príncipe debió correr a la velocidad del rayo, pues muchos ciudadanos salieron de sus casas con la única intención de desearle una pronta mejoría, y que él agradeció como pudo.

Al llegar a la entrada al castillo, y como era de esperar, tanto Claire como Agatha y Gabrielle esperaban por ellos.

—¡Mi amor! —exclamó la esposa de Erick, yendo a su encuentro.

—Tranquila —quiso calmarla él, aunque ella negaba con la cabeza, llena de preocupación.

Brandon también esperaba para ofrecer su ayuda, y asistió a Jordan a la hora de bajar al príncipe de la carreta. La propia Claire le sostenía la pierna herida, conduciéndolos a su recámara.

—Tengo algunos tónicos que podrían ser de utilidad para el dolor —le indicó la partera a Nicholas.

—Sí, claro, acompáñanos —le pidió él, entrando ya en el castillo, seguido de su hermana y su esposa.

Tras asegurarse de que Erick estaba acomodado y su pierna en la postura más conveniente, la partera le entregó a Claire los tónicos para el dolor, al igual que ungüentos, cosa que ella agradeció enormemente.

—Hoy necesitaría que nos hagas un servicio más —le indicó entonces Nicholas antes de que se retirara.

—Por supuesto, Majestad —repuso en actitud servil.

Nicholas le hizo una señal a su esposa, quien estaba con Agatha y Claire terminando de colocarle unas almohadas a Erick, y no tardó en acercarse.

—Mi vida, me gustaría que la partera te revisase —le propuso en voz baja, a lo que Gabrielle asintió, reprimiendo una risita.

—¡Ay, Majestad! —exclamó la mujer con alegría—. No me digáis que...

—Eres tú quien debe decírnoslo —bromeó él, aunque le pidió silencio con un gesto—. Vamos a la recámara.

Los tres se dirigieron a los aposentos reales, y Nicholas, a su pesar y siguiendo las órdenes de la partera, aguardó en el pasillo. Sin embargo, no tardó mucho tiempo en abrirle la puerta, permitiéndole al fin pasar.

Al entrar, Gabrielle estaba sentada en la cama, con una radiante sonrisa en el rostro, y él, sabiendo así la respuesta, no dudó en sentarse a su lado y darle un cálido beso en los labios.

—Mi más sincera enhorabuena —le dijo la mujer, también sonriendo—. Vuestra joven esposa goza de una salud excelente. Auguro que vuestro hijo nacerá sano y fuerte.

—Que los dioses te oigan —deseó Nicholas. Se puso en pie y se acercó a ella mientras sacaba una moneda de oro de una pequeña bolsa colgada de su cincho.

—Pero... esto es demasiado, Majestad —exclamó, observando la moneda que el soberano le obligaba a aceptar.

—Nos has servido de gran ayuda —insistió.

—Yo, en cambio, temo por Su Alteza —admitió ella—. Los ungüentos prevendrán la infección, y he puesto todo mi empeño en colocar el hueso roto para que suelde correctamente —le narró.

—Sin embargo, debería avisar a mi tío —resopló Nicholas, meditabundo.

—Si algo va mal, el Príncipe Erick podría perder la pierna —lamentó ella.

—Siendo así, no se hable más —decidió.

—Si me lo permitís, me gustaría venir a diario a atenderlo hasta la llegada del rey —se ofreció ella, con gesto humilde.

—Te lo agradecería —consintió él—. Llamaré a una muchacha para que te acompañe a la salida.

—No os preocupéis, Majestad —se negó ella—, seguro que encontraré el camino. Hasta mañana —se despidió así.

Una vez cerró la puerta, Nicholas se giró hacia su esposa. Con una sonrisa, le abrió los brazos, y ella fue a su encuentro con premura, refugiándose en ellos.

—Estaba seguro, pero ahora que nos lo han confirmado, soy todavía más feliz si cabe —murmuró, besando su frente.

—Y yo —suspiró ella.

—Me gustaría que fuera una niña —deseó él—, y que sea igual a ti —añadió, dándole un suave toque en la nariz.

Gabrielle alzó el rostro y le dio un dulce beso.

—Que sea lo que los dioses convengan —le dijo, sonriendo—. Me basta con que nazca sano.

—Tienes razón —asintió, y aunque Gabrielle sabía de su felicidad, también podía leer en su rostro la preocupación por Erick.

—Deberías avisar a Trystan —le recordó, y su esposo exhaló mortificado.

—¿Me acompañas? —le pidió, a lo que ella accedió.

Cogidos de la mano, se dirigieron a uno de los torreones en lo más alto del castillo. Allí, en una gran jaula, majestuoso a pesar de su prisión de metal, se encontraba el cuervo de Moira.

Nicholas aún recordaba el escepticismo que mostraron todos cuando Trystan insistió en llevarlo consigo y curarlo. Y no solo logró sanarlo... No obstante el paso del tiempo, aún no habían sido capaces de descubrir cuál era el misterio para que el ave entendiera los deseos de quien lo enviaba como mensajero, pero siempre llegaba a su destino. Su tío lo portaba en todos sus viajes aunque, en esta ocasión y para su fortuna, lo dejó con Erick, por si algo sucedía...

Cerca de la gran jaula donde acomodaban al ave se situaba un escritorio. Nicholas escribió con rapidez una pequeña nota que después ató a la pata del animal. Luego, con Gabrielle a su lado, salieron al exterior y soltaron al cuervo en dirección Oeste... hacia las lejanas tierras de Meissen.

Capítulo 3



El salón del trono de Meissen estaba a rebosar, aunque no a causa de una de las usuales audiencias. Trystan había ordenado retirar los sitios que él solía ocupar junto con su esposa, y en su lugar se colocó una gran mesa con dos butacas.

Gladys insistió en acompañarlo, y él aceptaba gustoso su ayuda, sobre todo su presencia. Le era más fácil sobrellevar las largas horas que, al cabo del día, consumía en desarrollar su tarea.

A pesar de que los presentes se aglutinaban en la estancia, quedaba libre un corredor en el centro por el que, en esos instantes, se acercaba un matrimonio joven y humilde. El hombre portaba en un brazo a un bebé, y el otro se lo pasaba por encima de los hombros a su esposa, con gesto protector.

—Buenas tardes, Majestades —dijo él cuando se detuvieron frente a ellos, aunque los dos hicieron una reverencia.

—Bienvenidos —repusieron ambos soberanos, tras lo que Gladys, con cierta prudencia, alargó las manos hacia el hombre, pidiéndole permiso en silencio para coger al bebé, a lo que él accedió muy honrado.

—Qué precioso es —susurró, mostrándoselo a un sonriente Trystan.

—¿Cuándo nació? —les preguntó él, entonces.

—Hoy hace justo un mes —le informó el joven, y Gladys se dirigió a su esposa mientras Trystan tomaba nota de los datos en su libro.

—Se te ve muy recuperada —apuntó.

—Gracias, Majestad. —La mujer sonrió halagada—. El parto fue muy bien.

—Y ella es muy fuerte —añadió su esposo, haciéndola enrojecer.

—¿Cómo se llama el niño? —quiso saber ahora el rey.

—Thomas, Majestad —repuso él.

—De acuerdo... —murmuró, comenzando a escribir—. Thomas, hijo de...

—Samuel y Adele —le dijo sus nombres—. Venimos de la aldea Taunton.

Y escuchar aquello hizo que el semblante de Trystan cambiase al instante, al igual que el de Gladys.

Lo usual después de la inscripción de un bebé era que Trystan comprobara

si quien comparecía contaba con algún bien, pero esa aldea era una de las afectadas por la helada del invierno anterior. Aun así, el rey extrajo un mapa del lugar, que tan eficientemente habían elaborado sus alguaciles, donde se podían situar las distintas propiedades, además de las zonas castigadas.

—¿Son estas tus tierras? —le preguntó al joven con expresión grave, señalándole un área en el plano, cercana a un riachuelo.

—Sí, Majestad —repuso, afligido.

—¿El alguacil te dio algún documento? —demandó, y el muchacho rebuscó entre sus ropas, extrayendo un papel que le entregó.

—Poco a poco nos estamos recuperando —le narró, aunque Trystan suspiró pesadamente.

—Sin duda, y es digno de admirar —admitió, devolviéndole lo que, en realidad, era un título de propiedad—, pero con esto os resultará más fácil.

Con rapidez, escribió unas líneas en un pequeño pliego, que luego le alargó.

—Perdonadme, Majestad. No sé leer —murmuró, cabizbajo, y el soberano lo miró con gesto de disculpa.

—Tranquilo. Con esto te harán entrega de dos ovejas, dos cabras, una vaca y treinta monedas de oro —le señaló, haciéndole un gesto a un guardia para que se acercara.

—¡Por todos los dioses! —exclamó el matrimonio al unísono—. Es demasiado —añadió él—. Ahora comprendo a la gente de la aldea al referirnos vuestra generosidad. Pero... esto...

Samuel estaba sin palabras, y Adele se tapó la boca con la mano, reprimiendo un sollozo lleno de agradecimiento y emoción. Gladys le agarró la otra, dándole un cálido apretón, tras lo que le devolvió al niño.

—Yo no puedo evitar que la desgracia caiga sobre mi pueblo —recitó el rey en tono solemne—. Sin embargo, sí puedo asistirlo para que le sea más sencillo levantarse.

De pronto, el joven se arrodilló, bajando el rostro, y tomó la mano de Trystan. Sin titubeo alguno, acercó los nudillos del soberano a su frente, en un gesto de humildad y profundo respeto.

—Incorpórate —le pidió él con amabilidad y gratitud—. Confío en que arribéis a vuestro hogar sin novedad.

—Y que ese niño crezca sano y fuerte —agregó Gladys, sonriendo.

—Que los dioses del Kratvah os guíen siempre —respondió Samuel con voz trémula a modo de despedida.

Ambos soberanos asintieron con la cabeza, y el guardia le indicó a la pareja que lo acompañaran para hacerles entrega de lo que había dictado el rey.

—No entiendo cómo mis señores pueden consumir las horas contando sus monedas de oro, regocijándose, mientras el pueblo apenas sobrevive a tantas penurias —masculló Trystan, viendo al matrimonio marcharse.

—Por fortuna, estás tú para enmendar eso —le dijo su esposa, apretándole el brazo con cariño.

Él tomó su mano y le besó el dorso, sonriendo, mas con un deje de tristeza. Luego, dirigió la vista al frente, dispuesto a hacer llamar a los siguientes aldeanos. Sin embargo, un extraño sonido procedente del fondo, de la puerta de la sala, llamó su atención. No pasó mucho tiempo hasta que se convirtiera en un aleteo, acompañado de una sombra oscura que se iba acercando. Trystan no pudo evitar tensarse, de tal modo que incluso alertó a Gladys.

—¿Qué...?

Empero la respuesta de su marido fue alargar el brazo y, bajo la exclamación de los presentes, un cuervo negro como la noche se posó sobre él.

—Querido...

Trystan lo dejó sobre la mesa con cuidado y la miró; ambos sabían que aquello solo podía significar una cosa: algo había sucedido. Y un mal agüero le heló la sangre...

Tomó el pequeño pergamino enrollado que colgaba de su pata y, al abrirlo, reconoció al instante la escritura de Nicholas.

—Divino Bhut... —murmuró por lo bajo, pasándole el diminuto pliego a su esposa, quien lo miraba inquieta.

—Dioses... Trystan —exclamó en un lamento, tapándose la boca con rapidez—. Debes partir hacia Los Lagos de inmediato.

Él asintió varias veces, aunque su boca fruncida denotaba contrariedad. Exhaló profundamente, mirando el libro que tenía abierto frente a él.

—Yo continuaré con el censo —le aseguró Gladys, con visible preocupación.

—Pero...

—¿Crees que no me muero por ver a nuestro hijo y saber si Nicholas no nos ha ocultado información en su corto mensaje? —dijo, entre afligida y resignada—. Y sí, Erick nos necesita, aunque también nuestro pueblo. Sé bien que, además de madre, soy reina —alegó, rotunda—. En cuanto termine

mi labor aquí, me reuniré con vosotros en Los Lagos.

—Querida, no puedo dejarte sola ante tan ardua tarea —negó él—. No porque piense que no estás capacitada para ello...

—Claro que lo estoy —le reafirmó ella con plena confianza—. Llevo varios días ayudándote —le recordó—, y alguno de tus alguaciles puede asistirme en caso de apuro.

Trystan negó con la cabeza, aunque no pudo evitar que su mirada se detuviera en toda la gente que aguardaba ser recibida, con los ojos llenos de esperanza. No podía defraudarles tal y como habían hecho sus señores y, como bien decía su esposa, eran padres, mas soberanos.

Sin querer pensarlo más, tomó su pluma y el pequeño pergamino y comenzó a escribir en su reverso.

—Voy a pedirle a Jordan que venga —respondió a la pregunta muda que le hacía Gladys al mirarlo con expectación—. Entiende, mi amor, que así estaré más tranquilo.

—Como gustes —asintió ella, conforme. Jordan estaba más que instruido en esos menesteres y, con su talante, accedería gustoso a ayudarla y acompañarla de vuelta a Los Lagos—. Entonces, ¿cuándo partirás?

El soberano terminó de enrollar el pergamino y lo ató a la pata del cuervo. Tomó al ave con cuidado, alzándolo entre sus manos, y cerró unos instantes los ojos, concentrado, para soltarlo después.

Una vez lo vio desaparecer a través de la misma puerta por la que había entrado, se giró hacia su esposa y besó su frente, suspirando con pesar.

—Al alba.



Antes de que sirvieran la cena, Gabrielle fue en busca de Agatha. Sabían que Claire no abandonaría su alcoba para bajar al comedor, así que ambas decidieron pasar por la cocina y llevarle algo de comer. A ninguna de las doncellas les extrañó ni su presencia en la cocina ni su actitud, conociendo bien a su soberana, así que Erin se apresuró en preparar sendas bandejas con la cena para la pareja.

Sin embargo, al llegar a la recámara, comprobaron que Erick dormía, presumiblemente a causa de los tónicos que le proporcionó Grunilda, la partera.

—Casi prefiero que esté dormido —les confesó Claire en cuanto las otras dos jóvenes dejaron las bandejas en un mueble y se acomodaron en un par de butacas colocadas cerca del lecho. Ella, en cambio, se sentó a los pies de la cama—. Al menos no sufre tanto.

—Imagino que los dolores deben ser insoportables —apuntó Gabrielle, mirándolo apesadumbrada.

—Yo no hago más que rogarles a los dioses para que no se quede cojo —les confesó Claire con voz queda.

—¡Divina Vetsa! —exclamó Agatha—. Ni se te ocurra pensarlo siquiera. —Apuntó hacia ella con un dedo, en gesto acusatorio.

—Si algo así ocurriese, no me lo podría perdonar —murmuró entonces Gabrielle, sorprendiendo a su prima.

—¿Qué quieres decir con eso?

Sin embargo, antes de que contestara, Agatha resopló con fuerza.

—Llegó la hora de las estupideces —reprendió a su cuñada, y Claire comprendió que había ciertos detalles en esa conversación de los que no era conocedora.

—¿A qué te refieres? —le preguntó directamente a Agatha.

—Tu prima se siente responsable de lo que le ha sucedido a Erick —respondió con un mohín disconforme.

—¿Qué tontería es esa? —se alarmó la princesa—. ¿Acaso lo has tirado tú del caballo? —añadió con tono exagerado.

—Por supuesto que no —suspiró ella, chasqueando la lengua—. Pero, tal vez, Erick no habría sufrido ese accidente si no se hubiera empeñado en cazar un ciervo para festejar.

—¿Festejar el qué? —inquirió Claire con impaciencia, cansada de recibir la información a medias—. Termina de hablar —le exigió.

—Estoy encinta —dijo al fin, y todo el malestar que se reflejaba en el rostro de Claire se diluyó al instante, dando paso a una gran y genuina sonrisa.

—¡Cuánto me alegra la noticia! —exclamó, levantándose para ir a abrazarla—. Y olvida esa bobería —le pidió—. La caída de Erick ha sido un accidente, aunque no descartaría que haya tenido que ver con su afición a los riesgos innecesarios. «Cabeza loca» es su segundo nombre —bromeó, aun sin disimular su aflicción cuando volvió a sentarse en la cama y sus ojos se detuvieron en la tez pálida de su esposo—. No puedo comprenderlo —dijo entonces, y tanto Agatha como Gabrielle se miraron, sin saber lo que quería

decir.

—¿Qué es lo que no entiendes? —decidió preguntar Agatha.

—Pues que se desvive por mí, por mi bienestar, mi seguridad —les narró—. No habréis olvidado lo que sucedió al quedarme en estado de Deanna, apenas se acercaba a mí por miedo a dañarme. Y que tampoco quiere oír hablar de tener otro niño —les recordó, asintiendo ellas.

—¿Y tú sí quieres? —demandó Gabrielle con cautela.

—No —replicó en tono firme—. Hoy por hoy es más fuerte el miedo que los deseos de engendrar otro hijo —admitió—. Pero sabéis que su actitud no siempre ha sido justificada.

—Y tú debes reconocer que peca de sobreprotector —lo defendió Agatha.

—Sí, conmigo —alegó contrariada—. Y, sin embargo, cuando se trata de él...

—Así no tendrás duda alguna de que te quiero más que a mi propia vida. —Resonó de pronto la voz de Erick en la recámara, y las tres mujeres se giraron a mirarlo.

—Mi amor, ¿cómo te encuentras? —Se acercó Claire, con la cabeza gacha y las mejillas sonrosadas a causa de su declaración.

Tratando de que su apuro pasase inadvertido, se dispuso a tocar su frente para comprobar que no tuviera fiebre, y tan concentrada estaba en ello que no se dio cuenta de la forma en que la observaba su esposo: devoción entremezclada con culpabilidad.

En cambio, tanto Gabrielle como Agatha se percataron al instante de ese detalle, así que se pusieron en pie, dispuestas a marcharse.

—Cenad antes de que se enfríe —dijo esta última a modo de despedida.

—Gracias —respondió Claire justo antes de que cerraran la puerta. Y ya se dirigía hacia la cómoda a coger las bandejas cuando su esposo la agarró del brazo. Ella dirigió la vista hacia su mano, sorprendida.

—Erick...

—Lo siento —murmuró, tirando con suavidad hasta acercarla todo lo posible. Incluso la obligó a sentarse e inclinarse hacia él, muy próximos sus rostros.

—Pero... ¿qué...?

Erick la soltó, aunque sostuvo sus mejillas entre ambas palmas, sin querer que se alejase.

—No es mi intención hacerte sufrir. Me duele —le confesó, llevándose una mano al pecho, sobre el corazón.

—Mi amor...

—Es muy posible que lo de «cabeza loca» me defina a la perfección —admitió. Ella le rehuyó la mirada al percatarse de que había escuchado sus quejas, cosa que Erick no permitió, sosteniendo su barbilla—. Y, en cambio, en todo lo que se refiere a ti... —prosiguió—. No puedo evitarlo, es superior a mí, necesito protegerte. Pero soy tan necio que no puedo impedir ser yo quien te traiga sufrimientos.

—No digas eso —le pidió con ternura, acariciando su rostro—. Tu amor me llena de dicha, ya deberías saberlo.

Claire estaba segura de que su esposo iba a replicar, y lo besó, la mejor forma de acallar sus protestas. Erick, por su parte, no dudó en dejarlas a un lado para corresponder a su mujer. La apretó contra él e intensificó ese beso que era más poderoso que cualquier tónico, pues era bálsamo que otorgaba cierta paz a su alma.

—Entiende que, del mismo modo que tú me amas, yo te amo a ti —murmuró Claire sobre sus labios—, y te necesito a mi lado de igual forma. Ojalá ese pensamiento se grabe en tu mente y llame a la prudencia cuando te veas tentado a cometer una de tus travesuras —dijo, sin querer sonar muy seria.

—Eres demasiado benevolente conmigo —decidió él, aunque en tono bromista—. ¿O pretendes pedirme que te compense de alguna manera el mal rato que te estoy haciendo pasar?

—Creo que me conoces a la perfección, esposo mío. —Se rio ella, apoyando las manos en su pecho y sobre ellas, la barbilla.

—Expón tus exigencias —la retó—. Estoy dispuesto a cumplir con todas ellas.

—Y yo estoy esperando a que te repongas —repuso con picardía, y una carcajada escapó de la garganta de Erick.

—Padre, por todos los dioses... —alzó la vista al cielo—, ¡ven pronto!



Tal vez estaba en el lugar adecuado en el momento justo, o tenía el don de la oportunidad, pero aquella información era la que él precisaba, la que el Rey Tirano esperaba a cambio de una buena cantidad de oro.

Miró a un lado y a otro del oscuro corredor en el que se ocultaba y afinó el oído para asegurarse de que no se acercaba nadie que pudiera descubrirlo, y

para escuchar mejor lo que sucedía tras aquella puerta. Dentro se encontraban el capitán de la guardia de Meissen y el Rey Trystan, poniéndose de acuerdo con los preparativos del viaje que iba a emprender al día siguiente... y del que la Reina Gladys no formaría parte.

Sin duda, algo tan atípico debía ser a consecuencia de un suceso grave o, como poco, importante. Acercó la oreja a la puerta... tenía que lograr escuchar algo más.

—Pediré a un grupo de hombres que os acompañe, Majestad —decía en ese instante el capitán—. Estarán listos para partir al alba, tal y como deseáis —le aseguró.

—Jordan de Asbath vendrá a asistir a la reina con el censo y a acompañarla cuando finalicen para reunirse conmigo en Los Lagos —alegaba el Rey Trystan—, por lo que necesitaré que otra guarnición los custodie hasta allí. Y, para ese menester, me gustaría que eligieras a tus mejores guerreros.

—¿Acaso teméis...?

Pero ya no pudo seguir escuchando. Oyó pasos acercándose a lo lejos, y más valía ese pedazo de información que dar con sus huesos en el calabozo.

Fue en dirección contraria al del sonido que cada vez se aproximaba más y, sin detenerse, salió del castillo y se dirigió a las caballerizas.

Era muy probable que más de uno se percatase de su ausencia, ya se le ocurriría algo durante el largo trayecto que le aguardaba, alguna excusa creíble que lo justificara... Por lo pronto, montó su caballo, picó espuelas y puso rumbo a Los Lagos, al feudo de Lord Durstan, donde sabía que la información que portaba sería bien recibida... o eso esperaba...

Nadie le hacía perder el tiempo a Khawf, el Rey Tirano, y vivía para contarle...

Capítulo 4



Los radiantes rayos de sol de la mañana hacían que su piel, perlada en sudor, brillara, como si las pequeñas gotitas fueran diminutas piedras preciosas. No pudo evitar salir de detrás de la pilastra y observarlo mejor; era como un imán para ella, atrayéndola de modo irremediable. A pesar del paso del tiempo, la visión de sus músculos trabajados le afectaba profundamente, despertándole unos deseos irrefrenables de tocarlo.

Lo vio alzar la espada por encima de su cabeza, tensándose sus bíceps, la musculatura de sus hombros, su espalda... hasta que hizo caer con fuerza el filo contra el poste envuelto en sisal. Su cuerpo se convirtió en una perfecta sinfonía de movimientos, contrayéndose sus pectorales y bien formados abdominales, que se veían atravesados por aquella línea rosada, esa cicatriz que ella tantas veces había recorrido con sus labios, y que ahora se perdía por debajo del pantalón, cuyo tejido se amoldaba a la perfección a sus contorneadas piernas y sus firmes nalgas.

¿Cuántas veces pudo sentir la calidez de ese cuerpo contra el suyo, el tacto de esa piel en sus dedos?

En ese instante, él lanzó otro poderoso embate contra el poste, escapándosele un gemido por el duro ejercicio, y ella se mordió el labio, incapaz de reprimir un suspiro.

—Mujer, como sigas mirándome así, perderé la concentración y se me caerá la espada de las manos. —Le oyó decir, sin dejar de entrenar, aunque disminuyó la intensidad.

—¿Reconoces que aún te afecta mi presencia? —le preguntó ella con coquetería.

—Del mismo modo que a ti la mía —aseguró él, un tanto presuntuoso—. La sola visión de mi torso desnudo te hace desearme sin que puedas evitarlo —añadió, mirándola de reojo, con sonrisa fanfarrona.

—Eres un engreído —le espetó, cruzándose de brazos.

El joven soltó una carcajada, deteniendo su entrenamiento.

—Y tú, una altanera —replicó, apoyando la espada en el suelo, observándola.

—Guardia insolente... —Lo observó ella de arriba abajo, con desdén.

Lo oyó resoplar y, de pronto, dejó caer el arma al suelo. En un par de zancadas llegó hasta ella. Casi con rudeza, atrapó la cintura femenina entre sus manos y la acercó a él, haciéndola exclamar por su brusquedad.

—Yo soy tu guardia insolente —farfulló entre dientes—, y tú, mi diosa... —murmuró, cerniéndose sobre la joven, que se sostenía con las palmas contra su pecho, mirándolo con ardor mientras lo veía acercarse cada vez más, lenta y tortuosamente.

—Bésame ya —casi le rogó.

—Estoy sudado —replicó, aun sabiendo que a ella no le importaba.

—Cállate y hazlo de una vez —le ordenó.

—Como desees, princesa mía —musitó, deteniéndose su mirada en su boca roja, entreabierta y atrayente.

La devoró con ansia, sediento del dulce néctar que emanaba, de su aliento y su sabor. La rodeó por completo con sus brazos, y ella alzó las manos hasta su cabello. Hundió los dedos en las largas y oscuras hebras, y lo acercó aún más, exigiéndole mayor contacto. Él obedeció. Deslizó la punta de la lengua por el contorno de sus labios que se separaron dándole acceso, y profundizó ese beso, tal y como ambos anhelaban, haciéndolo gemir.

—Agatha... —susurró su nombre como en un tormento, separándose a duras penas de la deliciosa boca—. Si continúas besándome así, soy capaz de hacerte el amor aquí mismo —le dijo al oído.

—Yo solo venía a avisarte de que la tina ya está preparada con agua caliente, en nuestra recámara —repuso con fingida inocencia, arrastrando las uñas por sus duros pectorales.

—Dime que los niños...

—Están con Gabrielle, descansando hasta que sirvan la comida, y aún falta un rato... —gimió cuando su esposo le mordió con suavidad el cuello.

—Creo que mi entrenamiento ha acabado por hoy —decidió.

—¿Ah, sí? —repuso en un susurro sugerente, sujetándolo por la nuca para que continuara con sus caricias.

—Ahora me apetece relajarme un poco —añadió, delineando con los labios la curva de su cuello—, aunque temo, esposa mía, que voy a necesitarte.

—Me gusta escuchar eso. —Rio ella, vanidosa.

—Te necesito siempre —volvió a susurrar en su oído, haciéndola

estremecer—, deberías saberlo ya. Pero estoy dispuesto a recordártelo en cuanto lleguemos a nuestra recámara.

Con esa promesa ardiente palpitando en el pecho de Agatha, su esposo la cogió de la mano y tiró de ella. Atajaron por la antesala previa al salón del trono, y apenas se cerraba la puerta de la habitación cuando Jordan estaba quitándole el vestido a su mujer, reprimiendo el impulso de rasgar la prenda en dos mientras poseía su boca, robándole el aliento.

—Jordan...

—Haces que pierda la cabeza —jadeó al abrazarla y sentir sus redondeados pechos desnudos contra su torso.

Con impaciencia, terminaron de deshacerse de sus ropas. Luego él la tomó entre sus brazos y la condujo a la tina. La calidez del agua los recibió. Jordan se sentó, apoyando la espalda en la madera, y colocó a Agatha frente a él, a horcajadas sobre sus muslos. Tomó sus mejillas y la obligó a mirarlo, deleitándose así en el brillo azulado que titilaba en su mirada... en su belleza.

—No sé qué poderoso influjo ejerces sobre mí, mujer, pero mi cuerpo, mi mente y mi corazón te pertenecen por completo, y se someten a tus deseos, a una sola de tus palabras, sin condición.

—Jordan... —suspiró, estremecida ante su declaración.

—¿Acaso lo dudas? —Le sonrió, feliz al saber que seguía siendo capaz de turbarla así, de hacerla temblar—. Puedo repetirlo las veces que gustes —le aseguró, deslizando el pulgar sobre sus labios—. Te necesito a mi lado, en mi vida, más que el aire que respiro. Porque, si no estás tú, no quiero nada.

Agatha seguía muda, imposible encontrar su voz, o algo que decir... Lo besó, dejando escapar una lágrima de emoción que Jordan atrapó con la yema de los dedos.

—No quiero que llores, princesa mía —le susurró.

—Es que... te amo tanto —respondió por fin, abrazándose a él.

—Sí... eso es lo que quiero —musitó, acariciando su espalda y besando su cuello—, que me ames, hasta hacerme sentir el hombre más poderoso de la Tierra. Porque yo voy a hacerlo hasta que tu corazón estalle de dicha, y tu cuerpo, de placer.

Y lo dijo mientras alcanzaba con la mano uno de sus pechos, deteniéndose en la cima, que se endureció al instante con su tacto. Agatha gimió en respuesta, arqueándose contra él, y Jordan buscó su boca, bebiendo de ella, enredándose su lengua con la suya en una danza llena de sensualidad y pasión. Sin poder contener la necesidad de sentirla más cerca, introdujo la

mano libre en el agua, tomó sus nalgas y la apretó contra él... El contacto de su intimidad los hizo gemir, separándose sus bocas en busca de aliento y comiéndose con los ojos.

Con un deje pícaro, Agatha se mordió el labio. Antes de que Jordan pudiera tratar de imaginar qué pasaba por su mente, la joven se sostuvo en los hombros masculinos y comenzó a deslizarse sobre él, quien lanzó un quejido lastimero ante tan ardiente y deliciosa caricia.

—Arderé en el Inframundo por desearte tanto... —susurró el joven, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás, movimiento que Agatha aprovechó para hundir la boca en su cuello y besarlo, lamerlo con toques traviosos y seductores.

La respiración de Jordan se agitó; esa mujer era capaz de anular su voluntad, aturdiéndolo por completo. Sentía su aliento cálido en la piel, su exquisita boca, los dedos clavándose en su espalda, y la tersa carne torturando su henchida y deseosa excitación... haciéndolo enloquecer.

No sin esfuerzo, aferró la fina cintura con ambas palmas y la obligó a curvar la espalda, alzándose así su pálido torso hacia él... El gemido que escapó de la boca de Agatha cuando la suya apresó la cúspide de uno de sus senos fue música para sus oídos.

—Me vuelve loco escucharte —dijo, jugueteando su lengua y sus labios con el sonrosado brote.

—Y a mí, que hagas eso —admitió ella, agarrándolo de los cabellos para exigirle más, al tiempo que continuaba con sus movimientos sinuosos, resbalando sobre él y envolviéndolos a ambos en una sensación demasiado placentera.

—Me alegra complacerte —le confesó su esposo con tono grave, sintiendo ella que le traspasaba la piel—. En estos instantes, es mi máxima prioridad.

—Y tú eres la mía —le declaró, con la voz impregnada en deseo—. Tómame, Jordan. Haz que mi cuerpo te pertenezca por entero.

Jordan jadeó. La voluptuosidad de su esposa, su sensualidad, su pasión, lo enardecían hasta llevarlo al límite. Él mismo alzó su hermoso cuerpo y se guió para sumergirse en su cálido interior. Sendos gemidos rotos resonaron en la habitación y, deseando saborearla, cogió su rostro con ambas manos y la besó profundamente.

—Mi Agatha, mi diosa... —musitó, con la mirada incendiada—. Te adoraré, te veneraré por el resto de mis días. Seré tu esclavo si así lo quieres. Pero tú siempre serás mía... tu cuerpo y tu corazón. Dime que así será.

—Siempre —sentenció, comenzando a moverse sobre él.

Jordan siseó, cerrando los ojos un instante, traspasado por una ola de puro placer que lo hizo temblar.

—Agatha...

—Y tú siempre serás mío, ¿verdad? —insistió.

—Jamás lo pongas en duda. Nada me separará de ti —le aseguró, mirándola a los ojos—. Aunque estuviera en los Confines del Mundo, mi alma siempre permanecería cerca de la tuya. Y mi corazón esperaría a estar junto al tuyo para volver a latir. Porque, sin ti, yo muero, Agatha... prefiero morir.

—No, mi guerrero —le sonrió, tomándole ahora ella de las mejillas—, moriríamos los dos.

Jordan buscó sus labios con desesperación, estrechándola con fuerza, y su esposa le respondió por igual, besando, abrazando, acariciando... Acrecentó el ritmo de las caderas, acompañado por el cálido vaivén del agua, y atrapó en su boca los gemidos masculinos, varoniles, vibrantes, llenos de pasión, y que la satisfacían como la más ardiente de las caricias al saber lo que era capaz de provocar en él.

—Agatha... Agatha... —repitió su nombre, y ella supo que su culminación se acercaba.

Hizo rodar las caderas, aumentando así el contacto, queriendo seguirlo, y Jordan gritó. Sintió cómo la inundaba con su calidez, empujando para llegar más profundo y, al instante, la sacudió su propio éxtasis.

—Te amo, Agatha. —Le oyó susurrar al tiempo que acariciaba suavemente sus labios con los suyos mientras se iban mitigando las ondas del placer compartido—. Te amo como jamás creí que un hombre podría amar a una mujer.

Ella suspiró...

—Si supieras cuán feliz me hace tenerte a mi lado —le confesó, disfrutando de los dulces besos de su esposo. Porque así era él; apasionado y ardiente, pero también tierno y cariñoso, suave...

Abandonó su interior muy despacio, extrañando al instante la plenitud de sentirlo. Sin embargo, él la acomodó de inmediato en su regazo, abrazándola.

—Bendito el día que los dioses me guiaron hasta ti —le dijo, estrechándola con fuerza—, y a mí me bendijeron cuando permitieron que te enamoras de mí.

—Era imposible resistirse a tus encantos y... tu arrogancia —bromeó ella,

haciéndolo reír.

—Vos no os quedasteis atrás, mi amada princesa —alegó, dándole un golpecito en la nariz con la punta del dedo.

—Tienes razón —repuso, aunque Jordan apreció un deje de tristeza que no le gustó.

—¿Qué sucede, mi amor? —preguntó con preocupación.

—Nada —le respondió, tratando de sonreír, aunque no lo convenció.

—Salgamos, el agua se enfría —le propuso.

Él lo hizo primero, rodeando su cintura con un mullido lienzo, y luego la tomó a ella en brazos, dejándola de pie en el suelo. Una vez que la cubrió también, volvió a alzarla.

—¿Adónde me llevas? —demandó ella, divertida.

—Al lecho —le confirmó—. Ahí estaremos más cómodos y podrás explicarme qué pasa por esa cabecita tuya.

Agatha refunfuñó, si bien es cierto que tampoco opuso mucha resistencia. Cuando Jordan la depositó en la cama, él se colocó a su lado, aunque ella permaneció sentada.

—Déjame secarte —le pidió, aceptando él.

—Pero puedes contarme mientras tanto —insistió.

Su esposa hizo un mohín, aun sabiendo que no tenía más remedio que acceder.

—Es fácil deleitarse en los momentos felices que hemos compartido. Sin embargo, no puedo evitar que afloren los peores recuerdos —le confesó, atenta a la tarea de secarlo, esquivando así su mirada.

—Agatha... —Le acarició la mejilla, sin conseguir que ella alzara la vista.

—Como cada vez que nos hemos separado —prosiguió—. Aún tiemblo al recordar cuando me abandonaste para volver a Asbath, o cuando Sybill nos hizo creer que estabais muertos.

Jordan chasqueó la lengua. Le quitó el lienzo de las manos y la rodeó con sus brazos.

—Yo tampoco lo he olvidado —reconoció. Suspiró y besó su frente—. No obstante, soy de la opinión de que un momento aciago nos hace valorar mil veces más uno dichoso. Y haber estado a punto de perderte te convierte en lo más preciado que tengo en este mundo, junto con nuestros hijos.

—Son maravillosos —sonrió ella, refugiándose contra su pecho.

—Tú eres maravillosa —le dijo.

Tomó su barbilla con dos dedos y le hizo levantar el rostro hasta alcanzar

sus labios. La besó lento, con delicadeza, recreándose en la suavidad de su piel... y Agatha creía que se desharía en sus brazos... Su hombre era capaz de conducirla al mismísimo Kratvah con un solo beso.

Alzaba los brazos para rodearle el cuello y demandarle mayor intensidad cuando un sonido en la ventana la hizo sobresaltarse.

—¿Qué...?

De pronto, al otro lado del cristal vieron un cuervo posado en el alfeizar, y que volvió a picotear en la ventana.

—¿Es el cuervo de Trystan? —demandó él, extrañado, aunque ambos se percataron de que sí lo era al ver el pequeño pergamino enganchado en su pata.

Jordan se levantó de la cama y fue a abrir. Entonces, el ave entró, sobrevoló la estancia trazando un par de círculos, hasta que fue a posarse sobre su hombro.

—El mensaje es para ti —aventuró Agatha, que no salía de su asombro.

Su esposo volvió a sentarse en la cama, sosteniendo al cuervo. Desató el pliego con cuidado y lo desenrolló.

—Tu tío viene de camino —le informó a su esposa—. Sin embargo, desea que vaya a Meissen a ayudar a Gladys con el censo y que la acompañe cuando venga a reunirse con él.

—Voy contigo. —Fue la primera reacción de Agatha. Y a Jordan lo que más le llamó la atención no fue su petición, sino la forma en la que la hizo.

—Tranquila, mujer, solo serán unos días. —Le sonrió, dándole confianza, incluso le pellizcó una mejilla—. Ya sé que no puedes vivir sin mí, pero déjame decirte que es mutuo —bromeó, dándole un sonoro beso, que ella correspondió, aunque su expresión seguía ensombrecida por la inquietud—. ¿Qué ocurre, Agatha? —le preguntó, a pesar de que sabía que su actitud tenía relación con la conversación que acababan de mantener—. No va a pasar nada —quiso asegurarle.

—Pues yo tengo un mal presentimiento —espetó la joven con tal vez demasiado brío, pues bajó el rostro avergonzada.

Su esposo, sin embargo, la abrazó, acariciándole el cabello con ternura.

—Debo ir —susurró contra su pelo—. Trystan me lo ha encomendado a mí personalmente, y el cuidado de tu tía no es asunto para delegar en un simple guardia.

—Lo sé, pero... —Agatha suspiró—. Déjame acompañarte —insistió, mirándolo con un ruego en los ojos.

—Morirás de aburrimiento —se chanceó él—. El censo es una tarea de lo más tediosa. Y preferiría que permanecieras aquí, con los niños.

—Jordan...

—Llevaré una buena guarnición de hombres —decidió, tratando de convencerla. Aunque sabía que era absurdo, pues corrían tiempos de paz y sería un viaje de lo más tranquilo—. ¿Te quedarías así más conforme?

Ella hizo una mueca de disgusto, mas acabó accediendo.

—Esa es mi mujercita —celebró él, recibiendo un mohín por parte de Agatha, y él besó sus labios fruncidos, bromeando—. Además, ya te dije que nada podrá separarnos. ¿Recuerdas? —añadió con una sonrisa socarrona.

Su esposa, en cambio, no tenía deseos de reír... Sentía un pesado y oscuro nudo en su pecho que apenas la dejaba respirar.

Abrazó a su esposo y quiso convencerse de que Jordan tenía razón: no había de qué preocuparse... aunque ella no pudiera pensar lo mismo.

Capítulo 5



Khawf volvía a sus aposentos, guiado por una criada. No era la misma que lo condujo horas antes hacia el salón donde aguardaban Durstan y el resto de señores, y era una lástima. A decir verdad, esa sirvienta había despertado la lujuria latente en su interior y, sin embargo, tuvo que reprimirse, pues primó la impaciencia por aclarar la situación con aquel grupo de fantoches. Y, en cambio, ahora...

Diantres, se le hacía la boca agua de solo imaginarlo...

Le habría encantado hundir sus dedos en la carne fresca... y romperla por dentro...

Maldición...

Sentía que le bullía la sangre en las venas...

Tras haber matado a ese señor de Meissen, había entrado en un estado de frenesí que necesitaba aplacar. Porque matar a un hombre, saber que su vida había dependido de su voluntad, y haber acabado con él, le hacía sentirse poderoso, un ser divino con potestad para decidir sobre la vida de la gente... y que le producía un placer extremo, a nada comparable, a excepción de una cosa: violar a una mujer... someterla a sus más obscenos deseos, sus más bajos instintos, y dominar su cuerpo, deleitarse en sus estúpidos y vanos esfuerzos por salvaguardar su integridad, su cuerpo. Gozaba con su débil y femenina lucha, con sus gritos, con el sonido de su carne al rasgarse al penetrarlas sin piedad, con violencia y dolor, hasta lo más hondo, llegando a ese lugar que las quebraba, por dentro y por fuera.

Sí, aquella criada era bonita, con buen cuerpo, y no le habría importado desfogarse con ella, aunque, la que ahora abría la puerta de sus aposentos de modo solícito, también le resultaba apetitosa.

—¿Deseáis algo, Majestad Imperial? —le ofreció ella, cerrando tras de sí, y él sonrió para sus adentros, acercándosele un paso—. Estoy aquí para servirlos —añadió con un tono demasiado untuoso. Y esa sonrisa suya... Khawf se detuvo en seco, molesto.

—Puedo ser muy exigente —la probó, y la muchacha amplió su sonrisa.

—Y yo, muy complaciente —repuso, no dejando lugar a dudas, y el

soberano gruñó, disconforme.

No. Así, no. No deseaba fornicar con una mujer sumisa y tolerante, eso podía tenerlo cuando quisiera, con solo chasquear los dedos. Lo que él necesitaba era...

De pronto, alguien llamó a la puerta, haciendo que la criada se apartara el espacio que se había acercado él.

—¿Sí? —preguntó él, con la mirada aún fija en ella.

—Soy Frygt, Majestad Imperial —se escuchó al otro lado.

—Retírate —le ordenó entonces a la joven, que obedeció tras hacer una reverencia.

Su más fiel servidor y mejor guerrero de su ejército entró en la recámara, aunque no venía solo. Mientras Khawf tomaba asiento en un mullido butacón, les hizo una seña para que cerraran la puerta. Se percató entonces de que no había visto nunca a aquel hombre que acompañaba a Frygt, mas sabía bien quién era: un guardia de Meissen al que habían comprado con una buena cantidad de oro. Y que se hubiera presentado allí, con tan penoso aspecto, sin haberse aseado, solo podía significar una cosa.

—¿Alguna novedad? —preguntó, apoyando los codos en los brazos del sitial y dejándose caer en el respaldo con cierta desidia.

—Así es, Majestad Imperial —respondió Frygt, firme, haciéndole un gesto al guardia para que hablara.

—El Rey Trystan ha viajado a Los Lagos —comenzó a decir, después de hacer la venia correspondiente—. Solo —puntualizó.

—¿Y la Reina Gladys? —inquirió el rey, tratando de disimular la tensión que esa noticia provocaba en su cuerpo.

—Ha decidido quedarse para finalizar con el censo —le informó—. Sin embargo, al parecer, han hecho llamar a Jordan de Asbath para que la asista y, después, la acompañará a reunirse con su esposo en Los Lagos.

Como impulsado por un resorte, Khawf se puso en pie, comenzando a deambular por la estancia. No podía creer que la oportunidad que tanto ansiaba se presentara así, sin esperarla. Fuera como fuese, debían aprovechar la ocasión.

—Esa comitiva jamás debe llegar a Los Lagos —decidió, y vio como Frygt asentía sin cuestionamiento alguno—. Usa los medios necesarios para conseguirlo, mátalos a todos —continuó—, pero a Gladys y a ese tal Jordan los traerás al castillo, ante mi presencia, sin un solo rasguño, ¿entendido?

—¿A los dos? —quiso asegurarse su capitán.

El soberano se limitó a afirmar con la cabeza de modo rotundo; no era menester dar ningún tipo de explicación. Y aunque deseaba ser él mismo quien pusiera en su sitio a ese guardia arribista y venido a más, mantenerlo con vida podía resultar provechoso para sus planes, tal vez como moneda de cambio. Por otro lado, era mano de obra, que siempre venía bien. Y si no, ya dispondría de tiempo para colgarlo de un poste y desangrarlo como a un cerdo.

—Yo regreso mañana mismo a Vākh —le anunció a su hombre de confianza—. Quedas al cargo de esta misión. Sé que no me fallarás y todo saldrá tal y como espero.

—Por mi vida, Majestad Imperial. —Se cuadró, alzando la barbilla.

—Ahora, retiraos —les ordenó—. Frygt te dará una sustancial bolsa de monedas como pago a tu información —le dijo ahora a aquel guardia avaro y traidor. Lo observó detenidamente—. Imagino que formarás parte de esa comitiva para facilitarles las cosas a mis hombres.

—Sin duda —le aseguró, haciendo una profunda reverencia antes de irse.

Cuando Frygt también estaba por retirarse, Khawf lo cogió del brazo, y su siervo lo miró con una mezcla de extrañeza y temor.

—Que no quede nadie con vida —repitió en un susurro, haciendo un imperceptible gesto con la cabeza hacia la puerta.

Frygt también miró hacia atrás un instante, asintiendo luego al comprender.

—Será como deseéis, Majestad Imperial —le garantizó, con rictus severo.

—Y haz llamar a la criada que acaba de irse —añadió, soltándolo al fin.

El capitán afirmó, hizo una reverencia y se marchó, cerrando la puerta al salir. Una vez a solas, el soberano volvió a acomodarse en el sitial, rascándose la barbilla, con ojos malévolos.

Comprobaría si era tan servicial como decía...



Cuando la partera retiró el vendaje de la pierna de su esposo, Claire tuvo que reprimir un gemido al ver el aspecto de la herida. Apenas comenzaba a cicatrizar y se presentaba como una amalgama de piel, carne y sangre seca, rodeada de zonas muy amoratadas.

—Gracias a los dioses, no hay infección. —Escuchó a la mujer decir, sin embargo.

—No. Gracias a ti, Grunilda —le dijo entonces Erick—. Si no fuera por tus

atenciones, me habría quedado cojo.

—Yo, en cambio, sigo preocupada —admitió ella mientras comenzaba a limpiar la zona con ayuda de Claire.

—No te apures, mi padre viene de camino —le aseguró.

—Tu padre ya está aquí. —Resonó la voz de Trystan en el quicio de la puerta.

—¡Padre! —exclamó su hijo con alegría y alivio, apoyándose sobre los codos para poder alzar la cabeza y verlo.

Claire, por su parte, fue corriendo a abrazarlo, y la partera dio un paso hacia él, tras lo que hizo una profunda reverencia.

—Levántate, mujer, y dime cómo está mi hijo —le pidió, haciendo un gesto para que lo acompañara hasta el lecho. Aunque, antes de atender su pierna, se inclinó sobre Erick y besó su frente.

—Estoy bien, padre —quiso asegurarle.

Trystan se sentó a los pies de la cama, y Grunilda, con humildad, y también temor a haber procedido de forma errónea, le narró lo sucedido con sumo detalle y cuáles habían sido sus cuidados. El soberano, por su parte, no hacía más que asentir, estudiando la pierna de su hijo.

—Necesito palparte —le dijo, y Erick consintió, cerrando los ojos al saber que sería doloroso.

Incluso Claire se sentó en la cabecera de la cama y tomó una de sus manos, para darle fuerzas. Aun así, Erick no pudo evitar gritar.

—Ya está —le aseguró su padre, dándole un apretón en la pierna sana, sonriéndole.

Grunilda, en cambio, no hacía más que estrujarse las manos con nerviosismo, pendiente de todos los movimientos del rey.

—Majestad...

—Si traes niños al mundo del mismo modo que tratas huesos rotos, debes ser la mejor partera sobre la faz de la tierra —le dijo él, y la pobre mujer sintió que las piernas se le debilitaban al liberarse toda la tensión que acumulaba en su cuerpo.

—Yo... —titubeaba—, yo solo he intentado hacerlo lo mejor que sé —le explicó—. Mis conocimientos no son nada comparados con los vuestros, Majestad.

—Entonces, permíteme mostrarte algunos ingredientes que mejorarían notablemente tu unguento, y un vendaje que podría acelerar la curación.

—Oh, eso sería todo un honor —exclamó ella.

—Nunca se sabe cuándo podrías encontrarte con otro príncipe imprudente que se rompe la crisma —bromeó, poniéndose en pie y mirando a su hijo.

—No fue una imprudencia —trató de defenderse, aunque sabía que sin éxito, al ver que su esposa se tapaba la boca para ocultar su risa.

—Me ha recibido tu primo —le informó, observándolo de soslayo mientras, frente a una cómoda cercana, instruía a la partera en la elaboración del ungüento—. Y no ha precisado de mucho tiempo para narrarme lo ocurrido —añadió con tono reprobatorio.

—Un accidente lo tiene cualquiera. —Resopló Erick, poniendo los ojos en blanco—. Dime, ¿cómo está madre? —quiso cambiar de tema.

—Preocupada —le respondió, volviendo a la cama. La partera lo siguió y, a pesar de que se mantuvo al margen, no perdía detalle de su proceder—. En cuanto finalice el censo, se reunirá con nosotros.

—Por fortuna, Jordan le será de mucha utilidad —intervino ahora Claire, quien estaba mucho más tranquila tras la llegada de su suegro—. Es un experto en la materia.

—Yo... siento mucho los problemas que os he causado —se sinceró su hijo, aunque Trystan le sonrió.

—Creí que, cuando madurases, se acabarían los quebraderos de cabeza —bromeó.

—¿Madurar? ¿Quién? —su nuera siguió con la broma, haciendo que todos rieran, incluso la partera tuvo que reprimirse, disimulando.

—Un respeto, ¿queréis? —Erick se hizo el ofendido, mas en vano.

Una vez Trystan terminó de revisarle la pierna, se despidieron de Grunilda, no sin antes pedirle el soberano que acudiese al dispensario a echarle una mano siempre que quisiera, cosa que ella le agradeció profundamente. Luego, él se marchó a sus aposentos a refrescarse y aasearse un poco antes de acudir al comedor, donde ya aguardaban todos a excepción de Claire que, como de costumbre, acompañaba a su esposo a la hora de la comida.

—¿Cómo se encuentra Erick? —se interesó su sobrino mientras le agradecía a Erin con un gesto haberles servido la mesa.

—La intervención de la partera fue primordial —les dijo—, aunque aún tardará algunas semanas en recuperarse del todo; es una fractura grave.

—Por suerte, ya estás aquí para ayudarle a que termine de restablecerse —apuntó Gabrielle—. ¿Cómo está Gladys?

—Bien —respondió tras dar un sorbo de vino—. Reconozco que me resultó muy difícil dejarla sola, pero sabiendo que Jordan estará con ella...

Por cierto, hija, me crucé con tu esposo cerca de la Forca de Deati —le dijo ahora a Agatha—. Me entregó esto para ti —añadió, comenzando a rebuscar entre sus ropajes hasta encontrar una misiva que le ofreció.

Ella la tomó con dedos temblorosos, ante la sorpresa.

—Gracias, tío.

—Seguro que es una carta de amor —bromeó su cuñada y, si bien es cierto que Agatha le sonrió, estaba ansiosa por que esa comida terminase y poder refugiarse en la soledad de su recámara para leerla con tranquilidad. De hecho, la expectación le mermó el apetito y, aun fluyendo la conversación en la mesa, ella no intervino.

Trystan les hizo partícipes de su preocupación ante la reacción de sus señores al nuevo sistema de recaudación, inquietud que compartía con Nicholas, quien estaba planteándose el implantar patrullas que fueran controlando los distintos feudos y aldeas para evitar altercados. También le informó a su tío sobre los avances en la construcción de la nueva muralla... Sin duda, eran temas de envergadura, y en cambio, para Agatha, esas palabras resonaban vacías en su mente, pues no hacía más que pensar en la misiva que le había enviado su esposo.

En cuanto pudo, se retiró de la mesa, y Gabrielle, comprendiendo, se ofreció gustosa a encargarse de los niños mientras tanto. Con premura, se encaminó a sus aposentos. Se sentó en la cama y abrió con dedos trémulos el pliego lacrado con el sello de Asbath y que pertenecía a Jordan. Tuvo que tomar aire antes de comenzar a leer.

Mi hermosa Princesa... Mi Agatha...

Te escribo estas líneas para hacerte saber que estoy bien y que, a pesar de que son solo unos días los que estoy separado de ti, ya te extraño profundamente. Os llevo siempre en el pensamiento, a ti y a nuestros hijos.

Sin embargo, reconozco que todavía persiste en mí el sabor agridulce de nuestra despedida, pues el dulzor de tus besos se vio empañado por las amargas lágrimas que no pudiste evitar derramar...

¿Por qué, amor mío? ¿Qué te hace dudar que regresaré a tu lado? ¿Acaso no sabes aún que mi vida no tiene sentido si no te tengo?

Graba en tu memoria las palabras que te dije la última vez que hicimos el amor, Agatha, porque no fueron fruto de la pasión ciega que puedes provocar en mí, no, sino del amor tan inmenso que te profeso, que te profesaré mientras viva. Y no necesito consultar a los Oráculos, estoy seguro

de que así será, ya que vivo porque vives tú; respiro porque tú respiras; mi corazón sigue latiendo porque lo hace el tuyo...

Volveré pronto.

Trystan me ha informado de que el censo está bastante avanzado, por lo que espero en que esté finiquitado en unos días. Y entonces regresaré a ti para llenarte de besos y caricias, y borrar esas lágrimas que no deseo volver a ver en tu hermoso rostro.

A mi retorno te quiero sonriente y alegre, bella y seductora, quiero a mi diosa... esa mujer que me hace vibrar con una sola de sus miradas, que me enamora con cada una de sus palabras, que me mantiene unido a ella más allá de los designios del Destino.

Yo confío en que esta misiva te transmita todo mi amor. Y piensa en mí, como yo lo hago en ti, constantemente.

Tu esposo que te adora.

Jordan de Asbath

Agatha dejó escapar un suspiro que retenía en su garganta y pegó aquella carta a su pecho, que temblaba con congoja reprimida. Porque, a pesar de que el sentido común le decía que Jordan regresaría en unos días, su interior se colmaba de una inquietud irracional y dañina que le hacía temer por él... como si no fuera a verlo nunca más.

Capítulo 6



Brandon se sumergió en el agua y a los pocos segundos salió a la superficie, recibéndole los rayos de sol de esa cálida mañana veraniega. Solo por las visitas a ese lago, que se habían tornado en asiduas, ya valía la pena haber viajado a aquellas tierras.

Nadó hasta la orilla y caminó hasta el árbol donde había dejado sus ropas, poniéndose únicamente el pantalón, y dejando que la tibieza del aire que caldeaba el astro rey secase su torso y su largo cabello rubio. Se sentó a la sombra de la frondosa copa y apoyó la espalda en el nudoso tronco, cerrando los ojos con la intención de relajarse un rato.

En realidad, los esponsales de Bruc no fueron el motivo por el que había acudido a Los Lagos. Sin embargo, en cuanto Jordan pidió voluntarios para acompañarlo junto a su familia, no dudó en presentarse. No en vano, él mismo se había encargado de recopilar los últimos informes de los alguaciles y era un momento idóneo para hacérselos llegar al Rey Nicholas. El ambiente estaba enrarecido y, en su opinión, temía que el asunto estallase cómo y cuándo menos lo esperasen. Y si bien era cierto que su deber era proteger a toda costa a quien una vez fue su capitán y a su familia, debía admitir que, si por desgracia ocurría algo, él deseaba estar en primera línea, en plena acción. Desde que acabaran con Hrodgar y la plaga Häe, sus jornadas se tornaron tediosas, siendo el tiempo de entrenamiento su único divertimento, su momento de evasión.

Dioses...

¿Cuánto tiempo había pasado ya? Once años, y aún podía sentir el liviano e inerte cuerpo de Genoveva entre sus brazos, la impotencia y el dolor al perderla, al no haber sido capaz de hacer algo por salvarla; a duras penas lo consiguió él... y total, ¿para qué? Lo perdió todo aquella aciaga tarde de invierno: su hogar, a sus padres, el amor de su vida...

Genoveva y él se querían desde niños, deseaban pasar el resto de su vida juntos, y muchos lo consideraban muy joven como para desear atarse a una

mujer... Sí... lo era... era demasiado joven... pero para perder su futuro, sus sueños y esperanzas por culpa de un puñado de malditos.

Sin dinero ni un techo bajo el que cobijarse, decidió unirse a la Guardia de Asbath. Era fornido, aunque ágil, y pronto aprendió a luchar, deseando únicamente que llegase el día en el que lanzaran batalla abierta contra Adamón, para resarcirse y vengar su vida perdida, su destino malogrado.

Sin embargo, debía admitirlo; la satisfacción duró muy poco, efímera e insípida, dejándole un vacío en su interior. Y él cumplió con su cometido, sí, pero solo quedaba un rancio y oscuro «y ahora, ¿qué?». Transcurrió más de una década preparándose para la lucha, entrenando de forma casi inhumana con tal de ser el mejor y no perecer ante el sanguinario Balkar, poder asistir con vida a la caída de ese reino, de todos aquellos que lo habían conducido a la desdicha... y, tras conseguirlo, dudaba de si los Hados tenían reservado algo más para él.

Apretó los ojos con fuerza un instante y apoyó la cabeza en el tronco, suspirando. Era la cantinela de costumbre, incluso sus compañeros se mofaban a sus espaldas, aunque los más osados le decían en plena cara, aun a riesgo de que él les partiera la suya, que se buscara una esposa y dejara de dormir solo en el cuartel de guardia. No, no quería ni mujer ni hijos, ni siquiera amigos. No necesitaba ese tipo de afectos, depender de ellos y que luego los dioses burlones volvieran a arrebatárselos. Sus músculos podrían ser fuertes, pero dudaba que su espíritu fuera capaz de soportar semejante pérdida una segunda vez.

Sacudió la cabeza queriendo alejar esos pensamientos. Por ahora tenía la vida que había elegido vivir y era absurdo lamentarse. Se puso en pie y terminó de vestirse; el entrenamiento matutino no tardaría en comenzar y no quería llegar con retraso.

Estaba terminando de calzarse las botas cuando escuchó un grito femenino en la lejanía que lo puso alerta. Permaneció quieto, a la espera de que se repitiera y así asegurarse de lo que había oído, y tras unos segundos de silencio en los que no se escuchó nada, volvió a resonar aquel chillido, aunque más cerca. Y entonces vio a lo lejos un corcel al galope, parecía desbocado, y una joven que lo montaba, pero que corría el riesgo de caer derribada al ser incapaz de controlarlo.

Dejándose llevar por el primer impulso, montó con premura en su caballo y lo espoleó varias veces, tratando de coger velocidad y alcanzar al otro animal; la joven no dejaba de gritar, lo que lo espantaba aún más.

Decidió ir campo a través, adelantándose a su trayectoria, pero no fue lo bastante rápido como para interceptarlo, por lo que se mantuvo detrás de ella, azuzando con brío su montura con la intención de colocarse a su lado.

La pobre muchacha apenas si podía mantenerse en la silla a causa del violento trote y se agarraba a las crines del caballo, como si su vida dependiera de ello. En realidad, así era, pues una caída a semejante velocidad bien podía matarla. La escuchó chillar de nuevo, aterrada, y él palmeó el flanco del animal, haciendo que fuera más rápido.

—¡Coged las riendas! —le gritó.

Sin embargo, la joven no le obedeció. Se giró un instante a mirarlo al percatarse de su presencia, pero siguió apretando los puños alrededor de las crines.

—¡Debéis coger las riendas y tirar con fuerza para que se detenga! —insistió él, posicionándose cada vez más cerca.

—¡Ayudadme! —le rogó ella, haciendo caso omiso de sus instrucciones.

Brandon maldijo para sus adentros, azuzando con mayor vigor a su caballo, aproximándose. Si estiraba el brazo... Se inclinó ligeramente y atrapó la cintura de la muchacha, quien gritó de la impresión. Tras dar un tirón, la soltó de su agarre y consiguió montarla en su caballo, en su regazo.

Detuvo la carrera poco a poco aunque, a pesar de saberse a salvo, la joven se agarró de él con desesperación, cerrando los ojos.

—Ya pasó todo —le confirmó él, y solo así consintió abrirlos.

—¡Oh! —exclamó avergonzada al ver que estaba agarrándose a él sin necesidad, ya que el corcel de su salvador marchaba a un ritmo moderado—. Disculpadme —se excusó, y él se limitó a asentir, tirando de las riendas para desviarse del camino.

Entonces, ella se giró y resopló indignada al ver el caballo de Lord Durstan pastando como si no hubiera ocurrido nada.

—Maldito animal —bufó.

—¿Quién eres? —preguntó Brandon con repentino un toque incisivo en su voz que extrañó a la mujer. Incluso empezó a tutearla.

—Me llamo Ethel, milord —le respondió.

—Yo soy un guardia de Asbath, así que puedes ahorrarte la cortesía —dijo de mala gana—. Lo que quiero saber es quién eres realmente —insistió, inclinándose sin desmontar para coger las riendas del otro caballo y atarlo a su silla—. Llevas ropa de criada y, sin embargo, la guarnición de este animal es demasiado lujosa, sin olvidar el detalle de que no sabes montar... Todo me

hace pensar que lo has robado.

—¿Qué? ¡No! —se alarmó ella, llena de temor—. ¡No lo he robado! Este corcel pertenecía a Lord Durstan, pero Su Majestad, el Rey Nicholas, se lo obsequió al esposo de mi prima tras un altercado con el señor.

—Un poco enrevesada tu explicación —farfulló él, quien ya ponía rumbo al castillo—. Y estás muy lejos de sus tierras —añadió con visible incredulidad.

—Pues de allí vengo y apenas me he detenido ya que necesito hablar con urgencia con el rey. Es de vital importancia, por favor —casi le rogó.

—Me vas a perdonar, niña, pero no termino de creer tu historia —espetó con petulancia—, así que no pienso permitir que disturbances a Su Majestad hasta que no sepa quién eres en verdad.

—No soy ni una niña ni una ladro...

—Y preferiría que guardaras silencio hasta que lleguemos —la cortó de malas maneras.

Ethel iba a replicar, mas la expresión de aquel hombre era inflexible; serio, con la mandíbula tensa, pendiente del camino y sujetándola con decisión, claramente desconfiando de ella y temiendo que, en cualquier instante, se fuera a escapar... Necio, como si pudiera correr más rápido que un caballo, sin contar que era tan corpulento que se perdía en su regazo. Además, necesitaba llegar al castillo a como diera lugar, y si debía ser acompañada por aquel guardia antipático, que así fuera.

No pudo evitar mirarlo un momento. Tenía que reconocer que era apuesto; cabello dorado, de suaves ondas y largo por debajo de los hombros, tez curtida por el sol, con los pómulos marcados y un fuerte mentón, cubierta por una poblada barba. Sus facciones eran armoniosas a excepción, tal vez, de su nariz, la única parte que parecía maltratada al presentar una ligera protuberancia en el tabique, pero que no le restaba atractivo, todo lo contrario. Si no fuera por la dureza de su expresión...

La joven apartó la mirada. Parecía en pie de guerra con el mundo, y temía que lo pagase con ella. Aunque, si ese recibimiento había sido malo, su llegada al castillo sería, con seguridad, nefasta. Dudaba que alguien hubiese olvidado lo ocurrido con Sybill y, pese a que ella no fue la principal responsable, sí fue una chiquilla tonta al dejarse influenciar por esa mujer. Nadie merecía aquel trato y mucho menos la Reina Gabrielle, que había demostrado ser tan generosa y benevolente. Otra, en su lugar, la habría mandado azotar, como poco.

Al cruzar la muralla, le dio un vuelco el corazón al volver al lugar que fue su hogar durante tantos años. Era apenas una niña cuando su madre enviudó y se marcharon de la aldea para probar suerte en el castillo. Por desgracia, su madre la abandonó demasiado pronto y, tras su muerte, ella decidió permanecer allí, y ahora, echando la vista atrás, podía jurar que estar al servicio de Sus Majestades era gozar del mismísimo Kratvah, comparado con vivir bajo el yugo de Lord Durstan. Si no lo hubiera echado todo a perder... Sin embargo, confiaba en serles de utilidad una última vez antes de volver a casa de su prima, compensar de algún modo su falta... si aquel guardia huraño se lo permitía y no la recluía en las mazmorras antes.

Sumida en la incertidumbre vio que atravesaban el rastrillo oeste para acceder al patio de armas, deteniéndose frente al cuartel de guardias.

—¡Capitán! —escuchó vociferar a su cancerbero.

Al instante, desmontó y, tomándola con ambas manos de la cintura, la bajó del caballo como si fuera una pluma. Luego, la cogió por el brazo, de modo bastante desdeñoso, y se dirigió a la puerta, llevándola prácticamente a rastras, y casi topándose de frente con alguien que salía.

—Nigel... —murmuró ella, entre aliviada y temerosa.

—Brandon, ¿qué...? ¡¿Ethel?! —exclamó el joven, frenando en seco.

—¿La conoces? —inquirió el guardia, quien se mantenía firme, sin soltarla.

—¡Claro que sí! —espetó con asombro, empezando su expresión a encolerizarse tras pasar la sorpresa.

—Nigel, por favor, déjame que te explique... —comenzó ella a pedirle.

—Hace mucho tiempo que fue expulsada del castillo junto con otra mujer por injuriar a nuestra soberana —escupió las palabras, mirándola con desprecio.

—¡No! Yo no... —Ethel cerró los ojos, resignada. No esperaba menos que aquello, que no la dejaran explicarse siquiera, y el tal Brandon iba a romperle el brazo de tan fuerte que se lo agarraba.

—¿Te refieres a cuando Su Majestad enfermó? —Le oyó preguntarle a Nigel, y Ethel supo que estaba perdida. Su falta no solo era del conocimiento de todo Los Lagos sino también de Asbath—. La capturé robando este caballo. —Lo vio señalar al animal... Dioses... Ese hombre ya la había juzgado y no dudaría en aplicar él mismo su condena sobre ella.

—¡Ese caballo era de Lord Durstan! —se defendió—. Pero ya te dije que el Rey Nicholas se lo entregó a mi prima y su esposo, como regalo de bodas

—insistió.

—¡Cállate! —le ordenó él, zarandeándola.

—¿Lord Durstan? —demandó Nigel, sin embargo, haciéndole un gesto a Brandon con el que le pedía calma—. Recuerdo una pareja de recién casados que...

—Mi prima Sabeline y su esposo, John —exclamó ella, viendo una salida, y forcejeando para zafarse del agarre de Brandon, aunque en vano—. Acudieron al rey, pidiendo clemencia porque Lord Durstan...

—Sí, sí, recuerdo a aquel lord —lo dijo con sonsonete.

—Nigel, por favor, es de vital importancia que hable con Su Majestad —lo cortó con impaciencia, pensando en el tiempo tan precioso que perdían.

En cambio, Brandon volvió a sacudirla, exigiéndole silencio.

—Puede que se haya aclarado el asunto del caballo y que no seas una ladrona, pero no pienso permitir que una zaina como tú se acerque a la reina —espetó con dureza.

Ethel estaba al borde de las lágrimas, segura de que, si salía bien parada de aquello, sería un milagro.

—A saber qué nuevos embustes se te habrán ocurrido para mortificarla —la acusó—. El rey te perdonó una vez —le recordó—, y no creo que haya una segunda. Deberías marcharte.

Brandon tiró de ella para conducirla hasta el caballo de Lord Durstan y, aunque la joven se negaba y trataba de soltarse, él la arrastraba sin dificultad.

—Tienes que escucharme —suplicó, mirando a Nigel—. Lord Durstan ha conspirado con un rey extranjero para invadir el reino.

Nigel, atónito, se acercó a ella con premura, y Brandon dejó de arrastrarla, aunque no la soltó, mirándola encolerizado.

—Por todos los dioses, niña, ¿cómo se te ocurre...?

—¿De qué hablas? —le exigió Nigel, en cambio—. ¿A qué rey extranjero te refieres?

—Khawf, el Rey Tirano —le dijo sin poder reprimir un sollozo nervioso, rogando por que le dejaran narrar todo lo ocurrido—. Se reunió en casa de Lord Durstan con algunos señores de Los Lagos, Meissen y Asbath —les contó—. Debe ser muy poderoso pues todos se dirigían a él como Majestad Imperial y le rendían total pleitesía y lealtad.

—Jamás he oído nada sobre ese tal Khawf —espetó Brandon y, sin querer escuchar nada más, volvió a tirar de ella, caminando hacia el caballo.

—Yo, en cambio, sí —lo detuvo Nigel. Brandon lo miró, escéptico—.

Gobierna un imperio allende el Mar Istook —agregó el capitán—. El Rey Trystan se encuentra en el castillo —le dijo ahora a la doncella, y ella dio un fuerte tirón, soltándose de Brandon al estar distraído con la actitud de Nigel.

—Nigel, te lo suplico, llévame ante él. —Se acercó con un ruego en la mirada y su voz.

El capitán, por su parte, miró a Brandon, que se mostraba reticente, y luego a la muchacha.

—Haremos algo —habló por fin—. Aguardarás en la cocina mientras yo lo consulto con Su Majestad —le propuso.

Ethel, sin querer perder más tiempo, asintió con rotundidad y echó a andar hacia la zona de servicio. Brandon, a su vez, salió tras ella.

—No pienso perderte de vista hasta entonces, niña —le advirtió cuando la doncella se giró a mirarlo.

—Como gustes —espetó de mal talante, harta de su desconfianza para con ella.

Cierto era que había cometido un error imperdonable en el pasado, pero ese hombre la trataba como el más peligroso de los criminales. Sin embargo, su mal genio duró hasta que llegó a la puerta de la cocina, al ver que dentro se encontraban Ivette y Erin. Tal fue su sorpresa que frenó en seco, haciendo que Brandon tropezara con ella. La primera reacción del guardia fue cogerla de la cintura y pegarla a él con la intención de evitar que alguno de los dos se cayera... Y Ethel se giró para reprenderle, aunque quedó muda al toparse con sus ojos, claros y de largas pestañas, y tristes, demasiado tristes...

Carraspeó un tanto azorada y se soltó, apartándose de él mientras susurraba una disculpa y, armándose de valor, se adentró en la cocina.

—¡Ethel! —exclamaron ambas mujeres al verla entrar.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Erin.

—Sé que no soy bienvenida —se excusó, alzando ambas manos en un gesto de prudencia—, pero me trae un asunto de vital importancia y Nigel me ha pedido que aguarde hasta que él venga.

La cocinera, desconfiando, miró a Brandon quien, apoyado en el quicio de la puerta y cruzado de brazos en actitud indolente, asintió.

—Jamás me habría atrevido a volver si no considerase que es de vida o muerte —aseveró, y ambas jóvenes se miraron, alarmadas—. Puedo aguardar fuera —añadió, y Erin negó con la cabeza.

—Por mi parte, no soy quién para juzgarte, sino los dioses —le dijo—, y a nadie se le niega asiento y un poco de agua —agregó, señalándole una silla,

al tiempo que Ivette le acercaba una jarra de greda con agua, dando así a entender que opinaba igual que Erin.

—Os lo agradezco de corazón —murmuró tras beber—. Vengo cabalgando sin descanso desde Durstan.

—¿Vives allí? —se sorprendió Ivette, sentándose también a la mesa.

—Ese lord es un villano —refunfuñó Erin, quien en cambio fue hasta los fogones a seguir con la comida—. Ivette, ¿recuerdas aquella pareja que...?

—John y mi prima, Sabeline —terminó Ethel por ella—. Con ellos vivo desde que... —La joven agachó la cabeza, avergonzada—. Lo siento mucho —les dijo—. No hay justificación para mi forma de actuar, pero Sybill parecía tan versada en ciertos temas, y yo era tan ingenua...

—Es cierto que no tenías que reírle las gracias. Sin embargo, la que quería meterse en la cama de Su Majestad fue ella, no tú —repuso Erin en tono seco—. Y los dioses bien que la han castigado por su infamia.

Ethel miró a las dos mujeres, sin comprender.

—Tú buscaste refugio con tu familia. En cambio, ella prefirió servir al Reino de Adamón —le informó Ivette.

—¿Qué? —exclamó sin poder creerlo.

—Y murió bajo el filo del cuchillo de uno de los Reyes Hæe —agregó Erin con gravedad.

Ethel se llevó una mano al pecho, con una mezcla de aflicción y asombro. Sybill había sido una mujer ruin y ladina, y decidió serlo hasta el final de sus días si osó servir al peor enemigo del reino... y los dioses no lo habían pasado por alto. Y tal vez, a ella...

—Tú no eras como Sybill —aseveró Ivette, haciéndose eco de sus pensamientos—, aunque no debiste escucharla.

—Es verdad —admitió con pesar—. Y no mereceré el perdón de Sus Majestades, pero si puedo servirles una vez más...

—¿Qué es lo que sucede? —quiso saber Erin, con aire perspicaz.

—Ethel. —Irrumpió, de pronto, Nigel en la cocina—. Los reyes aguardan en el salón del trono —le informó un tanto serio.

La joven, sin dudarle, asintió, poniéndose en pie.

—Gracias —les dijo a las dos mujeres, tras lo que salió al corredor, seguida del capitán y de Brandon, quien no abandonaba su desconfianza. Y aunque le importunaba aquel guardia impertinente, sabía que lo tenía merecido.

Capítulo 7



En cuanto entraron en el salón del trono, Ethel vio al Rey Nicholas acompañado del monarca de Meissen, aguardando ambos por ella y acomodados en los sitios. Parecían contrariados. La joven caminaba con paso titubeante, insegura, hasta que notó que una mano tomaba con brusquedad su brazo y tiraba de ella para colocarla justo frente a los soberanos. Brandon... Se giró hacia él y recibió a cambio una mirada dura, de advertencia, tras lo que el guardia caminó hasta el umbral de la puerta, donde se reunió con Nigel, cruzándose de brazos y observándola.

Tragó saliva y, no sin esfuerzo, decidió obviar su escrutinio que conseguía afectarle, la inquietaba sobremanera, y necesitaba sosegar para enfrentar a los reyes. Avanzando hacia ellos un paso más, clavó las rodillas en el suelo y bajó el rostro, hasta casi tocarse el pecho con la barbilla.

—Ethel... —murmuró Nicholas, sorprendido por tal gesto de humildad.

—Os lo ruego, permitidme expresaros mi más profundo arrepentimiento por lo que ocurrió —dijo sin alzar la vista—. Sé que no merezco vuestro perdón y, aunque tampoco es suficiente, mi reprobable conducta me reconcome día y noche desde entonces.

—Levántate —le pidió el rey—. Ese asunto quedó zanjado —añadió con tono severo—. Nos interesa más saber lo que te ha traído de nuevo hasta aquí.

La joven obedeció, sin dejar de sentir cierto alivio ante la deferencia del soberano.

—Tal vez recordéis a mi prima Sabeline y John, una pareja de recién casados que... —comenzaba a narrarle para ponerlo en situación.

—Sí, sí —la cortó él, impaciente—. Y a Lord Durstan —añadió con una mueca de disgusto—. Por lo poco que me ha referido Nigel, esto tiene que ver con él.

Ethel asintió y echó la vista atrás, topándose con el capitán y Brandon, quienes seguían flanqueando la puerta, como si tuviera intención de escapar. No pudo evitar que le molestase su actitud desconfiada, pero no estaba en condiciones de exigir nada.

—Yo trabajo en la casa señorial —volvió a dirigirse a los soberanos—, y hace unos días, Lord Durstan recibió al Rey Khawf.

—¿Estás segura de eso, de que era él? —preguntó ahora Trystan, cuyas manos en forma de garras se asían a los brazos del sitial.

—Sí, Majestad. Lo llaman el Rey Tirano —insistió—. En la mejilla izquierda tiene una especie de marca pintada en la piel, como una filigrana oscura que va desde la frente al pómulo —agregó, queriendo dar todos los detalles posibles.

—Que los dioses nos asistan —murmuró el monarca con inquietud.

—Cuéntanoslo todo —le exigió Nicholas a la doncella, y mirando fugazmente a su tío, preocupado.

—Tras la llegada del Rey Khawf, comenzaron a arribar lores venidos de Meissen, Asbath y Los Lagos —continuó, restregándose las manos, nerviosa—. Yo misma conduje al soberano ante ellos. No repararon en mí, pero permanecí cerca de la puerta, por si me requerían para algo, y pude escucharlo todo —dijo con gesto compungido—. Ese rey ladino quiere hacerse con el dominio de los tres reinos —prosiguió con voz temblorosa—, de hecho, pretende atacar primero Los Lagos...

—Maldito... —masculló Trystan por lo bajo.

—Y cuando uno de los lores cuestionó su proceder, al considerar que el objetivo debía ser Meissen, lo mató, frente a todos, sin pestañear siquiera —agregó sollozando.

—¿Qué? —exclamaron ambos hombres al unísono.

—Sacó una daga y la hundió en su corazón —les dijo, tratando de dominar el temblor que atenazaba su garganta, la angustia y el temor que le producía ese recuerdo que la perseguía desde entonces... Jamás había visto cómo le arrebataban la vida a alguien...—. Es un hombre despiadado... —Se cubrió la boca con una mano unos segundos y trató de tomar aire para continuar—. Me escabullí como pude y volví a casa de mi prima. Entonces les pedí el caballo y, aunque apenas sé montar, he cabalgado sin descanso para arribar cuanto antes y poder advertiros.

—Tranquila, Ethel —intentó calmarla Nicholas.

—¿Sabes el nombre del lord que asesinó? —preguntó en cambio Trystan, demasiado tenso.

—Sí, era Lord Freye —respondió, procurando sosegar y dejar de llorar.

—¿Lo dices con completa certeza? —insistió, apretando los puños con rabia.

—Sí, Majestad —replicó con rotundidad—. Atendí a los señores mientras estuvieron hospedados en la casa señorial, a la espera de que se llegasen todos.

—Tío, ¿qué...? —susurraba Nicholas, quien no alcanzaba a comprender.

—Es uno de los que opuso resistencia a la hora de declarar sus bienes —le informó, furibundo—. Necesito una lista con todos sus nombres —le demandó ahora a la muchacha.

—Claro, Majestad —afirmó, recuperando la compostura. Parecía que habían creído sus palabras y la llenaba de alivio.

—Nigel, llevadla a la cocina y ayudadle con ese listado. Luego me lo haces llegar a la recámara de mi hijo —le pidió, poniéndose ya en pie—. No te vayas del castillo —le advirtió a Ethel—, puede que precisemos de más información.

Nicholas observaba la escena, no sin asombro. El asunto era de extrema gravedad, por supuesto, pero Trystan parecía al borde de un colapso nervioso, y no creía haberlo visto así nunca.

—Que alguien advierta a la reina y mi sobrina para que se reúnan con nosotros —fue lo último que les demandó antes de que se retiraran tanto los dos hombres como Ethel—. Vamos —le dijo entonces a Nicholas, quien lo siguió en silencio.

Al entrar en la alcoba de Erick, que estaba acompañado de su esposa como cabía esperar, este los saludó muy animado, y apartó la colcha de encima de su pierna al suponer que su padre acudía a revisarlo, como cada mañana.

—Tu cura tendrá que esperar —le dijo en tono sombrío, acercándose a la cama. Nicholas, por su parte, se sentó en un butacón.

—¿Qué sucede, padre? —preguntó el príncipe, borrándose su sonrisa de inmediato. Le hizo una seña a Claire para que lo ayudara a incorporarse un poco y apoyar la espalda en el cabecero.

—Mejor aguardamos a que lleguen Agatha y Gabrielle —propuso sin aligerar el rictus.

—¿Le ha pasado algo a madre? —insistió él, cada vez más inquieto, y aunque Trystan negó con la cabeza, eso no lo tranquilizó.

Para descanso de los nervios de Erick, las mujeres se presentaron casi enseguida, y a la carrera, pues Nigel les había hecho saber que era un tema de importancia. Por eso, sin dilación alguna, Trystan se apuró en relatarles lo acontecido minutos atrás con Ethel.

—¿Y te fías de sus palabras? —inquirió Agatha con suspicacia. La joven

se había sentado en la cama, cerca de Claire; Gabrielle, en cambio, se acomodó en el regazo de su esposo, claramente preocupada—. Después de lo que ella y Sybill provocaron...

—La principal culpable fue Sybill —le recordó su cuñada, afectada al recordar aquello, y la respuesta de la hermana de Nicholas fue refunfuñar algo inteligible y cruzarse de brazos.

—Da la casualidad de que Lord Freye ha sido uno de los más reacios a adaptarse al nuevo sistema de recaudación —le dijo Trystan, que se había apoyado en el alfeizar de la ventana. Y justo, en ese instante, alguien llamó a la puerta.

—Esta es la lista que me ha dictado Ethel —le informó Nigel al rey en cuanto le hicieron pasar. Trystan solo necesitó echarle un vistazo.

—Estad alerta —le pidió al capitán, haciéndole una seña para que se retirara.

—Tío...

Antes de que Nicholas terminase la frase, Trystan ya le alargaba el pliego.

—Creo que eso confirma lo que nos ha contado la muchacha —concluyó con seriedad, señalando el listado.

—Son todos los lores que han estado causando problemas —asintió Nicholas, estudiándola.

—Un momento —exclamó Erick—. Podría entender una conjura por parte de nuestros señores en el hipotético caso de que sufriesen delirios suicidas; no obstante, ¿planear semejante locura? Sabiendo el alcance de nuestros ejércitos y nuestros apoyos y aliados... —les rebatió.

—Te olvidas de Khawf.

—¿Quién es ese? —le cuestionó su hijo, sin ceder en su argumento.

—¿No has oído hablar del Reino de Vākh, al otro lado del Mar Istook? —le preguntó su padre, que había comenzado a deambular por la recámara.

—Vagamente —reconoció—. Pero, ¿me estás diciendo que hay un soberano de aquí a los Confines del Mundo tan demente como para enfrentarse a nosotros?

—Demente, poderoso y vengativo —puntualizó Trystan, deteniéndose frente a la ventana, con la mirada perdida en la lejanía.

—¿Vengativo? —Erick frunció el ceño, sin comprender.

—Lo que os voy a referir sucedió antes de que me casase con tu madre —comenzó a decir, tras tomar aire—. Fue en la época en la que me retiré a los Montes Gaynor, para instruirme en las artes curativas cuando el entonces

Príncipe Khawf cruzó la inmensidad del Mar Istook en busca de alianzas. Sin embargo, en cuanto vio a tu madre —se giró hacia Erick—, se juró a sí mismo que la haría su esposa.

—¿A tía Gladys? —demandó Agatha, sorprendiéndola—. ¿Tuvo otro pretendiente y no me ha contado nada? —añadió con cierta ligereza.

—No fue un episodio del que jactarse —respondió Trystan en cambio, denotando cierta amargura en su voz—. Ese hombre se encaprichó de ella de tal forma... con una fijación, un deseo enfermizo —añadió con expresión mortificada y la postura tensa—. Hubiera sido capaz de ofrecerle a tu abuelo todo lo que poseía con tal de tenerla, lo tentó de hecho, igual que trató de tentarla a ella, pero, para mi fortuna, Gladys me amaba, a pesar de ser el nuestro un matrimonio pactado, y Theodore amaba a su hija. Por eso, cuando ella amenazó con quitarse la vida...

—¿Que madre hizo qué? —inquirió Erick en un sobresalto, y Trystan se mesó los cabellos, atormentado.

—Prefería morir a entregarse a ese hombre que, además, y en su corta estancia aquí, demostró ser cruel y despiadado —continuó—. Él juró por su propia sangre que aquella afrenta no quedaría impune. Y, aunque hayan transcurrido más de treinta años, no erraría si dijese que su sed de venganza sigue igual de viva que entonces.

—Siendo así, madre está en peligro —exclamó Erick con temor.

—Y Jordan —añadió Agatha, levantándose de la cama, alarmada.

—Todos lo estamos —puntualizó Nicholas, que también se había puesto en pie para colocarse cerca de Trystan—, pero tenemos ventaja al habernos advertido Ethel, cosa que Khawf desconoce —agregó, a lo que su tío concordó.

—Mandaremos el cuervo a Meissen y...

—Me temo que eso no va a ser posible —lamentó Agatha, pasándose la mano por la frente en un gesto inquieto, y sintiendo la mirada de todos sobre ella—. Tenía un mal presentimiento y le pedí a Jordan que se lo llevara con él, y que así pudiera avisarnos si sucedía algo.

—Divino Bhut... —Trystan alzó la vista al cielo y resopló, poniendo los brazos en jarra.

—Lo siento... Yo... —Agatha se dejó caer en la cama, bajó el rostro y se tapó la boca con una mano, reprimiendo un sollozo.

—No es culpa tuya —le dijo su hermano, comprensivo, dando un paso hacia ella, aunque se detuvo al ver que Claire y su esposa ya acudían a su

lado con la intención de consolarla.

—Tu mal presagio era acertado, y tu proceder, lógico —admitió Trystan, finalmente—. Lo hiciste con la mejor intención.

—Sí, pero ahora no podemos advertirles del peligro que corren y... —La joven comenzó a llorar sin poder contenerse más—. Si algo llega a sucederles, yo...

—No va a pasarles nada —dijo ahora Erick, que se había inclinado hacia adelante para colocar la mano sobre su hombro. Incluso Nicholas se había acercado a ella.

—Mírame —le pidió este, tomándole las mejillas y enjugando sus lágrimas—. Tú no eres la responsable de los planes de venganza de un rey mezquino —le aseguró, indulgente—. Y deberías confiar en tu esposo. Jordan es uno de los mejores guerreros que conozco, si no el mejor.

—Como te escuche decirle eso, su ego no va a caber en este vasto castillo —quiso bromear Erick. De hecho, Agatha intentó sonreír, aunque acabó abrazándose a su hermano.

—Nicholas... —sollozó.

—Voy a enviar un grupo de guardias ahora mismo hacia Meissen —dictaminó con tono solemne, besando su frente.

Cuando se separó de ella, miró a su esposa, y ella comprendió que deseaba que permanecieran con su hermana, por lo que asintió ligeramente.

—Tío, acompáñame —le pidió—. Vamos a informar a los hombres acerca de la situación.

—Vuelvo después, hijo —dijo Trystan, sombrío, antes de ir al encuentro de Nicholas, quien ya había salido de la habitación.

—Ojalá los dioses nos sean favorables y nos permitan llegar a tiempo —deseó su sobrino.

—Ojalá —asintió Trystan—. Mientras tanto, preparémonos para una invasión.

Capítulo 8



Un ambiente de gravedad se respiraba en el patio de armas de Los Lagos aquella mañana. Un buen número de soldados aguardaba la llegada de Nigel, quien capitanearía la marcha hasta Meissen. Además, Nicholas ya había enviado a Bruc a Asbath para informar de lo sucedido y que así estuvieran dispuestos y alerta en caso de necesitarlos.

Muchas mujeres se congregaron en las inmediaciones del patio. La mayoría se estaban despidiendo de sus hombres; esposos, padres, hijos... Partían rumbo a lo desconocido, pues si bien Ethel había repetido hasta la saciedad las palabras que escuchara en casa de Lord Durstan, Trystan no confiaba en la naturaleza voluble y malvada del bien denominado Rey Tirano, y lo que aquellos guardias pudieran encontrar era una incógnita. Debían ir preparados para cualquier cosa.

La muchacha se encontraba entre el resto de las mujeres. No tenía nadie a quien desear buena suerte, pero no podía evitar sentirse responsable de aquella aflicción que sobrevolaba el patio; ella fue el pájaro de mal agüero que trajo las nefastas noticias que pusieron del revés la vida de esa gente. Innumerables escenas de despedida que la entristecían se daban a su alrededor, pero sentía que lo menos que podía hacer en ese momento era formar parte de ese comité que les infundiría ánimos y les diría adiós, y que esperaría su retorno, el de todos, sanos y salvos.

De pronto, Ethel sintió una presencia cerca de ella. No le hacía falta girarse para saber quién era, pues algo había en Brandon que la turbaba, aunque no era capaz de discernir si para bien o para mal. Y él no solo parecía darse cuenta sino que gozaba al verla en semejante aprieto. Era incisivo, antipático, y no ocultaba en modo alguno su desconfianza hacia ella.

—¿A quién has venido a despedir, niña?

Ethel sintió un escalofrío recorrerla de pies a cabeza, pues Brandon le había susurrado esa pregunta al oído, con falsa calidez y una provocación

velada en sus palabras.

—¿Apenas llegaste ayer y ya tienes de quien separarte? —ironizó, y ella se giró hacia él, furiosa por lo que estaba insinuando.

—¿Y qué me dices de ti? —le reprochó ella—. Llevas mucho más tiempo aquí que yo y no veo que nadie derrame ni una sola lágrima por tu partida. Y no me extraña, no he visto a nadie más frío, huraño e insensible que tú —espetó tratando de responder así a su hostilidad, aunque la carcajada que lanzó él aún la hizo sentir peor.

—Pues sí que tienes suelta la lengua —se burló—. ¿Quién te lo enseñó, tu amiga Sybill?

—Ya me he disculpado por aquello con quien debía hacerlo —dijo con dureza, recordándole que también había hablado con la Reina Gabrielle, quien la perdonó de buena gana—, y precisamente a ti no te debo ninguna explicación.

—Me la deberás si compruebo al llegar a Meissen que no era más que una de tus tretas —le advirtió con severidad, acercando su rostro a ella, intimidante.

Ethel se sobresaltó. El azul de su mirada parecía hielo...

—Tal vez nos estés enviando al infierno, pero juro por los dioses que escaparé del Inframundo para atormentarte hasta el fin de tus días —siseó, y a pesar de que Ethel se vio sorprendida por una repentina congoja, hizo acopio de todo su arrojo y se tragó las lágrimas con tal de enfrentarlo.

—¿Qué te he hecho, Brandon de Asbath? —inquirió, sosteniéndole su gélida mirada—. Creo que jamás te había visto hasta ayer, por lo que en otra vida debí infligirte un daño imperdonable para que me odies tanto.

Las mandíbulas del joven se tensaron mientras escudriñaba su rostro. Durante un instante, sus ojos se posaron en los labios femeninos, y Ethel se vio invadida por un extraño estremecimiento que recorrió todo su cuerpo.

En ese momento, Nigel, acompañado de su esposa, Erin, se abrió paso entre el gentío en dirección a su caballo. Las palabras de ánimo por parte de los presentes obligaron a Ethel a desviar su atención de Brandon y apartar la vista de él, quien no se lo permitió. Porque, de repente, tomó sus mejillas entre ambas manos y la besó, un beso repentino, intenso y breve. Ethel no pudo ni supo reaccionar, y cuando él se apartó, de la misma forma repentina, tuvo que esforzarse para mantenerse en pie porque sus piernas apenas la sostenían. Atusándose un mechón que escapaba de su trenza rojiza, comprobó que nadie a su alrededor parecía haberse percatado de lo sucedido,

lo que la tranquilizó, y también que Brandon había desaparecido, lo que la decepcionaba de modo incomprensible.

Sin embargo, tras unos instantes, vio que había montado en su caballo y se posicionaba cerca de Nigel, quien inclinaba el cuerpo sobre su montura para darle un último beso a Erin. Sin poder remediarlo, Ethel se vio atada a su mirada, que volvía a ser fría al igual que su expresión y la mueca de sus labios, que se apretaban en una línea tensa, muy lejos de la tibieza que ella había sentido por un efímero instante.

«Vuelve con vida», tuvo deseos de decirle, pero los contuvo, mordiéndose las ganas y la lengua. No obstante, tuvo la sospecha de que Brandon lo había percibido de alguna manera, pues un cálido brillo titiló durante un segundo en aquellos, otra vez fríos, ojos azules.



El asentamiento del Rey Tirano estaba situado al pie del Monte Arsus, entre las últimas estribaciones de los Montes Doghen y La Espina. Raleigh solo se hizo acompañar por un puñado de hombres de su entera confianza para no llamar mucho la atención en Gunnar, sobre todo de su dichoso cuñado, Cailen, quien tenía la fea costumbre de meter las narices donde nadie le llamaba.

Al llegar, lo recibieron algunos siervos del soberano, y le sorprendió el aspecto tan lujoso que presentaba la tienda, de un tejido de color rojizo con brocados en azul cobalto y oro, y que podía albergar en su interior a dos docenas de hombres de forma holgada.

Previo a la cortina que hacía las veces de puerta, otro sirviente salió a su encuentro, haciéndolo pasar. Si el exterior era ostentoso, el interior quitaba el aliento. Hermosas alfombras cubrían el suelo, tapices con enigmáticos paisajes y animales mitológicos adornaban lo que serían las paredes, y no faltaba pieza alguna de mobiliario en aquel espacio para que el soberano se sintiera cómodo: divanes, mesitas, jarrones...

De pronto, al fondo de la estancia, se abrió otra cortina que dividía el amplio espacio, tras la que apareció Khawf. La fastuosidad de sus ropajes rozaba lo extravagante, con una larga túnica blanca hasta los pies, adornada con brocados en azabache y los dedos llenos de anillos de reluciente oro. Su cabello largo hasta mitad de la espalda, ondulado y negro aunque blanqueado

por algunas canas, estaba salpicado de pequeñas piedras preciosas, como si fueran coloridas gotas de rocío.

Era un hombre no demasiado corpulento, pero bien formado, y con seguridad fue atractivo en otros tiempos. Sin embargo, sus facciones se habían tornado agrias y afiladas, malvadas... un claro reflejo de su interior.

En su mejilla izquierda se podía apreciar con claridad la seña con la que se marcaba a los hombres de aquel singular imperio: una especie de floritura que partía de la sien y bajaba con graciosas volutas hasta mitad del pómulo, y que también subía por la frente, encima de la ceja, adornando el ojo. Raleigh solo había visto una marca de ese tipo en la muñeca de su cuñado, las tres lunas, aunque pasaba desapercibida pues solía llevarla tapada con un brazalete de cuero.

Al detenerse frente al rey, Raleigh hizo una exagerada genuflexión, acorde con la situación, y el soberano sacudió la mano en un gesto altivo, pidiéndole que se pusiera en pie. Luego, se dirigió hacia un diván con una pequeña mesita cercana provista de una fuente con fruta fresca y una jarra de vino. Mientras se tumbaba con desidia, un criado se apresuró a servir dos copas, tras lo que Khawf agitó de nuevo la mano para que se retirara.

—Toma asiento —le dijo al joven una vez estuvieron solos, haciéndolo en un cómodo y mullido butacón, frente a él—. Confiaba en que no volveríamos a vernos.

Raleigh estuvo tentado de decirle que él pensaba lo mismo, aunque se mordió la lengua. Ese hombre era capaz de cortársela. En cambio, sí, contaba con que su dichoso navío partiese de una vez por todas hacia Vākh, y que aguardaba oculto en una bahía fuera del alcance de las torres vigías.

—¿Debo imaginar que habéis sufrido algún contratiempo por lo que no habéis partido aún? Si puedo servirlos en algo... —se fingió solícito, aunque la sonrisa ladina del rey le hablaba de su estrepitoso fracaso.

—Tranquilo, yo también quisiera marcharme cuanto antes de estos húmedos parajes —dijo con una mueca de repugnancia en sus labios—, pero hay un cambio de planes.

Raleigh se tensó, sabiendo que esos planes lo implicaban de alguna forma, de lo contrario, no lo habría hecho llamar.

—El grueso de mis hombres va camino de Meissen —le informó con cierta petulancia—. Y no necesitas saber más, solo que en pocos días accederán al mar por la cara oeste de los Montes Doghen... y espero que lo hagan sin ningún tipo de impedimento.

—Por descontado, Majestad Imperial —le aseguró él.

—Nadie los detendrá, como tampoco revisarán nuestros barcos —insistió—. La carga que portarán es muy importante para mí.

Raleigh asintió categórico, sabiendo que era absurdo tratar de averiguar de qué se trataba. Era el precio a pagar... no era más que un peón, y si quería mantener la cabeza en su sitio, pegada al cuello, lo mejor era seguir sus reglas.

—Estará todo dispuesto —reafirmó, dudando que aquello fuera lo único que precisaba de él.

—Finalmente, ¿tu cuñado se uniría a nuestra causa? —le preguntó en tono incisivo.

«¿Causa?»

Aquello no era una causa, sino una conjura. Ese rey déspota planeaba apoderarse de todos los reinos circundantes al Mar Istook, algo que Cailen jamás secundaría...

—No, Majestad Imperial. Lo lamento —le respondió con exagerado pesar.

Khawf tomó un sorbo de vino y lo escudriñó con la mirada.

—Yo sí que lo lamento —pronunció, esbozándose una mueca de asco—. Lamento haber confiado en un alfeñique como tú la expansión de mi imperio.

—¿Cómo iba yo a suponer que Adrianne desoiría los deseos de su padre? —se defendió el joven, aunque no había alegato plausible.

El matrimonio de la princesa con alguno de esos pretendientes, minuciosamente escogidos por él, vaticinaba una alianza segura entre ambos territorios. Y sin embargo...

—Tengo la impresión de que no comprendes tu posición en este juego —le advirtió, con tono indolente mas fulminándolo con la mirada—. Estás vivo porque aún me sirves —siseó con una amenaza pendiendo sobre la cabeza de Raleigh—, y procura que así siga siendo.

El príncipe tragó saliva, sintiendo que se le helaba la sangre en las venas.

—¿Ordenáis algo más? —se esforzó en mostrarse servil.

—Cuando los barcos con mis hombres de vuelta de Meissen zarpen, deberás partir hacia tu castillo, a Shyt. Allí te haré llegar noticias mías —le indicó con desinterés, sorprendiéndole al joven su petición—. Y procura no levantar sospechas. Debe continuar la calma en estas tierras hasta que mis navíos arriben a Văkh. Después, puede que debas encargarte de tu suegro, Josiah, y del inoportuno de tu cuñado. Un príncipe guerrero gealach...

—masculló negando con la cabeza al saber que ese hombre supondría una piedra en su zapato, una roca más bien—. Llegado el momento lo sabrás. Y espero que sigas manteniéndome al tanto de todo lo que ocurra a este lado del mar —le dijo, tras lo que sacudió una mano de modo desdeñoso, despidiéndolo.

Raleigh se puso en pie sin más dilación y, después de la consabida venia, se marchó.

El camino de vuelta al castillo de Gunnar lo hizo con la absoluta certeza de que su pacto con el Rey Khawf era peor que si lo hubiera hecho con el mismísimo Malhok, el señor del Inframundo. Hiciera lo que hiciera iba a salir mal parado... Para su fortuna, el soberano todavía precisaba de sus servicios, y cuando ya no fuera así, algo se le ocurriría, como siempre, al fin y al cabo, él reinaría aquellas tierras algún día.

Así que Khawf lo quería en Shyt... No había que ser muy sagaz para saber que el hecho de que su reino se interpusiera entre el Mar Istook y Los Lagos tenía relación directa con esa petición; pretendía invadir los dominios del Rey Nicholas y él sería quien le abriera la puerta.

No había iniciado tratos con aquel monarca extranjero para que todo quedase en agua de borrajas, llegaría hasta el final. Y si quería paso directo al Reino de Los Lagos, por los dioses del Kratvah que lo tendría.

Era casi la hora de comer cuando llegó a sus aposentos, en los que, de repente, irrumpió su esposa, Edwina, la hermana mayor de Adrienne. Venía siguiéndole los pasos, como de costumbre, y él tuvo que forzar una sonrisa y procurar que pareciera sincera mientras su mujer cerraba la puerta. Si no fuera porque era su vía directa al trono... Las malditas leyes de ese reino lo colocaban en la odiosa situación de no aspirar a más que a ser rey consorte, pero por eso se alió con Khawf, para remediarlo. Y no solo reinaría Gunnar, sino que destronaría a su padre y se desharía del estúpido de su hermano para hacerse también soberano de sus tierras.

—¿Dónde has estado? —inquirió ella entonces, visiblemente enfadada. Otra estúpida escenita de celos...

—Hola a ti también, querida —le dijo con fingida amabilidad mientras buscaba ropa en un baúl para quitarse la suya llena de salitre.

—Ni siquiera te he visto en el desayuno —continuó ella con su interrogatorio.

—Me informaron muy temprano de un problema en una torre vigía y he ido a comprobar qué sucedía —le mintió con total ligereza—. Siento toda mi

piel llena de sal —refunfuñó, y aunque su esposa lo miraba aún recelosa, su expresión cambió al ver que empezaba a desnudarse para ponerse la ropa limpia.

Raleigh sonrió para sus adentros. A decir verdad, Edwina tenía motivos para desconfiar, pues en más de una ocasión había comprobado qué tan apasionadas eran las mozas de aquel reino. Sin embargo, sabía muy bien cómo apaciguarla.

—¿Quieres comprobarlo? —le preguntó con tono sugerente. Aún desnudo, se sentó en el lecho y levantó un brazo, ofreciéndoselo.

Tuvo la sensación de que Edwina se relamía, y a él no le importó. Cierto era que su carácter era insufrible, pero era hermosa, con un cuerpo lleno de incitantes curvas y, lo más importante, sabía complacerlo.

Entonces, su mujer se arrodilló frente a él, tomó su antebrazo como si fuera la más valiosa de las ofrendas y, con mirada libidinosa, lo acercó a su boca para lamer su piel.

La imagen de aquella lengua lujuriosa despertó en él un repentino deseo que viajó directo a su entrepierna, y ella sonrió, satisfecha al comprobarlo.

—Todavía no estoy segura —ronroneó, pasándole ambas manos por los muslos—. Necesito otra prueba.

—Como gustes, esposa mía —murmuró, recorriéndolo una chispa de excitación.

Su mujer sonrió, y Raleigh dejó escapar un gemido gutural, cayendo su cabeza hacia atrás, cuando su miembro se vio rodeado por la calidez de esa deliciosa boca.



Por fin habían finalizado en bendito censo...

Jordan estaba anímicamente agotado, pues si bien de por sí la tarea era ardua, él la había tornado intensiva, sin apenas tomarse tiempos de descanso en aquellos días para concluir cuanto antes con el proceso.

Con la llegada del ocaso, el salón del trono, ocupado ya principalmente por curiosos, se fue vaciando, y Jordan decidió subir a lo alto de uno de los torreones para salir al exterior y dar un paseo. Era algo que podía haber hecho en cualquiera de los patios, sí, pero él necesitaba buscar el horizonte, y su vista se perdió en dirección Este, hacia Los Lagos.

Agatha...

La extrañaba tanto... Por momentos se arrepentía de no haberle permitido acompañarlo. Apoyó los antebrazos en el murete de piedra y suspiró. En ese instante, en vez de estar allí fuera, envuelto en la soledad de la noche y echándola de menos como un demente, habría ido a su encuentro para rendirse a sus brazos y colmarse de sus caricias y su amor por él.

Además, ella estaba tan preocupada a causa de ese viaje... aunque, tal y como él predijo, había resultado de lo más tedioso. No obstante, se alegraba de haber accedido a la petición de Trystan, pues hasta él mismo, con sus conocimientos en aquellos menesteres, se había visto desbordado ante la afluencia de tantos súbditos; la generosidad de Trystan había recorrido todo el Reino de Meissen, hasta los feudos más alejados.

De repente, el tacto de unos dedos en su bíceps lo alarmó, pero pronto supo que se trataba de Gladys.

—Perdona, hijo, no pretendía sobresaltarte —se disculpó.

—Tranquila, ¿me necesitabas? —preguntó en tono servil, y ella sonrió.

—No, solo venía a confirmarte que mañana al alba partimos hacia Los Lagos —le dijo, y Jordan no pudo reprimir una exhalación de alivio que a Gladys le hizo reír.

—Discúlpame, yo...

—No te apures —lo excusó—, yo también deseo llegar cuanto antes y ver cómo está mi hijo.

—La partera hizo un buen trabajo —le recordó, y ella torció el gesto.

—Necesito verlo con mis propios ojos —admitió—. No puedo evitar estar preocupada por él. Y tú... ¿Cuál es tu motivo?

Jordan resopló.

—Creo que Agatha me contagió su inquietud —le confesó—. Inquietud injustificada, todo sea dicho de paso.

—Te molesta —afirmó, percibiéndolo en su tono.

—Es solo que... antes no era así —refunfuñó.

—Tu mujer no ha cambiado, lo han hecho sus circunstancias —lo instruyó—. Agatha se ha convertido en esposa y madre de tres hijos.

—¿Quieres decir que la maternidad merma el arrojo? —inquirió disconforme.

—Acrecienta la prudencia —le contradijo, negando con la cabeza—. Desea que su familia esté a salvo, y no puedes censurarla por ello.

—No, claro que no —repuso con cierta culpabilidad—. No podría reprocharle nada... —murmuró para sí mismo, aunque Gladys lo escuchó y

no pudo evitar sonreír.

—Tanto la amas... —afirmó con tono travieso, e imitó su postura, apoyándose en el antepecho de piedra. Jordan se rio, asintiendo.

—Más que a mi vida —no dudó en reconocerlo—. En todo este tiempo, Agatha me ha entregado mucho más de lo que jamás me hubiera atrevido a soñar —añadió, elevando la vista al cielo estrellado con la mirada llena de melancolía—. Y por eso me pesa la forma en la que nos despedimos.

—¿A qué te refieres? —se extrañó ella.

—Me tomé su preocupación como una exageración, una tontería —lamentó—. Y si bien yo hubiera venido de igual modo, debí ser más comprensivo, tranquilizarla, incluso traerla conmigo... Se tuvo que sentir como una niña pequeña a la que ignoran —resopló, mortificado.

—No te martirices por eso —murmuró ella, posando la mano en su hombro—. Mañana al amanecer partimos hacia Los Lagos y en pocos días estarás de nuevo con ella... Y tendrá que admitir que no había motivo para tal desazón —remató la soberana con un tono travieso que hizo reír al joven.

«¿Desazón? La Princesa Agatha vivirá el peor de los infiernos», pensó aquella sombra que les escuchaba, agazapada entre la oscuridad de la noche.

El guardia de Meissen se escabulló, procurando no ser visto hasta llegar a las caballerizas. Le importó poco que ya hubiera anochecido. A dos horas de allí, los hombres de Khawf aguardaban noticias suyas, y a él le esperaba otra bolsa llena de monedas de oro al entregarles tan sustanciosa información.

Capítulo 9



Aquella mañana estival era perfecta para iniciar el regreso a Los Lagos, aunque, si hubieran caído chuzos de punta, para Jordan habría sido un día maravilloso, pues por fin regresaba a los brazos de Agatha.

Marchaba a lomos de su fiel Drakhon, custodiando la carroza donde viajaba Gladys. Hacían las veces de séquito todos los hombres que lo habían acompañado hasta Meissen y un puñado de guardias del ejército de Trystan que se ofrecieron a escoltar a su reina. Ambos lo creían innecesario, pero la soberana no pudo menos que acceder y agradecer el gesto.

Hacía apenas un par de horas que habían cruzado las murallas de Meissen, y el ritmo de la comitiva era moderado; tanto él como la reina estaban deseosos de llegar a Los Lagos, pero no era justo que los animales pagasen su ansiedad, extenuándolos.

De pronto, algo alertó a Jordan, no en vano fue capitán de la guardia de Asbath durante años, y su sexto sentido le decía que algo sucedía en aquel bosque que estaban atravesando. Era demasiado silencioso, como si todos sus habitantes hubieran decidido abandonarlo, y no era a causa de su presencia, porque lo común era que muchas aves huyeran espantadas con su llegada. Sin embargo, Jordan estaba seguro de que entre aquellos árboles no había nadie esperándolos. O tal vez sí...

Con la mano sobre la empuñadura de su espada, decidió acercarse a la vanguardia de la formación, para hablar con el soldado de Meissen que se había ofrecido a encabezar el séquito. No obstante, apenas fue capaz de separarse de la carroza pues, de repente, desde ambos flancos, surgieron desde la espesa vegetación decenas de hombres que se abalanzaron sobre ellos.

—¡Nos atacan! —alcanzó a gritar mientras desenvainaba el arma y volvía a su posición, custodiando a Gladys.

—¡Jordan! —gritó la reina, justo cuando uno de aquellos hombres se echaba sobre él.

El otrora capitán hizo buen uso de su presteza y repelió el ataque, clavándole su espada en el estómago con, tal vez, demasiada facilidad.

—¡Recordad que su Majestad Imperial los quiere vivos! —escuchó de pronto bramar a un hombre que se limitaba a observar la escena, a un lado del camino y montado en su caballo. Debía ser el capitán, y su confianza le heló la sangre a Jordan, pues ese maldito se sabía vencedor en aquella contienda.

Mientras seguía atravesando entrañas y rebanando cuellos, se preguntó a quién se refería aquel extranjero, porque debían serlo. Vestidos completamente de negro, jamás había visto unas marcas como las que recorrían uno de los lados de su cara, y esa señal era común en todos ellos. Con infinita angustia, comprobó que los suyos comenzaban a caer, les superaban en número, pero él se limitaba a rechazar los ataques de los enemigos que se acercaban a él o a la carroza, defendiendo a toda costa a Gladys. Sin embargo, eran demasiados, y Jordan no tardó en comprender que ella era el objetivo. No obstante, le había prometido a Trystan que protegería a su mujer, y lo haría, aunque le costara la vida.

Al tiempo que desarmaba a su contrario y le cortaba el cuello, no pudo evitar pensar en Agatha. Rogó a los dioses no perecer en aquel bosque, que un milagro cayera sobre ellos y les permitiera salir victoriosos, o vivos, al menos. Necesitaba volver con ella, a su lado, pues si bien su conciencia le recordaba su promesa al Rey de Meissen, su corazón sangraba de dolor al temer que incumpliría el juramento a su esposa: que nada podría separarlos. Y había sido un iluso, pues solo una cosa en el mundo era capaz de hacer que le fallara: la muerte, y la tenía justo enfrente.

Las luchas comenzaban a debilitarse y supo que sus hombres estaban siendo masacrados, uno a uno, y que el cerco a su alrededor se estrechaba. Pero él seguía combatiendo, y derribando enemigos, sin descanso.

—Ríndete, Jordan de Asbath. —Escuchó la atronadora voz del capitán extranjero—. Mis órdenes son mantenerte a ti y a la reina con vida —alegó con suficiencia—. Pero, si te empeñas, me arriesgaré a soportar el castigo que inflija sobre mí mi rey y morirás. Tú decides —añadió, aguardando su respuesta.

Jordan lo vio por el rabillo del ojo y se deshizo de su contrincante asestándole un golpe mortal, para comprobar que un puñado de aquellos hombres lo rodeaban, en guardia, esperando la orden de su capitán.

—¿Por qué debería fiarme de tu palabra? —dijo el joven, alzando su espada, alerta.

—No tienes motivos para hacerlo —espetó con desinterés—, pero es tu decisión: morir luchando o rendirte y vivir.

—¡¡Jordan!! —Oyó el grito de Gladys a su espalda, y sosteniendo su arma con ambas manos, se giró un instante para comprobar que uno de los hombres de ese maldito abría la portezuela situada al otro lado de la carroza y capturaba a la soberana.

—¡Suéltala, bastardo! —bramó, viéndola sacudirse, luchar con todas sus fuerzas, y el capitán de negro lanzó una risotada.

—Ahora comprendo el interés de mi rey —se jactó—. ¿Y qué va a ser? —se dirigió a él, incluso levantó uno de sus brazos, con una orden hacia sus guardias pendiendo de aquel gesto, pero él afianzó el agarre de su espada.

—Jordan, no —le pidió de pronto Gladys, a la que habían conducido hasta aquel hombre y le ataban las manos. Leyó una súplica en sus ojos, quería que lo acompañara en aquel cautiverio, y lo cierto era que, habiendo vida, había también esperanza, y tal vez se diera alguna oportunidad de escapar. Así que, encomendándose a los dioses para que aquel malnacido cumpliera con su palabra, arrojó la espada al suelo.

Con premura, un par de hombres desmontó y lo bajaron de Drakhon con violencia. Mientras le ataban también las manos, vio con estupor que el guardia de Meissen que se había proclamado cabecilla de la formación asesinaba al último de sus compañeros que permanecía con vida.

—¡¡Traidor!! —le gritó al ver que se acercaba con sonrisa petulante al hombre de negro y se posicionaba a su lado.

Sin embargo, el gozo le duró poco, pues en cuanto estuvo al alcance del capitán, este sacó con rapidez una daga de su cincho y se la clavó directamente en el corazón. Gladys no pudo evitar lanzar un grito al ver a aquel hombre caer a sus pies, muerto, y que tratara de recomponerse al instante hizo reír a su captor. Luego, se inclinó sobre ella y con un brazo la tomó por la cintura. Como si fuera una pluma, la alzó y la montó en su caballo, delante de él.

—Majestad, habéis comprobado mi destreza. Os agradecería que no me obligarais a aplicarla en vos —le advirtió.

Entonces, uno de los dos hombres que condujeron a Jordan hasta él, le ofreció la cuerda con la que lo habían atado.

—Mi nombre es Frygt —le dijo mientras se enrollaba el cabo en la muñeca—. Y voy a ser tu guía en este viaje —ironizó—. Espero que ambos os comportéis para que nos resulte lo más agradable posible.



Griän observaba el ocaso desde sus aposentos en el castillo de Asbath. Qué distinto era ahora el significado de una puesta de sol... Poco más de dos años atrás, para él y el que fuera su pueblo suponía el abandono por parte de su dios, el Astro Sol, para dar paso a la oscuridad, y con ella a sus demonios y temores. Tuvo que encontrar a su esposa, Selene, para venir a saber la verdad de aquel mundo, el que se extendía tras las fronteras del arcano y oscuro Reino de Hæe y del que no volvieron a saber nada, ni él ni su hermana, Anyan.

No se arrepentían, ni de no haber echado la vista atrás ni de haberlo recluido en el olvido; nada dejaron allí al partir hacia Adamón. A decir verdad, no era difícil suponer que los habitantes de Hæe creyesen que, puesto que el sol seguía brillando cada mañana, ellos habían detenido la profecía y que todos habían perecido al hacerlo, y de ahí que no hubieran tenido noticias suyas. En todo caso, les traía sin cuidado. Su presente se había convertido en el motivo de su existencia, y era en lo que invertían todos sus esfuerzos y el corazón.

Anyan era madre de un bebé precioso, llamado Diëll, y Selene le había dado un hijo maravilloso al que adoraba: Häul. Se sentía pleno, seguro de haber encontrado su destino en aquellas tierras y muy satisfecho de recorrer la senda que le marcaba la vida. Por un lado, hacía uso de sus nociones en las artes curativas y ayudaba a quien lo necesitaba. El Rey Trystan, en todas las ocasiones que se habían encontrado, le proveía de libros con los que ampliar sus conocimientos. Pero, además, formaba parte de la guardia de Asbath, y Francis contaba con él, teniendo en cuenta siempre su apreciación de las cosas, que solía ser distinta en muchas ocasiones debido a sus orígenes, pero que al capitán le otorgaba una visión más amplia de la situación.

Sí... Aun si para ellos la vida allí era un continuo aprendizaje, el destino había sido benevolente con los dos hermanos, a pesar de los errores cometidos.

Griän se giró y apoyó la espalda en el alféizar, cruzándose de brazos. Frente a él se encontraba Selene, sentada en un butacón mientras le cantaba una nana a su hijo. En ese instante, ella sonreía, pues Häul se acababa de quedar dormido y cuando lo hacía, fruncía los labios de un modo muy

gracioso.

Él se acercó y, con mucho cuidado, lo cogió entre sus brazos para meterlo en su cuna. Luego, se tomó unos segundos para observarlo, buscando rasgos suyos y de Selene en su carita y disfrutando de la felicidad que sentía. Entonces, su esposa le puso la mano en la espalda.

—¿A qué dios debo agradecerle esta dicha? —le preguntó él con suavidad, y ella sonrió ante su ocurrencia.

—A todos —bromeó—, así ninguno se ofenderá por sentirse olvidado.

Griän rio por lo bajo, aunque suspiró. Su mujer lo abrazó por detrás y él le apretó las manos contra su torso.

—¿Qué te sucede? —le cuestionó un tanto preocupada.

—Nada, mi sol. —Se giró hacia ella, sonriente y, acunando sus mejillas con ambas manos, le dio un dulce beso en los labios—. ¿No has oído nunca aquello de «es demasiado bonito para ser verdad»?

—¿Te refieres a mí? —Batió las pestañas de forma exagerada con sonrisa pícara, y Griän se echó a reír.

—Por supuesto —le siguió el juego.

—Pues tengo la ligera sospecha de que no estás abrazando una aparición —alegó con tono divertido.

—No, y eres muy hermosa y muy real también —le dijo, y apreció un brillo en la mirada de su mujer que a él lo encandiló. Entonces, Selene se alzó sobre sus puntillas y lo besó brevemente.

Él, sin embargo, rodeó la fina cintura con un brazo y la apretó a él, delineando con el pulgar el contorno de sus labios.

—Griän...

Fue un beso arrebatado y lleno de pasión. Las manos de Griän se aferraron al cuerpo de su esposa, que hundía los dedos en su cabello y entreabría los labios en una ardiente invitación que él aceptó de inmediato.

Sin soltarla, la hizo caminar de espaldas, conduciéndola hasta el lecho, una petición silenciosa que Selene no dudaba en complacer. Pero apenas habían dado un par de pasos cuando alguien llamó a la puerta.

—Maldición... —masculló el joven.

—No contestes —le pidió su mujer, quien volvía a besarlo.

—Milord, ¿estáis ahí? —se escuchó una voz masculina y que extrañó a la pareja, ya que lo esperado era que fuera una doncella. Selene frunció los labios, pero le hizo una seña a su marido para que respondiera, pues podía ser importante.

—Un momento —dijo él, acudiendo a abrir.

—Lord Griän, el Capitán Francis reclama vuestra presencia en el patio de armas —le informó uno de los guardias—. Hay noticias de Los Lagos.

Y por su tono, el lord supo que no eran buenas. Le dedicó una mirada de gravedad a Selene, quien asintió al comprender su preocupación, y siguió al joven.

Al llegar al patio de armas, se encontró con Bruc y a Francis, que portaba un pliego en su mano, acompañado de Patrick y Steve. Después de darle las gracias al guardia que lo guiaba, se unió a ellos.

—Griän —lo saludó su cuñado con gesto adusto—. Lee esto.

La misiva venía directamente del rey, de su puño y letra, y la información que portaba era más seria de lo que imaginaba.

—Pasemos al comedor —propuso el capitán—. Creo que debemos discutir sobre esto y estaremos más cómodos.

Los cinco hombres entraron al castillo y se acomodaron en la gran mesa que ocupaba la estancia. Una doncella no tardó en llevarles un poco de vino y servirles antes de marcharse. Tras dar un sorbo, Francis extendió el pliego en la mesa, estudiándolo de nuevo.

—¿Cuán firmes son las sospechas de Su Majestad? —le preguntó a Bruc.

—El Rey Trystan está seguro de que ese soberano extranjero nos atacará —le confirmó—. Pero confía en que la unión de nuestros ejércitos pueda repelerlos.

—Eso no es lo más preocupante —dijo Griän, y Francis asintió de acuerdo con él.

—El problema lo tenemos en nuestra propia casa, la plaga que está infectándonos desde dentro —puntualizó el capitán.

—Un enemigo silencioso, como un ejército de termitas; cuando las ves, ya es demasiado tarde —añadió Patrick.

—¿Estos son los señores que se unirían a los planes de ese rey? —Señaló el pliego.

—Sí, y jugamos con la ventaja de que ellos desconocen lo que hemos descubierto —comentó Bruc.

—Debemos estar preparados —propuso Steve—, pero nuestro ejército no puede salir de estas murallas —apuntó con la mirada fija en su vaso—. Nos descubriríamos y perderíamos esa ventaja.

—Eso mismo opina el Rey Nicholas —concordó Bruc—. Por eso ha redactado estos documentos.

El guardia abrió el morral que había dejado en la mesa y del que extrajo varios pliegos que le entregó a Francis.

—Son órdenes de detención —murmuró el capitán, sorprendido.

—Contra todos los señores de Asbath que figuran en esa lista —le confirmó el guardia—. Y deberá hacerse de forma que no llame demasiado la atención para que no llegue a oídos de Khawf.

—Quiere atajar el problema desde dentro —murmuró Griän, asintiendo al considerarlo buena idea—. Si limpiamos el reino de traidores, después podríamos centrar nuestras fuerzas en el ataque enviado desde ese maldito imperio.

—Nosotros nos ocupamos —decidió Patrick, terminándose su vino de un solo trago—. Dirigiremos los grupos de alguaciles.

—La gente de Asbath ya está acostumbrada a nuestra presencia —lo secundó Steve.

Francis resopló, con la mirada fija en los documentos, y se pasó las manos por la cara, en un gesto de ansiedad.

—Se va a desatar un infierno, lo sabéis, ¿no?

—Es la guerra —replicó Patrick.

—Y todo por una pasión enfermiza que surgió hace más de treinta años —murmuró Griän con incredulidad.

—No —decidió Francis—. La Reina Gladys no es más que una excusa. Las ansias de poder del Rey Tirano son las que lo mueven a atacarnos. Ha debido saber del descontento de los señores feudales a causa de las recaudaciones y quiere aprovechar esa coyuntura.

—¿Quién? —preguntó entonces su cuñado—. Alguien cercano a nosotros ha debido mantenerle al tanto.

—Tal vez el propio Lord Durstan —supuso Bruc—. Por eso Su Majestad también pretende enviar una partida de hombres que recorra el reino de Los Lagos, más la que ya envió a Meissen para, de paso, advertir a la reina y a Jordan.

—De acuerdo entonces —concluyó el capitán, dejando caer ambas manos sobre la mesa—. Limpiaremos el reino de toda la carroña indeseable cuanto antes.

—¿Y qué hacemos con los detenidos? —preguntó Steve.

—Serán conducidos a las Tierras Altas a espera de juicio, tal y como desea el Rey Nicholas —le confirmó—. Por fin la Fortaleza Roja de Adamón será de utilidad.

Capítulo 10



El trayecto hasta el castillo de Meissen estaba discurriendo de forma tranquila en aquella apacible tarde. Brandon cabalgaba cerca de Nigel. Por momentos disfrutaba del viaje y de los hermosos paisajes de ese reino, aunque algo le hacía recelar. Tanta tranquilidad... Sin embargo, era el único de toda la guarnición que tenía tales pensamientos, por lo que ya empezaba a creer que era simple sugestión, o que tenía una extraña predisposición a desconfiar de la palabra de esa mujer.

Porque por mucho que él la llamara «niña» era toda una mujer.

Desde el primer momento le llamó la atención su arrojo, que no se amedrentara ante sus acusaciones y le replicara con aplomo. Y por qué no decirlo, le atrajo aún más la forma en que se acoplaba su cuerpo contra el suyo cuando la condujo a caballo hasta el castillo. Sus curvas eran deliciosas, cautivadoras, al igual que sus labios. Aún no comprendía el episodio de enajenación en el que se vio inmerso para atreverse a besarla... ya no atreverse, sino considerarlo siquiera... De estar acusándola veladamente de ser una cualquiera a, de pronto, robarle aquel beso que lo dejó atontado y furioso a partes iguales; furioso porque no debía haberlo hecho, y atontado porque... No, el problema residía en que hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer, y no por falta de oportunidades, sino porque no tenía deseo alguno de meterse en líos de faldas. Además, no debía olvidar la ventaja que suponía que no hubiera nadie esperándolo; no le gustaría estar en el pellejo de Bruc o Nigel. Él podía tener los cinco sentidos centrados en la batalla... y esos mismos sentidos le decían que algo no estaba bien en aquel bosque. Se le crispaban los nervios de la nuca...

—Nigel.

—Dime. —Se giró hacia él el capitán, con interés.

—Voy a adelantarme —decidió—. Algo me escama entre tanta tranquilidad.

—Pero...

El guardia no le dio oportunidad para disuadirlo y picó espuelas, distanciándose del resto de la formación a toda velocidad. Sabía que se

enfrentaba a lo desconocido, que tras cualquier recodo del camino podría toparse con todo un ejército de hombres de Vākh, pero confiaba en ser lo bastante rápido como para advertir a sus compañeros si eso sucedía.

Sin embargo, al cabo de unos minutos, no se encontró con un ejército, sino con algo que le heló la sangre. El camino frente a él estaba plagado de cadáveres, rodeando un carruaje abandonado, cuyos caballos alguien había soltado, aunque había algunos más pastando cerca y otro que le llamó especialmente la atención y que dio la señal de alerta a todo su ser: Drakhon, el caballo de Jordan.

Sin dudarle ni un instante, lanzó un largo y arremolinado silbido que sus compañeros de Los Lagos reconocerían al haber convivido y luchado con los hombres de Asbath. Ese sonido tan característico sería la más potente y efectiva llamada de alarma.

Mientras aguardaba, con el corazón en un puño buscó entre los muertos el cuerpo sin vida de Jordan, sin hallarlo, por fortuna, aunque era inevitable lamentar la pérdida de sus compañeros a manos de aquellos hombres de extrañas vestimentas y una peculiar marca en sus rostros y que también yacían en el suelo.

Después, se acercó a Drakhon, que deambulaba de un lado a otro, cerca del carruaje, con caminar inquieto; esperaba por su amo. Brandon cogió las riendas y lo ató a la parte trasera de su silla, tras lo que se acercó a la carroza con la intención de inspeccionarla aunque no sirviera de nada, pues confiaba en que la soberana no estuviera dentro... muerta.

Abría la puertezuela cuando escuchó cascos que se acercaban a la carrera. Entonces, al asomarse al interior, halló, para su sorpresa, una jaula con un cuervo... Debía ser el cuervo del Rey Trystan.

—¡Brandon! —lo llamó Nigel, estupefacto a causa de lo que encontró frente a sus ojos.

—Todo apunta a que ha sido una emboscada —le dijo, al tiempo que sacaba la jaula del interior del carruaje.

Nigel desmontó y dio la orden de que comprobasen si había algún superviviente. Luego se acercó a Brandon, quien le ofrecía el ave.

—No debieron verlo —supuso el guardia—. Se han llevado a Jordan y a la Reina Gladys.

—¿Estás seguro? —inquirió, mirando con estupor aquella masacre a su alrededor.

—No están entre los muertos —le reiteró.

—Capitán, nadie ha sobrevivido —le informó uno de sus hombres, y él se lo agradeció con un grave cabeceo. Ese maldito rey...

—Por las huellas y el aspecto de los cuerpos parece que fue al alba —le sugirió Brandon.

—Y con tantas horas de ventaja pueden estar en cualquier parte —farfulló Nigel, conteniendo la rabia—. Ese bastardo tiene aliados de aquí al Mar Istook.

—No creo que el Rey Josiah de Gunnar les deje embarcar, llevando a la reina y a Jordan como rehenes —aventuró el joven.

—No, pero... todo es hablar por hablar —alegó el capitán con fastidio y sacudiendo las manos—. Coge a un buen puñado hombres y diríglos a Meissen, a informar de lo sucedido y para comprobar si, por un milagro, han conseguido escapar y volver al castillo —le pidió—. Son un par de horas, menos si vais al galope. Y mientras, yo... yo me quedo a despedir a nuestros muertos —añadió, apesadumbrado—. A tu vuelta enviaremos el cuervo al Rey Trystan.

Brandon le dio una palmada afectuosa en el hombro, compartiendo su aflicción, tras lo que se marchó, y Nigel emprendió la penosa tarea de tener que preparar una pira para sus hombres.

«Dioses del Kratvah... Jordan y la Reina Gladys en poder de esos malditos», pensaba el capitán.

La desgracia había caído sobre ellos, directa desde el otro lado del mar, inexorable y despiadada, como si no hubiera lugar en el mundo al que pudieran escapar.



Un tumulto rojizo de espadas, vísceras y sangre la despertó. Agatha se incorporó en su cama, sobresaltada, cubierta en sudor y con la respiración agitada, mientras la imagen del cuerpo de Jordan ensangrentado y su mirada inerte se repetía como eco maldito en los ojos de su mente. Un sollozo roto desgarró su garganta, y apoyó una mano en su pecho, tratando de recuperar el aliento. Solo había sido una pesadilla, pero tan vívida, tan real que le parecía percibir en sus fosas nasales el olor a sangre y muerte.

Una vez se hubo calmado, se levantó del lecho y fue hasta las camas de los

niños al fondo de los aposentos para cerciorarse de que, por fortuna, no los había despertado.

Entonces, caminó hacia a la ventana, mirando al exterior a través del vidrio. Era noche cerrada, sin luna, y aunque el cielo parecía despejado, las estrellas apenas resplandecían, como si algo opacase su fulgor. ¿Acaso el firmamento la acompañaba en su angustia? No tener noticias de Jordan la iba a enloquecer, y aunque comprendía los razonamientos de Nicholas cuando trataba de convencerla de que su esposo volvería sano y salvo, algo en su fuero interno le provocaba un desasosiego difícil de aplacar y que la tentaba a ir a las caballerizas en busca de Dama y partir al galope hacia Meissen. Pero, entonces, las palabras de su hermano llamando a la sensatez la refrenaban y decidía aguardar.

Sintiendo que el sabor amargo de la pesadilla aún recorría su cuerpo, supo que le iba a resultar difícil dormir, así que decidió abandonar sus aposentos para dar un paseo por el silencioso castillo cuyos corredores estaban iluminados por mortecinas antorchas. Salió del torreón llegando a la antesala, y se aproximó a la línea de ventanales que daba al patio de armas, desierto y en penumbra, a excepción de una luz que resplandecía en el cuartel de guardias.

Observaba con curiosidad cuando, de pronto, vio que un soldado salía del cuartel a medio vestir y portando algo en sus manos que no alcanzaba a ver debido a la oscuridad. El hombre cruzó el patio y accedió al castillo por una de las entradas secundarias, y no tardó en escuchar sus pisadas en la antesala contigua y que conducía al torreón real... a los aposentos de Nicholas.

Con un mal presentimiento que le heló la sangre, tal vez a causa de la pesadilla, lo siguió. En ese momento, el joven entraba en la habitación, y ella echó a correr tras él. Su hermano, vistiendo únicamente unas calzas largas, había dejado la puerta abierta, y pudo ver que lo que portaba aquel hombre era un cuervo, el cuervo de Trystan.

—Lo hemos encontrado golpeando en el vidrio de una de las ventanas —le decía al rey en ese instante.

—Agatha —se sorprendió Nicholas.

—¿Qué sucede? —inquirió al tiempo que entraba y caminaba hacia ellos.

El guardia desvió la mirada al comprobar que la princesa estaba en camisón, y se limitó a alargarle el ave al soberano. Sin embargo, Agatha ni se inmutó, y se dispuso a buscar en las patas del animal. Tal y como esperaba, tenía un mensaje prendido de una de ellas, y a punto estaba de desatárselo

cuando Nicholas la apartó con una mano, siendo él quien se hizo con el pequeño pliego, tras lo que le devolvió el pájaro al guardia.

—Maldición. —Lo escuchó mascullar mientras lo leía.

—¿¡Qué pasa!?! —le preguntó ella con gran inquietud, incluso quiso arrebatarse el papel, aunque su hermano no se lo permitió.

—Reúne a los hombres en el patio de armas. Acudiré enseguida —le ordenó al guardia, tratando de aparentar calmado—. Y tú, ve a por nuestro tío —le pidió a su hermana, una vez el joven se hubo retirado.

—¡No! Antes dime...

—¡¡Agatha, haz lo que te digo!! —exclamó, perdiendo por un instante los nervios—. Por favor —añadió.

La joven iba a replicar pero la mirada severa que le lanzó Nicholas la silenció y le dio bríos a su cuerpo para obedecerle. A la carrera, volvió sobre sus pasos y se dirigió a los aposentos de su tío, a los que entró sin golpear.

—¡Tío Trystan! —lo llamó, sobresaltándolo.

—Qué... —comenzó a balbucear, confuso.

—Ha llegado tu cuervo —le dijo, acercándose a la cama y cogiéndolo de un brazo—. Tenía un mensaje, pero Nicholas no quiere decirme qué contiene hasta que tú estés presente.

—¿Gladys? —inquirió, saltando de la cama, impulsado por las palabras de su sobrina.

Cuando llegaron a la habitación de Nicholas, este deambulaba con nerviosismo, aguardando por ellos, acompañado de una angustiada Gabrielle que lo observaba con impotencia.

—Tomad —farfulló, ofreciéndole el pliego a su tío, sin hacerlos esperar más, y tras leerlo Agatha cayó de rodillas al sentir que el alma se escapaba de su cuerpo, presa de un repentino llanto.

Nicholas y Gabrielle corrieron a ayudarla mientras Trystan revisaba una y otra vez la escueta nota.

—Lo sabía... —sollozaba una desconsolada Agatha—. Algo me lo decía —gimió, apretando el camisón con un puño a la altura del corazón mientras gruesas lágrimas recorrían sus mejillas. Su hermano la abrazó y ella se derrumbó sobre él.

—Se los ha llevado... Ese maldito... —murmuraba Trystan con incredulidad, y el llanto de su sobrina se intensificó al escucharlo.

—Cálmate —le pedía su hermano.

—¿Cómo voy a calmarme? —inquirió ella, apartando el rostro—. ¡Mi

esposo podría estar muerto!

—No. Está vivo, igual que Gladys —negó Trystan, categórico—. De lo contrario, lo habría matado allí mismo, con los demás —alegó con pasión, tratando de convencerla a ella y a sí mismo.

—¿Por qué? —objetó la joven con incredulidad, poniéndose de pie enfurecida porque quisiera crear en ella falsas expectativas—. A mi tía sí puedo comprender que la quiera con vida, pero Jordan...

—Créeme —insistió, cogiéndola de las manos—, conozco la naturaleza de ese bastardo, y tu marido debe servirle para algún fin, o lo habrían hallado junto al resto de cadáveres.

Agatha se tapó la boca al sentir una bola de bilis alcanzarle la garganta al venirle a la mente esa imagen, igual a la de su sueño. Cerró los ojos tratando de recomponerse y de aceptar las palabras de su tío; Jordan estaba vivo, tenía que estarlo.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó de pronto a su hermano, girándose hacia él.

—Esperar —le respondió, con forzada calma.

—¿Cómo que esperar? —le reprochó ella, invadida por una súbita ira, sin poder creer lo que escuchaba—. ¿Vas a dejarlos a merced de ese...? ¡Hay que ir en su busca!

—¿A dónde? —le preguntó, alzando la voz, producto de la propia impotencia—. ¡Ese malnacido tiene aliados en los tres reinos! —le recordó—. Podrían estar en cualquier parte, ocultos en cualquier feudo que lo apoya.

—¡Pues cojamos la lista que redactó Ethel y revisemos uno por uno! —le exigió, y Gabrielle llegó hasta ella por detrás, tomándola por los hombros un momento para calmarla.

—Hay que pensar las cosas con calma, Agatha —trató de apaciguarla su hermano también—, actuar con la sangre caliente, de forma precipitada, puede significar su muerte.

—Khawf no dejará a Gladys al cuidado de unos simples guardias, lejos de su alcance —intervino por fin Trystan. Estaba pálido, pero trataba de mostrarse sereno—. Los querrá en sus dominios, en Vākh —añadió, mirándolo con una insinuación en la mirada.

—¿Y qué pretendes que haga? —demandó, extendiendo los brazos, ansioso—. ¿Que mande todo mi ejército?

—Sabes que eso es lo último que debemos hacer —le advirtió, con un

mensaje oculto en sus palabras.

—Tío Trystan... —bufó, poniendo los ojos en blanco, con hastío.

—Es la única manera, Nicholas... —persistía.

—Ni hablar —masculló, apretando los dientes.

—¿Qué...? —Ni Gabrielle ni Agatha comprendían nada.

—Nicholas... —Trystan lo observaba con declarada intención.

—¡He dicho que no! —le gritó.

—No puedes mandar a nuestro ejército —le recordó él con firmeza—. Si Khawf se siente amenazado, los matará.

—¡Ya lo sé! —espetó su sobrino, ofuscado—. Pero no por eso voy a permitir que te sacrifiques tú.

—¿Qué dices? —exclamó Agatha, pidiéndole a su tío una explicación con la mirada.

—¿Pretendes intercambiarte por ellos? —ironizó Nicholas, y Trystan se tensó—. En cuanto te vea, te matará, o peor, antes de hacerlo la poseerá frente a ti para que penes por toda la eternidad en el Inframundo al saber que fue suya, que siempre lo será, y que tú no pudiste hacer nada.

—¡No vuelvas a decir algo así! —lo increpó, tomándolo de los brazos desnudos y sacudiéndolo, mientras apretaba los dientes con furia.

—¿Qué crees que pasará si te presentas allí? —Se zafó, sin amedrentarse ni un ápice—. ¿Piensas que tía Gladys te perdonará tal acto de suicidio absurdo, y que la arrojes de modo tan fútil a los brazos de ese hombre despreciable?

Trystan se alejó un paso, mesándose los cabellos con ansiedad.

—Yo...

—Seguimos teniendo ventaja —le mencionó, poniendo una mano sobre su hombro como muestra de apoyo—. No deberíamos estar al tanto de lo sucedido hasta dentro de unos días, hasta que él mandase algún emisario para darnos a conocer sus exigencias. Ahora, ya ni siquiera dudo que tarde en atacarnos.

—¿Por qué? —preguntó Trystan mirándolo con extrañeza.

—Porque pronto sabrá que estás aquí —puntualizó con suspicacia.

—¿Y qué propones? —volvió a intervenir Agatha, nada convencida de sus planteamientos.

—Ya te lo he dicho. Esperar —insistió.

—¡Por los dioses del Kratvah, Nicholas! ¿Esperarías si fuera Gabrielle quien hubiera sido secuestrada? —le reprochó, furiosa, y su hermano le lanzó una mirada reprobatoria al ver la culpabilidad reflejada en el rostro de su

esposa.

—La situación no se asemeja en absoluto a aquella —alegó, ofendido—. Khawf espera que le ataquemos al enterarnos de que Jordan y nuestra tía están en su poder, para ser él, desde dentro, apoyándose en los señores que planean traicionarnos, quien nos ataque —razonó—. Él no sabe que vamos a mandar toda esa inmundicia a Adamón —se jactó, sin ocultar cuánto se regocijaba en la idea—. Y será entonces cuando podremos vernos las caras. Lo golpearemos sin piedad, de una forma tan brutal que no tendrá tiempo de pensar en ellos dos, dándonos la oportunidad de rescatarlos.

—Nicholas tiene razón —dijo de pronto, Trystan, y el rostro de Agatha se crispó al no poder creer que se diera por vencido así, sin más.

—¡No! Por supuesto que no la tiene —lo encaró ella, sintiendo que su desesperación aumentaba al ver que tendría que esperar de brazos cruzados, dejando el destino de Jordan en manos de ese rey despiadado.

De repente, Nicholas la cogió de las manos, y aunque se sacudió tratando de soltarse, él afianzó su agarre.

—Te quiero, hermana, y sé lo que tu esposo significa para ti —le dijo, intentando convencerla—. ¿Crees que si hubiera otra manera no me aferraría a ella? —le preguntó con pasión—. No pienso arriesgarme, Agatha. Tal vez ahora te parezca que no estoy haciendo nada por salvar a Jordan, te equivocas —añadió, al ver que alzaba la barbilla—. Lo estoy manteniendo con vida. Porque si actuásemos, si atacásemos, lo pondría en peligro, y yo no podría vivir sabiendo que te he arrebatado uno de los motivos de tu existencia.

Lágrimas renovadas se deslizaron por las mejillas de la joven, y su hermano la abrazó, mortificado, y con un terrible sentimiento de culpa al no ser capaz de devolverle a su esposo de inmediato, tal y como ella querría.

—Confía en mí, Agatha —le pidió—. Te prometo que Jordan volverá a tu lado, muy pronto.

La princesa se separó de él, compungida, aunque asintiendo, y Nicholas le dedicó una tímida sonrisa mientras le enjugaba las lágrimas con el pulgar.

—Id a descansar —les pidió a los tres entonces—. Yo voy a hablar con los hombres para ponerlos al tanto de lo sucedido. Seguimos alerta, y a la espera de Bruc y Nigel —les recordó—. Pronto habrá acabado esta pesadilla.

Puso las manos sobre los hombros de su hermana, mirándola con insistencia, hasta que ella, cabizbaja y llorosa, asintió. La besó en la frente, despidiéndola, y la dejó marchar.

Conforme Agatha salía al corredor, la máscara de su rictus se tensó,

endurecido por la rabia. Se limpió las lágrimas con sendos manotazos y dejó atrás su actitud sumisa y resignada, para dar paso a la mujer que Jordan siempre quiso que fuera: fuerte, valiente y decidida.

No, no iba a permitir que su esposo estuviera sometido al Rey Tirano más de lo necesario, y le traían sin cuidado los razonamientos de su hermano. Si él no lo liberaba de esa muerte segura, ella lo haría.

Capítulo 11



Los abrasadores rayos del sol de mediodía caían sin piedad sobre los hombres que entrenaban en la liza. ËaGhal, vestido únicamente con un pantalón de cuero negro y dejando su torso de piel morena al descubierto, sobrellevaba aquel calor sofocante sin apenas inmutarse mientras luchaba con empeño. Parte de su adiestramiento era soportar las inclemencias del clima, fueran las que fuesen. Había recogido todo su oscuro cabello, largo hasta la mitad de la espalda, en la nuca, con la ayuda de unas cintas de cuero, despejando así su rostro, de facciones angulosas y duras, aunque atractivas; no solo por la corona que ostentaría anhelaban las mujeres meterse en su cama. Una marca oscura recorría su lado izquierdo, desde la frente hasta la barbilla, la seña que compartían todos los hombres de aquel imperio.

El sonido de los gemidos de los guerreros a causa del esfuerzo y los encontronazos de las armas corteses se repetía sin descanso a su alrededor. A pesar de no tener filo, se escuchaba algún que otro quejido cuando el golpe descargado recaía sobre el cuerpo, momentos en los que ËaGhal no se arrepentía de contravenir los deseos del Rey Khawf, su padre; si por él fuera, aquellas espadas estarían bien afiladas, pero el joven príncipe consideraba que no valía la pena perder hombres en los entrenamientos por el mero capricho del soberano.

Por desgracia, eso no era lo único en lo que no estaban de acuerdo. Sus choques eran continuos, y el muchacho estaba cansado de escuchar las lamentaciones de su padre acerca del hijo que le había tocado en suerte. Si hubiera tenido más hermanos, no dudaba de que se hubiera desecho de él para asegurarse de que su heredero honraría el trono y su linaje, pero su madre había muerto años atrás sin concederle más descendencia y debía conformarse con ËaGhal. Su pobre madre... La extrañaba, pero agradecía que hubiera muerto para no tener que seguir soportando las vejaciones de su esposo, el Rey Tirano.

¿Cuántas veces lo vio golpearla? ¿Y cuántas veces lo golpeó a él por tratar de defenderla? Por aquel entonces era un crío demasiado débil, y no podía evitar su maltrato, como tampoco lo que ocurriera tras las puertas de sus

aposentos; aún recordaba los gritos de su madre... Por descontado, su mal nombre no lo era tanto, y jamás mostró ningún tipo de afecto por su familia, y él, por su padre, tampoco.

Ese pensamiento provocó que el violento golpe que le asestara a su contrario lo hiciera tambalearse, aunque se recompuso.

Ahora, cumplidos los treinta, siendo un hombre corpulento y tras duros años de entrenamiento, había adquirido una fortaleza y presteza como guerrero insuperables en Vākh, ganándose el respeto del resto de soldados, que no su afecto. Muchos compartían los métodos de su padre y su vileza, aunque no todos, pues en las filas del ejército de Vākh había detractores a la vez que simpatizantes del joven heredero, debido a que, para él, severidad no era sinónimo de crueldad, y aunque era exigente tanto con sus hombres como con él mismo, no disfrutaba sometiéndolos.

Tenía que admitir que la situación era tensa, y que trataba de apaciguar los ánimos para evitar un enfrentamiento interno que solo los menguaría frente a sus enemigos, pero era un problema que tendría que resolver tarde o temprano, cuando heredase el trono, sobre todo con Frygt, la mano derecha de su padre. Con él debería ser implacable...

Una creciente rabia le hizo asestarle una serie de golpes rápidos y certeros a su contrincante, que apenas pudo repeler su ataque y cayó al suelo.

ĒaGhal resopló. Alargó el brazo y lo ayudó a levantarse, lamentando aquel arranque violento, aunque no se disculpó.

—¿Estáis bien, Alteza? —le preguntó Pelko, su hombre más fiel, mientras se limpiaba las manos en el pantalón tras ponerse en pie—, os noto preocupado.

—La tardanza de mi padre me exaspera —admitió—, porque estoy seguro de que no conllevará nada bueno.

—Una alianza siempre es beneficiosa —sugirió con cautela.

—Es cierto —replicó, aunque hastiado, apoyando la punta de la espada en el suelo, con ambas manos en su empuñadura.

De pronto, su tensión se aligeró al ver que varias sirvientas se acercaban a la liza con jarras de agua fresca, y la mirada de ĒaGhal se posó en una de ellas: Dhāra.

Caminaba hacia él con una de las jarras apoyada en la cadera, cuyo vaivén lo atrapó, como melodía hipnotizadora. A pesar de aquel vestido largo, recto e insulso que trataba de ocultarlas, las curvas de su cuerpo lo tentaban a perderse en ellas, y se miraría en sus ojos celestes por siempre. Su cabello

largo era de un peculiar dorado blanquecino, y su rostro era hermoso. Una mujer tan bella no merecía ser sirvienta.

—Retírate —le pidió a Pelko cuando ella casi estaba frente a los dos hombres. El guardia, haciendo una breve reverencia, obedeció, y él apoyó la espada en un poste de entrenamiento.

—Alteza —lo saludó la joven también con una venia, tras lo que le entregó la jarra.

—ËaGhal —la corrigió con una mirada de advertencia, antes de beber.

—No es apropiado, Alteza —insistió ella, añadiendo cierta tirantez a la palabra, y él frunció el ceño mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano.

—Sueles llamarme por mi nombre —le dijo, un tanto molesto, devolviéndole la jarra, aunque ella negó con la cabeza.

—En vuestra cama puedo hacerlo porque allí soy una mujer. Ahora no soy más que una esclava, como las demás —alegó, alzando la barbilla, desafiante, y el príncipe la tomó del brazo y la acercó a él—. Soltadme, pueden vernos —le exigió. Sin embargo, ËaGhal la ignoró.

—No hay «demás» —replicó, contrariado—. Deberías saberlo.

—Algún día la habrá —objetó la joven—. Al menos una; la que ocupe el trono de vuestra difunta madre cuando seáis rey —espetó, soltándose de un tirón de su agarre.

El príncipe se pasó una mano por el cabello, en un gesto de exasperación.

—Hablaremos de esto esta noche, en mi recámara —le dijo con voz grave y dura.

—Como ordenéis, Alteza —asintió ella, y él maldijo por lo bajo.

—No te lo estoy ordenando, Dhära —farfulló—. ¿Es que tú no lo deseas?

La joven no contestó, así que la tomó de ambos brazos y la atrajo hacia su pecho desnudo con brusquedad, sobresaltándola.

—Dime, ¿lo deseas? —le preguntó con voz ronca, cálida, y ella asintió mientras se humedecía el labio inferior, y que él capturó con los suyos en un arrebató lleno de pasión, ardiente, y del que la muchacha se zafó apurada, mirando a ambos lados.

—Podría vernos alguien —le repitió, rodeando la jarra con ambos brazos contra su pecho, colocándola entre los dos, aunque a él le satisfizo ver que se le curvaban las comisuras en una sonrisa de complacencia ante su impulso.

—Entonces, te espero esta noche —le murmuró insinuante mientras se acercaba un paso a ella—. Quiero volver a besarte, ahora —gruñó por lo

bajo, inclinándose peligrosamente hacia ella y con los ojos clavados en sus labios, aunque la voz a lo lejos de Pelko los hizo separarse.

—¡Alteza! —gritaba el joven, corriendo en su dirección. Entonces, Dhära permitió que ĘaGhal la atara con su mirada una vez más antes de hacer la consabida reverencia y marcharse.

—¿Qué sucede? —le preguntó el príncipe, recuperando su espada y la compostura.

—Han avistado el navío de vuestro padre —le anunció, y él asintió, al tiempo que maldecía para sus adentros; se acabaron sus horas de tranquilidad.



Su padre lo recibió en sus aposentos después de asearse y comer algo ligero y que ordenó le sirvieran allí mismo. ĘaGhal había cruzado unas palabras con él al desembarcar, una bienvenida un tanto forzada, y poco más, por lo que no era de extrañar que lo hubiera hecho llamar.

—¿Gustas? —le dijo ofreciéndole una bandeja de fruta fresca.

Su hijo, en cambio, negó con la cabeza, sentándose en un diván situado frente al suyo.

—Por cierto, quería avisarte de que se está preparando una cena en tu honor, por tu regreso —le anunció, y el soberano sonrió, henchido de gozo.

ĘaGhal era consciente de que su padre se confundía al pensar que sus súbditos lo apreciaban, o lo respetaban al menos. No. Le temían, algo muy diferente, y siempre trataban de adelantarse a sus deseos para satisfacerlo y evitar su cólera. Que su llegada después de una larga ausencia pasase desapercibida era motivo suficiente para despertar su ira.

—Y bien, ¿qué tal el viaje? —se interesó su hijo—. ¿Son firmes los apoyos de esos señores feudales?

—Tanto como podrían serlo —afirmó con agrado.

—¿Y el resto de nuestros hombres? —preguntó con falso interés.

—Sabes bien en qué consiste el plan —respondió de modo críptico, y una mueca de impaciencia por parte de su hijo no se hizo esperar. Sin embargo, la mente de su padre surcaba otros derroteros—. Mi viaje ha sido mucho más fructífero de lo esperado, ĘaGhal. Por fin los dioses me han concedido lo que siempre me negaron —recitó con la sonrisa de un demente y que al príncipe le hizo rechinar los dientes—. Frygt traerá a dos invitados consigo.

—Padre...

—Jordan de Asbath y la Reina Gladys de Meissen —pronunció con profunda satisfacción, aunque sus palabras impulsaron a su hijo a levantarse.

—¿Has perdido el juicio? —le reprochó, y el rictus de su padre se crispó ante su reclamo.

—Mi juicio es el único valedero en este imperio —le recordó con dureza.

—¿Y qué motivos había para traerlos aquí, padre? —le exigió saber—. Explícamelo pues no entiendo por qué has puesto en riesgo los planes que durante tanto tiempo hemos tratado de llevar a cabo.

—Admito que a ese advenedizo de Jordan lo he mandado traer por pura diversión, y porque sus brazos fuertes nos servirán bien picando piedra en nuestra cantera —le dijo con notable desinterés.

ÈaGhal se dejó caer en el diván y se pasó ambas manos por el rostro, exasperado.

—Perfecto, vas a unir a la batería de esclavos a un miembro de la familia real —ironizó.

—Ese hombre no es un noble —le recordó, frunciendo los labios con asco—. No era más que un guardia, un plebeyo, y yo me encargaré de que vuelva a recordarlo.

ÈaGhal resopló aunque lo dejó por imposible.

—¿Y la reina de Meissen?

—Será mía —declaró con pasión, y su hijo lo miró con extrañeza—. He querido a esa mujer desde hace treinta años, desde que crucé por primera vez el Mar Istook y la conocí —añadió, y el joven tuvo que reprimir una carcajada.

—Con querer te refieres a ambicionar, como quien desea riquezas y objetos, ¿no? Porque querer como sinónimo de amar es algo que tú jamás podrías sentir —se mofó con descaro.

—Cuidado con lo que dices —le advirtió, irguiendo la postura.

—La verdad ofende, padre —no se amedrentó.

—Sí, y de ahí tu rabia al saber que amaba a esa mujer cuando desposé a tu madre —lo atacó con palabras hirientes.

ÈaGhal apretó los puños, reprimiendo los deseos de desenvainar su espada y rebanarle el cuello.

—Y los planes siguen siendo los mismos —continuó, satisfecho ante la reacción contenida de su hijo a su provocación—. Trystan se postrará ante mí —sentenció, alzando un puño apretado—. Y tanto él como su sobrino se rendirán a nuestro poder si no quieren ver todo su mundo destruido —le

aseguró—. Sus reinos solo subsistirán bajo el yugo de mi imperio —se vanaglorió, y por un momento, a ĘaGhal le pareció estar contemplando los delirios de un loco.

Lo miró con inquina infinita...

—Guarda tu odio para nuestros enemigos —se mofó Khawf, reclinándose en su diván con desidia mientras cogía una uva de la bandeja—. Ahora déjame. Quiero reposar un poco para las celebraciones de esta noche.

Y a ĘaGhal aquella cena se le hizo eterna...

Él ocupó junto con su padre la mesa principal llena de todo tipo de viandas y que, como de costumbre, cató primero el hijo de la cocinera, un pequeño que apenas contaba con ocho años. Cuando probó todos los platillos y Khawf se aseguró de que nadie pretendía envenenarlo, el niño se marchó, llevándose consigo todos los platos que había utilizado para ello.

ĘaGhal lo consideraba desmesurado, una paranoia fruto del excesivo poder que ostentaba su padre, pero era una batalla perdida.

Trató de disfrutar del banquete y de la música que sonaba en el gran comedor del castillo mientras su vista se recreaba en lo único interesante en la inmensa estancia.

La vio revolotear por las mesas, soportando las groserías de los guardias, y que más de uno tratara de manosearla, aunque ella se defendía con saña. Apenas pudo reprimir una carcajada cuando uno de aquellos indeseables se levantó para agarrarla y, de una patada en sus partes nobles, volvió a sentarlo en la banca.

No se acercó a su mesa a servirlos en toda la velada y él sabía bien que lo hacía a causa de su padre. Cuando estaban cerca, era difícil evitar las miradas, los roces, por nimios que estos fueran, y temía que los descubriese; no solo no lo aceptaría sino que las consecuencias para ella serían nefastas.

El príncipe lo comprendía, por supuesto. Sin embargo, desde su mesa, ĘaGhal sí buscaba sus ojos, una señal, algo que le dijera si pretendía mandarle un mensaje al mantenerse distante, pues tenía serias dudas de que acudiera a su cita esa noche.

Se retiró en cuanto le fue posible, aunque la fiesta continuaría hasta que se marchara su padre, y aguardó en su recámara, deambulando de un lado a otro mientras la noche avanzaba sin que ella hiciera su aparición. Hasta que perdió toda esperanza.

Con pesadumbre e impotencia, se quitó su jubón de manga corta de cuero negro, y comenzó a desatar los cordones de la camisa, del mismo color. La

estaba dejando sobre la cama cuando, de pronto y sin llamar, alguien abrió la puerta de su alcoba y entró.

Dhāra cerró, apoyando la espalda con la respiración agitada, y ĒaGhal llegó hasta a ella con escasas y apresuradas zancadas. Sin mediar ni una palabra, pegó el cuerpo al suyo y buscó sus labios, besándola con ansia al haber creído que esa noche no podría hacerlo. Escapándosele un suspiro, la joven alzó las manos hasta su cabello negro ahora suelto, y él le arrancó aquel pañuelo con el que cubría el suyo, para dejar que cayera en cascada sobre su espalda y así deslizar los dedos por sus largas hebras, mientras su beso se tornaba posesivo, exigente, hasta robarle el aliento.

—Creí que ya no vendrías —murmuró él, mirándose en sus ojos.

—He estado a punto de no hacerlo —le confesó la muchacha.

—Pero lo has hecho porque me necesitas tanto como yo a ti —se jactó, con sonrisa pretenciosa, y antes de que Dhāra le reprochase nada, volvió a apresar su boca con la suya.

Sabía lo que iba a decirle, como también que tenía razón, pero no estaba en disposición de prometerle nada todavía. Sin embargo, la joven no pensaba dejarlo pasar, y apoyó las manos en sus hombros desnudos para impulsarse y romper su beso.

—ĒaGhal...

—Por fin... —sonrió él, depositando suaves besos en sus labios con la intención de abrumarla y no dejarla hablar—, escuchar la palabra «alteza» de tu boca se me clava como un puñal en el pecho.

—No puede ser de otra forma —replicó ella, bajando el rostro.

—Lo sé —respondió él, alzándole la barbilla con los dedos para que lo mirara—. Mi razón lo entiende, pero no mi corazón.

—No hables así —le exigió, apartándose de él.

No obstante, ĒaGhal la alcanzó y la abrazó por detrás.

—Preferiría que fuera únicamente la lujuria la que te impulsara a invitarme a tu lecho —le dijo entonces la joven, mortificada, y mortificándolo a él con sus palabras—. Vendría, poseerías mi cuerpo y me volvería a marchar. Sin embargo, posees también mi corazón, haces que mi alma te anhele y que yo crea lo que pronuncian tus labios producto de la pasión.

—No —negó categórico, y la giró hacia él, sosteniéndola de los brazos con fuerza. Se le veía atormentado—. Jamás te he dicho nada que no sintiera, y lo sabes. ¿Es que acaso tú no posees mi corazón y mi alma? Y no temas anhelarme, pues no hay nada en el mundo que ansíe más que a ti.

—ËaGhal, no —sacudía ella la cabeza—, no lo digas.

—Sí, lo digo aunque la maldita sangre que corre por mis venas no me permita que mi voz salga de estas cuatro paredes —masculló, herido—. Te amo, Dhära.

—No deberías —murmuró, con la mirada brillante por lágrimas de emoción a la vez que de tristeza.

—No, no debería —admitió, sintiendo ella una punzada dolorosa—. Pero mi corazón no entiende ni de obligaciones ni de coronas, solo que eres la única que lo hace palpar desbocado en mi pecho, y que lo hieres con tus continuos intentos de alejarte de mí.

—¿Crees que es lo que quiero? —inquirió, furiosa, mas con las mejillas ya humedecidas—. Pero debo alejarme. ¿No comprendes que si te amo solo un poco más de lo que ya lo hago, moriré? ¡No voy a poder vivir sin ti!

—Entonces, no lo hagas —le pidió, con voz grave y oscura, antes de estrecharla entre sus brazos y besarla con ardor.

Dhära gimió ante ese beso arrebatador que le robaba la cordura y la sensatez. La boca masculina devoró la suya sin piedad, embriagándola de su aliento y su esencia, y de una pasión desbordante. Sin apenas dejar de besarla, ËaGhal tomó su vestido y alzó las manos para deslizarlo sobre sus costados, hasta que se deshizo de él. Su mirada oscura, ensombrecida por el deseo, resbaló por su cuerpo en una caricia candente que la estremeció, y volvió a besarla mientras la conducía hasta la cama. La obligó a tumbarse y se quitó sus ropas, tras lo que se le unió, cubriéndola con su espléndido cuerpo de músculos trabajados y endurecidos.

Clavando los ojos en los suyos, ËaGhal le cogió los muslos y la hizo rodearlo con sus piernas. Entonces, una de sus manos serpenteó hasta su intimidad, arrancándole un gemido a la joven con la inesperada caricia, y el príncipe sonrió al saberla lista para él.

La penetró de una sola vez mientras la anclaba a él con la mirada, alimentándose de la suya, velada por el repentino placer, y gozando de la visión de sus labios rojos entreabiertos y el brillante rubor de sus mejillas, fruto del ardor que corría por sus venas y que él provocaba con cada uno de sus embates. Dhära se aferró a su espalda, clavándole las uñas, y afianzó la prisión de sus piernas a su alrededor, al tiempo que él profundizaba cada vez más su invasión, acrecentaba el ritmo de sus envites y elevaba esa excitación que dominaba sus cuerpos.

—¿Lo sientes? —inquirió él, con los dientes apretados a causa del

placer—. ¿Sientes cómo me perteneces? —añadió, agarrándola de las caderas y arqueándola hacia él, en un contacto más pleno y que lanzó corrientes de placer que los recorría una y otra vez.

—ĒaGhal... —gimió, al sentir el éxtasis acercarse, y él se hundió más en ella, dejando que su interior lo apresara y se estrechase a su alrededor en un contacto candente que elevó su excitación de forma repentina.

Se vio sorprendido por su propio clímax, y sus movimientos se tornaron erráticos, enloquecidos por la entrega de Dhāra, cuyos gemidos se elevaban a causa de su inminente liberación.

—Eres mía —le dijo entonces, clavándose más profundo en ella—. Ahora y siempre, Dhāra, eres mía... Dilo... Mía...

—ĒaGhal...

Sendos gemidos ahogados escaparon de sus gargantas al alcanzar el éxtasis, que se derramó sobre ellos envolviéndolos en una bruma de dicha. ĒaGhal buscó sus labios mientras sus movimientos se movían más pausados conforme el placer se iba diluyendo.

—Dilo —volvió a pedirle, con la voz tomada por la pasión, sí, pero también por el infinito amor que irradiaba la unión de sus cuerpos y sus almas—. Di que eres mía, Dhāra. Necesito escucharlo de tus labios.

—Sí, ĒaGhal, soy tuya... lo seré siempre —no tuvo más remedio que decirle.

Porque, para su desgracia, así era...

Capítulo 12



Gladys estaba agotada y Jordan, exhausto. Había realizado todo el trayecto a pie, arrastrado por Frygt hasta un campamento situado en las inmediaciones de la Forca de Deati, formado por varias tiendas. Un guardia se había hecho cargo de Gladys, alejándola de él, y el joven reaccionó forcejeando para soltarse de las cuerdas. La reina contempló con aflicción que Frygt, aún en su caballo, le propinaba una patada con la que le partía una ceja, sangrando la herida profusamente.

—¡Jordan! —gritó, y negó con la cabeza cuando este pudo mirarla.

Comprendió que no quería que luchara, que no provocara a ese hombre que desmontaba y tiraba de él, conduciéndolo hasta un árbol donde lo ató. El antiguo capitán de Asbath se pasó el dorso de la mano por la frente, haciendo una mueca de dolor al tocar la herida.

—Me importa poco si llegas a Vākh entero o a pedacitos —se jactó Frygt, con sonrisa sardónica—. No lo pierdas de vista —le ordenó al guardia que lo vigilaría, y antes de marcharse, se giró con una mueca de suficiencia en su cara.

Jordan le lanzó una mirada conminatoria, pero sabía que no estaba en posición para desafiarlo. Más que lo que pudieran hacerle a él, le mortificaba no saber qué sería de Gladys, a la que habían metido en una de esas tiendas, fuera por completo de su alcance. Como alguno de esos hombres le tocara un solo pelo, lo mataría, aunque fuera lo último que hiciera en la vida.

Vākh... El nombre le sonaba vagamente, un reino allende los mares, aunque seguía sin entender qué estaba ocurriendo. Por descontado, aquello era una declaración en firme de guerra tanto hacia Meissen como a Los Lagos y Asbath, y no alcanzaba a comprender quién osaría retar el alcance de sus ejércitos unidos, sin contar los de Breslau y los Territorios Gealach. Era, como poco, un demente.

Pasó la noche en una extraña duermevela, pues por un lado le vencía el cansancio y por otro no podía dejar de estar alerta, aunque apenas hubo movimiento en el campamento. Al amanecer, notaba todos los músculos entumecidos por la postura y todo el esfuerzo del día anterior. Le dieron de

comer un poco de pan y queso y se preparó mentalmente para enfrentar otra jornada como la pasada.

Sin embargo, cuando otro guardia fue en su busca, no lo condujo hasta el caballo de Frygt, tal y como esperaba, sino hacia una carroza con un extraño blasón en sus puertas: un halcón en pleno vuelo con sus garras extendidas, listo para el ataque. Entonces, el capitán se acercó hasta ellos, acompañado de Gladys.

Jordan no pudo evitar alegrarse de verla, y parecía estar bien, aunque se abstuvo de cruzar palabra alguna con ella, al igual que la reina se mostraba cautelosa y a la espera de saber por qué estaban allí.

Entonces, para su sorpresa, el capitán los libró de sus ligaduras y abrió una de las portezuelas.

—A vuestra elección dejen que transcurráis el viaje cómodamente en el mullido interior del carruaje o atados, a mis expensas, como el día de ayer —les advirtió con el poder que otorga saberse superior.

Ninguno de los dos respondió, pero Jordan, en actitud cauta, le ofreció su mano a Gladys para ayudarla a subir. Una vez acomodados, Frygt cerró la portezuela, asegurándola con llave, y en cuanto estuvieron solos, la soberana se echó a los brazos del joven, quien la abrazó con ternura. Rompió su contacto el movimiento del carruaje al ponerse en marcha.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho algo? —quiso saber él mientras buscaba posibles marcas en su rostro.

—Tranquilo, estoy bien —le dijo, sentándose en el asiento de enfrente.

—Creo que nos conducen hasta un reino llamado Vākh —le comentó, sin esperanzas de que ella supiera lo que ocurría.

—Así es —respondió en cambio—. Y sospecho por qué —añadió, y Jordan frunció el ceño, con extrañeza.

Así fue cómo el joven se enteró de lo acontecido treinta años atrás, la parte de su historia con Trystan de la que dudaba que el propio Erick tuviera conocimiento, cosa que ella le confirmó.

—Es un episodio que decidimos dejar atrás —le dijo la reina—. Aunque a mi esposo le siga atormentando.

—¿Por qué? —inquirió con incredulidad—. Trystan no puede creer que ese hombre sea mejor que él —espetó, haciendo una mueca de repulsión—. Es capaz de los actos más despreciables...

—¿Acaso tú no decidiste que el que creíamos que era el Duque de Bogen era el hombre adecuado para Agatha? —preguntó con suspicacia—. Y bien

que comprobamos su vileza cuando os enfrentasteis en la justa, por no hablar de lo antipático que nos resultaba a todos. Pero, aun así, te retiraste para dejarle el camino libre.

Jordan resopló, incomodado por aquel recuerdo y por la comparación. Aquel maldito resultó ser Hrodgar y, a pesar del tiempo transcurrido y de haber acabado con su vida él mismo, aún se le helaba la sangre de pensar que Agatha había estado a su merced.

—Mi esposo creía, de modo equivocado al igual que tú, que era lo que me convenía —apuntó, sin querer ahondar más en su herida.

—Y también lo piensa Khawf, por lo visto —farfulló—. Pero Trystan no va a permanecer de brazos cruzados, viendo cómo ese maldito te aleja de su lado.

—Algo que temo —admitió, desconcertando al joven—. Su amor por mí lo hace capaz de cometer cualquier sacrificio, y cualquier estupidez, también —añadió con pesar—, aunque confío en que la templanza de mi sobrino lo haga recapacitar.

De pronto, Jordan lanzó un suspiro y se pasó una mano por el rostro, atormentado.

—Estás pensando en Agatha —supuso la soberana.

—Su carácter no es tan juicioso como el de Trystan —apuntó, preocupado—. Y espero que entre en razón, por nuestros hijos, porque lo mínimo que le exigirá a su hermano es que arrase Vākh.

—No deben hacerlo —dijo ella, inquieta.

—Sin embargo, de un modo u otro sucederá —replicó con tono grave—. Será la guerra, Gladys, y espero seguir con vida para ver caer ese infame reino.

—Jordan...

—Seamos razonables —atajó él—, tu vida es valiosa para ese bastardo, pero... ¿y la mía?

—Debe tener algún valor o te habrían... matado con los demás —alegó ella, rompiéndosele la voz al recordar aquella masacre.

Jordan, por su parte, no respondió. Porque temía que la razón por la que lo mantenían con vida fuera peor que la mismísima muerte.



La comida transcurría de forma distendida, aunque Cailen sentía que el infierno bullía en su interior. No obstante, lo disimulaba, esbozando una sonrisa en el momento apropiado e interviniendo de modo locuaz en la conversación a su debido tiempo.

Raleigh estaba resultando más escurridizo que una serpiente. Sabía bien que tras su apariencia refinada se escondía un traidor, pero no era capaz de reunir las pruebas suficientes para delatarlo frente a los demás.

Sin ir más lejos, días atrás pudo seguirlo hasta el campamento de aquel rey extranjero, pero tuvo que mantenerse muy alejado, pues sus hombres estaban ojo avizor y podían descubrirle, por lo que tuvo que volver al castillo sin saber qué se traía entre manos con el soberano.

Por otro lado, estaba el terrible declive de Gunnar años atrás y que empujó a Josiah a vender a su hija menor al mejor postor con tal de poder mantener su reino en pie. No podía demostrarlo porque su cuñado no le permitía adentrarse en el asunto, pero nada le quitaba de la cabeza que él había tenido algo que ver, sobre todo al enterarse por una conversación casual que mantuvo con Adrienne que aquellos pretendientes se encontraban entre las amistades de Raleigh; su hermana Edwina había elaborado la lista, sí, aunque guiada por su esposo.

Las pocas cosas que iba descubriendo sobre él afianzaban más sus sospechas. Sin embargo, se quedaban en eso, en sospechas. Pero tarde o temprano Raleigh cometería un error, lo sabía, y él estaría ahí para darle el golpe definitivo.

—Querida, estaba pensando en ir a Shyt a visitar a los míos —le propuso Raleigh de pronto a su esposa, y Cailen se tensó al escuchar sus palabras, porque su ausencia podría darle mayor libertad de movimientos en aquel castillo—. Hace mucho que no los vemos —insistió ante el silencio de su esposa.

—De acuerdo —accedió al final, aunque no parecía muy conforme—. ¿Cuándo nos iríamos?

—Pues podríamos partir mañana mismo, en cuanto me encargue de dar paso a una embarcación que tengo entendido que quiere zarpar mañana —añadió, con cierta suficiencia y mirando de soslayo a Cailen, que se sentaba frente a él.

El príncipe gealach estaba allí en calidad de invitado, por lo que nunca se le permitía intervenir en los asuntos del reino, y maldita fuera su estampa si él disfrutaba de la situación. El único motivo por el que permanecía en Gunnar

era para descubrir qué tramaba aquel tahúr.

—Si tanta prisa tienes, deja que se encarguen mis empleados del puerto —le planteó Josiah, aunque sin darle mucha importancia al asunto.

—No te preocupes, suegro —replicó con un tono de camaradería demasiado forzado—. He venido a saber que transportarán un cargamento muy valioso, motivo por el que quiero ocuparme del tema personalmente —alegó.

Cailen volvió la atención al venado de su plato mientras una idea revoloteaba en su mente. Raleigh nunca daba puntada sin hilo, y aquella embarcación le debía reportar algún tipo de beneficio. Un soborno fue lo primero que le vino a la cabeza, pero para el caso le daba igual, pues iba a descubrirlo.

A la mañana siguiente, le dio un suave beso a su esposa procurando no despertarla y se marchó. Se ocultó en las inmediaciones del castillo mientras aguardaba a que su cuñado lo abandonara y, como de costumbre, este se hizo acompañar de un grupo de hombres de su confianza y que bien parecía una escolta.

Sin embargo, no se encaminaron rumbo al puerto sino en dirección oeste y él se mantenía a distancia, encomiándose a sus dioses para no ser descubierto.

Cabalaron bastante tiempo, pero Cailen supo que arribaban a su destino, pues desde la lejanía se veía un barco, cerca, hasta lo que le permitía aproximarse el fondo marino sin encallar, y le pareció divisar algunas barcas que desde el navío se acercaban a la orilla.

De pronto, el grupo se detuvo y él los imitó, ocultándose en la espesura del bosque que flanqueaba el camino. Desmontó, ató el caballo a un árbol y descolgó el morral que portaba para sacar una pieza cuadrada de cuero y un par de vidrios circulares. Los colocó en unas finas hendiduras con las que contaba la pieza de cuero que curvó a su alrededor formando un tubo, y que aseguró con unas correas. Entonces, acercó un extremo a uno de sus ojos y la imagen de su cuñado aumentó como si estuviera allí mismo. A Cailen no dejaba de sorprenderle el poder de aquel artilugio, parecía magia, aunque su uso era bastante común en los Territorios Gealach.

Una vez fijó la posición de Raleigh, comenzó a inspeccionar lo que sucedía a su alrededor. Las barcas ya habían alcanzado la playa, y los hombres que las manejaban quedaron a la espera. Cailen apartó el catalejo para observar la

escena al completo. Los hombres de Raleigh y los venidos del barco comenzaron a entremezclarse, aunque algo llamó su atención desde el otro lado, desde las montañas.

El joven príncipe apreció desde donde estaba un grupo de jinetes, cuya indumentaria era igual de oscura que la de los llegados en las barcas y que debían ser sus coterráneos. Entonces, en la lejanía vio un carruaje, fuertemente custodiado por varios guardias, y a Cailen no le fue difícil suponer que en su interior debía viajar la importante mercancía a la que hizo referencia su cuñado.

Se colocó de nuevo el catalejo y enfocó en la carroza, dispuesto a no perderla de vista, a pesar de que aún no llegaba a su destino. En la portezuela divisó un blasón desconocido para él, una especie de ave de presa, y en la ventana, aunque no estaba cegada, no se apreciaba movimiento alguno.

Con paciencia, aguardó a que el carruaje se detuviera, y uno de aquellos hombres, cuyo porte le daba a entender que era alguien importante, tal vez el capitán de aquel pequeño ejército, desmontó de su caballo y se dirigió a la carroza, abriendo la puerta. Dos personas descendieron por los pequeños escalones, un hombre y una mujer, y a Cailen casi se le escapa de las manos el catalejo al averiguar quiénes eran: Jordan y la Reina Gladys.

Afianzando el agarre alrededor del artilugio, enfocó la visión en ellos dos. Parecían cansados, mas en buenas condiciones, y en ese momento Jordan tomaba del hombro a la soberana, acercándola a él en gesto protector. Sin embargo, vio que los separaban, golpeando al joven al mostrarse reticente, y condujeron a cada uno de ellos a una barca diferente, y las pequeñas embarcaciones fueron ocupándose por el resto de hombres. El capitán se dirigió a Raleigh, cruzando algunas palabras que a tanta distancia no podía escuchar, aunque percibió en el semblante del extranjero cierta satisfacción. Luego, subió también a una de las barcas y se adentraron en el mar, hacia el navío que aguardaba por ellos.

Cailen no comprendía nada... ¿Quién era esa gente? ¿Y por qué Jordan y la reina estaban con ellos? Dudaba que fuera por propia voluntad, sobre todo por los malos modos con los que lo habían tratado a él y que no eran los propios de un anfitrión hacia su invitado. El príncipe notaba su sangre fluir con rapidez por sus venas ante la idea de haber contemplado lo que venía a ser un secuestro.

De pronto, vio que su cuñado se dirigía a su caballo, y él, con premura, desarmó el catalejo para guardarlo en su morral y montó en el suyo, partiendo

al galope hacia el castillo. Picó espuelas para darle más brío al animal, consciente de que, ahora más que nunca, no debía ser descubierto, y miraba continuamente hacia atrás para comprobar si Raleigh o sus hombres podrían darle alcance. Por fortuna, no había rastro de jinete alguno.

Al llegar a las caballerizas, le confió su montura a uno de los mozos y, casi a la carrera, se dirigió al interior del castillo, directo a sus aposentos.

Adrienne se encontraba allí, sentada frente al espejo, acicalando su cabello, y la muchacha se sobresaltó al ver que su marido llegaba tan inquieto.

—¿Dónde estabas? —le preguntó con curiosidad, pero su esposo deambulaba por la habitación, con caminar errático y cavilando quién sabía qué, pues no le prestó ni la más mínima atención.

Entonces, se levantó y se aproximó a él. Tuvo que cogerle la mano para que reparara en su presencia que, de hecho, lo sorprendió.

—Adrienne... —murmuró, mirando a su alrededor, confundido.

—¿Qué tienes, mi amor?

Su tez morena se mostraba ahora pálida, y en vista del mutismo del joven, lo condujo hasta la cama y lo obligó a sentarse, tras lo que le ofreció un poco de agua que él aceptó de buena gana.

—Me asustas, Cailen. ¿Qué te ocurre? —le preguntó. Se arrodilló frente a él y colocó las manos en unas de sus rodillas y su esposo las cubrió con las suyas.

—Acabo de presenciar el secuestro de Jordan y la Reina Gladys —murmuró, con voz grave, afectado, y su mujer ahogó una exhalación.

—¿Qué locuras estás diciendo? —inquirió, atónita, y Cailen pasó a narrarle todo lo sucedido, incluso las sospechas que había albergado acerca de Raleigh durante todo ese tiempo.

—No es posible —gimió ella, poniéndose en pie con una mano en la frente en un gesto de incredulidad—. Si lo que dices es cierto...

—Lo es —replicó él con pasión. Se levantó y le tomó las manos, sacudiéndola levemente para que lo mirara—. Sé muy bien lo que he visto, Adrienne. Han golpeado a Jordan y no se ha defendido. Te aseguro que no se ha subido a ese barco por decisión propia.

—Y Raleigh... Por todos los dioses, Cailen, el hombre que está casado con mi hermana es un traidor —murmuró con temor, reflejándose ese miedo en las repentinas lágrimas que aguaron sus ojos—. Y, al parecer, es capaz de todo.

Cailen la abrazó y besó su frente, queriendo infundirle sosiego con su

caricia, y la joven se refugió en los brazos de su esposo, temblorosa.

—Tranquila —le susurró—. La fortuna ha querido que lo haya averiguado todo, y puede que aún estemos a tiempo de evitar males mayores.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó, temerosa.

—Debo ir a Los Lagos —respondió con firmeza—, está mucho más cerca que Meissen, sobre todo si atravieso La Espina. Debo advertirles, contarles lo que he visto.

—Yo voy contigo —decidió ella, y su marido negó con la cabeza—. Voy a ir, Cailen. No quiero quedarme aquí sin saber lo que está ocurriendo.

—Es peligroso, cariño —objetó, aunque con suavidad.

—No me importa —insistió ella con voz trémula a causa de las lágrimas—. El único sitio donde me siento segura es contigo. Por favor, Cailen, déjame acompañarte.

El príncipe suspiró. Levantándole la barbilla con un dedo, se inclinó y depositó en sus labios un dulce beso. En cierto modo, lo llenaba de dicha que quisiera estar cerca de él a pesar del peligro.

—Está bien —le dijo, y ella lo abrazó, aliviada—. Escúchame —le pidió, y su esposa lo miró con atención—. Necesito que estés tranquila, serena, nadie debe sospechar nada. ¿Me entiendes?

—Claro que sí, amor mío —recitó de pronto, con una amplia sonrisa que bien podía ser la mismísima efigie de la felicidad, y él no pudo evitar sonreír, dándole un golpecito en la nariz.

—Hoy mismo, Raleigh y tu hermana parten para Shyt —le recordó—. Y después, en cuanto abandonen el castillo, quiero que te entren unos deseos repentinos e irrefrenables de ir a Los Lagos a visitar a Agatha, antes de que vuelva a Asbath con el fin del verano.

—De acuerdo. —Asintió ella con la cabeza repetidas veces, aunque, de pronto, la asaltó la aflicción—. Se sumirá en el infierno cuando sepa que su esposo ha sido capturado por esos villanos.

—Ella y todos —apuntó el joven, volviendo a pegarla contra su pecho—. Me temo que ese infierno va a caer sobre todos nosotros muy pronto, si no ha caído ya.

Capítulo 13



La llegada de los guardias desde Meissen alteró la ya agitada vida en el castillo de Los Lagos tras los últimos acontecimientos. Todos querían noticias de Jordan y la Reina Gladys, y lamentaban la muerte de los hombres de Meissen y Los Lagos que habían marchado de allí para lo que se suponía era un viaje más.

Nigel, en cuanto se aseó un poco, fue llamado a los aposentos de Erick. El príncipe aún no podía levantarse de la cama, y necesitaba escuchar de primera mano todo lo que el capitán pudiera relatarles, así que se reunieron con él su esposa, Trystan, Agatha y los reyes, narrándoles lo acontecido.

—¿Estás seguro de que Jordan no estaba entre los muertos? —insistía Agatha. Apenas aguantaba sentada en el lecho de Erick junto a las otras dos mujeres, mientras Nicholas y Trystan aguardaban de pie, dando algún que otro paso un tanto ansiosos.

—Seguro, Alteza —le reiteró, parado en mitad de la recámara, con ambas manos en la espalda, en pose firme—. Yo mismo prendí las piras —lamentó—. Además, revisé las inmediaciones por si hubiera huido estando herido y... no lo hubiera conseguido —añadió con cautela.

Sin embargo, las noticias de Nigel no calmaban la inquietud de la joven, que miraba a su hermano en busca de una reacción que no llegaba y que la contrariaba profundamente.

—¿Qué ordenáis, Majestad? —se dirigió entonces el capitán a Nicholas.

—¿Hablaste con el capitán de Meissen? —quiso saber.

—Sí, y con placer se encargará de detener a los traidores —le confirmó con voz dura, expresando la inquina que sentiría el capitán al haber perdido a sus hombres—. Y yo pensaba unirme a mis compañeros en ese mismo menester.

—No. Las partidas de alguaciles dispuestas para ello se encargarán del asunto —negó el soberano—. Te necesito aquí para alistar a nuestro ejército,

a la espera del momento idóneo para atacar.

—Así será —asintió él—. Si no necesitáis nada más, iré a informar a los demás.

—Gracias, Nigel —le dijo Trystan para despedirlo.

—Yo... lamento no haber llegado a tiempo, Majestad —alegó con pesar.

—Era imposible hacerlo, así que no te tortures —le dijo.

El capitán hizo una reverencia y se marchó, aunque las palabras del Rey Trystan no le daban consuelo alguno.

Se dirigió al cuartel de guardias, dispuesto a poner al tanto de aquella reunión a sus hombres, pero se detuvo en el patio de armas al cruzarse con Brandon, quien venía de las caballerizas y le hizo una seña para que se acercara.

—Nigel —lo saludó—. ¿Qué ordena Su Majestad? Yo tenía pensado partir hacia Asbath para unirme a las partidas de alguaciles —le comentó.

—Preferiría que permanecieras aquí —le pidió, y el guardia lo miró extrañado—. El rey considera que ese asunto está controlado y que nuestro ejército debería prepararse para la batalla —alegó con gravedad—, y ciertamente, creo que tu espada nos vendría muy bien por aquí, sobre todo teniendo en cuenta la pérdida de los hombres que acompañaron a Jordan —admitió, y en cierta forma, para el joven de Asbath era un orgullo que el capitán contara con él.

Brandon asintió, e iba a agradecerle sus palabras cuando algo llamó la atención de Nigel. Desde el otro lado del patio, Erin se dirigía a la cocina, acompañada de Ethel, portando ambas sendos cestos llenos de hortalizas. La cocinera se acercó a los dos hombres, y Ethel la imitó, aunque iba un paso por detrás, con mirada huidiza.

—¿Finalmente partirás? —le preguntó Erin preocupada a su marido, quien negó con la cabeza.

—Déjame que te lleve esto a la cocina y aprovecho para contarte lo que me ha dicho el rey —le propuso, quitándole el cesto de las manos.

Eso hizo que Ethel aguardara unos instantes, pues deseaba darle intimidad a la pareja, aunque sentía la mirada escrutadora de Brandon sobre ella. Trató por todos los medios de no girarse hacia él. Aún no comprendía lo que había sentido a causa de su inesperado y repentino beso, pero temía que la pillara en falta.

—¿Esperas que yo también te ayude? —Lo escuchó decir entonces, con su consabido tono desdeñoso, y su cautela se transformó en enojo.

—No, estoy esperando que te disculpes —espetó la joven, mirándolo con dureza mientras dejaba el cesto en el suelo.

—¿Por qué? —replicó él, tensándose. ¿Tal vez le reprocharía el beso? Y prefería que no lo hiciera, pues no tenía ninguna excusa plausible que darle.

—Porque yo tenía razón —le aclaró, sin abandonar su actitud reprobatoria—. De hecho, ha resultado ser incluso más grave de lo esperado.

—¿Y quieres un reconocimiento por ello? —inquirió, recorriéndola con la mirada, furibundo—. Compañeros míos murieron en aquel camino —le recordó, apuntando con el dedo en la lejanía.

—Eso... —vaciló—. Eso no es culpa mía —se defendió—. Yo me limité a transmitir al rey lo que escuché, lo que vi.

—Es verdad —tuvo que admitir el guardia, aunque apretaba las mandíbulas—. Sin embargo, sigo sin confiar en ti —sentenció, y estaba dispuesto a marcharse, atajando la conversación, cuando ella se le colocó delante.

—¿Por qué motivo? —preguntó con insistencia.

—Tu carácter es voluble, fácil de influenciar —enumeró, recordándole el desafortunado episodio con Sybill—. No considero que una persona así sea de fiar.

—¿Yo, voluble? —Soltó una carcajada de incredulidad—. ¿Y tú? Primero soy una cualquiera y, un segundo después, me besas —le reprochó, y una comisura de la boca masculina se elevó con suficiencia—. Si a eso se le puede llamar beso —remató ella, y la sonrisa se esfumó del rostro de Brandon, quien sintió una extraña punzada en su pecho.

—Admito que podría haberme esmerado —arguyó, sobreponiéndose al instante—, aunque tuvo que afectarte de algún modo para que lo hayas tenido presente hasta ahora —agregó, con una mueca mordaz, y ella bufó—. Vamos, no es para tanto, seguro que recibiste alguno más que compensara el mal trago.

Ethel apretó los puños, mirándolo llena de rabia, y a punto estaba de contestarle cuando percibieron movimiento en el rastrillo oeste; los Príncipes Cailen de Tarsus y Adrienne de Gunnar acababan de llegar al castillo.

Sin hacerse anunciar, pues no había tiempo que perder, le pidieron a una doncella que los guiara hacia el interior, y la propia Gabrielle, que se dirigía a las cocinas para supervisar la comida, los recibió en el salón del trono.

—Bienvenidos —los recibió la soberana, aunque le extrañaba que hubieran entrado así.

—Perdona que nos presentemos de este modo, Gabrielle —se disculpó el joven con gesto mortificado—, pero es de vital importancia que hable con tu esposo. Es acerca de Jordan y la Reina Gladys.

La expresión en el rostro de la reina fue de incertidumbre e inquietud, no de confusión o sorpresa tal y como la pareja esperaba.

—¿Qué está sucediendo? —Quiso saber él.

—Acompañadme —les dijo, y conforme salían del salón del trono, se toparon con una doncella a la que la soberana detuvo—. Que alguien avise a Su Majestad para que acuda a los aposentos del Príncipe Erick. Está en el torreón sur. Con urgencia —le pidió.

—Yo misma me encargaré —se ofreció la muchacha, quien tras una breve venia salió a la carrera.

Gabrielle condujo al matrimonio hacia el torreón familiar, hacia la recámara de Erick, aunque se detuvieron frente a la de Agatha. La reina llamó con insistencia, y una sirvienta, que asistía en esos momentos a la princesa con los pequeños, abrió la puerta, tras lo que hizo una reverencia.

—Agatha, ven conmigo —le ordenó con tono críptico desde el umbral—. ¿Te puedes encargar de los niños? —se dirigió a la doncella, quien asintió al instante.

—¿Qué sucede? —preguntó su cuñada, asomándose al corredor—. ¿Cailen... Adrienne? —demandó con perplejidad por que estuvieran allí mismo, en su puerta, y más aún ante la gravedad de sus facciones.

—Vamos —la acicateó la soberana, cogiéndola de la mano.

Los cuatro continuaron hacia la habitación de Erick. A la pareja les extrañaba que los guiara hasta allí, pero no dijeron nada, aunque no pudieron evitar alarmarse cuando, una vez que una sorprendida Claire los dejó pasar, se encontraron con Erick en el lecho, y a su padre tratándole una espeluznante herida en su pierna.

—Por los dioses, ¿qué te ha pasado? —inquirió Cailen, preocupado, aunque sacudió la cabeza para centrarse en lo que los había llevado hasta allí—. Rey Trystan, me alegra enormemente encontraros aquí, porque lo que tengo que decirles también os atañe a vos.

El monarca, que estaba arrodillado mientras revisaba a su hijo, se puso en pie, con una súplica en su mirada.

—¿Es posible que sepas algo de Gladys? —demandó con temor, y a Cailen le maravilló su pregunta, aunque decidió no indagar.

—Y de Jordan también —añadió de igual modo, girando el rostro hacia

Agatha.

—Dime, ¿lo has visto? —le cuestionó con ardor, y se le acercó para cogerle el brazo—. ¿Está vivo?

—¿Qué ocurre? —irrumpió de pronto Nicholas en la estancia—. Una doncella me ha informado de que...

—¡Traen noticias de Jordan y nuestra tía! —Su hermana corrió hasta él, con mirada llorosa.

—¿Es eso cierto? —Quiso saber el soberano.

El Príncipe de Tarsus asintió y les relató todo lo que había presenciado con sus propios ojos. A su vez, Nicholas lo puso al tanto de la información con la que ellos contaban y de la conjura que se estaba gestando en los reinos.

—Esto confirma lo que ya sospechábamos —masculló Nicholas, quien deambulaba por la habitación con las manos en la espalda.

—Entonces, ya no hay motivo para esperar más —atajó Agatha, con impaciencia y ansiedad—. Debemos ir en su busca.

—La situación es la misma —la contradijo—. Adelantarnos a sus movimientos no nos dará ventaja, Agatha —añadió cuando su hermana trató de replicar—. Debemos estar preparados, aquí, en nuestro terreno y libre de traidores. Nuestra respuesta sólida los desconcertará, y eso nos dará la victoria. Si van a invadirnos desde Shyt, los esperaremos tras La Espina —decidió, haciendo uso de la información que Cailen les había facilitado.

—Los guerreros gealach os apoyarán —anunció el joven con certeza—. Partiré hoy mismo hacia los Territorios para movilizar a los hombres.

—En el trayecto, podrías desviarte y poner al tanto a mi padre —le pidió Claire, quien estaba sentada en la cabecera de la cama, sosteniéndole una mano a Erick—. Escribiré una misiva. Estoy segura de que nos cederá también a su ejército. —Miró ahora a Trystan, quien asintió en agradecimiento.

—Y mientras mantenemos ocupado al ejército de Khawf, nosotros, con un buen número de hombres, embarcaremos hacia Vākh —decidió Nicholas—. Adrienne, tu padre...

—No dudo que ponga toda su flota de navíos a vuestra disposición —asintió la joven, que se abrazaba a su marido mientras él la pasaba un brazo por los hombros—. Pero deberíamos advertirle.

—Nosotros mismos, llegado el momento oportuno, acudiremos a explicárselo de primera mano —asintió Nicholas, señalando a su tío.

—¿Y cuándo será eso? —inquirió Agatha, contrariada—. ¡Pueden pasar

semanas! Ni siquiera han enviado algún emisario con sus exigencias. ¿Y si lo hacemos nosotros? —demandó de pronto, sobresaltada por la repentina idea, que le hizo brillar los ojos de emoción y esperanza.

—No pienso enviar a uno de mis hombres a una muerte segura —se negó en rotundo el rey, y esa negativa cayó sobre Agatha como una pesada losa.

—Hay que ser prudentes —lo secundó Trystan, dándole la razón, y a la joven le dolió en el alma la impasibilidad de su tío, que no quisiera mover un solo dedo por rescatar a su esposa.

Con cada día que pasaba, con cada hora, Agatha se sumía más y más en la desesperación. Cierto era que Cailen les había confirmado que seguían con vida, al menos cuando él los vio, pero a la muchacha no hacía más que atormentarle lo que pudiera ocurrir en aquel lejano reino. No era una ingenua. Sabía que el Rey Tirano deseaba a Gladys, pero no comprendía qué extraña razón le había llevado a mantener a Jordan vivo, y nada le aseguraba que esas circunstancias fueran las mismas una vez llegasen a sus dominios.

Los presentes en la habitación de su primo seguían hablando, planificando los sucesivos movimientos, para actuar sincronizados. Sin embargo, Agatha no los escuchaba, no le interesaba, porque ella ya tenía sus propios planes. Le había refrenado el hecho de no estar completamente segura del paradero de Jordan, pero las noticias de Cailen despejaban todas sus dudas y, a falta de un detalle, lo pondría en marcha de modo inminente.

Con la excusa de ir a avisar a la cocina de que había visita, Agatha fue en busca de Ethel. La encontró en compañía de Erin, sentadas en la mesa mientras cortaban algunos vegetales, y ambas se pusieron en pie con su llegada.

—Erin, hoy habrá dos comensales más —le informó sin mucho interés—. Ethel, preciso hablar contigo —se dirigió a ella después—. ¿Puedes acompañarme?

No sin extrañeza, la doncella asintió y la siguió, saliendo ambas al patio de servicio. Sin embargo, no permanecieron allí, sino que continuaron hasta la parte posterior del castillo, lejos de oídos indiscretos.

—Decidme, Alteza —la instó la joven cuando por fin se detuvieron.

—No me andaré con rodeos —empezó a decirle Agatha—. Necesito llegar hasta Vākh e introducirme en su castillo, y tú me vas a ayudar.

—¿Yo? —exclamó espantada, echándose las manos al pecho—. Que los dioses me asistan... ¿Cómo podría hacer yo tal cosa? Solo soy una sirvienta.

—Sí, le serviste a Lord Durstan, y al Rey Tirano cuando estuvo en su

feudo —le recordó—. Eres la persona que necesito.

—Pero...

—Lo tengo todo pensado —continuó, emocionada con su plan—. Redactaré una misiva en nombre de Lord Durstan donde, para congraciarse con él, le hace entrega de una doncella: yo —le aclaró—. Lo único que tienes que hacer es conseguirme algún anillo o sello para lacrar la carta y simular que la envía él. Y si conseguimos algún documento en el que aparezca su firma para que pueda imitarla, mejor aún.

—¿Me estáis pidiendo que entre a escondidas en la casa señorial para robarle? —inquirió con incredulidad.

—Tú conoces el lugar a la perfección —asintió—. Te prometo que escribiré una carta para mi hermano exculpándote de todo, explicando que yo te obligué.

—¿Vais a obligarme? —preguntó con temor.

—Si es necesario... —Sin embargo, la princesa suspiró y la cogió de las manos. La joven miró perpleja aquel gesto—. Ethel, por favor, necesito ayudar a Jordan, temo por su vida, y yo... ¿Has estado enamorada alguna vez?

Ethel sintió un repentino cosquilleo en el estómago ante esa pregunta, aunque negó la cabeza.

—Pero... Creo que puedo entenderos —le dijo.

—Significa eso que...

—Os ayudaré —le confirmó, y Agatha no pudo reprimir los deseos de abrazarla—. Os acompañaré a Vākh —añadió, turbada por su efusividad.

—No —negó categórica, soltándola.

—Alteza, como bien habéis dicho, el Rey Khawf me conoce —se justificó—. Y la situación será mucho más creíble. No es fácil engañarlo, es desconfiado, receloso. Obligaba al hijo pequeño de una sirvienta a probar su comida para asegurarse de que no la habían envenenado.

Agatha hizo una mueca de repulsa.

—Creedme, Alteza —insistió—. Si queréis tener una posibilidad con el Rey Tirano, debo ir con vos.

—Está bien —accedió al fin.

—¿Cuándo partimos? —le preguntó.

—Esta noche, en cuanto todos se retiren a dormir. Espérame en las caballerizas —concretó, y Ethel asintió con la cabeza—. Habrá que actuar con normalidad hasta entonces.

—Siendo así, yo me marchó para continuar con mis quehaceres —le dijo, haciendo una venia.

La princesa le sonrió en agradecimiento y la dejó marchar.

Esa noche, tras acostar a los mellizos, Agatha se sentó en la cama de Frederick para darle las buenas noches.

—Mamá, ¿cuándo volverá papá? —le preguntó en voz bajita para no despertar a sus hermanos.

A Agatha le dio un vuelco el corazón.

—Muy pronto —le respondió, y el chiquillo asintió, aunque no estaba muy conforme—. ¿Qué pasa?

—Pues que todos están muy tristes en el castillo —susurró apenado—. Y yo, también. He oído a unos niños decir que papá no va a volver.

Agatha se inclinó sobre el pequeño y le besó la frente, reprimiendo los deseos de llorar.

—Frederick, no es malo estar triste de vez en cuando, pero necesito que me prometas algo —le dijo—. Cuida siempre de tus hermanos.

—Sí, mami —contestó sonriente, como si aquella petición fuera de lo más sencillo—. Yo los protegeré porque de mayor quiero ser capitán de Asbath, como lo fue papá.

Enternecida, Agatha abrazó a su hijo, hundiendo el rostro en su cuellecito para captar aquel dulce e inocente aroma suyo. Las lágrimas corrían libres, aunque ella las enjugó antes de que el niño las viera.

—Te quiero mucho, hijo —le susurró al oído.

—Y yo a ti —le respondió.

—Y tal vez ahora no lo comprendas, pero todo lo que hago es por vosotros —añadió, separándose de él para acariciarle la mejilla.

—Vale, lo recordaré hasta que sea mayor y lo entienda —decidió él, como si fuera un juego, y Agatha sonrió.

—Ahora, a dormir —le dijo.

Frederick le echó las manos al cuello para darle un beso. Luego, se arrebujo contra la almohada, a la espera de que su madre lo tapara, pues por las noches, por estar ya finalizando el verano, solía refrescar. Agatha acarició su pelo una última vez antes de alejarse de él. Luego, cogió sus cosas, dejó una misiva dirigida a Nicholas en la cómoda y se marchó. Tuvo la precaución de ir al torreón donde estaba el cuervo de Trystan para introducirlo en una

jaula y llevárselo con ella, tras lo que fue al encuentro de Ethel.

La joven criada la esperaba en la penumbra solitaria de las caballerizas, tal y como le había pedido, portando únicamente un pequeño hatillo con sus cosas. La propia Agatha comenzó a colocarle las guarniciones y la silla al caballo de Lord Durstan y a su querida yegua, Dama. Ethel la observaba con gesto pesadoso mientras alumbraba sus movimientos con una tea. La noble la miraba de soslayo, temiendo que hubiera cambiado de opinión.

—¿Te has arrepentido? —murmuró, sin querer asustar a los animales.

—No, Alteza —la corrigió con premura—, pero no puedo evitar apenarme por todo lo ocurrido. Y... tengo un poco de miedo también —admitió, un tanto avergonzada.

—Ya te dije que mi intención era viajar sola a Vākh —le recordó—. De hecho, nadie tiene por qué enterarse de tu implicación. Tras ayudarme, vuelve con tu prima hasta que todo se solucione.

—¿Y así es cómo solucionas tú las cosas?

De pronto, la voz inflexible y dura de Nicholas resonó entre las paredes de la caballeriza, sorprendiendo hasta el punto del sobresalto a las dos jóvenes; a Ethel casi se le escapa la antorcha de las manos.

Junto a él se encontraban Trystan y Brandon, y la mirada de las dos mujeres recayó sobre él.

—Os escuchó urdiendo vuestro plan esta mañana —les aclaró el rey, respondiendo a la pregunta muda de ambas—. Él sí cuenta con un poco de sensatez y vino a referirme lo que había descubierto.

—Entrometido —siseó Agatha por lo bajo, compartiendo Ethel esa misma opinión aunque prefirió callar, temerosa de las represalias de su soberano. Sin embargo, lo fulminaba con la mirada.

—No te atrevas a culparlo de tu propia temeridad —le advirtió su hermano, apuntando con un dedo—. Su deber es protegerte, a todos. ¿Qué esperabas que hiciera al ver que te adentras en semejante peligro, ambas? —añadió, mirando con severidad a Ethel.

—Yo la obligué —objetó su hermana, alzando la barbilla.

—Mientes —farfulló Nicholas, apretando la mandíbula—, ya te he dicho que Brandon lo escuchó todo, y ella se ofreció a acompañarte a Vākh.

La joven bajó el rostro con culpabilidad, pero Agatha no dudó en salir en su defensa.

—Porque ella sí comprende mi desesperación —espetó, y Brandon se tensó un instante al preguntarse por quién se angustiaría la doncella—, no como

vosotros —prosiguió la princesa, señalando a su hermano y a Trystan—. Y me resulta inconcebible, por parte de ambos —les reprochó con pasión—. Tú eres el primero que debería apoyarme, ¿o no temes por la vida de tu esposa? —lo culpó—. Y tú habrías removido cielo y tierra con tal de salvar a Gabrielle de las garras de Balkar —se dirigió a su hermano—. ¿Por qué diantres yo no puedo hacer lo mismo?

—Porque yo estoy preparado para la batalla, para luchar...

—Y yo solo voy a hacerme pasar por una sirvienta, y creo que sabré meterme en el papel, pues he dirigido durante años este castillo —le recordó, alzando la barbilla con altivez—. Te estoy ofreciendo un nexo para saber de primera mano qué ocurre en ese maldito reino —dijo exasperada, señalando la jaula del cuervo que estaba enganchada a su montura—. No digas que es mala idea.

—Lo es desde el momento en que te pones en peligro —insistió él.

—No lo hará —intervino Brandon, dejando atónitos a todos los presentes a causa de sus misteriosas palabras—. Tengo la sospecha de que la Princesa Agatha va a hacer caso omiso de vuestras recomendaciones, Majestad, y llevará a cabo sus planes de una forma u otra —comenzó a justificarse—, y como bien habéis dicho, mi deber es protegerla, y la mejor forma de hacerlo es acompañándolas. Imagino que ese rey verá provechosas un par de manos fuertes.

Agatha y Ethel compartieron sendas miradas de asombro, aunque Nicholas lo observaba con recelo. Aunque encerrara a su hermana en un torreón, bajo llave, se saldría con la suya, pero ¿Brandon podría protegerla?

—Diremos que somos hermanos, el parecido de nuestro color de pelo ayudará —insistió él—, y justificará que no quiera perderla de vista.

—No te niegues, Nicholas —le rogó Agatha, dando un paso hacia él para cogerle las manos, y el joven, guiado por un impulso, se las besó.

—Entiendes que no quiero que te suceda nada, ¿verdad? —le preguntó, y ella asintió, con una súplica en sus ojos—. Y yo comprendo a la perfección el martirio por el que estás pasando.

Con el corazón de su hermana en suspenso, el rey tomó aire, como si le costara un esfuerzo sobrehumano decir aquellas palabras.

—Id a descansar los tres y mañana partiréis, a plena luz del día, sin necesidad de esconderos como si fuerais malhechores —les dijo, y Agatha no pudo reprimirse y lo abrazó, estrechándola él con fuerza. Cuando se separaron, Nicholas miró al guardia con gesto adusto—. Brandon...

—Juro que las protegeré con mi vida —recitó con solemnidad, y Ethel estuvo a punto de replicar al no creer que ella formase parte de ese juramento.

La doncella lamentó no poder retractarse en su ofrecimiento de acompañar a la princesa. A pesar de no saber a qué riesgos se enfrentarían, temía aún más lo que podría suponer que Brandon las acompañase. De pronto, el beso que le diera días atrás volvió a hormiguarle en los labios. Definitivamente, su cercanía sería el mayor peligro de aquel viaje.

Capítulo 14



El grito de «tierra a la vista» alertó a Gladys, quien estaba tumbada en el camastro de su camarote con el cuerpo descompuesto. En primer lugar porque aquel bendito barco no paraba de moverse, haciéndolo sus entrañas a su mismo ritmo y poniéndole el estómago del revés, y después, porque no sabía qué sería de ellos en cuanto arribasen a Vākh. Y por lo que había escuchado, sería pronto.

Sabía bien de la obsesión de Khawf por ella, y él no habría olvidado su forma de rechazarlo, pero moriría antes de verse sometida. No, a decir verdad no creía que fuera a hacerle daño, pero quien sí le preocupaba era Jordan. No lo había visto en toda la travesía, y ya contaba con una ceja partida y las costillas magulladas antes de embarcar. Agradecía a los dioses que el joven siguiera vivo, y les rogaba también que continuara estándolo hasta que los rescataran, porque, de un modo u otro, los salvarían, estaba segura de ello.

De súbito, el hombre que se había estado encargando de llevarle la comida, y que ella apenas había tocado, entró en su camarote y le hizo un gesto con la mano para que se levantase. Al intentarlo, sus piernas flaquearon a causa de la debilidad y el mareo y cayó en el camastro, así que el guardia la cogió de un brazo para ponerla en pie y llevarla a la cubierta.

En ese instante, aparecieron dos hombres portando casi a rastras a Jordan, con un ojo morado y un reguero de sangre cayendo por la comisura de los labios. Gladys se removió, pero la mirada de advertencia de Frygt la refrenó.

—A vos no puedo tocaros ni un solo cabello —le dijo con tono mordaz—, aunque sí puedo castigarlo a él por vuestra imprudencia.

Eso hizo que la reina abandonase su actitud subversiva, cosa que Jordan, en su fuero interno, agradeció.

Permitió que la condujeran hasta babor, donde enganchada de la borda había una escalinata formada por dos cuerdas y tablones a modo de peldaños, y que descendía hasta una barcaza que esperaba por ellos para conducirlos hasta la orilla.

Fue al bajar y llegar a la pequeña embarcación cuando se dio cuenta de lo que tenían realmente alrededor. Aquel puerto era inmenso, y una extensa

flota de barcos estaba o bien amarrada o anclada en las proximidades de los muelles. Cuando Jordan descendió, comenzaron a atravesar aquel bosque de navíos que bien parecían gigantes majestuosos vigilándolos desde su trono marino... aunque era otro rey el que ella temía.

Aguardaba por ellos en lo alto de la escalinata de entrada de su castillo. Era colosal, con altos torreones apuntados que parecían querer desafiar el poder celestial de los dioses, tocar su morada en el Kratvah con las agujas de sus cumbres. El talante de su pose era semejante al de quien espera a alguien de gran renombre, aunque custodiado por varios guardias; alguien tan perverso debía temer hasta a su propia sombra. La mueca que se dibujó en sus labios al verla era una sonrisa malévola, de pleno gozo, y Gladys se sintió aún más enferma de lo que la maldita travesía le había provocado. Sin embargo, a pesar de su malestar y de lo deslucido de su aspecto, recorrió el trayecto hasta llegar a él con la frente erguida, como la reina que era.

—Bienvenida, querida Gladys —la recibió él con actitud petulante y exagerada.

—¿Cómo te atreves? —inquirió la soberana en cambio, por lo bajo y con semblante tenso—. Pagarás muy caro este ultraje —le advirtió, y Khawf soltó una carcajada.

—¿Quién me hará pagar, el mequetrefe de tu esposo? —demandó con tono sarcástico, y aunque su intención era provocarla, Gladys sonrió, fingiendo una gran satisfacción.

—Ese es tu error —se jactó ella, sin que el rey pudiera ocultar su confusión—. Siempre has creído que tú eras mejor que Trystan, que mereces todo lo que él ha conseguido, incluida yo, cuando, en realidad, no dudé nunca en ofrecerle mi amor, sin necesidad de que me obligara a ello. Porque así es como tú lo obtienes todo —lo culpó con dureza, sin amedrentarse a su rictus endurecido e intimidante—, robándolo, apropiándote por la fuerza de aquello a lo que no tienes derecho alguno, solo el que te otorga la sangre que derramas. ¿Y te crees mejor que mi esposo? —Lo miró con profundo asco—. Un petimetre como tú no le llega a la suela del zapato.

La respuesta de Khawf fue darle una bofetada con la que pretendía callarla, borrar esas palabras con las que osaba ofenderle, pero un golpe no doblegaría el espíritu de Gladys. No lo consiguió, como tampoco pudo arrancarle aquella sonrisa triunfal de su magullada boca. Quien sí reaccionó fue Jordan, que se removió con la intención de atacarlo. Como era de esperarse, los guardias lo sujetaron, y uno de ellos le dio un puñetazo en el estómago que le hizo

encogerse.

—Reserva tus energías para picar piedra en la cantera —le dijo el soberano, disfrutando el momento al ver el asombro en sus ojos y en los de Gladys—. Jamás debiste salir de Asbath, ni creer que podías cambiar tu destino, yegüerizo arribista —sentenció mirándolo de arriba abajo con desprecio—. Un bonito y frío calabozo será el lugar idóneo para que lo medites —concluyó, agitando una mano a modo de orden y que sus hombres entendieron. Los dos que aún lo agarraban por los brazos se lo llevaron casi a rastras—. Ven, te acompaño a tus aposentos —le ordenó entonces a la reina, que seguía observando cómo se alejaba Jordan.

En vista de su pasividad, uno de los guardias trató de tomarle el brazo para obligarla a caminar, pero ella lo sacudió, zafándose de su agarre, tras lo que se puso en marcha. Siguió los pasos de Khawf hacia uno de los altos torreones.

—Creo que deberías ir a descansar. Ya tendrás tiempo de conocer el castillo —afirmó el rey, y ella sintió deseos de decirle que no estaba de visita ni sentía deseo alguno de conocer aquel sitio.

Sin embargo, era imposible no fijarse en la ostentabilidad del lugar, cuyos muros se presentaban llenos de recargados tapices de vistosos colores y que representaban escenas mitológicas.

También fastuosos lucían los aposentos en los que se alojaría. Jamás vio telas tan delicadas y de tonos tan hermosos, al igual que los muebles, verdaderas piezas de artesanía que bien parecían esculturas. Además no faltaba ni un solo adorno, ni un solo elemento que pudiera deslucir lo más mínimo aquella estancia.

Gladys, tratando de no parecer impresionada, deslizó la mirada por la habitación con una mueca de disgusto en su boca. Fue hacia la puerta y sostuvo el pomo, invitándole a marcharse, con arrojo.

—Quisiera tener intimidad —demandó ella, percatándose entonces de cierto detalle—, aunque dudo que lo consiga si la puerta no tiene llave —añadió, extendiendo la mano.

—Vendré a visitarte cuando me plazca —se negó, con sonrisa sardónica. Gladys, en cambio, apartó la mano y se encogió de hombros, caminando hacia el interior de la recámara.

—Hazlo y no me encontrarás —comentó con total desinterés—, o sí, hallarás mi cuerpo... sin vida, Khawf —sentenció de pronto, categórica—. Ya una vez lo intenté, ¿recuerdas? Sabes que soy capaz de hacerlo, y prefiero

la muerte a verme sometida a ti.

La mueca que se dibujó en el rostro masculino le dio a entender que aquel episodio continuaba en su memoria. Sí, jamás podría olvidar que su daga tocó esa piel, que la había dañado lo suficiente para que gotas de su sangre tiñesen el filo. Y por si sus recuerdos no bastasen, Gladys estiró el brazo izquierdo y le mostró la pequeña cicatriz en forma de línea que recorría el reverso de su muñeca.

No, no pretendía que volviera a intentarlo, como tampoco deseaba someterla. Deseaba fervientemente que ella... ¿Por qué no era capaz de hacerlo? ¿Es que no lo veía?

—Puedo comprobar que no has cambiado en estos años —apuntó con pesar disfrazado de inquina—. Sigues sin ver todo lo que te ofrezco, lo que te entregaría con solo pedírmelo.

Entonces, Gladys se acercó a una mesita y tomó un hermoso y delicado jarrón que ella no dudó en hacer estallar contra el suelo.

—Esto es lo que le sucede a lo que tú me ofreces —espetó con desdén, y aunque él dio un paso hacia ella en actitud amenazadora, se detuvo, por lo que la soberana continuó sin amedrentarse—. Tus posesiones son frágiles, fútiles, pueden desaparecer en un instante... ¿Qué valor tienen?

—¿Te atreves a poner en duda el alcance de mi poder, de mi imperio? —inquirió él, apretando los puños—. Cuando veas el mundo que has conocido hasta ahora, tu reino, tu esposo, tu familia, todo hecho añicos, como ese maldito jarrón, serás tú la que venga a mí.

—¡Nunca! —exclamó Gladys con pasión.

De pronto, Khawf la agarró por los brazos y la besó, un beso rudo, violento, y del que Gladys se zafó mordiéndole. El soberano lanzó un improperio mientras se pasaba la mano por el labio al notar el sabor metálico de su propia sangre en la boca. Levantó la mano, amenazante, a lo que ella respondió alzando la barbilla con altivez. Por fortuna para la reina, no descargó el golpe.

—Lo harás —siseó en cambio, furibundo—, aunque puede que para entonces ya sea demasiado tarde.

Y dicho esto, giró sobre sus talones y se dirigió a la salida, no sin antes lanzar la llave al suelo, cerca de la puerta. Gladys aguardó con inquieta paciencia a que se marchara, tras lo que corrió a tomar la llave y cerrar con ella. Apoyó la espalda y la hizo descender hasta quedar sentada en el suelo, y una repentina congoja producto de los nervios y la tensión la poseyó.

—Trystan —sollozó, rogando a los dioses que el recuerdo de su esposo, su amor, la mantuviera cuerda en aquel infame imperio.

Jamás creyó verse en semejante situación: bajo el mismo techo que Khawf, a su merced, y aunque por un lado se sentía sola y desvalida, confiaba en los sentimientos que por desgracia ese bastardo albergaba hacia ella. Eso mismo, por irónico que pareciese, la mantendría a salvo.

Su pensamiento voló hasta Jordan. Se imaginaba al esposo de su sobrina encadenado en un mugriento calabozo y obligado a aquellos trabajos forzosos en la cantera. Por fortuna, el muchacho era fuerte y sobrellevaría como mejor pudiera las penurias a las que lo sometieran. Pero ¿por cuánto tiempo?

—Trystan, amor mío —gimió—, ven a buscarme —suplicó, alzando la vista al cielo—. Sácanos de aquí.



Caía la tarde cuando divisaron el feudo de Lord Durstan. Finalmente, Agatha abandonó el castillo con el beneplácito de su familia. Erick, al despedirse de ella, no pudo evitar reírse y alabar sus arrestos para enfrentar aquella odisea, una valentía que muchos hombres orgullosos de hacerse llamar así no poseían. Sin embargo, Claire y Gabrielle se mostraron más recelosas, aunque ambas le prometieron hacerse cargo de sus hijos. Esa era la parte que más dolía, dejarlos atrás, pero si esos niños la necesitaban, también necesitaban a su padre, y que los dioses la fulminaran si no iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para traerlo de vuelta.

Antes de marcharse, Nicholas y Trystan volvieron a revisar con ellos el plan. El rey tuvo que reconocer que podían tener éxito en su empresa, sobre todo si conseguían falsificar la misiva. No obstante, le hizo jurar a su hermana que regresarían al castillo al menor contratiempo. Además, su tío le hizo entrega de algunos ungüentos y compuestos que podrían venirles bien, sin olvidar a su cuervo, pues estaban convencidos de que toda la información que pudieran obtener y comunicarles mediante el ave, les daría la victoria. Por último, Agatha se deshizo de sus ropajes de noble y se puso un vestido de una de las doncellas y se recogió el cabello en una larga trenza, imitando a Ethel, y el cambio era sorprendente.

Al arribar al feudo, al primer lugar al que se dirigieron fue a casa de John y

Sabeline. La joven recibió con un abrazo a su prima, llena de alivio al no tener noticias suyas desde que partiera a advertir al Rey Nicholas de lo que había presenciado, y mientras John se encargaba de las monturas, ella los hizo pasar al interior de su hogar.

—Solo estamos de paso, prima —le anunció Ethel, una vez se sentaron a la mesa a tomar un poco de queso y vino dulce—. Debemos cumplir con un encargo de Su Majestad. Ellos son Brandon y su hermana Agatha —mintió la joven, tal y como ella le había pedido a modo de prueba.

—¿Te llamas como la Princesa de Los Lagos? —apuntó Sabeline con un tizne de diversión en su voz a causa de la coincidencia.

Había tomado su vaso dispuesta a beber, pero la mirada llena de significado que le lanzó la noble llamó su atención. Agatha alzó la barbilla, como si considerara que debía observarla mejor, y entonces Sabeline dejó caer el vaso en la mesa, estupefacta.

—Alteza... ¡Vos aquí, en mi casa! Disculpád mi torpeza —exclamó apurada, poniéndose en pie mientras miraba a todos lados y se pasaba las manos por el mandil una y otra vez—. Dioses, ese vino os sabrá a rayos... —murmuró avergonzada.

—Haz el favor de tranquilizarte un poco y sentarte —le pidió la princesa, satisfecha con el resultado—. Mi intención es pasar desapercibida, y a pesar de que nos encontramos cuando vinisteis al castillo demandando clemencia a mi hermano, no me has reconocido, lo que me complace —añadió, señalando la silla a modo de acicate—. Además, déjame decirte que el vino es delicioso.

—Yo mismo lo elaboré —dijo de pronto John, que acababa de irrumpir en la estancia, y Agatha le hizo una seña a Sabeline para que la ayudase a mantener el anonimato—. Nos has tenido preocupados —se dirigió entonces a Ethel mientras tomaba asiento al lado de su aún afectada esposa—, pero entiendo que el Rey Nicholas te creyó.

—Y no solo eso. Me pidió que permaneciera en el castillo por si podía ser de ayuda —respondió con visible orgullo.

—¿Te han perdonado? —supuso Sabeline, aunque John se mostraba reticente.

—Gab... La Reina Gabrielle —rectificó Agatha— la perdonó al considerar que Ethel no era la culpable de lo sucedido, si bien no actuó como debiera.

—Por eso han confiado en mí para este cometido —apuntó aún más ufana.

—¿Qué cometido? —inquirió John, frunciendo el ceño.

—Debemos llegar al castillo de Gunnar —intervino por primera vez

Brandon, un tanto tajante al considerar que la joven estaba hablando más de la cuenta—. Su Majestad estimaba que podríamos hacer noche aquí, un lugar seguro dado el ambiente enrarecido que se respira en el reino —añadió, sacando una pequeña bolsa con monedas de oro y dejándola en la mesa.

—El Rey Nicholas es muy generoso, pero no es necesario —negó Sabeline.

—Como bien has dicho, es muy generoso —insistió, y aunque la muchacha lo tomó con reticencia, miró a su esposo.

—Con respecto a lo otro... —tanteó John—, se escuchan rumores...

—Su Majestad no puede permitir que un puñado de señores feudales disconformes amenacen su reino —recitó con tono solemne, y el otro hombre alivió la tirantez de su postura—. En cualquier caso, se avecinan tiempos difíciles —añadió, y el silencio se hizo en la estancia.

—Bueno, creo que podríamos disponer la cena. —Quiso Sabeline romper aquella tensión que crispaba el aire—. Y luego os enseñaré dónde vais a dormir. Esta casa es pequeña y apenas cuenta con dos habitaciones, así que, esta noche, las mujeres dormirán en un lado y los hombres, en otro —decidió, levantándose de la mesa, y las jóvenes la imitaron, dispuestas a ayudarle.

Era noche cerrada cuando Ethel abandonaba la habitación que compartía con Agatha y Sabeline. Esta última dormía, no así la princesa, quien se incorporó ligeramente en el jergón, cuando la vio levantarse, para darle a entender que estaría atenta a su regreso.

En silencio, la doncella salió de la casa y, oculta en las sombras de la noche, comenzó a recorrer los senderos que la llevarían a la casa señorial. Sin embargo, apenas había avanzado unos cuantos pasos cuando la invadió una repentina sensación de desasosiego. Se detuvo cerca de un árbol y comenzó a mirar a su alrededor, con la creciente certeza de que alguien la seguía, pero no vio a nadie.

Tratando de convencerse de que eran imaginaciones suyas, se dispuso a volver al sendero, cuando, de pronto, una mano cubrió su boca de forma un tanto brusca. Ethel se removió, intentando soltarse, incluso chillar, pero el agarre no solo se intensificaba sino que su captor la estaba conduciendo de nuevo hacia el árbol.

Entonces, un cuerpo fornido y poderoso la apretó contra el tronco, y aún con la boca tapada, la joven pudo comprobar que quien la retenía, quien la

miraba rogándole cautela era Brandon.

—Shhh... —siseó el guardia, y ella sintió un estremecimiento al notar la calidez de su aliento en la piel, su torso pegado a ella, su olor a tierra y hierba... Sobreponiéndose a su aturdimiento, asintió, y Brandon se separó de ella, no mucho, apenas medio paso, pero lo suficiente para que Ethel notara el vacío de su ausencia.

—Me has dado un susto de muerte, papanatas —le reprochó en voz baja, haciendo un gran esfuerzo por parecer serena, aunque se tornó en malestar al verlo reír—. ¿Qué pretendías que hicie...? —Era clara su intención de objetar, pero él volvió a taparle la boca.

—Lo que vas a hacer es que nos descubran —dijo con una mirada de advertencia, y ella asintió de nuevo, como cuando un niño promete que se va a portar bien, para que la soltara.

—¿Qué demonios haces aquí? —inquirió en un susurro apenas audible.

—Quiero que vuelvas a tu casa —le ordenó, provocando que ella abriera mucho los ojos sin creer lo que escuchaba—. Yo me encargo de esto.

—¿Que tú te encargas? —exclamó ofendida, olvidando su petición de bajar el tono—. ¿En tan mal concepto me tienes que ya has dado por supuesto que voy a traicionar a Su Alteza? —le reprochó, con los brazos en jarras.

—Yo... —el joven titubeó, aunque ella ignoró el detalle.

—Por eso has decidido acompañarnos, ¿no? —lo acusó con dureza—. Viste una excusa perfecta ya que Su Majestad no quería que su hermana se expusiese a tal peligro y aprovechaste la oportunidad.

—¡Eso no es verdad! —se defendió con ardor, y ella soltó una risotada ante su respuesta.

—Y ahora me asegurarás que estás aquí para protegerme —dijo, infundiendo notable sarcasmo a sus palabras y que, para su sorpresa, ofendieron al guardia.

—No creo necesario que corras semejante riesgo —alegó Brandon, categórico, a la vez que jactancioso, lo que aún molestó más a la pelirroja—. Yo entraré en casa de Durstan.

—Ni en sueños, verraco fanfarrón —le reclamó Ethel, alzando aún más el tono, y aunque él apenas podía dar crédito a lo que acababa de oír, le preocupaba que lo hubiera hecho alguien más, por lo que empezó a observar a su alrededor.

—Cállate —le pidió sin mirarla, pues la mala fortuna quiso que un par de hombres se acercasen en esos instantes por el sendero.

—¡Desconfiado, pendenciero, y ahora déspota! —le gritó ella, cada vez más enfadada, incluso se le empezaban a colorear las mejillas.

—Ethel... —El joven no hacía más que intentar detenerla y señalar hacia aquellos hombres.

—No sé quién demonios te crees que eres, pero estoy harta de tus atropellos —continuó ella, ignorándolo por completo, y él se mesaba los cabellos, convencido de que los iban a descubrir—. Voy a hacerlo, voy a entrar en casa de Lo...

Obedeciendo a un impulso tizado de desesperación, Brandon tomó su rostro y la besó. Maldita mujer... iba a provocar una debacle... Al menos, estaba provocándola en su interior porque el sabor de esa boca era demasiado delicioso como para no abandonarse a él. La primera vez lo consiguió, pero una segunda... Brandon la aprisionó contra el árbol para evitar que se zafara antes de que pasaran los hombres, aunque, en realidad, ella se vio sobrecogida por la sorpresa. Las grandes manos del guardia acunaban sus mejillas al tiempo que sus labios le exigían a los suyos que le correspondieran, que siguieran la melodía que desataba su boca, turbadora y cálida, suave mas fiera, sin darle tregua ni oportunidad de reaccionar. Le lamió el labio superior con delicadeza, una vez, dos, y ella, guiada por un instinto, los entreabrió, poseyendo él la dulce cavidad de su boca.

Ethel no pudo evitarlo. Un leve gemido escapó de su garganta y se vio abandonada a su abrazo. Sus huesos parecían derretirse ante la intensidad de su beso... El sabor masculino la invadía y le provocaba un estremecimiento que le hizo perder la noción del tiempo. Ya ni siquiera recordaba dónde estaba; no había misión, ni peligro alguno, sobre todo cuando esos brazos fuertes de súbito rodearon su cuerpo y la apresaron contra él.

De pronto, se escucharon un par de carcajadas cerca de ellos, y que les hicieron separarse.

—Eso es, amigo —se mofó uno de los hombres, con la voz pastosa propia de la embriaguez—. ¿Para qué guerrear si uno puede ocupar su tiempo en otros menesteres?

—Mucho más entretenidos —añadió su compañero, igual de beodo que él, y ambos se echaron a reír de nuevo, pasándose el brazo por los hombros y echando tragos de sus respectivas botellas mientras continuaban su camino sin detenerse y sin darle ya mayor importancia a lo que habían presenciado.

Ethel observaba a Brandon, azorada en un principio, con la mirada titilante, los labios entreabiertos y la respiración agitada, sin comprender lo que

acababa de suceder, pero la presencia de esos dos hombres le daba una clara pista. Además, por si quedaba alguna duda, la expresión del guardia se endureció de modo repentino, incluso detectó cierto reproche hacia ella en su mirada de frío azul. Entonces, Ethel maldijo esa estúpida turbación que se tornó en furia solo un latido después. De un empujón, apartó al joven, que aún seguía pegado a ella, y lo abofeteó.

—Ya sé que crees que soy una cualquiera, pero esto... esto... —La muchacha apenas podía hablar a causa de unas repentinas lágrimas entremezcladas con rabia—. Usar la mano para taparme la boca habría bastado, maldito engreído —le reprochó, mirándolo de arriba abajo con inquina.

Brandon no contestó, se limitaba a pasarse los dedos por la mejilla golpeada, mirándola con una intensidad que a ella la aturdió. Pero no se lo permitiría. Tomando impulso, volvió a empujarlo para alejarlo un poco más y echó a correr, limpiándose de un manotazo aquellas lágrimas que apenas le dejaban ver el sendero en dirección a la casa señorial.

Aún temblaba cuando llegó. Resguardada en la sombra, tomó aire unos segundos para calmarse, haciéndose el firme propósito de olvidar lo sucedido; al menos necesitaba estar serena por su seguridad. Luego, se dirigió a la cocina, cuya puerta habían manipulado algunas siervas para poder acceder a la casa en caso de salir a deshoras.

Como era de esperar, no había nadie a esas alturas de la noche, ni en los pasillos tampoco, por lo que se dirigió sin demora al despacho de Lord Durstan.

Sabía de sus costumbres, y era muy probable que estuviera echado en alguno de los butacones, durmiendo con una botella de vino, completamente borracho. Y así era... la imagen era repulsiva; a medio vestir, apestando a alcohol, roncando y con un surco de saliva escurriéndose por la comisura de los labios y que le caía en la barbilla y la ropa.

Muy despacio y con extremada precaución, se dirigió al escritorio. La Princesa Agatha tenía razón; le había servido muchas veces cuando estaba trabajando en su despacho, y sabía bien dónde guardaba todos sus útiles de escritura.

Del primer cajón tomó un poco de papel, uno de sus sellos y un poco de cera de lacre, y buscó en los otros dos algún documento, hallando en el tercero un recibo por parte de un lugareño y en el que rezaba su firma con la marca de una equis y la de Lord Durstan, llena de florituras retorcidas en

cada letra.

Cerraba el cajón cuando el lord se removió en el butacón al despertarse con sus propios ronquidos. Ethel se agachó tras el mueble y contuvo el aliento, pero el hombre se limitó a cambiar de postura y seguir durmiendo la borrachera.

Sin querer pasar ni un segundo más allí, abrió ligeramente la puerta y se asomó para cerciorarse de que no había nadie, tras lo que abandonó la estancia. Volvió sobre sus pasos hasta la cocina y salió para dejar, de una vez por todas, esa casa atrás. Una vez se alejó lo suficiente, echó a correr sin descanso hasta el hogar de su prima. Sin embargo, frenó en seco cuando antes de llegar se topó con la princesa y Brandon. A ambos se les veía nerviosos, y el guardia deambulaba de un lado a otro, con los brazos cruzados y la cabeza gacha, aunque la alzó hacia ella al oírla llegar. Parecía genuino alivio lo que brillaba en su mirada, pero Ethel no se dejó engañar y lo esquivó, dirigiéndose directamente hacia Agatha.

—Aquí tenéis, Alteza —anunció, ofreciéndole lo que portaba en sus manos.

—Lo has traído todo —murmuró la princesa, maravillada.

—Confiasteis en mí y era lo menos que podía hacer —respondió, mirando de reojo a Brandon con declarada intención.

Entonces, para su asombro, otra vez, Agatha la abrazó.

—No sabes cómo te lo agradezco —admitió al separarse—, pero recuerda que debes llamarme Agatha —añadió, haciéndole un guiño.

—Bueno... —balbuceó—, como estamos a solas...

—Uno nunca sabe si hay algún oído indiscreto escuchando —alegó, y la muchacha tuvo que admitir que tenía razón—. Además, así te vas acostumbrando.

—Pues, en ese caso, me retiro a descansar. Buenas noches, Agatha —le dijo, y la princesa sonrió.

—Buenas noches —respondió ella.

—Partimos al alba —le informó de pronto Brandon cuando ya caminaba hacia la casa.

Sin embargo, no hubo un «buenas noches» para él. Solo una mirada fría que al joven le golpeó en el pecho.

Se lo tenía merecido, y lo mejor iba a ser mantenerse todo lo alejado que pudiera de esa mujer. Y esa era la cuestión... si podía...

Capítulo 15



Gladys miraba en la lejanía a través de la ventana de su jaula de oro en esa cálida mañana. No había hecho el intento de desayunar, a pesar de que no había probado bocado desde el día anterior, ni tampoco se despertó su ánimo o su curiosidad lo suficiente como para salir de la alcoba y deambular por los corredores de ese vasto castillo y descubrir sus lujos y riquezas. Además, aún tenía el estómago descompuesto por la imagen que había contemplado cuando apenas despuntaba el alba: Jordan, con grilletes en cuello, muñecas y pies, engrosando una cadena de esclavos.

A pesar de verlo en la distancia, lo reconoció al instante. Era el único que no caminaba curvado y cuyo físico aún no había perdido su robustez y vitalidad a causa del castigo físico y la mala alimentación. Jordan era fuerte, su cuerpo y su espíritu, y tenía cuatro motivos para vivir, los más importantes para él, pero, aun así, no pudo evitar sentirse profundamente afligida por su suerte; lo quería como a un hijo, y su sufrimiento era el suyo.

De pronto, alguien llamó a la puerta, y sin dejar de mirar por la ventana y con total desinterés preguntó quién era.

—Os traigo la comida, Majestad —le respondió con cautela una voz femenina.

Gladys acudió a abrir, aunque no pensaba tomar nada. Observó que la doncella que entraba no era la que le llevó el desayuno. Esta era mucho más joven y bonita, con rostro angelical enmarcado por algunos mechones de un extraño rubio blanquecino escapando del burdo pañuelo que ocultaba su cabello.

—No tengo apetito —le advirtió mientras la veía dejar la bandeja en la cómoda.

—Yo... os rogaría que comierais —le pidió, con mirada huidiza y escondiendo las manos bajo el mandil, al estar a punto de cometer una imprudencia—. Me castigarán si no lo hacéis —se atrevió a confesar, y Gladys lanzó una exclamación.

—¿Qué dices, muchacha? —le exigió saber, acercándose un paso a ella,

pero la súplica de su mirada le dio la respuesta.

—Me atrevo a hacerlo porque todas creemos que sois bondadosa...

—Dime, la joven que me trajo la cena anoche, y el desayuno esta mañana... —empezó a indagar, y la sirvienta asintió, cabizbaja.

—No puede moverse a causa de los golpes —le confirmó, y la reina se pasó las manos por la frente, sin poder creerlo.

—Bastardo demente —farfulló con impotencia.

—Os lo ruego.

—Tranquila... ¿cómo te llamas? —le preguntó entonces.

—Dhära, Majestad —respondió, haciendo una ligera venia.

—Tranquila, Dhära —le repitió—. Comeré.

—Hay algo más —añadió la muchacha, mucho más calmada.

En ese momento, fue hasta un baúl y sacó un lujoso vestido de un tejido suave y brillante color verde esmeralda.

—Esta noche se celebra un banquete en vuestro honor —le informó, acercándole la prenda.

—Entiendo —masculló de mala gana, aunque la aceptó—. ¿Te puedo pedir un favor a cambio? Significaría mucho para mí.

—Si está en mi mano...

—Esta mañana, desde la ventana, vi a mi sobrino con los esclavos, creo que lo mantienen en las mazmorras —le dijo.

—Así es, Majestad —le confirmó.

—¿Quién le lleva la comida? —la tanteó.

—Esta noche procuraré ser yo —afirmó categórica.

—Solo deseo que le digas que estoy bien, y si puedes, aumentarle la ración de alimentos —añadió mientras dejaba el vestido encima de la cama—. No sé cuánto tardarán en rescatarnos y no quisiera que se debilitara hasta entonces.

—Contad con ello —le aseguró—. Y si no deseáis nada más...

—Puedes retirarte —le permitió.

—Luego vendrán varias esclavas a ayudaros a vestiros y a acicalaros el cabello —le comunicó mientras abría la puerta.

—¿Esclavas? —inquirió con asombro.

—Todas aquí lo somos —le dijo, antes de salir y cerrar.

Las últimas palabras que le dijera la muchacha no hacían más que resonar en la mente de Gladys mientras dos jóvenes terminaban de acomodarle el

vestido, tras haber peinado su cabello color miel en un sofisticado recogido. No pudo evitar preguntarse por qué Khawf poseía tanto poder, y la respuesta era bien sencilla; no era difícil comprender el motivo por el cual se le conocía como el Rey Tirano; apenas llevaba dos días allí y ya había podido comprobar que su crueldad no tenía límites. El terror era su arma, y no ambicionaba el respeto de sus súbditos sino su temor. Sin embargo, estaba segura de que ese reino de horror no tardaría en caer, ya fuera por su propio peso o por parte de los ejércitos aliados al otro lado del mar.

Únicamente ese pensamiento, la certeza de que tarde o temprano alguien iría en su rescate, la alejaba un paso del abismo de la desesperación, y aunque no iba a disfrutar de la noche, no dudaría en mostrarle a Khawf cuánto lo aborrecía.

Una vez que las esclavas finalizaron su tarea, ellas mismas la condujeron al comedor, poblado de largas mesas colocadas frente a la principal. Las más adelantadas estaban ocupadas por los que supuso, dados sus ropajes, eran sus súbditos pertenecientes a la nobleza y, después, toda su guardia. Los territorios del Reino de Vākh eran muy extensos e imaginaba que aquellos nobles eran en realidad sus señores feudales, quienes estarían a su servicio para poder controlar de modo absoluto su imperio, y no dudaba que a ella le rindieran pleitesía, como hacían en ese instante en el que se levantaron para recibirla, respondiendo a una orden suya, a una exigencia por parte de su soberano. De igual modo, su guardia los imitó.

Antes de llegar a la mesa, su mirada se topó con la de Khawf, aunque ella la rehuyó con desprecio. A su derecha estaba sentado un hombre bien parecido, de unos treinta años y que compartía sus rasgos, por lo que no era complicado concluir que era hijo suyo. A su izquierda había un sitio vacío, y supuso que ella debía ocuparlo, aunque le llamó la atención el niño que aguardaba de pie tras él, ya que por sus ropas parecía un siervo.

Los dos hombres se habían puesto en pie para recibirla y ella se detuvo frente al más joven, que trataba de mostrarse afable aunque su recelo era visible.

—No había tenido ocasión de daros la bienvenida, Majestad —le dijo él, tomando su mano para besársela—. Soy ĒaGhal, príncipe heredero de Vākh.

—No es propio darle la bienvenida a alguien que no permanece aquí por su voluntad —replicó ella, dejando clara su postura.

—En un futuro no muy lejano, esa voluntad cambiará —atajó Khawf con pretensión, indicándole con un movimiento brusco de su mano que ocupara el

otro asiento libre.

Sin embargo, Gladys no obedeció inmediatamente. Antes, alzó la barbilla con altivez para mostrar su disconformidad.

—¿Este niño no debería estar durmiendo? —preguntó al pasar por delante del chico para sentarse.

—Es mi catador —le explicó el soberano con total indiferencia volviendo a ocupar su lugar, mientras que Gladys hacía una mueca de espanto. Entonces, se levantó y se acercó a él.

—Criatura, ve con tu madre —le dijo en tono amable y expresión sonriente.

—Yo... —titubeó sin saber qué hacer, mirando alternativamente a la reina y luego a su rey, quien lo fulminaba con los ojos.

—Vamos, vete —insistió ella, incluso le dio un pequeño impulso con la mano sobre el hombro para que le obedeciera.

—Pero ¿qué...? —Khawf la observaba enfurecido mientras el chico se marchaba.

—Ya que es un banquete en mi honor, me arriesgaré a que alguien me envenene. Al menos me libraría de ti —sentenció, ocupando su asiento, y lo miró con desdén al ver que apretaba los puños—. ¿También vas a golpearme como haces con tus esclavos? —lo desafió.

—Creo que no comprendes el alcance de mi poder —se vanaglorió—. La piedad, la misericordia, son signos de debilidad que no me puedo permitir.

—No es de extrañar que temas que tu pueblo se te rebele —espetó ella, elevando el labio con asco—. Es lo que ocurre cuando se siembran vientos; que se recogen tempestades, y el miedo que estás infligiendo a tus súbditos se vuelve contra ti. Tienes aún más temor que ellos —se mofó, provocando una risotada en ĒaGhal.

—Creo que me va a agradar tu invitada —se jactó a pesar del gesto de advertencia de su padre.

—Tú... cállate —farfulló, fulminándolo con la mirada, tras lo que dio un par de fuertes palmadas para que comenzasen a servir la cena.

Aún divertido con la situación, ĒaGhal se recostó en el respaldo de su butacón, observando la muchedumbre, aunque en realidad la buscaba a ella. No tenía el menor interés ni en la demencia de su padre ni en Gladys. Además, como rey, su padre era el responsable del destino del imperio, y le importaba muy poco si ardía hasta los cimientos a causa de sus malas decisiones. Ciertamente lo prefería, para poder gestar un nuevo reino

resurgido desde sus cenizas, con nuevos horizontes, sin la tiranía como única ley... pero, para eso, no había un rumbo fijado todavía y estaba en manos del destino.

La vio aparecer con una bandeja de venado que depositó en mitad de una de las mesas de los guardias y, como era de esperar, uno de aquellos bastardos alargó la mano para agarrarla y echarla sobre sus rodillas. ËaGhal apretó los puños de modo instintivo, deseando levantarse de la mesa, llegar hasta aquel hombre daga en mano y abrirle la garganta de oreja a oreja. Sin embargo, no fue él quien acudió en auxilio de Dhära, sino Frygt; le dio un puñetazo al guardia y la ayudó a levantarse.

El príncipe siguió la escena con mucho interés, pues ella parecía azorada, y no porque el guardia le hubiera hecho pasar un mal rato, sino por la presencia de Frygt. El capitán aún le sostenía la mano y parecía hacerle alguna confianza, y ËaGhal maldijo para sus adentros porque, en vista de su actitud, no estaba preguntándole si aquel malnacido le había hecho daño. Esa sonrisa fatua, pose seductora, de suficiencia... Tiró de ella y la arrastró hacia uno de los muros, haciendo que pegara la espalda en la piedra. Entonces, se inclinó sobre la muchacha, y ËaGhal estuvo a punto de saltar por encima de la mesa y correr hacia aquel infame para matarlo con sus propias manos. Fue la propia Dhära la que se zafó de él, aunque el príncipe notó algo extraño en su forma de rechazarlo, al igual que en la reacción del capitán, pues se le veía molesto, despechado. Dio un paso atrás y ella echó a correr hacia la cocina, seguramente a continuar con su tarea, pero ËaGhal sentía un resquemor que le bullía en el pecho. Lo que acababa de presenciar era mucho más de lo que parecía...

Al cabo de unos minutos, Dhära volvió al salón a seguir sirviendo las mesas, y la desazón del joven se tornó pesada y pétrea al percatarse de que ella le rehuía la mirada, aunque no por precaución, sino con cierta culpabilidad que hacía que se le secara la boca. Dioses... ¿qué demonios estaba sucediendo? Y lo peor de todo era que iba a ser difícil hablar con ella a solas para averiguarlo.

El malestar del príncipe iba en aumento conforme avanzaba la noche, y Dhära era consciente de ello. De pronto, la esclava se acercó a la mesa, sorprendiéndolo, aunque no se dirigió a él, sino a la reina, y a ella le ofreció la bandeja con una jarra de greda que portaba.

—Aquí os traigo la tisana que me referisteis cuando fui a llevaros la comida —dijo con lentitud mientras miraba con declarada intención a la

soberana, quien no comprendía a qué venía aquello—. Como ya os dije, estoy para serviros —añadió, y la postura de Gladys se aligeró al entender por fin. Miró de reojo a Khawf, quien parecía más preocupado en la danza que estaban recreando un par de mujeres en el espacio situado en mitad de la estancia que en la conversación.

—Muchísimas gracias por acordarte —le sonrió afable, y sintiéndose aliviada, pues sabía que Dhära había cumplido lo que le había encomendado respecto a Jordan—. Desde esa maldita travesía en barco, noto el estómago muy pesado y me ayudará a conciliar el sueño —mintió—. Confío en que mañana por la noche vuelvas a recordarlo.

—Sin duda, Majestad —le aseguró ella, haciendo una leve venia.

—Esclava, tráeme uno de esos cocimientos a mis aposentos —le ordenó de pronto ËaGhal, y ella se limitó a asentir y hacer otra venia.

Entonces, el príncipe se levantó, llamando la atención del soberano, quien lo miró extrañado.

—Sigue disfrutando de tu fiesta, padre —le dijo, tratando de que el enojo no hablara por él y que su progenitor no le diera importancia a su marcha—. Para mí ya ha sido suficiente. Majestad... —añadió observando a Gladys, a modo de despedida, tras lo que se dirigió a sus habitaciones.

Al llegar, comenzó a despojarse de sus ropajes reales a base de tirones, contrariado, rabioso más bien y, conservando únicamente los pantalones, ËaGhal empezó a deambular con impaciencia por la alcoba. Aún transcurrió bastante tiempo hasta que Dhära llamó a su recámara, y él estaba al borde de la exasperación. La mirada furibunda que le dedicó a la joven al hacerla entrar lo evidenció.

—Aquí te traigo la tisana que me pediste —dijo mientras él cerraba la puerta.

—¿Realmente crees que quiero ese maldito brebaje? —inquirió airado, y ella lo dejó con manos temblorosas en el primer mueble que estuvo a su alcance—. ¿Qué demonios he presenciado en ese salón? —inquirió con dureza, señalando en la lejanía.

—No... no sé a qué te refieres —balbuceó, y él cerró los ojos un instante tomando aire, con la intención de templar sus ánimos.

—Me refiero a Frygt —respondió sin rodeos—. ¿Por qué le permites ese tipo de libertades?

—No creo haberle permitido nada —insistió, y el príncipe gruñó al sentirse sobrepasado por la furia. La agarró por los brazos y la pegó a la pared,

sobresaltándola con su rudeza a pesar de que trataba de contenerse.

—Por todos los dioses, Dhära —masculló apretando las mandíbulas—. No hace tantas noches, a un guardia se le subieron las gónadas a la garganta a causa de un rodillazo tuyo por propasarse contigo, y hoy, con Frygt, no solo no lo ha habido sino que tu rechazo parecía más bien un cándido coqueteo virginal.

—¡No hay tal cosa! —se defendió, y él bufó, encolerizado.

—¡Ha estado a punto de besarte! —la acusó con fiereza—. Y nadie más que yo puede hacerlo.

De súbito, ÆaGhal poseyó su boca con frenesí, una mezcla de demencia y rabia contenida al sentirla tan lejos a pesar de estar tocándola, al percibir en sus labios trémulos la lucha interna a la que estaba sometida, y le enloquecía no saber qué la motivaba. Rompió el beso con la misma violencia con la que lo inició.

—¿Qué está sucediendo? —la interrogó, sosteniendo sus mejillas con ambas manos mientras clavaba la mirada en sus orbes celestes, tratando de hallar la respuesta que su boca se negaba a darle—. ¿Qué ha cambiado desde la otra noche? Dhära... —pronunció su nombre como un ruego.

—ÆaGhal —musitó, mortificada y al borde de las lágrimas.

El príncipe la abrazó con una repentina ternura que a ella la desarmó. Aceptó el calor de sus brazos, de su cuerpo contra el suyo, y se permitió durante un instante soñar que aquel abrazo podía durar para siempre... un sueño que se quebró en el siguiente latido.

—Frygt me ha pedido que sea su esposa —murmuró entonces, y ÆaGhal sintió que se le detenía el corazón. La tomó de los hombros y la apartó para observarla, demandándole una explicación de forma muda—. Lleva tiempo insinuándolo, pero nunca lo tomé en serio, incluso creí que en su ausencia lo olvidaría. En cambio, ahora que ha regresado...

—Dime que le has contestado que no. —Su expresión era dura, mas en su voz había una súplica.

—No... no le he respondido —murmuró con mirada huidiza, pero él volvió a tomar su rostro, exigiéndole que lo mirara.

—No puede desposarte —sentenció, tratando de contener el infinito temor que acababa de invadirlo—. Me perteneces...

—Hay cosas que nunca serán realidad por más que las deseemos, ÆaGhal —lamentó la joven.

Se zafó de su agarre y se alejó de él mientras negaba con la cabeza. Sin

embargo, el príncipe tiró de su brazo y la pegó a su torso.

—¿Es que lo has olvidado? La otra noche, aún colmaba tu interior cuando me dijiste que eras mía —le susurró, implorante—. Y sentí en mi alma cómo la tuya se me entregaba, Dhāra. A pesar de lo clandestino de nuestros encuentros, el vínculo entre nosotros va más allá de la piel y el placer...

—¡No sigas! —le pidió ella, volviendo a zafarse—. ¿Gozas atormentándome?

—Eres tú la que me somete a una tortura continua —la culpó, sacudiendo las manos—, la que cambia de parecer con el transcurrir del Sol.

—Comprende que...

—¿Qué debo comprender? —espetó con dureza.

—Mi situación —replicó ella con brío—. Para ti es más sencillo.

—¿Sencillo? —ironizó—. ¿Sabes las veces que mi padre me hostiga al cabo del día para que busque esposa entre todas las nobles casas que forman nuestro imperio?

—Hazlo —lo retó, alzando la barbilla, y él se pasó las manos por su oscuro y largo cabello, mascullando un impropio, preso de la impotencia.

—No necesito que me arrojes en brazos de otra mujer, pues no falta la que desea calentar mi lecho —murmuró, dolido, y a ella también le pesaron sus propias palabras y las de él—. Se me ofrecen a diario, esclavas y nobles, pues la corona y el poder que recaerán sobre mí son deslumbrantes, y poca diferencia habría si en lugar de bien parecido fuera un tuerto jorobado —recitó con resquemor—. No obstante, no me importa, y los dioses son testigos de que solo reciben una negativa por respuesta, porque es la única prueba que puedo ofrecerte de mi amor: serte fiel. En cambio, tú...

—En mi vida no ha habido más hombre que tú —se defendió con vehemencia, y ĒaGhal la observó con atención—. Pero Frygt me quiere, a su manera...

—¿Querer? ¿Ese bellaco? Ahora deberías ser tú quien callara —farfulló, mostrando en su expresión su animadversión hacia quien era la mano derecha de su padre.

—Sé que no soy más que un trofeo —le aclaró con total convencimiento—. Hace mucho se propuso tenerme y yo siempre me he negado, lo que aún alimenta más su capricho.

—Bastardo... Hoy habría abierto en canal a ese cretino por osar tocarte... Mas no puedo —espetó enfado, acercándose a Dhāra, quien no retrocedió, ya que sabía que esa rabia no iba dirigida a ella—. No puedo defenderte cada

vez que uno de esos hombres pone sus sucias manos sobre ti; besarte, acariciarte cada vez que se me antoje; he de soportar que en público te dirijas a mí con frialdad, cuando lo único que ansío es sentir tu calor en mi piel; y debo resistir sin abrazarte al percibir ese halo de tristeza que te envuelve cuando te llamo esclava, reprimiendo el deseo de gritar frente a todos que eres mi mujer, que yo soy tu dueño. ¿Y aún crees que no te comprendo? —demandó con cierto aire de derrota que a ella la mortificó—. Vivo en una zozobra constante...

Dhāra no dijo nada. Alzó una mano hasta la mejilla masculina, para dejar caer con suavidad los dedos y que las yemas se deslizaran por las oscuras florituras que nacían en su sien. Él, mientras tanto, la ataba con la mirada, de una forma aún más poderosa que cien cadenas. Ella tomó aire.

—Jamás creí que...

La joven quiso quitar la mano, pero él la sostuvo contra su rostro.

—Cada día que pasa sé que te pierdo un poco más —admitió ĒaGhal con pesar, y ella exhaló al ver la tristeza de sus ojos oscuros—. ¿Qué puedo hacer, Dhāra? No soy un necio; soy consciente de que esto nos daña a ambos. Sin embargo, algo en mi interior se rebela, gritándome que no hay razón lo bastante poderosa en el mundo que me obligue a separarme de ti, y que mi futuro, el único que aguarda por mí, está vinculado al tuyo, con sangre y alma —pronunció, apretando un puño.

—¿De verdad lo crees? —le preguntó con un brillo de esperanza en la mirada que jamás percibió en ella.

Apresó sus labios en un beso anhelante mientras la estrechaba con fuerza contra su pecho, y Dhāra se deshizo de toda la resistencia que se esforzaba en alzar ante él, a sabiendas de que una mísera caricia la podría hacer estallar en pedazos, como en ese instante.

—Lo creo, sé que es así —le aseguró sin apenas separarse de su boca—. Porque, de no serlo, todo dejaría de tener sentido. Si no te tengo, no me queda nada, Dhāra.

—ĒaGhal... —murmuró estremecida—. Ámame...

—¿Más de lo que ya lo hago? —preguntó, a pesar de que no era eso a lo que se refería.

—Hasta que crea que no hay nada en el mundo que pueda separarnos —le pidió con ardor—. Necesito sentir que es posible, como lo haces tú.

ĒaGhal no respondió, pero le quitó aquel pañuelo que ocultaba su cabello y su vestido, quedando desnuda frente a él, mientras su larga melena rubia

cubría sus pechos. Él los apartó con ambas manos queriendo observar su belleza, y acarició despacio los redondeados senos, arrancándole un suspiro. La tomó en brazos y la condujo al lecho, y una vez terminó de desnudarse, se recostó junto a ella.

Prodigó besos y caricias a lo largo de todo su cuerpo, sin dejar ni un solo resquicio de piel sin entibiar, sin saborear; su boca, la nívea piel de su cuello, los sensibles y sonrosados pezones... Bajó por la curva de su vientre, de forma sinuosa y ardiente, y el cuerpo de Dhāra se arqueó cuando la lengua masculina serpenteó hasta su centro, al sentirse traspasada por una repentina corriente de placer.

La respuesta de la joven enardeció la pasión de ĘaGhal, y poseyó con su boca la dulce intimidad, deleitándose en sus gemidos, en la respuesta de su cuerpo, de su piel, y ella se abandonó a aquel deseo creciente, separando para él las piernas y ofreciéndosele sin tapujos o recelos. Jadeaba, retorciéndose en una petición al ansiar mucho más conforme las atenciones de ĘaGhal se tornaban profundas y osadas, y él no se detuvo hasta que percibió su carne trémula a causa del inminente éxtasis. Lo recibió como si necesitara alimentarse de ella; sus labios, su lengua, sus sentidos se deleitaron en sus gemidos, en su sabor, en su placer, y no se dio por satisfecho hasta haberlo extinguido. Entonces, trepó por la figura laxa de la mujer que lo poseía en cuerpo y alma y se hundió en ella, sintiendo en su propio sexo las últimas reminiscencias del culmen femenino.

Dhāra jadeó al sorprenderle una nueva ola de placer que no esperaba, y rodeó a ĘaGhal con sus piernas para prohibirle que se separara. El contacto de su intimidad era abrasador, subyugante, y el joven dio rienda suelta a su ansia y sus deseos, arrastrándola con él... cuanto más se hundía, más lejos quería llegar.

—Júrame que ningún hombre te desposará... solo yo —le exigió, entrando en ella una y otra vez con embistes enloquecidos por la pasión.

Dhāra sacudía la cabeza, sin poder hablar, al verse sumida en una ardiente nebulosa que anulaba su raciocinio. No era capaz de hilar un pensamiento, solo sentir aquella plenitud, la entrega, el placer, el amor...

—Júramelo, Dhāra, te lo ruego —le suplicó él mientras buscaba su mirada—. Dime que quieres ser mi esposa.

—Es mi más profundo anhelo —le aseguró.

Entonces, ĘaGhal alargó una mano para introducirla bajo la almohada, de la que sacó un puñal. Antes de que ella pudiera reaccionar o asustarse, se

cortó la palma de la que comenzó a emanar sangre. Lanzando el cuchillo al suelo, cerró la mano y la apretó contra a su boca.

—Juro por esta sangre que te haré mi esposa —recitó, intensificando los movimientos de su posesión—. Lo juro por mi vida.

—Oh... ËaGhal...

Dhāra lanzó un gemido roto, sobrecogida por sus palabras y la violencia de aquel éxtasis que los alcanzó a ambos, enfervorizado por ese juramento de sangre que aún resonaba en sus corazones y que los proveía de una fuerza y un poder indestructible: su amor.

Cuando los últimos rescoldos del placer compartido se apagaron, el joven abandonó el cuerpo de la que siempre sería su mujer y la quiso acomodar entre sus brazos, aunque ella se lo impidió. Cogió la sábana y la rasgó haciendo una tira con la que empezó a vendarle la mano.

—No deberías haberlo hecho —le dijo, y él sintió un escalofrío letal recorrer su cuerpo, hasta su corazón—, se te podría infectar la herida —añadió, escapándosele una sonrisa pícaro.

ËaGhal rio de puro gozo y se echó sobre ella, tumbándola en la cama.

—Valdrá la pena si sirve para convencerte de cuál es mi principal propósito en esta vida, Dhāra —aseveró, acariciando su claro cabello—. Serás mía, mi esposa, y nada podrá impedirlo.

Dhāra alzó el rostro y depositó un suave beso en aquellos labios que acababan de ofrecerle el mismísimo Kratvah. Y rogó a esos mismos dioses que el precio a pagar por aquella osadía no fuera demasiado alto.

Capítulo 16



Un ominoso ruido metálico despertó a Jordan, y la propia sacudida de su cuerpo ante el sobresalto provocó que se golpeará con las cadenas que lo mantenían atado al muro, lo que hizo que gimiera de dolor. Su centinela, Öfn, en cambio, lanzó una malsonante carcajada al tiempo que deslizaba de nuevo, con violencia, la llave por los barrotes de la pequeña ventana situada en la parte superior de la puerta de su celda, reproduciendo aquel estruendo que le perforaba los oídos.

—Buenos días, marqués —pronunció con sonsonete, abriendo la puerta—. Confío en que hayáis descansado —se burló, puesto que su lecho consistía en un mugroso colchón de paja sobre la fría piedra—. No te quejes, eres de los pocos que goza de estos aposentos solo para él.

Jordan lo fulminó con la mirada, que lejos de intimidar al guardia lo llenó de diversión. El carcelero tomó la larga cadena, que por un lado colgaba del muro y por el otro se ataba con un candado hasta la que unía sus muñecas; el joven apenas tenía libertad de movimientos encadenado de esa forma. Öfn lo soltó para conducirlo por los estrechos corredores de las mazmorras subterráneas hasta la superficie, al patio, donde volvían a atarlo a otra cadena mucho más larga con el resto de esclavos, formando una fila que parecía interminable.

Delante de él y de malas maneras encadenaron como cada día a Qorxu, un hombre de ya avanzada edad y que le habían asignado como compañero en la cantera. Lo escuchó toser y negó con la cabeza de forma imperceptible; el sonido era peor que la jornada anterior. No había que ser muy perspicaz para saber que tenía la enfermedad arraigada en los pulmones, y ni el frío suelo de la celda ni el trabajo que aguardaba por ellos ayudaba, por no nombrar la mala alimentación. A Jordan, sin embargo, le habían subido la ración, al menos cuando acudía aquella sirvienta de pelo claro, y dado que le portaba noticias de Gladys, no sería de extrañar que se lo hubiera pedido ella. Decidió que le rogaría que le llevara esos alimentos a Qorxu que lo necesitaba más

que él, aunque temía que no paliaría el mal que le aquejaba. Una lástima... A pesar de conocer poco a su compañero de cautiverio habían simpatizado, tal vez porque con él, Khawf también había cometido una de sus tropelías al castigarlo años atrás con la esclavitud por no poder pagar sus tributos cuando la desgracia, en forma de epidemia, cayó sobre el señorío que el propio Qorxu regía en nombre de su soberano. El anciano había resistido el paso del tiempo, pero con su salud resentida no aguantaría mucho más.

El sol abrasador les quemaba la piel hasta los músculos entumecidos por el esfuerzo al golpear sin parar la impenetrable roca. Pese a trabajar juntos, cada uno debía hacer su propio acopio de los fragmentos extraídos, y el de Qorxu no se incrementaba al ritmo que debiera. Así que, sin que el anciano se diera cuenta, o eso creía Jordan, de vez en cuando depositaba parte de su mineral en su lado.

—¿Por qué demonios haces eso? —le increpó su compañero por lo bajo.

—¿Quieres que el maldito Öfn te cosa a latigazos? —alegó el joven con un resoplido.

—Preocúpate de tus asuntos, de tu vida, como hacen todos aquí —replicó Qorxu, aunque en su mirada cansada Jordan podía apreciar un deje de agradecimiento—. Además, ¿qué me importa ya? Estoy desahuciado, y un día más o menos de esclavitud...

—Un día más vivo es un paso más hacia la libertad —sentenció Jordan, alzando con ambas manos su mazo y estrellándolo contra la roca, con rabia contenida.

—¿De qué libertad me hablas? —se mofó él—. La única libertad que espero es la que venga de mano de la muerte.

—¿Algún problema, damiselas? —Se escuchó de pronto la voz de Öfn, que se acercaba a ellos látigo en mano, y ambos hombres se apresuraron a aumentar la cadencia de sus golpes sobre la piedra para disimular—. Marquesito, ¿cómo puede tu montón ser menor que el de este enclenque? —le reprochó a Jordan, colocándose cerca de él—. Un brazo tuyo es como uno de sus muslos, pero no veo que sirva de mucho. Para Su Majestad Imperial va a resultar una completa desilusión —añadió con fingida preocupación.

—Aún no termino de acostumbrarme al ritmo de trabajo —se excusó—, pero me esforzaré más —añadió, con los dientes apretados por la furia, aunque la invirtió en el siguiente golpe, que fragmentó la roca en dos.

—Muy bien... —reflexionó Öfn, palpándose la barbilla y alejándose

lentamente de ellos.

Eso tranquilizó a Jordan al imaginar que lo peor había pasado, hasta que, de pronto, un dolor penetrante le traspasó la espalda proveniente de un inesperado latigazo, de tal potencia que se le escapó el mazo de las manos mientras a él lo hacía caer al suelo de rodillas, lanzando un bramido.

Öfn, en cambio, comenzó a reírse.

—Seguro que esto te sirve de incentivo —se burló.

Jordan apretó los puños, a causa del dolor y de la rabia que ese bastardo producía en él.

—Veo que no te levantas... ¿No te ha infundido suficientes ánimos? —se jactó, y Jordan se tragó su cólera y se puso en pie al tiempo que recuperaba el mazo para retomar su tarea.

El centinela, por su parte, comenzó a alejarse aunque una sonrisa de satisfacción cruzaba su rostro.

—Lo siento... —lamentó el anciano.

—Maldito sea... Algún día mataré a Öfn con mis propias manos —se prometió el joven, pero no le pasó desapercibido que Qorxu negaba con la cabeza, echándole un vistazo a su espalda con un gesto de culpabilidad al comprobar que el latigazo había rajado su camisa ahora manchada de sangre por la herida.

—No sé cómo vas a cumplir con eso si provocas que te maten —le reprendió por hacer caso omiso a sus palabras y fomentar lo que acababa de suceder—. Mantén la boca cerrada y preocúpate de tu cuota de piedras —le aconsejó el anciano.

—No pienso estar aquí toda la vida —replicó molesto y adolorido por el golpe—. De un modo u otro me liberaré de estas cadenas y Öfn y yo nos veremos las caras.

—Eso mismo me dije al principio —rememoró con nostalgia y también impotencia—. Ya he perdido la cuenta del tiempo que estoy aquí.

—Te has rendido —espetó, estrellando el mazo en la piedra—. Y eso es algo que no me puedo permitir.

—Tienes razón —admitió Qorxu—. Nadie tengo más allá de estos muros. En cambio, aguardan por ti tu esposa y tus hijos, además de que tu gente no dudará en venir en vuestra busca. Por eso mismo deberías ser más cuidadoso con lo que haces —concluyó, dejando caer la maza sobre la roca no sin esfuerzo.

Sin embargo, Jordan volvió a coger algunos de sus fragmentos para

dejarlos en su lado, haciéndolo bufar.

—Me he enfrentado a cosas peores que al látigo de Öfn —aseveró el muchacho con un deje de obstinación mientras el anciano lo observaba con una demanda muda en su semblante para que prosiguiera—: la ira de mi esposa —sentenció con forzada gravedad, arrancando sendas carcajadas de sus gargantas. Aunque pronto guardaron silencio al tiempo que oteaban a su alrededor, asegurándose de que el centinela no los había escuchado, tras lo que continuaron con su trabajo.

No obstante, el propósito de Jordan era firme. Escaparía de ese infame reino y volvería a ver a Agatha, al menos una vez más, aunque le costara la vida.



Nicholas sentía que sus músculos se contraían al tiempo que estrellaba su arma con un potente golpe contra el poste de sisal. A pesar de haber formado parte del entrenamiento matutino con sus hombres, había decidido permanecer un poco más en la liza, ya no solo practicando, sino descargando su furia mientras sus pensamientos fluían. En ocasiones, el ejercicio le ayudaba a meditar.

Con el sudor recorriendo su espalda desnuda a causa del esfuerzo, continuó golpeando el poste con la rabia impregnada en su espada. La falta de control sobre los acontecimientos lo tenía en un estado de tensión constante, sobre todo desde que su hermana se marchase días atrás. Además, no terminaba de comprender los planes de Khawf. Creía haberse adelantado a ellos, pero erraba, pues el tiempo pasaba y ningún emisario de su parte se había presentado en el castillo para plantearle las condiciones de la liberación de Jordan y su tía. Algo se le escapaba, su instinto se lo decía, y aunque trataba de acallararlo diciéndose que el mal presentimiento era a causa de la marcha de Agatha, ese razonamiento no terminaba de convencerle.

Apretó los dientes y sostuvo el mandoble con ambas manos al tiempo que rodaba alrededor que aquella madera, imaginándose que era ese enemigo de ultramar que había llegado hasta las puertas de su reino a poner su mundo patas arriba. No iba a permitirlo... Con furia contenida alzó la espada sobre su cabeza, y a punto estaba de descargar el golpe cuando escuchó una voz de

alarma tras él.

—Majestad... ¡Majestad!

La voz de Nigel le hizo desistir y bajar el filo conforme se giraba hacia él.

—¿Qué sucede? —preguntó inquieto, viniéndole a la mente que podían ser malas noticias referentes a Agatha.

—Un gran número de aldeanos provenientes del sur viene hacia aquí —le anunció con premura y angustia—. Han sido atacados.

—¿Por quién? ¿Khawf? —preguntó, invadido por la sorpresa y la rabia a partes iguales, aunque no esperó respuesta. Arrojó el arma al suelo y se dirigió al rastrillo oeste tras recuperar su camisa, que se colocó mientras caminaba. Nigel lo hacía a su lado.

—Shyt —le informó, y los pasos del soberano se ralentizaron un instante al no dar crédito a lo que escuchaba.

—Raleigh... ¿Cómo se atreve? —masculló, apretando los puños, aunque su cólera alcanzó niveles insospechados cuando, al llegar a la entrada principal, comprobó que el éxodo provocado por su vecino del sur era peor de lo que había imaginado en aquellos escasos segundos que tardó en llegar.

La mayoría iba a pie, una quejumbrosa peregrinación que llegaba en busca del auxilio de su soberano. También divisó algunas monturas, aunque pocas, y que bien parecía que estaban escoltando aquella desafortunada comitiva, hasta que el rey vino a darse cuenta de que así era al reconocer a algunos de sus guardias, los que habían acudido a los feudos traidores a detener a sus señores.

Nicholas sentía que una creciente rabia entremezclada con impotencia se adueñaba de él. Aquella gente acudía a él con lo puesto, con las manos vacías. Lo habían perdido todo...

—Hijo, ¿qué sucede? —Escuchó de pronto la voz de Trystan tras él y que se acercaba. Pero su sobrino no pudo contestarle, pues uno de los guardias desmontó y se dispuso a acercarse a ellos. No llegó a hacerlo. Un aldeano, con la ropa ensangrentada y hecha jirones se le atravesó y se apresuró a aproximarse. Portaba una criatura en brazos, un niño de apenas dos o tres años y con el rostro lleno de sangre, malherido.

—¡Majestad, os lo ruego, ayudadme! —le pedía a Nicholas, postrándose ante él—. Salvad a mi hijo —le suplicó con desesperación, alzando su pequeño cuerpecito inerte.

Nicholas titubeó, y aunque alargó las manos, durante un instante se vio sobrepasado por aquella devastadora imagen, por el sufrimiento de su pueblo.

Que los dioses del Kratvah lo asistieran... ¿cómo ayudar a su gente? No obstante, quien sí se arrodilló junto a aquel hombre fue Trystan, que presto comenzó a revisar al niño y a comprobar si respiraba.

—Vive... —murmuró con alivio, poniéndose de pie—. Tú, acompáñalo al dispensario —le ordenó con rapidez al guardia que había tratado de acercarse—. Luego informarás a tu rey de lo sucedido. Lo primero es atender a los heridos —le dijo a su sobrino, quien asintió.

—Gracias, Majestad —le dijo el hombre entre lágrimas, siguiendo al guardia.

—Tío Trystan, ¿qué necesitas? —le preguntó Nicholas antes de que se marchara.

—Que tus hombres coloquen todos los jergones de los que dispongáis en el patio de armas y que cubran la zona con toldos —le pidió—. En la parte cercana a las cocinas que se sitúe a los heridos de mayor gravedad, y en la del cuartel de guardias los que puedan esperar.

—Pero ¿cómo sabré si...?

—Yo me encargo de eso.

Ambos soberanos se giraron hacia aquella voz, no sin asombro; Erick, acompañado de unas compungidas Claire y Gabrielle, se acercaba a ellos. Se sostenía en un bastón de madera con uno de los extremos en forma de horquilla, y hacía un gran esfuerzo por no apoyarse sobre la pierna injuriada.

—Te di permiso para usar esa muleta en contadas ocasiones —le recordó su padre con severidad.

—Y esta resulta ser la más oportuna de todas —le rebatió el príncipe en actitud inflexible.

Trystan miró a Claire, pero su nuera negó con la cabeza.

—Ni siquiera he tratado de disuadirlo —admitió—. Su pierna está mucho mejor y estoy segura de que se tomará los descansos que precise, ¿verdad? —le demandó a su esposo, con una mirada de advertencia.

—No pienso estar de brazos cruzados mientras esta gente necesita ser atendida —alegó Erick sin rodeos y endureciendo su semblante—. Y sé bien lo que debo hacer. No en vano te ayudo en tu menester siempre que puedo —le refrescó la memoria.

—De acuerdo —accedió finalmente—. Voy al dispensario a atender a ese niño y a por mis cosas. Disponlo todo tal y como he dicho.

El propio Erick dio las órdenes pertinentes tanto al servicio como a la guardia. Las mujeres se apresuraron en portar agua hervida y preparar vendas

haciendo tiras con paños limpios y sábanas, y los hombres ayudaron a acomodar a los heridos bajo la supervisión del príncipe.

Nicholas, por su parte, sentía un peso hundiéndose en su pecho al ver el sufrimiento de su gente. El patio de armas era un hervidero de idas y venidas, con toda la servidumbre y parte de la guardia atendiendo a los heridos más leves, ya fuera con algún vendaje, un poco de comida y agua o una palabra de aliento. Trystan, en cambio, con ayuda de Claire y Gabrielle, y del propio Erick en la medida de lo posible, se hicieron cargo de los más graves. Él, sin embargo, no era bueno para aquellos menesteres, así que hizo que uno de los guardias le acompañara al torreón sur para que le informase de todo lo que supiera.

—Háblame del ataque —le pidió una vez que el guardia se sentó frente a su escritorio, en uno de los butacones.

—Me temo que no fue un ataque propiamente dicho —comenzó a explicarle—. Y lamento decirlo, pero es muy posible que nuestra presencia hiciera que los acontecimientos desembocasen de tan fatal modo.

—Explicáte —le urgió un tanto impaciente.

—Mis compañeros y yo nos encontrábamos en el señorío de Lühon con la intención de detener al lord, tal y como nos ordenasteis —inició su relato—. Sin embargo, cuando ya nos disponíamos a llevarlo con nosotros, apareció aquel grupo de hombres de Shyt. Era más bien una avanzadilla, pues eran pocos guardias. No obstante, ellos, unidos a los hombres de Lord Lühon, iniciaron un enfrentamiento al aventurar su triunfo ya que en conjunto eran más que nosotros. Entonces fue cuando los aldeanos salieron en nuestro auxilio, a pesar de pelear con las manos desnudas, o a lo sumo con alguna herramienta del campo —agregó, sin disimular cuánto le había sorprendido ese gesto—. Algunos hombres de Shyt lograron escapar, aunque el mal ya estaba hecho. Lord Lühon recibió su bien merecido final, pero la aldea quedó arrasada. Nuestro primer pensamiento fue traerlos hasta aquí.

—Y habéis procedido de forma correcta —sentenció con rotundidad—. Aquí recibirán la atención, cuidados y protección que precisan.

—Majestad, con vuestra venia —pidió permiso para hablar, a lo que Nicholas asintió con la cabeza—. Comentándolo con mis compañeros, hemos llegado a la conclusión de que aquella avanzadilla no será la única.

—¿A qué te refieres...?

—Por su actitud al encontrarnos, creemos que estaban efectuando un reclutamiento, Majestad. Los señoríos traidores del sur forman un buen frente

que nos mantendrá ocupados mientras Khawf, por su parte, también nos invade —le explicó.

—Esa teoría no es para nada descabellada... —murmuró el monarca con expresión meditabunda. Se puso en pie y comenzó a deambular por la estancia, a paso lento aunque un tanto tenso—. Explicaría la pasividad del Rey Tirano.

—¿Qué ordenáis? —le preguntó el guardia, levantándose a su vez.

—Dile a Nigel que venga a verme inmediatamente —le pidió.

—Sí, Majestad —respondió el joven, irguiendo la postura. Entonces, el rey asintió, dándole así permiso para retirarse y obedecer su mandato.

Nicholas se dirigió hasta su butacón y se dejó caer con pesadez. Le disgustaba tener que mandar a sus hombres a la guerra, que era lo que el Reino de Shyt había declarado contra Los Lagos y sus aliados, pero la supervivencia de su pueblo estaba en juego.

Por todos los dioses... El Príncipe Raleigh o era muy necio o no debía ser consciente del alcance que podía tener la unión de sus ejércitos. No obstante, la realidad de lo que sucedía lo golpeó con fuerza, pues las palabras del guardia no iban desencaminadas, de hecho, tenían mucho más sentido de lo que pensó en un primer momento.

Aquellas avanzadillas no eran un reclutamiento para que los señores lo atacaran, ni una distracción; el ataque de Shyt lo era. Khawf pretendía que centrarse todos sus esfuerzos en contener la amenaza proveniente del reino vecino y descuidando el resto de frentes. Empero el Rey Tirano tampoco le daba crédito al tipo de alianza de Los Lagos con los reinos colindantes, e iba a comprobarlo en su propia carne.

Confiaba en que llegarán refuerzos procedentes de los Territorios Gealach y de Breslau. Sin embargo, no podían permitir su avance sin más. El ejército de Asbath estaba preparado, a la espera de noticias, por lo que enviaría de inmediato a un par de hombres para darles el aviso. Y en cuanto el suyo estuviera preparado, debería partir hacia el sur, decidió, no sin pesar.

De pronto, el toque de unos nudillos en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

—Soy Nigel, Majestad —le escuchó decir, y Nicholas lo invitó a pasar.

—Siéntate —le pidió, y sin rodeos, le hizo partícipe tanto de sus sospechas como de la solución que planteaba.

—Vuestra estrategia es un tanto inusual —le comentó el capitán.

—Lo sé, pero de lo contrario, las bajas tanto en nuestras filas como en las

distintas aldeas atacadas pueden ser inconmensurables —alegó con convicción—. Sin embargo, si nuestra gente del sur se protege aquí, tras las murallas de Los Lagos, los daños producto de tan vacuo ataque serán fácilmente controlables, además de que también nos será más fácil contener su avance. Comprendo que le resultará difícil a nuestra gente abandonar su hogar...

—Es más importante conservar la vida —lo apoyó el joven—. Pero, Majestad, la muralla...

—Sé que el segundo anillo aún no está finalizado —admitió, restregándose las manos con nerviosismo—, pero resistirá, resistiremos.

—Por supuesto —lo secundó de nuevo—. Es más, detendremos a esos malditos antes de que se acerquen —sentenció el capitán, categórico.

—Me temo que, tras la artimaña de Raleigh, las tropas de Khawf vayan pisándole los talones —le confesó, preocupado—, aunque confío en que mi hermana pueda mandarnos ese tipo de información con el cuervo.

—¿Cuándo arribarán a Vākh? —se atrevió a preguntar.

—Si mis cálculos no fallan, mañana —respondió, exhalando con pesadez el aire que retenía en sus pulmones al tiempo que se recostaba en el butacón.

—No os preocupéis, Brandon no se separará de ella —quiso tranquilizarlo, aunque el soberano no parecía muy convencido—, y estoy seguro de que, para entonces, habrán llegado los refuerzos provenientes del norte —trató de mostrarse confiado.

Nicholas asintió con la cabeza de forma lenta y meditabunda, pues rogaba por que los dioses les fueran favorables. Un miserable como Khawf debía tener su espacio reservado en el Inframundo.

Capítulo 17



A pesar de la comodidad del camarote, Agatha no había podido conciliar el sueño en toda la travesía, como tampoco comer nada. Tenía el estómago cerrado, aunque no era debido al vaivén del barco precisamente; en pocas horas vería de nuevo a Jordan.

Habían partido de Gunnar en un navío que les facilitó el Rey Josiah y estaba previsto que esa tarde arribasen a Vākh. El amigo de Trystan apenas daba crédito a lo que le relataron, pero la princesa le hizo entrega de dos misivas: una de parte de su hija Adrienne y otra de puño y letra de Nicholas, y en ambas confirmaban su narración. A Agatha le supuso un gran esfuerzo controlar la ira del soberano al descubrir que el esposo de su hija mayor, el hombre que a su muerte gobernaría con ella su reino, era un traidor. Sin embargo, la joven apeló a su sentido común y consiguió convencerlo para que no se diera por enterado, secundando los planes de su hermano. Prometió quedar a la espera de noticias, y él, por su parte, les haría participes de cualquier movimiento sospechoso que sus hombres detectaran tanto en el puerto como en la ciudadela. Contaban con su total apoyo y eso era un alivio.

No obstante, Agatha no podía olvidar que iban directos a meterse en la boca del lobo y confiaba en que no cerrase las fauces con ellos tres dentro.

De pronto, escuchó el golpeteo de unos nudillos en la puerta, y se incorporó del camastro.

—Agatha, han avistado tierra —le informó Brandon, quien por fin había adoptado la costumbre de llamarla por su nombre.

—Gracias, Brandon, salgo enseguida —le informó.

Se recolocó las ropas de criada que portaba y remetiÓ algunos mechones rubios, que habían escapado del moño en el que recogía su cabello, bajo el pañuelo con el que lo cubría. Luego, subió a cubierta. La vista era magnífica... estremecedora. En la lejanía podía divisarse la costa. En un primer plano, se alzaban las construcciones dentro del recinto amurallado que

conformaban la ciudad principal del Reino de Vākh, y detrás, el paisaje montañoso de frondosos bosques verde oscuro como escenario. Las nubes bajas acariciaban las cimas... era sobrecogedor. Además, a la princesa le llamó la atención que, a lo largo de la bahía, se sucediesen una serie de torres vigía, viéndose desde la lejanía el resplandor que emitían al estar iluminado su interior por una gran hoguera, y cuya función se presuponía que no era únicamente la de guiar a las embarcaciones que se aproximasen sino controlarlas.

Una vez arribaron a puerto, los recibieron en el muelle un par de centinelas. Brandon hizo las veces de portavoz y las dos mujeres se colocaron tras él, cabizbajas y en actitud servil.

—Venimos del Reino de Los Lagos y traemos una misiva para vuestro soberano de parte de Lord Durstan, nuestro señor —les informó él cuando comenzó el interrogatorio por parte de los dos guardias, incluso les mostró la carta.

Los dos hombres se miraron entre sí, recelosos y manteniendo una conversación muda.

Por fortuna, no pusieron impedimento alguno, aunque les hicieron caminar hasta el palacio cargados con sus pertenencias. En realidad, la posesión más valiosa era el cuervo, cuya jaula iba camuflada en un fardo agujereado para que entrara aire y que portaba Brandon.

Los guiaron hasta una de las entradas secundarias, y al cruzar el patio, se toparon con una interminable fila de hombres encadenados, sucios, descalzos y vestidos con harapos. Arrastraban los pies con el golpeteo de sus cadenas rodeándolos, como metálico lamento, y que encogió el alma de los tres jóvenes; jamás habían contemplado una escena tan sobrecogedora, ni siquiera Brandon con su experiencia en la lucha. Al menos, existía el honor en el arte de la guerra, pero aquello era una peregrinación de denigrante miseria, el escalafón más bajo al que se podía destinar a un ser humano.

—Vosotros tres, ¡vamos! —los acicateó uno de los dos guardias para que continuaran su camino hasta el interior del palacio. Y, a duras penas pudieron apartar la mirada de esos desventurados que, no solo se veían privados de libertad, sino subyugados bajo la mano de ese rey déspota.

Los condujeron hasta el salón del trono, donde uno de los centinelas aguardó con ellos mientras que el otro iba en busca de su rey. Agatha no hizo más que mirar con disimulo a su alrededor durante todo el trayecto, estudiando a los pocos hombres con los que se habían cruzado, en busca de

Jordan. Era absurdo, pues suponía que a su esposo lo tendrían encerrado en algún calabozo, y el recuerdo de los presos del patio le sobrevino como un mal presagio... ¿Y a su tía? ¿Dónde tendría ese villano de Khawf encerrada a Gladys?

Tras esperar algunos minutos, el Rey Tirano se presentó ante ellos, y los tres jóvenes se apresuraron a arrodillarse frente a él, aunque cierto era que Agatha necesitó un instante para reaccionar.

—Levantaos —les dijo de mala gana, con la mano extendida hacia Brandon, pidiéndole de forma muda que le entregase la misiva de Lord Durstan—. ¿Alguna novedad en el señorío digna de mención?

—No, Majestad Imperial —respondió el joven, y Khawf elevó ligeramente la vista del pliego con cierto agrado al escuchar la forma en la que se dirigía a él. Y entonces reparó en ella...

—Tú —exclamó, sorprendido, y la comisura de sus labios se alzó en un sutil gesto malévol—. Tú me serviste durante mi estancia en casa de Durstan.

—¿Me recordáis? —preguntó Ethel. Sonrió, fingiéndose halagada aunque bajó la mirada con cautela.

Khawf la contempló con cierto deleite que puso alerta a Brandon y, tras echar otro ligero vistazo al pliego sin interés, el rey lo arrugó entre sus manos y se lo entregó al centinela.

—Así que sois hermanos... —murmuró pensativo, señalando a Brandon y Agatha.

—Así es, Majestad Imperial —repuso ella, también cabizbaja y en tono servicial. Sin embargo, el rey la miró con recelo.

—Vosotras dos id a la cocina —decidió—, siempre hay trabajo que hacer en este vasto castillo. En cambio, tú... —lo observó, negando con la cabeza—, admito que esos músculos te vendrían bien para picar piedra —alegó, con una mueca parecida a una sonrisa, al divertirse su propia ocurrencia—, pero veamos si eres de utilidad. ¿Qué sabes hacer?

Brandon estuvo tentado de decirle que sabía luchar, no en vano era guardia, pero ese dato podría crear desconfianza en el soberano, pues no era común que un simple aldeano, como se suponía que era él, poseyera tal destreza.

—Soy herrero —mintió, aunque no del todo, ya que conocía a la perfección el oficio pese a que no cogía un martillo hacía más de diez años.

—Siendo así, parece que te vas a librar de la cantera después de todo

—sentenció, mordaz—. Proveer de armas nuestros barcos está resultando ser una tarea demasiado lenta en la que podrías ayudar. Tú, llévalas a la cocina —le ordenó a uno de los centinelas, y al otro le hizo un gesto para que se encargara del joven—. A la fragua.

Los tres hicieron una venia antes de obedecer, y al soberano no le pasó inadvertida la mirada de inquietud que el hombre les dedicó a las mujeres, sobre todo a la de pelo rojizo. Una risita malévola escapó de entre sus dientes mientras los veía alejarse.

Cuando Ethel y Agatha llegaron a la cocina, fueron recibidas con frialdad, y era lo preferible. Una mujer entrada en años daba órdenes a otras situadas frente a los fogones. Vestía como las demás, con aquel vestido gris y el pañuelo recogiendo sus cabellos, que en su caso eran ya canosos. A ella se dirigió el guardia.

—Cabsi, ponlas a tu servicio —le dijo, y la mujer las miró de arriba abajo con indiferencia—. Vienen del otro lado del mar —añadió, y el desinterés se tornó en desdén.

—Ahora no puedo encargarme de ellas. Hay un banquete que servir esta noche, ¿recuerdas? —replicó, agitando una de sus manos, a lo que el centinela respondió encogiéndose de hombros, tras lo que se marchó—. Ayudad a partir verdura. Más tarde os asignaré tareas y os daré vuestras ropas —les ordenó, volviendo su atención a los fogones.

Ambas se acercaron a la mesa que les indicó la mujer. Varias jóvenes ya estaban enfrascadas en dicho menester, pero solo una de ellas alzó la vista para mirarlas y les hizo un hueco moviendo su silla, lo que las animó a coger otra cada una y sentarse a su lado.

—Gracias —murmuró Ethel por lo bajo.

—¿Es verdad que venís de allende los mares? —les preguntó la sirvienta—. Por cierto, me llamo Dhära.

—Nosotras somos Ressa y Ethel —respondió Agatha, a quien, de pronto, le sobrevino el temor de que alguien conociera su nombre y levantara sospechas. De hecho, Ethel la observó un momento, extrañada, pero comprendió al instante—. Y sí, provenimos del Reino de los Lagos, de la aldea Durstan.

—Durstan... es uno de los aliados de Su Majestad Imperial —dijo, centrada en la labor de pelar patatas—. Tal vez lo consideréis un traidor a la corona —las tanteó.

—Me vas a perdonar la expresión, pero son el mismo perro con distinto

collar —recitó la princesa con simulado malestar—. Llámese Lord Durstan o Khawf de Vākh, nuestro único deber es servirles, y su derecho, el disponer de nuestras vidas.

—Imagino por tu acritud que estás aquí en contra de vuestra voluntad —supuso la esclava.

—Imaginas bien —asintió Ethel.

—¿Tenéis familia? —se interesó.

—Yo vivía en casa de mi prima, en la aldea —le contó.

—Y yo solo tengo a mi hermano —replicó Agatha con melancolía, recordando a Nicholas aunque se refiriese a Brandon.

—Ha viajado con nosotras, pero lo han mandado a la fragua —intervino la otra sirvienta, para dar una explicación a esa repentina tristeza—. Aunque Su Majestad dijo algo de picar piedra...

—Es el trabajo de los esclavos, golpear la dura roca en la cantera —le confirmó, no sin pesar.

—Esclavos —repitió la princesa, rechinándole la palabra en los oídos. La escena de la que habían sido testigos sería difícil de olvidar...

—Todos lo somos de un modo u otro —afirmó—. La cantera también es la forma de castigo para los traidores o los que ofenden a nuestro soberano de algún modo.

—Hemos oído que le llaman el Rey Tirano —dijo Ethel con prudencia.

—Y ese mal nombre viene acorde con su naturaleza —respondió Dhāra en un susurro y que reflejaba temor.

—¿Y por qué no hacéis algo? —inquirió de pronto Agatha.

—Vosotros tampoco habéis podido impedir que os traigan aquí, ¿no? —objetó la criada.

—Tienes razón —admitió la joven; el mundo al otro lado del Mar Istook era tan distinto al suyo...—. Supongo que no tenemos más remedio que aceptar nuestro destino, el que marca nuestra cuna, nuestra sangre de sirvientes.

—También la sangre real se somete al yugo de la esclavitud —les respondió entonces, y Agatha sintió todos sus nervios tensos ante la posibilidad de que se estuviera refiriendo a Jordan.

—¿Vuestro soberano ya ha sometido al Rey Nicholas? —se hizo la sorprendida—. En la aldea Durstan no hemos tenido conocimiento de ello...

—No, no —la sacó de su error con rapidez—. Aunque caerá, hablaba de su tía y su cuñado, pues están encerrados en este palacio.

La esposa de Jordan casi se corta con el cuchillo al tener por fin la certeza de que ambos se encontraban allí. Ethel, al ver su azoramiento, tomó el rumbo de la conversación.

—¿Estás segura? ¿Los has visto? —insistió—. Yo nunca, a pesar de vivir desde siempre en Los Lagos —añadió con un forzado mohín travieso para justificar tal interés.

—Les llevo la comida a los dos —le aclaró, y Agatha le lanzó una mirada llena de significado a Ethel. Dhära podría conducirlos hasta ellos...—. La Reina Gladys de Meissen es hermosa, distinguida... y generosa —añadió en voz baja, mirando de reojo hacia Cabsi para cerciorarse de que no la escuchaba, gesto que no pasó desapercibido en las otras dos mujeres.

—¿Y qué me dices de Su Excelencia? —quiso saber Agatha, que hacía un esfuerzo sobrehumano para controlar el temblor de su voz.

—Jordan de Asbath debió ser un hombre gallardo y muy apuesto —les narró, y esa afirmación hizo que la princesa se tensara—. Con barba de varios días, mugriento, magullado y resistiendo las penurias de la cantera y la humedad de las mazmorras... No preciso haberlo conocido en sus mejores tiempos para comprender que no es el hombre que era.

—¿Qué cuchicheo es ese? —les llamó la atención de forma repentina Cabsi, lo que sobresaltó a las tres jóvenes.

El silencio se adueñó de ellas, a excepción de Agatha, pues podía escuchar con claridad el galopante y errático latir de su corazón. Jordan estaba encerrado en una maldita mazmorra... Lo tenía tan cerca, y saber las penalidades que estaba padeciendo le desgarraba el alma. Se lo imaginaba atado a aquella cadena de hombres y apenas era capaz de dominar la rabia que la invadía.

—Yo lo vi una vez, de lejos —susurró de pronto, con el tono de voz más monótono con el que pudo hacerlo—, y su porte era imponente, alto y fornido, de amplias espaldas y músculos torneados. Y sus rasgos eran varoniles, perfectos, tan hermosos como pueden serlo en un hombre...

—Pues, a pesar de la distancia, te impactó —bromeó la esclava, y Agatha no pudo evitar sonrojarse como una niña.

—Únicamente el saber que, según tu descripción, poco tendrá que ver con quien yo recuerdo —alegó, intentando denotar indiferencia.

—¡Dhära! Deja ya la cháchara y ve a llevarles la comida a los reos —espetó Cabsi de pronto, dejando un par de grandes ollas de peltre llenas de humeante guiso encima de la mesa—. Que te acompañe una de las nuevas

para ayudarte porque necesito que termines cuanto antes; aquí aún hay mucho trabajo.

—Ressa, ¿quieres comprobar qué tanto perdura de ese hombre que viste aquella vez? —le preguntó con un deje pícaro en los labios.

Agatha creyó que estaba soñando...

—¿Vienes o no? —insistió, caminando ya hacia la puerta con una de las ollas colgada de un brazo. Agatha se levantó como impulsada por un resorte y la imitó.

Atravesaron un patio de servicio hasta llegar a una gran puerta de metal. A Agatha le sorprendió que no hubiera ningún centinela, pero se toparon con él dentro, sentado en una pequeña mesa sobre la que había unos naipes, un puñal clavado en la tabla de madera y una vela que iluminaba la profunda oscuridad que las había engullido nada más sobrepasar la entrada. Bebía de una botella de algún licor fuerte, y se pasó el dorso de la mano por la cara para limpiarse la boca cuando se acercaron las jóvenes mientras miraba a Agatha con libidinosa atención.

—Vaya, vaya... ¿Qué tenemos aquí? —Silbó recorriéndola con ojos hambrientos.

—Öfn, deja de babosear y dame la llave de una maldita vez —le exigió Dhära.

La princesa trató de no inmutarse ante aquel desagradable guardia y su escrutinio, aunque se colocó tras la otra muchacha a quien, por algún motivo, ese hombre no le inspiraba temor alguno, pese a que, aun sentado, se apreciaba que era corpulento. De hecho, el tal Öfn le dio una gran arandela metálica con varias llaves colgando sin añadir réplica alguna.

A Agatha le habría gustado preguntarle la razón, pero comenzaron a avanzar por un lúgubre corredor apenas iluminado y que las iba sumergiendo en un ambiente acedo, áspero y hediondo.

—La otra noche trató de propasarse conmigo y sus partes nobles aún recuerdan mi rodillazo —le contó Dhära, sin embargo, momentos después, en tono jocoso y con orgullo.

Agatha se vio forzada a lanzar una risita de apreciación, pero tenía el corazón encogido. Habían empezado a repartir la ración a los presos, y ver a aquellos hombres encadenados a la pared, sobre un colchón de paja... El aire que se respiraba en algunas de las celdas era fétido, a orín, y más de uno contaba con pústulas purulentas a causa de la insalubridad. La joven apenas podía contener las ansias de salir corriendo y recorrer aquellos sombríos

corredores en busca de Jordan.

De pronto, accedieron a una de las celdas y que, al contrario que el resto, estaba ocupada por un único hombre. Permanecía sentado en el suelo, con las piernas estiradas, las muñecas engrilletadas sobre su regazo y cabizbajo. Su larga melena oscura y la poblada barba apenas dejaban ver sus facciones, pero el corazón de Agatha lo habría reconocido entre un millón, pues nada más verlo, comenzó a latir con rapidez, dominado por un extraño frenesí que la dejaba sin respiración.

—Excelencia —murmuró Dhära, arrodillándose. Agatha la imitó, colocándose a su lado, pero próxima a él, todo lo que pudo, y aguardó con el alma en suspenso a que levantara la vista.

Durante unos instantes, no le importó que la reacción de su esposo pudiera delatarla; a duras penas era capaz de contenerse ella misma y no arrojarse a sus brazos. La necesidad de hacerle saber de su presencia, que había ido hasta aquel infame reino por él, era acuciante.

La otra joven le ofreció el plato con comida a Jordan, y este alzó el rostro para murmurar un «gracias» apenas audible. Y fue entonces cuando giró la cara al reparar en ella. Un estruendo de metal contra el suelo de piedra quebró la quietud de aquella celda al caérsele de la mano.

—Tú...

Dhära dio un respingo, apresurándose a recoger el estropicio, mientras que Jordan seguía con la vista clavada en aquella mujer cuyo rostro le hacía temer que había perdido la cordura.

—Tú...

—¿Acaso la conocéis, Excelencia? —le preguntó la criada, colocando el plato sobre el jergón, y finalmente el sentido común hizo su aparición y ató en corto los anhelos de Agatha.

—Debéis confundirme con otra persona; solo soy una sirvienta —habló con cautela, y Jordan creyó estar al borde de la más absoluta demencia, porque esos rasgos, esa voz... el azul de esos ojos.

—Pue... puede ser —titubeó, incapaz de hablar—. ¿Cómo... os llamáis, mujer?

—Ressa, mi señor —le respondió, gritándole con la mirada todo lo que su boca y su cuerpo debían callar. Tenía que comprender...

—Ressa —repitió Jordan, atorándosele la palabra en la garganta. Ella... Ella era...

Alargó la mano para tocarla, pero la otra sirvienta tiró de la joven y la alejó

de él de forma cruel. Porque esa mujer que le lanzaba una última mirada furtiva antes de cerrarse la puerta de su prisión era Agatha, estaba seguro. No sabía cómo había llegado hasta allí, qué extraña magia la había llevado en carne y hueso hasta su celda, pero el aroma que aún persistía en aquel inmundo agujero era el de su esposa.

—Ressa...

En mitad de una carcajada enajenada, masculó el nombre de su madre, a la que no pudo conocer ya que murió al darle a luz. Y Agatha lo había escogido para mandarle un mensaje que le confirmase lo que podría no ser más que una alucinación fruto de la locura de su cautiverio: que ella estaba allí para devolverle la esperanza, la vida que aquellos malditos pretendían arrebatarse poco a poco.

Jordan apretó los puños mientras incontrolables lágrimas anegaban sus ojos y un grito lleno de desesperación, ansia y rabia le traspasaba la garganta y las entrañas.

Durante unos instantes, lo invadió el lacerante temor de que también la hubieran hecho prisionera, dejándole sin respiración el imaginársela sometida a las peores vejaciones, pero que no se hubiese presentado ante él con su verdadero nombre... No, de haber caído en manos de aquel malnacido, no habría dudado en echarse en sus brazos y hacerle saber que compartían similar desgracia. Y sin embargo...

—Agatha... —sollozó contra sus manos, preso de un repentino y liberador llanto.

No, aunque no encontrase una explicación humanamente posible a la presencia en aquel castillo de su esposa, estaba seguro de que no había sido apresada.

Su Agatha había ido a por él, a salvarlo, de todas las formas posibles...

Capítulo 18



Khawf recorría con premura el corredor en dirección a los aposentos de Gladys. La llegada de aquellos sirvientes lo había retrasado, aunque apreciaba el detalle de Lord Durstan para congraciarse con él. La idea le hizo apretar la prenda que llevaba terciada en uno de sus brazos: un vestido azul cobalto de brocado de seda con hilos de plata, digno de una reina. Confiaba en deslumbrarla con su fastuosa exquisitez, un lujo con el que el insípido de su esposo jamás la obsequiaría, y su pretensión era acercarse un poco más a ella.

Lo admitía. Sería muy sencillo tomar por la fuerza lo que tanto ansiaba. No obstante, era el continuo desafío que aquella mujer representaba lo que mantenía su interés sobre ella, y que había perdurado a lo largo de los años. La quería con insoportable desesperación, pero contener sus ansias la hacía desearla aún más; era una tentación adictiva.

Continuando con aquella pose respetuosa que él mismo se imponía, llamó a la puerta. Tal y como esperaba, no obtuvo respuesta, así que entró.

—¿A qué debo tan desagradable visita? —Fue el recibimiento de la reina, que aderezó con una mirada de infinito desprecio. Estaba de pie, cerca de la ventana, y pronto apartó los ojos de él para devolverlos al exterior, lo que sí merecía su completo interés.

—Te traigo un obsequio, y me gustaría que lo lucieras esta noche, en la cena —dijo de forma sosegada, reprimiéndose para no darle la orden.

Se acercó a ella con el vestido colocado sobre sus dos manos, pero la soberana lo ignoró deliberadamente; su vista no se dirigió a la prenda ni un mero instante.

—Al menos, podrías mirarlo —le reprochó Khawf, haciendo un gran esfuerzo por continuar calmado. Se dirigió a la cama y lo depositó encima.

—No me interesa, como tampoco que me expongas frente a tus súbditos como un trofeo —espetó ella—. Para eso, no necesitas envolverme en seda...

Entonces, en un repentino y descontrolado ataque de ira, el Rey Tirano llegó hasta ella con un par de zancadas y la agarró por el brazo, acercando sus labios al rostro femenino.

—Eres mi trofeo, Gladys —siseó sobre su oído de modo amenazador—. Y

me importa poco si acudes con ese vestido o desnuda, tú decides —le advirtió con dureza—. Pero te presentarás en esa cena, puntual y dispuesta, porque, de no ser así, tu mente no alcanzará a imaginar los padecimientos que recaerán sobre los tuyos —la amenazó. La reina, por primera vez, giró su rostro para mirarlo, y la perversidad que percibió en sus ojos le heló la sangre—. Cualquiera maldad de la que me creas capaz, te aseguro que la superaré con creces. Les infligiré con mis propias manos tal sufrimiento que robaré tu cordura, pues los torturaré sin piedad hasta que ruegues su muerte —sentenció, soltándola de malos modos—. Te espero en la cena, querida —pronunció con tono sardónico y triunfal mientras se dirigía a la puerta.

Gladys necesitó unos instantes para recuperar el aliento y borrar de su mente aquella amenaza; Khawf pretendía someter a Trystan hiciese ella lo que hiciese y, por lo pronto, no entraba en sus planes el quebrarse ante él. Despacio, se acercó al lecho y contempló el vestido; debía reconocer que era deslumbrante...

Frunció los labios, dominada por un acceso de cólera y rebeldía. Ceder significaba declararlo vencedor, sería humillarse a los pies de ese villano, mientras que él se regodearía de su victoria frente a su gente.

No. Podría acatar su requerimiento, pero no se mostraría ante sus alabanceros como una mujer denigrada o sometida. Su propia deshonra sería la suya, y ese bastardo no la olvidaría. Por otro lado, no iba a desobedecerle, pues iba a acudir a la cena. Otro cantar era en condición de qué.

Con la decisión tomada y sin concederse ni un segundo para echarse atrás, salió de la recámara; era la primera vez que lo hacía por decisión propia. Sin saber qué rumbo tomar, avanzó por el corredor que la alejaba de sus aposentos, hasta que se topó con una sirvienta que, con premura, se detuvo a hacerle una reverencia.

—Por favor, muchacha, dime dónde puedo encontrar a Dhära —le pidió, instándola a levantarse, y Gladys no fue capaz de discernir qué sorprendió más a la esclava, si su petición o su amabilidad para con ella.

—Está en las mazmorras, dándole de comer a los reos, Majestad —señaló, titubeante, incluso le indicó a la reina cómo llegar hasta allí.

Conforme iba recorriendo los distintos ámbitos de aquel castillo y se topaba con servidumbre, se iban dando innumerables venias hacia su persona, y a pesar de su condición de soberana le incomodaban, pues no eran fruto del respeto, sino del temor hacia Khawf.

Cruzó el patio hacia el que le orientó la criada y divisó la puerta de los

calabozos. Casi la alcanzaba cuando vio salir a dos jóvenes con sendas ollas. No tardó en reconocer a Dhära, por lo que, con paso firme, se dirigió hacia ella. Fue entonces cuando reparó en la muchacha que iba detrás... Aquella figura, esa distinción pese a sus ropas de sirvienta, esas facciones... Una repentina debilidad se adueñó del cuerpo de Gladys mientras la negación a lo que estaba contemplando con sus propios ojos le arrebatava las pocas energías que le restaron tras aquella fuerte impresión. Sus piernas le fallaron y su cuerpo se tambaleó a causa de un fulminante vahído y que apenas le permitió alcanzar el muro exterior de las mazmorras, donde se apoyó. Al verla, las dos jóvenes dejaron caer las ollas vacías y corrieron en su auxilio.

—Majestad, ¿qué os sucede? —le preguntó Dhära, preocupada, pero Gladys no era capaz de pronunciar palabra, ni siquiera de dirigir su vista hacia ella, pues sus ojos estaban fijos, atrapados en el rostro de su acompañante. Dioses... ¿cómo era posible? —. Os lo ruego, ¿os encontráis bien?

La reina la miró durante un instante, aunque incapaz de contestarle. No obstante, alargó las manos hacia la otra mujer, como si precisase de su auxilio. Mas no era así, era la simple necesidad de tocarla para convencerse de que era cierto lo que parecía la más infame de las pesadillas.

—Ressa, aguarda aquí con la reina —le pidió entonces Dhära, recuperando las ollas del suelo—. Voy a buscar un poco de agua.

Al quedarse solas, irrefrenables lágrimas acudieron a los ojos de Gladys.

—Tú no te llamas Ressa —murmuró con infinita aflicción—. Agatha... —susurró, frunciendo los labios y apretando las manos de su sobrina, quien se vio contagiada por su misma congoja.

—Tía... —le confirmó así sus sospechas.

Entonces, la soberana tiró y se fundió con ella en un sentido y desesperado abrazo.

—Divina Vetsa... también te han capturado —sollozó profundo pesar.

—No, no —la corrigió Agatha. A pesar de que miró a su alrededor para asegurarse de que estaban solas en aquel patio, se separó de ella con rapidez para evitar ser descubiertas—. He venido por mi propia voluntad.

—Por todos los...

—Ya tendré ocasión de explicártelo con tranquilidad —la interrumpió, ya que no había tiempo para reproches—. Me han acompañado Brandon y Ethel.

—¿Ethel? —inquirió, sumida en la confusión al recordar lo sucedido en el pasado con aquella doncella, pero una mueca de su sobrina la hizo

reaccionar—. Dime al menos que están todos bien.

—Sí —le aseguró, categórica—. Sin embargo, vuestro rapto forma parte de una conjura contra los reinos al otro lado del mar Istook, por lo que debemos ser cuidadosos. Sí, ya sé que es una locura —añadió al ver la intención de su tía de reprenderla—, pero tú conoces bien a Nicholas. Créeme cuando te digo que él mismo ha tenido que aceptar que era la única forma plausible de adelantarnos a los movimientos del maldito de Khawf.

—Bhut todopoderoso... —gimió la soberana—. ¿Hasta dónde llega la locura de este infame? Agatha, Jordan...

Su sobrina asintió con rapidez, invadida por la desesperación.

—Acabo de verlo —le narró, con repentinas y renovadas lágrimas recorriendo sus mejillas—. Está en estas mazmorras, atado como un perro, y yo...

De pronto, Gladys carraspeó, haciéndole una señal con los ojos, pues Dhāra se acercaba. Así que la joven se enjugó su llanto con rapidez y simuló preocupación por la soberana, quien comenzó a palparse la frente con los párpados caídos, como si tratara de recomponerse.

—Bebed un poco, Majestad —le pidió, ofreciéndole un pequeño cuenco de agua proveniente de la jarra que portaba en la otra mano.

Gladys obedeció y le agradeció el gesto con una débil sonrisa, tras lo que le devolvió el recipiente.

—Te estaba buscando —le dijo entonces, fingiéndose más recuperada—, pero la tensión de estos días de cautiverio me ha ganado la batalla —se justificó.

—¿Para qué me necesitabais? —le preguntó con preocupación.

—Dime, ¿tendrías alguna muda de tus ropas para prestarme? —demandó con una normalidad en aquella extraña petición que sorprendió a la muchacha—. Por favor.

—En... en mi cuarto —asintió—, pero...

—Te lo ruego. Llévame hasta allí. —Gladys la tomó del brazo, para hacer más firme aquella solicitud.

Agatha estudiaba a su tía con asombro aunque también con gran alivio; al menos ella estaba en mejor condición que Jordan. Jordan... Rememorar la lastimosa imagen de su esposo, y el estado en el que lo había hallado, la golpeó con fuerza. Su corazón se resquebrajaba al saberlo así. No obstante, tenía el nimio consuelo de que la había reconocido, lo sabía, y rogaba a los dioses que ese mísero instante compartido sirviera para concederle fuerzas y

seguir resistiendo hasta estar en disposición de sacarlo de ese inmundo agujero.

La princesa caminó tras las otras dos mujeres, siguiéndolas hasta el cuarto de Dhāra. Allí, la reina se deshizo de sus ropas y se puso las de la sirvienta. Parecía una esclava más, lo que alegró a la soberana, pues era lo que pretendía para dejar de llamar la atención, sobre todo teniendo en cuenta lo que pensaba hacer.

—¿Dónde está la fragua? —le preguntó entonces a la criada—. Te rogaría que no cuestionaras mi proceder y me indicases el camino —añadió con tono de advertencia ante la mueca de incredulidad de la joven.

—Jamás osaría, Majestad —alegó ella con humildad—, solo me preocupo por vuestra seguridad.

—Creo que sabré componérmelas —respondió con una sonrisa que hizo las veces de disculpa.

—Mi hermano Brandon ha sido enviado a trabajar allí, Majestad —le informó entonces Agatha con bien fingido tono servil—. Su carácter es afable y con certeza estará encantado de atenderos, sea cual sea vuestra demanda.

—Gracias por hacérmelo saber —le respondió, compartiendo con ella una mirada más que significativa—. Llevad mis ropas a mis aposentos, por favor —les solicitó y, tras atender las indicaciones de Dhāra, se encaminó hacia la fragua.

Aún perduraba en la reina la sobrecogedora impresión de encontrar a su sobrina en el castillo, tan lejos de la protección de su hogar. Apenas comprendía lo ocurrido, el motivo por el que había tomado esa decisión tan descabellada de hacerse pasar por una sirvienta y adentrarse en el infierno que era aquel lugar. Lo que sí había entendido era que Nicholas estaba al tanto... Confiaba en que Brandon pudiera lanzar un poco de luz a tal incertidumbre.

Que su presencia pasase inadvertida debido a su indumentaria la tranquilizó, y no se sintió observada de camino a la fragua. Al llegar, le bastó con preguntar por el muchacho venido de ultramar, y el hombre al que se dirigió ni siquiera apartó la vista de la espada que estaba golpeando cuando le respondió.

Encontró al guardia de Asbath trabajando con acero candente y que derramaba con extremo cuidado en unos pequeños moldes en forma de punta de flecha. Cuando se detuvo cerca de él, el joven, a pesar de no haberla reconocido, dejó durante un momento su quehacer para prestarle toda su

atención, lo que reflejaba su servil naturaleza y disposición. De hecho, le dedicó una ligera sonrisa.

—¿Qué quieres, buena mujer? —le preguntó, y la reina rio para sus adentros al imaginarse su reacción al reparar su identidad.

—Deseo que disimules y finjas que no me conoces, Brandon, guardia de Asbath —recitó en voz baja mas con notable solemnidad.

El asombro del muchacho, que incluso trastabilló, fue evidente, y la soberana ocultó con la mano una sonrisa.

—Seguro que puedes hacerlo mejor —se permitió el lujo de bromear.

—Ma... Majestad...

—No me llames así, insensato —lo reprendió ella, aunque sin dureza—. No me he vestido como una sirvienta para que a la primera de cambio tú me delates.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —demandó, señalando con la mirada aquella fragua.

—¿No crees que soy yo la que debe cuestionarte eso? —objetó, más seria en esta ocasión—. Nárrame todo lo ocurrido, Brandon, y por los dioses, no me ocultes nada. ¿Mi familia está bien?

—Sí, Ma... Sí, buena mujer —se corrigió a sí mismo, mirando con prudencia a su alrededor, tras lo que comenzó a contarle lo sucedido.

—En cuanto puedas, debes mandarle el cuervo a Trystan para referirle lo que has descubierto aquí —afirmó la soberana.

—Pretenden atacar con todo el poder del que disponen, incluso más —le confirmó, apuntando hacia la que era su tarea—. Aún no he podido sonsacarles demasiada información a estos hombres, pues soy un recién llegado y desconfían, pero todo apunta a que lo harán por el sur, con el respaldo del Reino de Shyt.

—En cualquier caso, es bueno que hayáis puesto sobre aviso al Rey Josiah de Gunnar —apuntó, pensativa—. Por mi esposo sé que esa ciudadela puede resultar vital, y no podemos olvidar que tiene vínculos de sangre con ese reino traidor. Raleigh puede obligarlo de algún modo a abrirle las puertas a Khawf y que también ataque desde allí.

El guardia cabeceó, conforme, y la Gladys suspiró hondamente.

—Y ahora, necesito que me hagas un gran favor, sin ningún tipo de observación o admonición por tu parte —le exigió, a lo que él no pudo menos que asentir.

Ethel no pudo evitar sentirse cohibida al entrar al gran comedor, cohibida y asustada, pues, conforme avanzaba entre las largas mesas, sentía que se adentraba en la guarida del más terrible depredador. Se dijo que debía limitarse a desempeñar su tarea tal y como estaba acostumbrada a hacer. Si bien era cierto que en el señorío de Lord Durstan no se daban festines tan multitudinarios, solo tres años antes le sirvió al Rey Nicholas, y ese banquete bien se le podía comparar a aquellos. Qué lejanos quedaban aquellos días... Se le antojaba que había transcurrido toda una vida, y la suya tomó un rumbo erróneo por haberse dejado influenciar por Sybill, los dioses se apiadaran de ella. Sin embargo, el destino le otorgaba la oportunidad de enmendar su falta y, tal vez, la de volver al castillo de Los Lagos. La vida allí era tranquila, segura, los soberanos siempre se mostraban respetuosos con la servidumbre, y ella lo era, su sangre y su cuna lo dictaban, por lo que, en su condición de sierva, era el mejor destino al que podía aspirar.

Una de las esclavas le había indicado qué mesa debía servir, y hacia allí dirigió sus pasos. Era inevitable recibir miradas por parte de los asistentes; sus ropas delataban su procedencia, además de que mostraba más piel que sus compañeras. No habría llamado la atención si ellas no portasen aquel vestido recto, anodino, que las cubría del cuello a los pies, incluso los brazos. Ethel, en cambio, lucía una blusa blanca, escotada y sin mangas, ceñida por un corpiño pardo, el mismo color de su falda, que abrazaba su cintura y alzaba ligeramente sus pechos.

Maldijo para sus adentros que Cabsi, la gobernanta, no le hubiera hecho entrega aún de su nueva vestimenta, mientras empezaba a escuchar silbidos y palabras obscenas dedicadas a ella. Intentó que no le afectara y seguir sirviendo la mesa de aquel grupo de babosos que la miraba como si jamás hubieran contemplado a una mujer.

Sin embargo, dejaba la última bandeja en el centro cuando una mano áspera la tomó del brazo y tiró de ella. Fue a caer en el regazo de un hombre de mirada ladina y que reía a mandíbula batiente mientras comenzaba a recorrer su cintura con las manos.

—¡Suéltame! —chilló Ethel, luchando por zafarse de su agarre.

—Demuéstrale quién manda, Öfn —se mofó uno de sus compañeros.

—Vamos, pajarito, no te hagas de rogar. No enseñes lo que no se puede tocar —se burlaba él, sabiéndose vencedor.

A decir verdad, con su fuerza podría haberla doblgado en cualquier

momento, no en vano era un hombre corpulento, pero le divertían sus intentos de lucha. La muchacha se removía en sus piernas, y él, en un alarde de poder, la agarró con firmeza de la nuca y la besó con violencia. No obstante, apenas pudo disfrutar de la dulzura de esa boca, pues algo lo golpeó en la cabeza, aturdiéndolo durante un instante, momento que Ethel aprovechó para escapar.

Para cuando se había recuperado, Öfn vio tras de sí a Dhära, quien portaba aún en sus manos una gran bandeja de metal, con la que le había atizado.

—¡Zorra, malnacida! —le gritó el guardia, sobándose la zona herida y comprobando si estaba sangrando. Hizo ademán de levantarse, pero la esclava alzó la barbilla, sin amedrentarse.

En cualquier caso, Öfn no la habría atacado, pues Frygt, quien también estaba sentado en la mesa, reconvino a su subordinado con dureza. Dhära sabía bien el motivo por el que lo hacía, de hecho, miró de reojo hacia la mesa principal, a ËaGhal, y a pesar de la distancia, pudo percibir sus celos, por lo que ni siquiera le agradeció el gesto al capitán, quien sí lo esperaba.

—Öfn, creo que tus partes nobles aún no han olvidado el poder de mi rodilla —se mofó en cambio, queriendo que Frygt supiera que no necesitaba su protección. El carcelero masculló una maldición—. Deja a mi amiga tranquila o me complacerá mucho hacerles un recordatorio.

El hombre lanzó una maldición, pero su superior, a quien solo le bastó mirarlo, lo había disuadido de cualquier idea que se le pasara por la mente. Sin embargo, no se privó del lujo de devorar con los ojos a aquella mujercita extranjera que despertaba en él sus instintos más primarios.

—Perro ladrador, poco mordedor —le dijo Dhära a la joven, calmándola—. ¿Alguna vez has atendido a la nobleza? —le preguntó, apartándola de la mesa.

—Serví en el castillo de Los Lagos durante años —le respondió aún asustada y sin pararse a pensar si esa información la comprometía de algún modo. Por lo pronto, la esclava le dedicó una mirada de admiración.

—En ese caso, por esta noche, encárgate de la mesa principal —le propuso— Yo te sustituiré aquí.

Ethel no pudo menos que agradecer el gesto, y aunque el carcelero parecía haber perdido el interés en ella, pues estaba concentrado en acabar con una jarra de vino, la tranquilizó alejarse de él. Fue a la cocina a por viandas y volvió al gran comedor, dispuesta a servir al Rey Khawf y su hijo, quienes eran los únicos que estaban a la mesa.

Sin embargo, no terminaba de colocar las bandejas cuando el silencio se alzó en la amplia estancia. Ella misma abandonó un instante su tarea para ver al último comensal que se acercaba a la mesa: la Reina Gladys.

Lucía un precioso vestido, cuya labor y tejido eran propios de una reina. El color hacía resaltar sus facciones y brillar al color castaño de sus cabellos, a las esmeraldas de sus ojos. Sin embargo, su belleza y distinción sin parangón no fueron lo que erigieron aquel mutismo, sino el negro grillete colocado alrededor de su cuello cual siniestra gargantilla y de la que surgían dos cadenas, largas hasta sus muñecas. A pesar del extraño aderezo que portaba, la soberana caminaba con pose erguida, alzando la barbilla con altivez y asegurándose de ser observada con detenimiento.

Cuando tomó asiento al lado de un desconcertado Khawf, la reina la miró, y pese a su aspecto, que podía resultar deshonroso para los asistentes, a ella la invadió un ramalazo de orgullo ante la soberana, pues podía comprender el porqué de su actitud. Le sonrió ligeramente y Gladys le lanzó una mirada de reconocimiento, ya que sabía de su presencia allí por su sobrina. Entonces, continuó con su tarea y se retiró, y no pudo evitar sonreír al escuchar que el choque de las argollas rompía el silencio aún presente en la sala. La reina comenzó a comer, como si nada ocurriese, y poco a poco comenzaron a alzarse cuchicheos reprobatorios entre los comensales.

—¿Se puede saber qué demonios significa esto? —farfulló Khawf, rojo de la ira.

—Me he puesto tu vestido, por lo que no creo que quepa lugar para las quejas —lo provocó con sus palabras y esquivando su escrutinio, y el soberano la tomó del codo y la sacudió, obligándola a mirarlo.

—Creo que las alhajas que has escogido no son las más apropiadas para la ocasión —le reprochó con los tendones del cuello crispados a causa de la furia.

—Esta misma tarde me aseguraste que soy tu trofeo —le recordó sin amedrentarse—, así querías mostrarme ante tu gente, pero, que lo sea, no significa que esté conforme con mi suerte, y así te lo hago saber. Aunque, tengo la certeza de que no es lo inapropiado de mi indumentaria lo que te encoleriza, sino que alguien se atreva a desafiarte.

—Y por eso mismo no te lo voy a consentir —sentenció, mascullando entre dientes.

Se puso en pie y tiró de ella, arrastrándola consigo. La condujo a trompicones e ignorando los intentos de la mujer de zafarse, hasta los

aposentos que ocupaba la soberana. La hizo entrar de un empujón, provocando que cayera al suelo de forma aparatosa, aunque a él, inmerso en su furia, no le importó. Su vista reparó en una gran llave situada en un mueble, la cogió y se colocó encima de Gladys, apresando su cuerpo entre ambas piernas. La reina lo golpeaba, queriendo escapar de él, pero Khawf la abofeteó, aturdiéndola durante unos instantes y que él aprovechó para liberarla de aquellas vergonzosas cadenas.

—No vuelvas a desafiarme de ese modo —le advirtió mientras ella se palpaba el pómulo, y se maldijo porque no pudo evitar que las lágrimas comenzasen a correr por sus mejillas.

—Lo haré cada vez que tenga ocasión —respondió, en cambio, tratando de transformar la congoja en desprecio—, cada vez que quieras imponerme tu voluntad.

Una cáustica risotada resonó en la recámara.

—Te confundes, querida —le dijo con una sonrisa malévolamente que a ella la hizo temblar—. Aún no te he impuesto nada, pero creo justo darte una pequeña muestra de ello.

Y entonces, sujetó con ambas manos el escote del vestido y, haciendo uso de todas sus fuerzas, lo rajó. El cuerpo desnudo de Gladys quedó expuesto ante la mirada hambrienta y lasciva de Khawf, que se relamió al verla mientras disfrutaba de los vanos intentos de la mujer por cubrirse los senos.

Le tomó ambas muñecas con una sola mano, por encima de la cabeza, provocando que el cuerpo femenino se arqueara hacia él, y con total impunidad atrapó con la boca uno de los pezones.

Gladys comenzó a chillar, a pedir auxilio, a revolverse con todo lo que era por zafarse del ataque de aquel malnacido, cuyo gozo parecía aumentar cuando mayores eran sus gritos. Sin embargo, era tal la repugnancia que sentía que no podía dejar de luchar, hasta que consiguió liberar una de sus manos. Sin dudar, cogió las cadenas, olvidadas a su lado, y golpeó a Khawf en la sien con ellas.

El soberano bramó, una mezcla de dolor y furia, pero la turbación a causa del golpe ayudó a que Gladys pudiera escapar. Corrió hacia una mesa, tomó uno de los tantos jarrones que adornaban la recámara y lo quebró contra la madera. Khawf, aunque tambaleándose, caminó hacia ella, pero antes de alcanzarla, vio que se clavaba una de las filosas puntas en el cuello.

—Detente —le advirtió ella, apretando los dientes, presa del miedo y sintiendo que, pese a apostar su vida, no había más oportunidad que esa—. Si

das un paso más, fornicarás con el cuerpo de una muerta —lo amenazó, y para darle firmeza a su aseveración, la punta se hundió y un reguero de sangre comenzó a teñir su piel de rojo.

Khawf quedó estático, observándola. Gladys estaba medio desnuda, con los pechos expuestos, el pómulo amoratado por su golpe y la respiración agitada a causa del temor. A pesar de lo vergonzoso de la situación para ella, Gladys poseía el espíritu de una reina. Su altivez y valentía, su arrojo y su temperamento, lo anclaron al suelo, a pesar de que sus deseos de tenerla habían traspasado los límites de su propia humanidad; aquel soplo de admiración que llenó su interior los refrenó.

—Sabes que soy capaz de hacerlo —prosiguió mientras la sangre brotaba con más intensidad—. Hace treinta años no lo dudé, a pesar de que contaba con la protección de mi casa y mi padre. Aun así, habría cercenado sin remedio mis venas con tu daga con tal de no pertenecerte. Ahora, no tengo nada, solo mi vida, y juro por la sangre que estoy derramando que de ella no podrás disponer jamás.

El soberano tragó saliva. Era mayor su anhelo de mantenerla viva, de conseguir su beneplácito algún día para ser el dueño de su existencia, que el placer de poseerla en ese instante. Sus instintos primitivos pugnaban por ganarle aquel pulso a su sentido común, pero venció finalmente a la tentación.

Sin decir ni una sola palabra, salió de la recámara dando un portazo y se dirigió a sus propios aposentos. Su corazón bombeaba por todo su cuerpo una mezcla de excitación, deseo, rabia, impotencia y orgullo, tal cúmulo de sensaciones tan intensas y distintas que apenas podía soportarlo. Se acercó a una mesa y se sirvió un vaso de vino, que se bebió de una sola vez, y luego otro, y otro... Con un bramido quebrándole la garganta, lanzó la greda contra la pared, convirtiéndola en miles de añicos.

Khawf escapó de allí y se dirigió al exterior del castillo, en busca del frío de la noche, de algo que aplacara el fuego que ardía en sus venas, fuera lo que fuese.

Tras acabar con sus tareas, Brandon, Agatha y Ethel se reunieron en la parte posterior del castillo, en un pequeño patio bastante alejado y protegido de ojos y oídos indiscretos. El guardia les informó de que ya había enviado el cuervo a Los Lagos, a las manos de Trystan, resumiéndole lo acontecido y lo

que habían averiguado.

Agatha, por su parte, les narró su encuentro con Jordan y con Gladys, y Ethel les refirió lo que había presenciado en el comedor. En un principio, a la princesa le produjo cierta diversión, incluso le enorgulleció la actitud resuelta de su tía. Sin embargo, confiaba en que aquel arrebató de rebeldía no le trajese desagradables consecuencias.

Con aquel pensamiento aún revoloteando en su mente, Agatha se despidió de los jóvenes, y Ethel iba a seguir sus pasos cuando Brandon la agarró del brazo, deteniéndola.

—¿No ha sucedido nada más en ese comedor digno de mención? —le preguntó a bocajarro.

La joven lo miró entre atónita e incrédula, pues no solo le sorprendía que se hubiera enterado sino que se lo cuestionara así, como un reproche. Ni tenía derecho a hacerlo ni ella era culpable de lo ocurrido.

—Me he encontrado al carcelero de camino aquí, riendo la borrachera con varios de sus compañeros y jactándose del beso que te había robado, de lo deliciosa que eres —le recriminó él, y Ethel sintió que se le coloreaban las mejillas.

Su pudor se vio vapuleado al reflejarse en las palabras de Brandon la lascivia de aquel hombre; en boca del guardia se le antojaron aún más obscenas porque, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, dichas por él resultaban mucho más hirientes de lo que en realidad eran. Y aquella censura en sus ojos...

—¿Crees que yo soy la culpable, que yo lo he provocado? —le cuestionó, con un repentino temblor dominando su voz. Y le dio rabia que él se percatase de cuánto le afectaba su acusación.

Lo vio pasarse las manos por el cabello, mascullando una maldición, mortificado.

—¿Acaso no te das cuenta de que lo haces sin pretenderlo? —continuó reprendiéndola, y ella sintió el escalofrío que acompaña a la decepción recorriéndole la espalda—. Incluso el rey te recordaba de sus días en el feudo Durstan, y por cómo te devoraba con los ojos, no por tu forma de servir la mesa precisamente.

—¿Qué estás insinuando? —espetó, con lágrimas ardiendo en su garganta—. Como Sybill pretendía meterse en la cama de Su Majestad, yo aspiro a lo mismo, ¿no? ¿Escuchar su sarta de majaderías me convierte en una mujer de su misma calaña?

—¡Claro que no! —exclamó él, a la defensiva al darse cuenta de que se había extralimitado—. ¿No ves que trato de protegerte?

—¿De qué? —Dio una risotada con forzado desdén—. Ya que soy una zorra, déjame disfrutar de cuantos hombres se pongan a mi alcance.

—Ethel, no...

—Eres un canalla, Brandon de Asbath —siseó, con los dientes apretados y cerrando los puños alrededor de la tela de su falda para no golpearlo—. Eres despreciable y maldigo el día que los dioses cruzaron nuestros caminos.

Aquella aseveración provocó que Brandon diera un paso atrás, sobrecogido por el cariz que había tomado aquella conversación cuando él, en realidad, solo pretendía... solo quería...

—No sé por qué te crees con derecho a juzgarme, hacerme pagar por unas culpas que solo existen en tu mente —prosiguió ella, lanzando sobre él un profundo desprecio a través de su mirada, ensombrecida—. Tal vez, solo buscas expiar tus propios pecados, tus errores del pasado, condenándome a mí por ellos, pero no te lo pienso permitir.

—Ethel...

—Este castillo es lo bastante grande como para que no debamos cruzarnos siquiera —sentenció—. Aunque, si lo hacemos, fingiré que no te conozco, Brandon. Para mí, has dejado de existir.

Antes de que las lágrimas la delataran y la dejaran en evidencia delante de él, Ethel echó a correr, alejándose. No se detuvo hasta que el ardor que le invadió los pulmones le impidió respirar, hasta que el llanto le impidió ver. Apoyó la frente contra un muro y lloró amargamente, deseando que todo lo que hubiera de Brandon en su interior también fuera expulsado con aquellos agónicos sollozos.

Dioses... ¿Por qué dolía tanto? ¿Por qué sentía que su corazón se hacía añicos? Cada latido era más doloroso que el anterior, y por segundos temía no ser capaz de soportarlo, que el sufrimiento que le infligía aquel palpitar sobrepasara la resistencia de su alma y la quebrara para siempre.

Brandon...

Ella...

Ella lo amaba...

Y, de pronto...

La presión de un cuerpo musculoso contra su espalda que le impedía moverse... Un aliento fétido a vino en su mejilla... Una risa malévola, propia del Inframundo, grabándose en su mente...

La sangre dejó de correr por sus venas y se convirtió en puro terror, licuado, palpable y frío, y su corazón ya no bombeaba vida, sino repentinos deseos de morir cuando una mano rasposa le tapó con violencia la boca mientras la otra levantaba su falda por detrás, sin que ella pudiera hacer nada por impedirlo.

Sus pechos y su mejilla se clavaron contra el muro, sentía que la aplastaba, que perecería asfixiada.

Ojalá.

El dolor que atravesó sus entrañas la rompió por dentro, desangrándola, su cuerpo, su espíritu, su inocencia. Y solo quería morir... que todo terminara de una vez y morir.

Gritó, y cuanto más lo hacía más se hundía aquel maldito sin rostro en ella, más la abría en canal, más la destrozaba.

«Por favor... Mátame, por favor...».

Tal vez, por eso luchó con todas sus fuerzas, para que la rematara con sus golpes. Ya estaba perdida, y no sería capaz de seguir viviendo, no podría enfrentarse cada día a la vergüenza, al recuerdo de esos gemidos nauseabundos en su oído, a sentirse tan sucia, inmunda, impura... un despojo.

A la culpa.

Volvió a penetrarla con violencia contra la pared, y otra vez, y otra...

Gritó de nuevo. Clamó a los dioses, a su madre difunta, a Brandon...

«Oh, Brandon...».

Rogó por una muerte que no llegaba; solo había lágrimas, sangre y dolor. Su cuerpo dolía, y su alma... Su alma...

Y, de súbito, todo se volvió negro, y ella sonrió.

«Deati, Señora de la Muerte, ¿has venido a buscarme?».

Capítulo 19



«Fingiré que no te conozco, Brandon. Para mí, has dejado de existir».

Las palabras que acababa de decirle Ethel resonaban en la mente del guardia como una maldición, y lo peor, se le clavaban en el centro del pecho.

No acertaba a comprender cuándo se le había ido de las manos, aunque, tal vez, sí lo sabía: desde el primer momento que se negó a aceptar lo que sentía por ella.

Ethel lo turbaba, y lo instaba a replantearse ciertos aspectos de su vida que habían permanecido inamovibles durante años. Remover el pasado era doloroso, pero su presente, ella, no le permitía escapar de ello.

Deambulando por aquel oscuro patio del que la joven había salido huyendo, se maldijo por su torpeza. Una cosa era no estar dispuesto a admitir la inexorable realidad, y otra que Ethel creyese que tenía tan mal concepto de ella. Se fue de allí pensando que él la consideraba una cualquiera, incluso peor, y era todo lo contrario.

Era cierto que en un principio desconfió de su carita de niña en ese cuerpo de mujer, sobre todo al venir a saber su identidad, pero, una vez aclarado el malentendido, aquel recelo no lo abandonó, al revés, aumentó al ser consciente de cuánto le afectaba su cercanía. Por todos los dioses... si hasta había cometido la osadía de convertirse en el ladrón de sus besos impunemente, incluso recayendo la culpa de su propia falta sobre ella.

Sí, Ethel tenía razón. La culpabilidad lo instaba a comportarse así, los remordimientos de un pasado del que no era capaz de liberarse, por muchos años que transcurrieran.

Se dijo que, al menos, Ethel merecía que se comportara como el caballero que nunca había conseguido ser, pues la joven no era responsable de su necesidad. Quizás no consintiera ni escucharlo siquiera, pero las circunstancias ameritaban una disculpa por su parte, aunque jamás pudiera sincerarse con ella.

Con decisión, recorrió la senda que la doncella escogió para marcharse, aunque imaginó que se había retirado a su cuarto. No le importaba, ya lo consideraba un infame desgraciado y le traía sin cuidado añadir una grosería

más a su lista de majaderías, y si tenía que aporrear la puerta para conseguir hablar con ella, lo haría.

Sin embargo, de pronto, oyó unos quejidos femeninos en la lejanía, un sonido tan lastimero y lleno de sufrimiento que le heló la sangre. Sin titubear, se encaminó hacia esa dirección, pero no alcanzaba a comprobar lo que sucedía cuando alguien, envuelto en sombras, se alejó a la carrera, como un furtivo. Habría salido tras él si no hubiera escuchado el sonido pesado de lo que parecía una persona estrellándose contra el suelo.

Se acercó, y la imagen que contemplaron sus ojos le licuó las entrañas, mientras una neblina roja de rabia y pura inquina lo cegaba. El cuerpo de Ethel estaba a sus pies, desmadejado, medio desnudo y ensangrentado.

—¡Ethel!!

Su nombre envuelto en un grito de dolor le quebró el pecho y la garganta. Se arrodilló en el suelo, a su lado. Las manos le temblaban al estirarlas hacia ella, necesitaba tocarla para comprobar que estaba viva, empero, al mismo tiempo, el miedo le atenazaba los músculos y el alma ante el pensamiento de que no fuera así.

Armándose de valor, la rodeó entre sus brazos... Acercó el oído a su boca y respiraba, pero estaba muy malherida. Tenía todo el rostro amoratado y sangraba por la nariz y la comisura de la boca. Sus pechos estaban arañados, y la falda, que estaba levantada, dejaba ver varios regueros de sangre que corrían por sus piernas.

—Mi niña, ¿qué te han hecho? —La dulzura del apelativo quedó opacado por la infinita furia con la que fue pronunciado.

Tragándose una bola de cólera que lo asfixiaba, le recompuso las ropas como pudo y la alzó entre sus brazos. El creciente odio que lo invadía le impulsaba a salir en busca del maldito que la había vejado de un modo tan salvaje, pero Ethel precisaba de auxilio, presto, y él se moriría si ella lo dejaba.

Sí, prefería morir...

Con premura, se dirigió a los cuartos de las esclavas. No le importó lo impropio de su presencia allí, pues necesitaba salvar a Ethel por encima de todas las cosas.

—¡Auxilio! —gritó en cuanto accedió a aquel corredor lleno de puertas—. Por los dioses, ¡que alguien me ayude! ¡Ressa, hermana! —vociferó, rogando por que Agatha estuviese allí y saliese a socorrerlo.

En cambio, no fue solo ella. Dhāra, Cabsi y varias esclavas más abrieron

sus puertas para comprobar qué estaba sucediendo.

—¡Brandon! ¿Qué haces aquí? —exclamó Agatha, y chilló espantada ante aquella visión—. ¡Ethel!

El guardia trataba de mantener la compostura, firme, pero la congoja que produce la impotencia lo dominaba.

—Por favor... —alcanzó a musitar, clavándosele en el alma y la hiel la desgarradora imagen de esa mujer que él temía perder sin ni siquiera haberla tenido.

—Sígueme hasta su cuarto —le ordenó la gobernanta con tono frío y templanza, dominando la situación—. ¿Quién ha sido?

—No lo sé. No pude verlo —admitió, y miles de remordimientos y culpas lo golpearon con fuerza, minándole el espíritu. Si no hubiera discutido con ella, si no la hubiera dejado marchar, si no hubiera tardado tanto en tomar la decisión de ir en su busca... Si se hubiera atrevido a decirle la verdad...

Cabsi le hizo una señal para que la tumbara en la cama, y él la dejó con todo el esmero del mundo.

—Sal —le exigió entonces.

El guardia fijó los pies al suelo, apretando los puños y negando de forma categórica con la mirada, pero la gobernanta no iba a ceder.

—Si quieres que la salve, saldrás —le advirtió con dureza.

—Vamos —murmuró Agatha, agarrándolo del brazo.

Pese a la advertencia de la anciana, la princesa tuvo que tirar para conseguir moverlo, y no lo soltó hasta que llegaron al pasillo. Entonces, Brandon lanzó un puñetazo contra el muro mientras el bramido que dejaba escapar desde lo más hondo de su ser resonaba en el estrecho corredor de piedra.

Agatha dio un respingo, sobresaltada, pero luego se acercó a él y posó una mano en su hombro, queriendo otorgarle algo de consuelo. El guardia apoyó la frente en la fría mampostería.

—Tiene que vivir —masculló, tragándose un repentino sollozo, tal vez de debilidad o de pavor, no lo sabía, aunque tampoco le importaba. Aquellas lágrimas eran una nimiedad comparado con el dolor que le desangraba el corazón.

Desde ese instante, todo fue un ir y venir de doncellas, con agua caliente, paños limpios, sábanas, pero en mitad del trasiego, nadie le daba razón de cómo estaba la muchacha. El tiempo pasaba demasiado lento y le desesperaba la ausencia de noticias. Sin embargo, que hubiera tanto movimiento debía

significar que Ethel se mantenía con vida.

Al cabo de lo que a Brandon se le antojó una eternidad, Cabsi salió al pasillo, secándose las manos con un trozo de lino, y tanto él como Agatha se aproximaron, aunque la ansiedad y nerviosismo del joven quedaban patentes, por lo que la anciana lo miró a él.

—Te lo ruego, mujer, dime...

—Vivirá —le respondió con esa inexpresividad que la caracterizaba—. Sus heridas son graves, tanto las que se ven como las que no, pero he conseguido detener la hemorragia y, con la ayuda de los dioses y los remedios, incluso podrá tener hijos.

Brandon dejó escapar una pesada bocanada de aire que le comprimía los pulmones, respirando un alivio que apenas podía creer, pues el temor aún le arañaba el alma. Pero Ethel viviría, y eso era lo único que le importaba. Entonces, murmurando un apenas audible «gracias», se dirigió a la habitación, y Cabsi lo detuvo con una mirada reprobatoria en su rostro. Sin embargo, la que Brandon le lanzó advirtiéndole que nada lo detendría fue mucho más poderosa.

Agatha lo acompañó, aunque se quedó detrás. Ethel estaba enfundada en uno de esos vestidos grises que portaban las esclavas de ese reino y dormía plácidamente, o eso imploraba él. Deseó con todas sus fuerzas que, al despertar, se hubiera borrado de su memoria lo ocurrido, o que tuviera el convencimiento de que había sido una pesadilla. No obstante, en las heridas y señales de su rostro perduraría durante demasiado tiempo la evidencia de lo sucedido, y él habría dado la mitad de su vida con tal de ahorrarle ese sufrimiento.

—Yo velaré su sueño —se ofreció la princesa.

—No —negó él con rotundidad, y le dedicó una mirada intensa y acongojada que hablaba por sí sola.

Agatha comprendió al instante aquella zozobra, el temor, el dolor, y ese anhelo oculto que pugnaba por aflorar, pero que permanecía encadenado a los remordimientos. Le produjo cierta ternura, aunque también pesar.

Vio cómo cogía una silla y la colocaba próxima al lecho, dispuesto a guardar el descanso de Ethel. Cuando se sentó, Agatha se acercó y le puso la mano en el hombro. Brandon la observó un tanto extrañado.

—Si alguien puede salvarla, ese eres tú —murmuró.

—No sé de qué hablas, hermana —añadió, echando un vistazo hacia la puerta, por si alguien estaba escuchando.

—Todas estas jornadas compartidas me han permitido ver más allá de vuestras miradas esquivas y las respuestas recelosas, casi disonantes, sobre todo en ella. —Señaló a la joven, y Brandon desvió la vista hacia Ethel, incrédulo y sin querer dejar paso a la ilusión que podía provocar el significado de esas palabras—. ¿Para ti es verdadero? —se atrevió a preguntar.

—Lo es —musitó él, dejando escapar un suspiro de desesperanza.

—En ese caso, no desistas —le aconsejó en tono dulce—. Y si es necesario, no la escuches.

Brandon la miró, sorprendido, y no tardó en comprender a qué se refería, por lo que asintió, tornándose graves sus facciones.

—Me retiro, pero si precisas de algo, ya sabes dónde encontrarme.

Brandon asintió, con movimientos lentos de su cabeza, cavilando sobre lo que acababa de decirle. Le aterraba la reacción de Ethel al despertar.

Despacio para no interrumpir su sueño, alargó el brazo y comenzó a acariciar su mano con la punta de los dedos. Su piel era tan suave... fragante. Recordaba a la perfección el día que la conoció, cuando tuvo que salvarla de ser derribada por el caballo desbocado de Lord Durstan. La había montado a lomos del suyo, delante de él, y ese aroma que lo atrapó aún perduraba en su memoria. Le sorprendió que, a pesar de lo dispar de sus estaturas, ese cuerpecito se acoplara tan bien al suyo, y aquel día no comprendió bien de dónde surgió el ansia de apresar su fina cintura con el brazo, apretarla a él y hundir el rostro en aquel cabello de destellos como el fuego, que lo deslumbraba. Toda ella lo hacía, desde el principio, su forma de enfrentarlo, de increparlo, incluso de insultarlo. Poseía arrojo, valentía, y una lealtad que había probado con creces, en más de una ocasión. Y cada vez que pensaba en sus besos... El suelo se sacudió bajo sus pies al besarla por primera vez, antes de partir hacia Meissen, aunque él se negaba a admitirlo, su mente al menos, porque su corazón... Cuando aquella pareja de borrachos los sorprendieron de camino a casa de Lord Durstan, le habría bastado taponarle la boca con una mano, sí, tal y como ella le reprochó después. No obstante, no pudo privarse del gozo de volver a saborear la miel de sus labios, y Ethel le correspondió, durante unos instantes, pero se entregó a su beso. Sus dedos se aferraban a su cuerpo, su respiración era un continuo sobresalto, la notó temblar entre sus brazos... Era una mezcla de inocencia y pasión que lo aturdió, lo abrumaba, y no se habría separado de esa boca por nada del mundo.

Brandon dejó escapar el aire con pesadez. Verla así le partía el alma. Ethel

no se merecía tal ultraje, sino todas las bendiciones de los dioses. Merecía ser feliz. Tomó su mano, con suavidad y lentitud, y se la llevó a los labios, depositando un beso en su palma. No pudo contenerse. Un sollozo estalló en su boca y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, y que él ni siquiera se esforzó en reprimir. Se sentía tan pequeño, inútil, impotente... desdichado... Si pudiera volver el tiempo atrás...

Permaneció toda la noche despierto, velándola. Su sueño se agitaba de vez en cuando, pero él le susurraba palabras dulces al oído y conseguía sosegarla, alargando su reposo. Lo necesitaba para reponerse.

Sin embargo, al alba, comenzó a removerse en el lecho, hasta que finalmente se despertó y abrió los ojos. Brandon la observó. Tenía la vista fija en el techo, con visible confusión, aunque luego giró el rostro al reparar en su presencia. Lo miró extrañada, sin entender qué ocurría, pero, de pronto, se cubrió la boca con una mano, mientras se le coloreaban las mejillas y se le enrojecían los ojos a causa de una repentina y desgarradora congoja. Antes de que él pudiera decir nada, volteó el rostro, rehuyendo de él, y lanzó un gemido al acusar tal movimiento brusco su cuerpo injuriado.

—Tranquila —le dijo con suavidad—. No debes agitarte.

—¿Qué haces aquí? —inquirió en tono de reproche, sin encararlo—. ¿Por qué tú...?

—Yo te hallé —le confesó, sin querer engañarla.

—Divina Vetsa —gimió, sumida en un repentino llanto lleno de sufrimiento y vergüenza—. Márchate, Brandon, te lo ruego.

—No, Ethel —respondió con firmeza.

La joven apretó los párpados, sumida en el dolor, tanto de su cuerpo como de su alma.

—Por favor... —insistió.

El guardia se puso en pie, pero no le obedeció, sino que rodeó la cama y se arrodilló al otro lado, y Ethel se topó con sus ojos cuando abrió los suyos.

—No me mires así...

Intentó rehuirlo, pero Brandon le sujetó el rostro, sin rudeza, mas sin permitir que se apartara.

—¡Déjame, Brandon! No puedo soportar ni tu lástima ni tus remordimientos —arrojó las palabras sobre él, con dureza—. Nunca me tomé en serio el juramento que le hiciste al rey de protegerme, así que no cargues con esto sobre tu conciencia.

—No juré en vano —le aseguró con pasión—, pero...

—No te inquietes, soy una zorra, ¿recuerdas? —espetó con un desprecio que al joven se le clavó en el pecho—. Merezco que...

—No vuelvas a decir algo así —masculló él, apretándole las mejillas entre ambas palmas y con los tendones del cuello crispados a causa de la rabia y la impotencia—. Mataré con mis propias manos a quien te ha hecho esto. Descubriré quién ha sido y le arrancaré las entrañas, Ethel, te lo juro.

—Y sigues jurando en vano —le reprochó ella, agarrándolo de las muñecas para que dejara de tocarla, y una mueca de dolor se dibujó en su rostro al apenas poder soportar aquel movimiento—. Ni entonces creí en tu promesa ni la creo ahora —le recriminó, curvándose sus labios con un gesto desdeñoso—. ¿Sabes por qué? Porque tú fuiste el primero que me trató como una cualquiera, desde el principio.

—¡Eso no es cierto! —exclamó él, profundamente mortificado por su acusación, y ella lanzó una risa, falsa e hiriente.

—Cuando me dirigía a casa de Lord Durstan, tenías la excusa de aquellos hombres que casi nos descubren. Te aprovechaste —le recordó, inyectando repugnancia y despecho en su recriminación. Brandon se irguió, farfullando una maldición. Le vinieron a la memoria las palabras de Agatha y comprobó que iba a tener que seguir su consejo más pronto que tarde—. Pero ¿y cuándo te marchaste a Meissen? —prosiguió la muchacha, descargando sobre él toda su inquina—. Tu beso no fue más que un castigo, pues en cuanto me conociste, me juzgaste, me condenaste y decidiste ser tú mismo quien aplicase la sentencia.

—¡No! —se defendió él con pasión.

—Eres un mentiroso, despreciable, egoísta...

—¡Sí! Soy egoísta —exclamó él, acercándose al lecho de una zancada, aunque manteniéndose en pie, con los puños apretados para controlar los impulsos de tocarla, abrazarla—. Te besé por puro egoísmo —admitió, y ella esbozó una sonrisa triunfal y acusatoria—. Porque deseaba con todas mis fuerzas que tu corazón quedara en suspenso, a la espera de mi regreso.

La sonrisa en el rostro de la doncella se esfumó, tornándose su expresión sombría, dura, pero que solo trataba de ocultar una inmensa aflicción.

—Pues lo conseguiste, maldito seas. Lo conseguiste —admitió.

Brandon quedó sin aliento ante sus palabras, sin capacidad para reaccionar.

—Y ahora, márchate... ¡Márchate! —le gritó con todas sus fuerzas y asaltada por un súbito y agónico llanto.

—Ethel...

—¡Vete! —insistió ella, pero Brandon no se movía, no podía. Era su oportunidad para confesarle... debía decirle que...

De pronto, Cabsi irrumpió en el cuarto, sobresaltándolo, y supo que era el momento de retirarse, que no de rendirse. Había cometido demasiados errores en su vida, algunos fatales, pero no caería otra vez en su propia estupidez.

La gobernanta atendía a la joven cuando Brandon abandonó la habitación con una determinación grabada en su sangre.

No importaba lo que Ethel creyese, lo que pensara de él, sino lo que el guardia había intuido entre la inquina de los reproches que había lanzado sobre él. Brandon rescataría lo que ese malnacido había quebrado con su vileza, se encargaría de devolverle lo que ese canalla le había arrebatado, aunque se dejara la piel, la vida en ello; Ethel volvería a ser la mujer que lo había cautivado, su niña, hermosa, valiente, decidida, aunque un poco inocente. Se juró a sí mismo que nadie volvería a hacerle daño, le procuraría protección, seguridad... Ethel sería feliz de nuevo, a su lado, y él no se separaría de ella. Nunca. Jamás.

Capítulo 20



En aquel amanecer de principio de otoño, Trystan paseaba taciturno por las almenas del castillo de Los Lagos. Al sur, los obreros ya habían comenzado su jornada y continuaban con la ejecución de la nueva muralla, y los ojos del rey se perdieron entre aquellos hombres mientras su pensamiento volaba más allá, al otro lado del Mar Istook.

Hacía demasiados días de la partida de Agatha, y el ambiente en el castillo estaba crispado ante la ausencia de buenas nuevas. Nicholas no lo decía, pero en su facciones podía leer que se arrepentía profundamente al haberle permitido a su hermana llevar a cabo esa locura y adentrarse en aquella odisea que bien podría provocar su muerte, la de los tres jóvenes. No obstante, era rey antes que hermano, y parte de sus obligaciones era sobreponerse a la zozobra de la incertidumbre, incluso de sus malas decisiones, en caso de serlas... Al igual que las suyas propias.

Su amada Gladys...

Suspiró mientras una punzada se le clavaba en el pecho. ¿Creería que la había dado por perdida, que la había olvidado? No podía ni imaginar su sufrimiento, el desamparo, lo desdichada que se sentiría al estar sometida al antojo del villano de Khawf y saber que él no había ido en su busca. Trystan confiaba en que Agatha hubiera arribado sana y salva a sus dominios, incluso que hubiera hablado con ella para referirle la situación... ¿Lo culparía por no haberlo dejado todo atrás por rescatarla?

Empero su esposa lo conocía bien, sabía de sus principios y convicciones, lo que significaba el poder que ostentaba, la corona que portaba, y confiaba en ser capaz de compensarle todo el padecimiento, la espera, tener la oportunidad de hacerlo.

El corazón se le detenía durante dolorosos instantes ante la idea de perderla para siempre, ante la posibilidad de ser el causante de su muerte. Sin embargo, había que actuar en consecuencia y no dejándose llevar por la

agonía, y un ataque a la desesperada conduciría a su gente al suicidio; aunque penase lo que le restaba de existencia, no podía sacrificarlos a cambio de la vida de la reina. Él moriría por ella si así la libraba de las infames garras de Khawf, los dioses eran testigos de ello, pero ese maldito no la liberaría jamás.

Como si sus plegarias hubieran llegado al mismísimo Kratvah, de pronto, el graznido de un cuervo se escuchó en la lejanía. Mientras el corazón del soberano palpitaba contra sus costillas ante la perspectiva de noticias, por fin, no tuvo más que aguardar unos instantes para que el negro aleteo destacara entre el anaranjado amanecer, acercándose a él. Con firmeza y decisión, extendió su brazo y el ave se posó en él. El pequeño pergamino no escapó a su escrutinio y, con sumo cuidado, lo desenganchó de su pata y lo leyó.

—Por Bhut todopoderoso...

Con premura, se dirigió al torreón sur, donde sabía que se hallaba su sobrino. Apenas aguardó tras llamar a la puerta, y el joven apartó sorprendido la vista de unos documentos que estudiaba ante su intrusión.

—Agatha... —susurró, al ver que Trystan sostenía en su mano al cuervo de Moira.

Llegaba el sol a su cénit cuando ambos soberanos despidieron a Nigel, a quien habían hecho llamar para ponerlo al tanto. El mensaje de Brandon era escueto aunque esclarecedor, al igual que aterrador, y debían actuar con rapidez.

Después, tras dejar al cuervo en su torreón, fueron al dispensario, donde aún acudía gente llegada de distintas aldeas del sur a ser atendida. Al menos, el campamento alzado días atrás para asistir a los que sufrieron el ataque de los guardias de Shyt había sido desmantelado. Por otro lado, había empezado a ocuparse la zona situada entre las dos murallas, pues el éxodo propuesto por Nicholas ya había comenzado. Su pueblo abandonaba sus casas y partían hacia el castillo con lo poco que tenían, al abrigo de su rey, y el joven rogaba a los dioses para poder ser capaz de protegerlos y proveerles de todo cuanto precisasen.

Allí, tal y como suponían, encontraron a Gabrielle, Claire y Erick. El príncipe, ayudado por su mujer, estaba cerca de una mesa preparando un unguento, sentado aunque con la pierna dañada apoyada en una silla. Por fortuna, a pesar de su obcecación de renunciar a su reposo por ayudar a los heridos, el hueso estaba soldando bien y la herida mejoraba con el paso de los

días.

Quien preocupaba a Nicholas era su propia esposa, pues ella también necesitaba descanso debido a su estado. Gabrielle intentaba disimular, hacerse la fuerte, pero por la noche al llegar al lecho, estaba tan fatigada que casi no tenía energías para desvestirse.

En ese momento, estaba terminando de vendarle el brazo a un muchacho, quien apenas levantaba la cabeza, en una mezcla de apuro y respeto, y que agachó más la mirada ante la llegada de los soberanos. En cuanto la reina acabó su labor, el joven hizo una reverencia un tanto titubeante y se marchó de allí. Gabrielle aún sonreía cuando su marido se le acercó. Lo recibió con un dulce beso en los labios y que él saboreó con deleite.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella, mordiéndose el labio con coquetería al agradarle su inusitada visita. Nicholas solía permanecer en el torreón, o con la guardia, en sus entrenamientos, pues no se consideraba apto para esos menesteres sino más bien un estorbo.

—Traemos noticias —respondió él con gravedad, soltándola al tiempo que miraba a Trystan, que se había acercado a su hijo para pasarle el pergamino que portaba el cuervo y que leyó en voz alta.

El silencio y la gravedad se adueñaron del ambiente en cuanto finalizó. Las dos mujeres se miraban con preocupación, y Erick observaba a los dos hombres con un deje de impotencia en su expresión al no poder ser de más ayuda.

—¿Cómo vais a proceder? —les cuestionó con seriedad, removiéndose en la silla un tanto incómodo al sentirse inútil.

Nicholas suspiró y comenzó a deambular por la pequeña sala, con las manos en la espalda, pensativo y pesaroso.

—No creo que nuestro ejército resista ese ataque venido del sur, pues a las tropas de Shyt se unirá el grueso de las de Khawf —reflexionó en voz alta.

—El ejército de Asbath te espera en Las Encrucijadas —le recordó su primo.

—Y tanto Breslau como los Territorios Gealach han enviado los suyos; están de camino para unirse al de Meissen —añadió Claire.

—A ellos los necesito para atacar Vākh —decidió el soberano, deteniéndose frente a su familia—, por lo que confío en que los hombres de Asbath resulten un contrafuerte lo bastante robusto como para soportar el avance enemigo y que no arriben a nuestras murallas.

—Lo harán —intervino Gabrielle, acercándose a él con expresión

confiada—. Resistieron los embates de Balkar durante años —apuntó—. También lo harán ahora.

Nicholas asintió, aunque lo sombrío de su mirada inquietó a su mujer, que lo estudiaba con detenimiento.

—Primo —cayó entonces en la cuenta Erick—, dices que vas a atacar Vākh. Eso significa...

—Trystan y yo partimos hacia Gunnar —respondió casi en un murmullo, sin dejar de mirar a Gabrielle, como si en realidad se lo estuviera diciendo solo a su esposa, quien se tapó la boca con una mano ante tan inesperadas y dolorosas palabras—. Con el cuervo avisaremos a Cailen para que dirijan a los hombres hacia los dominios de su suegro. Cuando la guardia de Khawf esté ocupada en el sur, nosotros partiremos hacia Vākh con la ayuda de Josiah. Lo siento, no hay otra opción —dijo esto último de modo apenas audible, con infinita tristeza y culpabilidad en sus ojos.

Sin embargo, Gabrielle también leyó en ellos la determinación y que no había posibilidad alguna de disuadirlo. Aun así, buscó la silla más cercana y se sentó, y Nicholas, con premura, se arrodilló frente a ella. Le tomó la mano con la que aún se cubría la boca y le besó la palma.

—Gabrielle...

—Ya lo sé —musitó la joven, tratando de reprimir un sollozo—. Es solo que yo...

De modo instintivo se palpó el vientre, y el soberano apretó las mandíbulas, comprendiendo cuánto dañaba a su mujer con aquella decisión. Gabrielle lo necesitaba más que nunca, su cariño, su protección. No obstante...

—Es por Ilsik y por nuestro futuro hijo que lo hago, mi amor —le dijo, enjugando una lágrima que ya corría por su mejilla—. Merecen vivir en un mundo libre, sin verse sometidos al yugo de ese malnacido de Khawf. No es ese el futuro que pretendo brindarles.

Gabrielle asintió varias veces con la cabeza, queriendo aparentar resolución, pero el sollozo que escapó de su garganta la traicionó. Nicholas envolvió sus mejillas con sus manos y la besó, con infinito amor aunque también aflicción y pesar. Era un beso agridulce, pues la ternura se entremezclaba con la sal de las lágrimas de su esposa.

—Debo ir en busca de Agatha —añadió, acariciando su rostro con suavidad.

—Y yo no resisto más sin Gladys —admitió Trystan, mirando a su hijo,

quien extendió su mano para que la tomase al tiempo que asentía con la cabeza.

—Según Brandon están todos bien —trató de animarlo.

—Dudo que, de no ser así, nos lo dijera —le rebatió, disconforme—. Y yo... —suspiró, alejándose un par de pasos, cabizbajo—, sabes que soy de naturaleza pacífica, pero no descansaré hasta haber matado a Khawf con mis propias manos.

Erick apretó los labios en una línea, tenso y rabioso a partes iguales, y maldecía que su imprudencia de antaño lo mantuviese lejos de la lucha.

—Tú quedarás al frente, aquí —dijo Nicholas, como si le hubiera leído el pensamiento—. Tal vez no empuñes una espada, pero te dejo al cuidado de lo que más quiero en esta vida —añadió, volviendo a mirar a su esposa.

La joven ahogó un sollozo y se echó a sus brazos, permitiendo que él la estrechara con fuerza. Sin embargo, su abrazo se vio interrumpido por la llegada de Bruc.

—Disculpadme, Majestad, pero acaba de arribar una nueva oleada de aldeanos —le informó con premura, la misma con la que Nicholas se puso en pie y se le acercó.

—Pero...

—No hay heridos —le confirmó con prudencia—, al parecer nuestro ejército repelió el ataque.

—Gracias a los dioses... —recitó el monarca, suspirando con alivio—. Hay que enviar ese cuervo a La Encrucijada enseguida —se dirigió a Trystan, quien concordó.

Luego, todos se encaminaron hacia el exterior del castillo, a la entrada principal, para recibir a aquella pobre gente que se había visto obligada a abandonar sus hogares por la demencia de un infame.



Conforme atravesaban el bosque previo al Anillo de Desolación, a Patrick le recorrió la espalda un escalofrío letal. Creía que jamás volvería a pisar aquel infame reino y, sin embargo, ahí estaba. Francis, Griän y Steven habían partido hacía días rumbo a Los Lagos tras el aviso del Rey Nicholas mediante el cuervo, y él decidió permanecer en Asbath, terminando de limpiar su patria de indeseables alimañas que pretendían aliarse con el Rey Khawf y perturbar

la paz que tanto les había costado conseguir. Y eso mismo le hacía recordar dónde se encontraba.

Desde que los Hæe fueron aniquilados, el Reino de Adamón había quedado en el olvido por parte del rey de Los Lagos. Nicholas no había mostrado ningún tipo de interés por aquel castillo incrustado en un macizo de las Tierras Altas: la Fortaleza Roja, y nunca tuvo intención alguna de que pasase a ser un territorio anexionado a su soberanía... hasta entonces.

En realidad, solo iba a utilizarlo como mazmorra para mantener a la escoria alejada de Asbath, y el grupo de guardias que lo acompañaban tenían como misión permanecer allí, como centinelas, e iban custodiando los carruajes en los que viajaban aquellos señores feudales cuyos nombres venían reflejados en la lista que facilitó Ethel en su día.

Sin embargo, era de suponer que Adamón seguía ocupado por los pocos supervivientes de la última guerra contra Hrodgar y los Hæe, y confiaba en que no les creasen problemas. Temían un enfrentamiento, por lo que todo el regimiento marchaba alerta, y él, aun sin saber si sería un absurdo, ató un pañuelo blanco en la punta de su espada y la cruzó sobre su pecho, como señal de paz, y así comenzó a atravesar el Anillo de Desolación.

Avanzaron con lentitud. Desde su posición, Patrick podía divisar algunas columnas de humo que se alzaban por encima de la muralla, aunque no detectaron actividad en las almenas, ni siquiera en las más cercanas al portón principal; si había guardia, no lo parecía. No obstante, el joven sí apreció movimiento en las laderas próximas al castillo, y alguna que otra fogata. No terminaba de comprender...

Con cautela, se aproximaron al puente levadizo cuyo rastrillo, para su asombro, permanecía alzado, como si en realidad, alguien aguardara por ellos. No era así, pero al guardia no pudo más que sorprenderle el cambio de aquel reino, pues pegadas a la muralla había construidas un gran número de casas que no existían antaño.

Fue entonces cuando los primeros rostros, las primeras miradas de desconfianza, llegaron hasta ellos. Patrick decidió continuar hasta lo que en su día fue la entrada principal al castillo, y que ahora se asemejaba a una decadente amalgama de bloques de piedra al parecer deshabitado. De hecho, la gente que acudió a su encuentro salía de las casas, no del castillo. Todos tenían aspecto de campesinos, hombres, mujeres, niños... ni un solo uniforme.

Uno de aquellos hombres, de edad avanzada y semblante ilustrado, se

acercó a Patrick, con prudencia y recelo, a pesar del símbolo que enarbolaba el joven. Este desmontó, despacio, y aguardó a que se le aproximara.

—Mi nombre es Flavus —se presentó, aunque no lo abandonaba la cautela—. ¿Quiénes sois? —preguntó, señalando el pañuelo blanco.

—Yo soy Patrick de Asbath, y vengo en representación de nuestro soberano, el Rey Nicholas —le informó, desatándolo y envainando su espada.

Escuchar aquellas palabras aún puso más alerta al hombre, y a quienes estaban a su alrededor y lo oyeron.

—Veo que estáis establecidos aquí y no es nuestra intención perturbar vuestra vida —le aseguró Patrick—, mas confío en que comprendáis que el rey posee la soberanía de estas tierras por pleno derecho —le advirtió, aunque de modo amistoso, si querer provocar más tirantéz.

—Lo comprendo, pero Adamón es nuestra patria —alegó, abriendo los brazos, queriendo abarcar a su alrededor a la gente que estaba presenciando aquel encuentro—. No la abandonaremos sin luchar —objetó sin amedrentarse.

—Y nadie os pide que lo hagáis, buen hombre —se apresuró a decir Patrick, alzando las manos en gesto conciliador—. Nuestro soberano solo precisa de las mazmorras.

Flavus lo miró con extrañeza, pensativo.

—Os rogaría que me acompañarais a mi casa para que discutamos del asunto mientras vuestros hombres se refrescan —le pidió, y le hizo señas a unos cuantos jóvenes para que los acompañaran a las antiguas caballerizas y que aún seguían en uso.

Patrick, por su parte, asintió, y siguió a Flavus hasta su casa. Era humilde, pero acogedora, y ambos se sentaron a la mesa. Una muchacha de hermosas facciones salió del interior con una jarra de vino, y el hombre sirvió un par de vasos antes de indicarle a la que en realidad era su hija que se retirara y los dejara solos.

El guardia bebió sin dudar, en lo que trataba de ser un gesto de confianza, y debía reconocer que el brebaje era de calidad.

—Dime, Flavus, ¿eres su líder? —se atrevió a preguntarle.

—No porque lo haya escogido —le aclaró—. Soy el de mayor edad.

—Entiendo —asintió él—. ¿Y cómo mantienes la paz? Advierto demasiado sosiego entre la gente para haber formado parte del ejército de Balkar —se mostró reticente.

—No todos lo fuimos —le narró, jugueteando con el vaso, un tanto

preocupado—. La mayoría somos campesinos que vivíamos relegados en las montañas, sometidos por Balkar. Cultivábamos en las planicies de las Tierras Altas, y su guardia venía a servirse de nuestras cosechas... y de nuestras mujeres —recordó con resquemor—. Pero tras el triunfo del Rey Nicholas, la guardia pasó a ser una minoría, así que nos rebelamos —añadió con pasión.

Patrick meditó sus palabras, pensativo. Aquella gente llevaría prácticamente dos años asentada tras esas murallas, en el que consideraban su hogar por derecho.

—Funcionamos en base al respeto mutuo, cosa que no ha resultado fácil —continuó Flavus su narración—. Se realizan asambleas periódicas para exponer posibles problemas, incluso disputas, aunque los guardias que aceptaron las nuevas condiciones, son los que vigilan que no se altere la paz.

—Y crees que nuestra llegada va a malograr esa paz que tanto os ha costado conseguir —supuso, perspicaz, y Flavus tragó saliva.

—Acabáis de decirme que Su Majestad solo quiere hacer uso de las mazmorras —lo tanteó.

—Y así es —le reiteró—. No obstante, los guardias de Asbath que me acompañan deben permanecer aquí, al cuidado de mis reos, y ellos sí tienen legitimidad para mantener esa paz que tanto defiendes, pues te recuerdo que el rey al que juraron servir es también soberano de estas tierras; él gobierna, no tú —le recordó.

—Lo sé, y lo acepto —añadió—. Pero vuestra presencia puede alterar la tranquilidad en la que ahora vive esta gente —lamentó.

—Mi ejército no es el de Balkar —apuntó, un tanto molesto—. Son hombres nobles, que han luchado por su patria, por liberarnos de la tiranía de quien un día fue tu rey —añadió, dando la cara por ellos—, así que su última pretensión es ser como él y someteros. Pero te repito que de ellos es el deber y el derecho de asegurar que vuestra paz se mantenga como hasta ahora, en nombre del que ahora es tu rey.

—Cómo contradecir a quien no ha mostrado interés alguno por ser nuestro soberano —replicó con ironía, incluso con cierto resentimiento, advirtió Patrick.

—Tal vez, el Rey Nicholas jamás ha considerado que alguien pueda aceptar de buena gana su soberanía —lo defendió con brío—. No es falta de interés, sino que nunca lo han conducido las ansias de poder o de ampliar sus territorios, pues tanto Los Lagos como Asbath son lo bastante prósperos. La pregunta es, Flavus, ¿Adamón quiere ganarse la confianza de su nuevo rey,

formar parte, o incluso beneficiarse, de esa bonanza? Porque creo que está en vuestra mano.

Patrick dio un último trago de vino y dejó con un golpe el vaso en la mesa, tras lo que se puso en pie.

—Por el contrario, si dificultáis a mis hombres que realicen su cometido, no dudarán en utilizar todos los medios necesarios para hacer valer su potestad, y te recuerdo que han vencido a la guardia de Balkar en más de una ocasión. Y lo volverán a hacer —sentenció, y dicho esto, abandonó la casa.

Flavus lo vio marchar, temiendo que la paz que tanto les había costado lograr pendiera de las espadas de Asbath, como aquel pañuelo blanco, vulnerable a merced de un soplo de viento que lo lanzaría por los aires y que lo haría estrellarse contra cualquier cumbre de las Tierras Altas. Un viento que, precisamente, provenía del sur...



Se avecinaba tormenta, y Raleigh temía que aquellos nubarrones negros que avanzaban desde el norte no trajeran únicamente lluvia. Estaba a la espera de noticias, de hecho, ya deberían haber llegado, y aquel retraso solo podía significar una cosa.

Se dejó caer pesadamente en el diván, pero su mirada se volvió a perder a través de la vidriera de aquel salón situado en sus aposentos privados, donde trataba temas de envidia y también se ocupaba de otros menesteres no tan honorables, aunque que su esposa, Edwina, hubiera viajado con él hasta Shyt, le había obligado a dejar a un lado aquellos divertimientos. Sin embargo, no era por respeto, ni siquiera por consideración hacia ella, sino porque esperaba portar primero la corona de Gunnar antes de dar rienda suelta a sus vicios. Todos los hombres los tenían... Y si no, que se lo dijeran a su padre, que agonizaba en su cama a causa de una sífilis contraída por fornicar con tanta meretriz se pusiera a su alcance.

Su padre... Mentiría si dijera que lamentaría su muerte, pues era un escollo menos para sus planes: que él no fuera el heredero al trono no significaba que no tuviera sus aspiraciones.

—¡El ejército de Nicholas nos está masacrando! —Irrumpió de pronto en la estancia su hermano Nasier, el primogénito, el futuro rey y, por tanto, lo único que se interponía entre él y la corona de su progenitor.

—Hola a ti también, hermano —lo saludó con desgana y frunciendo los labios.

—Déjate de ironías —lo increpó, avanzando hasta él mientras sacudía los brazos—. ¿Es que no me has escuchado?

—Mis oídos funcionan a la perfección —respondió con sonrisa forzada—, y con tus bramidos, no solo te he oído yo sino cualquier infeliz de aquí a nuestras fronteras.

—Tú sí que eres un infeliz —lo insultó, mirándolo de arriba abajo con desprecio—. Y yo, el más estúpido de los mortales por permitir que un inútil advenedizo como tú lleve el reino a la ruina. Haz algo de inmediato, Raleigh, detén esta locura, o juro por los dioses que te despellejaré vivo en mitad de la plaza si el ejército de Los Lagos alcanza nuestra muralla —le amenazó, lanzándole una última mirada llena de inquina antes de marcharse.

El príncipe mantuvo la compostura y aquella mueca forzada que pretendía ser una sonrisa de complacencia y obediencia hacia él y que se borró del golpe cuando salió.

Se puso en pie y comenzó a deambular por el salón, mesándose los cabellos. Debía reconocerlo, no había podido sorprender a Nicholas. Confiaba en desatar una masacre en los territorios sureños de Los Lagos, y por lo que sabía, su ejército se había topado con aldeas vacías y la guardia esperándoles, lista y dispuesta para defenderse. Tenía que reconocer que había rechazado su ataque con maestría.

Maldición... En cuanto fue conocedor de ello, mandó un emisario a Vākh. Su puerto no era de tanta envergadura como el del Reino de Gunnar, pero contaban con una pequeña flota.

Sabía que no debía preocuparse, no todavía. No pasaría mucho tiempo hasta que los hombres del Rey Tirano emprendieran un ataque masivo, una finta que seguro en el norte no esperaban. Rogaba a los dioses por que la estratagema de Khawf diese resultado; a Raleigh no solo le adjudicaría dos coronas sino que le permitiría presentarse frente a su pueblo como su salvador, aunque la realidad fuera otra muy distinta. Y tan distinta... pues no era más que el bufón del Rey Tirano. No obstante, llegados a ese punto, le importaba bien poco. Lo importante era conservar la cabeza pegada a su cuello y había apostado al caballo vencedor.

Paladeando aquella idea en su boca con la intención de que le levantase su minado ánimo, se dirigió a los aposentos que compartía con su esposa para cambiarse de vestimenta antes de acudir a cenar, y allí la encontró, bastante

inquieta, aguardando por él.

—¿Se puede saber qué te traes entre manos? —Fue su recibimiento, y su voz, más aguda y chillona de lo normal, taladró el cráneo del príncipe, quien tuvo que hacer un gran esfuerzo por no mostrar lo que en realidad le producía su presencia. Primero el estúpido de su hermano y ahora ella... Por los dioses, tenía el Kratvah ganado con lo que se veía obligado a soportar.

—¿A qué te refieres? —fingió ignorancia. Se detuvo frente a un baúl y comenzó a buscar entre sus ropas.

—He escuchado los gritos de Nasier —le aclaró—, acusándote de que vas a llevar el reino a la ruina.

—¿Y qué te importa la opinión de ese imbécil?

—Bueno... yo... —Edwina intentó disfrazar aquel titubeo de culpabilidad en sobresalto.

—No deberías creer todo lo que ese fantoche dice y, además, es un tema que no te incumbe —prosiguió él sin percatarse, tratando de no ser demasiado brusco con ella, aunque empezaba a perder la paciencia.

—Soy tu esposa, Raleigh —le recordó con un tono un tanto impertinente, recuperando la compostura, incluso colocó los brazos en jarras y alzó la barbilla con soberbia. Fue la gota que colmó el vaso.

—¿Y eso te da derecho a meter las narices en mis asuntos? —le gritó, y soltando un improperio, le dio la espalda.

Toda la resolución de Edwina se disolvió al instante. Lo miró desconociéndolo, como si ese no fuera su esposo, pues él nunca la había tratado de ese modo. Sí, Raleigh no era perfecto, pero se mostraba complaciente con ella, educado y atento. Quiso creer que la tensión producto de lo que acaecía al norte le crispaba los nervios y le hacía actuar así.

Se acercó a él mientras lo veía revolver sus ropas de forma nerviosa en el baúl, y colocó una de sus manos en su hombro. Lo escuchó exhalar con disgusto.

—Raleigh, tal vez deberías meditarlo —pronunció con tono sosegado—. Creo que es una locura atacar a Nicholas de Los Lagos.

—Te he dicho que no te metas —insistió, sacudiendo el brazo para zafarse del contacto—. ¿Qué sabrás tú de invasiones y estrategias? —añadió, mirándola de reojo.

—Nada —admitió—, pero quiero lo mejor para ti, mostrarte mi apoyo, para eso soy tu esposa —le reiteró.

—Lo que eres es estúpida... No necesito ni tus ridículas palabras de ánimo

ni tu apoyo —espetó con desdén, cerrando de golpe el baúl—. Pero, ya que como dices eres mi esposa, desnúdate —le ordenó con dureza y frialdad.

Edwina dio un paso atrás, asombrada por aquel arranque descortés y, sobre todo, por esa sombra de libidinosa maldad que apreció en sus ojos y que la hizo temblar de temor.

—Desnúdate —le repitió, acercándose a ella con sonrisa pérfida—. Eso es para lo que realmente me sirves, querida mía, para calentar mi cama, y lo haces muy bien.

—Raleigh...

La joven caminó hacia atrás, titubeante ante la actitud de su esposo y con las manos extendidas para que no se le acercara, cosa que a él lo llenó de diversión.

—Así, no... —Negó ella con la cabeza, y él lanzó una risotada. Era su mujer, por lo que no había ultraje, ¿verdad?, y necesitaba desfogar toda su ira y frustración. Entonces, Edwina dio con las corvas en el lecho.

—Tú decides: o por las buenas o por las malas —la amenazó él con dureza, mostrando un rostro que la princesa jamás había advertido en él.

Con una profunda decepción que le encogía el alma y lágrimas que pugnaban por escapar de sus ojos, se llevó las manos al corpiño y comenzó a desatarlo. La mirada obscena de su marido recorría sus movimientos que tenían poco de sensual, pero que a él lo encendían igualmente, pues esa era su verdadera naturaleza. Así que se tragó el llanto que de nada le serviría y prosiguió.

El corpiño cayó al suelo y le siguieron la falda y la enagua, mientras Raleigh se deshacía también de sus ropas. Una vez desnudos, le señaló el lecho y ella obedeció, sin decir ni una sola palabra; tampoco era menester.

Se tumbó en cama, con la mirada fija en el techo y se abrió de piernas, resignada a acoger en su interior a aquel hombre que la desposó y que jamás le mostró cómo era en realidad; el monstruo que la penetraba de forma ruda y dolorosa en ese aciago instante.

Capítulo 21



Agatha aprovechó que el resto de sirvientas estaban ocupadas con la limpieza del castillo para entrar a la cocina y servirse un poco de agua, aunque no era la sed lo que precisaba aplacar en ese instante. Se sentía nerviosa, preocupada, desesperada...

Por un lado, lo que le había sucedido a Ethel caía sobre su conciencia como una pesada losa. Ciertamente que la joven decidió por voluntad propia acompañarla, pero no hacía más que preguntarse si podría haber sido más categórica a la hora de negarse a su ofrecimiento. Lo lamentaba tanto... Ethel no merecía algo así. Con el transcurrir de los días se estaba recuperando y no tardaría mucho en abandonar el reposo al que la había forzado Cabsi, pero a Agatha le preocupaban las heridas del alma, esa inocencia quebrada que no había ungüento en el mundo que pudiera sanar. Sin embargo, Brandon la quería, lo sabía pese a que él no lo hubiera confesado abiertamente, aunque tampoco era necesario. Pero existía una posibilidad para ambos de ser felices, por ínfima que esta fuera, pues sospechaba que ella también lo quería a él.

Felicidad... Ese sentimiento parecía no ser capaz de atravesar las aguas del Mar Istook para alcanzar aquel maldito reino. En esas tierras todo era miedo, desdicha y tiranía, y confiaba en que Nicholas exterminara aquella plaga que pretendía extenderse a lo largo y ancho de su mundo. El cuervo aún no había regresado; imaginaba que su hermano lo estaba utilizando para coordinar los distintos ejércitos de la Alianza, y sería entonces cuando lo enviaría a Vākh, para que ellos pudieran ponerlo al tanto de los planes de Khawf.

Y mientras tanto, ellos tres debían sobrevivir y tratar de no quedar expuestos, motivo por el que apenas se había encontrado con Gladys. No obstante, necesitaba ver a Jordan de forma imperiosa.

Sosteniendo la greda en la mano, se sentó en la mesa. Dhāra no había vuelto a pedirle que la ayudara a dar de comer a los presos desde que lo hiciera el día de su llegada, y esperaba esas palabras con desesperación. Incluso se había ofrecido a asistirle, a lo que la esclava se había negado, y no veía excusa para seguir insistiendo si no quería ser descubierta. Divina Vetsa... debía verlo, a como diera lugar, aunque solo fuera un instante. Tal

vez, a esas alturas, su esposo creía que su encuentro no había sido más que producto de su imaginación, de la demencia causada por su cautiverio, y por otro lado, la princesa no se había embarcado en semejante odisea para ni siquiera poder acercársele. Sí, no había llegado hasta allí para darse por vencida en la última etapa de su periplo, y el riesgo bien valía la pena.

Dio otro trago de agua y su mirada permaneció fija en la pequeña vasija de arcilla, mientras giraba la muñeca para hacer temblar el líquido que quedaba en su interior. Entonces, una repentina idea se coló por su mente y que le hizo sonreír. Con seguridad la reprenderían, pero confiaba en que alegar su desconocimiento de las costumbres del castillo la ayudase.

Se acercó a un mueble del que tomó una gran jarra, que llenó de agua hasta arriba, y un vaso limpio. Luego, con decisión y aplomo, dirigió sus pasos hasta la cantera.

El sol caía con fuerza y era una jornada calurosa a pesar de estar abandonándolos ya el verano, un motivo más para fomentar su iniciativa. Aunque su buen talante debido a la expectativa de encontrarse con Jordan se diluyó al ver a aquellos desgraciados, encadenados y golpeando la dura roca de modo inhumano. No sabía dónde estaba su esposo, tal vez al final de aquella hilera de reos, pero ella comenzó a repartir agua a discreción pese a arriesgarse a ser amonestada antes de dar con él. No podía pasar de largo, ignorar sus miradas llenas de ansia al reparar en la jarra que portaba apoyada en la cadera.

Sin embargo, quisieron los Hados que aquel riesgo no fuera en vano, y reparó en él a unos cuantos pasos de distancia, encadenado a otro preso y mazo en mano, picando piedra sin parar. Su altura y complexión destacaban entre el resto, aunque era cierto que su cuerpo había perdido vigor, se le veía desmejorado, con barba y con las ropas tironeadas. De hecho, apreció que la espalda de su más que deslucida camisa presentaba un corte. Se le anudó el estómago al adivinar que era producto de algún latigazo...

Y entonces, él la miró. Sus ojos oscuros se clavaron en ella, y una chispa de emoción los hizo brillar. Lo vio erguirse y otear a un lado y otro, tratando de disimular, pero su simple postura emanaba anhelo, ansia por acercarse, por tocarla... Su cuerpo la llamaba, reclamaba su contacto, y Agatha, reprimiendo los deseos de correr hasta él, llegó a su altura con paso sosegado y contenido.

Llenó el vaso de agua tras lo que se lo ofreció, y la mano de Jordan cubrió la suya, lanzando una corriente que alcanzó sus corazones, sacudiéndolos. Él

ahogó un débil gemido, no pudo evitarlo, pero llevaba días debatiéndose entre las dudas y la locura, sin saber si aquel encuentro en su celda había sido cierto o una mera fantasía, y poder tocarla por fin provocaba que su alma vibrara.

—Muchas gracias —atinó a decirle, limitándose a tratarla como a una desconocida, intentándolo al menos, y el esfuerzo era sobrehumano, mucho más duro que enfrentarse diariamente a esas rocas. Se moría por estrecharla entre sus brazos y besarla hasta quedar ambos exhaustos...

—De nada, solo es un poco de agua —murmuró ella, en lo que parecía un lamento.

Jordan negó con la cabeza antes de beber. La comprendía, sabía de su impotencia, de su tormento, pero si ella supiera lo que significaba tenerla allí, a solo un suspiro de distancia...

—Me has salvado la vida, Ressa —respondió con voz profunda y mirada intensa, con un mensaje velado en sus palabras y en la negrura de sus ojos.

Agatha apretó un puño entre los pliegues de su vestido, luchando con todas sus fuerzas para no perderse en la tentación de echarse en sus brazos. Entonces, Jordan alargó la mano para devolverle la greda, y esta vez fue ella la que aprovechó la ocasión y mantuvo los dedos sobre los de su esposo más tiempo del necesario... aunque, en realidad, precisaba de aquel contacto más que del aire para respirar. El joven fue quien quebró el instante, por el bien de ambos, y señaló con la cabeza a su compañero. La princesa comprendió y volvió a llenar la pequeña vasija y se la ofreció al anciano con tal de continuar con la farsa, aunque toda su atención estuviera centrada en él.

—¿Qué demonios estás haciendo?

De pronto, la voz furiosa de Öfn los sorprendió, y Agatha se preparó para lo que ya había supuesto que sucedería. El guardia se acercaba a ellos, amenazante, y ella bajó el rostro en actitud servil y sumisa.

—Dándoles un poco de agua a los reos —respondió con temor.

Entonces, el carcelero le arrancó la jarra de la mano y la reventó contra la roca. La muchacha dio un respingo, asustada, y Jordan tuvo que morderse en interior de la boca para controlar su ira y no lanzarse sobre él.

—Está prohibido —la increpó Öfn, acercando la boca a su rostro, apretando las mandíbulas.

—Lo siento mucho, no lo sabía —se defendió ella con forzada humildad—. Aún no me adapto a vuestras costumbres.

—Pues no salgas de las cocinas hasta entonces —le ordenó él, mostrándole

el látigo con la intención de intimidarla, y Jordan creyó que el momento de matar a Öfn había llegado, pues si se atrevía a tocarla, le partiría el pescuezo con sus propias manos, aunque fuera lo último que hiciera en la vida.

Sin embargo, no fue más que una advertencia, y Agatha, tras dedicarle una mirada fugaz a su esposo, se marchó de allí con premura, rumbo al castillo. El carcelero, por su parte, observó a los reos, quienes se concentraban en las rocas, sin dirigirle la mirada para no provocarlo. De hecho, el guardia sonrió cuando vio que Jordan apretaba los dientes, creyendo que era debido al esfuerzo; aquella cantera minaba el orgullo de cualquier hombre. En cambio, el joven trataba de controlar el impulso de estrellar aquella maza en su maldito cráneo.

Por fortuna, Öfn se retiró al acercarse a otros reos a los que reprendió, y Jordan respiró aliviado.

—¿Quién era? —preguntó Qorxu de pronto con declarada curiosidad, y Jordan no pudo evitar sorprenderse debido a su repentina cuestión, aunque se recompuso al instante.

—Nadie —respondió, categórico—. Solo una esclava que me trajo la comida la otra noche.

—Ja —espetó con una sorna tal que Jordan lo miró extrañado—, y yo soy un bebé de pañales.

—En ese caso, el tiempo se ha ensañado contigo, pues pareces un anciano —trató de seguirle el juego, centrando sus sentidos en la roca que intentaba trocear.

—Jordan de Asbath, ese halo que os envolvía... Entre esa mujer y tú existe un vínculo que os une, tan palpable que hasta un ciego lo percibiría —alegó con suficiencia—. Os devorabais con la mirada, amigo, con tanta intensidad que me habría ruborizado de ser una muchachita.

El joven se detuvo un instante, y se pasó la mano por la nuca, un tanto azorado.

—Tal vez resulte que esa esclava visita a los presos, prestándoles sus servicios y, en ese caso, lamentaré no haber tenido el placer de disfrutar de tan exquisita compañía —añadió con malicia, y la reacción de Jordan fue soltar el mazo y agarrarlo por la pechera, sacudiéndolo mientras gruñía. En cambio, Qorxu rompió a reír—. Tranquilo, compañero —lo instó a soltarlo—, solo pretendía que me confirmaras lo que ya sospechaba: la conoces, y no solo de llevarte la cena. Ella es...

Jordan lo liberó y volvió a coger el mazo, aunque lo apoyó en el suelo y se

sostuvo en él, cavilando, mientras que Qorxu lo observaba con impaciencia.

—Es mi esposa —le confesó finalmente.

—Por todos los dioses —exclamó el anciano, esfumándose su hilaridad para dar paso a una genuina preocupación—. ¿La han capturado?

—No —respondió con convencimiento, tras lo que volvió a su tarea—. Se ha presentado aquí con un nombre falso, por lo visto fingiendo que es una sirvienta.

—Cierto, me narraste que se llamaba Agatha —reparó su compañero en aquel detalle, antes de imitar al joven y proseguir con la extenuante labor—. Aunque no me referiste su osadía y arrojo... o mejor, su insensatez.

Jordan, por su parte, le lanzó una mirada de advertencia.

—Si Agatha ha dejado a nuestros tres hijos por adentrarse en este reino infernal, será porque tiene un buen motivo para ello —dijo, tratando de convencer a su amigo y a él mismo.

Porque no era posible que su esposa corriera ese riesgo, que podía suponer la muerte para ambos, por el mero capricho de compartir su misma suerte. No, no era tan irresponsable, sino valiente, decidida, toda una mujer, esa de la que él se había enamorado perdidamente tres años atrás y que tenía arrestos suficientes como para enfrentarse al mundo entero por lo que quería. Y eso sospechaba que estaba haciendo: enfrentarse al mismísimo Destino por él.

Agatha llegó sofocada a la zona de la servidumbre; por un instante creyó que aquel energúmeno iba a azotarla, o peor, que Jordan no sería capaz de contenerse y saldría en su defensa. Por fortuna, todo había quedado en un susto y ella había podido estar con él un momento, hablarle, incluso tocarle.

Se apoyó en el muro del corredor que conducía a sus cuartos y se puso la mano en el pecho, recuperando el aliento.

Jordan...

Lo amaba tanto... y la desesperaba no poder estar cerca de él, sacarlo de esa inmunda celda y volver a su hogar, con sus hijos. Pero sus intenciones al adentrarse en aquel inhóspito reino eran también ayudar a Nicholas a destruirlo, por lo que Jordan debería aguardar un poco más en aquellas mazmorras. Si pudiera advertirle, referirle sus planes, el motivo de su temeridad...

Sin saber qué solución darle a su inquietud, se encaminó hacia el cuarto de Ethel; quería ver cómo estaba y si necesitaba algo. Llamó a la puerta, pero no

le contestó, aunque algo le decía que su mutismo no se debía a que estuviera dormida, sino a su apatía, que apenas le permitía hablar. Ni siquiera se giró a mirarla cuando entró. Tenía la mirada fija en una pequeña ventana situada en lo alto del muro y que dejaba pasar los rayos de sol. A Agatha no le afectó su desinterés, de hecho, lo comprendía, pero no por ello iba a alejarse. Cogió una silla y la colocó cerca del lecho, en el lado hacia el que ella estaba girada. Fue al cogerla de la mano cuando la joven reaccionó.

—Hola —la saludó la princesa, sonriente—. ¿Cómo te sientes?

—Harta de estar en esta cama —le confesó con tal sinceridad que la princesa se rio—. Diga lo que diga Cabsi, mañana me levanto —añadió con decisión—. Necesito ocupar mi tiempo en algo y... dejar de pensar.

Agatha suspiró y le apretó la mano con afecto.

—Pero no creo que hayas venido a escuchar calamidades —decidió Ethel.

—He venido a hacerte compañía un rato y a contarte algo —le dijo con sonrisa pícara, y la otra muchacha aguardó con curiosidad—. He ido a la cantera a llevarle agua a los reos y he visto a Jordan —le narró, como si de una travesura se tratase, y la doncella abrió los ojos con incredulidad y estupor.

—Podrían haberte descubierto, o peor, que el baboso del carcelero, Öfn, te hubiera golpeado con su látigo —añadió, sintiendo una bola de náuseas subirle por la garganta.

No había olvidado aquel episodio en el comedor en su primera noche y, además, cabía la posibilidad de que fuera él el malnacido que la violó. Por los dioses... podría haber sido incluso el mismísimo Rey Tirano, pero ella no pudo distinguir la identidad de su agresor, de ese hijo de una mala perra que le había destrozado la vida.

—Deberías ser más cauta —insistió la joven queriendo borrar aquel pensamiento, y Agatha resopló, se puso en pie y comenzó a deambular por la pequeña alcoba.

—No puedo soportarlo más, Ethel —admitió con desesperación—. Necesito hablar con él, referirle nuestros planes, poder tocarlo sin temor a que nos descubran... No resisto estar tan cerca de él y a la vez tan lejos —agregó con profundo pesar.

Ethel sintió lástima de la princesa, le conmovió ese anhelo por estar con su esposo, todo el amor que le profesaba, y sintió una punzada en su pecho al saber que jamás podría aspirar a un sentimiento así.

—Yo te ayudaré —se ofreció de pronto, si saber de dónde habían surgido

aquellas palabras. Agatha la miró confundida, aunque antes de poder cuestionarle nada, llamaron a la puerta.

—Soy Brandon...

De modo instintivo, Ethel se giró, dándole la espalda a la puerta, aun siendo consciente de que era absurdo, pues Agatha ya iba a abrirle. Desde aquella terrible noche, el guardia había acudido a verla a diario, a pesar de que ella apenas le dirigía la palabra, le contestaba con monosílabos o lo ignoraba, pero él insistía. Muchas veces le narraba lo poco que había escuchado en la fragua acerca de los planes de Khawf, otras se interesaba por su estado. Sin embargo, a ella la invadía un resentimiento incomprensible, que escapaba a su control y a toda lógica, ya que Brandon no era el culpable de lo que le había sucedido. No obstante, aquel resquemor seguía ahí y la obligaba a mostrarse distante con él y a endurecer sus respuestas, más incluso que antaño, antes de llegar a aquel reino que parecía una prolongación del Inframundo.

—¿Es cierto que has ido a la cantera? —Lo escuchó decir al cerrar la puerta, y ella se giró con interés—. Hay ciertos chismes que recorren este castillo a la velocidad del rayo —añadió como explicación, aunque su mirada era implacable, esperando una justificación por parte de la princesa.

—Necesitaba verlo —alegó, con cierta altivez, a la defensiva, aunque en voz baja.

—Es muy peligroso —la amonestó él, mas su tono también era sosegado—. No debes volver a exponerte así.

—¿Es que ninguno de los dos puede comprender el infierno en el que vivo? —replicó ella, con pasión e impaciencia.

—Te recuerdo que, antes de que el oportuno de Brandon nos interrumpiera —dijo con retintín—, me ofrecí a ayudarte.

—¿De qué estás hablando? —la reprendió el guardia, y Agatha mantuvo silencio pues necesitaba saber.

Entonces, Ethel se incorporó, apoyando la espalda en el cabecero de la cama.

—Despistaré al carcelero para quitarle la llave —anunció, y ambos jóvenes se observaron con asombro.

—¿Has perdido el juicio? —la increpó Brandon con dureza.

—He perdido mucho más que eso —le respondió, fulminándolo con la mirada.

—Öfn se dará cuenta —razonó Agatha, sabiendo que mostrarle los fallos

de su plan sería la única forma de hacerla desistir, porque clamar a la cordura, tal y como pretendía Brandon, era una provocación en toda regla—. En cuanto repare en que no tiene la llave, sabrá que has sido tú quien se la ha robado.

—Brandon es herrero, ¿no? —inquirió con cierto desdén—. Seguro que puede hacer otra igual y dejarla de modo conveniente cerca de su puesto en las mazmorras mientras yo lo entretengo —añadió, y la exhalación de Agatha se vio opacada por el impropio que lanzó Brandon en un gruñido.

—Que Bhut todopoderoso me fulmine si permito que cometas tamaña insensatez —le reprendió el guardia, apretando los puños a causa de la ira—. ¡No vas a ponerte al alcance de ese vil bastardo!

—¿Quién te crees que eres para decirme lo que puedo o no puedo hacer? —le cuestionó la muchacha con decisión y furia—. Soy dueña de mis actos.

—No estás en tus cabales —negaba él, sin poderlo creer—. ¿Has olvidado lo que sucedió en el comedor? ¿No comprendes que ese malnacido puede...?

—¿Qué? —espetó, levantándose de la cama sin esfuerzo alguno al sentirse recuperada, y se dirigió a él con las mejillas enrojecidas por la rabia, y la mirada aguada—. ¿Qué puede hacer, Brandon? ¿Violarme, ultrajarme, robarme la virtud y el espíritu? —agregó con infinito desprecio en su voz—. No me queda nada —masculló, apretando los dientes y mostrándole sus manos vacías—, pero si en mi poder está que Agatha visite a su esposo, por esos mismos dioses a los que clamas que lo haré, sin importarme las consecuencias.

Brandon sintió que el corazón se le resquebrajaba con cada una de sus palabras, de forma dolorosa y letal. No, su Ethel no era así, no era esa mujer que lo miraba de arriba abajo con inquina, menospreciándose a sí misma de ese modo, como si no fuera más que una inmundicia, cuando era el ser más maravilloso sobre la faz de la tierra.

—Está decidido —sentenció ella—, así que, al menos, tanto uno como otro aprovechad la ocasión y que no sea en vano —los aleccionó con una frialdad inusitada en ella y que a ambos jóvenes los llenó de pesar y desazón—. Ahora, si me disculpáis, quisiera estar sola.

Y para reforzar su aseveración, fue hacia la puerta y la abrió, en una invitación a marcharse que ninguno podía rechazar. Ethel mantuvo el rostro girado, huyendo del escrutinio de sus miradas, y cerró la puerta en cuanto se marcharon.

En ese mismo instante, sus músculos se aflojaron y el temblor de sus

piernas apenas la sostuvo lo suficiente para dejarla llegar al lecho. Se tumbó bocabajo y hundió el rostro en la almohada, donde ahogó aquel llanto que le desgarraba la garganta y el alma.

Capítulo 22



El cuervo había anunciado su llegada, pero desde lo más alto de uno de los torreones, Gabrielle pudo observar cómo el ejército de Asbath se dirigía hacia el sur como una turba letal. Habían hecho un alto en el camino por petición de Nicholas, pues deseaba ir a su encuentro antes de emprender el viaje hacia el infierno.

En ese momento, tanto él como Trystan, quien portaba al cuervo consigo posado en su mano, atravesaban a caballo el rastrillo oeste, flanqueados por Francis y Griän, quienes habían acudido en su busca. El reencuentro con ellos había resultado agridulce, pues todos deseaban que hubiera sido en otras circunstancias, pero siempre era una alegría ver a apreciados amigos.

La soberana suspiró mientras la brisa de aquella tarde, con aroma a frutos otoñales, golpeaba su rostro. Sabía que la marcha hacia Gunnar de Nicholas estaba pronta, ya que solo aguardaba al paso de la guardia de Asbath para partir, y una inevitable tristeza asaltó a la muchacha.

De pronto, cuando el reducido grupo cruzaba la segunda muralla, vio que su esposo detenía un instante su montura y la hacía girar para mirarla directamente a ella. Alzó un brazo y lo agitó, saludándola desde la lejanía. Gabrielle agradeció que la distancia le impidiera al joven contemplar el amargo sollozo que contraía sus facciones, y forzando una sonrisa, lo saludó también. Nicholas, en cambio, exhaló con pesar antes de acicatear a su caballo para unirse al ritmo de sus compañeros; no le hacía falta mirar a su mujer de cerca para percibir su sufrimiento.

Continuaron en silencio hasta que alcanzaron el campamento. Los hombres habían encendido hogueras, para preparar alimentos y caldear el ambiente, e instalado carpas con el fin de pasar la noche, pues al amanecer reemprenderían la marcha hacia Shyt.

A pesar de estar ocupados, los que estaban situados más próximos repararon en la llegada de los cuatro hombres, y pronto se corrió la voz que

anunciaba la presencia de su soberano. Prestos, abandonaron sus quehaceres y corrieron a reunirse con él.

Desde lo alto de su caballo, Nicholas apenas alcanzaba a ver la gran cantidad de hombres que se hallaban apostados en aquel claro, y ni él ni Trystan desmontaron, ya no como una muestra de superioridad o soberbia, no, sino para que el mayor número de ellos pudieran verlos y escucharlos. Su intención era presentarles sus respetos y mostrarles su agradecimiento. De hecho, el joven no portaba su corona, ni siquiera el manto real; solo llevó con él su arco, como si fuera un guerrero más.

Los cuchicheos producto de la curiosidad y la admiración recorrían la muchedumbre, así que Francis enarboló el consabido silbido de Asbath y llamó su atención, haciéndose el silencio. Entonces, Nicholas tragó saliva y tomó aire, armándose de valor, pues mandar a aquellos hombres, padres, maridos, hijos... a la guerra era, con diferencia, uno de los peores cometidos que debía llevar a cabo como soberano, y eran ellos quienes merecían toda consideración.

—No podéis imaginar cuán honda es mi tristeza al encontrarnos en estas circunstancias, ni cuán profundo es mi agradecimiento para con vosotros —comenzó a decir el rey, con voz alta y firme, dirigiéndose a ellos con potestad. Se alzaron rumores, era inevitable, pero pronto se silenciaron para seguir escuchándolo—. Una vez más, el despotismo y la tiranía pretenden destruir nuestro mundo, y tras todo lo que hemos conseguido en estos años, no podemos permitirlo, al menos no sin luchar. Daré hasta la última gota de mi sangre con tal de que mis hijos y los vuestros crezcan en una tierra libre, no bajo la amenaza del temor.

—Ejércitos venidos del norte, nuestros aliados y hermanos, tanto de los Territorios Gealach, como de Breslau y Meissen, llegarán a reforzar nuestras filas y saldremos victoriosos en esta guerra —prosiguió Trystan, secundando las palabras de su sobrino—, y que se sucederá tanto aquí como en el mismísimo Vākh, pues esta plaga hay que erradicarla de raíz, desde su propio origen. Los dioses saben que he dedicado gran parte de mi existencia a asistir al prójimo, no a arrebatar vidas, pero moriré con honor por defender nuestra libertad.

—¡Lucharemos hasta la muerte! —gritó alguien entre la multitud—. ¡Viva el Rey Trystan!

—¡Viva nuestro Rey Nicholas! —exclamó otro, y los dos soberanos dedicaron a la multitud miradas de agradecimiento y orgullo.

De pronto, un guardia se acercó a ellos. Era Steven, Nicholas lo conocía muy bien, e inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Majestades, sería todo un honor para el campamento si compartierais con nosotros un poco de vino y disfrutarais de las piezas de caza que ya se están asando en la lumbre —le propuso con humildad.

Griän y Francis se aproximaron a su compañero, queriendo secundar y hacer aún más firme aquella petición, y los dos reyes compartieron sonrisas de complicidad.

—Creo que no podemos negarnos —decidió Trystan.

—Previne a Gabrielle y le advertí que no iríamos a cenar —alegó con fingida suficiencia, y los otros tres jóvenes se echaron a reír.

A pesar de los tiempos convulsos en los que estaban inmersos, los hombres, sentados alrededor de las distintas hogueras, comían, bebían, incluso cantaban sonatas, algunas subidas de tono y que provocaban las risas en sus compañeros. Nicholas miraba a su alrededor, disfrutando de un poco de vino y asombrado, pues parecía que una barrera invisible aislaba del exterior al campamento, como si no hubiera espacio ni para la preocupación o el miedo, como si no estuvieran próximos a toparse con la muerte de frente.

Al cabo de un par de horas, él y Trystan, tras despedirse de los hombres, emprendieron el camino de vuelta hacia el castillo, acompañados de nuevo por Francis y Griän.

—Nosotros partimos en los próximos días hacia Gunnar —les informó Nicholas al llegar a la entrada, donde se detuvieron.

—Enviadnos el cuervo en cuanto haya novedades —añadió Trystan, habiendo dejado el animal en el campamento.

—Y no os hagáis los héroes —los aleccionó el joven rey—. Retroceded y resguardaos tras nuestras murallas si os creéis en inferioridad de condiciones.

—No os inquietéis, Majestad. Nuestro ejército repelió durante años las hordas de Balkar —le recordó Francis.

—En cualquier caso, no dudéis en considerar la retirada como una opción —insistió el rey.

—Y no olvidéis que el cuervo es primordial en esta contienda —intervino su tío—. Estaremos en continua comunicación y, además, también contamos con el apoyo del Rey Josiah.

—Entendido —afirmó Griän.

—Que los dioses del Kratvah os guíen —les deseó Nicholas, tras lo que se despidieron con calurosos abrazos.

—Que los dioses iluminen vuestros pasos hacia el triunfo de la justicia, Majestades —pronunció Francis con solemnidad.

Ambos soberanos asintieron con la cabeza y aguardaron para verlos marchar, accediendo al castillo una vez desaparecieron en la negrura de la noche.

Tras dejar las dos monturas a cargo de un mozo, se dirigieron cada uno a sus aposentos, a descansar, pues las jornadas siguientes se presentaban extenuantes. Cuando Nicholas entró en la recámara, encontró a Gabrielle cerca de la ventana, observando el firmamento estrellado. Ilsik dormía plácidamente en su cama, en la estancia anexa y que una vez ocupara su madre, cuando no eran más que una pareja de desconocidos que acababan de contraer matrimonio fruto de un pacto.

Se aproximó a ella y la abrazó desde atrás, y Gabrielle apoyó la espalda en el torso de su esposo.

—¿Por qué no estás acostada? —le preguntó él en tono cariñoso—. Debes descansar.

—No habría podido dormir aunque lo hubiera intentado, por lo que he preferido esperarte —le respondió ella, apoyando las manos sobre las de su esposo.

—Siento llegar tan tarde —murmuró contra su pelo.

—No es tarde y era necesario —decidió Gabrielle—. Los hombres precisaban de las palabras de su rey.

Nicholas le dio la vuelta para verla de frente, y la miró con profunda admiración entremezclada con devoción.

—Los Hados no podrían haber escogido para mí mejor soberana que tú —recitó con agradecimiento—. Ni hay mujer en el mundo que pudiera hacerme más feliz, a la que podría amar del modo en que lo hago.

—Me pesa que tu deber como rey esté siempre en conflicto con tus anhelos como hombre —dijo Gabrielle con una sabiduría que a Nicholas le sorprendió, haciéndolo sonreír.

—Para tu consuelo, te diré que el rey se quedó fuera de esta recámara —murmuró—. Ahora, quien te estrecha entre sus brazos no es más que un hombre, Gabrielle.

Alzó una mano y la dejó caer con suavidad sobre su rostro, recorriéndolo hasta llegar a sus labios. Los acarició, despacio, notando la calidez del aliento femenino, y la luna iluminaba el cándido rubor de sus mejillas, arreboladas a causa de sus palabras.

—Nicholas...

Se inclinó despacio, dilatando el momento hasta alcanzar su boca. Gabrielle aguardaba por él, con la respiración irregular y los labios entreabiertos, con la mirada fija en los suyos, esperando, deseándolo...

Nicholas gimió cuando los apesó con los suyos en un beso intenso. Su mujer levantó los brazos y sus dedos se hundieron entre su largo cabello rubio, instándole a alargar ese instante hasta que quedaron sin aliento.

—Ámame, Gabrielle —le pidió con la pasión entremezclándose con una repentina desesperación—. Lléname de ti, de tu esencia, para que en esta maldita distancia que nos mantendrá separados te sienta a mi lado.

—Nicholas...

La besó en un impulso arrebatado, profundo, que marcase los labios de su esposa con los suyos, y la estrechó con fuerza, deleitándose en el delicioso temblor de su cuerpo que se estremecía como si nunca la hubiera besado, como si fuera la primera vez. La reacción de su mujer siempre lo turbaba, lo enardecía...

—Gabrielle...

—Seréis mío, mi señor —susurró con esa mezcla de inocencia y pasión que a su esposo lo hacía enloquecer—. Necesito sentirte, Nicholas, hasta que quedes grabado en mi piel, como una huella que perdure para siempre en mi cuerpo y mi corazón.

Nicholas apesó sus labios en un beso ardiente, lleno de promesas. Luego, la alzó entre sus brazos y la condujo al lecho, donde se amarían, donde se entregarían por entero, sin dejar nada por dar o recibir. Unidos. Para siempre...



Dhära resopló al comprobar las torres de platos por secar que le esperaban en la cocina. Era tarde, pues se había retrasado al llevarle la comida a los reos, y al volver, sus compañeras ya habían recogido y lavado todo lo utilizado en la cena y se habían retirado, por lo que estaba sola.

Con paso decidido, se acercó a la mesa donde estaban las pilas y comenzó su tarea, dispuesta a no perder más tiempo si no deseaba terminar entrada la madrugada; estaba exhausta y necesitaba descansar.

Otra noche más sin visitar a ĘaGhal... No sabía si el príncipe heredero era

consciente de ello, pero trataba por todos los medios de esquivarlo, de no cruzarse con él, de alejar la tentación que suponían sus palabras de amor y sus promesas. Él era un noble y ella, una simple esclava, y no dudaba que el Rey Khawf los matase a ambos si el romance que mantenían llegase a sus oídos. Su ira sería implacable...

¿Para qué engañarse entonces? ¿Por qué no aceptar de una vez que aquello no podía ser? Al menos, era firme en su propósito de mantenerse apartada de él, pero el castillo no era lo bastante vasto como para que no se encontrasen más pronto que tarde y, entonces, ella temía rendirse a él, al amor que le profesaba a ese hombre que no le estaba destinado, que jamás podría ser suyo. Los sueños y esperanzas volverían a resurgir, a florecer, y gestarían un dolor en el fondo de su alma que crecería con idéntica intensidad y que estallaría en cuanto se diera de bruces con la realidad.

Debía olvidarlo... Debía dejar de amarlo...

—Así que aquí estás...

La voz de Frygt detrás de ella la sobresaltó, y el plato que sostenía en sus manos cayó en la mesa con un estruendo. Azorada y temerosa a partes iguales, carraspeó y prosiguió con su tarea, fijando la vista en el paño que movía de modo frenético.

—Te he buscado en el comedor, durante la cena —prosiguió el capitán, acercándose a ella por detrás.

—Estaba en las mazmorras —le explicó, con tono monótono—. ¿Precisas algo?

—De ti —susurró sobre su oído.

La joven dio un respingo y trató de apartarse, pero él la sostuvo por los brazos, y hundió la nariz en el pañuelo que cubría sus cabellos.

—Tu olor me enloquece —le dijo, y ella se sacudió para zafarse y alejarse de él. Le dio la vuelta a la mesa y quedaron de frente.

—Tengo mucho trabajo —espetó, cogiendo otro plato—. Así que te agradecería que me dejaras sola. Cantará el gallo antes de que haya concluido.

—¿Por qué me rehúyes, mujer? —inquirió Frygt con recelo y escudriñándola con la mirada. Poco a poco se fue aproximando a ella, y Dhära tragó saliva aunque se mantuvo estática. No podían jugar al ratón y al gato toda la noche.

Y entonces, ese hombre que se le acercaba se manifestó frente a ella como una solución, como una vía de escape de una vida llena de sufrimiento y

desengaños, o de una muerte segura.

No le impidió que le cogiera la mano con la que sostenía el trapo, ni se quejó cuando se lo arrebató, al igual que el plato, y los dejó en la mesa.

—Hace días que espero tu respuesta, Dhāra —apuntó con forzada suavidad, porque era hombre de lucha, no de lindezas. Aun así, se esforzó por no mostrarse brusco e impaciente, aunque no pudiera evitar el insistir—. Te pedí que fueras mi esposa —le recordó, como si hiciera falta—. Dentro de poco partiremos hacia el otro lado del Mar Istook y quisiera saber si me esperarás como mi mujer.

—¿Qué? —se alarmó ella. Una cosa era aceptarlo y otra contraer nupcias en cuestión de días.

—¿Te parezco ansioso? —recitó él, con media sonrisa ladina y que a la joven le hizo temblar. No iba a poder...—. Deseo tenerte desde hace mucho tiempo —le confesó, recorriéndola con mirada hambrienta y lasciva. Comenzó a acercarse a ella, y Dhāra dio con su espalda contra la mesa, exhalando sobresaltada.

Frygt, en cambio, sonreía con diversión, y se mordía el labio a causa del deseo que esa mujer provocaba en él. La devoraría entera... y su entrepierna se endureció, concordando con él. Entonces, la agarró de las nalgas, y ella jadeó con estupor, aunque al capitán le trajo sin cuidado. La pegó a él y clavó su erección en su abdomen.

Dhāra colocó sus manos en el torso masculino, intentando empujar para separarlo de ella, y Frygt soltó una sonora carcajada, pues malinterpretó la actitud de la esclava al creer que se estaba haciendo de rogar por pura vanidad femenina.

Asaltó su boca con rudeza, obligándola a entreabrir los labios con su lengua e invadiendo su cavidad como solía hacerlo todo: avasallando e imponiendo su voluntad. Dhāra trató por todos los medios de dejarse llevar, de convencerse de que esa era su salvación, su única posibilidad, pero la expectativa de tener que besar durante toda su vida esa boca que lo único que inspiraba en ella era repugnancia y rechazo...

No... Ese hombre no era ĒaGhal, no era atento, cuidadoso, pasional y ardiente; su piel no reaccionaba con la suya, jamás la haría vibrar como él, ni podría entregarle su corazón. Nunca lo amaría como lo amaba a él, y pensar en el resto de sus días alejada del príncipe, compartiendo su existencia con otro, le revolvió el estómago y le dio las fuerzas necesarias para empujarlo de una vez y apartarlo.

—No —exclamó de forma categórica, y Frygt comprendió que no solo se refería a ese beso. La lujuria que se reflejaba instantes atrás en sus facciones se tornó en inquina.

—¿Te atreves a negarte? —inquirió él, preso de la rabia y el despecho—. La mitad de las esclavas de este castillo mataría por estar en tu lugar, por ser la escogida.

—Pues vete con ellas —replicó con valentía, incluso alzó la barbilla, y el capitán la agarró del brazo con brusquedad, apretando con la intención de dejarla marcada.

—Te quiero a ti —masculló, tensando las mandíbulas.

—Pero yo a ti no —respondió, tirando con la otra mano para que la soltara.

—Hay otro hombre, ¿verdad? —le reprochó él con dureza, como si tuviera derecho a hacerlo—. ¿Quién es el infeliz que osa arrebatarme la mujer que deseo?

—¡No hay nadie! —casi gritó, y se sacudió sin parar hasta que consiguió zafarse—. Me pediste una respuesta y ya la tienes. Ahora, déjame en paz.

—Oh, no, no lo pienses ni por un instante —le amenazó, señalándola con el dedo y clavando sus ojos furibundos en ella—. Pienso descubrir quién es ese bastardo, y créeme cuando te digo que lo mataré, lo destrozaré frente a ti, y te haré pagar por tu rechazo, Dhära, lo vas a lamentar de por vida.

—Ya te he dicho que no hay nadie —repitió, tratando de ocultar por todos los medios lo aterrada que estaba.

—Eso lo veremos —se jactó él—. Soy capaz de convertirme en tu sombra con tal de descubrirlo.

—En ese caso, perderás el tiempo —le advirtió la esclava—. Y me lo estás haciendo perder a mí —agregó, prosiguiendo su tarea con toda la intención de ignorarlo—. Si no tienes nada más que decir, buenas noches, Frygt.

Dhära se enfrascó en su labor con ahínco, y el capitán lanzó un improperio. Se acercó a ella en actitud amenazante, incapaz de permitir que dijera la última palabra, que quedara por encima de él, pero, en ese instante, Cabsi entró a la cocina.

—¿Aún no terminas tu trabajo? —la reprendió la gobernanta, quien paró en seco en mitad de la cocina al reparar en la presencia del capitán—. Largo de aquí —le ordenó con voz fría e inflexible. Aún le helaba la sangre lo que le había sucedido a Ethel—. Se me da muy bien degollar cerdos, Frygt. Acércate a mis esclavas y sabrás de mí.

El capitán bufó, pero no dijo nada. Le lanzó una última mirada a Dhära,

fulminándola con los ojos, y se marchó a grandes zancadas.

—No te preocupes —le dijo Cabsi, aunque su tono carecía de calidez o afecto alguno.

Sin embargo, Dhära se alegró en cierto modo de que la gobernanta creyera que su desasosiego se debía a la visita de Frygt. No, lo que alejaba el alma del cuerpo no fue ni su presencia ni sus intenciones, sino sus palabras... Ahora más que nunca debía permanecer alejada de ËaGhal, o estaría firmando su sentencia de muerte.

Capítulo 23



El Rey Phelan de Tarsus y su gran amigo Lyal, rey de Dagmar, encabezaban aquella marcha en dirección a Breslau, flanqueados por sus respectivos hijos, Cailen y Zayev. A este último le había costado un mundo alejarse de su hogar, separarse de Ylva y del pequeño Eyolf, su lobezno, como él lo llamaba, y que apenas tenía unos meses de vida.

También los acompañaban, entre otros príncipes, Hrolf y Teekon, los herederos de Mhöen y Sihan, capitaneando a sus hombres. Además, les seguía de cerca una carroza ocupada por Adrienne, pues había insistido en viajar con ellos dado que el propósito final de ese viaje era reunirse con el Rey Nicholas en la que era su patria por nacimiento, en Gunnar. De poco sirvió la insistencia de su marido, sus deseos de que permaneciera en Tarsus, su nuevo hogar, o en Dagmar, junto con su hermana Ylva y el bebé, aguardando juntas por el retorno de los guerreros. Sin embargo, el joven comprendía sus motivos, que quisiera ver a su padre y darle el consuelo que precisaría tras ser conocedor de la traición de Raleigh, y en cierto modo le llenaba de orgullo la naturaleza bondadosa de su mujer.

Hacía mucho que habían dejado atrás los Picos de la Media Luna, y comenzaban a divisar las almenas del castillo de Breslau. El Rey Richard los estaba esperando, le habían advertido mediante un emisario de su inminente llegada, aunque apenas tenía conocimiento de lo sucedido.

Arribaron al anochecer. El extenso ejército de los Territorios Gealach acampó al pie de las murallas, y pronto parte de la servidumbre del castillo acudió para proveerles de lo que pudieran necesitar. Sin embargo, un pequeño grupo de guardias acompañaron a sus soberanos al encuentro con el Rey Richard, quien aguardaba por ellos en la entrada principal y les salió al paso.

—Pasad y narradme sin demora todo lo que está sucediendo —le dijo, tras haber saludado a los cuatro hombres y a la princesa, quien decidió retirarse a descansar, acompañada de una doncella.

Los hombres, en cambio, accedieron al comedor, donde ya se habían dispuesto viandas y bebida para agasajar a los recién llegados y que

reposaran tras un viaje tan largo. Sin embargo, no se hicieron de rogar y comenzaron a referirle con lujo de detalles lo que acaecía más allá de La Encrucijada.

—Yo también recibí su visita hace treinta años —les contó Richard, mirando pensativo su copa de vino—. El castillo estaba inmerso en los preparativos de mis esponsales con la madre de Claire y tuvo la deferencia de abreviar el tiempo de su visita —añadió con retintín—. Me dio la sensación de que buscaba aliados a este lado del mar.

—Ahora, en cambio, esa alianza se ha tornado en invasión —alegó Lyal de mala gana.

—No conoce el alcance de nuestros ejércitos —decidió Richard, convencido de que sus intenciones eran una insensatez.

—Tampoco nosotros tenemos conocimiento del poder del suyo —Phelan llamó a la prudencia.

—Además de que son varios los frentes abiertos —añadió Lyal, secundando las palabras de su amigo.

—Confiemos en que Nicholas sepa lo que hace —suspiró Zayev con expresión circunspecta.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó su padre.

—Hace treinta años que el Rey Tirano está preparando su juego —pronunció el joven con gravedad—, y temo que anticiparnos a sus movimientos con un cuervo no sea suficiente.

—Esperemos noticias de Maicoh antes de precipitarnos —razonó Cailen, queriendo tranquilizar a su cuñado.

—Nuestro capitán es muy capaz y el hombre apropiado para tal misión —lo apoyó Phelan, y Zayev resopló.

—En ese caso, no podemos hacer otra cosa más que aguardar —concluyó Richard—, así que, señores, cenemos —los instó, sonriendo y abriendo los brazos.

Todos asintieron con renovado buen ánimo, pero Cailen le hizo una señal a una sirvienta, que aguardaba en el comedor, para que se acercara.

—¿Puedes avisar a mi esposa? —le solicitó.

—Alteza, la Princesa Adrienne ha pedido que se le sirva algo ligero en su recámara —le informó.

Cailen forzó una sonrisa a modo de agradecimiento, aunque no pudo evitar que le invadiera esa inquietud que iba en aumento conforme transcurrían las jornadas de aquel viaje. Esa apatía de su mujer...

«Estará fatigada», se dijo, y rogó a la Madre Luna no estar equivocado.



Khawf se dirigió al comedor con caminar animado. Uno de sus buques acababa de atracar en el puerto con noticias del otro lado del mar, y todo estaba saliendo según lo previsto.

Debía admitir que la masacre que pretendía provocar al enviar al ejército de Shyt a las aldeas sureñas de Los Lagos no había sido tal. La mayoría de señoríos estaban deshabitados y, en lugar de campesinos, se habían topado con la guardia de Nicholas. Reconocía que lo había subestimado, pero no era algo de lo que preocuparse, más bien todo lo contrario.

Los grupos eran lo bastante numerosos como para aplacar los ataques de Raleigh, y el soberano suponía que el Rey de Los Lagos lo consideraría su ofensiva como una declaración de guerra en toda regla. Sí, esos necios estarían mirando hacia donde no debían, tal y como él esperaba, y le traía sin cuidado si arrasaban todo Shyt, casi lo prefería, pues le ahorrarían el tener que encargarse de ese estúpido infeliz.

Rio para sus adentros mientras accedía al corredor previo al comedor. El muy ingenuo creía que sería su mano derecha, que reinaría en su nombre al otro lado del Mar Istook, y Khawf había alcanzado tal poder porque tenía mucho cuidado a la hora de escoger a sus aliados, y una alimaña como Raleigh no lo era. Haría uso de él mientras le sirviese y después se desharía de ese inepto, antes de que se convirtiera en una molestia. Porque no en vano ya tenía a gran parte de su ejército apostado en un lugar estratégico; ni él ni su suegro, el tal Josiah, controlaban la totalidad de su costa aunque lo creyeran. Y Khawf, por el contrario, tenía más poder en esas tierras de las que ellos creían.

Cuando accedió a la gran sala, se hizo el silencio unos segundos, hasta que tomó asiento. Gladys no estaba sentada en el sitio contiguo al suyo, y su ausencia se prolongaba ya durante varios días, desde la noche que apareció en el comedor con aquella cadena al cuello. Lo que vino después aún le ponía las entrañas del revés... y a él nada lo turbaba de ese modo. Se preguntó si la cercanía de la soberana lo estaría cambiando. Maldición... no solo eso; estaba robándole el espíritu.

Nunca hubo cabida para los escrúpulos o la piedad, no se arrepentía de ninguno de los límites que había rebasado para alcanzar el poderío que

ostentaba y disfrutaba de todos los placeres de la vida a su alcance, o así había sido hasta que Gladys comenzó a ocupar los aposentos que fueran de su insulsa y difunta esposa. Kutya... Tuvo que desposarla porque así lo decidió su padre, para asegurarle un heredero al reino. Con qué asco la poseía... Solo gozaba cuando se resistía, hasta que un día se resistió en demasía y él no pudo dominar sus más oscuros deseos... Con cuánto placer le obsequió esa última vez... Cómo disfrutó el arrebatarse su última exhalación con sus propias manos... ¿Y sería posible que cualquier deleite, aunque nimio, ahora le fuera negado?

Tras discutir con Gladys aquella noche, se dirigió a sus aposentos y se enfundó las vestimentas de campesino que guardaba celosamente en un baúl. Oculto bajo una oscura capa y agazapado entre las sombras, llegó a una aldea cualquiera y agarró a la primera e incauta mujer que encontró.

Dioses... qué manera de luchar. Trataba por todos los medios de escapar de él, retorciéndose, pegándole, forcejeando, y casi podía saborear su miedo, ese que a él solía enervarle la sangre, despertar sus más bajos instintos, excitarle hasta el límite. Empero no en esta ocasión. Su miembro parecía muerto, por todos los demonios, no hubo forma humana de endurecerse. Incluso le rodeó el cuello con las manos a su víctima, asfixiándola, para provocar aquel torrente de adrenalina que le producía el saber que la vida de esa mujer dependía de la presión de sus dedos. La llevó al borde de la muerte sin resultado, así que la soltó, asqueado al tiempo que contrariado, tras lo que golpeó su rostro con violencia para dejarla sin sentido y desfogar su ira.

Volvió al castillo convencido a sí mismo de que la situación con Gladys lo sugestionaba hasta ese punto y, además, con quien deseaba yacer era con ella, y fornicar con cualquier mujerzuela ya no bastaba. Sin embargo, recordar el hilo de sangre que corría por la garganta de la reina templaba sus intenciones de volver a importunarla.

Le tranquilizaba saber que sería suya. En cuanto destruyese todo su mundo y sometiera a Trystan, la doblegaría. La desproveería de todo por lo que ansiaba luchar, y no tendría más remedio que refugiarse en sus brazos.

El pensamiento le sosegó, y por eso no le incomodó que su hijo se presentara tarde a cenar. Su expresión furibunda le arrebató los pocos ánimos que tenía de reprocharle su tardanza, así que solo cabeceó a modo de saludo. Luego, le hizo una seña al niño para que catase la cena que una esclava colocaba en ese instante frente a ellos.

«Y hoy tampoco es Dhāra», pensó el príncipe heredero con fastidio e

impaciencia, mirando a la muchacha. Los días transcurrían y a la joven parecía que se la había tragado la tierra. Ya no solo no acudía al comedor a servir las mesas, sino que tampoco se la había encontrado en el castillo, por los lugares por los que solían hacerlo. Llegó a la conclusión de que lo estaba evitando, y él necesitaba saber con desesperación por qué.

Buscó a lo largo de la sala, en las distintas mesas y se topó con Frygt. Su intuición le decía que el capitán tenía algo que ver con la ausencia de Dhära, y por su bien esperaba que a ella no le hubiera sucedido nada, de lo contrario, él mismo le rebanaría el cuello.

La impotencia y la inquietud eran como una bola de hierro en su estómago, sin apenas permitirle comer, y cuando lo consideró prudente, se excusó con su padre, que por fortuna había permanecido más silencioso de lo normal, y se retiró. Aunque no fue a sus aposentos, sino que se dispuso a recorrer el castillo, palmo a palmo, hasta dar con ella.

El primer lugar al que acudió fue a la cocina, aunque se limitó a asomarse; tampoco hacía falta alertar a todas las esclavas. Estaban inmersas en su tarea pues no terminaban de servir en el comedor, aunque Dhära no estaba entre ellas. Le bastó con echar un vistazo. A pesar de la indumentaria idéntica en todas, ĘaGhal reconocía el cuerpo de la mujer sin esfuerzo, lo presentía.

Sin querer desanimarse al no haber acertado con su primera opción, continuó con la búsqueda. La actividad del castillo estaba detenida en la hora de la cena, por lo que no temía que alguien lo viera y se preguntara qué hacía rondando por ciertas zonas. Fue hasta los cuartos de las esclavas y no había ni un alma, por lo que comenzó a recorrer todos los patios y recovecos que conformaban los muros.

Ya se preguntaba si debía buscarla en los Confines de la Tierra cuando la halló sentada en la pequeña escalinata de una de las salidas secundarias del castillo. Tenía los brazos en las rodillas, apoyando sobre ellos la barbilla, y la oscuridad le hizo apreciar el brillo afligido de sus ojos. Se detuvo frente a ella, sin decir ni una sola palabra, y la joven se sobresaltó, dando un respingo. Se levantó con premura y trató de marcharse, pero ĘaGhal la atrapó por un brazo y le hizo dar con la espalda en el muro. Tal vez fue un poco brusco, pero el estado de ansiedad al que lo había sometido durante tantos días dominaba sus actos. Se colocó frente a ella, sin tocarla, y puso las manos cerca de su cabeza, creando una prisión de la que no pudiera escapar. De hecho, la esclava lo intentó, pero el príncipe se mostró inflexible.

—¿Qué está sucediendo, Dhära? —inquirió él de súbito, sin rodeos.

—Terminé de dar la comida a los reos y he salido a tomar el fresco —le explicó con forzado tono monótono—. ¿Precisáis de mí, Alteza?

—Por todos los dioses de Inframundo, Dhära —apretó las mandíbulas, invadido por una furia creciente al escuchar que se dirigía a él en modo tan formal—, ¿disfrutas torturándome? En cuanto creo que por fin te tengo, tú te escabulles y te me escapas de entre los dedos. ¿Cuándo dejé de ser tu hombre para convertirme en el príncipe heredero?

—Tal vez, nunca lo habéis sido, Alteza —se mantuvo ella en lo que para él no era más que una fachada—. No podéis olvidar que por vuestras venas corre...

—Sangre, Dhära, únicamente sangre, tan roja como la tuya —espetó, furioso—. Pero abandona mi cuerpo cada vez que te muestras distante, cada vez que finges que no hay nada que nos une.

—No lo hay —sentenció la joven, con una firmeza que a él lo dejó helado. Sin embargo, se repuso al momento. Tomó sus mejillas y la besó con ansia.

Dhära trató de zafarse, cosa que él esperaba, así que la aprisionó contra el muro, tornándose su beso exigente, que reclamaba su boca y que le correspondiera. La muchacha no tardó en rendirse a sus deseos, a los que ambos compartían, y se deshizo contra su torso, entreabriendo los labios para que profundizase su caricia.

—Si mil veces renegaras de nuestro amor, mil veces lucharía por recuperarte —le advirtió ËaGhal, con voz grave, tomada por el ardor, la añoranza de tantos días sin ella y la rabia—. Esperaré lo que sea preciso, hasta que te convenzas de que yo soy tu destino, y seguiré ahí, aguardando, luchando contra tu inconstancia y mi desencanto.

—Deberías dejarte guiar por él y olvidarme —lo retó ella, y entonces el príncipe le mostró la palma de su mano, donde aparecía casi cicatrizada aquella herida que se infligiera como promesa.

—Vertí esa sangre de la que hablabas para hacerte un juramento, Dhära —le recordó—, y sé que tu deseo más ferviente es que lo cumpla.

—Engreído —le reprochó ella sin poder evitarlo, y el joven se echó a reír.

—¿Te atreves a insultar a tu futuro soberano, reina mía? —demandó con tono pícaro, y ella chasqueó la lengua, disconforme.

Sin embargo, ËaGhal le agarró el rostro y la acercó a él.

—No pienso rendirme, Dhära —le advirtió, aunque la gravedad de su voz era como terciopelo, resbalando por la piel de la muchacha—. Y tengo fortaleza suficiente para pelear por los dos, sobre todo cuando tengo la

certeza de que tú me amas tanto como yo a ti.

La joven iba a replicar, pero él la silenció con un beso, anhelante y ávido. Dhära apenas podía resistirse a su propio anhelo y permitió que la invadieran las infinitas sensaciones que ËaGhal provocaba en ella, como nadie más lo haría. Ciertamente era que al permanecer alejada de él la asaltaban las dudas, incluso creía estar convencida de que lo mejor era olvidarlo, desistir. No obstante, al sentirse de nuevo entre sus brazos, la certeza de que su felicidad residía allí, contra su pecho, prevalecía por encima de todo lo demás.

—No es inconstancia —alegó de pronto, separándose de su boca, y él la observó ceñudo, confuso—, no es que te ame más o menos según la hora del día ni de forma veleidosa, pero debes admitir que nuestro peor enemigo es el destino que los Hados dispusieron desde nuestra cuna, y en el mío no está escrito unirme a un rey, sino a un plebeyo, un sirviente, como yo.

—¿Estás hablando de Frygt? —inquirió él con furia—. ¿Él te ha hecho rehuir de mí?

El rictus de la muchacha se crispó al recordar aquel encuentro en la cocina tan solo unas noches atrás, y comenzó a mirar a un lado y a otro. Entonces, el príncipe tomó su rostro y la obligó a dedicarle toda su atención.

—¿Ha vuelto a importunarte, a insistir en su petición de desposarte? —le preguntó, tratando de mantener la calma, y ella asintió, aguardando a que la liberase para empezar a hablar.

—Estuve a un paso de decirle que sí —reconoció con aflicción—, incluso le permití que me besara. —A pesar de que ËaGhal lanzó un impropio, ella prosiguió—. Pero no eras tú. Y aunque tratase de dominar los anhelos de mi cuerpo, no puedo luchar contra los mandatos de mi corazón.

—¿Entonces...? —Quiso saber, conteniendo la respiración.

—Le dije que no —respondió al fin, y él respiró con alivio, estrechándola contra su pecho—. Se puso furioso y me amenazó con seguirme con tal de descubrir quién era el hombre por el que lo rechazaba para matarlo.

El príncipe soltó una desagradable risotada que hizo gemir a la joven con temor.

—Escúchame, ËaGhal...

—No, escúchame tú a mí —le dijo, tomándola por los hombros y apartándola de él para mirarla—. La única enseñanza que mi padre ha conseguido inculcarme a lo largo de estos años es que yo dicto mi propio destino, y por descontado, un capitán del tres al cuarto no va a decidir mi vida —pronunció categórico, con tanto convencimiento y seriedad que bien

podrían parecer las quimeras y fantasías de un loco.

Sin embargo, ella quería verse poseída por esa misma locura, y aunque la amenaza de Frygt pendía sobre ella como una espada letal, se dejó guiar por un impulso y lo abrazó con fuerza. ÆaGhal rio por lo bajo, aunque la acogió entre sus brazos.

—Llegará el día en que te sientas libre para amarme, y entonces seremos inmensamente felices.

—ÆaGhal...

—Se acabarán tus miedos, mis celos, el no poder mostrarte frente al mundo como mi mujer... —murmuró, inclinando el rostro hacia ella—, mi mujer —repitió en un cálido suspiro, y atrapó con su boca el que escapó de la garganta femenina.

Fue un beso ardiente, profundo, intenso... Los suspiros se transformaron en jadeos, y las manos comenzaron a recorrer sus cuerpos con necesidad, y que les sobrepasaba tras tantos días alejados.

—Reúnete conmigo en mis aposentos —susurró él contra la boca de Dhära, enrojecida a causa de la pasión—. Mis ansias por ti me ciegan, amor mío, pero no quiero poseerte aquí, contra este sucio y frío muro, como un ladrón —reconoció, mortificado, y ella no pudo evitar sonreír con coquetería.

—¿Tanto me has añorado?

El príncipe se mordió el labio inferior, clavando su mirada oscurecida por el deseo en la suya.

—Tengo intención de demostrártelo esta noche, en cuanto pongas un pie en mi alcoba, y no pienso dejarte marchar hasta haber satisfecho todos tus deseos, los de tu cuerpo y tu corazón —pronunció con voz ronca y penetrante, haciéndola temblar de pies a cabeza.

ÆaGhal se cernió sobre ella y poseyó su boca, mordisqueando sus labios con deleite y acrecentando el ardor que les bullía en la sangre.

—Pasaré por la cocina para asegurarme de que Cabsi no me necesita —le dijo con mirada pícara, y él le lanzó una sonrisa de medio lado que se transformó en carcajada al darle una palmada en la nalga a la muchacha conforme se alejaba.

Compartieron una mirada de complicidad antes de marcharse cada uno en una dirección, y la oscuridad de la noche se tragó un gruñido camuflado, escondido, una sombra que había permanecido oculta, espiando el encuentro de los amantes.

Lo sabía, algo le decía que Dhära no podía preferir a alguien que fuera

inferior a él, y no se había equivocado al suponer la naturaleza codiciosa de la esclava... Tenía aspiraciones altas la muy zorra, y por eso pensó en un principio en Su Majestad, pero su obsesión enfermiza por Gladys de Meissen lo dejaba fuera de la partida. Perra... con razón le había dicho que no. Retozaba con el Príncipe ËaGhal, y nadie podía rivalizar contra eso.

Frygt aún contenía los deseos de empuñar su daga y darles muerte a los dos. Se sentía ridículo, engañado, incluso la muy ladina se había permitido el lujo de obsequiarle falsas esperanzas, permitió que la besara... No, matarlos no lo satisfaría lo suficiente, debían sufrir lo indecible, y para ello tenía que actuar con sentido común; si todo acaecía tal y como esperaba, él ni siquiera se mancharía las manos.

Tras haber aguardado un tiempo prudencial, tomó aire para templar los nervios y la cólera. Luego, decidido a jugárselo todo a una carta, dio otra bocanada para reunir el valor que pudo, y se encaminó hacia los aposentos de su soberano, el Rey Tirano. Seguro que tenía algo que decir de tan idílica escena...

Capítulo 24



Despuntaba el alba cuando el guerrero gealach coronó la cima del Colmhen, el pico más alto de los Montes Gaynor, la frontera natural entre los reinos de Breslau y Meissen. Al atravesar los Picos de la Media Luna, se había desviado hacia el sur por petición de su príncipe, Cailen, quien se dejaba llevar por una corazonada, y él, honrado por ser el escogido para tal misión, obedeció sin objeción alguna.

Los Territorios Gealach estaban dominados por varias cordilleras, por lo que sus guerreros eran hombres de montaña. A pesar de ser de noche y no estar familiarizado con aquellas cumbres, Maicoh escaló con desenvoltura aquel monte, guiado por la luz con la que la Madre Luna iluminaba la oscuridad, una luna llena que le hacía sentirse seguro y protegido.

Se sentó en una roca y, tras beber un poco de agua, descolgó su morral y comenzó a rebuscar dentro. Extrajo una pieza de cuero con hebillas con el que formó un tubo y un par de vidrios de forma circular que acopló a los extremos, ajustándolos con los cierres. Después, se apartó su oscura y larga melena del rostro, colocó el catalejo que solían utilizar los guerreros gealach frente a uno de sus ojos, cerrando el otro para enfocar, y oteó el horizonte.

No sabía bien lo que debía buscar, así que centró su visión en el castillo de Meissen. A pesar del alcance que otorgaban las lentes, sus habitantes se apreciaban diminutos, como hormigas, pero su movimiento frenético le recordó a la actitud de estos pequeños insectos cuando ven amenazado su hormiguero, y le dio mala espina. Algo estaba sucediendo...

Comenzó a desplazar con lentitud el artilugio hacia la izquierda, alerta ante el mínimo movimiento, hasta que alcanzó una pequeña formación rocosa con una profunda sima que muchos consideraban una entrada al Inframundo y que, según recordaba, era conocida como la Forca de Deati. Lo que vio le heló la sangre. Sí, definitivamente, aquella grieta que partía la tierra en dos era un portal directo al Averno, y todos sus demonios campaban a sus anchas por la zona, preparándose para marchar mientras una avanzadilla ya se dirigía hacia el castillo de Meissen: el Rey Tirano iba a atacar.

Desmontó su catalejo con rapidez conforme se ponía de pie, y comenzó a

bajar por la ladera del Colmhen, por el mismo camino que había recorrido para subir. Corrió todo lo que sus piernas y el equilibrio le permitieron, pero siempre con la suficiente cautela de no despeñarse y desnucarse en aquellas rocas. Debía llegar a Breslau, debía advertir a su soberano a como diera lugar.

Tras un descenso que se le antojó eterno, llegó al pie del monte, donde su caballo aguardaba por él, atado a conciencia a un árbol. Lo liberó y montó de un ágil salto. El animal se quejó, mas Maicoh golpeó sus flancos con brío y salió al galope. Lo reventaría del esfuerzo si era necesario, pero debía arribar al castillo cuanto antes.



Edwina permanecía sentada frente al espejo de su cómoda, observando la marca amarillenta que coloreaba su mejilla y que le había obligado a quedar recluida varios días en su recámara, fingiendo estar indispuesta.

No quería que Nasier la viera así.

Tomó un pequeño tarro con harina de arroz y, con cuidado, comenzó a empolvarse la zona, aplicando un poco más alrededor del golpe y que esparció para que no se notase el cambio de tono con respecto al sonrosado natural de su piel.

No pudo evitarlo. La aflicción se apoderó de ella y se cubrió la boca con una mano para acallar un sollozo. Su resignación se había ido por la borda días atrás, con ese «desnúdate» que arrojó Raleigh sobre ella. Siempre supo que su relación con él era una farsa, por ambas partes, que un hilo muy fino impedía que se le cayeran las máscaras, y se había quebrado definitivamente. Porque tras su abuso vinieron los golpes, mostrándole su verdadera naturaleza, mezquina y despreciable, y ella se sentía la mujer más desdichada sobre la faz de la tierra.

Cuatro años había durado aquella mascarada... demasiado.

El suyo fue un matrimonio pactado; al ser reinos vecinos, esa unión era ventajosa para ambos. Edwina lo aceptó. Nunca fue como Adrianne, a la espera del amor y fantasiosa, tanto que hizo el ridículo con el Príncipe Erick al pensar que sus fraternales muestras de afecto eran algo más. No. Ella, en cambio, era muy consciente de su papel en el reino: era la primogénita, por lo que se uniría en matrimonio con alguien que pudiera asegurar el esplendor de Gunnar.

De pronto, cayó en la cuenta de que había resultado ser todo lo contrario, y la situación del reino llegó a ser tan precaria que casi venden a su hermana al mejor postor... y todo manejado por Raleigh... ¿Sería él el culpable de toda la desdicha que había recaído sobre ellos? Cuatro años atrás no lo habría creído posible, pero ahora ya no estaba tan segura.

Recordaba a la perfección el día que lo conoció. Era apuesto y tan encantador... Detallista, elocuente... En un principio creyó que, en realidad, la fortuna había estado de su lado y que su matrimonio podría ser fructífero, hasta que días después, mientras Raleigh seguía en el castillo en aquella visita que terminaría de concretar su unión, arribó su padre, con retraso pues se vio aquejado por unas fiebres. Y en la comitiva viajaba él, Nasier.

Le dio un vuelco el corazón al recordar el instante en que sus ojos se posaron en él, montado en su corcel, gallardo, de barbilla altiva y rasgos severos, pero su mirada oscura se clavó en ella como una flecha, hiriéndola de muerte.

Edwina se contempló en el espejo y, por instinto, se cubrió con ambas manos el sonrojo de sus mejillas. Divina Vetsa... Lo peor de todo era que él también reparó en ella.

¿Por qué no la comprometieron con él? ¿Por qué no le estaba destinado? Otra era a la que desposaría, su prometida aguardaba por él, y la tomaría como su mujer en cuanto regresase a su patria.

Tampoco la amaba. Nasier se lo confesó en la única ocasión en la que estuvieron solos, aquella tarde en la que compartieron confidencias y tímidas miradas, pero Edwina hubiera deseado que no lo hiciera, pues le resultó mucho más difícil resignarse.

Lo consiguió, o eso creía. Centró todos sus esfuerzos en agradarle a Raleigh y en tratar de enamorarse de él, pero cada vez que acudían a Shyt de visita, cada vez que lo tenía enfrente, ella llegaba a la conclusión de que, en realidad, no lo había logrado. Aun así, siguió adelante con la vida que le había tocado vivir... hasta entonces. Ya no sabía qué hacer para soportar la presencia de su esposo, que la tocara, y las consecuencias de negarse se reflejaban aún en su cara. Debía salir de allí, volver a Gunnar. Tal vez las reyertas con Los Lagos le sirvieran de excusa, pensó.

Sin embargo, ese pensamiento se vio interrumpido cuando alguien llamó a la puerta. Al principio se alarmó al pensar que podría ser su marido, pero él nunca anunciaba su presencia, por lo que supuso que sería alguna sirvienta y no dudó en hacerla pasar.

Y en cambio...

—Edwina...

El corazón de la princesa se saltó un latido al escuchar tras de sí la voz de ese hombre que la seguía atormentando a pesar del tiempo transcurrido.

Se dijo que los recuerdos habían hecho mella en ella y de ahí que le afectara tanto su presencia. Sin embargo, rogó a los dioses que no se le siguiera acercando mientras veía su reflejo en el espejo, tras ella.

—¿Qué haces en mis aposentos? —demandó, sobresaltándose ante la idea de que Raleigh llegase y encontrara a su hermano en su recámara. Jamás sospechó ni debía hacerlo, máxime cuando cierto era que nunca sucedió nada entre ellos.

—Llevas días encerrada aquí, y empiezo a sospechar que tu indisposición no es más que una excusa —respondió él con expresión cautelosa al reparar en el pequeño recipiente.

De hecho, se acercó a la cómoda y lo tomó para observarlo de cerca. Lo estudiaba, concienzudo, cuando desvió la mirada hacia ella, y el tarro cayó de forma estrepitosa sobre el mueble.

—¿Qué demonios es eso? —inquirió, señalando su mejilla, aunque apretó los puños, conteniendo la furia y las ansias de agarrarla, de tocarla.

—No... No sé... —titubeó ella, tratando de buscar algo que decir para salir del paso, y eso mismo fue lo que la delató.

—Voy a matarlo —masculló Nasier, dando media vuelta, dispuesto a marcharse de la habitación.

—¡No! —exclamó ella, poniéndose en pie.

—¿Por qué? —le reclamó de pronto, girándose hacia ella.

—¿Qué te importa? —se defendió Edwina, al comprender que pretendía culpabilizarla—. No tienes ningún derecho —le reprochó, viéndose invadida por la rabia, pues podría haber tenido ese derecho si... si... Maldito y caprichoso destino...

Nasier se peinó hacia atrás su largo y negro cabello en un gesto de impotencia y autocontrol.

—Eres... eres mi pariente —se excusó, mirándola con severidad—, debo velar por ti si quien debería hacerlo no está a la altura.

Edwina se rio con desdén y desencanto.

—No te preocupes por mí. Raleigh no es perfecto como tú, pero es mi esposo.

—Para mi desgracia —espetó de pronto, asqueado, y la princesa tomó

asiento, despacio, observándolo con asombro. Nasier, desde aquella única tarde compartida, jamás había hecho comentario alguno que diera a entender que aún albergase algún sentimiento hacia ella. Su trato para con ella siempre fue respetuoso, incluso distante—. No soy perfecto, Edwina —añadió con repentina aflicción—. Mi cobardía es algo que nunca me perdonaré. Conforme pasa el tiempo, más me pesan mis decisiones.

—Nasier... —murmuró, atónita.

El príncipe gruñó, apretando las mandíbulas, y le dio la espalda, como si le avergonzasen sus propios pensamientos.

—No debí desposar a Fhania —admitió, y Edwina exhaló, cerrando los ojos un instante.

—No hay que nombrar a los muertos en vano —lo culpó, porque era en vano... ¿De qué le servía a ella esa confesión?

—Me duele la certeza de no haber sido capaz de hacerla dichosa —prosiguió él en cambio, y giró el rostro, mirándola por encima de su hombro—. La contagié con mi infelicidad pese a intenté encontrar consuelo al pensar que tú sí eras feliz.

—Eso traté con todas mis fuerzas que creyeras —alegó, alzando la barbilla.

—Sí. Creí que con el tiempo... que le amabas.

—Nunca le he amado, y ahora lo aborrezco —le confesó con cierto rencor, porque si alguien pudo cambiar el rumbo de sus vidas, ese era él, y para ella ya no había esperanza.

Lo vio aproximarse con gesto contenido, y la joven apartó la vista sin querer exponerse más de lo debido.

—Lo siento. —Le escuchó decir, y un acceso de rabia la invadió. Antes de que se le acercara más, se puso en pie y se alejó.

—Tu arrepentimiento llega demasiado tarde, Nasier —espetó, dándole la espalda—. Solo sirve para mortificarme, y tengo suficiente con maldecir mi suerte desde que...

Sin pretenderlo, se llevó la mano a la mejilla injuriada, y el príncipe bufó.

—No es mi intención que tu vida sea peor de lo que yo mismo he provocado que sea —lamentó, y Edwina se estremeció al sentirlo a un mísero paso de ella—, pero comprende que no puedo mantenerme impasible después de lo que acabo de descubrir.

—No hay nada que puedas hacer —le advirtió ella—, soy una mujer casada, con tu hermano, y debes...

—Mi sentido del deber nos ha traído hasta aquí —exclamó, exaltado—.

Nos condené a los dos, porque yo no he tenido ni un instante de paz desde que te conocí.

—Tampoco yo —admitió la joven en un susurro, y un gemido gutural escapó de la garganta masculina. La agarró por los hombros, la giró hacia él y la besó.

Edwina sintió que le temblaban las piernas, que los músculos se le aflojaban. Se sostuvo de su túnica mientras los brazos de Nasier la apresaban contra su pecho, y su boca la devoraba con ansia y añoranza desmedidas. Todo lo que restó por decir, lo que faltó por confesar aquella tarde, quedó plasmado en ese primer beso.

—Nasier...

—Sé que este beso llega cuatro años tarde... Tal vez creerás que no debo hacerlo, pero es la primera cosa de la que no me arrepiento en mucho tiempo —murmuró sobre sus labios, antes de volver a poseerlos.

Nasier se aferró al sabor de esa mujer que había deseado durante años, y sintió que su alma quedaba prendida de ella. Siempre le atormentó el recuerdo de lo que pudo ser, pero se agarró como un clavo ardiendo a la idea de que, tal vez, no fue más que una ilusión, un escape que su espíritu había escogido para huir de aquel matrimonio de conveniencia que le aportaría poco más que una alianza beneficiosa.

Y, en cambio...

—Si aquel día te hubiera besado, no te habría dejado marchar —le susurró, respirando de su aliento.

—Pero no lo hiciste —respondió ella, negando con la cabeza y apartándose de él al verse sorprendida por un sollozo que reprimió como pudo.

Sin embargo, su voz la delataba, y Nasier suspiró, mortificado y lleno de culpabilidad, no por su arrepentimiento, sino por el de ella.

—Ahora soy una mujer casada, y debes respetar...

—¿A quién, a ese maldito que se hace llamar tu marido? —inquirió con repentina furia—. Si no te respeta a ti, no merece que yo lo respete a él.

—Pues respétame tú —lo encaró ella, girándose a mirarlo mientras se esforzaba por recomponerse, para que no apreciase que sus besos habían hecho añicos la última brizna de fortaleza que restaba en su alma para seguir al lado de Raleigh. Ya no podría...

—Edwina...

—¿En qué acabas de convertirme? —lo acusó con dureza—. ¿Pretendes que tu hermano se entere de esto y me mate a golpes, que sea tu amante y nos

veamos a escondidas, o que pretendamos que no ha ocurrido nada?

—No, por todos los dioses... —farfulló él, mesándose el cabello con desesperación—. Yo solo...

—¿Qué demonios haces aquí?

La voz de Raleigh, quien irrumpía en la habitación, los sobresaltó. Si la expresión de Edwina reflejaba culpabilidad no fue capaz de percatarse, pues su hermano mayor llegó hasta él bufando como un toro bravo. Le propinó tal puñetazo que lo tiró al suelo.

—¿Qué...?

Mientras un aturdido Raleigh se limpiaba un reguero de sangre que le corría por la comisura de los labios, Nasier lo agarró de la pechera de la túnica y lo levantó, sacudiéndolo.

—No vuelvas a ponerle una mano encima, ¿me oyes? —lo amenazó, con un velo rojo de rabia cegándolo.

—¿Qué te ha dicho esa...?

Nasier adivinó en la mueca que le torció el gesto que iba a insultarla, así que volvió a golpearlo, sujetándolo de la ropa con la otra mano.

—¡Respétala, maldita sea! —lo vapuleó.

—¿Qué diantres te importa? —lo acusó él con desprecio, tratando de zafarse, aunque fue Nasier quien lo soltó de un empujón.

—Crees que todo el mundo está a tus pies. —Lo miró de arriba abajo con asco—. Mi reino, mi ejército, Gunnar, esa mujer... Crees que todo te pertenece.

—Te equivocas, hermano —masculló con sonrisa ladina—. Ni es tu reino ni tu ejército.

Nasier sabía a lo que se refería. Él era el primogénito, pero Raleigh era el predilecto. Sabía mostrar su mejor y más falsa cara, pese a que su verdadera naturaleza fuese ruin, y siempre tendría el beneplácito de su padre mientras este viviera.

—Sin embargo, ella sí es mía —añadió, como si supiera que eso era una estocada final.

No obstante, Nasier se mantuvo firme, y dio un paso amenazante hacia él, el mismo que su hermano retrocedió.

—Que lo sea no te da la libertad de traspasar los límites de lo sagrado —farfulló, con las venas del cuello crispadas—. Hazlo, y yo también lo haré. Porque como le pongas un solo dedo encima, como la dañes de algún modo, su cuerpo o su espíritu, te juro por mi sangre que te mato con mis propias

manos.

Raleigh, furioso y lleno de impotencia, desvió la vista hacia su mujer, quien había perdido el habla y el sonrosado de sus mejillas ante la sucesión de acontecimientos que se daba frente a ella. Se temía que Nasier había firmado su sentencia de muerte aunque su intención fuera honorable.

—Hasta que aprendas a tratar a tu esposa, ocupará los aposentos de Fhania —declaró categórico, y Edwina notó como si una soga le apretara el cuello.

El futuro rey le hizo una seña con actitud inflexible, y bajo la iracunda mirada de su esposo, la princesa lo siguió, con una terrible certeza pendiendo sobre su cabeza.

Ahora más que nunca debía alejarse de allí. Esos dos hombres se habían declarado la guerra y ella estaba parada justo en el centro de su campo de batalla. Y si permanecía en Shyt, no viviría lo suficiente para saber cuál de los dos se declaraba vencedor. Algo le decía que, ganase quien ganase, ella saldría perdiendo, siempre.

Capítulo 25



La llegada de Maicoh al castillo fue todo un revuelo. Su caballo estaba tan exhausto que apenas le restaban fuerzas para beber. El guerrero, por su parte, tenía todos los músculos del cuerpo adoloridos, y cada movimiento era como si miles de cristales se le clavaran en los huesos.

Aun así, ni siquiera aguardó a asearse, dada la gravedad de la información que portaba, y se presentó ante el soberano de aquellas tierras y los nobles gealach, narrándoles con detalle lo que había presenciado.

—Sin lugar a dudas, esto responde a un plan establecido con mucha premeditación —decidió Richard.

Los hombres conversaban en el comedor, acompañados por un par de jarras de vino, una vez despidieron al capitán de Tarsus, quien se retiró merecidamente a reponerse de tan duro viaje.

—Por ahora, ese tal Khawf mantiene ocupados a los ejércitos de Asbath, Los Lagos y Meissen —razonó el Príncipe Teekon, el heredero de Sihan.

—Por lo que tengo entendido, Nicholas tiene la situación controlada en sus dos territorios —convino Cailen.

—¿Y la guardia de Meissen? —se interesó Hrolf, el príncipe de Mhoën.

—Trystan siempre ha sido un soberano pacífico —les explicó Richard, quien dio un sorbo de su vaso, meditabundo—. En la historia de su reino, dadas sus fronteras, sin tener en cuenta la ocasión que acudió en vuestra ayuda —señaló al príncipe protector del Paso de Teschen—, han sido pocos los enfrentamientos belicosos en los que ha debido formar parte. La mayoría de los hombres de su reino son agricultores, ganaderos, artesanos, otorgándole gran prosperidad, eso sí, pero pocos son los que se unen a la guardia —lamentó.

—Ahora es cuando tener aquí a ese maldito cuervo nos vendría de perlas —rezongó Zayev.

—Concretamos con Trystan que se lo enviaríamos antes de cruzar los Picos de La Media Luna, y así lo hemos hecho —le recordó su cuñado.

—Pues actuemos en consecuencia, teniendo presente lo que sabemos con

certeza —decidió Phelan, quien se puso en pie y comenzó a deambular frente a sus compañeros, meditabundo, con las manos en la espalda, como si así se concentrara mejor—. Por suerte, la guardia de Asbath ha barrido con los indeseables de su reino y está sofocando el frente abierto entre Los Lagos y Shyt.

—Y tenemos otro en Meissen, el peor —añadió Lyal.

—¡Maldita sea! —exclamó Cailen, dando un puñetazo en la mesa que sobresaltó a los demás, quienes lo observaban, aguardando su explicación. Incluso su padre tomó asiento, a la espera—. ¿No lo veis? Los Lagos, Asbath y Meissen no son el objetivo final... ¡Es Gunnar! Raleigh quiere el reino, y Khawf su puerto.

—Por Bhut todopoderoso... —Richard resopló, pasándose los dedos por sus sienes canas—. Lo están arrinconando contra el mar...

—El Norte y el Este están perdidos... —lo secundó Lyal.

—Aún no —se negó Cailen—. Francis y Nigel salvarán el Este, y nosotros mandaremos un grupo de refuerzos a Meissen con el que Khawf no cuenta. El resto nos protegeremos recorriendo la línea que marcan los Picos de la Media Luna y accederemos a Gunnar por el Oeste, por la frontera con Wyöth.

—Es posible que también haya hombres de Vākh apostados allí, a la espera —le advirtió su cuñado.

—Sí, pero ellos no esperan la llegada de todos los ejércitos gealach, hasta el Paso de Teschen —apuntó furibundo, señalando a Hrolf y Teekon, quienes cabecearon, concordando—. Seremos nosotros quienes les prepararemos una emboscada, quienes exterminaremos las huestes de ese rey mezquino. ¿O debo recordaros que tienen retenidos a Jordan y a la reina Gladys?

Zayev soltó un gruñido en respuesta, y en la mesa se respiraban los ánimos exaltados y en la sangre de los más jóvenes, las ansias de batalla.

—En ese caso, deberíais partir cuanto antes —dijo Phelan. Su viaje y el de Lyal concluían ahí, pues ya no estaban en edad de guerrear.

—Mis hombres están listos y dispuestos a seguir vuestras órdenes —les confirmó Richard—. Y los vuestros, abastecidos para continuar.

—En ese caso, voy a comunicárselo a Adrienne —Cailen se puso en pie—, y dadas las circunstancias, ella debería permanecer contigo. La visita a su padre deberá esperar —añadió, a lo que Phelan asintió—. Si os parece bien, partiremos al alba.

Los hombres cabecearon, conformes, y el joven príncipe se dirigió a sus aposentos con paso decidido. Conocía bien la naturaleza impulsiva de su

esposa y no aceptaría de buena gana su decisión. Sin embargo, no estaba dispuesto a ceder en aquel asunto y correr el riesgo de ponerla en peligro.

Comenzaba a recorrer el pasillo que conducía a su recámara cuando vio que una sirvienta salía de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. No le habría dado importancia de no haber sido porque aquella mujer entrada en años portaba consigo un morral de los que solían utilizarse para portar ungüentos y hierbas. Le preocupó que el cansancio de su esposa se hubiera agravado, aunque le sorprendió ese brillo pícaro que percibió en la mirada de la anciana cuando pasó por su lado.

—¿Adrienne? —la llamó, inquieto al entrar y no verla.

Pasó al interior y la halló en la habitación anexa, recomponiéndose el vestido.

—¿Qué sucede? —demandó ella, inquietándola la alarma en el tono de su esposo.

—Tal vez sea yo quien deba preguntártelo —aventuró, estudiándola con detenimiento. De hecho, le tomó las mejillas y acarició despacio con los pulgares las sombras violáceas que observaba bajo sus ojos—. Es un alivio engañoso no hablar de ello, como si así pudiera evitar preocuparme, pero sé que algo te ocurre. En estos días apenas tienes aliento para resistir despierta cuando llega el atardecer. —Chasqueó la lengua y resopló—. Deberías haber permanecido en Dagmar, con mi hermana...

—Sí. Debería...

Y que lo dijera con tanta resignación, acompañada de culpabilidad, alertó al príncipe.

—Adrienne... Por tus dioses y los míos...

La joven le colocó los dedos sobre los labios, haciéndolo callar. Luego, le cogió ambas manos y lo condujo al lecho, para sentarse uno al lado del otro.

—¿Quieres volverme loco, mujer?

—A ser posible, de dicha. —Le sonrió ella, y él gruñó de impaciencia—. Estoy encinta, Cailen —le anunció, sin preámbulos.

El guerrero se puso en pie, en un sobresalto. Su expresión era seria, contenida, tensa... Contemplaba a su esposa con los brazos en jarras, en actitud prudente, hecho que a ella no le sorprendió.

¿Cuánto tiempo había ansiado él escuchar esas palabras, y ella decirlas? Desde que se desposaran. Pero tras más de dos años, ambos habían perdido las esperanzas de engendrar un hijo.

Sin poder pronunciar palabra aún, el joven señaló con el pulgar hacia su

espalda, a la puerta.

—Era una partera —respondió Adrienne a su pregunta muda, y él asintió varias veces con la cabeza, cauteloso, dejando apartadas las ilusiones unos instantes más... Cabía la posibilidad de una falsa alarma, de una equivocación, de...—. Van más de dos lunas —murmuró ella entonces, y él cayó de rodillas ante su mujer. La agarró de la cintura, hundió el rostro en su regazo y el tejido del vestido acalló un sollozo.

La muchacha, sobrecogida, colocó una mano en su cabello y apartó de su mejilla el mechón trenzado en su sien. Vio que las lágrimas resbalaban por la piel trigueña y un suspiro trémulo escapó de su pecho.

—Cailen...

Su esposo enderezó el torso y la abrazó con fuerza, apoyando la cara en la curva de su cuello para respirar de ella.

—¿Qué te ha dicho? —le demandó, refiriéndose a la partera—. Te lo ruego, dime que estás bien.

—Estamos bien, amor mío —le confirmó, con una mezcla de sosiego y emoción, acariciando su larga y oscura melena—. Yo misma estaba aterrada cuando me ha confirmado mis sospechas, al creer que había cometido una imprudencia que pudiera malograr mi preñez.

—No deberías haber salido de Tarsus —decidió él, aunque no fue un reproche.

—De haberlo sabido, no habría salido de Gunnar, Cailen —le dio la razón—. Creí que era un retraso, uno de tantos —añadió, y él asintió al comprender a lo que se refería. ¿Cuántas veces se alimentaron sus esperanzas en vano?—. Sin embargo, me he sentido muy débil estos días, y no he querido decirte nada para no preocuparte o ilusionarte sin estar segura, pero empezaron las náuseas matutinas y...

Cailen apartó el rostro del cuello femenino para ir al encuentro de su boca. Con cuánto amor la adoró... con cuánta devoción la poseyó... El cuerpo de su esposa era templo de vida, y de su infinita dicha, y él veneraría su corazón para que también rebosara de felicidad.

—Te amo tanto, Adrienne —murmuró, acongojado por la emoción—. Lamento haberte hecho deambular de un reino a otro, sin parar, poniendo en riesgo la vida de nuestro hijo.

—Fui yo quien quiso acompañarte, ¿recuerdas? —negó ella con rotundidad—. No obstante, no pretendo desafiar al destino. La partera me ha asegurado que un viaje tranquilo hasta Dagmar no pondría en peligro a la

criatura, pero acataré lo que tú dispongas. Puedo permanecer aquí, con tu padre, a la espera de tu regreso.

Que Adrienne aceptara de tan buena gana separarse de él lo llenó de orgullo, pues para ella primaba más la seguridad de su hijo que el capricho de acompañarlo. Durante un instante, dudó en narrarle lo que sucedía al otro lado de los Montes Gaynor, y lo que sospechaban que acaecería en Gunnar. Sin embargo, nada más desposarse, ocultarle a Adrienne que había contactado con Josiah, su padre, tratando un acercamiento entre ellos, casi hizo peligrar su unión, y prefirió contarle la verdad. La joven palidecía por momentos, y a punto estuvo de hacer llamar a la partera, a lo que su esposa se negó, asegurándole que estaba bien y que su malestar no era más que algo pasajero, producto de tan terribles noticias.

—¿Cuándo partís? —preguntó, tratando de parecer serena, aunque temblaba como una hoja.

—Al alba —respondió su marido.

Adrienne asintió mientras un suspiro trémulo le agitaba el pecho, y Cailen acarició su rostro con dulzura y un deje de culpabilidad en su mirada.

—Mi amor...

—No voy a pedírtelo —recitó ella con el poco temple que pudo reunir, y reprimiendo los sollozos que pugnaban por salir de su boca—. Aunque me muera por hacerlo, no voy a pedirte que te quedes conmigo; te conozco y estaría quebrando tu espíritu. Pero sí hay algo que voy a rogarte. —Tomó aire y valor, y lo miró a los ojos—. Por lo que más quieras, mantente con vida. Regresa a mí.

Cailen la estrechó con fuerza y atrapó sus labios en un intenso y cálido beso, que sabía a despedida y también a juramento; un beso con el que tocarle el alma y mostrarle la suya, el modo en el que le pertenecía.

—Te juro por lo más sagrado que poseo, que sois tú y nuestro hijo, que lo veré nacer; yo lo recibiré cuando le des la vida y lo alzaré frente a la Madre Luna para que lo colme de bendiciones —le aseguró, clavando la mirada en la suya, para que aquella promesa penetrara en ella hasta el fondo de su corazón—. Volveré a ti, Adrienne.

La joven volvió a refugiarse en el regazo de su esposo, estremecida, y se deshizo en su abrazo, pero Cailen le tomó el rostro para enjugar su llanto.

—No deseo que las horas que restan antes de mi partida transcurran entre lágrimas —le pidió con dulzura, arrancándole una sonrisa a pesar de la pena—. Déjame quererte el alma...

Aquel amanecer fue testigo de dos aciagas despedidas; dos mujeres acariciaban su abdomen fecundo mientras observaban a sus maridos en la que sería la última vez en mucho tiempo, rogándole a cualquier deidad que consintiese en escucharlas para que su hombre volviera.

Claire y Erick, sosteniéndose este en su muleta, acompañaban a un circunspecto Trystan a la entrada principal del castillo, donde aguardaban los hombres con sus caballos, mientras que Gabrielle caminaba de la mano de su esposo. Nicholas se aferraba a ella con fuerza, un reflejo del acuciante deseo de permanecer a su lado y que lamentaba profundamente no poder cumplir.

Al aproximarse a su montura, un frío letal recorrió la espina dorsal del soberano, como un mal presagio. Se dijo que era debido a la baja temperatura de esa madrugada de otoño, pero una pesadez extraña se instaló en su interior, un presentimiento que no auguraba nada bueno.

Fuera lo que fuese, hizo de tripas corazón y se mostró confiado ante su esposa, aunque el pesar era imposible que no quedara patente en su semblante, en sus gestos, en la forma en la que besó a su mujer, ávido, intenso, como si no fuera a hacerlo nunca más, y no se detuvo hasta no quedar ambos sin aliento.

—Cuidaos mucho —le susurró con desesperación contenida. Por primera vez en su vida, habría mandado a fundir su corona y con ella sus deberes como soberano.

—Y tú, vuelve a mí —le respondió ella, otro ruego lanzado en aquel amanecer de juramentos que desafiaban al Destino del que dependía la victoria, y también de separaciones, tras las que no quedaba más que un puñado de almas incompletas.

Nicholas montó en su caballo y miró a Gabrielle por última vez, rogando por que sus ojos se volvieran a posar en ella en tantas ocasiones como larga fuera su existencia.

Gabrielle le lanzó un beso con la mano, un gesto travieso con el que intentar camuflar la pena, y que él recibió con una sonrisa cálida y agradecida. Luego, se unió a Trystan y al resto de la comitiva para emprender rumbo a La Espina y, tras atravesar aquellos montes, directos hacia el Reino de Gunnar.

Capítulo 26



Atardecía cuando Ethel volvía del riachuelo al que las esclavas acudían a lavar la ropa. Con el cesto de mimbre apoyado en la cadera, se dirigió al pequeño patio donde solían tender, y a pesar de que trataba de concentrarse en su tarea, su mente volaba hasta aquella promesa que le había hecho a Agatha y de la que se arrepentía cada vez más.

No se creía capaz...

Pasaban los días y el hombre que la agredió permanecía oculto, sin dar señal o dejar rastro alguno que lo llevara hasta él. Tal vez porque se había corrido el rumor de lo que le sucedió o porque ya vestía igual al resto de las esclavas, pero pasaba desapercibida a cualquiera de los hombres que habitaban en el castillo. Honestamente, era un alivio haberse tornado invisible a los ojos masculinos, pero no podía evitar desconfiar de todos y cada uno de ellos, a excepción de Brandon.

Brandon...

Sacudió la cabeza y lo alejó a la fuerza de su pensamiento, quedando únicamente aquella desazón que no la abandonaba, ni de día ni de noche. Las pesadillas eran constantes; ese maldito acudía a visitarla en sueños, haciéndole revivir una y otra vez el infierno en el que la había sumido, pero nunca, jamás había conseguido vislumbrar su rostro.

¿Cuándo se terminaría aquella oscuridad? ¿Volverían los rayos del sol a entibiar su piel? Todo era frío a su alrededor, gris... sus ojos no apreciaban color alguno, su boca no distinguía los sabores, y su corazón se endurecía un poco más con cada amanecer. Las heridas de su cuerpo habían sanado por completo, pero había perdido su alma aquella aciaga noche, y le daba pavor no recuperarla. Sabía que jamás volvería a ser la misma, pero le aterraba no sentir algo de calidez nunca más en su vida. Solo había tristeza, desesperanza, vergüenza...

Se enjugó con rapidez una lágrima que escapó y rodó por su mejilla. También deseaba que cesase ese llanto perpetuo... Si tuviera la suficiente valentía para acabar con su vida, daría fin a su sufrimiento de una buena vez.

Lo había intentado. Un par de noches atrás, subió a una de las almenas con

la intención de arrojarse al vacío. ¿Por qué si nada tenía, si nada debía esperar de la vida, algo le hacía aferrarse a ella? Había estirado el pie más allá de la muralla, hacia la negrura de la noche, pero sintió un vuelco, una punzada, un brillo en la oscuridad que la cegó durante un mísero instante, paralizándola. Dio un paso atrás y cayó de rodillas. Se cubrió el rostro con ambas manos y lloró. Se dijo que era una señal divina, una advertencia de los dioses, los únicos que tenían potestad para disponer de su vida... ¿Y si hacían arder su alma en el Inframundo por toda la eternidad?

Sí, aun habiendo pasado dos días desde aquello, seguía convencida de que ese temor provocó su arrepentimiento, y debía resignarse a los designios de los Hados. No obstante, no comprendía el cometido al que estaba destinada, qué servicio debía prestarles a los moradores del Kratvah para satisfacerles y que la liberaran así de aquel tormento.

Pero entonces, desfilando cerca de uno de los muros que delimitaba aquel patio, vio la cadena de reos que eran conducidos a las mazmorras tras su jornada en la cantera. Una bola de bilis le subió hasta la boca al pensar que debería permitir que Öfn se le acercara, aunque una promesa era una promesa e iba siendo hora de que cumpliera la que le hizo a Agatha.



Brandon la vio desde lejos, acercándose a la fragua, con el cesto de mimbre apoyado en la cadera y un aire de ingenuidad en su caminar que le confería mayor encanto femenino, si eso era posible. Por fortuna, el cuerpo de Ethel había sanado por completo, así lo aseguraba Cabsi, no así las heridas de su alma, las que más torturaban al guardia. Había recuperado el arrebol de sus mejillas, incluso el sonrosado de sus labios, pero en ellos no había vuelto a ver una sonrisa, y sus ojos habían perdido el brillo de antaño; solo relucía una profunda amargura que los ensombrecía... y que se clavaban en él cual puñal, letales, con una inquina que lo aturdiría, como en ese instante en el que se detenía frente a él. No obstante, el joven aguantó estoicamente su fulminante mirada, fingiendo que no le importaba, incluso continuó golpeando la espada que estaba forjando.

—Prepara tus útiles de herrero. Lo haré esta noche —le dijo, sin más, y se dio la vuelta para salir de la fragua tras haber arrojado aquella tormenta sobre

él.

Brandon corrió detrás de ella, limpiándose las manos en el delantal de cuero, y la agarró de la muñeca en cuanto le dio alcance. Ethel se sacudió, como si un rayo le hubiera recorrido el brazo, pero él estaba demasiado enfadado como para percatarse de ello.

—Creí que te habías olvidado de esa locura —le reprochó con dureza. Imaginaba que estar vestido únicamente con el pantalón, el delantal, y lleno de hollín inspiraba cualquier cosa menos respeto, pero se mantuvo firme en su postura—. Incluso Agatha piensa que te has sacado de esa cabecita tuya semejante desatino —espetó, con los brazos desnudos en jarras.

La joven oteó a ambos lados, con cautela, y luego le lanzó una mirada reprobatoria.

—Ressa —pronunció con sonsonete con la intención de corregirlo— está desesperada por ver a su esposo. Comprendo que no quiera exponerme, pero...

—Si lo comprendieras, no lo harías, maldita sea —la cortó de malos modos—. Buscaremos otra forma de que lo vea sin que te pongas en riesgo —insistió.

—No hay riesgo, Brandon —replicó ella con altivez—. No pasará nada que no haya sucedido ya.

—Por Bhut todopoderoso, Ethel —exclamó, enfurecido—. Dame un solo motivo para no encerrarte bajo llave.

—Que no tienes derecho alguno de disponer de mi vida o de cuestionar mis decisiones —sentenció en tal tono de reproche que Brandon se quedó mudo. Porque lo que más deseaba en el mundo era tener ese derecho, y otorgárselo a ella para que se adueñara de él en todas las formas posibles.

Sin embargo, no se lo dijo, se tragó las ganas de agarrarla y llevársela consigo para no soltarla jamás. Así que apretó los puños y clavó los pies en el suelo para no ir tras ella cuando dio media vuelta y se marchó con pasos apresurados. Luego, volvió a la fragua y desfogó toda su ira y frustración golpeando con saña la espada en la que estaba trabajando.

Que Kivhe, el dios burlón, lo confundiera... ¿Por qué aquella necedad de continuar con aquel plan tan descabellado en el que lo único que conseguiría sería ponerse en peligro? Brandon sabía qué tipo de diversión le interesaba al carcelero, y no bastaría con un simple intercambio de palabras. Y que mal rayo lo partiera si permitía que le pusiera un solo dedo encima.

Se la encontró de nuevo a la hora de la cena. Oculto en un estrecho

pasadizo por el que nadie accedía al comedor, se asomó a la gran estancia salpicada de mesas donde la nobleza y la mayoría de la guardia disfrutaban del banquete. A los pocos minutos, ella entró, portando una de las bandejas y, con decisión, la vio dirigirse a la mesa en la que estaba sentado Öfn.

Se le revolvieron las entrañas al contemplar cómo acercaba sus senos al rostro del carcelero conforme depositaba la bandeja delante de él, tratando de que pareciera un gesto del todo casual.

No obstante, al guardián no le pasó inadvertido, y Brandon blasfemó por lo bajo al ver que se relamía, y no por el jugoso venado frente a él. Además, la joven le dedicó una sonrisa antes de retirarse, y aquel energúmeno comenzó a regodearse, animado por alguno de sus compañeros que presenciaron la escena.

No cabía duda de que Ethel había colocado bien el cebo, y que estuvo alimentando en sus continuas entradas al comedor: una mirada, un insinuante batir de pestañas... ¿Dónde demonios había aprendido a coquetear así? Porque, a pesar de su inicial desconfianza hacia ella cuando la conoció, Brandon sabía bien que Ethel no era como Sybill. De hecho, pondría la mano en el fuego, y no se quemaría, si asegurase que él había sido el primero en probar sus labios.

No. Por desgracia, reconocía en ella la insensata valentía de quien no tiene nada que perder, el perfecto reflejo de lo que él fue tiempo atrás, cuando las huestes de Balkar le arrebataron todo lo que poseía. Su única meta en la vida fue luchar hasta que el Reino de Adamón quedase reducido a cenizas, y no pudo evitar preguntarse cuál era el propósito que Ethel se había impuesto para seguir adelante.

Fuera el que fuese, estaba equivocada, como él lo estuvo en el pasado, pues no hizo más que forjarse un destino frío, gris y solitario al que se había resignado, acomodado. Hasta que llegó ella... Ya no deseaba una vida como la de antaño, quería a Ethel en ella, aunque ese anhelo no resultase más que un sueño imposible. La sentía tan lejana...

Durante el tiempo que guardó reposo, se excusaba en interesarse en su recuperación para ir a visitarla. Siempre lo recibía con frialdad e indiferencia, o peor, con rencor. En ocasiones pareciera que era él quien la había ultrajado, aunque Brandon era consciente de que Ethel no lo creía así; simplemente, descargaba sobre él todo el odio que contenía ese pequeño cuerpo suyo de mujer, y que era más de lo que cualquiera podría soportar.

Sin embargo, dolía. Dolía en el alma que cada día estuvieran más alejados;

dolía amarla como un loco y no saber qué hacer para acercarse a ella, y dolía perderla antes de que hubiera sido suya. Nunca lo sería...

Debía ser honesto consigo mismo; tal vez jamás habría conseguido conquistarla, dado lo nefasto de sus comienzos, pero ahora... Ethel era una muñequita rota, y él no sabía si su inmenso amor por ella era suficiente para sanar su corazón.

De pronto, se percató de que la joven caminaba entre las mesas, con un par de bandejas vacías entre las manos, pero lanzando miradas fugaces hacia el acceso en el que él se hallaba escondido. Lo buscaba...

Para Ethel, fue un enorme alivio comprobar que Brandon la estaba vigilando desde aquel corredor, pese a que no estaba conforme con su proceder.

Sus miradas se cruzaron. Apreció en los ojos masculinos un reproche, su censura, pero los suyos le respondieron con firmeza y obstinación.

A decir verdad, confiaba en que fuera diestro y rápido en el oficio de la herrería, así ella estaría en compañía de Öfn el menor tiempo posible mientras él moldeaba una copia de la llave de las mazmorras. En cierto modo, el resto del plan quedaba en manos de Brandon, dependiendo de que tuviera o no éxito.

Se dirigió a la cocina con algunas bandejas vacías, y luego cogió un pozal con algunos desperdicios de la cena. Como cada noche, llegó hasta un pequeño patio vallado, en el que encerraban a los cerdos, para arrojarles las sobras. Los animales acudieron gruñendo y los devoraron, bajo la mirada ausente de la joven, que había apoyado un antebrazo en la cerca, observándolos aunque a la espera.

Era cuestión de tiempo que Öfn la buscase, de hecho, no transcurrió demasiado. La muchacha cerró los ojos un instante, tomando una bocanada de aire para tranquilizarse, al escuchar que alguien se le acercaba por detrás.

Un par de manos se apoyaron en la madera, rodeándola con los brazos, y un cuerpo masculino se pegó a su espalda...

Había sido una estúpida, una necia... El recuerdo de lo acontecido aquella noche le sobrevino con el simple contacto del carcelero; sería imposible soportar que la tocara. La invadió una profunda repulsión, una bola de náusea le subió a la garganta, y no pudo evitar apartarse de él un par de pasos al tiempo que el cubo caía al suelo, a sus pies.

Öfn lanzó una sonora carcajada, y Ethel pudo ver la diversión y la lascivia que le provocaba su actitud, y que sin duda el guardián estaba

malinterpretando.

—Me... has asustado —titubeó ella, llevándose una mano al pecho, para que su zozobra se confundiera con el sobresalto.

—No me digas que no me esperabas —se jactó él, con voz pastosa y hedor a vino—, porque en el comedor me ha parecido otra cosa —alegó, mirándola de arriba abajo con gula, como si ella también fuera un platillo a degustar.

La joven tragó saliva e intentó templar los nervios para centrarse en su propósito: debía arrebatarse la llave o el mal trago no serviría de nada.

Entonces, lo escudriñó con la mirada. Supuso que a él no le incomodaría, al contrario, creería que era parte de su coqueteo, aunque su intención era localizar la llave. Divina Vetsa... a simple vista no daba con ella, y su desazón se transformó en angustia. ¿Habría sido en vano ponerse a merced que aquel hombre? Porque si no portaba la llave consigo, aquel ardid sería inútil.

Entonces, Öfn dio un paso hacia ella, y a Ethel la asaltó el pavor. Comenzó a caminar hacia atrás, para escapar de su alcance, pero él la acorraló contra la valla.

—Así que vas a hacerte la estrecha. —Se rio complacido, y pese a que ella negaba con la cabeza y en sus facciones se podía leer el miedo, no se dio por aludido—. Puedo seguir tu juegucito si gustas.

—No... yo no...

De pronto, el carcelero le tapó la boca, con brusquedad, y a la muchacha se le detuvo el corazón al vislumbrar en sus ojos una maldad propia de las peores bestias del Inframundo.

—Aunque no hacías más que gritar y sacudirte, estoy seguro de que te satisfizo, ¿verdad, pequeña zorra? Por eso vienes en busca de más...

Ethel chilló a través de aquellos dedos que le apretaban la cara, y no se desplomó en el suelo porque Öfn la tenía atrapada contra su cuerpo. Lágrimas de terror y desesperación velaron sus ojos al comprender que se le había ofrecido en bandeja a aquel bastardo que malogró su vida y que no perdería la oportunidad de volver a hacerlo con total impunidad. Dioses... ella misma lo había propiciado, ella misma se estaba conduciendo a la más profunda agonía, siendo la única culpable de lo que estaba a punto de suceder. La mano libre del carcelero comenzó a batallar con el largo de su vestido de esclava, y la joven empezó a luchar como si la vida le fuera en ello, una infame esperanza de que serviría de algo.

Cerró los ojos encomendándose a cualquier divinidad que quisiera

escucharla... Y de súbito, un extraño crujido, y Öfn se apartó de ella de forma violenta. Ethel se sobresaltó al oír cómo un cuerpo golpeaba el suelo, pero entonces, dos brazos cálidos, gentiles y que habría reconocido en cualquier parte la sostuvieron: los de Brandon.

Se derrumbó sobre él y rompió a llorar, un llanto que la liberaba del terror que todavía la paralizaba, aunque también la llenaba de un alivio que apenas podía creer.

—Ethel... Dime que estás bien —le suplicó él, y la abrazó con fuerza mientras le acariciaba con una mano el cabello.

La joven solo asentía una y otra vez con la cabeza, hundiendo el rostro en su pecho, y notando el suspiro de sosiego que él dejó escapar.

—Brandon... Öfn...

Entonces, el guardia le tomó ambas mejillas, empapadas por las lágrimas, y la obligó a fijar sus ojos en los suyos.

—No lo mires, ¿me oyes? —le ordenó con insistencia.

Bastaba que él se lo pidiera para que ella tratara de moverse y buscar aquello que Brandon no le permitía que viera, pero él la forzó a obedecerle, sacudiéndola con suavidad.

—¡No! —exclamó, categórico y severo—. Quiero que te vayas directa a tu cuarto, sin mirar atrás, y que no salgas de allí hasta que yo vaya a buscarte. ¿Me has entendido? —persistió—. Te lo ruego, Ethel —dijo finalmente, con el alma atenazada por ese miedo que aún sentía recorrer sus venas al haberla visto en peligro.

La joven no contestó, pero le cogió las muñecas para tirar y que la soltara, tras lo que salió corriendo. Brandon la vio marchar, exhalando con fuerza el aire que sus pulmones contenían de modo doloroso. Había faltado muy poco, pero ese maldito se había echado sobre ella como un ave de presa y apenas le dio tiempo a salir de su escondite cuando vio que la atacaba.

Y entonces, escuchó sus palabras... Una ira incontenible le había cegado el entendimiento; en ese instante, solo existía la certeza de que ese perro era el causante de la desdicha de Ethel, quien le quebró el alma y la vida, y Brandon iba a arrebatársela a él con sus propias manos.

Le partió el cuello, sin más, en un movimiento limpio, certero y carente de remordimiento. Mil veces lo habría hecho si con eso conseguía que Ethel volviera a ser la misma...

Se giró hacia el cuerpo desmadejado y sin vida del carcelero, y su odio hacia él no disminuía por el hecho de que estuviera muerto. Corto había sido

su tormento, y con gozo habría arrojado su cadáver a los cerdos... Sin embargo, trató de mantener la cabeza fría y actuar con premura y sensatez.

Por fortuna, aquella zona no era muy transitada, y menos a esas horas. Se arrodilló a su lado y rebuscó entre sus ropas, dando con la maldita llave que los había llevado hasta ese punto. Debía reconocer que podía servir para mucho más que para que Agatha visitase a Jordan. No obstante, le preocupaba el precio que pudieran pagar por ella.

Con premura, abrió el morral que él llevaba consigo y cogió un par de bloques de arcilla, entre las que colocó la llave y la aplastó con ellas, creando un molde perfecto. Después iría a la fragua y vertería sobre él metal candente, pero primero debía solucionar aquel desaguisado.

Corrió en busca de una pequeña carreta, que no le fue difícil encontrar, y metió el cuerpo de Öfn dentro para transportarlo mejor. Lo cubrió con paja y lo ocultó en un rincón, oscuro y lejos de la vista de cualquiera, tras lo que se dirigió a la cocina en busca de una jarra de vino, teniendo la precaución de llevar consigo el cubo que había utilizado Ethel, para dejarlo allí y que no existiese ni la más mínima sospecha o el más nimio detalle que la relacionase con lo sucedido.

Fue muy cuidadoso y nadie lo vio mientras volvía sobre sus pasos. Tomó la carreta y la condujo hasta una salida inutilizada del castillo y que contaba con una escalinata de piedra. Dejó el cadáver al pie, lo regó con el vino y dejó caer la jarra al suelo, a su lado. A ojos del mundo entero, Öfn se había roto el cuello al despeñarse desde lo alto de la escalera, en mitad de una borrachera.

Echando la vista atrás a cada paso que daba, devolvió la carreta a su lugar. Entonces, oculto en las sombras, se apoyó contra un muro y encogió el cuerpo, cabizbajo, con las manos en las rodillas. Necesitaba un instante para calmar su respiración, agitada, punzante contra sus costillas. Tras más de una década como guardia de Asbath, no podía recordar la cantidad de hombres que había matado, pero jamás le había sesgado la vida a uno a traición, por la espalda y a sangre fría. O no tan fría en realidad, pues aún le hervía al recordar lo que aquel miserable le había hecho a Ethel.

Un poco más tranquilo, se dirigió a la zona de las habitaciones de las esclavas. Sabiendo que Ethel aguardaba por él, ni siquiera llamó a la puerta. Estaba sentada en la cama, con las rodillas abrazadas, la mirada ausente y sumida en un balanceo inquieto. Reaccionó cuando él cerró la puerta, y al verlo de pie en mitad de la estancia, se levantó en medio de un sobresalto y corrió hacia él.

Brandon la recibió sin dudarle, envolviéndola con su abrazo. Era consciente de que tal vez solo buscaba su consuelo, que aquel repentino llanto que ahogaba contra su jubón era como una catarsis, una purga tras los instantes vividos, y que a él no le molestó. No solo la acogió, comprensivo, sino que le resultó inevitable perderse ante aquel contacto tan ansiado, porque estrechar a Ethel entre sus brazos era como vislumbrar el mismísimo Kratvah.

—Mi niña... —musitó contra su pelo, aunque supuso que ella no lo escuchó entre sus propios sollozos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó al cabo de unos momentos, en los que intentó calmarse.

—Está todo solucionado. Es lo único que debes saber —respondió, firme. Sin embargo, la joven, sin soltarse, alzó la vista hacia él, demandante—. Después de darle de comer a los cerdos, dejaste el cubo en la cocina y viniste directa aquí —la aleccionó.

—Pero... ¿Öfn...?

—Está muerto —le confirmó al fin, y ella abrió los ojos con espanto, alejándose de él un par de pasos.

Por un instante, Brandon temió su posible censura mientras echaba en falta de modo doloroso su calor.

—No has debido hacerlo —le recriminó, y él vio cómo sus temores se volvían realidad—. Aquí no eres más que un herrero, extranjero además, y si te descubren, te enviarán a la cantera, o peor: te condenarán a muerte —alegó con genuina preocupación, lo que a él no pudo menos que complacerle.

—No lo harán —objetó con cierta suficiencia, y ella chasqueó la lengua, disconforme por lo que creía un alarde de vanidad masculina.

—Me reprochas a mí que me ponga en riesgo, y tú te expones en la primera oportunidad —prosiguió ella, reprendiéndole.

—¿Qué querías que hiciera? —se exaltó, provocando que Ethel diera un respingo—. Admito que mi plan inicial era golpearlo y dejarlo sin sentido para tomar la dichosa llave, pero al verlo, al escuchar sus palabras, cómo se jactaba de un modo tan vil de lo que te hizo, de lo que quería volver a hacer...

Gruñó y se giró, apretando los puños para tratar de contener lo que su corazón deseaba decir aunque no debía. No pudo evitarlo...

—Ese malnacido destrozó tu vida, y también la mía, porque te ha alejado de mí, tal vez para siempre.

—Brandon... —murmuró ella, estremecida. Él, en cambio, blasfemó por lo

bajo.

—Voy a la herrería, a trabajar en la llave —masculló, molesto consigo mismo, y se dispuso a marcharse. Sin embargo, no había dado ni un paso cuando Ethel corrió hasta ponerse frente a él y se arrojó en sus brazos.

El joven gimió, sobrecogido, y la estrechó con fuerza. No comprendía qué la llevaba a actuar así, tal vez simple agradecimiento, o incluso lástima por tan desafortunada confesión. Pero, entonces, ella levantó la vista, y Brandon contempló en su mirada un anhelo tal que lo dejó sin aliento. Y era por él... Ese brillo en sus ojos, ese deje de esperanza con el que titilaban, el arrebol de sus mejillas producto de la candidez del primer amor, y esos labios sonrosados y suaves que él se moría por besar.

Llevó los dedos hasta ellos y los acarició con las yemas, un roce lleno de dulzura y de ansia contenida. Dioses... cuánto la quería, y hubiera sido tan fácil tomar lo que tenía al alcance de su mano. Bastaba con inclinarse un poco y alcanzar esa boca que mantenía su mirada presa, que lo hechizaba, que clamaba por él.

Pero el alma de Ethel precisaba de tiempo, y él había cometido demasiados errores como para pasarlo por alto. Bajó el rostro y besó su frente, apretándola contra él, y rogó que entendiera que no la estaba rechazando, que la esperaría por siempre, a pesar de sus propios deseos.

—Que descanses —le dijo con voz trémula a causa del esfuerzo que le suponía apartarse de ella, tanto que precisó de un arranque de fortaleza para soltarla, tras lo que se marchó con premura, sin detenerse siquiera a cerrar la puerta.

Ella lo hizo, despacio, y luego apoyó la espalda en la madera mientras un suspiro tembloroso abandonaba su pecho.

Brandon...

Cerró los ojos y se llevó la mano a los labios, echando en falta ese beso que, para su sorpresa, tanto había querido, pero que él no le había dado.

No obstante, sonrió, pues su corazón cabalgaba desbocado, errático... como si Brandon sí le hubiera obsequiado con el más hermoso beso de amor.

Capítulo 27



La noticia de la desafortunada muerte de Öfn sorprendió a Agatha en compañía de Dhära mientras se dirigían a ordenar los aposentos reales. Según decían, el guardián se había excedido con el vino, como de costumbre, aunque en esta ocasión el resultado fue fatal para él, pues había caído desde lo alto de una escalera, rompiéndose el cuello.

Agatha, sin embargo, sabía con certeza que no fue así cómo se dieron los acontecimientos. Una desasosegada Ethel había acudido a su cuarto ya avanzada la noche y le refirió lo acontecido. Llamó su atención el hecho de que la muchacha estuviera tan angustiada por el destino de Brandon que no podía ocultarlo; por más que tratara de disfrazar de contrariedad sus palabras por el proceder del guardia, temblaba como una hoja ante el miedo de que lo descubrieran.

A la princesa, en cierto modo, le complacía esa lucha interna de la joven; significaba que volvía a sentir, que no todo estaba perdido, malogrado entre ellos dos, y ambos merecían ser felices.

—Pues que los dioses me perdonen, pero a mí no me provoca lástima alguna —murmuró de pronto Dhära cuando accedían al torreón real.

—¿Por qué dices eso? —Se fingió espantada.

—Era un miserable —alegó, con inquina—. Disfrutaba golpeando a los reos... Muchas veces observé su sonrisa viciosa al emplear el látigo —añadió como justificación—. ¿Qué ser humano gozaría con algo así? Además... —su tono se tornó cauteloso— nadie me quita de la cabeza que fue él quien agredió a Ethel.

—Divina Vetsa... ¿tú crees? —Se hizo la sorprendida.

—Por desgracia, ya no lo sabremos —lamentó, abriendo la que era la recámara del Príncipe ĘaGhal. Le dio un vuelco el corazón al entrar en ese lugar en el que había compartido tantos momentos de amor con él—. ¿Cómo se siente? —se interesó, dejando a un lado sus pensamientos—. A decir verdad, me gustaría preguntárselo directamente, aunque apenas la conozco y temo importunarla.

—Ethel es de carácter afable —negó—. Puede que le avergüence hablar de

ello, pero no le molestará tu preocupación. Y bueno... yo confío en que poco a poco vuelva a ser la misma.

La esclava frunció el semblante, pensativa, al tiempo que le hacía una seña a Agatha para que se situara al otro lado del lecho y le ayudara a ordenar las sábanas.

—No tiene de qué avergonzarse. Ella no fue la culpable —decidió Dhära, disconforme, y aunque Agatha estaba de acuerdo, no pudo contestar porque, de súbito, el príncipe irrumpió en la recámara.

Ellas se giraron sobresaltadas al no esperar su llegada, y ÆaGhal permaneció durante un instante en el umbral, también sorprendido. Las jóvenes abandonaron su tarea para hacerle una venia, a la espera.

—Yo... —titubeó el heredero, de modo incomprensible. Eran sus habitaciones, y ellas solo dos esclavas a las que despachar para que salieran, pero cada vez le resultaba más difícil tratar a Dhära de modo desdeñoso, del modo que debería si no la amara tanto—. Salid —les ordenó entonces, aunque el tono no fue severo en demasía—. Necesito cambiarme para presidir los preparativos del último adiós a Öfn —les explicó aunque no debiera. O más bien se lo explicó a Dhära, pues, sin darse apenas cuenta, se había detenido frente a la muchacha, dedicándole a ella sus palabras.

Las jóvenes obedecieron sin más dilación, y al salir al corredor fue cuando Agatha se percató del brillante sonrojo que adornaba las mejillas de la otra criada.

¿Sería posible? Pero eso, acompañado de la turbación del príncipe...

—Qué apuesto es —dijo de pronto, en mitad de un suspiro, simplemente para ver la reacción de la esclava, quien hizo un notable esfuerzo para recomponerse.

—Nunca me he fijado —le respondió, echando a andar para dirigirse a otro cuarto que ordenar. Sin embargo, la risotada de Agatha la hizo mirarla y aminorar el paso.

—Cualquier mujer que no esté ciega puede percatarse de ello —la provocó—, y me resulta imposible que no hayas reparado en su gallardía. Levanta pasiones entre las criadas —añadió con malicia.

—Pues pierden su tiempo, porque el príncipe jamás posaría sus ojos en una mísera esclava —replicó ella con cierto resquemor.

—¿Está prohibido? —le cuestionó Agatha, con fingida inocencia.

Dhära se detuvo en seco antes de abrir la siguiente puerta y la miró extrañada ante algo tan obvio.

—No hay ninguna ley que se refiera a ese menester, si es lo que preguntas, pero el Rey Khawf nunca permitiría que su heredero se uniera a una plebeya, mucho menos a una esclava —replicó con una mezcla de culpabilidad y pesar que lejos de confundir a Agatha le dio luz al asunto, pues ella convivió con ese sentimiento tiempo atrás, y el sufrimiento que lo acompañó fue demasiado intenso como para olvidarlo con facilidad.

—Puede darse —murmuró de pronto la princesa, asaltada por sus propios recuerdos.

—No lo creo —negó Dhära, tras lo que abrió, accediendo a los aposentos del rey. Mirando la estancia, dejó escapar un pesado suspiro que apenas pudo contener y que no le pasó desapercibido a su compañera.

—Tienes un claro ejemplo aquí, en el castillo, en las mazmorras, para ser más exactos —puntualizó, y Dhära quedó estática, con la sábana en las manos—. Jordan de Asbath no siempre fue marqués —agregó al percatarse de que no lo sabía.

—¿Cómo? —inquirió, sin comprender, aunque trató de centrarse en la tarea que ambas comenzaron a realizar.

—Era el capitán de la guardia de Asbath, la patria de la ahora soberana de Los Lagos —le aclaró, y la esclava la observó atónita.

—Pero... tenía entendido que Jordan de Asbath desposó a la hermana del Rey Nicholas —aventuró con prudencia.

—Y así es. Ella renunció a su título por él para poder hacerlo, aunque para nosotros, sus súbditos, siempre será la princesa —le explicó, y en cierto modo le resultó divertido narrarle aquello sin que supiera que se refería a sí misma

—¿Renunció... por amor? —inquirió con incredulidad.

—Su deber era unirse a un príncipe heredero —le confirmó—. Sin embargo, lo eligió a él —apostilló, con un deje de picardía que turbó a la otra joven.

—No comprendo por qué me narras todo esto —rezongó, comenzando a ordenar las ropas del soberano al haber acabado con la cama.

—Por nada en especial —trató de restarle importancia, aunque la pobre muchacha se podría haber ahorrado el mal trago al tratar de ocultar cuánto le había afectado su relato pues quedaba de manifiesto—. Solo pensaba que si el Príncipe ĘaGhal se enamorase de verdad, podría renunciar a todo por su amada. —Dhära iba a replicar, pero Agatha continuó hablando, sin permitirselo—. Por lo poco que he coincidido con él, tengo la sospecha de

que es muy distinto a su padre.

—Lo es —aseveró la joven con, tal vez, demasiada pasión—. Él no tiene el alma podrida como el Rey Tirano —prosiguió con más calma—. Ni siquiera comparten los mismos ideales. Es la esperanza del reino, de una mejor vida para todos —le confesó, y aquellas palabras resultaron esclarecedoras para Agatha, aunque no lo dio a entender.

—En ese caso, ahí está la respuesta a este entresijo —alegó, satisfecha, sin abandonar el tema—. Algún día será rey y tendrá potestad para desposar a quien le venga en gana, sea noble, plebeya o esclava —sentenció, dando énfasis a esta última palabra.

Dhāra no respondió, se mantuvo pensativa mientras ahuecaba unos almohadones de un diván, y Agatha no quiso tensar más la cuerda, aunque tampoco era necesario.

Al cabo de un rato, al liberarse de las tareas más urgentes, fue en busca de Ethel, quien volvía del riachuelo. Tras ayudarla a tender la ropa, se encaminaron hacia el cuarto que ocupaba la princesa, donde le refirió lo que había conversado con Dhāra.

—¿Supones que está enamorada del príncipe? —Quiso saber la muchacha. Se habían sentado una al lado de la otra en el lecho mientras hablaban.

—Estoy prácticamente segura —respondió, categórica—. He visto en ella la misma zozobra en la que se sumió Jordan cuando nos conocimos, y por lo que he presenciado, ËaGhal también la ama.

—No obstante, para el príncipe heredero debe resultar difícil, por no decir imposible, renunciar a su corona —conjeturó Ethel—. Parece un amor condenado —lamentó.

—Y que nos puede servir de utilidad —apuntó Agatha de pronto, y la doncella la miró extrañada—. Como rey podrá desposar a Dhāra, si es su deseo, y siendo así, tendrá prisa por ostentar el poder —agregó con perspicacia.

—Hasta ahora no se ha atrevido a desafiar a su padre —le recordó, sin saber a dónde quería llegar con sus elucubraciones.

—Sin embargo, si un gran ejército se uniera a él...

Ethel abrió los ojos como platos al contemplar aquella más que conveniente posibilidad.

—Debo ganarme a Dhāra, conseguir que confíe en mí —decidió, con firmeza. Se levantó del lecho y comenzó a deambular por la habitación, pensativa—. Nos será más fácil llegar a ËaGhal por mediación de ella.

—Si Su Alteza se aliara con nosotros, sería el triunfo de esta guerra —recitó con esperanza.

—Debo hablar con Brandon enseguida... —murmuró con determinación, y caminaba hacia la puerta cuando alguien llamó.

Como si lo hubiera conjurado con el pensamiento, el guardia de Asbath aguardaba en el corredor a que le abriera. Que buscaba a la princesa era obvio, por eso había acudido a su cuarto, pero que al entrar se encontrara de frente con Ethel fue algo inesperado al tiempo que estremecedor.

Las miradas de ambos se encontraron, y Agatha se sintió turbada al comprobar la intensidad con la que se contemplaban. Carraspeó tratando de romper el silencio, con disimulo, y consiguió su propósito, pues el joven se giró hacia ella, recuperando la compostura con rapidez.

—Venía a traerte esto —le aclaró, ofreciéndole un pequeño hatillo hecho con un pañuelo.

La princesa lo tomó y lo deshizo de inmediato, dejando a la vista un par de llaves idénticas.

—Creo que sería conveniente que Jordan conservase una —le explicó, y a Agatha le sorprendió de modo grato su eficiencia.

—Hoy mismo haré uso de ellas —le anunció, y Brandon resopló con gravedad, poniendo los brazos en jarras.

—Procede con cautela —se atrevió a pedirle.

—Aunque solo entré una vez, conozco esas mazmorras —le recordó—. Nadie me descubrirá —añadió para tranquilizarlo.

—Hay un nuevo carcelero y quizás sea peor que Öfn —le advirtió, y al nombrar a aquel infame le dedicó una mirada fugaz a Ethel, quien seguía estática en mitad del cuarto, presenciando su conversación.

No obstante, a Agatha no le pasó desapercibida cierta tensión entre ellos, la que provoca el hecho de que haya cosas por decir. No sabía si era el caso, pero decidió que precisaban de un momento a solas que ella iba a otorgarles.

—Acabo de recordar que Dhära me ha hecho un encargo —mintió—. Nos vemos después —le dijo a una turbada Ethel, quien solo pudo asentir.

La princesa guardó a buen recaudo las llaves y se dispuso a salir, pero antes apretó el brazo de Brandon de modo afectuoso.

—Gracias —susurró, tras lo que se marchó.

El silencio se alzó en la pequeña estancia una vez se quedaron solos. El guardia miró a la joven, quien parecía cohibida, y a él lo asaltó una incontenible ráfaga de desencanto.

Que Ethel volviera a retraerse, a alejarse de él, era una posibilidad palpable que rompía sus ilusiones. Debería volver a batallar contra aquel muro de frialdad que ella había alzado entre los dos tras lo que le sucedió y, sobre todo, olvidar el momento compartido la noche anterior, en su cuarto, arrancar de su mente aquel contacto, la suavidad, su fragancia... Ese instante no fue más que un pequeño oasis, un remanso en calma en mitad de la tempestad.

Brandon no era un cobarde, ni tampoco inconstante; era capaz de luchar hasta las últimas consecuencias. No obstante, pelear en una batalla que estaba perdida de antemano era absurdo, un completo disparate, pues tal vez Ethel tan solo le profesaba mero agradecimiento, y eso jamás sería suficiente. Él ansiaba mucho más de ella... Lo quería todo.

El mutismo de ambos crispó el ambiente, y Brandon no quiso prolongar aquel momento tan tenso entre los dos.

—Yo... creo que debería marcharme también —decidió, dispuesto a salir de allí cuanto antes.

—Espera —lo atajó ella con premura, reaccionando por fin al ver que se iba.

Brandon la observó, cauteloso, y se le aproximó despacio, deteniéndose frente a la joven, cerca. Imaginaba que quería decirle algo, así que aguardó en silencio, aprovechando para colmarse de la belleza de sus facciones, de líneas dulces y, al mismo tiempo, atrayentes. Deseaba que su imagen penetrara en él para recordarla en cualquier instante.

Cuando se colocó delante de ella, Ethel tuvo que levantar el rostro para poder mirarlo a los ojos. Eran de un azul claro tan irreal... embrujaban... A ella la tenían atontada porque, de lo contrario, no se atrevería a contemplarlo así, sin tapujo alguno. Le vino a la memoria el día que lo conoció, cuando la salvó de ser derribada por aquel caballo desbocado. Ahora, su mirada no le resultaba tan triste como antaño, aunque sí le pareció entrever un deje de añoranza. Tampoco sus facciones eran tan severas como las recordaba, se habían suavizado, pero sí volvió a reparar en la protuberancia que le señalaba el tabique nasal y que, lejos de menoscabar su aspecto, le otorgaba cierto atractivo.

De pronto, olvidó lo que quería decirle. Guiada por un impulso que no pudo refrenar y del que rogaba no arrepentirse, alzó una mano y delineó la marca con el índice.

Brandon se estremeció de pies a cabeza. Era un toque del todo inocente, pero no lo esperaba, y percibió en ella cierta curiosidad, un brillo travieso en

la leve sonrisa que esbozaban sus labios. Contuvo el aliento y aguardó mientras ella lo esculpía con la yema del dedo, de modo suave y cuidadoso, como si temiera dañarlo.

—¿Cómo te hiciste esto? —le preguntó de pronto, con cándida ingenuidad, y que a él le enterneció.

—Una de las alimañas de Balkar me golpeó con la empuñadura de su espada —le narró, con cierto aire petulante.

Sin embargo, ella apartó la mano para taparse la boca con espanto, y él lamentó no haber sido un poco más sutil en su explicación.

—¿Te... te he hecho daño? —se preocupó ella, y él sonrió ampliamente ante su inquietud.

—No, es una herida de hace años —la calmó—, pero de ser así, no me habría importado. Cualquier dolor hubiera valido la pena con tal de sentir tu caricia —añadió con tono cálido.

Ethel sintió que enrojecía hasta las orejas al comprender que le había gustado su gesto, así que bajó el rostro para que él no se percatara, si no lo había hecho ya.

—¿Siempre ganas en la batalla? —cambió de tema, y a él le divirtió su apuro y su sonrojo, aunque no se dio por enterado.

—No tengo otra opción —le respondió, tornándose su expresión seria de pronto, y ella lo miró, interesada por su respuesta—. No hay misericordia o piedad en la guerra —prosiguió—, perder significa morir.

—Yo no quiero que mueras —murmuró ella sin poder evitarlo, y aunque apartó la mirada, avergonzada por sus propias palabras, él le sostuvo la barbilla, impidiéndoselo.

—Moriría sin dudar por la mujer que amo —le susurró, con una suavidad que a él mismo le aturdió. Ethel le inspiraba tantas cosas...

La joven sintió que su corazón volaba... Sentimientos encontrados la invadieron, golpeándola con fuerza. Su mirada se veló. No podía ser... era una mujer manchada, y sin embargo, pensar en el posible significado de esas palabras la llenaba de una dulce emoción, desconocida para ella, que tal vez no merecía. Pero... si fuera verdad que él...

—Ethel... Moriría por ti —le confirmó así lo que una parte oculta de ella ansiaba por escuchar, y el guardia le acarició con ternura la mejilla, por la que caía una lágrima peregrina.

—Brandon...

El muchacho no pudo resistirlo más. La cercanía de su delicado cuerpo, el

aliento cálido golpeando su cara, la turbación de su mirada... Aquella lágrima anunciaba un no, pero el resto brillaba con un sí, y que mal rayo lo partiera si no derramase hasta la última gota de su sangre para conseguir el amor de esa mujer.

Llevó la mano hacia su nuca y le inclinó el rostro hacia él, y Brandon bajó el suyo, yendo en busca de su boca, despacio. Le dejó total libertad para salir huyendo si lo que estaba a punto de suceder no era lo que ella quería, porque jamás la forzaría a nada. Sin embargo, Ethel no se apartaba. Su respiración se agitó, trémula, mas no era a causa del miedo, así se lo decía el arrebol de sus mejillas, como un signo de nerviosismo, de inocencia virginal.

Cuando por fin rozó sus labios... dioses, habría querido devorarla, pero se contuvo, atando en corto sus deseos. La caricia fue suave, sosegada, delicada, y saboreó su boca sonrosada con avidez contenida. Quería mimarla, halagarla, enamorarla... La envolvió entre sus brazos, dándole cobijo, protección, y también sosteniéndola, pues temblaba como una hoja mecida por el viento mientras sus finas manos se agarraban a su jubón. La besó hasta dejarla sin aliento, pero suave, lento, y al separarse, ella lo miró turbada, con los labios entreabiertos por el anhelo, aunque nuevas lágrimas aguaban sus ojos.

—Mi niña... —murmuró.

La atrajo hasta él y ella se refugió en su pecho, como si fuera su salvación. Y Brandon deseaba tanto serlo...

—Ya no soy una niña —lamentó, cerrando los párpados con fuerza para no dejar caer ninguna lágrima, no quería llorar más...

—No, no eres una niña. Eres toda una mujer, la que yo quiero para mí —le confesó al comprender a lo que se refería, y ella gimió, mortificada.

—Tampoco soy esa mujer que conociste —comenzó a negar.

—Sí lo eres —aseveró, firme mas sin dureza—. Estás oculta hasta que sanen tus heridas, y juro por los dioses que lo comprendo. Pero te amo, no puedo evitarlo, no puedo evitar que mi corazón ansíe el tuyo —dijo con pasión, y ella lo miró, sobrecogida por sus palabras—. Mi amor nunca te lastimará, no te exigirá, te lo prometo —le aseguró el guardia—, pero necesito saber si puedo esperar.

—Espérame, Brandon, te lo ruego —le suplicó, ocultando la cara contra su torso por la vergüenza, por atreverse a pedirle algo así. Porque tal vez era una osadía, tal vez ella no merecía...

—Toda mi vida, Ethel —declaró él, con una creciente emoción invadiendo

su pecho que apenas podía contener—. Aunque no será preciso tanto, confía en mí. Mi único deseo es que seas feliz —le dijo, alzándole el rostro para acariciarle la mejilla con los nudillos.

La joven asintió, y quizás para darle la razón a él o para convencerse así misma de que era posible, en un arranque de valentía, se puso de puntillas y lo besó. Fue un beso corto y suave, como el aleteo de una mariposa, pero él sonrió complacido y le dio un toqucito en la nariz con el índice.

Tal vez fuese una tontería, detalles sin importancia... Sin embargo, esa sonrisa, ese gesto suyo... Ethel sintió que se le caldeaba el corazón y quiso creer que sí, que quizás podría ser feliz.

Entonces, Brandon la cogió de la mano con la intención de guiarla fuera del cuarto. Ella, en cambio, rogó para que no la soltara nunca, para que la condujese hacia su destino, juntos.

Capítulo 28



A todos les sorprendió no ver la desagradable cara de Öfn de buena mañana y que fuera otro guardia quien acudiera a buscarlos a sus celdas. Los rumores en la cadena de hombres mientras se dirigían a la cantera se sucedían sin cesar, a excepción de cuando se les acercaba Hirm, el centinela que ahora ocupaba su puesto. Para su desgracia, los pocos que lo conocían aseguraban que su carácter era tan agrio como el de su predecesor, y su mano, igual de aficionada a hacer restallar el látigo.

Nadie sabía con certeza qué había ocurrido; Öfn jamás había descuidado sus obligaciones, ni siquiera en la peor de las resacas, algo a lo que estaban acostumbrados, pues sus espaldas pagaban las consecuencias. Sin embargo, a media mañana, una gran columna de humo que se alzaba desde el castillo los puso sobre aviso, aunque la fragancia propia de las plantas aromáticas de las que se hacía uso en las piras funerarias, y que llegó hasta la cantera, les dio la respuesta que habían elucubrado sin éxito, porque ninguno de ellos habría imaginado jamás que su carcelero estaba muerto.

—Me temo que alguien se te ha adelantado —le dijo Qorxu a Jordan con sorna.

—No es digno burlarse de los muertos, anciano —se mofó él, siguiendo su juego.

—Espero que los dioses le tengan reservado en el Inframundo el lugar que merece —contestó con socarronería.

Jordan respondió con una carcajada, que se vio cortada por la presencia de Hirm, quien se aproximaba con cara de pocos amigos. Se callaron de inmediato y golpearon con brío la dura roca.

Por fortuna, ellos no eran los destinatarios de sus intenciones, sino unos compañeros situados a varios pasos más allá.

El chasquido del látigo contra la carne y el grito de un hombre quebraron la tensa tranquilidad, y los reos más cercanos alzaron la vista ante tal llamada de atención.

—Sí, para satisfacer vuestra malsana curiosidad os diré que Öfn está muerto —anunció con voz potente y jactanciosa—. Ahora soy yo quien tiene

vuestra vida en sus manos, y no me temblará el pulso a la hora de encauzaros y de daros ánimos con mi látigo —apuntó con sarcasmo—. Y para celebrarlo, de paso que honramos al difunto Öfn, vuestra cuota de piedra hoy deberá ser el doble.

Los quejidos de algunos reos no se hicieron esperar, y tal y como había advertido, Hirm no dudó en hacer estallar el cuero contra el cuerpo de los que tenía más cerca, acabando así con las protestas.

Jordan sabía bien que aquel despropósito no era más que una excusa del nuevo carcelero para mejorar su tino con el látigo en sus espaldas. De hecho, Qorxu había palidecido al pensar en la tanda de golpes que aguardaría por él al final de la tarde por no haber cumplido con su cuota.

—Tú haz lo que puedas —murmuró el joven, prosiguiendo con brío con su tarea.

—Es imposible —lamentó el viejo en un susurro lastimero, aunque obedeció.

—Yo me encargo del resto —le aseguró en cambio, y viendo que el carcelero se había alejado para continuar con su ronda, colocó las piedras que acababa de machacar en el acopio del anciano.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó con agradecimiento.

—Porque mereces vivir, como los hombres que están aquí —replicó con rabia contenida, y que descargó contra la roca con su mazo—. Por desgracia, no puedo ayudarlos a todos... o tal vez sí —masculló, sin poder evitarlo.

—¿Lo dices por tu esposa? —preguntó en un susurro apenas audible al tiempo que miraba a su alrededor, con prudencia—. ¿Has sabido algo de ella?

—No —espetó, lleno de impotencia.

Habían pasado varios días desde que fue a visitarlo allí, a la cantera, con la excusa de llevar agua a los reos. Habiendo sido reprendida por Öfn, era algo que no se podría repetir, e imaginaba que tampoco le permitirían repartirles la comida al final de la jornada.

Aquella espera lo estaba matando, y lo peor era que ni siquiera sabía qué debía esperar. Daba por sentado que Agatha estaba en el reino por algún motivo, tal vez como parte de algún plan definido por Nicholas, por los suyos, pero era mucho suponer.

Trató de alejar aquel pensamiento de su cabeza. Para su infortunio, poco podía hacer. Estaba atado de pies y manos, de modo literal, y lo único que restaba era estar atento a cualquier acontecimiento. Tal vez la muerte de Öfn fuera alguna de esas señales...

Se pasó el día entero elucubrando una posible relación entre el deceso del guardián y la presencia de Agatha en ese castillo, mientras picaba piedra como si no hubiera un mañana. De no ser así, no lo habría para Qorxu. Por desgracia, hubo compañeros que no cumplieron las exigencias de Hirm y, al caer la tarde, antes de ser conducidos a las mazmorras, recibieron tal somanta de latigazos que luego tuvieron que ser asistidos por otros reos para llegar a su celda. El anciano no lo habría resistido, y por su mirada rebosante de gratitud, él también era consciente de ello.

Cuánta crueldad gratuita... Jordan apenas podía soportar tanta injusticia y falta de humanidad, máxime cuando el crimen de la mayoría de los prisioneros era no haber podido pagar los elevados impuestos requeridos por Khawf.

Aquel rey infame... Los retenía a él y a Gladys contra su voluntad, desafiando a Nicholas y Trystan, y por ende, a los reinos colindantes, su Alianza... Recibiría su merecido, por Bhut todopoderoso, tenían que aplastar ese imperio infernal, reducirlo a cenizas, como ya hicieran con Adamón.

Al llegar a su celda, Hirm lo ató a la consabida cadena situada en el muro, otra noche más. Y él aguardó, invadido por una sensación a medio camino entre la resignación y la expectación. Hasta entonces no se había atrevido a hacerlo, pues no quería arrojar la más mínima sospecha sobre Agatha, pero la incertidumbre iba a acabar con él; necesitaba saber.

En cuanto la esclava entró, él se acomodó en el suelo para recibir su comida, dedicándole a la joven una sonrisa, que a ella no le pasó desapercibida, pues la apatía solía ser su usual estado de ánimo.

—Buenas noches, Dhära —la saludó, lo que a ella le sorprendió de forma grata.

—Buenas noches, Excelencia.

—Jordan —la corrigió, y la muchacha le sonrió mientras se agachaba frente a él.

—Lo sé —le confirmó así que su trato era por cortesía. ¿Tal vez ella era diferente al resto?—. Os veo de buen ánimo —apuntó entonces.

—Lo estoy. Öfn ha muerto —dijo sin apenas pensar, y Dhära no pudo reprimir reírse, llamando la atención de Jordan, aunque lo dejó pasar—. Por cierto, ¿qué fue de aquella mujer que te acompañó una vez? —preguntó sin demora, pues ya le estaba ofreciendo su plato lleno y no tardaría en marcharse.

—¿Os referís a Ressa? —le cuestionó, extrañada.

—Se llama como mi difunta madre —le confesó, utilizando ese dato como justificación a su demanda—. Y su rostro me resulta familiar.

—Las esclavas tienen prohibido visitar a los reos, y más para ciertos menesteres —alegó ella con cierto tono de reproche, incluso lo observó contrariada, como si lo supiera culpable del peor de los crímenes.

—Oh, no, no me malinterpretes —se excusó con rapidez—. No tengo ese tipo de interés en ella, te lo juro; amo a mi esposa por sobre todas las cosas —se defendió con pasión—, pero escuché en la cantera que procede de Los Lagos, y...

—Servía en el feudo de Lord Durstan —atajó la joven, un tanto cortante mientras se ponía de pie—, un aliado del Rey Khawf, por lo que no creo que sirva a vuestros propósitos.

La mirada que la esclava le dedicó a Jordan, antes de dirigirse a la salida y cerrar la puerta con llave, dejaba de manifiesto que el concepto que pudiera tener de él se había deteriorado.

—Maldita sea —farfulló al comprender que su intento de saber de Agatha podría haber complicado la situación.

Observó el plato, repleto de un guiso de verduras con un poco de carne. Al menos, no tenía mal sabor, pero, aun siendo la peor de las bazofias, debía alimentarse, resistir hasta tener noticias de ella y de Los Lagos.

Sin embargo, apenas había dado un par de sorbos cuando escuchó un extraño sonido procedente del montón de paja que había situado en el rincón más alejado de la celda. Dejó el plato a un lado y miró hacia el lugar, en silencio, por si el rumor volvía a repetirse. Y no solo eso, sino que percibió cierto movimiento que lo alertó. Tal vez fuera una rata, y el mordisco de uno de esos roedores infestado de enfermedades podía ser mortal.

Giró su cuerpo hacia la paja y avanzó de rodillas lo que la cadena le permitió, con las manos tensas como garras, dispuesto a matar a aquella alimaña. Pero entonces, aquel montículo empezó a agitarse, con sacudidas que era imposible que proviniesen de un animal tan pequeño... Y de pronto, contempló atónito una mano, un brazo que pugnaba por emerger de entre la paja, cabello rubio...

—¡Agatha! —exclamó, sin poder contenerse, y estirándose hacia ella cuando por fin vio su rostro, aunque de forma inútil, ya que la maldita cadena no le permitía alcanzarla.

Pero su esposa salió, a rastras, y gateó hasta arrojarse a sus brazos. Los gruesos eslabones se clavaban entre sus cuerpos, aunque no les importó; se

fundieron en ese abrazo tan esperado, necesitado, apremiante.

Jordan sentía el aire atenazado en los pulmones, temiendo estar sumido en una especie de demencia demasiado real. Porque ese cuerpo, ese calor, esa esencia eran de Agatha, y no podía ser verdad, no podía ser real. Los dioses eran caprichosos y lo estaban conduciendo a la más terrible de las enajenaciones.

—Jordan... —murmuró ella entonces, con voz temblorosa, de lágrimas, y él ahogó un repentino sollozo contra la suavidad de su cuello, apretando con fuerza su cuerpo trémulo.

—Eres tú... Estás aquí...

—Bésame, Jordan —le rogó, cuando no era preciso, pues él sentía que moriría de no hacerlo. Necesitaba saborearla, alimentarse de su respiración... era lo único que restaba para que todos sus sentidos tuvieran plena consciencia de su presencia allí, en carne y hueso.

Poseyó su boca con ansia desatada, incontenible, devorándola. Ella alzó las manos hasta su cabello y lo agarró con fuerza, exigiendo más, que ese beso fuera el más intenso, el más profundo, el más estremecedor que se hubieran dado jamás. Jordan obedeció, desesperado, como si él tampoco tuviera bastante. Bebió de su boca con anhelo, añoranza, entregándole el alma y robándole el aliento. En ese beso se entremezclaba la dulzura de sus corazones con la sal de las lágrimas que apenas podían contener, llenas del dolor padecido y de la dicha de haberse reencontrado, un torbellino de sensaciones que los vapuleaba y sacudía, pero del que se sabían a salvo al estar resguardados, uno en brazos del otro.

Cuando pudieron controlar el ansia, sus bocas se separaron, pero para comerse con los ojos...

—Jordan...

—Aún no lo puedo creer... —musitó él, corriendo el llanto por su rostro—. ¿Cómo...? —empezó a preguntar mientras acariciaba las mejillas también húmedas de su esposa, y el sonido de la cadena al moverse la hizo reaccionar.

De entre una de las mangas de aquel vestido de esclava que portaba, extrajo un hatillo que guardaba en su interior dos llaves. Jordan farfulló un impropio cuando se sentó a horcajadas sobre sus piernas y comenzó a liberarlo de los grilletos.

—Maldita sea... ¿Qué demonios está pasando? —espetó, impaciente por saber—. ¿Acaso Öfn...?

—Brandon lo mató —empezó a explicarle, con la atención puesta en las cerraduras—. No estaba previsto, fue algo irremediable que...

—¿Brandon? —Jordan le cogió la barbilla con la mano que acababa de liberarle y le obligó a mirarlo.

—Y Ethel, también...

—¿Ethel? —inquirió, dibujándose una mueca de extrañeza.

Agatha asintió y se soltó de su agarre para continuar con su tarea.

—Ella nos advirtió de la conjura de los señores con ayuda de Khawf —le narró—, pero no con la antelación suficiente como para anticiparnos a vuestro secuestro —lamentó, dejando las cadenas a un lado.

Jordan se restregó con las manos las muñecas, entumecidas tras tanto tiempo de cautiverio.

—Cuéntamelo todo —le pidió cuando su esposa terminó de retirar la cadena de sus pies.

Ella asintió, pero antes de que comenzara a hablar, la agarró y volvió a colocarla a horcajadas sobre sus muslos, envolviéndola entre sus brazos; precisaba saber lo que estaba ocurriendo, pero también la quería cerca, mirarla, tocarla... De hecho, ella le narró la historia al completo entre caricias. No le importaba su aspecto desmejorado, su pelo desaliñado y la inusual barba que lucía. Paseaba los dedos por el grueso vello de su barbilla y por su cabello, peinando los largos y oscuros mechones con suave dedicación.

—¿Eres consciente del riesgo que corres? —le reprochó él, aunque sin excesiva dureza. Que los dioses lo perdonaran, pero tenerla allí, entre sus brazos, lo hacía demasiado feliz como para renunciar a ello.

—No resistía más sin saber qué había sido de ti, Jordan —respondió.

El joven exhaló con pesar.

—La noche antes de partir desde Meissen, recuerdo que me arrepentía de no haber dado mayor crédito a ese presentimiento que tanto te afligía —le confesó con desazón—. Luego, di gracias a los dioses porque permanecías en Los Lagos, bajo la protección de tu hermano, sin soportar las penurias a las que te habrían sometido de haberte raptado también. Y sin embargo, aquí estás —añadió con una sonrisa triste, acariciándole el rostro con el dorso de la mano—, convertida en esclava por voluntad propia, en un intento desesperado de...

—Sí, estaba desesperada —exclamó con pasión—. Y no me importa mi destino mientras lo comparta con el tuyo, sea cual sea.

—Mi Agatha...

—No puedo vivir sin ti, Jordan —sentenció, con renovadas lágrimas inundando sus ojos.

—No llores, princesa mía —le pidió con ternura, pasándole el pulgar por los párpados, despacio.

—Entonces, compréndeme —le imploró.

—Mi deber como esposo es reprenderte por tu proceder —admitió con culpabilidad—, pero mi corazón de hombre está a punto de estallar en mi pecho al saber lo que eres capaz de hacer por mí.

—Es que te amo, Jordan, inmensamente —dijo como un lamento.

—Como el amor que yo te profeso, Agatha —replicó, cerrando los ojos mientras la pegaba a él—. Pero cuando pienso en el peligro al que te has enfrentado, se me hiela la sangre.

—No... —lo cortó ella. Se separó y tapó la boca masculina con los dedos—. No quiero que esta noche transcurra entre reproches. Al amanecer, tú volverás a la cantera y yo me convertiré de nuevo en esclava, y no sé cuándo podré regresar.

—Tienes razón —admitió él con pesar—. En ocasiones he creído que no volvería a tenerte así, contra mi pecho. Sea como sea, aquí estás, y puedo tocarte, besarte...

—Amarme —musitó ella con cálida languidez—. Hazme el amor, Jordan.

—Pero, Agatha... ¿Aquí? Yo...

—Ya lo sabes... No existe lugar más maravilloso que entre tus brazos —le dijo, pasando ambas manos por su torso, incitante.

—Por todos los dioses...

—Te necesito con malsana desesperación —murmuró la joven, y bajó el rostro para comenzar a depositar un reguero de besos en su cuello.

Su marido jadeó, la cogió por la nuca y la obligó a mirarlo.

—¿Crees que yo no? —demandó con voz grave, oscura.

—¿Cuánto, esposo mío? —lo provocó ella, y se humedeció los labios, con toque seductor.

Jordan pasó el pulgar por la piel brillante.

—Mi diosa... ardiente y tentadora —recitó por lo bajo—. Solo un gesto tuyo es suficiente para hacerme enloquecer de deseo, para olvidar el lugar inmundo en el que estamos.

—¿Tal poder ejerzo sobre ti? —preguntó coqueta, vanidosa, y él exhaló el aire que contenía en sus pulmones.

—Voy a desnudarte, mujer —gruñó, dominado por un irrefrenable anhelo—. Voy a hacerte mía, a poseerte hasta que te convenzas de que soy esclavo de tu amor, de tu cuerpo y tu alma... de tu placer, y que pienso convertir en mío —susurró sobre su boca, rozándola ligeramente con los labios mientras su mano descendía hasta el bajo de su vestido.

Sin embargo, la joven se puso de pie, frente a él, y le ofreció sus manos para que también se levantara. Ella misma dejó caer a sus pies el anodino vestido, y él la imitó, deshaciéndose de sus ropas.

Agatha comprobó que el cuerpo de su marido no era tan fornido, a causa del cautiverio, pero seguía siendo vigoroso, y la atraía como las abejas a la miel. Su excitación era más que evidente y ella sintió un ramalazo de ardor en su vientre que la aturdió.

Su esposo, por su parte, la devoraba con los ojos. Tan hermosa... su mujer... La tomó de la cintura con ambas manos y la hizo caminar de espaldas hasta el montón de paja, atándola con su mirada, oscurecida por la anticipación. La tumbó despacio, acompañándola, y el contacto de sus pieles despertó en sus cuerpos las llamas de una pasión que trataban de contener al querer alargar el momento.

Jordan se cernió sobre ella y delineó con su lengua el contorno de los labios femeninos, para después degustar su boca por entero. Las manos de su esposa acariciaban sus hombros, su espalda, las nalgas, y la suya se deslizó hasta uno de los redondeados pechos. El sensible pezón se tensó con su tacto, y el torso de Agatha se arqueó hacia él en una demanda.

Abandonó sus enrojecidos labios y apresó el fruncido brote con su boca, mientras los dedos buscaban su intimidad, ya húmeda. Jordan gimió al hacerlos resbalar por su tersura, al notar que ella separaba los muslos para él. La entrega de su mujer siempre era plena, sin reservas... Lo enardecía, llevándolo al límite de la excitación con su voluptuosidad.

Sin poder contener sus más primarios deseos, cubrió con su boca la carne anhelante de su intimidad, con goce y gula, y Agatha tuvo que morderse el puño para reprimir un potente gemido que podría haber advertido a algún reo.

—Oh... Jordan...

—Eres tan deliciosa... —murmuró con ardor.

Tentó con la lengua los pliegues que arropaban su centro, y la hizo serpentear entre ellos, para llegar hasta donde se anudaba su placer y torturarla. Agatha jadeó, retorciéndose, y a él le satisfizo tanto arrancarle aquellos gemidos... Queriendo alargar aquel deleite, arrojó aliento cálido

sobre su humedad incendiada. Luego, sopló con suavidad, refrescándolo, y la pelvis de Agatha se agitó. Jordan le sostuvo la cadera, volviendo a dar suaves toques sobre su carne inflamada, y la joven ahogó un quejido, ansiosa, expectante.

—Jordan, por favor...

—Shhhh... Tranquila, mi diosa —susurró, reptando por su cuerpo hasta posicionarse encima—. Voy a hacerte mía en este preciso instante, porque me corroe tu misma necesidad —anunció en tono grave, justo cuando Agatha creía que no lo resistiría más.

La posesión fue lenta, ardiente, estremecedora... Sus miradas se anclaron la una a la otra mientras sus cuerpos se tornaban en uno solo, de forma tan profunda que los aturdió. Agatha hundió los dedos en la espalda de su marido, con la boca entreabierta, sobrecogida y sin aliento, y Jordan apretó las mandíbulas, tembloroso y dominado por tan abrumadora sensación. Cuando la llenó por completo, tuvo que tomar la boca de su esposa para amortiguar los incontrolables gemidos de ambos.

Dioses...

Se vieron asaltados por una plenitud que jamás habían sentido hasta entonces. La unión de sus almas estaba presente en cada caricia, en cada beso, en cada respiración compartida. Jordan comenzó a moverse en su interior, y Agatha acompasó sus caderas al ritmo candente de aquel vaivén que los sumía en una danza llena de pasión y todo su amor.

—Mi Agatha... cuánto te amo —murmuró, llegando cada vez más adentro, con mucha lentitud, alargando aquel placer que comenzaba a aflojar sus músculos, a derretir sus huesos y a prender la sangre que fluía por sus venas, recorriendo sus cuerpos, que ardían más y más... y más...

—Jordan... —jadeó ella, con la voz entrecortada, clavando las uñas en su fuerte espalda, y él comprendió la respuesta de su mujer.

Intensificó sus embistes, acelerando de forma progresiva la cadencia de sus movimientos con toda la intención de acompañarla. Agatha le rodeó la cadera con sus piernas, y él le tomó las nalgas y la hizo corcovear hacia él. El pleno contacto los abrasó, como golpeados por un rayo, y sus cuerpos se agitaron de modo errático, respondiendo al éxtasis que los sorprendió a ambos, consumiéndolos.

Se dejaron llevar por su marea, brava en un principio, salvaje, y que los arrastraba, para transformarse poco a poco en suaves olas que los mecían de modo delicioso hasta extinguirse.

Languidecieron uno en brazos del otro. Las emociones vividas minaron su resistencia, y se vieron vencidos por el sueño. Sin embargo, Jordan se despertó antes del amanecer, con Agatha descansando sobre su pecho.

Se tomó unos minutos para contemplarla. El amor que se tenían era inconmensurable... Jamás lo había dudado, pero una mezcla de orgullo y agradecimiento lo invadió al pensar en lo que aquella mujer era capaz de hacer por él.

Tuvo que interrumpir su sueño. Debían vestirse para que la llegada de Hirm no los pillara desprevenidos, pero aguardaron el momento abrazados, prodigándose caricias y palabras de amor. Hasta que la mirada de Jordan se ensombreció.

—Te amo, Agatha —le dijo.

—Ya lo sé —se jactó con sonrisa pícaro—, y no pierdes la oportunidad de gritarlo a los cuatro vientos, como con Dhāra.

—En mis ansias de saber sobre ti, supongo que ha sacado conclusiones erróneas —aventuró, aunque con sonrisa triste.

—No obstante, no creo que estés así por eso —indagó, y Jordan sabía que su esposa lo conocía demasiado bien como para disuadirla.

—Siento que... Siento haber faltado a mi promesa —lamentó ante la mirada interrogante de su mujer—. Te juré que nada podría separarnos.

—No nos han separado —replicó ella, sin querer darle importancia, y se acomodó en su regazo—. Estoy aquí, contigo.

—Agatha...

—Nuestro amor es uno, y ambos debemos luchar por él con todas nuestras fuerzas, por igual —le rebatió, y él tuvo que reconocer que tenía razón.

—Sí, pero...

—Además, deberías sentirte dichoso al tener una mujer como yo, que iría hasta a los Confines del Mundo por ti —bromeó con exagerada vanidad, y su marido no pudo evitar sonreír.

—Soy el hombre más feliz de aquí al Kratvah —le aseguró, pellizcándole la barbilla—. Pero te ruego por todo lo más sagrado que te cuides, que no te espongas de modo innecesario. No te pongas en peligro, guiada por tus ansias de verme. Puedo vivir alejado de ti, pero no sin ti —pronunció con énfasis—. Si algo te sucediera...

Agatha cubrió la boca de su esposo con los dedos.

—Te lo juro, Jordan —aseveró con firmeza—. No debes preocuparte. Tío Trystan no tardará en enviarnos el cuervo, y seguro que nuestro ejército

aplastará a ese gusano de Khawf. Y mientras tanto, me mantendré a salvo —añadió al ver que iba a replicar.

Su respuesta lo satisfizo y asintió, tras lo que le dio un largo y sentido beso que se vio interrumpido por sonidos al fondo de la mazmorra: Hirm acudía en busca de los reos.

Con premura y en silencio, Agatha encadenó a su esposo, y se dieron un último beso antes de que ella se ocultase en el montículo de paja, bajo la atenta mirada del joven.

El corazón de Jordan latió de modo doloroso ante esa nueva separación, y que se tornó en inquietud cuando el carcelero entró en su celda, al temer que pudiera descubrirla.

Centró la vista en los movimientos del guardián, en aquella llave de la que él poseía una copia, escondida dentro de su mugroso colchón. Solo miró hacia el rincón donde se ocultaba Agatha una única vez, al levantarse, y de modo fugaz. Por fortuna, Hirm ni siquiera sospechó.

Agatha aguardó pacientemente a que todos los reos desfilaran en aquella cadena humana que poco después abandonó la mazmorra. Dejó transcurrir un tiempo prudencial y, aun sabiendo que nadie vigilaba aquellas celdas vacías, se asomó con mucha cautela hacia el patio exterior, asegurándose de que nadie la viera. Luego, como si tal cosa, emprendió rumbo a la zona de la servidumbre, a llevar a cabo sus obligaciones.

Le había hecho una promesa a su esposo y la cumpliría. Se mantendría a salvo, viva, y muy pronto saldrían de allí para volver a la tranquilidad de su hogar, con sus hijos, a disfrutar de una larga vida, llena de amor y felicidad.

Sí, así sería... Ese era su juramento. Por Jordan.

Capítulo 29



ËaGhal estaba en uno de sus entrenamientos matutinos junto con Pelko, cuando Frygt acudió en su busca: su padre reclamaba su presencia. Compartiendo una mirada recelosa con su amigo, el príncipe heredero acompañó al capitán, aunque insistió en pasar primero por sus aposentos a asearse.

No debería haberle extrañado, a no ser por ese aire de suficiencia del hombre de confianza de su padre, cierta petulancia que se esforzaba en ocultar, como si fuera poseedor de alguna información que ËaGhal ignoraba. Además, al salir de sus habitaciones, adecentado, como debía ser, para presentarse ante el soberano, se les unieron un par de soldados, siguiéndoles de cerca. Aquella escolta no deseada le dio mala espina.

Al llegar a la recámara de su padre, este lo recibió con una sonrisa forzada. Por otro lado, los tres guardias permanecieron en la puerta, flanqueándola, y el joven se sintió como un roedor en una ratonera, solo que en esa ni siquiera había queso.

—Acércate, hijo —le pidió Khawf, con tono animado, aunque falso, y le hizo un gesto con una mano para que lo siguiera hasta una mesa tallada y decorada de modo exquisito; todo lo que estuviera al alcance del Rey Tirano debía serlo.

Entonces, el muchacho lo vio tomar un par de piezas ovaladas de madera, un poco más grandes que su mano, y se las entregó. Eran los retratos de dos mujeres que no había visto jamás en su vida. Una de pelo negro y la otra, castaño, y sus facciones no eran muy llamativas aunque tampoco desagradables. Sin embargo, no era difícil apreciar que eran nobles, por sus tocados y adornos en forma de joyas vistosas, y ËaGhal empezó a comprender lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué te parecen? —le preguntó su padre con interés y picardía.

—Dos mujeres nada agradadas y que no despiertan en mí interés ninguno —exageró la respuesta, hecho que a su padre no le importó, pues tomó un par de pliegos manuscritos que le ofreció tras recuperar los retratos y volver a dejarlos en la mesa.

—Entonces, veamos si los bienes y posesiones que pasarían a formar parte de la corona al unirse con una de ellas te sirven de aliciente —replicó un poco más serio, y sacudió la mano extendida con las listas para que el joven las tomara de una vez.

Con reticencia obedeció, aunque apenas fijó la vista en ellas.

—Padre, por si no lo habías advertido aún, soy bastante mayorcito para buscarme una mujer —objetó, arrojándolos en la mesa.

—Por mí, puedes tener todas las que te plazca, ËaGhal —replicó Khawf, empezando a mostrarse tenso—, un harén de esclavas si es lo que deseas, pero una de estas dos mujeres va a ser tu esposa —sentenció, de modo inflexible—. Elige la que menos te repugne para fornicar con ella, aunque solo sea lo justo y necesario para engendrar un heredero.

ËaGhal rompió a reír, cortando el alegato de su progenitor, a quien comenzaron a crispársele los nervios por la actitud irreverente de su hijo.

—No pienso desposar a ninguna de las dos —alegó, hilarante—. Elegiré a mi esposa cuando lo crea oportuno y será quien yo decida.

—Sabes, empiezo a cansarme de tu acostumbrada insolencia —le advirtió el rey.

—Y a mí, que trates de doblegarme como si fuera uno de tus súbditos —se rebeló.

Ahora, quien rio fue el rey.

—¿Crees que no puedo hacerlo? —se jactó, y su hijo frunció el ceño, sin comprender.

Khawf comenzó a deambular por la estancia, despacio, con paso meditabundo, pero en sus facciones se entreveía que estaba disfrutando de una situación que al joven se le escapaba a todo su entendimiento.

—Soy consciente de que, a mi edad, la búsqueda de otro heredero, aunque no es imposible, podría poner al reino en una situación delicada —habló con total ligereza, como si no fuera relevante—. Moriré antes de que ese niño pueda reinar, y dejaría mi legado desamparado, por lo que aún te necesito. Pero también sé que, llegado el día, harás y desharás a tu antojo, y que los dioses me fulminen si no te hago pagar antes por ello —sentenció, con repentina inquina.

—¿De qué hablas? —le cuestionó el muchacho, esbozándose una mueca de extrañeza en su rostro. Parecía el alegato de un demente... sobre todo cuando lo observó carcajearse.

—¿Crees que cuando yo muera, vas a poder desposar a esa zorra esclava?

—se vanaglorió, observando las miradas de incredulidad de su hijo que solo le provocaban risotadas más potentes.

Al joven se le heló el alma. Su padre sabía que...

El soberano se tomó unos cuantos instantes más para divertirse a costa de su hijo, tras lo que dejó de reír. Se puso de espaldas a ĘaGhal, y le hizo una seña apenas perceptible a Frygt y a los otros dos guardias, que se adentraron en la recámara, con paso firme, hasta llegar al príncipe heredero. Para cuando se percató de lo que sucedía, el capitán ya colocaba una daga a lo largo de su cuello, instándole a no moverse mientras los otros dos hombres le encadenaban las muñecas, atándolo a una más corta y que le entregaron al rey.

—¿Qué estáis haciendo? Soltadme. —Se revolvió, aunque el frío acero en su piel era un notable recordatorio de que no debía moverse.

—Te he dado una oportunidad —recitó su padre con sarcasmo, señalando de un cabeceo los retratos de la mesa—. Lástima que no la hayas sabido aprovechar... por desgracia para Dhära —agregó con sonrisa malvada—. Llévala a la plaza —le pidió a Frygt, quien se dispuso a obedecer cuando uno de los dos guardias ocupó su lugar.

—¡No! —gritó ĘaGhal, con los tendones del cuello tensos y rictus descompuesto a causa creciente rabia—. ¡Como te atrevas a tocarla, te mataré! —bramó, encolerizado, al saber que era él quien los había delatado.

El capitán no pudo evitarlo y le dedicó una mirada jactanciosa al príncipe, que vio con total desesperación e impotencia que aquel hombre no dudaría en cumplir con los más viles deseos de su padre: arrebatarle lo que más quería en el mundo.



Agatha y Dhära estaban sentadas en la mesa de la cocina, desgranando algunas vainas de legumbres para la comida. La princesa se percató de que la esclava no hacía más que lanzarle miradas fugaces a Cabsi, que deambulaba por la estancia, dirigiendo las distintas tareas. Supuso que quería hablarle de algo que no era de la incumbencia de la gobernanta, en vista de que aprovechó la primera oportunidad para hacerlo cuando la mujer salió a otros quehaceres.

—Ressa, hay un asunto que me ha rondado la cabeza toda la mañana y que no sabía si contarte —le dijo por lo bajo, aunque centrada en su labor.

Agatha sí apartó la vista de sus manos para dirigirla a ella, con genuina curiosidad.

—Jordan de Asbath me preguntó por ti anoche —le narró con cierta cautela, y a la princesa le dio un vuelco el corazón. Pensar en su esposo, en la noche que habían compartido... Sacudió la cabeza y trató de centrarse, intentando que aquella conversación pudiera dar frutos, como que tal vez Dhāra se abriera un poco más con ella.

—¿Por mí? —Se hizo la sorprendida, incluso abrió los ojos como platos, atónita.

—Me aseguró que no había intención deshonorosa en ello —agregó, un tanto desconfiada—. Te llamas como su madre y, al parecer, tu cara le resulta familiar. Y me juró y perjuró que ama a su esposa.

—Quizás le recuerdo a ella —aventuró, y a su compañera le hizo gracia la comparación. Si supiera...—. Me refiero a que tengo el mismo color de cabello y ojos que ella —le explicó—. Y sí que creo con firmeza que adora a su mujer. La historia de su idilio se conoce hasta en el último rincón del reino.

—Entonces, ¿es cierta? —preguntó, reticente.

—No terminas de darle crédito a mis palabras, a que la princesa renunció a su título por él —supuso.

—¿Y él lo aceptó sin más? —inquirió, disconforme, pagando su malestar con las legumbres—. Aceptó su sacrificio.

—No es tanto así —Intentó justificarlo, sin detallar demasiado—. Se dice que, a pesar de estar a cargo de la seguridad de la Reina Gabrielle, abandonó el reino para volver a Asbath, a su patria, y la princesa cayó en tal estado de desesperación que enfermó —le refirió, como quien narra una leyenda antigua—. Pero los dioses les permitieron reencontrarse y lucharon por su amor.

Dhāra la miró un instante, y Agatha pudo apreciar un deje de culpabilidad en sus ojos, aunque también algo muy similar a la esperanza.

—Qué hermosa historia —murmuró la esclava, a lo que ella asintió—. Hace que parezca posible...

La princesa contuvo la respiración, observándola con interés. La lucha interna que se reflejaba en su expresión era esclarecedora. ¿Sería verdad que ella y ĒaGhal...?

—Ressa, yo...

—¡Aquí estás!

La repentina intrusión de Frygt en la cocina sobresaltó a las dos mujeres, sobre todo cuando el capitán se dirigía hacia Dhära con mirada malévol y sonrisa ladina. Sin dar mayor explicación, agarró con rudeza a la esclava del brazo y la arrastró con él, pese a su insistente forcejeo.

—¡Suéltala! —se le enfrentó Agatha, sin poder evitarlo, mientras se ponía en pie, y la respuesta del guardia fue darle un revés con la mano libre, tirándola al suelo a causa de la violencia del golpe.

—Métete en tus asuntos, esclava, o también sabrás de mí —le advirtió, señalándola con el dedo.

—Ressa, llama al Príncipe ĒaGhal —le pidió Dhära, en mitad de un repentino sollozo, al verse en peligro, aunque la risotada de Frygt quebró sus esperanzas.

—Vas a verlo muy pronto —farfulló, cerca de su oído, amenazante—. Y él también contemplará con sus propios ojos lo que le sucede a una ramera como tú, que osa retozar en sábanas de seda, cuando tu piel está hecha para la estopa —sentenció, sacudiéndola con brusquedad.

Agatha, quien aún estaba en el suelo recuperándose del golpe, vio con impotencia cómo el capitán se llevaba a rastras a la joven, que trataba de zafarse sin éxito y gritaba sin cesar, pidiendo auxilio. En cuanto pudo ponerse en pie, fue tras ellos. Frygt salía de la zona de servicio y se dirigía hacia el exterior, a la entrada principal, bajo la mirada atónita de todos los que se cruzaban con ellos. Algunos los siguieron, de lejos, movidos por la curiosidad; otros prefirieron seguir con sus quehaceres y no tentar a la suerte, pues bastantes problemas tenían ya.

Cuando se acercaban a la plaza, la muchacha se cruzó con Ethel, quien se alarmó ante la situación y, sobre todo, al ver su mejilla magullada. Sin embargo, Agatha enredó su brazo con el suyo y la llevó con ella.

—Me temo que va a ocurrir una desgracia —le narró la princesa, y esos temores se confirmaron al llegar al lugar. Se detuvieron en seco ante tan sobrecogedor escenario.

En mitad de la plaza, había instalado un grueso poste del que colgaba una cadena, y hacia allí se dirigió Frygt, apresando las muñecas de la joven, quien se revolvía una y otra vez, sin éxito. Algunas esclavas y también guardias comenzaron a rodear la escena, preguntándose qué estaba sucediendo, pero sin atreverse a intervenir.

Y de pronto, el Rey Khawf se abrió paso, apartándose el gentío con premura para darle acceso. Tras él, un par de soldados arrastraban consigo a

ËaGhal, con las muñecas engrilletadas.

—¿Qué sucede? —preguntó Brandon, al unirse a las jóvenes—. Se escucha el alboroto desde la fragua.

Ninguna de las dos contestó. Solo señalaron de un cabeceo para que lo comprobase por sí mismo.

Frente al poste en el que se hallaba Dhära, encadenada, había situado otro. Allí, ante la atenta mirada del soberano, colocaron a su hijo con la espalda contra la madera, frente a ella. Luego le echaron los brazos hacia atrás para atárselos.

En ese instante, Pelko y algunos guardias de confianza consiguieron apartar a los curiosos para ponerse en primera fila. El amigo del príncipe señaló con disimulo la espada que portaba envainada, pero ËaGhal no podía consentir aquel suicidio por parte de sus hombres. Quiso creer que aquello no quedaría más que en un escarmiento, así que negó con la cabeza. Apenas tuvo tiempo de hacerlo, pues le pasaron una cincha de cuero por la frente, sosteniéndole la cabeza contra el madero; querían obligarle a contemplar todo lo que iba a ocurrir.

La esclava comenzó a llorar, aterrada, y ËaGhal gimió su nombre, con rabia y llanto al saber lo que su amor prohibido iba a provocar.

—¡Padre, no! —bramó, desesperado, pidiendo una piedad de la que Rey Tirano se rio.

Khawf no miró a Dhära, no merecía que su soberano posara la vista en ella, y le hizo una seña a Frygt para que procediera.

Con una sonrisa de gozo, el capitán rasgó de un tirón la parte trasera del vestido de la joven, desde la nuca hasta el principio de sus nalgas. Entonces, desenganchó un látigo de su cincho y lo hizo restallar en el aire, levantando una exclamación de temor entre el público presente.

—Divina Vetsa... —gimió Agatha por lo bajo con espanto.

—¡No te atrevas! —le chilló el príncipe, que se retorció contra el poste, tratando de soltarse—. Te mataré, ¿me oyes? ¡Te mataré!

—Adelante —le ordenó, en cambio, el rey.

El primer latigazo estalló contra la espalda desnuda de la muchacha, quien alzó el rostro hacia el cielo, lanzando un visceral quejido de dolor hacia los dioses, en una plegaria llena de sufrimiento y tormento.

—¡¡No!! ¡¡Dhära!! —gritaba ËaGhal, mientras los golpes se iban sucediendo, uno detrás de otro.

El cuerpo de la esclava se agitaba entre alaridos, apenas soportando tanta

tortura, y los latigazos continuaban hasta el punto de que la abundante sangre no permitía ver los cortes, transformándose todo en una amalgama de piel desgarrada.

ËaGhal sintió que por sus venas corrían miles de cristales dolorosos, arrojados desde su corazón que se desangraba con cada azote. Aquello no era un escarmiento: iba a matarla.

—Padre, te lo ruego, cumpliré con lo que me pidas, pero déjala... déjala. ¡Padre! —le suplicaba el joven.

No obstante, su progenitor hacía oídos sordos, y se limitaba a contemplar la obra de su capitán que continuaba fustigándola sin descanso. Trozos de carne colgaban de la espalda de la muchacha, despegándose de los huesos.

De pronto, el cuerpo de Dhära se sacudió de forma violenta, interminables instantes, hasta que, de un modo igual de repentino, dejó de hacerlo. Con la boca entreabierta para captar con esfuerzo sobrehumano una bocanada de aire, guió como pudo sus ojos hacia ËaGhal, que se sumía en el más profundo martirio al ver que su amada trataba de dedicarle una mirada, la última, su adiós.

—No, Dhära, no me dejes —lloró el joven, quebrado por tanta tortura—. Mi amor, por favor...

Dhära intentó mover los labios, y él centró todos sus sentidos en aquel movimiento, esforzándose en comprender lo que fuera que quisiera decirle. Pero no pudo. Su cuerpo inerte se desplomó y su cabeza quedó colgando de forma aparatosa, con la boca desencajada por el dolor y los ojos carentes de toda luz.

Un lamento se alzó en la plaza por parte de los presentes, y ËaGhal lanzó un grito enajenado. Todas las venas de su cuello se hincharon, enrojeciéndole la piel a causa de la furia, y sus ojos inyectados en sangre se clavaron en su padre, quien sonreía satisfecho, viendo el resultado con deleite.

—Te odio con todas las fuerzas de mi ser. ¿Me oyes? ¡Te aborrezco! —bramó el joven, encolerizado, incluso le escupió a los pies. La reacción del soberano fue una sonora carcajada—. Juro por la vida que acabas de arrebatarme a Dhära que cercenaré la tuya con mis propias manos.

—Me alegra saberlo —respondió Khawf, sorprendiendo a todos—. Revuélvete en esos sentimientos todo el tiempo que permanezcas encerrado en las mazmorras... que será hasta mi muerte —lo condenó, sin compasión alguna, sino todo lo contrario, gozándolo—. Para entonces, tu corazón se habrá ennegrecido, y solo enviará sangre contaminada de inquina a través de

tus venas, a lo largo de todo tu cuerpo. Así, serás el nuevo Rey Tirano, el que este reino precisa; el que yo quiero —sentenció, y luego les hizo una señal a los guardias que seguían custodiándolo para que ejecutaran en ese mismo momento la sentencia.

—¡Maldito seas! —le gritaba mientras lo soltaban del poste—. Las bestias del Inframundo comerán tu carne durante toda la eternidad —chilló, mientras era arrastrado, no sin luchar, hacia las mazmorras. Se revolvía, en vano, aun sabiendo que aquellas muestras de odio y rabia alimentaban el regocijo de su padre al ver que su propósito comenzaba a dar frutos.

—Tú, herrero —le pidió el rey de modo desdeñoso a un entumecido Brandon, que había permanecido junto a Ethel y Agatha, y que apenas podía creer la barbarie que había presenciado—. Toma su cuerpo, envuélvelo y arrójala al mar —le ordenó—. No merece el honor de una pira —añadió con desprecio, tras lo que se giró hacia su hijo, quien a unos cuantos pasos de él lanzaba un quejido al comprender que el alma de su amada no tendría descanso.

El guardia de Asbath se vio en la obligación de obedecer. Frygt desencadenó a la esclava, cuyo cuerpo ensangrentado cayó con violencia al suelo. Brandon la tomó entre sus brazos, con el corazón atenazado por aquella muerte tan injusta y vana. Luego, con profunda aflicción en su semblante, se giró un instante hacia unas compungidas Ethel y Agatha, antes de disponerse a cumplir con lo que le habían encomendado.

—Y vosotros, ¡a seguir con vuestras tareas! —gritó el soberano con malestar—. ¿O queréis ocupar su lugar?

Las dos jóvenes, al igual que el resto, obedecieron sin dudar, moviéndose entre las náuseas, la impotencia y la tristeza.

—Vamos a que te cure esa mejilla —le dijo Ethel. Se secó la humedad de las suyas y le pasó una mano por los hombros, inspirándole sosiego. A ella le afectaba profundamente la muerte de la joven, pero Agatha había compartido más tiempo con Dhāra, y estaba desolada.

—Hay que acabar con este reino del mal —farfulló la princesa, con los puños apretados y lágrimas de rabia.

Dhāra no merecía morir así, ni así ni de ninguna otra forma, únicamente por amar a un hombre, quien, además, había quedado de manifiesto que también la amaba a ella. ¿Cómo podían los dioses permitir tanta injusticia? ¿Por qué aquel reino infame seguía en pie? Rogó a esos mismos dioses, que parecían ser ciegos y sordos en aquellas tierras, para que Nicholas llegara

cuanto antes y arrasara con todo, sin dejar piedra sobre piedra.

Ethel la condujo hasta su propia habitación, pues todavía conservaba algunos ungüentos de cuando su recuperación. Hicieron el trayecto en silencio; estaban tan abatidas que ni siquiera eran capaces de decirse nada, y calladas continuaban al llegar. Le indicó con la mano que se sentara en la cama, y ella fue hacia el mueble donde guardaba los recipientes y paños limpios. Revisaba lo que podía serle de utilidad cuando, de repente, Brandon irrumpió en el cuarto, pálido como la cera y con un fardo al hombro: el cuerpo sin vida de Dhära

—Gracias a los dioses que estáis aquí —murmuró, oteando el corredor antes de cerrar.

—¿Qué sucede? —inquirió Agatha, extrañada de que la hubiera llevado hasta aquella habitación, en lugar de arrojarla al mar como le había encomendado Khawf.

Tal vez, quería aguardar hasta la noche y trasladarla al bosque, a escondidas, para improvisar una pira y darle el descanso que se merecía...

Sin decir nada, el guardia se adentró en el cuarto y depositó con mimo infinito aquel fardo que hacía las veces de mortaja, cosa que ninguna de las dos mujeres comprendía, pues hasta tuvo la precaución de ponerla boca abajo y, después, quitarle poco a poco la manta, con el mismo esmero.

—Brandon... —comenzó a decir Ethel, atónita.

—No sabía qué hacer... —murmuró él, como una excusa por haber acudido a su habitación.

—Pero...

—Vive... —susurró de modo aún menos audible mientras la señalaba, tembloroso—. Su débil respiración apenas es perceptible. Sin embargo, he atendido a demasiados compañeros en la batalla como para no apreciarlo. Está viva —repitió, con un brillo de esperanza y emoción en sus ojos.

Con premura, Agatha inclinó su rostro hacia el de la muchacha, centrando toda su atención en el posible aire que pudiera escapar de su nariz o su boca. Un frágil hálito brotó de los labios blanquecinos de la esclava y que caldeó la piel de la princesa. No pudo reprimir un sollozo que cubrió con su boca. Ethel, a su vez, lloró de nuevo, pero de alegría, y que la invadió de tal modo que se arrojó en brazos de Brandon, por ser el salvador de Dhära, por ser él...

—He supuesto que todavía guardarías tus ungüentos —aventuró en voz muy baja, sobrecogido por lo sucedido y estremecido por poder estrechar a Ethel, y por ser ella quien buscara ese contacto.

—Va a precisar de algo más que los pocos linimentos que aún conserves —intervino Agatha, lamentando tener que romper tan idílica escena pues la prioridad era Dhära.

—¿A qué te refieres? —preguntó Brandon, separándose de Ethel, aunque le pasó el brazo por los hombros para mantenerla cerca.

La princesa observó el cuerpo maltrecho de Dhära. Era un riesgo, pero si procedían con cautela...

—Agatha... —Ethel llamó su atención, y la joven tomó aire antes de contestar con gravedad en su semblante.

—Necesitamos a mi tía Gladys.

Capítulo 30



Nigel alimentó la hoguera con un par de troncos mientras Steven repartía vino entre los hombres que rodeaban la fogata: Francis y Griän estaban con ellos. Este último colocaba una de las liebres que habían cazado en un espetón sobre el fuego para que se fuera asando.

Había sido una dura jornada, otra más, aunque posiblemente podrían considerarla la peor de aquella campaña.

Siguiendo algunos indicios, habían alcanzado las zonas más al Sur, limítrofes con Shyt, en la frontera con Almhin. A media tarde arribaron al señorío de Fhaguir, y el recibimiento que aguardaba por ellos fue cruento...

A los hombres de Shyt había que sumarles los propios del feudo, fieles a su señor, además de los provenientes de otras aldeas cercanas. Sin embargo, ni Nigel ni los demás comprendían ese afán por alzarse en contra de su rey. Lo hacían con azadas, hoces, rastrillos... los pocos utensilios de labranza que tenían, pues no eran más que campesinos.

Nigel aceptó el vaso que Steven le ofrecía y dio un sorbo, pensativo, con la vista fija en el fuego que crepitaba. Resultó cruel hacerlo, luchar contra sus propios compatriotas... y tal vez fue esa misma compasión lo que lo alertó.

Tras deshacerse de un par de guardias de Shyt, había recuperado su montura y dio una rápida cabalgada alrededor de algunas de las casas, oteando su interior...

¿Dónde estaban las mujeres y niños?

Con un mal presentimiento helándole la sangre, acudió en busca del capitán de Asbath, quien se liberaba sin grandes esfuerzos de un atacante. Para llamar su atención, lanzó uno de los silbidos que había aprendido de los guerreros del reino vecino.

—¡Francis! —lo llamó a viva voz cuando este lo miró.

Nigel le hizo un gesto para que se aproximara, y el capitán, montando en su caballo con movimiento ágil, se acercó a él.

—¿Qué sucede? —le preguntó al llegar a su altura.

—En el señorío no hay ni mujeres ni niños —le narró, y al principio su compañero no comprendía su preocupación—. Ya sé por qué luchan con tanto ahínco —comenzó entonces a compartir con él sus sospechas—. Todos en el reino, hasta en la aldea más lejana, saben de la generosidad de nuestro soberano; no hay oro de aquí a los Confines de la Tierra para convencer a todos estos hombres para enfrentarse a él. Pero sí hay algo que apreciarían mucho más, algo por lo que morirían...

—¡Por todos los dioses, Nigel! —exclamó al entender, por fin, hacia dónde iban dirigidas sus elucubraciones. Era sórdido, infame, inhumano...

De pronto, enarboló uno de sus silbidos, y los guardias más próximos a ellos se acercaron, a la espera de órdenes.

—Debéis buscar en las construcciones de mayor envergadura —les dijo—, establos, graneros... Sospechamos que han encerrado a las mujeres y los niños dentro.

Las exclamaciones e impropiedades por parte de los hombres no se hicieron esperar.

—Es muy posible que el lugar esté fuertemente vigilado, así que, ojo avizor, muchachos —les advirtió Nigel.

—Marchad por parejas. —Fue la última orden de Francis antes de que se alejasen, dispuestos a obedecer.

—Vamos —le instó el otro capitán a acompañarlo para hacer la inspección juntos.

Decidieron dirigirse hacia las afueras, y allí no tardaron en dar con un edificio más grande que los demás, con cubierta a dos aguas, de paja, hecho que les alarmó, sobre todo al ver al par de hombres que flanqueaba ambos lados de la única puerta con la que contaba la construcción, y sosteniendo sendas teas en sus manos.

Era fácil y angustiante suponer que su interior estaba ocupado por las esposas e hijos de aquellos infelices que estaban siendo coaccionados para pelear, y que le prenderían fuego a la mínima señal era una probable y siniestra realidad.

—Nos vendría de maravilla el arco de nuestro rey —lamentó Francis, al no contemplar la posibilidad de salir victoriosos en un enfrentamiento directo. Tampoco consideró la opción de pedir refuerzos, ni siquiera con uno de sus silbidos, por si ponía de sobre aviso a los vigilantes.

—Vayamos por detrás —le propuso Nigel, procediendo ambos con cautela. Una vez en la parte trasera, desmontaron y, espada en ristre, fueron cada

uno por un lado, de forma sincronizada, para atacar al unísono.

Fue sencillo, demasiado. Sus filos atravesaron de muerte los cuerpos de los dos guardias, pero aún no abrían la puerta cuando un grupo de hombres a caballo les sorprendieron.

—Lord Durstan —masculló Francis al ver quién capitaneaba a esos hombres, listos para reducirlos.

Una sonrisa ladina cruzó el rostro del señor feudal, recordando los modos desdeñosos del capitán cuando tiempo atrás acudió al castillo de Los Lagos a reclamar sus derechos y que le fueron injustamente negados. Al menos, se desquitaría con el tal Francis, al que señalaba con la punta de su espada, arrinconándolo contra la madera.

Pero, de pronto, lo escuchó lanzar un extraño silbido, sesgado y muy agudo, que le hizo mirar a su alrededor, entre asombrado y confuso.

Y de repente, como llegados de la nada, varios jinetes de Asbath les cerraron el paso por detrás.

El choque de espadas fue inminente. Durstan desmontó con premura y no perdió el tiempo en enfrentarse a simples guardias, por lo que se lanzó a por Francis.

Al capitán le sorprendió su ligereza pese a la baja forma de su anatomía. Los embates del señor eran raudos, potentes y precisos, maliciosos, como esa mueca en forma de sonrisa que ocupaba su rostro. Francis, por su parte, repelía todos sus golpes con soltura, aunque fingía un sobreesfuerzo para hacerle creer que contaba con cierta ventaja y que se confiara.

—¿Sabes lo que más me divierte de todo esto? —se jactó Durstan.

El imaginarse vencedores les soltaba la lengua a muchos hombres y, tal y como Francis suponía, Durstan era uno de tantos.

—¿Que el ejercicio os pondrá en forma? —se burló—. Así podréis buscaros una mujer sin tener que reclamar el derecho de pernada para yacer con una —se mofó, con la única intención de provocarlo, cosa que funcionó.

—Guardia deslenguado... —masculló, lanzando un ataque que Francis soportó con facilidad y con una risa socarrona que resonaba en los tímpanos del señor—. Lo mejor de todo es que tu rey se cree el triunfador.

—Os recuerdo que también es vuestro soberano —farfulló el capitán, sin poder evitar sentirse ofendido. Soltó un golpe sobre Durstan, quien tuvo que esforzarse para no perder su espada.

—Te equivocas —gruñó, apretando los dientes, y se revolvió para recuperar el terreno que el capitán le había arrebatado con su ventaja—. Mi

lealtad apunta a tierras más lejanas.

—¡Sois un traidor! —le gritó el joven, apretando los dientes. Era consciente de que estaba dejándose llevar por la ira, lo que podría traerle la ruina... y la muerte.

—Eso depende del punto de vista desde el que se mire, y yo lo hago desde el bando vencedor, Capitán —pronunció con sonsonete, regodeándose—. Y conforme yo lo veo, tú eres un iluso, un estúpido al creer que bastan los principios e ideales para ganar una causa. Esto no es más que un aperitivo, un entretenimiento para quien pronto será el dueño y señor de estas tierras. —Se carcajeó.

Francis, iracundo, quiso cargar contra él, pero Durstan hizo una finta y lo esquivó, propinándole un puñetazo con el que lo tiró al suelo. Por suerte, no perdió la espada y la colocó frente a él, apuntándole, a la defensiva. Escupió sangre mientras se ponía en pie, alerta. Sin embargo, el señor feudal no lo atacó de inmediato, en un alarde de superioridad, y lo miró lleno de desprecio, de arriba abajo.

—Si fueras un poco inteligente y no únicamente un saco de músculos, lo pensarías. —Se apuntó varias veces en la sien—. Las miras del Rey Tirano van más allá del horizonte, son inalcanzables para un soberano débil como Nicholas, que se deja guiar por su corazón —recitó con una mueca de repugnancia—. Su compasión es su debilidad, y Khawf acabará con él y descabezará esa maldita alianza de la que tanto os jactáis.

—¿Qué sabréis vos? —espetó Francis, sosteniendo su mandoble con ambas manos, en guardia.

—Por lo pronto, que vas a morir —dijo con una seguridad que acobardaría a cualquiera, aunque el joven no se dejó amedrentar. Debía recomponerse, recobrar el control y no permitir que le sugestionase la perorata de aquel patán.

De repente, soltó una risotada que descolocó al señor feudal.

—¿Creéis que me convertí en capitán de la Guardia de Asbath por mi maestría en el arte del bordado? —inquirió con ironía—. Aunque admito que se me da bien coser a cuchilladas el cuerpo de mis contrincantes —se vanaglorió con cierto deje malicioso que sorprendió a Durstan, hecho que Francis aprovechó para asestarle un lance alto que el señor apenas pudo repeler. Tenía el arma alzada sobre la cabeza, aferrándola entre las dos manos apretadas en un puño y con las rodillas flexionadas—. Y creo que con la espada me definiendo, ¿verdad?

—Cállate. —Escupió la palabra. Tomó impulso con las piernas para empujar el filo y quitarse a Francis de encima.

—Pues imaginaos millares de hombres como yo, mejores incluso —prosiguió el joven con su maniobra de distracción, dándole tregua en su ataque, mas sin dejar de apuntarle con su espada—. Seguro que ese a quien le rendís pleitesía desconoce el poder de nuestro ejército. Y si no fuerais solamente un saco de sebo, lo pensaríais —remató, hiriendo el orgullo del señor, que lanzó un embate arrebatado, fuera de control y poco acertado que provocó la risa de Francis—. No hay ejército al otro lado del Mar Istook lo bastante poderoso para destruirnos.

—¿Y quién te dice que ese ejército no está ya aquí? —bramó, exaltado, sin poder contenerse al ver una salida para replicarle, para desquitarse—. Mi soberano os está mostrando la zanahoria y no sois más que unos asnos, persiguiéndola. Él toca el son que sin daros cuenta siguen vuestros pies, y lo hacéis muy bien —se mofó—. Le estáis dejando la cabeza de vuestro rey en bandeja...

Tal vez fue el significado de sus palabras, o el tono tan vil con el que las dijo, pero Francis perdió la concentración durante un mísero instante que Durstan aprovechó para asestarle una serie de embates que lo pillaron desprevenido. El filo del señor feudal resbaló por el brazo del joven. No fue más que un rasguño, pero su espada salió volando de entre sus dedos. Con una mano sobre la herida, se tiró al suelo para alcanzarla y escapar del alcance de la de aquel maldito que, contra todo pronóstico, no lo atacó, sino que se dirigió a la puerta, hacia los cuerpos de los vigilantes muertos, y tomó una de las teas que aún ardía.

Francis no daba crédito... El señor feudal se otorgó un momento para girarse hacia el capitán y regodearse, anticipándose al triunfo que supondría lo que iba a hacer. Sin embargo, el muchacho moriría antes de consentirlo, y en un intento desesperado, aún tirado en el suelo, lanzó con todas sus fuerzas su arma contra Durstan. Impactó en el centro de su espalda antes de que diera un solo paso.

—¡¡Francis!! —gritó Nigel tras él, preocupado, mientras trataba de librarse de su contrincante para ir en su auxilio.

No obstante, el capitán de Asbath se puso en pie y miró a su alrededor para comprobar cómo se iban dando los distintos enfrentamientos. Los hombres de Durstan empezaban a caer, y también habían herido a alguno de los suyos, pero el joven no lo dudó más. Al no ver las llaves prendidas de las ropas de

los cadáveres de los guardias, corrió hacia el cuerpo sin vida del señor feudal, le arrancó su acero de la espalda y se dirigió a la puerta para comenzar a asestarle golpes con el filo al candado que aseguraba la puerta. Chispas saltaban con el choque de los metales.

De pronto, Nigel llegó a su altura, y coordinaron sus movimientos para liberar aquella puerta con mayor rapidez. Al abrirla y entrar, se encontraron a decenas de mujeres y niños, pegados unos con otros, abrazados, arrinconados y llenos de pavor. De hecho, algunos empezaron a lloriquear al verlos, a pedir clemencia.

Los dos capitanes se miraron entre afligidos y contrariados y, como si hubieran llegado a un acuerdo tácito, tiraron al suelo sus espadas, a la vez.

—Tranquilos —dijo Nigel mientras ambos jóvenes alzaban sus manos, mostrándolas con cautela—. Venimos a sacaros de aquí.

—¿Quiénes sois? —preguntó una de las mujeres, aterrada.

—Guardias de nuestro soberano, el Rey Nicholas —anunció Francis con orgullo, y comenzaron a escucharse suspiros de alivio.

Poco a poco, los ocupantes de aquel edificio, que hubiera hecho las veces de última morada, fueron desfilando hacia la salida. Y el efecto fue inmediato. En cuanto los campesinos se percataron de que sus familiares eran puestos en libertad, comenzaron a lanzar gritos de júbilo, aunque, no depusieron las armas sino que se revolvieron en contra de aquellos que habían tratado de dominar su voluntad, llenos de un odio profundo que dio alas a su valentía, e incluso a su pericia a la hora de luchar, todo por un afán de revancha y como una forma de liberarse del pavor que habían provocado aquellos bastardos que pretendían disponer con impunidad de las vidas de quienes más querían.

—¡Steven! —lo llamó Nigel, quien no ocultaba su asombro ante lo que sucedía—. Conducidlos a las afueras —le pidió, y algunos de sus compañeros lo acompañaron para poner a toda aquella gente a salvo.

Algunos campesinos se unieron a ellos, abrazando a los suyos, quienes aún temblaban al pensar en lo que había estado a punto de ocurrir. Otros, permanecieron luchando.

Reducir a aquellos bastardos solo fue cuestión de tiempo, sobre todo porque la mayoría de combatientes había cambiado de bando. Los exterminaron como la plaga que eran...

En mitad de la plaza se habían preparado dos piras funerarias: una para los compatriotas muertos, y otra para sus enemigos, con tal de que sus almas no

se cruzasen al emprender el último viaje. Mientras tanto, los heridos fueron llevados a una carpa que se había dispuesto en las afueras, donde Griän, asistido por varios guardias con maña para las Artes Curativas, los atendía. El otrora Lord Hæe frunció el ceño cuando vio llegar a Francis, con el brazo ensangrentado.

—Te recuerdo, cuñado, que mi hermana me hizo jurarle que volverías a casa entero —se burló, con el propósito de restarle importancia.

—No es más que un rasguño —refunfuñó él, deshaciéndose de la brigantina y descubrir así su torso para que revisara su herida.

—Me temo que es un corte que precisa sutura —lamentó Griän, y le alcanzó una tripa llena de vino para que bebiera mientras preparaba sus útiles; el sopor del alcohol aletargaría en cierta medida el dolor.

—No, necesito estar despejado —decidió, rechazando el ofrecimiento de su cuñado, quien se sorprendió—. ¡Steven! —llamó a su compañero que acababa de entrar en la tienda, ayudando a un campesino que cojeaba.

—Capitán, ¿estáis bien? —se interesó, acercándose.

La confianza entre ellos era más que suficiente para que lo llamara por su nombre de pila, pero el guardia prefería otorgarle el debido respeto a Francis que en la batalla le facilitaba su cometido a la hora de dirigir a los hombres.

—No es más que un corte sin importancia —le aseguró, aunque Griän chasqueó la lengua, objetando—. Avisa a Nigel. Que venga enseguida. Debo narraros algo.

Minutos después, cuando Griän estaba por finalizar su tarea, se presentaron los dos hombres, un tanto preocupados al preguntarse lo que Francis quería contarles, quien les puso al tanto, de inmediato, acerca de la extraña conversación que había mantenido con Lord Durstan.

Horas después, habiéndose alzado ya la noche y un poco más descansados, su relato seguía sobrevolando aquella fogata que los cuatro hombres observaban en silencio, meditabundos.

Nigel apuró el vaso que le había ofrecido Steven y observó a sus compañeros.

—No creo ser el único que distingue cierta verdad en las palabras de ese fanfarrón —aventuró, y algunos de ellos respondieron con un resoplido.

—Yo veo más bien un acertijo, un rompecabezas a resolver tomando como factor decisivo la mente retorcida de ese bastardo de Khawf —mantuvo Griän.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó su cuñado.

—Sabemos bien que el Rey Nicholas cree tener ventaja, que tal y como se han dado los acontecimientos y al poder comunicarnos con el cuervo, hemos ido un paso por delante del Rey Tirano —comenzó a explicarle—, pero, tal vez, Khawf contaba con ello.

—Que el Rey Trystan posee ese misterioso cuervo no es un secreto —lo apoyó Nigel—. Nadie me quita de la cabeza que había un traidor entre las filas de Meissen, alguien que alertó a ese maldito sobre el viaje de la reina y Jordan a Los Lagos y que organizó aquella emboscada —masculló, apretando el vaso en su mano al recordar que él mismo había preparado la pira de sus compañeros muertos—. Siendo así, puede que cuenten con que nuestro soberano haya usado el cuervo, incluso, tal vez, por eso lo dejaron con vida aquel día, en el bosque de Meissen. —Fue más allá en sus suposiciones.

—Entonces... —Steven se irguió al llegar a la misma conclusión que el capitán.

—Estamos haciendo precisamente lo que ellos pretendían —decidió Nigel, tirando con rabia un tronco a la hoguera.

—A nosotros nos están entreteniendo aquí, al sur, lejos del castillo, con lo que no es más que un juego de niños —aventuró Francis, enfadado.

—Y puede que sepan que los gealach se van a aproximar a Gunnar por el norte, al encuentro de nuestro rey —agregó el capitán de Los Lagos, preocupado.

—La Espina es la clave —sentenció Griän, prestándole el resto toda su atención—. Yo no soy hombre de estrategias, pero pensadlo. Nosotros estamos fuera de combate, y los soldados de Väkh a los que se refería Durstan pueden estar apostados allí, a la espera de la llegada del Rey Nicholas y del ejército gealach, quien se vería sorprendido por ellos y los hombres que Khawf haga llegar por el mar, por Shyt, o incluso invadiendo Gunnar.

—Por todos los dioses del Kratvah —gimió Nigel—. Raleigh es aliado del Rey Tirano, y es posible que no quiera esperar más para reinar en Gunnar, aunque sea en su nombre.

—¿Cómo debemos proceder? —preguntó Steven, aguardando la decisión de los dos capitanes, quienes se miraban como si mantuvieran una conversación silenciosa.

—Tenemos que alertar al Rey Nicholas —habló Nigel, asintiendo Francis al estar de acuerdo con él—. Nuestro deber es protegerlo, así que nos dirigiremos al paso de La Espina, por donde cruzarán la frontera, y lo

escoltaremos hasta Gunnar si es preciso.

—Entonces, descansemos esta noche —sugirió Francis—. Precisaremos de varios días para llegar a nuestro destino.

Solo confiaba en que los dioses les fueran favorables e interceptar a su soberano a tiempo.



Habían acampado al pie del Monte Arsus, entre las últimas estribaciones de los Montes Doghen y La Espina. Atrás quedaba ya el Reino de Los Lagos, y la desazón que había acompañado a Nicholas a lo largo de las jornadas que estaba durando aquel viaje se hacía cada vez más intensa.

Quiso convencerse de que era debido a la nostalgia, a su añoranza por Gabrielle y sus hijos, ambos, pues era pensar en el pequeño que creía en el vientre de su esposa y le asaltaba una repentina zozobra al invadirlo la idea de que no lo vería nacer. Y, además, debía añadirle la preocupación de saber que parte de su familia estaba en manos de ese villano que se hacía llamar rey. Bastardo... Creía que su capacidad para odiar había alcanzado su máxima medida con Hrodgar, cuando raptó a Gabrielle, pero el que sentía por Khawf lo superaba con creces.

Suspiró. Desde donde estaba parado, podía contemplar el atardecer, el sol que descendía por el horizonte, tocando sus rayos las lejanas almenas del castillo de Gunnar. Tras de sí, escuchaba el trajinar de la guarnición formada por una parte de hombres que se había ofrecido a acompañarlo en su viaje y que terminaban de instalar el campamento. No consideró necesario que fuera un gran grupo de guardias. Primero, porque podrían ser necesarios en el castillo de Los Lagos, defendiendo sus murallas, y segundo, porque las zonas que iban a atravesar estaban fuera de los lugares conflictivos, que se situaban más al sur, dirección a Shyt. De hecho, había sido un viaje bastante tranquilo. Demasiado...

—Mi reino por tus pensamientos. —Escuchó, de pronto, la voz de Trystan, detrás de él.

—Mejor en mis manos que en las de Khawf —bromeó su sobrino cuando este llegó a su altura, y el soberano no pudo evitar reír. El cuervo, que reposaba sobre su brazo, se inquietó con su sacudida, y Trystan lo calmó con unos cuantos granos de maíz que siempre solía llevar ocultos en su cincho.

—Mañana, a estas horas, habremos arribado a Gunnar —le dijo después al joven, dándole una palmada en el hombro, con cierto alivio. Aunque Nicholas no lo sentía así.

—Debemos aguardar la llegada de los gealach —lamentó con cierta ansiedad, y que a Trystan no le pasó inadvertida.

—Tranquilo, Zayev nos devolvió el cuervo cuando emprendieron el viaje hacia Breslau —le recordó en un intento de sosegarlo—. Se habrán detenido en el castillo de Richard lo mínimo —supuso—, por lo que su llegada a Gunnar está prevista para dentro de un par de días, lo necesario para que Josiah abastezca sus navíos y nos preparemos para la última parte del viaje.

—Solo los dioses saben lo que nos espera al otro lado del mar. —Nicholas respiró hondo.

—Mañana, al llegar al castillo, le enviaré el cuervo a Brandon —le dijo—. Así podrá estimar cuándo será nuestra llegada y él nos lo mandará de vuelta con novedades —agregó, con excesiva confianza, al menos para su sobrino, quien resopló—. Todo va a salir bien —aventuró, apretándole el hombro—. Ahora, vamos, los hombres han cazado un venado para prepararlo en nuestro honor.

—Honrémosles, entonces —aceptó de buena gana, tratando de alejar de él los malos pensamientos.

Sin embargo, apenas alcanzaban el campamento cuando escucharon gritos que los alertaron y un ominoso choque de espadas. De repente, vieron que un grupo de hombres armados corría hacia ellos, y de modo instintivo, Trystan echó a volar al cuervo. Instantes después, se vieron rodeados por un numeroso grupo de guardias de indumentaria oscura y con una extraña marca recorriendo una de sus mejillas, de la sien a la barbilla.

—¿Qué demonios...?

Nicholas ni siquiera pudo agarrar la empuñadura de su arma.

—Si fuera vos, no lo haría, Majestad...

Dos de ellos les apuntaron con las suyas, y el que habló les hizo una seña para que desenvainaran, despacio, y las arrojaran al suelo. Luego les obligaron a caminar delante de ellos.

—Haced todos los prisioneros que podáis. El Rey Khawf quiere sangre fresca para las canteras —gritó quien parecía capitanear aquella emboscada, desde lo alto de su caballo—. Buenas noches, Majestades —los saludó al verlos, fingiendo pleitesía—. Gracias por deleitarnos con vuestra presencia —ironizó—. Mi nombre es Ctrax y será para mí un honor guiaros hasta el

Reino de Vākh. Por favor, decidme dónde está vuestro cuervo —le exigió a Trystan, quien miró con cautela a Nicholas. Era su carta ganadora.

—Te han informado mal —respondió el Rey de Meissen, con tono solemne y la barbilla alzada; prisionero o no, era un rey—. Mi esposa no me permite tener mascotas en el castillo —añadió, solo con la intención de mofarse del capitán, quien apretó los dientes al sentirse ofendido.

—Mis órdenes son manteneros con vida, pero admito que tengo muy poca paciencia como niñera, por lo que no os conviene provocarme —espetó, en vista de su respuesta.

—Capitán, no hemos hallado jaula alguna —le informó de pronto un guardia que acababa de acercarse a él.

Ctrax miró con recelo a Trystan, escudriñando en busca de la más mínima reacción, pero el soberano no hacía más que agradecerles a los dioses con el pensamiento que el ave siempre se hubiera mostrado dócil con él, por lo que nunca tuvo la necesidad de enjaularla.

—En cualquier caso, se acabó vuestro juegucito, Majestad —le advirtió el capitán, dado por sentado que no podría utilizarla—. Y veamos lo que opina vuestra esposa al veros convertido en la mascota del Rey Khawf —se jactó, y se sintió satisfecho al ver que le temblaban las mandíbulas al contener su rabia—. Atadlos —ordenó entonces a viva voz.

Los dos hombres que los custodiaban les ataron las muñecas con un par de largas sogas, cuyos cabos le entregaron a Ctrax. Los tomó con una mano mientras con la otra sostenía las riendas de su montura.

Ambos reyes obedecieron en silencio y echaron a andar, siendo conscientes de que debían hacer todo lo posible por mantenerse con vida; era primordial. A decir verdad, no contar con opción alguna de poder comunicarse con su gente, convertía su empresa en una misión fuera de todo control; sus últimas esperanzas acababan de emprender el vuelo con aquel cuervo y solo restaba encomendarse a esos dioses que parecían haberlos relegado al olvido.

«Los dioses no pueden habernos abandonado...», pensaba Nicholas con aflicción.

Mortificado, se giró hacia Trystan, aunque apenas podía verlo, pues el caballo del capitán le entorpecía la visión, mientras recordaba su broma de solo unos momentos antes: «Mi reino por tus pensamientos», pues no podía dejar de preguntarse a quién le había enviado el cuervo, a quién le había dirigido ese último pensamiento que marcara el rumbo del ave. Entonces, como si su tío le hubiera leído la mente, forzó la postura, echándose hacia

atrás para poder mirarlo a la cara.

—Josiah —vocalizó en completo silencio, presto mas con claridad, tratando de que Nicholas lo comprendiera.

Y lo hizo... La pregunta, en cambio, era si el Rey de Gunnar comprendería que la llegada del cuervo, sin mensaje alguno prendido de su pata, significaba que había problemas.

Nicholas volvió la mirada a sus manos atadas, tratando de convencerse de que todo iría bien. En cuanto los gealach arribasen a Gunnar sin que ellos llegasen primero, tal y como estaba previsto, se percatarían de que algo estaba sucediendo. Sí, eran hombres muy capaces e inteligentes; se darían cuenta de su desaparición y actuarían con astucia. Debían hacerlo...

Los mantuvieron caminando durante horas, sin descanso, atados como si fueran viles truhanes. Ya amanecía cuando alcanzaron la costa, a través de un paso en la playa entre altas dunas, fuera del alcance de las torres vigías de Gunnar y Shyt, una especie de punto ciego en el que se había instalado un muelle de forma furtiva. Había varios barcos anclados en sus proximidades, y algunos botes aguardaban por ellos para transportarlos hacia los navíos con el blasón de Vākh en sus banderas. Nicholas giró el rostro hacia la orilla, contemplando desde aquella barcaza cómo se alejaba del mundo que conocía, de su patria, de Gabrielle.

Gabrielle...

Le dolía tanto haberle fallado así... Él, que se jactaba de ser buen estratega, un hombre de tácticas y planificaciones, había pecado de ingenuo, peor que un imberbe mozuelo recién alistado en la guardia. Esa desazón que lo acompañaba desde su partida de Los Lagos era una inexorable realidad. Habían caído en una trampa que Khawf había orquestado desde el principio, y con toda el alma esperaba que la identidad de Agatha, Ethel y Brandon no hubiera sido descubierta, que no estuvieran en peligro.

Por desgracia, pronto lo sabría... en cuanto finalizase aquella infame travesía hacia el infierno.

Capítulo 31



Nasier deambulaba con inquietud a lo largo y ancho del salón con el que contaban sus aposentos. La situación era mucho más grave de lo que parecía.

Uno de sus emisarios acababa de marcharse, y las nuevas que portaba eran desoladoras. Maldito Raleigh... estaba conduciendo el reino a la ruina, y maldito fuera él mismo si le permitía seguir haciéndolo. Así se lo haría saber en cuanto se presentase frente a él, tras haberlo hecho llamar con una sirvienta.

Y en ese preciso instante irrumpía en su recámara, sin llamar a la puerta para hacerse anunciar. Sabía de su resentimiento a causa de Edwina, pero no iba a consentir que le hiciera daño alguno. Era consciente de que debía resignarse, que aquella revelación llegaba cuatro años tarde y, a pesar de saberla perdida, necesitaba asegurarle su bienestar.

—¿Querías verme? —preguntó su hermano con sonrisa petulante, sentándose en un mullido butacón, sin ser invitado a ello. Nasier lo observó con severidad, situándose delante de él, en pose firme.

—El Reino de Meissen se ha perdido —le comunicó sin rodeos, y la hilaridad de Raleigh se esfumó, apretándose sus labios en una tensa línea.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió, sin querer darle crédito.

—Aunque no lo creas, yo dirijo mi ejército —le recordó con dureza, señalándose el pecho.

—Aún no es tuyo —contraatacó su hermano, queriendo recuperar terreno—. Y padre me apoya. La curandera que hice llamar no mentía al asegurarme que era la mejor, y ya se empiezan a ver los resultados. Nuestro padre me está muy agradecido —añadió con malicia, provocando que Nasier blasfemara.

—¿Qué pretendes? Vas a conducir a todos nuestros hombres al suicidio —le reprochó, sacudiendo los brazos con impaciencia.

—No, a la gloria —alegó con suficiencia, colocando un tobillo sobre la rodilla contraria, en pose desidiosa y confiada—. Se unirán a los hombres de Khawf que aguardan en La Espina —le anunció, aunque por su sonrisa

Nasier sabía que había algo más—. Vamos a invadir Gunnar.

—¡Además de la guerra has perdido el juicio! —le gritó.

—¿La guerra? —se mofó—. Esto acaba de empezar. Yo también he recibido noticias. Como ves, al igual que tú, sé dirigir un ejército —se jactó, bajo la mirada atónita de su hermano—. Y te voy a comunicar algo que, como poco, te sorprenderá —ironizó, mirándose las uñas de una mano—. Trystan y Nicholas navegan ahora mismo hacia Vākh, custodiados por los hombres de Khawf.

—¿¡Qué!?! —bramó, con estupefacción—. ¿Cómo te atreves? Ese rey extranjero te ha sorbido el cerebro...

Raleigh, lejos de sentirse intimidado por los insultos de su hermano, se regocijaba, sonriente, en lo que consideraba un completo triunfo.

—En realidad, no han sido nuestros hombres, sino los suyos, pero para el caso...

Entonces, Nasier avanzó hasta él y lo agarró de la pechera de la túnica, obligándolo a levantarse con violencia.

—Detén esta locura —le exigió, con las mandíbulas apretadas de impotencia y rabia.

Y, de pronto, sintió la punta de un cuchillo en su abdomen, que lo hizo palidecer.

—Dame un solo motivo —siseó Raleigh, ladino y arrogante—. Te consentí que alejaras a Edwina de mí porque esa mujer insulsa me importa un cuerno; quiero la corona de su padre, ya, así que no te interpongas en mis deseos —le advirtió—. O estás conmigo o en mi contra, hermanito. Tú decides.

Dejando aquella amenaza latente en el aire, Raleigh se retiró, con paso altivo y ufano. Nasier, en cambio, se vio sumido en la impotencia al ver lo que su hermano estaba provocando.

En un principio, pensó en ir a hablar con su padre, pero aunque no quisiera creerlo, Raleigh lo había contagiado con sus delirios de grandeza y no atendería a razones. Además, pese a estar enfermo, seguía siendo el rey, quien gobernaba, y ponerse en su contra abiertamente podría conllevar nefastos resultados para él. Su hermano pequeño era capaz de acusarlo de traición...

Abatido, se dejó caer en el butacón que minutos antes había ocupado Raleigh. Edwina asaltó su mente de modo inevitable, el destino al que debería enfrentarse por su culpa, por su estricto sentido del deber. Cuando la conoció, no se permitió dejarse llevar por lo que él se empeñó en definir

como un deslumbramiento pasajero, aunque, bien pensado, arrebatarle la prometida a su hermano, sobre todo si este tenía puestas sus miras en reinar en Gunnar, también podría haber desencadenado una tragedia.

Fuera como fuese, ahí estaba, debatiéndose de nuevo entre lo que debía hacer y lo que deseaba. ¿Habría de advertirle sobre las intenciones de su esposo para con el reino de su padre? ¿Qué ganaría con ello? Porque anunciarle que Raleigh marcharía hacia Gunnar con el firme propósito de invadirlo la sumiría en la desesperación al no poder hacer nada para remediarlo.

Sin embargo, ya fuera guiado por la preocupación o por su más oculto anhelo, admitió que quería verla. Desde que ocupara los aposentos contiguos a los suyos apenas lo había hecho. Permanecía encerrada en su recámara, y la mayoría de las ocasiones pedía que allí se le llevara la comida.

Estaban a punto de servir la cena, pero no creía probable que acudiese al comedor, aunque Raleigh, tras su reciente enfrentamiento, tampoco lo haría; estaría solo, por lo que se infundió ánimos para instarla a acompañarlo.

En un principio, se vio tentado a utilizar la puerta interior que unía los aposentos de ambos, pero temió que ella lo considerase fuera de lugar, por lo que salió y llamó a la puerta que daba al corredor. No hubo respuesta.

Un tanto extrañado, decidió acudir al comedor. Tal vez, esta era una de esas raras ocasiones en las que decidía compartir la mesa con él. Sin embargo, tampoco estaba allí.

Meditabundo, se sentó a la espera de que la servidumbre le trajera la cena, a lo que no tuvo que aguardar mucho, y le vino la idea de sonsacarle a la criada que llegaba con la bandeja.

—¿La Princesa Edwina acudirá a cenar? —le preguntó sin denotar interés alguno.

—No, Alteza —le respondió—. Dejó dicho que no tenía apetito y que no quería ser molestada.

—Entonces, ¿está en sus aposentos? —demandó, un tanto extrañado.

—En realidad, no lo sé —admitió la joven, mortificada—. Asaltó a una doncella en uno de los corredores cercanos a vuestras habitaciones, Alteza, por lo que supongo que sí.

—Comprendo —concordó finalmente, y le hizo un gesto para que se retirara, cosa que ella hizo sin demora tras una venia.

Nasier se dejó caer contra el respaldo del butacón, sin prestarle la más mínima atención al faisán que tenía delante. Algo no estaba bien... lo

presentía.

Sin dudarle un instante más, se levantó guiado por aquel impulso y se dirigió hacia la alcoba de Edwina. Al llegar, volvió a llamar, con insistencia, aunque sin respuesta, por lo que se decidió a entrar. La puerta ni siquiera estaba cerrada con llave, cosa que le constaba que solía hacer, seguramente para evitar visitas furtivas por parte de su esposo. Cerró tras de sí y se adentró en la habitación, para venir a darse cuenta de que estaba vacía.

Con un palpito en forma de mal presentimiento, comenzó a recorrer las distintas estancias.

—¿Edwina?

Nada.

Entonces, algo llamó su atención. Cerca del lecho, en el suelo, había un vestido, como si su dueña lo hubiera dejado olvidado allí tras cambiarse con prisas. Y de pronto, aquel mal presentimiento se tornó en algo más palpable, una realidad que no quería creer.

Se acercó a la puerta interior que unía sus aposentos y la abrió. Dioses... desde allí podía verse el lugar en el que había discutido con Raleigh, y ambos tan acalorados en su intercambio verbal, no habían reparado en que hubo un testigo de aquella conversación.

—¿Qué has hecho, Edwina? —lamentó por lo bajo.

Desde allí, accedió a sus habitaciones, tomó de uno de sus baúles una gruesa capa de invierno y corrió hacia el exterior del castillo, a las caballerizas. A esas horas, los corredores y patios estaban desiertos, incluso los mozos que cuidaban a los animales se habían retirado ya. Con premura, accedió al interior, en busca de su montura, sin tardar en comprobar que la yegua con la que Edwina solía salir a pasear no estaba.

Blasfemando, tomó las guarniciones de su caballo y se las colocó con manos temblorosas ante la posibilidad de que la impetuosidad de esa mujer la pusiera en peligro.

Guió a su caballo con sigilo hasta cruzar la muralla, sin querer alertar a nadie, pero una vez superada, picó espuelas y lo hizo cabalgar con brío. La luna llena brillaba en el oscuro firmamento, pero, a lo lejos, rayos resplandecían, anunciando una fuerte tormenta otoñal, por lo que debía hallarla cuanto antes.

No era difícil dilucidar hacia dónde se dirigía; iba a advertir a su padre acerca de la traición de su marido, y además le narraría todo lo sucedido, incluido el secuestro de Nicholas y Trystan. No podía culparla, él mismo

debería haber hecho algo más para detener aquella locura.

Otro relámpago cruzó la negrura de la noche, y Nasier golpeó los flancos de su montura. Confiaba en dar con ella pronto, tampoco había transcurrido tanto tiempo, y Edwina sabía montar, sí, pero no era una experta amazona, por lo que se conduciría con cautela y paso moderado.

Cuando comenzó a atravesar el bosque, algunas nubes ya empezaban a ocultar la luna. Para su fortuna, delante de él, pudo vislumbrar los leves destellos del metal de las guarniciones de la yegua.

—¡Edwina! —le gritó, rogando para que lo escuchara—. ¡Detente!

La princesa no obedeció, pero Nasier supo que le había oído porque giró un instante la cabeza hacia atrás. Al verlo, sacudió las riendas para ir más rápido, y él lanzó un improperio al tiempo que arreaba fuerte a su caballo.

No tardó en alcanzarla. Se colocó a su lado, tratando de galopar a su paso, y tomó la cincha de cuero lateral que recorría el carrillo de la yegua y tiró. El animal se encabritó, pero Nasier poseía la suficiente destreza para dominarlo. Disminuyó el ritmo hasta que ambos corceles se detuvieron, momento que Edwina aprovechó para descender y salir huyendo, sin rumbo fijo.

—Maldición... —masculló él. De un salto desmontó y corrió tras ella—. Demonio de mujer... ¡Quieta! —le gritó al agarrarla del brazo.

—¡Suéltame! —le chilló la joven mientras trataba por todos los medios de zafarse.

—¿A dónde diantres crees que vas? —inquirió al tiempo que la sacudía, sujetándola de los brazos.

Edwina dejó de agitarse, pero lo miró con profunda inquina.

—Malditos seáis tú y tu hermano —murmuró, observándolo de arriba abajo con desprecio.

Nasier la soltó, despacio, con una sombra de pesar en su rostro.

—Os he escuchado —le confirmó ella.

—En ese caso, habrás comprendido que no estoy de acuerdo con su proceder —trató de justificarse.

—No te hagas el inocente. Por todos los dioses... Habéis secuestrado a Nicholas y Trystan —lo acusó con dureza—. Sé bien que los hombres os pasáis la vida batallando en una continua búsqueda del poder supremo, aunque me parece un sinsentido la invasión de Los Lagos —añadió, aun si Nasier no quería saber su opinión—. Pero ¿crees que voy a permanecer de brazos cruzados cuando pretendéis someter a mi pueblo? —le reprendió sin amedrentarse—. Y todo por esas ansias de portar una corona que corroen a tu

hermano... Soy consciente de que me desposó para reinar en Gunnar, mas ¿no puede aguardar a que los dioses llamen a mi padre a su lado? ¿Tiene que ser él quien acabe con su vida? Muerta, ¿me oyes? —Escupió las palabras—. Mátame, Nasier, porque haré todo lo que esté en mi mano para advertirle de tan vil traición.

Edwina lo miró con la respiración entrecortada y los nervios crispados, a la espera de su decisión. Tenía las mejillas sonrosadas a causa de la fría brisa nocturna, el cabello despeinado por la carrera, y luciendo aquel nada favorecedor vestido de viaje. Sin embargo, para Nasier, jamás su belleza resplandeció tanto como en ese instante.

Acunó su cara entre sus fuertes manos y la besó. No fue un beso delicado, sino arrollador, posesivo y exigente. El miedo por su irracional proceder aún helaba la sangre del príncipe, y la pasión que lo dominaba caldeaba poco a poco su cuerpo, su corazón. Lo necesitaba, a ella, y de no ser porque Edwina correspondió a su beso a pesar de lo ocurrido, tal vez la hubiera obligado a hacerlo. No obstante, apoyó las manos en su torso, agarrando la túnica, abandonada a la caricia de su boca.

El potente sonido de un trueno en la cercanía los obligó a separarse. Sin decir nada, Nasier oteó a su alrededor, inspeccionando aquel tramo del bosque, para situarse. Luego, cogió las riendas de los caballos y se los entregó a la joven, que aguardaba con el alma en vilo, sin comprender muy bien su actitud. El príncipe se quitó la capa y la colocó sobre los hombros femeninos. Después, con un cabeceo, la instó a seguirlo, mientras él se adentraba en la espesura al tiempo que comenzaba a recoger unas piedras y algunas ramas que enganchaba a la silla de su montura.

Por desgracia, les sorprendió el aguacero, y a pesar de que la gruesa prenda cubría a la muchacha, los dos llegaron empapados al lugar al que Nasier los condujo: una cueva. Le pidió con una mano que se detuviera, en silencio. Desenvainó su espada y, en guardia, inspeccionó el interior de la caverna, rogando que sus acostumbrados moradores no la estuvieran ocupando en esa inclemente noche. A los pocos instantes, salió, envainando su arma.

—Estamos de suerte —le dijo—. Entra —le pidió, y le quitó las riendas para encargarse de los animales.

Pese a la inspección de Nasier, ella accedió con prudencia, despacio, pero un momento después, su cuñado entró con el hatillo de leña. Lo vio batallar con las piedras, de las que saltaron chispas que prendieron fuego a la hojarasca que había colocado bajo las ramas.

—Quítate la ropa —le ordenó sin mirarla mientras se aseguraba de que la hoguera no se apagara—. ¿Acaso quieres contraer una pulmonía, mujer? —le advirtió.

Edwina permanecía estática cuando él pasó por su lado para ir en busca de algunas rocas grandes que se encontraban cerca de las paredes de la gruta, que hizo rodar hasta la fogata. En una de ellas colocó su túnica y su camisa, incluso se quitó las botas, quedándose únicamente con las calzas puestas. Luego, le lanzó una mirada reprobatoria a la joven.

—¿Quieres que sea yo quién te desnude? —le preguntó entre severo y sugerente—. No hay cosa que desee más, Edwina.

Ella exhaló, sobrecogida por la intensidad de su mirada, pero obedeció. Se desprendió de la capa, el vestido y el calzado, y su cuerpo se mantuvo cubierto solo por una fina enagua de lino, larga hasta los pies, que se le pegaba como una segunda piel al estar empapada. Percibió que la vista masculina se clavaba en sus pechos, cuyos pezones, endurecidos por el frío, se transparentaban a través de la tela mojada, así que se cruzó de brazos, sonrojada.

—Acércate al fuego —le pidió, y alargó la mano hacia ella. La princesa la aceptó, y era tan cálida...

Se sentaron junto a la hoguera, cerca el uno del otro, en silencio, con los ojos fijos en el crepitar de las llamas.

La inquietud de Edwina crecía por momentos. Nasier la había besado, sí, pero no comprendía por qué, sobre todo tras confesarle que pretendía avisar a su padre de lo que ocurría. ¿Creía que había cambiado de opinión? ¿Intentaba camelarla, convencerla de que no lo hiciera? Sabía que no necesitaba matarla para impedirlo. Bastaba con arrastrarla hasta el castillo y encerrarla bajo llave hasta que todo hubiera terminado. Quizás, la haría regresar con su esposo, dejarla a su merced, como escarmiento. Precisaba saberlo, a qué atenerse. Tomó aire, de paso que se armaba de valor, antes de hablar.

—¿Qué pretendes hacer conmigo? —le preguntó con resignación, sin apartar la vista del fuego. Nasier, en cambio, la observó de reojo.

—En cuanto entres en calor y dejes de temblar... hacerte el amor —murmuró en tono grave.

Edwina lo miró, con el aire escapándosele de los pulmones, mientras una ráfaga en forma de extraño ardor le recorrió el vientre. No obstante, se esforzó en obviarla.

—¿Crees que así me someterás? —lo acusó, aunque su voz trémula le

otorgaba poco crédito.

—Eres tú quien me ha sometido a mí, ¿o no lo ves? —murmuró, con sonrisa torcida.

—No te burles, te lo ruego. —Volteó el cuerpo y le dio la espalda.

De pronto, un par de manos comenzaron a recorrerla, en sentido ascendente, hasta los hombros. Luego una de ellas alcanzó su mejilla y la obligó a girarse hacia él.

—Eres una mujer muy valiente, Edwina —musitó, acariciando sus labios con el pulgar—. La reina perfecta para Shyt, para mí.

La princesa cerró un instante los ojos, abrumada, pero se sobrepuso a esa turbación con rapidez.

—Soy la esposa de tu hermano —le recordó, aunque ella era la primera que quería olvidarlo.

—Ese patán no tiene nada que hacer aquí —decidió él—. Estamos solos. Tú, yo y este amor contra el que no hemos podido luchar ninguno de los dos, pese a los años, pese a habernos unido a otras personas.

—Nasier...

—Sé que tú también lo sientes —le susurró. Sus manos comenzaron a deslizarse por los desnudos y suaves brazos femeninos—. Tu cuerpo tiembla, y estoy seguro de que no es a causa del frío.

Edwina no podía articular palabra. Fijó la vista en su rostro. Aún tenía el cabello mojado y algunos mechones caían caprichosos sobre su frente, confiriéndole un aspecto demasiado atractivo. Recorrió con los ojos sus facciones, angulosas y varoniles; la barba incipiente en su mentón; la fuerte columna de su cuello; el vello rizado y negro de su musculoso torso... Deseaba tanto acariciarlo...

—Por los dioses, Edwina, no me mires así —jadeó en un lamento—. Dime que no me amas porque, de lo contrario, te arrastraré conmigo en esta demencia que me está consumiendo.

La misma que la consumía a ella.

La joven no dijo nada, pero, por una vez, se dejó llevar por sus deseos, los que palpitaban tan adentro. Levantó una mano y con las puntas de los dedos comenzó a jugar con aquellos rizos, cuya suavidad la sorprendió. Vio que Nasier tragaba saliva, conteniendo sus propias ansias, y su nuez se movió en su garganta. Le parecía un detalle tan viril... Sin plantearse nada más, acercó la cara y la inclinó, despacio, y allí depositó un ligero beso, pero que a Nasier lo encendió.

—Oh... Edwina... —gimió, anhelando su contacto. La tomó de la nuca y la instó a besar su cuello, a que lo recorriera con su boca, y exhaló jadeante, cerrando los ojos, cuando ella comenzó a dejar un reguero de cálidos besos en su piel. La agarró del cabello para apartarla y atrapó sus labios con ansia.

La pasión estalló en aquella gruta. Nasier devoró la boca femenina mientras sus manos comenzaron a recorrer su voluptuosa anatomía por encima de aquella enagua que aún estaba húmeda. No obstante, no iba a permitir que esa barrera le impidiera disfrutar de su cuerpo, por lo que se la quitó sin que la muchacha opusiera la más mínima resistencia.

Era divina... La mujer más hermosa que jamás había contemplado, y la iba a hacer suya. Sentada frente a él, Nasier inclinó la cabeza y alcanzó uno de los turgentes pezones. El jadeo de Edwina llegó a él, enervándolo, sobre todo cuando lo agarró del cabello y lo animaba a continuar con sus caricias, primero un pezón, después otro, torturándolos también con sus dedos. El cuerpo femenino se arqueaba hacia él en esa búsqueda de algo más, así que el joven hizo descender una mano hasta su intimidad, resbalando por su tersa humedad.

—Nasier... —gimió con su nombre en los labios, sobrepasada por el placer con el que la estaba obsequiando, y él iba a enloquecer.

Ella misma fue la que, con movimientos torpes al verse inmersa en aquella placentera neblina, comenzó a tirar de sus calzas. El príncipe se separó de su cuerpo lo justo para deshacerse de la molesta prenda. Luego, se sentó de nuevo y la colocó a ella sobre sus piernas, frente a él.

El contacto de su piel, de su aliento, su carne... la sensación los traspasó, abrumándolos. Se comían con los ojos, tratando de comprender, de leer en los del otro que sí, que ambos sentían lo mismo. Era sobrecogedor...

Entre besos y caricias, sus cuerpos se buscaban, se rozaban, incendiando aún más el ambiente que caldeaba la hoguera. Sin poder contenerse más, Nasier la agarró de las nalgas y la alzó, dirigiendo su miembro henchido hacia su entrada. La dejó caer con lentitud, penetrando despacio en su interior, y la intimidad plena les arrebató el aire y el sentido común. Edwina se abrazó a él, envolviéndolo con sus brazos y sus piernas, y Nasier ancló las manos a sus caderas, guiándola en aquella posesión que los lanzaba a los confines del placer y convertía su amor en algo real y puro que los unía para siempre.

Se dieron por entero, sin reservas, entregando el alma, el corazón, sus éxtasis... Cuando Nasier notó que ella se estrechaba a su alrededor, dejó que

su propia culminación lo poseyera, abandonándose uno en brazos del otro al más intenso clímax. Edwina apoyó el rostro contra el cuello masculino, presa de la agitación de las reminiscencias de su culmen, y el joven la abrazó con fuerza, aturdido aún por lo que acababa de experimentar.

Sin embargo, tras la bruma del placer, la razón volvía a hacer su aparición, y Edwina fue la primera en acusar aquel cambio.

—¿Qué hemos hecho? —susurró pesarosa, con la cara aún apoyada en su cuello, ocultándola con vergüenza—. Me he convertido en una adúltera.

—No —negó él, categórico. Le agarró las mejillas entre las manos y le obligó a mirarlo—. Aunque seas la esposa de mi hermano, eres mi mujer, mía —repitió con insistencia—. Jamás volverá a posar sus ojos en ti.

—¿Qué quieres decir? —preguntó entre recelosa y asustada—. ¿Qué vas a hacer?

—Deberías descansar un poco —respondió, esquivo, soltándola—. Raleigh no se percatará de nuestra ausencia hasta mañana, así que aprovechemos la ventaja que tenemos.

Con mimo, la apartó de él. Le ofreció su enagua que ya estaba seca y colocó la capa en el suelo, para que durmiera un rato. Sin embargo, ella no pretendía obedecer hasta recibir una explicación, hasta que le confirmara lo que le estaba dando a entender.

—En cuanto pase la tormenta, partiremos hacia Gunnar —le corroboró. Entonces, Edwina soltó la prenda y se echó a sus brazos, aliviada, agradecida y muy temerosa—. Le narraremos a tu padre lo que está sucediendo y le pediré ayuda para reconquistar mi patria —le contó, y ella se apartó para mirarlo.

—Nasier... —murmuró con orgullo, acariciándole el rostro.

—Pienso derrocar a mi padre y mi hermano —sentenció con firmeza—. Cuando vuelva a entrar en ese castillo, lo haré como rey. Y tú como mi reina, como siempre debió ser.

—Y así será —asintió la princesa, con los ojos brillantes de la emoción.

Sus labios se buscaron en un beso tierno, profundo, que afianzara los votos que acababan de pronunciar. Pronto la tormenta cesaría, y ellos escaparían hacia el exilio, hacia un destino incierto, pero que enfrentarían juntos, fuera el que fuese.

Capítulo 32



Estaba siendo un viaje duro, a Edwina se le antojaba eterno, pero por fin divisaban las almenas del castillo de Gunnar.

Habían recorrido los bosques que bordeaban la costa para permanecer a cubierto todo el tiempo posible, alimentándose de lo que Nasier cazaba. Incluso tuvieron que dormir al raso, pero cerca de una buena hoguera que los caldease y que, además, alejara a los animales nocturnos de ellos. No obstante, descansaron lo mínimo, lo justo para que sus cuerpos resistieran tal odisea.

Conforme llegaban a la ciudadela, Edwina se vio invadida por los deseos de meterse en la playa, de sumergirse en sus aguas y arrebujarse en el salitre del aire de su tierra. El mar siempre la acunaba con dulzura y se sentía renovada, con fuerzas. Sin embargo, no había tiempo que perder. Cierto era que salieron de Shyt con cierta ventaja sobre Raleigh, pero unas cuantas horas en un trayecto tan largo no servían de mucho.

Pudieron respirar tranquilos al cruzar la muralla, pese a que se podía apreciar cierta tensión en el ambiente. Tal vez se sentían sugestionados por ser portadores de tan nefastas noticias, por ser conscientes de que la desgracia sobrevolaba el reino, pero notaban agitación en la gente con la que se cruzaban. A la joven le llamó la atención el hecho de encontrarse con muchos hombres cuyo aspecto le recordaba a su cuñado, Cailen, con el cabello negro como la noche y largo, piel trigueña, y cuya indumentaria era completamente de cuero.

Ya a su paso por el puerto, advirtieron mucho movimiento en los muelles. Todos los navíos de la flota de Gunnar parecían estar siendo abastecidos con víveres, y no era difícil llegar a la conclusión de lo que estaba sucediendo; iban a atacar Vākh, aunque la princesa dudaba que su padre permitiera que zarpara algún navío repleto de soldados para retar al Rey Tirano cuando Raleigh pensaba cargar contra ellos.

Al ir acercándose al castillo, Edwina se vio invadida por el miedo y la

culpabilidad. Ella no era responsable de las fechorías de su marido, pero aun así, sentía un pesado nudo apretándole el corazón. Todo lo que Raleigh había provocado, tanto sufrimiento...

Giró el rostro hacia Nasier, gallardo, con pose erguida a lomos de su caballo. Él correspondió a su mirada, y la joven supo que la comprendía, que podía leer en sus ojos la zozobra que los ensombrecía. Con cautela, el príncipe alargó la mano y apretó con suavidad la suya, un gesto rápido y que pasara desapercibido. Aunque sus corazones ya se pertenecieran el uno al del otro, debían guardar las apariencias, máxime cuando la princesa temía el juicio de su padre y, sobre todo, de Adrienne. Había sido tan mezquina con su hermana pequeña, arrastrándola a un matrimonio no deseado, siendo entregada al mejor postor, y todo por la avaricia de Raleigh.

Qué ciega había estado... Por fortuna, Adrienne poseía una valentía encomiable que la condujo a los brazos del que se había convertido en su esposo. Ojalá ella tuviera el arrojo suficiente para defender su amor por Nasier. La admiraba tanto... Desde lo sucedido, su trato había sido cordial, pero nada fraternal. Si Adrienne le guardaba rencor, no lo demostraba, aunque dudaba que no fuera así. Podría haber sido muy desgraciada por su culpa, y ahora que comprendía lo que era la dicha del amor verdadero, Edwina sentía un terrible remordimiento al haber estado a un paso de privar a su hermana de tal felicidad. Tal vez, no fuera tarde para pedirle perdón.

Al traspasar la entrada principal, se dirigieron a las caballerizas, y un mozo se hizo cargo de sus monturas, recibéndolos con una venia.

—Bienvenidos —les dijo el muchacho.

—¿Podrías decirme dónde está mi padre? —preguntó la princesa, sin dilación.

—En el salón del trono, Alteza —le respondió—, reunido con los príncipes gealach —añadió mientras se alejaba con los dos caballos al haberles dado la información que precisaban.

La pareja compartió miradas silenciosas, una mezcla de extrañeza y preocupación al percatarse de que el mozo hablaba en plural.

—¿Sabes si tu hermana esperaba visita de alguien de su nueva patria? —preguntó Nasier con cautela conforme se dirigían al interior del castillo.

—¿Pasada ya la época estival? No lo creo —contestó, pensativa.

Sin embargo, pronto tendrían la respuesta a aquella incertidumbre. Al acceder al salón, vio que se había situado una mesa alrededor de la cual se acomodaba el Rey Josiah en compañía de varios jóvenes, entre ellos Cailen.

Este, en cuanto se percató de su presencia, se levantó enfurecido, tanto que el butacón en el que se sentaba se tambaleó, y se dirigió hacia Nasier, con las manos apretadas en sendos puños y rictus colérico. Lo habría alcanzado de no ser porque Zayev lo impidió, agarrándolo por detrás, bajo la mirada sorprendida del resto de príncipes.

—¡Malnacido! —le gritó, tratando de zafarse.

—Detente, Cailen —le pedía su cuñado, asombrado por su comportamiento.

—Es Nasier, príncipe heredero de Shyt —le informó, pronunciando su título con desprecio, aunque más tranquilo.

De hecho, Zayev lo soltó, y sin mediar palabra, se dirigió hacia el recién llegado y le propinó tal puñetazo que lo tiró de espaldas.

—Os mataré —lo amenazó, observándolo desde arriba y apuntándolo con el dedo, mientras su víctima alzaba las manos en señal de rendición, mas con barbilla soberbia.

—Os rogaría que primero me escuchaseis —le pidió, y aunque aún estaba en el suelo, su tono no era humilde, sino de igual a igual.

—Cailen, por favor —quiso interceder Edwina, yendo hacia el esposo de su hermana—. Hemos huido de Shyt y viajado sin descanso para llegar cuanto antes.

—Hija... —Se le acercó al fin su padre, y la joven corrió para echarse en sus brazos.

—Padre... —sollozó—. Raleigh es...

—Es un vil bastardo —finalizó Nasier por ella tras ponerse en pie—. Él es quien se ha aliado con el Rey Khawf, y mi padre se ha dejado influenciar por su palabrería y sus delirios de grandeza.

—No estáis libre de culpa —le reprochó Cailen, intolerante.

—Por eso estoy aquí, para tratar de enmendarlo —aseguró, pero sus palabras no tuvieron el efecto esperado, pues enfurecieron a Zayev, quien lo agarró por la pechera de la túnica, en actitud intimidatoria.

—¿Cómo vais a devolverle la vida a los guardias de Trystan que han perecido intentando proteger su patria, o los del Reino de Breslau...? ¡Nuestros hombres! —le gritó, con los tendones del cuello tensos—. ¿Sabéis cuántos de nuestros hombres han perdido la vida, que os aseguro que vale mil veces más que la vuestra, y solo por socorrer a quienes consideramos hermanos? Habríais arrasado con Meissen, maldito seáis...

—Si pretendéis que esas muertes carguen sobre mi conciencia, podéis

daros por satisfecho, príncipe gealach —le aclaró Nasier, con dureza, aunque dirigida a sí mismo—. Mas, si puedo evitar que muera más gente inocente, tal vez esa carga no sea tan angustiosa y pueda sobrellevarla.

Cailen avanzó hacia su cuñado y le tomó el brazo, pidiéndole con la mirada que lo soltara. Zayev, en cambio, miró a los príncipes del resto de Territorios Gealach que los habían acompañado, y ellos asintieron, queriendo escuchar, por lo que les hizo tal concesión y lo liberó.

—La intención de mi hermano, de Khawf, es invadir Gunnar —les narró sin rodeos, y Josiah lanzó un improperio, separándose de su hija para encarar al príncipe, aunque ella se lo impidió.

—Padre, en cuanto lo supe, huí hacia aquí para avisarte —comenzó a explicarle—. Nasier me persiguió, pero no para hacerme regresar.

Josiah observó al joven, ceñudo.

—Quiero liberar a mi reino de ese canalla —le confirmó—. Raleigh no es más que una marioneta de Khawf, y yo sé cuáles serán sus próximos movimientos.

—Vos erais conocedor de todos sus planes, desde el principio —aventuró Cailen, en un duro reproche.

—No de todo —negó con pesar—, y lo último que vine a saber supera la mayor de las infamias.

—El ataque a este reino... —supuso Zayev, palpándose la barbilla, meditabundo—. Y los guardias de Nicholas perdiendo el tiempo en el Sur, frenando a los vuestros... —farfulló, con expresión iracunda.

—Los hombres de Los Lagos se han desplazado al Noroeste, hacia La Espina —les informó Nasier, y todos se miraron entre sí, extrañados—. No sé el motivo, solo lo que mi emisario me narró —añadió al comprender su asombro—, así que nuestros guardias se han replegado para unirse a los de Khawf, que ya se dirigirán hacia estas tierras.

Josiah se agitó al escuchar sus palabras, pero Cailen se unió a él y Edwina para infundirle ánimos.

—¿Habrán ido a reunirse con los reyes, escotarlos hasta aquí? —intervino Hrolf por primera vez.

—Puede ser, y tal vez eso explicaría su retraso, pues deberían haber llegado antes que nosotros —lo secundó Teekon.

—No, por desgracia, los guardias de Los Lagos no los interceptaron a tiempo —replicó Nasier, en un tono demasiado críptico que alertó a los presentes—. En realidad, esto es a lo que me refería, a la última vileza del

Rey Tirano. Tanto Trystan como Nicholas están siendo conducidos hasta el Reino de Vākh... en condición de prisioneros.

—¡Por los dioses! —exclamó Josiah, sin poder creerlo—. ¿Es eso cierto?

—Me temo que sí —admitió el joven—. Pero que los hayan mantenido con vida da la opción de poder rescatarlos.

—¡Claro que ese bastardo los quiere con vida! —se exaltó el soberano—. Es capaz de torturarlo frente a Gladys para someterla a sus deseos.

—¿Os referís a la esposa del Rey Trystan? —quiso saber Nasier, y Edwina miró a su padre, sorprendida.

—La secuestró hace algunas semanas, junto con Jordan de Asbath —empezó a explicarle, y ella exhaló sobresaltada.

—¡Divina Vetsa! No es posible —dijo con espanto.

—¿Recuerdas aquel cargamento que tu esposo quiso controlar personalmente antes de vuestra marcha a Shyt? —le preguntó Cailen con una mueca desdeñosa, y a la princesa la recorrió un escalofrío de pies a cabeza al comprender a lo que se refería su cuñado—. Y el muy canalla jactándose de que era muy valioso... —masculló, apretando los puños.

—Es un monstruo —murmuró, mientras negaba con la cabeza, tapándose la boca con una mano—. Padre, yo... Yo no sabía lo que Raleigh se proponía. Lo lamento tanto...

—Tú no tienes la culpa de nada —la consoló Josiah, incluso alargó la mano para que la tomara, tras lo que la pegó a él para abrazarla.

—Sí hay culpas que me atormentan —admitió en un tono apenas audible, y alzó la mirada hacia él—. ¿Dónde está Adrianne?

El soberano, por primera vez en aquel reencuentro, sonrió.

—Tu hermana permanece junto a mi padre en Breslau, a salvo en el castillo del Rey Richard —le contó Cailen, aligerando también su tensión, aunque la joven seguía sin comprender—. Está encinta.

La sonrisa de Edwina ocupó todo su rostro. Se soltó de su padre y caminó hacia él.

—Me alegro de corazón —lo felicitó, cogiéndole ambas manos un instante, con cariño fraternal—. Sé cuánto ansiabais un hijo, y que los dioses os hayan bendecido de esta manera me hace muy dichosa.

—Gracias —le respondió él con sinceridad.

—Al menos se mantendrá lejos de todo este infierno —susurró Josiah con alivio.

—Un infierno con el que vamos a arrasar —alegó Zayev con

convencimiento.

—Os rogaría que me incluyerais en vuestros planes —les pidió Nasier con humildad—. No puedo quedarme de brazos cruzados, contemplando la obra de mi hermano.

—¿Acaso sabéis luchar? —lo provocó Zayev con el único propósito de ver su reacción, que fue desenvainar su espada.

—¿Queréis una demostración? —se jactó con cierta petulancia que, lejos de molestar al príncipe de Dagmar, le hizo sonreír, al igual que a sus amigos compatriotas.

—Guardad vuestro acero y reservadlo para esos malditos extranjeros —lo instó Cailen, con tono confidente, a lo que Nasier obedeció.

—Hija, no veo necesario que debas estar al tanto de estrategias y planificaciones —le comentó su padre conforme iba hacia ella, para pasarle un brazo por los hombros y besar su frente—. ¿Por qué no te retiras a descansar un rato?

La joven asintió y aceptó su propuesta. Se dirigió a la salida, lamentando no poder despedirse de Nasier, aunque confiaba verlo de nuevo en el castillo, antes de partir a la lucha. Sin embargo, él mismo buscó sus ojos cuando pasó cerca de él, diciéndose con la mirada todo lo que jamás podrían pronunciar a viva voz en presencia de tantos testigos; su amor era prohibido... pero amor al fin y al cabo, y así lo sintieron sus corazones.

Cuando Nasier apartó la vista, los hombres volvían a sentarse a la mesa. Cailen le hizo una seña para que los acompañara, y el propio Zayev le sirvió una copa de vino en cuanto lo hizo, cosa que él agradeció con un cabeceo.

—Informadnos de la situación en el campo de batalla —le pidió el príncipe.

—Las filas que envió mi hermano hacia Los Lagos han quedado muy mermadas —le confirmó—. Y cuando los hombres de Nicholas decidieron abandonar lo que no era más que un ardid —admitió—, se dirigieron a la zona de La Espina donde está el asentamiento de los guardias de Vākh.

—¿A qué esperan? —preguntó Teekon.

—A su triunfo sobre Meissen, para así poder atacar conjuntamente desde el Norte y el Este —les narró—. Sin embargo, me consta que Khawf no contaba con la grandeza del ejército gealach, solo con el de Tarsus y, tal vez, Dagmar —añadió, y los príncipes mostraron cierto deje de orgullo en sus expresiones.

—En los Territorios Gealach somos uno —le confirmó Cailen—. Y cualquier amenaza a uno de nosotros recae sobre todos.

—Los guerreros que hayan resistido al ataque en Meissen tenían órdenes de continuar hacia aquí como refuerzo —prosiguió Zayev—, pero ahora más que nunca debemos partir hacia Vākh.

—Si yo he tenido conocimiento de vuestro triunfo sobre Meissen, nuestros enemigos en La Espina no tardarán en averiguarlo, si no lo han hecho ya —les recordó Nasier.

—Nuestro ataque debe ser inminente —decidió Josiah, quien no podía ocultar el temor por su pueblo.

—Y también la partida de los barcos que estás aprovisionando, suegro —le dijo Cailen.

—Si al menos pudiéramos advertir a Nicholas de algún modo de nuestra llegada... —lamentó Zayev, con expresión iracunda.

—Aguardad un momento —dijo entonces Josiah, un tanto misterioso, y abandonó la sala sin dar más explicación.

Los jóvenes se miraban entre sí, en silencio, sin atreverse a lanzar suposiciones que explicasen su actitud, aunque el soberano tardó muy poco en volver, portando consigo una jaula.

—El cuervo del Rey Trystan... —murmuró Teekon, asombrado, como el resto de los presentes.

—Entonces, ¿existe? —preguntó Nasier, con curiosidad y un aire de admiración hacia el ave—. Creía que no eran más que cuentos de curanderas.

—Pues ya ves que no lo son —le confirmó Cailen, aunque miró al soberano, extrañado—, pero... ¿cómo...?

—Creí que el animal se había escapado, pues no portaba en su pata el consabido mensaje —le explicó así su suegro el motivo de que no lo hubiera mencionado—. Pensaba devolvérselo a Trystan en cuanto llegase, lo que me temo que no va a suceder —lamentó, contrariado.

—¿Y cómo se lo vamos a hacer llegar si lo mantienen prisionero? —desconfió Hrolf.

—Porque se lo enviaré a Brandon —respondió.

—¿A Brandon? —exclamaron Cailen y Zayev al unísono, y el soberano pasó a narrarles cómo los ayudó a arribar a Vākh y sus intenciones.

—No hay duda del arrojo de esa mujer —alabó Nasier a Agatha.

—Y no será en vano —decidió Josiah—. Enviaré toda mi flota en su auxilio.

—¿Será suficiente? —preguntó Teekon, con recelo.

Al soberano le habría encantado decir que sí, que el poderío de su flota era

comparable a la grandeza del ejército gealach. Sin embargo, no podía asegurarlo, no sabía qué se encontrarían al otro lado del Mar Istook.

—Deberá serlo —sentenció, y no había otra opción si querían salvar su mundo, que siguiera siendo tal y como era. Tarde o temprano, Khawf se arrepentiría de su osadía.

De pronto, alzó la copa y, en actitud solemne pronunció:

—Por la Alianza.

Y los jóvenes se unieron a su brindis, con decisión y convencidos de su triunfo. Era el único modo de hacerlo.



Raleigh escuchó con paciencia forzada lo que el guardia le estaba diciendo a pesar de no ser necesario. Sabía muy bien dónde estaban la zorra de su mujer y el desertor de su hermano: en Gunnar.

Se removi6 contrariado, sentado en uno de los butacones de sus aposentos. Desde que discutiera por última vez con su hermano aquella noche hasta que reparó en su ausencia habían transcurrido muchas horas, que resultaron fatales. A esas alturas, Josiah ya estaría al tanto de que quería arrebatarle el reino.

Malditos fueran... Ahora comprendía aquel arranque de escrúpulos por parte de Nasier, defendiéndola con tanto ahínco. ¿Desde cuándo serían amantes? Y se habían atrevido a engañarlo delante de sus propias narices...

Sí, le molestaba sobremanera la traición, pero lo que en verdad le encolerizaba era que esos dos se hubieran interpuesto en sus planes. Casi podía sentir el peso de la corona de Josiah sobre su cabeza... Además, temía las represalias del Rey Khawf en cuanto se enterase. Tal vez no llegara a averiguar lo que había sucedido en realidad, pero la culpa por la pérdida de Gunnar recaería sobre Raleigh sin remedio, a no ser que lo compensara de alguna manera. Quizás...

—Nuestros hombres se dirigen hacia La Espina, ¿cierto? —cortó al guardia, que seguía narrándole la infructuosa búsqueda de Nasier y Edwina.

—Sí... —respondió titubeante, sin entender su pregunta.

—Hay que enviar a nuestro jinete más rápido —le ordenó, poniéndose en pie. El hormigueo por la anticipación a causa de esa brillante idea no le permitía estar inmóvil—. Deben cambiar el rumbo... que se dirijan al norte

—pronunció con regocijo.

—Alteza... ¿al norte? —quiso asegurarse.

—Que ataquen Los Lagos —vocalizó despacio, para que no quedasen dudas—. ¡Deprisa! —le gritó, al ver que el guardia, impávido, no reaccionaba.

—Sí, Alteza —respondió con un sobresalto. Hizo una venia, fugaz, y se marchó a la carrera con la intención de obedecerle.

Raleigh deambuló por la estancia, restregándose las manos y recreándose en su propia genialidad.

La mayoría de los hombres de Nicholas estaban dando palos de ciego en La Espina en busca de su rey, y no tardarían en toparse de frente con la guardia de Väkh, quienes estarían a punto de atacar Gunnar, si no lo habían hecho ya.

Y mientras tanto, Los Lagos apenas estaba protegido...

Sí, tal vez su hermano le había arrebatado una corona, pero Raleigh se convertiría en rey a toda costa.

«Sí, suena bien», pensó, sonriendo con deleite.

Raleigh, Rey de Los Lagos y Asbath...

Capítulo 33



Aún no caía la tarde. Para las esclavas, a esa hora se producía cierto lapso de tranquilidad, pues la mayoría de las tareas estaban concluidas y aún no eran requeridas para la cena. Y ese era el momento que Gladys aprovechaba, desde hacía varios días, para salir de sus aposentos.

Como de costumbre, se enfundó en aquel vestido gris, que Dhära le había facilitado, que la cubría por entero, y ocultaba su cabello bajo un pañuelo del mismo color. Nadie la había reconocido en todas las ocasiones que deambuló por el castillo de esa guisa, tantas que había perdido la cuenta. Además, si se cruzaba con alguien, agachaba la cabeza en actitud servil, y tampoco temía toparse con Khawf y que se percatara de que era ella; él jamás miraba a una esclava a la cara.

Sin perder tiempo, se encaminó hacia las habitaciones de la servidumbre, al cuarto de Ethel. Allí, la muchacha aguardaba junto a Agatha, estando ambas al cuidado de Dhära. Seguían a rajatabla sus instrucciones, no obstante, la soberana acudía a diario, aunque fuera por un momento, a visitar a la joven para asegurarse de que su recuperación era favorable; a excepción del primer día, en el que no se separó de ella hasta la mañana siguiente.

Cuando Agatha acudió a sus aposentos ese fatídico mediodía, se alegró tanto... Había transcurrido mucho tiempo sin noticias y temía por ella, por los tres, que hubieran averiguado su identidad. Sin embargo, su sobrina no fue hasta allí de visita; era consciente de lo peligroso que era, y Gladys supo que algo grave había ocurrido. Sin dudar, se escondió bajo su disfraz y la acompañó.

Al ver la espalda desollada, en carne viva, de esa pobre muchacha, lanzó sus plegarias a los dioses para que fulminasen a aquel malnacido, ese engendro del averno que caminaba entre los hombres, porque Khawf no podía serlo, no había ser humano que pudiera contener tanta maldad en su cuerpo y no morir corrompido.

Se encontraban allí Brandon y Ethel, y la joven le mostró unos cuantos ungüentos, pero ni en sueños serían suficientes. Sí, aquellos emplastos podrían ayudar a que cicatrizaran sus heridas, pero la infección y la fiebre no

tardarían en hacer su aparición. De hecho, a las pocas horas era tan alta que, en su inconsciencia, deliraba, siendo víctima de terribles pesadillas en las que llamaba a ĒaGhal, quien seguía prisionero.

Agatha quiso hacer uso de la llave de las mazmorras y hablar con él, narrarle que Dhära estaba viva, pero Gladys se lo prohibió, pues, en realidad, no estaba segura de que la desdichada muchacha lo consiguiera. Había perdido mucha sangre y estaba muy débil, pues apenas conseguían alimentarla con algunos caldos, y esa misma debilidad acrecentaba la calentura.

Le suministraron cocimientos de sauce, sauco y verbena, y trató sus heridas con emplastos de equinácea y lavanda. Tras lo que le ocurrió a Griän y todo lo que Trystan luchó en vano por tratar de salvarle, Gladys decidió no arriesgarse. Una planta u otra le haría efecto, y con un poco de suerte las dos.

Tal vez fue la fortuna, o que los dioses no estaban de acuerdo con la sentencia de Khawf, pero la soberana se sorprendió de que resistiera la primera noche. Y no solo eso, a aquella le siguió otra más, y otra... aumentando las esperanzas de que le ganase la batalla a la muerte.

Como imaginaba, de camino al cuarto de Ethel, pasó desapercibida ante las pocas esclavas con las que se cruzó, que bastante tenían con sus obligaciones.

Ethel y Agatha estaban conversando cuando ella entró. Debían ser muy cuidadosas, pues la vida de la esclava corría un gran riesgo en caso de ser descubierta. Ambas se hallaban sentadas en un jergón que Brandon habría traído a escondidas para que Ethel, o quien quedase al cuidado de Dhära, pudiera descansar.

—Hola, tía —la saludó su sobrina.

—¿Cómo está? —se interesó, acercándose a revisar la espalda de la muchacha.

—La noche ha sido tranquila —le comentó Ethel.

Las heridas estaban cicatrizando muy bien, pero casi era mejor que permaneciera inconsciente, pues la tirantez de su piel al ir regenerándose le resultaría muy dolorosa.

—¿Ha tenido fiebre? —preguntó, aunque le palpó la frente, percatándose de que su calor corporal era normal.

Estaba tocándole la mejilla con los nudillos para asegurarse cuando, de repente, se agitó ligeramente, apenas un movimiento de su cabeza.

—¿Dhära? —murmuró la soberana, sorprendida, lo que llamó la atención de las otras dos mujeres, quienes se levantaron a la carrera y fueron hacia

ella.

—¿Se ha despertado? —inquirió la doncella.

Sin embargo, Gladys alzó una mano, demandando cautela, mientras observaba a la muchacha, que poco a poco comenzó a abrir los ojos. Se mostraba desorientada, confundida, y apenas podía focalizar la vista en sus rostros.

—¿Dónde...?

De súbito, se movió, solo quiso levantar la cabeza, pero lanzó un quejido de dolor cuando su espalda acusó aquel movimiento.

—Tranquila —le dijo Gladys—. El láudano —le pidió a su sobrina, quien obedeció con rapidez, y la esclava aceptó lo que le ofrecía—. Respira, despacio. El dolor pasará, pero debes calmarte.

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres? —empezó a preguntar, con una mueca en los labios a causa del sufrimiento.

Entonces, la reina se quitó el pañuelo, y Dhära ahogó una exhalación al reconocerla, lo que le costó un gemido al traspasarla un ramalazo de dolor.

—Majestad... —murmuró—. ¿Qué...?

—¿Recuerdas lo que te sucedió? —Quiso saber.

Dhära cerró los ojos un momento, como si lo necesitara para que su mente pudiera recordar, y de pronto, una gruesa lágrima rodó por su mejilla.

—¿Dónde está él? ¿Sigue...?

—Sí, sigue con vida —respondió Agatha, y la esclava, con mucho cuidado, dirigió la vista hacia ella, para confirmar que sus oídos no le hubieran jugado una mala pasada.

La princesa le narró lo acontecido, desde la aprehensión de ĘaGhal hasta que Brandon la llevara al cuarto de Ethel. Dhära, por su parte, se esforzaba en seguir el hilo de su relato.

—Sin embargo, continuó sin entender... —titubeó, dubitativa—, ¿por qué recurriste a Su Majestad, Ressa?

Las tres mujeres se miraron entre sí, como si estuvieran manteniendo una conversación muda. Entonces, la aludida se agachó para quedar a su altura y se quitó también el pañuelo, dejando al descubierto su larga melena dorada.

—Mi nombre no es Ressa —le confesó—, sino Agatha.

Dhära abrió la boca con gran asombro, no le hacía falta más para atar cabos, aunque la otra joven prosiguió.

—Soy Agatha, princesa de Los Lagos, y esposa de Jordan de Asbath —pronunció con solemnidad, y Dhära se tapó la boca con una mano.

—Divina Vetsa... Alteza... Yo...

—No te apures —le dijo, tratando de calmarla—. No te hace bien inquietarte —la apaciguó, incluso le apartó un mechón de la cara en un gesto afectuoso.

—Pero ¿por qué estáis aquí? —necesitaba saber.

Sin más dilación, pasó a narrarle lo sucedido, sin temor alguno a que pudiera delatarlos, pues su odio hacia el Rey Tirano era equiparable al suyo. Le habló de su papel, al igual que el de Brandon y Ethel en aquel entramado, de los planes de Nicholas y, tras eso, de cómo el guardia de Asbath le había salvado la vida y el destino que había corrido el príncipe: encerrado en las mazmorras como un vil traidor. El sufrimiento que se reflejaba en las facciones de la muchacha era difícil de ocultar.

—Dime, ¿crees que ËaGhal se pondría en contra de su padre? —le preguntó Gladys, aun sabiendo lo confundida que podría estar la joven.

—Es posible —respondió con cautela—. Incluso parte de los hombres le guardan lealtad a él, no a nuestro rey —admitió—, aunque nunca he escuchado por su parte comentario alguno sobre desafiarlo.

—Tal vez, si supiera que podría tener los apoyos suficientes, sí se atrevería a hacerlo —aventuró la reina.

—Saberlo... ¿cómo? —le cuestionó, extrañada.

—Desde que moriste —dijo la palabra con prudencia para no provocar a los Hados—, soy yo quien lleva la comida a los reos. Me costó mucho convencer a Cabsi —añadió—. Tuve que asegurarle que tú me habías preparado bien para la tarea.

—Comprendo —murmuró—. Entonces... ¿vos vais a hablar con él? —le preguntó a la princesa con cierto pesar, a lo que ella asintió.

—Pronto te reunirás con él —le animó Gladys en tono paciente, a lo que la joven asintió, resignada.

—Dhāra, no quiero resultar irrespetuosa —comenzó Agatha a decirle con tiento—, pero sería de gran ayuda si pudieras referirme algo, tal vez un detalle, que solo sepáis vosotros dos, que me otorgue credibilidad cuando le narre que estás viva. Le daré un motivo para querer luchar —insistió, y a la esclava se le encogió el corazón al pensar en el martirio por el que deambularía su amado al creerla muerta.

—Tiene una herida en la palma izquierda —le contó, tratando de parecer serena—. Me juró con su propia sangre que me convertiría su esposa... mientras me hacía suya.

Recordar aquella noche amor y pasión, y aquel juramento, provocó un sollozo incontenible en la joven. Agatha le acarició el cabello, consolándola.

—Lo cumpliré. Es posible, ¿recuerdas?

—Sí, ahora comprendo que hicierais tanto hincapié al narrarme vuestra historia —admitió, conteniendo, no sin esfuerzo, aquel llanto que le atenazaba la garganta y que apenas la dejaba hablar.

—Perdona, no podía confesarte mi verdadera identidad —se excusó, pero Dhära negó levemente con la cabeza.

—No tenéis que disculparos —le dijo, categórica—. Os debo la vida, y confío en que también salvéis a ËaGhal y a este reino. No todos somos como el Rey Tirano. La mayoría de reos no son más que gente humilde que no pudo hacer frente a los tributos tan desorbitados que nos impone —les narró, contrariada.

—¿Fue tu caso? —le cuestionó Ethel con interés, aunque trataba de mantenerse al margen.

—Mi padre es cojo, y el rey consideró que no rendiría lo suficiente en la cantera, así que...

—Bastardo... —masculló Gladys—. Pronto su reinado infame llegará a su fin —le aseguró.

—Solo espero que ËaGhal me crea —deseó Agatha, preguntándose cuál sería el modo más apropiado de plantearle el asunto al príncipe.

Horas más tarde, se dirigía hacia las mazmorras, que estaban custodiadas por Hirm hasta que el guardia de turno lo relevara a la hora de la cena. Era irónico, pero el incidente de Dhära la había beneficiado, pues podía ver a Jordan todos los días, aunque fuera un instante.

Su marido la recibió con una sonrisa, y ella dejó en el suelo las dos calderas que portaba para arrodillarse frente a él y besarlo con vehemencia.

—Si supieras cuánto te extraño, princesa mía —le susurró Jordan, degustando sus labios con gula.

—Si los dioses nos son favorables, pronto saldrás de aquí —le anunció palpando sus mejillas, y él se apartó, mirándola con extrañeza, momento que ella aprovechó para servirle la comida—. Dhära ha despertado.

—Me alegra saberlo —respondió con sinceridad—. Pero, entonces, ËaGhal...

—Voy a decírselo ahora —le confirmó.

—Por Bhut, sé prudente —le rogó—. Tal vez, su sed de venganza hacia su padre se haya enfriado con el paso de los días.

—Aunque Dhära haya sobrevivido, esa forma tan inhumana de castigarla habrá causado estragos en él —aventuró la joven.

—En cualquier caso...

—Sí, esposo mío —bromeó, dándole un beso y mordisqueando sus labios, traviesa.

Jordan la contempló con deseo contenido cuando se separó de él, y Agatha le sonrió con coquetería.

—Antes de irme, trataré de volver aquí para contarte y que duermas tranquilo —se burló, a lo que él respondió con una mueca.

Tras darse un último beso, la princesa se puso en pie y se marchó, dispuesta a enfrentar la que sin duda era una complicada tarea.

ËaGhal no solía reparar en ella cuando acudía a llevarle la comida, aunque no era soberbia o desdén hacia la muchacha, sino a causa de la profunda amargura en la que estaba sumido.

Permanecía tumbado, con la mirada perdida, apagada. Comía, pues el plato estaba vacío cuando ella volvía al día siguiente, pero imaginaba que se obligaba a ello para no morir de inanición.

Como de costumbre, le puso su ración, mas él ni se inmutó. Así que se armó de valor y se encomendó a los dioses para salir airosa.

—Alteza, no tengo mucho tiempo, pero necesito vuestra atención —le pidió, aunque el joven hizo caso omiso—. Es acerca de Dhära —añadió, y él giró los ojos para observarla con una dura advertencia en ellos—. Vuestra amada vive.

—Si no quieres que rompa tu cuello con la ayuda de estas cadenas que atan mis muñecas, saldrás de aquí de inmediato —la amenazó, con tono conminatorio y oscuro, y aunque el hombre no se movió, Agatha tragó saliva, intentando no acobardarse.

—El herrero se percató de que su cuerpo aún contenía un hálito de vida cuando iba a arrojarla al mar —comenzó a hablar con premura, en un discurso aturullado—, así que la ocultamos en uno de nuestros cuartos, donde se ha ido recuperando poco a poco. Hoy ha abierto los ojos y...

De repente, cumpliendo con su amenaza, ËaGhal se incorporó con rapidez y la cogió del cuello, apretando las mandíbulas con rabia.

—Sé cómo os hicisteis ese corte en la mano —dijo como pudo, con la voz entrecortada por la presión, que el príncipe solo aligeró levemente para

permitirle hablar. Era obvio que volvería a apretar si no le complacía lo que oía—. Vos mismo os infligisteis esa herida, mientras la amabais, y le jurasteis por la sangre que derramasteis que la convertiríais en vuestra esposa —añadió con convencimiento, y el joven no solo la soltó sino que se derrumbó, de rodillas frente a ella.

—Dhāra... —musitó, con lágrimas en los ojos.

—Vive, os lo juro —insistió Agatha, palpándose el cuello adolorido—, pero temíamos que no resistiera y no quería daros falsas esperanzas.

—Dioses... —gimió él, alzando la vista al cielo, sin querer creer que algo tan maravilloso fuera posible.

—Quiere que luchéis, que os rebeléis contra vuestro padre —lo tanteó, y ËaGhal se enfureció al escuchar que lo nombraba.

—Si pudiera salir de aquí, lo mataría con mis propias manos —le aseguró—. No obstante, no dispongo de los apoyos suficientes, y sería un suicidio. Imposible planearlo aquí encerrado.

—Tendréis los refuerzos que precisáis —le aseguró ella con sonrisa confidente, poniéndose en pie.

—¿A qué te refieres? —inquirió ceñudo.

—A navíos venidos del otro lado del Mar Istook repletos de hombres dispuestos a vencer a vuestro padre —alegó, mirándolo con cierta presunción que no pudo contener.

—¿Qué sandeces son esas? —espetó molesto, al creer que no eran más que embustes, y la princesa hizo acopio de todo su arrojo, dispuesta a jugarse su última carta.

—Lo sé de primera mano porque soy Agatha de Los Lagos, Alteza —le confesó con notable orgullo—, hermana del Rey Nicholas y esposa de Jordan de Asbath, al que vuestro padre tiene injustamente retenido en estas mazmorras, y machacando piedra en la cantera; sometido al igual que a mi tía Gladys —agregó, contrariada, dejándose llevar por la pasión en su alegato.

ËaGhal parpadeó varias veces, atónito, y la observó en silencio. Agatha supo de la lucha interna en la que se debatía el príncipe; debía depositar su confianza, su vida, en el enemigo, creer que sus intenciones eran honorables para con él, y en tales circunstancias...

De pronto, se levantó, despacio, y la joven tuvo que alzar la barbilla para poder mirarlo a los ojos. Era tan alto y fornido como Jordan, y a pesar de su encierro, su potestad era imponente.

Contuvo la respiración, recordando sus manos alrededor de su cuello, lo

fácil que le habría sido partírselo, como una simple rama, pero, por fortuna, no la atacó. Para su asombro, se quitó su anillo con el sello real y se lo dio.

—Hablad con Pelko, Alteza —le pidió, sorprendiéndole el encargo y la forma de dirigirse a ella—. Es mi fiel amigo y hombre de confianza. Entregadle esto y os creerá. Decidle que es mi deseo que estén preparados para la llegada de vuestro hermano. —Quiso que le transmitiera.

Agatha asintió, colmándola de sosiego la reacción del príncipe. Tras una leve sonrisa de agradecimiento, se giró para marcharse.

—Os debo la vida. —Le escuchó decir, haciendo que se detuviera. Se volvió a mirarlo con reverencia.

—Pues vividla, libre y junto a la mujer que amáis —pronunció, solemne.

ËaGhal concordó con la cabeza antes de verla marchar. Luego, cayó de rodillas y ocultó el rostro entre las palmas, ahogando un sollozo.

Dhāra vivía...

Apenas podía creerlo, pero sentía que su espíritu renacía, que su alma regresaba a su cuerpo, que su corazón volvía a latir... Sí, estaba viva...

Apartó las manos y miró su herida cicatrizada, la misma que Dhāra había elegido como prueba de vida. Poco importaba lo que el Rey Tirano quisiera. El Destino estaba escrito, y nada ni nadie le impediría cumplir con ese juramento de sangre. Ni siquiera él.

Capítulo 34



Erick, con mano temblorosa, bajó los párpados sobre los ojos sin vida de aquel hombre que bien podría tener la edad de Trystan.

Sentado en una silla cercana a su jergón, clavó los codos en sus rodillas y apoyó la cabeza en las palmas, ahogando un jadeo. No era capaz de sobrellevarlo... ¿Cómo lo haría su padre?, se preguntaba mientras trataba de convencerse de que había hecho todo lo que estaba a su alcance para poder salvarlo.

Cuando lo llevaron al castillo, la herida de su pierna ya estaba infectada. Se la habían tenido que amputar... Dioses... pero aun así, ni Erick ni Grunilda, la partera, que se había afanado en asistirlo, fueron capaces de controlar la infección, y la gangrena avanzó con rapidez, desembocando en aquel trágico final.

«Padre, ¿cómo es tu espíritu capaz de soportar semejante carga?», pensó, elevando su plegaria a los dioses para que le perdonasen el no haber podido cumplir con su cometido y encomendándoles el alma de aquel pobre infeliz.

Observó a la anciana que estaba de pie al otro lado de la cama, y esta le devolvió una mirada con la que trató de infundirle consuelo, aunque sin conseguirlo. Acongojado, estiró la sábana con la que el difunto estaba tapado para cubrirlo del todo, gesto que el príncipe había hecho demasiadas veces en aquel tiempo. Los guardias de Shyt no hacían distinciones entre hombres, mujeres o niños, y el azul del cielo sobre el castillo de Los Lagos apenas era visible a causa del humo de las piras funerarias que ardían a diario.

Exhaló pesadamente el aire que le presionaba los pulmones, descorazonado. Alargó la mano y cogió la muleta con la que se ayudaba a caminar. Por fortuna, su pierna estaba sanando bien. Se apoyó en la vara y, despacio, se puso en pie, dispuesto a escapar de aquella estancia situada en uno de los torreones, cuyas habitaciones vacías estaban ocupadas por heridos y enfermos, y en las que no hacían más que entrar y salir sirvientes, atendiéndolos.

Cada día arribaba una nueva oleada de exiliados provenientes del sur, y el joven temía llegar a un punto en el que se vieran desbordados. ¿Cuándo acabaría aquella lucha?

Con mucho cuidado, bajó por la escalinata de piedra y se dirigió a la gran sala donde Claire, Gabrielle, Ivette y algunas doncellas se encargaban de entretener y alimentar a los más pequeños mientras sus padres eran atendidos o ayudaban al resto. Había tanto por hacer... En ese instante, la reina, en quien ya empezaba a evidenciarse su estado de buena esperanza, estaba sentada en un butacón, narrándoles un cuento a decenas de niños que se agolpaban a su alrededor, acomodados en el suelo. Entretanto, su esposa iba con un canasto de mimbre, repartiendo pan, al tiempo que Ivette les ofrecía queso.

Erick se apoyó en el quicio de la puerta, cruzado de brazos, para observar la escena. Tanto Deanna como Ilsik y los tres hijos de Agatha y Jordan estaban ahí, mezclados con el resto de criaturas; allí no había clases, ni abolengo, ni había necesidad de venias. Todos ellos tenían el mismo derecho: vivir y ser felices.

De pronto, su mujer reparó en él, y no tardó en hacerle una señal a una de las doncellas para que la relevase en su labor. Tras entregarle la cesta, se dirigió hacia su esposo, con una pregunta muda en sus ojos. Erick se limitó a negar con la cabeza. En cuanto la tuvo cerca, alargó los brazos, atrapó su cintura y la atrajo hasta él. Dejó caer la cabeza sobre su hombro y la abrazó con fuerza, escapándosele un suspiro trémulo.

—Erick... Lo siento mucho —murmuró al comprender el motivo de su aflicción. Alzó una mano y comenzó a acariciarle el cabello con mimo.

—No hemos podido salvarlo —le confirmó, en un hilo de voz, rota por la impotencia.

—Ya estaba muy grave cuando llegó aquí —le recordó, sin querer que cargase con aquella pesada losa que le minaba el espíritu.

—Tal vez, mi padre...

—Trystan está donde debe estar —aseveró ella, categórica, encarándolo para que la mirara a los ojos—. Es el Rey Sanador, sí, pero también es un hombre que necesita a su esposa. Tu padre ha renunciado a muchas cosas durante toda su vida por auxiliar al prójimo, mas, en esta ocasión, su deber es salvar a su mujer.

—Soy consciente de ello —concordó él—, y no me refería a eso, sino a que él, quizás habría hecho algo más. Y yo... —titubeó, afligido—, yo

apenas sé lo poco que he aprendido al ayudarlo.

—Mucha de la gente que ahora está ahí fuera, asistiendo a otros, habría muerto de no ser por ti —declaró con pasión, cogiéndole el rostro entre ambas palmas para evitar que apartara la mirada—. Haces mucho bien, amor mío, y sé que es difícil, pero no pienses solo en los que mueren, piensa en todos los que has salvado.

Erick se inclinó y le dio un sentido beso. Luego, apoyó la frente sobre la suya y suspiró.

—Gracias, Claire —susurró con el corazón trémulo por la emoción de saber que siempre tendría a alguien a su lado que no le permitiría derrumbarse.

De pronto, su esposa se separó al ver que alguien se le acercaba a Erick por detrás, y él se giró para comprobar quién era.

—Bruc —lo llamó con un toque de incertidumbre en su voz al percibir la tensión de sus facciones.

Claire, haciéndose cargo de la situación, le dio un breve beso a su esposo, sonrió al guardia a modo de saludo y se alejó para volver a sus quehaceres.

—¿Qué sucede? —insistió el príncipe cuando el otro joven llegó a su altura.

—Si me lo permitís, Alteza, preferiría que hablásemos fuera —le pidió en tono bajo y mirando de soslayo a Ivette, con cierto pesar en su mirada que alertó a Erick.

Sin decir nada, se encaminaron hacia uno de los miradores que daban al exterior del castillo, y Erick comprendió la situación sin necesidad de que Bruc le explicase lo que sucedía.

—Están llegando más aldeanos —aventuró de igual modo, y el guardia asintió con la cabeza.

—De feudos cada vez más cercanos a nuestras murallas —añadió, críptico, y el príncipe aguardó a que finalizara por miedo a llegar a una suposición errónea que, además, sería nefasta—. He hablado con un campesino que me asegura que consiguieron huir antes de que los hombres de Shyt alcanzasen la aldea —hizo una pausa—, pero no han visto ni a uno solo de nuestros hombres —añadió sin apenas atreverse a pronunciarlo.

—Bhut todopoderoso... —gimió Erick. Apoyó ambas manos en la baranda de piedra y suspiró, cabizbajo. No podía ser verdad.

—La guardia de Shyt se está aproximando, cada vez más —le confirmó Bruc, tenso, y el príncipe tomó aire para enfrentar las palabras que debía

pronunciar.

—Y sabes que solo existe un motivo por el cual está sucediendo esto —lamentó, y el guardia se pasó las manos por el rostro en un gesto de impotencia.

—¿Debo decírselo a Erin? —preguntó con prudencia, y Erick negó con rapidez.

—No hasta que no sepamos con exactitud qué ha sucedido —insistió—. Necesitará la certeza de que su esposo ha muerto y no podemos dársela —añadió, meditabundo—, y a decir verdad, yo también la necesito.

—Sí, Alteza —concordó el joven, alimentando así su propia esperanza—. Sin embargo...

—El ataque por parte de Shyt es inminente —concluyó Erick en vista de los acontecimientos.

—Con los guardias que permanecen en el castillo, podemos aguantar algún tiempo tras las murallas —le aseguró.

—Mas debemos procurar que ese tiempo sea el máximo posible —sentenció el heredero de Meissen—. Hay que pedir ayuda a Asbath —le dijo—. No todo el ejército partió para detener el avance de Shyt en el sur.

—Saldré en este instante —se ofreció él mismo para tan crucial tarea.

Erick asintió, sonriente, dándole una palmada en el hombro.

—Condúctete con cautela, Bruc —le pidió, y el muchacho cabeceó, honrado.

Sin demorar más con palabras vanas, máxime cuando el tiempo corría en su contra, el guardia se fue, adentrándose de nuevo en la antesala. Desde donde se encontraba, Erick observó que se dirigía a su esposa, quien jugaba a las palmas con algunos niños. Llegó hasta ella y le susurró algo al oído. Un abrazo que destilaba preocupación y un beso reacio a significar un adiós fue la despedida de los jóvenes.

Tras separarse, Bruc se marchó con premura, dispuesto a cumplir con su cometido, y Erick alzó sus plegarias a los dioses por enésima vez en ese día. Pero solo pedía que lo escucharan aunque fuera en esa única ocasión. Porque Bruc debía llegar a tiempo con refuerzos, o significaría el fin de Los Lagos, tal vez para siempre.



Otra jornada más de infructuosa búsqueda. Habían alcanzado el paso de La Espina, sin hallar ni rastro de los soberanos y su séquito. Griän cabalgaba cerca de Francis, cabizbajo, y el capitán de Asbath sabía bien el motivo, aunque estaba equivocado. Su cuñado solo había expresado en voz alta lo que él mismo y el propio Nigel pensaban. No obstante, Francis creía que aquella situación era insostenible y que llevaban jornadas dando palos de ciego, por lo que en un arranque de impulsividad decidió acabar con aquel absurdo.

—¡So! —exclamó, tirando de las riendas para que frenase el caballo. Luego alzó su mano enguantada, dando el alto a los que estaban a su lado, lo que provocó que toda la guarnición, poco a poco fuera deteniéndose.

—¿Qué pasa? —le preguntó el otro capitán, extrañado, al igual que Griän, Steven y los hombres situados cerca.

—Pasa que algo me dice que estamos perdiendo el tiempo aquí, deambulando por La Espina —aseveró Francis—. A estas alturas, el Rey Nicholas puede haber arribado al castillo de Gunnar.

—A no ser que se haya retrasado por algún motivo —aventuró Nigel.

—Y por eso mismo deberíamos ir a comprobarlo —continuó Francis—. Además...

El joven no continuó, meditabundo, y Nigel se acercó un poco más a él.

—¿Qué te traes entre manos? —le cuestionó.

—Me preocupa que, en nuestro afán de proteger a nuestro soberano, hayamos cometido un grave error —admitió, y el capitán de Los Lagos le sostuvo la mirada, a la espera—. Temo que, estando vuestro reino desprotegido, Raleigh ataque el castillo.

—No se atreverá —replicó Nigel, negando, sin querer considerar esa posibilidad.

—Eso no lo sabemos —lo secundó Griän, sin perder la ocasión, pues aquel mismo pensamiento lo estaba torturando—. La desesperación vuelve osados, o más bien imprudentes, a los hombres.

—Es una opción con la que deberíamos contar. —Se les unió Steven, y Nigel los miró uno a uno, viéndose contagiado de su mismo temor.

—¿Qué sugieres? —le preguntó a Francis.

—Que nos separemos en dos grupos —le propuso—. Griän y yo nos dirigiremos con la mitad de los hombres a Gunnar, a tratar de dar alcance a Sus Majestades, mientras que Steven, tú y los demás deberíais volver a Los Lagos. Conoces mejor estas tierras y seguro que tienes conocimiento de más de un atajo para arribar cuanto antes.

Nigel no lo dudó ni un segundo, pues al dato tan conveniente que había apuntado Francis, debía unirle que su esposa podía correr peligro en el castillo, y se le heló la sangre solo de pensarlo. Parte de la guardia había permanecido allí, y el doble anillo de murallas podría resistir un ataque, a no ser que el despliegue de poder del ejército de Shyt fuera mucho más que el refrigerio con el que los habían estado entreteniendo.

Al comprender la preocupación de su compañero, y sin mediar palabra, Francis enarboló una serie de silbidos sesgados que movilizó a una parte de los hombres. Entonces, ambos capitanes se dieron un abrazo fraternal a modo de despedida.

—Que los dioses del Kratvah guíen vuestros pasos —les auguró Nigel.

—Que nos guíen a todos hacia la victoria, el triunfo de la justicia —deseó Francis.

—Que así sea —recitaron casi al unísono Steven y Griän.

Y así se despidieron aquellos amigos que habían luchado durante mucho tiempo, codo con codo, preguntándose si lo volverían a hacer. Ojalá los dioses les permitieran reunirse de nuevo, pero como hombres libres.



Bruc respiró aliviado cuando cruzó la muralla de Asbath. Conocía a los guardias que le dieron el alto en el portón, pues lucharon juntos un par de años atrás contra Hrodgar y los Hæe, por lo que lo dejaron pasar sin dilación.

Se dirigió a las caballerizas para pedirle a un mozo que se hiciera cargo de su montura tras el largo viaje. Había cabalgado sin descanso, y aunque él también estaba exhausto, apenas tomó un poco de agua.

Aún no era mediodía, por lo que confiaba en que los hombres estuvieran entrenando. No obstante, no había tiempo que perder por lo que decidió preguntarle al yegüero.

—Busco a Patrick —le dijo.

Al partir Francis hacia el sur, dejó al guardia al frente. Junto con Steven, era uno de sus mejores amigos, tenía plena confianza en él y, además era un hombre muy capaz.

—En la liza —le respondió el muchacho, llevándose a su caballo al interior de la cuadra, para atenderlo.

Bruc se encaminó hacia el patio de armas y comenzó a atravesarlo,

observando las distintas peleas que se iban dando a su paso. Las armas eran corteses, pero el sonido de los golpes era atronador. Aquellos hombres estaban muy preparados y su entrenamiento era muy estricto, no en vano habían resistido durante años los ataques de las huestes de Adamón, en nombre del maldito de Balkar.

Al llegar al centro, encontró al soldado, que destacaba entre los demás por su pelo largo y rojizo. Practicaba con un compañero, quien apenas podía resistir los mandobles de su espada. Bruc vio que Patrick le asestaba una rápida serie de embates con la que fue ganando terreno. De pronto, lanzó un golpe alto y su contrincante, sin apenas haberse recuperado del ataque anterior, tuvo que alzar la espada con ambas manos, para repelerlo. Sin embargo, Patrick ejerció tanta presión que el arma salió despedida de entre los dedos de su rival, quien maldijo por lo bajo. El ganador, en cambio, se inclinó para cogerla y se la devolvió, afable y obsequiándole con una broma que Bruc no pudo escuchar, pero que provocó que el otro guardia le golpeará en el hombro, tras lo que ambos se echaron a reír.

Al haber finalizado el combate, Bruc aprovechó para anunciar su presencia, acercándose a ellos.

—¿Bruc? —lo llamó Patrick, sonriente y extrañado, aunque pronto una sombra endureció su semblante al imaginar que su presencia podía significar malas noticias.

En cualquier caso, ambos se dieron un fraternal abrazo, palmeando sus espaldas.

—No has venido de visita, ¿verdad? —supuso Patrick, afligiéndose su sonrisa.

—¿Dónde podemos hablar con tranquilidad? —le dijo, considerando que le iba a resultar difícil hacerse entender en mitad de aquella simulada batalla campal.

Patrick se despidió de su compañero con un cabeceo y le hizo una seña a Bruc para que lo siguiera. Se alejaron de la liza para entrar en el cuartel de guardias, y el joven aprovechó para servir a ambos un poco de vino de una jarra que estaba encima de una mesa.

—¿Qué sucede? —Quiso saber sin demora.

Bruc no se hizo de rogar, narrándole todo lo acontecido y la petición del Príncipe Erick. Por último, también le contó lo que ambos temían y que confiaban no fuera cierto.

—Me niego a creer que estén todos muertos —espetó Patrick, apretando

los puños, con impotencia—. Tal vez, solo se han desviado por algún motivo.

—En realidad, yo también lo espero —concordó Bruc—, pero el caso es que necesitamos vuestra ayuda; el castillo de Los Lagos peligra.

—Eso no entra en discusión —le dijo, confidente, poniendo una mano sobre su hombro—. Les informaré a los hombres de la situación, de inmediato, y en cuanto estemos listos, partimos hacia el sur —le confirmó—. Parte de la guardia permanecerá aquí, por precaución, pero el grueso de nuestro ejército se unirá a vosotros.

—Gracias —respondió con sinceridad.

Y aquel hombre que, agazapado, había escuchado toda la conversación, decidió que ya era suficiente.

Salió con mucho sigilo del cuartel y se dirigió a las caballerizas, en busca de su caballo.

Antes de partir, echó la vista atrás hacia el patio de armas. Patrick se había subido a un estrado para informar a los hombres de las últimas noticias, por lo que nadie reparó en él.

Tampoco le dieron el alto al cruzar el portón principal, y tuvo la precaución de encaminarse hacia el sur hasta quedar fuera del alcance de los guardias que lo custodiaban.

Sin embargo, llegado a cierto punto del camino, donde se aseguró de que ya no lo veían, se adentró en el bosque y cambió de rumbo, dirigiendo sus pasos hacia el norte, directo y sin descanso hacia su patria: el Reino de Adamón.

Fue Flavus quien escuchó de buena gana su relato sobre todo lo que había presenciado. Sí, sin duda alguna, aquella era su oportunidad...

Capítulo 35



De buena mañana, Agatha se acercó a la habitación de Ethel para interesarse en el estado de salud de Dhära. Desde que había despertado, su mejoría con el paso de los días era palpable, y así se lo narraba a ĘaGhal cada noche, cuando iba a llevarle la cena. Sin embargo, a pesar de los deseos del príncipe, la esclava no estaba en condiciones de ir a visitarlo, sin olvidar el riesgo, por lo que ambos debían conformarse con los mensajes que Agatha les hacía llegar a uno y otro.

Por otro lado, la princesa aceptó el ofrecimiento del joven heredero y habló con Pelko. No fue fácil, el guardia desconfió desde el primer momento, desde que se le acercó para mantener aquella conversación con él. Ciertamente era que entregarle el anillo de su príncipe mejoró las cosas, y aunque le sorprendió hasta el punto de la incredulidad su historia y la forma en la que los tres se habían infiltrado en el castillo, el muchacho comprendió que su objetivo era el mismo y que eso los convertía en aliados. Así que quedó a la espera de cualquier noticia, aunque alerta, y le aseguró que se encargaría de que los hombres que simpatizaban con el heredero estuvieran preparados.

Tan buenas expectativas animaban el espíritu de Agatha. No obstante, le preocupaba no recibir noticias aún de su hermano; el cuervo debería haber arribado jornadas atrás, y cuanto más tiempo estuvieran allí, más difícil se tornaba la situación.

Dhära corría peligro, al igual que ellos tres si se descubría su identidad, y Gladys temía no resistir más a los incesantes intentos de acercamiento de Khawf. Su tía le había narrado la noche que amenazó con quitarse la vida cuando el Rey Tirano estuvo a un paso de forzarla, y la situación para la reina, la continua incertidumbre, la sometía a un estado de ansiedad constante. Por irrisorio que pareciera, las intenciones de Khawf eran conquistarla, quería que ella lo amase, tal vez porque nadie lo había hecho en toda su vida al haber inspirado únicamente temor y aborrecimiento a su alrededor, y esa era la ventaja con la que contaba la reina. Alguna que otra vez aceptaba sus obsequios, fingiéndose agasajada con la única intención de darle unas migajas con las que apaciguarlo, aplacar ese anhelo malsano que

ella temía lo condujese a tirar abajo la puerta de sus aposentos cualquier noche y violarla. Él sonreía satisfecho cuando Gladys recibía alguna de aquellas joyas que, a pesar de no tener intención de lucir, le servían para que el soberano creyese que estaba acercándose a ella. Pero llegaría el día en el que le exigiría más.

«Nicholas, ¿por qué tardas tanto», pensó la joven cuando ya alcanzaba la habitación de su compañera de fatigas.

Llamó a la puerta con un toque concreto, acordado de antemano, para que Dhära supiese que eran ellas, y la princesa se sorprendió sobremanera cuando, al abrir, se encontró a la esclava de pie, dando pequeños pasos por la habitación, bajo la atenta y risueña mirada de Ethel y de su tía Gladys, quien había acudido a visitarla como cada día.

—Cuánto me alegra que te hayas levantado —le dijo a una sonriente Dhära. Tal vez eran unos cuantos pasos, pero poder darlos completamente erguida y sin marearse tras permanecer tanto tiempo en cama era todo un triunfo para ella, máxime cuando había estado al borde de la muerte.

No obstante, no quería excederse y se dirigió a la cama para tomar asiento, centrando su atención en la princesa, quien sabía lo que iba a preguntarle.

—Decidme, Alteza, ¿visteis anoche a ËaGhal? —demandó con mirada cándida, ilusionada, y a Agatha le provocaba cierta ternura ser el heraldo de los dos amantes.

Se sentó a su lado, dispuesta a narrarle la conversación que había mantenido con él, que acostumbraba a ser corta, dadas las circunstancias, pero que a ambos los llenaba de dicha. Sin embargo, Agatha no pudo empezar a hablar, pues a través de la pequeña ventana, en lo alto del muro, comenzaron a escuchar un extraño barullo, voces exaltadas, e incluso algún que otro grito.

Ethel les hizo una señal a las tres mujeres para que se apartaran de la puerta, para que nadie reparase en ellas cuando abriera, con la intención de asomarse al corredor y enterarse de lo que sucedía. Entonces, vio cómo varias esclavas lo recorrían a la carrera, y Ethel les salió al paso, deteniendo a una de ellas, aunque haciendo honor a la verdad, no recordaba su nombre.

—¿Qué ocurre? —le preguntó de igual modo.

—Acaba de atracar Ctrax en el puerto —le respondió con voz agitada, sin apenas detenerse—, y los rumores dicen que trae consigo a los reyes extranjeros —exaltó la hazaña del guardia, alejándose con las demás para, supuso Ethel, darle la bienvenida.

—¿Qué reyes? —le gritó, necesitando saber.

—El rey de Los Lagos y ese al que llaman el Sanador —fue lo último que le dijo antes de desaparecer.

Blanca como la cal, la sirvienta entró a la habitación, para toparse con unas descompuestas Agatha y Gladys. La soberana se derrumbó en la cama, ahogando un sollozo agonizante, y aunque su sobrina se sentó a su lado, tratando de sosegarla, ella misma se hallaba en un torbellino de angustia y desesperación. Si los habían capturado, sus esperanzas de salir de allí eran ínfimas. Pero... ¿estarían vivos? Y ese mismo pensamiento debió asaltar a la reina, pues se puso en pie, pese a que apenas podía sostenerse.

—Tengo que ir a verlo —murmuró, con la mirada perdida—. Necesito saber si está bien.

—Sí, Majestad, pero debéis tranquilizaros primero —le pidió Ethel.

—En tal estado os reconocerán a pesar del disfraz —la secundó Dhära, quien junto a la otra sirvienta se había acercado a consolarla.

—Valor, tía —la instó Agatha, poniéndose en pie—. Debes recomponerte y no adelantarte a los acontecimientos. Ve justo detrás de Ethel y de mí —le indicó—. ¿De acuerdo?

Gladys sacudió la cabeza varias veces, afirmando, tras lo que se secó con rapidez las lágrimas, recobrando la compostura. Entonces, Dhära asintió, dándoles a entender que estaría bien en su ausencia.

Tal y como había propuesto Agatha, ella y Ethel caminaron delante, y Gladys las siguió muy de cerca, cabizbaja, como solía hacer. Aun siendo un riesgo, la reina necesitaba ver a su esposo, comprobar con sus propios ojos que era él y si estaba bien.

Les bastó con seguir a la mayoría de esclavos, quienes se agolparon en la plaza principal, formando un corredor por el que desfilarían los prisioneros. Haciendo un esfuerzo, consiguieron colocarse en primera fila. Ethel se percató de que Brandon estaba al otro lado, así que lo llamó, agitando el brazo para que la viera, y él acudió a la carrera a su encuentro al darse cuenta de que estaban ahí. El guardia no pudo ocultar que consideraba una temeridad la presencia de la soberana.

—Ma...

—Shhhh —Agatha le ordenó silencio—. Ponte delante de ella y ocúltala con tu cuerpo.

—¿Creéis que son ellos? —le preguntó a la princesa, por lo bajo.

—Ahora lo sabremos —le dijo, señalando hacia uno de los extremos de la

plaza.

En ese momento, a caballo, comenzaron a desfilar los guardias de Vākh, siendo recibidos entre vítores y aplausos, y desde sus monturas colgaban las cuerdas que ataban las muñecas de los prisioneros, de los que iban tirando. A ellos, en cambio, les dedicaron sus abucheos y más de un guardia de Los Lagos se convirtió en el blanco de las hortalizas que les lanzaban.

No pudo evitarlo... pese a ponerse en peligro, Gladys se abrió paso, colocándose entre Brandon y su sobrina, y su vista recayó sobre uno de los reos, sobre Trystan. Estaba tan desmejorado, sucio y magullado. Caminaba cabizbajo, arrastrando los pies, aunque, de pronto, poco antes de llegar a su altura, alzó el rostro y comenzó a mirar a su alrededor, como si presintiera algo.

La soberana contuvo el aliento mientras su sobrina la abrazaba a ella, tratando de que no cometiera una locura. Nadie la reconocía portando el vestido de Dhāra y aquel pañuelo, pero mostrar de modo tan explícito su aflicción por los que no eran más que enemigos extranjeros podría delatarlos.

Sin embargo, sí hubo alguien que la reconoció, alguien que intuiría su presencia por muy disfrazada que estuviera: Trystan. Vislumbró el rostro de su mujer entre la multitud, guiado por aquel vínculo que los uniría siempre pese a los avatares de la vida. Ancló su mirada a la de su esposa, anhelante, deseando transmitirle todo lo que no podía a viva voz... todo el amor... y percibió en ella su estremecimiento, esa impotencia de saberlo preso, el sufrimiento, pero también el alivio al cerciorarse de que estaba vivo.

A él, por su parte, le extrañó verla vestida de esa guisa, aunque lo importante era que estaba sana y salva, y que se encontraba junto a Brandon, Ethel y su sobrina, quien escudriñaba el aspecto de Nicholas; ambos, dentro de lo que cabía, estaban bien. Entonces, Trystan llamó la atención de su sobrino, haciéndole una seña con un cabeceo en su dirección, y este los vio, durante solo un instante para no levantar sospechas, pero comprobó que se encontraban allí, aunque no pudo evitar preguntarse qué habría sido de Jordan.

Una vez los sobrepasó el séquito, los cuatro, con premura, se dirigieron a las habitaciones de los esclavos, por petición de Gladys.

—¿No deberías aprovechar la confusión para volver a tus aposentos? —le propuso su sobrina, pero ella le rogó silencio hasta llegar al cuarto de Dhāra.

Brandon vio con grato asombro que la esclava ya se había levantado de la cama, pero había algo más urgente que tratar. La soberana se sentó en el

jergón, y la muchacha se acercó a ella, temerosa de preguntar, pero queriendo saber, aunque contemplar la congoja en el rostro de Gladys fue más que suficiente.

—Majestad...

Gladys se cubrió la boca con una mano, ahogando un gemido, y la esclava le ofreció la suya, en un intento de otorgarle cierto consuelo que la reina aceptó de buen grado.

—Hay que agradecer a los dioses que están vivos... —murmuró Ethel.

—Debo irme de aquí —decidió de pronto la soberana, y los cuatro jóvenes se miraron entre sí, comprendiendo que no se refería a aquel cuarto.

—Tía, entiendo que has recibido una fuerte impresión, pero...

—No es un arrebato, Agatha —espetó poniéndose en pie, tras lo que comenzó a deambular por la reducida estancia—. Mi zozobra no me impide pensar —insistió—. Y sé muy bien lo que va a suceder a continuación.

—¿A qué te refieres? —le preguntó la muchacha, recelosa, y se colocó frente a ella para que cesase en su inquieto caminar y se explicase.

—Si permanezco aquí, tu tío morirá —sentenció, y su sobrina negó con la cabeza, porque seguía sin entender—. Khawf me hará llamar —añadió con impaciencia, señalando en la lejanía—, me obligará a presentarme frente a él y Trystan, y creo que todos en esta habitación sabemos de lo que es capaz por conseguir sus propósitos. Quiere humillar a tu tío, someterlo, y también a mí, y es capaz de poseerme allí, frente a él, y obligar a Trystan a presenciarlo. ¿Y crees que no lucharé para impedirlo?

—Por los dioses... —exclamó Agatha con una mueca de repugnancia en sus labios.

—No hay tiempo para paños calientes —justificó así la reina el haber sido tan directa en su explicación—. ¿Lo comprendes ahora? —insistió, ansiosa.

—Tenéis razón —intervino la esclava, y tanto Agatha como Brandon la miraron con reprobación.

—Dejadla hablar —les ordenó en cambio Gladys, acercándose a la joven, pues apreció en su semblante que pretendía mucho más que concordar con ella.

—El Rey Tirano es capaz de eso y más, fuisteis testigos de la crueldad que habita en su ser. —Se señaló, tras lo que continuó—. Es despiadado, perverso... Y si desaparecéis, mantendrá con vida a vuestro esposo hasta que consiga encontraros y castigarlo.

La reina la miró, demandante, sabiendo que tenía la respuesta que ella

tanto necesitaba.

—En mi casa nadie os buscará.

—Tu convalecencia te hace decir sandeces —espetó Agatha, resoplando al considerar aquella solución un completo desatino, aunque le escamó que nadie más que ella lo contemplara como tal.

—Tiene sentido —le dijo entonces Brandon, y le pidió calma con un gesto cuando la princesa empezó a sacudir los brazos, dispuesta a replicarle—. Todo el mundo da por muerta a Dhära, y nadie la relacionaría con ella. Es el último lugar en el reino al que acudirían en su busca.

—No hay tiempo que perder —decidió Gladys, observando por última vez a la esclava, quien asintió, confidente. Y, de pronto, Ethel salió del cuarto, a la carrera, ante la mirada extrañada de Brandon.

—Pero... —Agatha seguía sin convencerse—. Dhära no está lo bastante recuperada —razonó—. Al menos no deberíais viajar solas —añadió, señalando a Brandon. Sin embargo, su tía se acercó a ella para coger sus manos.

—Debemos ir solas si no queremos llamar la atención —trató de hacerla comprender—. Aprovecharemos el revuelo para escabullirnos —agregó, y miró a Dhära, en busca de su apoyo.

—Estaremos bien —asintió ella—. Tal vez mis padres mueran de la impresión, pues a estas alturas ya me creerán fallecida —intentó bromear, aunque la tristeza al pensar en el sufrimiento de sus progenitores borró su sonrisa—, pero os recibirán con los brazos abiertos —le dijo a la reina.

—El enemigo de mi enemigo es mi amigo —recitó Brandon con gravedad, a lo que la joven asintió.

—Pelko sabrá encontrarnos —le informó.

De repente, Ethel irrumpió en la habitación, con la respiración entrecortada y un morral en sus manos que le ofreció a la soberana.

—Un poco de comida y agua —murmuró con timidez, y Gladys le dio un cálido abrazo como agradecimiento, abrumando a la doncella. Brandon también le sonrió, con orgullo, y las mejillas de Ethel se colorearon. Carraspeó para recomponerse, separándose de la reina—. He escuchado que en estos momentos van a conducirlos ante Khawf. Todo el mundo está agitado, expectante tras lo acontecido.

—Es el momento idóneo, pues —musitó Gladys, y se acercó a su sobrina para abrazarla con efusividad y un tizne de desesperación—. Cuídate —le pidió, tratando de reprimir las lágrimas—. Y ojalá puedas hablar con tu tío,

en las mazmorras.

—Lo haré —le aseguró, enjugándose sus propias lágrimas, que ya corrían por sus mejillas.

Entonces, la soberana se dirigió a Brandon, quien mantuvo la postura erguida, firme.

—Quedan a tu cargo —se las encomendó Gladys.

—Las protegeré con mi vida —le prometió—. Por favor, manteneos a salvo —se atrevió a pedirle—. Le daremos algo con lo que despistarlos un tiempo. En todo caso, es preferible que atraveséis los bosques, alejadas del camino —les aconsejó, y la reina le apretó la mano, sonriente, agradeciendo la indicación.

Luego, fue hacia el mueble y metió en el morral algunos ungüentos y gasas limpias para las curas de Dhära. Después, se tomó unos instantes para observar a los tres jóvenes.

—Tía... —balbuceó Agatha, conteniendo un sollozo—. Que los dioses os guíen a ambas —les deseó.

Tras un último abrazo lleno de emoción y miedo, reina y esclava abandonaron el cuarto. Con mucha precaución y sin mirar atrás, se dirigieron hacia el exterior. Se encaminaron hacia la muralla, alejadas del bullicio, bordeando las distintas construcciones dentro del recinto. Al aproximarse al portón, decidieron atravesarlo por separado, para no levantar sospechas y que el guardia que lo vigilaba no les diera el alto.

La primera en hacerlo fue Dhära, a fin de cuentas, ella era la que conocía el camino. Se ajustó el pañuelo con tal de asegurarse de que ningún mechón de su cabello permaneciera a la vista, pues su color extremadamente claro podría delatarla.

Gladys, por su parte, permaneció oculta, y observó cómo la muchacha se alejaba, conteniendo la respiración. Hacía el trayecto cabizbaja, procurando que no le vieran el rostro otras esclavas con las que se cruzó. Algunas volvían del riachuelo, otras de los campos... así que tampoco era de extrañar la salida de Dhära, quien atravesó el puente levadizo sin que nadie la detuviera. Luego, se alejó lo suficiente para poder detenerse sin peligro y aguardar por la soberana, quien procedió de igual forma que ella. El corazón tronaba contra sus sienes conforme se acercaba al guardia, pero ella prosiguió su camino, con la vista fija en sus pies, y encomiándose a todos los dioses para que no la descubrieran.

—¡Eh, tú! Detente —Escuchó la voz del centinela a su espalda, y Gladys

se sintió morir.

Se giró hacia él, considerando que sería más peligroso desobedecerle y, con un poco de suerte, no la reconocería. Y entonces vio a una esclava, parada frente a él, ofreciéndole un cesto lleno de fruta, de la que el guardia estaba escogiendo la de su agrado.

Con la respiración agitada y el corazón a punto de detenerse, fulminado, Gladys retomó su andadura, obligándose a no mirar atrás. Se reunió con Dhära, quien la recibió con una sonrisa de alivio, al haber observado la escena, y juntas, emprendieron el sendero hacia el hogar de la joven.

Solo entonces se permitió echar la vista atrás, una sola vez, hacia aquel castillo del que se alejaban. De nuevo, los Hados la forzaban a separarse de su esposo y solo ellos sabían por cuánto tiempo. Al menos, le quedaba el consuelo de haber podido verlo, aunque solo fuera un instante.

«Resiste, mi amor», pensó, apartando la mirada del lugar donde permanecía la otra mitad de su corazón. Pero volverían a estar juntos... Esa era la única razón que la impulsaba a recorrer ese camino, hacia un destino incierto, alejada de él.

Capítulo 36



—¡Llevad a los prisioneros a las mazmorras! —ordenó Ctrax a los guardias que lo acompañaban, mientras que él se detenía frente a la entrada principal—. Carne fresca para la cantera —se mofó, desmontando—. Veremos lo que mi rey quiere hacer con Vuestras Majestades —añadió con retintín, burlándose de Nicholas y Trystan, quienes estaban atados a las cuerdas que él sostenía. Dio un tirón y los obligó a subir la escalinata tras él.

Accedieron al interior, pero aguardaron en una antesala previa al salón del trono a que el Rey Khawf estuviera listo y dispuesto para recibirlos, tomándose su tiempo. Finalmente, las puertas de la sala se abrieron para ellos.

Como era de esperarse, el soberano no escatimó a la hora de vestir sus mejores ropajes, portar sus más valiosas joyas y su corona, todo en un mero alarde de riqueza y poder con el que demostrar su superioridad frente a Trystan.

En cambio, el Rey de Meissen apenas reparó ni en lo sublime de aquella estancia ni en la ridícula grandilocuencia con la que pretendía encararlo su enemigo; Gladys ocupaba su mente por completo.

Lo confundía haberla visto entre las sirvientas, vestida como si fuera una de ellas, pues tenía serias dudas de que Khawf le hubiera dado un lugar de criada cuando la quería como su reina. En cualquier caso, lo primordial era que estaba viva... Dioses, cuánto la extrañaba... Habría dado cualquier cosa por tocarla, aunque hubiera sido un instante, percibir el calor y la suavidad de su piel, y atesorar ese contacto, palpable, real, una certeza, y no algo etéreo como podía serlo un recuerdo.

Que su mente no estuviera en aquella sala lo distrajo y se quedó rezagado. Entonces, Ctrax tiró con fuerza de la cuerda y lo hizo caer de bruces. La risotada de Khawf rompió el silencio, y Trystan, aún de rodillas, alzó la mirada hacia él, desafiante.

—Bienvenido a mi reino, Trystan de Meissen —le dijo con sorna, extendiendo los brazos como un modo de señalar su grandeza—. Y tú también, Nicholas. Confío en que ambos hayáis disfrutado de la travesía —se

regocijó.

—Canalla... —masculló el joven, y tras una señal de su rey, Ctrax le propinó un puñetazo en todo el estómago, haciendo que Nicholas se doblase sobre sí mismo a causa del dolor mientras en sus oídos resonaban las risotadas de Khawf.

—Esta situación es hilarante... —se jactó—. Aunque puede serlo aún más. Ve a los aposentos de la reina Gladys y tráela —le ordenó a uno de los dos guardias que custodiaba la puerta del salón—. Porque a estas alturas sabrás que está aquí, a mi merced —se dirigió a su rival.

Ya en pie, Trystan gruñó como respuesta.

—¿Qué pretendes, que te entregue mi reino? —inquirió este, apretando las mandíbulas.

—En tu ausencia, es muy posible que tu reino haya pasado a formar parte de mi imperio —alegó con presunción—. No obstante, lo que en realidad anhelaba arrebatarte lo tengo en mi poder. Gladys va a ser mía, Trystan —dijo, saboreando cada sílaba—, pero en qué forma, depende de ti y de ella... ¿Qué está dispuesta a hacer tu esposa con tal de mantenerte con vida? —preguntó con sonrisa ladina.

—Prefiero morir antes de permitir que sea tuya —espetó el rey, y Khawf se echó a reír de forma grosera.

—No estás en disposición de poner condición alguna —apuntó mordaz—, aunque podría ser benevolente y concederte ese deseo. Sí, morirás, y poseeré a Gladys, y no precisamente en ese orden.

—Maldito...

Ctrax tiró de la cuerda, sacudiéndolo, mientras miraba a su soberano, quien negó con la cabeza, confiado.

—Déjalo —pronunció con desinterés—. De alguna forma tiene que expresar su rabia e impotencia al saber que no va a poder evitar lo que en pocos minutos va a suceder en este salón —añadió, poniéndose en pie. Despacio se acercó a Trystan, aunque no lo suficiente para estar a su alcance.

—No te atrevas a tocarla —masculló el Rey de Meissen, y Khawf se carcajeó.

—Claro que la tocaré, y tú serás testigo de ello —se vanaglorió—. Llevo muchos años esperando este momento y no pienso desaprovecharlo. Voy a saborearla, a hundirme en ella, gozarla —dijo, recreándose en la idea—, y tú no podrás hacer nada por impedirlo. Lo verás, lo oirás... y penarás cada día de tu vida, asaltado por ese recuerdo.

Trystan, en un impulso irrefrenable, trató de atacarlo pese a estar con las muñecas atadas, pero Ctrax lo agarró del cuello, colocando la punta de una daga sobre su yugular.

—Te mataré —lo amenazó de igual modo—. Juro por los dioses que, como te atrevas a ponerle un solo dedo encima, te mataré.

—Me encantará comprobarlo —dijo con diversión, sacudiendo una mano para que Ctrax lo soltara—, así que aguardemos pacientemente a que conduzcan hasta nosotros a la hermosa Gladys —añadió con sorna, tras lo que se acomodó en su sitio, a la espera... una que se hizo eterna.

Los minutos pasaban y el centinela no entraba acompañando a Gladys. En un principio, Khawf creyó que estaría preparándose, o incluso que le habría puesto las cosas difíciles al guardia, pero tardaban demasiado.

Mantuvo su sonrisa jactanciosa el tiempo que pudo, hasta que la situación se tornó insostenible. El propio Trystan compartía significativas miradas con su sobrino, y maldita fuera esa mujer si conseguía dejarlo en ridículo delante del mequetrefe de su esposo.

Hasta que, de pronto, el mismo guardia irrumpió en la sala a la carrera, pálido como la cera y portando el vestido que Khawf le regaló a la soberana tiempo atrás. Estaba empapado...

El monarca se puso en pie, incluso se acercó, y también reaccionó Trystan, pero Ctrax tiró de la cuerda, impidiéndole que se moviera, así que aguardó tenso y viéndose invadido por una creciente angustia.

—Un pescador vislumbró esto desde un acantilado —le narró el joven a su rey con cautela, entregándole la prenda que estaba desgarrada, ajada y llena de sangre—. No... no hemos hallado el cuerpo aún —añadió, titubeante, y Khawf lo agarró del cuello.

—No... ¡¡Gladys!! —gritó Trystan, y Ctrax tuvo que poner todo su empeño en controlarlo, incluso Nicholas se colocó frente a él, hablándole con tal de que se calmara. El soberano cayó de rodillas al suelo, preso de un llanto agonizante.

Khawf por su parte soltó al muchacho de un empujón, enfurecido, bufando como un toro bravo.

—Expíciate —le ordenó, con los dientes apretados, mientras el guardia se palpaba el cuello, enrojecido por la presión de sus dedos.

—Al no encontrarla en sus aposentos, hemos iniciado la búsqueda por todo el castillo —le narró con prudencia—. El pescador, que venía de faenar, se ha percatado de ello y nos ha referido su hallazgo. Hay barcazas en la zona y

nuestros mejores nadadores están inspeccionando el lugar, pero todo apunta a que...

—¡No lo digas! —le prohibió Khawf.

—¿Y qué importa que lo hagas callar? —le gritó Trystan, enfurecido y desesperado, poniéndose en pie—. ¡A esto la ha conducido tu demencia, malnacido! —bramó.

—¡Cállate! —exclamó, iracundo, acercándose un par de pasos, aunque se detuvo antes de alcanzarlo. Fue Trystan el que forcejeó con Ctrax, quien volvía a agarrarlo y clavaba la punta de su daga en su cuello. A pesar del hilillo de sangre que empezó a correr por su piel, no consiguió enmudecerlo.

—La voluntad de mi esposa siempre fue inquebrantable, y ni siquiera tú, con todo tu poder, has sido capaz de doblegarla —pronunció con desprecio, tratando de soportar los dolorosos latidos de su corazón—. Muy a tu pesar, Gladys me eligió a mí, decidió ser mía, y lo ha sido hasta el fin de sus días.

Khawf avanzó los pocos pasos que los separaban y le propinó tal revés que lo tiró al suelo.

—¡Llévalos a las mazmorras! —le ordenó al Ctrax—. Mis deseos de matarte son infinitos —masculló, mirando a Trystan con los ojos rojos a causa de la furia—, pero, si fuera cierto que ha muerto, no permitiré que te reúnas con ella en el Kratvah, no mientras pueda impedirlo. Siendo así, te pudrirás en el tormento de saberla perdida para siempre.

Dicho esto, le hizo una seña al guardia para que cumpliera con su orden, y este le pidió ayuda al otro centinela para que se encargara de Nicholas, pues Trystan no hacía más que revolverse, intentando alcanzar a Khawf. Entre bramidos, lo tuvo que arrastrar fuera del salón del trono, mientras el Rey Tirano recuperaba del suelo aquel montón de tela que en su día fue un majestuoso vestido. Se sentó en su sitial, confuso y con los músculos entumecidos debido a la ira, y contempló aquella sangre que salpicaba el tejido... ¿Sería posible? ¿La desesperación la habría conducido a su propia muerte?

Debía admitir que Gladys tenía coraje de sobra para ello; vio su determinación treinta años atrás, al pretender desposarla, y semanas antes, cuando quiso poseerla. ¿Suicidarse era la única salida posible? ¿Tan aborrecible le resultaba la idea de unirse a él? Era una desagradecida. Cualquier mujer habría entregado la mitad de su vida por ser suya, y ella la había dado entera por no serlo. Infame... Ojalá se estuviera retorciendo en el Inframundo, ojalá nunca alcanzara el Kratvah, que el alma de Trystan jamás

pudiera encontrarla.

Golpeó con ambos puños los brazos de su trono mientras un grito le quebraba la garganta. Maldito Rey Sanador...

Juró por su sangre que ese bastardo jamás tendría paz, le arrebataría todo cuánto tenía por haberse interpuesto en su camino, todo a excepción de su vida. Le haría pagar con sufrimiento y dolor hasta el fin de sus días.



Mientras cruzaba el patio que conducía a las habitaciones de la servidumbre, Brandon suspiró con alivio en vista de los acontecimientos; todo estaba saliendo según lo planeado. Para su fortuna, la llegada de Ctrax con los prisioneros había revolucionado el ritmo de aquel vasto castillo, por lo que pudo ausentarse de la fragua sin problemas y resolver así el problema de la Reina Gladys. Sin embargo, necesitaba ir a su cuarto un instante antes de volver al trabajo. Pero, al entrar, le sorprendió sobremanera que hubiera alguien en su interior, aguardando por él.

—¡Brandon!

De repente, el cuerpecito de Ethel se abalanzaba sobre el suyo, y en una respuesta instintiva, la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—Ethel, ¿qué...?

—Estaba tan preocupada —le confesó ella en un murmullo, ocultando el rostro en su jubón. En cambio, él, turbado, la apartó un poco para mirarla.

—Preocupada... ¿por?

—¿Y aún me lo preguntas? —La inquietud se tornó en malestar—. ¡Serás fanfarrón! Cuando la reina se marchó, saliste a toda prisa, alegando que ibas a hacer algo para ayudarla, y desde entonces no he vuelto a saber nada de ti. ¡Han pasado horas!

Un tanto contrariado por la regañina, aunque un poco culpable también, el guardia carraspeó, llevándose una mano a la nuca, y Ethel exclamó, dando un respingo.

—¿Qué es eso? —inquirió, cogiéndole la mano y señalando un corte que le cruzaba toda la palma.

Antes de que él se explicara, la joven salió a la carrera, dejando a un aturdido Brandon mirando hacia la puerta, hasta que a los pocos segundos la vio entrar de nuevo, portando gasas y un pequeño recipiente con lo que él sabía era un unguento. Sin mediar palabra, Ethel le cogió la mano sana y lo

condujo hasta el lecho, obligándolo a sentarse. Ella hizo lo mismo y, a pesar de su enfado, comenzó a limpiarle la herida con mimo.

—¿Ha sido en la fragua? —le preguntó en un susurro. Pretendía hacerse la dura pero le resultaba imposible.

—No —le respondió, atontado, no estaba acostumbrado a ese tipo de atenciones. Las manos de Ethel eran tan suaves... y esas caricias al curar su herida despertaban en él una ternura que no reconocía en sí mismo—. Me colé en la recámara de la reina y cogí uno de sus vestidos para tirarlo al mar, con la intención de darles una pista falsa —le explicó, bajito. Ethel le prestaba atención aunque le rehuía la mirada, tímida. Sus rostros cada vez estaban más cerca...—. Para darle un poco de credibilidad, hice jirones el vestido y lo manché con mi sangre.

—¿Era necesario un corte tan profundo? —le reprochó ella, aunque seguía sin subir el tono de voz, y Brandon sonrió conmovido.

—Solo es un rasguño, y ha funcionado. —Se quiso justificar, haciendo un mohín—. Están buscando su cuerpo en el mar —le narró, y aunque ella asintió, luego resopló, disconforme.

Tras limpiarle la herida y ponerle el ungüento, empezó a vendarle la mano. Brandon observaba cada uno de sus gestos y también su sonrojo, que se tornaba un poco más brillante cada vez que desviaba la atención hacia él y se percataba de que la estaba contemplando. Hasta le temblaba el pulso...

—Ya está —le dijo al finalizar. Quitó el brazo masculino de su regazo y se incorporó. Se había puesto seria de repente, y parecía que quería marcharse, pero no llegó a dar ni un paso porque Brandon la cogió de la muñeca y la detuvo.

—Ethel...

—Lo siento —dijo de pronto, mortificada—. Siento mis reproches. No debería...

—Sí, sí debes —respondió él, en cambio, y tiró de su brazo, despacio mas con firmeza, hasta que la hizo sentarse de nuevo—. Perdóname tú a mí —le pidió, y eso provocó que la joven, por fin, lo mirara de frente—. No... No estoy acostumbrado a que alguien se preocupe por mí —le confesó, un tanto avergonzado—. Hace muchos años que hago mi camino solo, que no hay nadie que pague las consecuencias de mi inconsciencia.

—Yo... tampoco estoy acostumbrada a que...

Ethel apartó el rostro, cohibida, sin embargo, él le sostuvo el mentón para captar su mirada.

—Procuraré que no vuelva a suceder —le susurró, con sonrisa torcida—, pero no olvides que sigo siendo un guardia de Asbath —añadió con cierta presunción que la hizo sonreír.

—Creo que me esperan muchas noches en vela —bromeó, aunque de súbito, sus mejillas se colorearon profundamente al percatarse del significado de sus palabras.

Se levantó con premura, tratando de escapar de nuevo, pero él la atrapó, abrazándola por detrás.

—Siempre volveré a ti —le susurró al oído—. Cuando termine esta maldita guerra, te prometo una vida tranquila, sin sobresaltos, y cada noche buscaré refugio en tus brazos. —Brandon le giró el rostro con un dedo y ancló su mirada en la suya, dejándola sin escapatoria—. Dime que estarás ahí, esperándome...

—¿Es... Es lo que quieres? —preguntó ella en un hilo de voz, sin apartar los ojos de él.

—Con toda el alma —musitó sobre su boca.

—Entonces, te esperaré siempre —le prometió con dulzura.

Fue irremediable... Sus bocas se buscaron con anhelo, liberando aquella ansia que ambos contenían. Brandon la estrechó con fuerza y devoró sus labios, tentándolos con la lengua para que le diera acceso. Su beso se hizo profundo, arrebatado, y el joven apretó entre los puños aquel vestido de esclava mientras reprimía los deseos de arrancárselo. No, no era el momento, así que se limitó a robarle el aliento, a aturdira con la ardiente, sutil y apasionada caricia de su boca. Ethel alzó las manos y hundió los dedos en su cabello rubio, los apretó con exigencia, y él gimió complacido y mortificado al mismo tiempo; la amaba, pero también la deseaba, y hacía mucho que no ataba en corto sus instintos, por lo que no poder darles rienda suelta lo estaba matando. Sin embargo, necesitaba hacer las cosas bien, dejar que ella marcara el ritmo, por lo que cada nueva caricia, cada nuevo gesto que proviniera de ella, era un paso adelante hacia la felicidad completa.

Cuando se separaron, Ethel temblaba como una hoja mecida por la brisa del amor que ese hombre le profesaba. Observó el rostro masculino con ojos lánguidos y brillantes. Con cierto aire cándido, una de sus manos descendió y sus dedos comenzaron a delinear la curva de su pómulo; la protuberancia de su nariz; su bigote, que remarcaba la línea de sus labios; su barba... Y con cada roce, Brandon contenía la respiración, pues sentía que aquella muralla invisible que se interponía entre ellos iba cayendo, piedra a piedra.

Para aumentar su sorpresa, Ethel se puso de puntillas, y le lanzó una última mirada con la que parecía buscar una aprobación que él estaba más que deseoso de otorgarle, y de pronto, ella capturó sus labios. Brandon sintió que su corazón se estrellaba contra sus costillas. Tuvo que hacer gala de toda su caballerosidad para no devorarla sin piedad, pues su niña era una mujer demasiado deseable. Lo tentaba con la calidez de su aliento, con la dulce miel de su saliva, con la tersa humedad de su lengua, entre tímida y osada. A él lo enloquecía... y que su delicada figura se derritiera contra su cuerpo tampoco ayudaba mucho.

Necesitó unos segundos y toda su fuerza de voluntad para finalizar ese beso sin tumbarla sobre la cama y hacerla suya. Cuando se miraron, ambos supieron que jamás volvería a ser como antaño. A pesar de los tiempos convulsos en los que vivían, eran un hombre y una mujer cuyo amor avanzaba sin tomar en cuenta el rumbo del universo.

Ethel lo observaba confundida, aturdida, sumida en aquella bruma tan desconocida, atrayente, y Brandon le sonrió, acariciando el arrebol de sus mejillas, sofocadas y avergonzadas.

—No te inquietes —le susurró, confidente. Ella boqueó, queriendo decirle algo, pero no fue capaz, y antes de que se sintiera más perdida, él la abrazó—. Lo que nos sucede es maravilloso, Ethel, así que no tengas miedo de sentir.

—¿Tú...? —trató de preguntarle, aunque las palabras seguían sin salir.

—Todo. Como un demente —le confesó—. Mi cuerpo, mi alma, mi corazón... Nunca antes había sentido esto por ninguna mujer. Es tan intenso que... —titubeaba también—. Siento que ya no me pertenezco, Ethel, que existo porque soy tuyo.

—Oh, Brandon... Te quiero —le confesó, y dejándose llevar por uno de esos repentinos impulsos que comenzaban a habitar en ella, buscó los labios masculinos.

Brandon jadeó, sorprendido y estremecido por esas palabras que tanto había deseado escuchar. Le correspondió sin dudar, a pesar de que esa mujer que tan bien se acoplaba a su abrazo, a su cuerpo, estaba a un paso de quebrar su resistencia.

Debería haber sido el sentido común lo que rompiera ese beso; tal vez el apuro de la joven ante tan desconocidas sensaciones, o la experiencia de Brandon, quien sabía bien a lo que podía conducir aquella pasión naciente que se acrecentaba con cada caricia de sus labios, con cada roce de sus

lenguas. Tal vez se habrían dejado llevar... Pero un inesperado, aunque anhelado, graznido deshizo el silencio en el cuarto. Cuando se separaron, sobresaltados, vieron al ave apoyado en el alféizar de la pequeña ventana, entre las dos portezuelas de madera abiertas. El animal se tomó un instante para inspeccionar y desplegó sus alas, planeando en caída libre hasta el hombro de Brandon.

—Por fin... —murmuró la joven mientras él desprendía el diminuto pergamino de su pata para leerlo.

—¿Dónde está Agatha? —le preguntó, ofreciéndoselo, y ella lo inspeccionó con rapidez.

—Estará en la cocina, preparándose para dar de comer a los reos —le explicó, y el guardia sonrió, confiado.

—Siendo así, voy en su busca ahora mismo —decidió.

Le pasó el ave a la muchacha, quien lo tomó con cierto temor, y luego buscó un saquito con maíz que tenía en un baúl y la jaula.

—Esta noche puede ser decisiva —murmuró, terminando de acomodar al pájaro—. Tú vuelve a tus quehaceres, no hay que levantar sospechas, ¿de acuerdo?

Brandon fue hacia la puerta, dispuesto a marcharse, y Ethel tuvo que admitir que se sentía un tanto perdida ahora que se alejaba de ella. Sin embargo, él cambió de idea y volvió sobre sus pasos. Sin decir ni una palabra, la estrechó entre sus brazos y la besó con intensidad, aunque su beso fue más corto de lo que ambos hubieran deseado; el deber era lo primero en esos momentos.

—Te quiero, Ethel —le dijo, acariciando su mejilla—. Después nos vemos, ¿sí?

Ethel se mordió el labio, entre coqueta y traviesa, y asintió varias veces con la cabeza. Brandon sonrió ampliamente con su respuesta. Le dio otro corto beso y, ahora sí, se fue en busca de Agatha.

La joven se tomó unos instantes antes de abandonar el cuarto y retomar sus tareas. Necesitaba sosegar, calmar su respiración y los latidos erráticos de su corazón. Habían sucedido tantas cosas en ese cuarto, y en tan poco tiempo...

Brandon tenía razón. Esa noche era decisiva, y podía serlo en muchos aspectos.

Capítulo 37



Bajo la curiosa mirada de todos aquellos con los que se cruzaban, los dos centinelas condujeron a empujones a Nicholas y Trystan hasta las mazmorras. Hirm acababa de acomodar a los reos venidos de la cantera en sus celdas, y se dirigía a su mesa, a sentarse en compañía de una jarra de vino a hacer la guardia hasta la hora de la cena. Al verlos llegar, se sonrió.

—Vaya, Ctrax, esos dos ejemplares van a quedar de maravilla en mi mazmorra —se jactó, sirviéndole un poco de vino, y su compañero soltó una risotada, aceptando el brebaje.

—El rey ordena que se unan a la cadena que va a la cantera —le aclaró—, y acomódalos juntos, para que se consuelen mutuamente y no se acostumbren al lujo de tener una celda para ellos solos —se mofó, provocando la risa en el guardián.

—Así será —concordó—. Acompáñame y disfruta un poco más de tu triunfo —añadió, con un cabeceo.

El otro guardia se retiró mientras ellos dos acompañaban a los dos reyes, quienes no tenían más remedio que permanecer en silencio, resignados ante los acontecimientos. A decir verdad, podría ser mucho peor...

Los llevaron por un estrecho corredor de piedra repleto de puertas de gruesa madera, en cuya parte superior había una pequeña ventana con barrotes de hierro. Nicholas sabía que era muy probable que Jordan ocupase alguna de aquellas celdas, mas ¿cómo estar seguro? Miró a su tío, quien caminaba arrastrando los pies, cabizbajo, y el rostro inundado en lágrimas. En cuestión de minutos parecía haber envejecido varios años, y no era para menos. Si hubiera sido Gabrielle, él estaría devastado.

Se detuvieron frente a una de esas puertas y Hirm la abrió. Los empujaron al interior de aquella celda inmunda en la que había dos colchones de paja en el suelo y un par de cadenas prendidas de la pared. Entre los dos hombres los acomodaron, sentados en el suelo, y se despidieron de ellos con carcajadas burlescas.

Una vez solos, Nicholas apoyó la cabeza en la pared, suspirando.

—Tío... —murmuró, preocupado—. No puede ser.

—En estos momentos no soy capaz de pensar —admitió Trystan, sumido en la pesadumbre—. Juro que en un principio creí que no era más que una burda infamia de ese bastardo para mortificarme, pero su reacción...

—No tiene sentido... —negaba el joven rey—. Verte con vida no puede haber sumido a mi tía en una desesperación tan profunda como para atentar contra sí misma.

—No lo sé —gimió, confundido—. Si ellos lo creen...

El soberano alzó sus manos engrilladas para taparse el rostro, ahogando un sollozo. Su amada Gladys... No, no podía estar muerta... No así... ¿Cuántas veces se habían jurado tras hacer el amor que envejecerían juntos? Sin ella, solo deseaba consumirse cuanto antes en aquella celda y desaparecer.

Se acababa la lucha para él...

Se escuchó la puerta al abrirse, tras lo que se cerró con rapidez. Él apartó las manos de su cara, pero alzó la vista hacia el techo, sin ningún interés.

—Agatha... —Oyó de pronto la voz temblorosa de Nicholas, y entonces sí miró.

—Hermano...

En ese instante, su sobrina se abrazaba a Nicholas, quien la estrechaba con fuerza.

—Hija... —gimió, y la muchacha soltó a su hermano para abrazarlo a él.

—Tío Trystan... Gracias a los dioses que estáis bien.

—Pero, tu tía... —Reprimió un sollozo—. Dicen que está muerta.

—Ella está viva, te lo juro —le aseguró, apartándose para que lo mirara—. Después de vuestra llegada, ella decidió escapar con tal de evitar un enfrentamiento con Khawf y que...

—¿Y ese vestido? —demandó con ansiedad.

—Fue idea de Brandon, para despistarlos —alegó, comenzando a servirles la cena, de paso que les narraba con rapidez la huída de Gladys y Dhära, así como la identidad de la muchacha. Luego le alargó a su hermano el pergamino que había recibido el guardia de Asbath.

—Alabados sean los dioses —suspiró el joven soberano, aliviado, pasándosele a Trystan.

—Dentro de un rato, cuando yo termine y esto se calme, Jordan vendrá a veros.

—¿Cómo? —inquirieron ambos, casi al unísono.

—Tiene una llave, él os lo explicará todo —dijo con impaciencia—. Y

traerá consigo a un importante aliado —añadió, misteriosa—. Debo irme ya o podrían sospechar.

Sin decir nada más, y dejando a ambos hombres sumidos en la confusión, les dio sendos besos en la mejilla y se marchó a la carrera.

—¿Has entendido algo de lo que acaba de suceder? —le preguntó Nicholas a Trystan, con cautela.

—Solo que mi esposa vive —respondió, sin poder creerlo aún, y su sobrino le sonrió.

—Mi tía es de las que lucha hasta el final —le recordó, y el soberano asintió, haciendo un mohín de culpabilidad.

—Como se entere, Gladys me reprochará lo que me queda de vida el haberla creído tan débil —bromeó, viéndose invadido por un infinito alivio. Sí, ahora podía sonreír, pero unos minutos antes habría querido morir ante la idea de haber perdido la razón de su existencia.

Después de una espera que se les hizo eterna al no saber qué aguardaban en realidad, el característico sonido de una cerradura al abrirse rompió la quietud de la celda. De repente, irrumpieron en ella Jordan y un hombre al que no conocían, pero cuyos ropajes y potestad dejaban patentes que era un noble.

El otrora capitán de Asbath se abrazó a su cuñado, quien apenas pudo corresponderle por culpa de las cadenas.

—Disculpadme los dos —murmuró, quitándoles los grilletes con rapidez.

El joven se había arrodillado frente a ellos, aunque el otro hombre permanecía de pie, detrás de él, en actitud reticente y cautelosa.

—Él es ÆaGhal, príncipe heredero de Vākh. Y estos son Nicholas de Los Lagos y Asbath, y Trystan de Meissen —los presentó Jordan, con tono solemne, tras ponerse en pie.

Tío y sobrino lo imitaron, con expresión indescifrable, sobre todo para el hijo de Khawf. Hasta ese momento, era consciente de que aquella alianza podía no ser viable, a fin de cuentas, por sus venas corría la sangre del Rey Tirano. Sin embargo, Trystan alargó su mano, ofreciéndole con ella una vía para salvar su reino, y que él aceptó de buena gana.

—Quiero que sepas que jamás habríamos dirigido nuestra vista más allá del Mar Istook de no ser por la provocación de tu padre —le aclaró el rey, con seriedad.

—Lo sé, Majestad —asintió el joven, respetuoso—. Solo confío en que este sea el principio del fin de este reinado de sometimientos y tiranía.

Trystan asintió e hizo una seña para que todos tomaran asiento, pues tenían

mucho que conversar. Jordan fue el encargado de ponerlos al tanto de lo sucedido.

—Las mujeres de vuestros reinos son las más valientes que he tenido el honor de conocer —admitió ËaGhal, tras saber todo lo acontecido.

—Ethel ha pagado un precio demasiado alto que confío los dioses le recompensen en esta vida —lamentó Nicholas, compasivo.

—Por lo pronto, Brandon ya se encargó de que ese maldito de Öfn pagase con la suya —farfulló Jordan con rabia.

—Hay hombres en este reino incapaces de respetar lo más sagrado —farfulló ËaGhal, pensando también en su propio padre—. Si bien no todos empuñamos la crueldad como ley capital —se defendió.

—Entonces, la libertad es el siguiente paso —lo alentó Trystan—. Nuestras mujeres, todas, la merecen, al igual que la tuya. —Señaló al príncipe.

—Dhära vive gracias a vuestra esposa. —Resopló, afligido y lleno de culpabilidad—. He estado a un paso de quebrar el juramento que le hice.

—Todos tenemos alguna que otra deuda para con ellas —comentó Jordan con sonrisa socarrona, queriendo quitarle hierro al asunto, y funcionó pues los otros tres hombres rieron por lo bajo—. Solo debemos planear cómo salir de aquí para cumplir nuestra palabra.

—¿Contaríamos con apoyos dentro del castillo? —le preguntó Nicholas.

—Como os comentaba antes cuando vinisteis en mi busca —se dirigió a Jordan—, ya le pedí a vuestra esposa que pusiera a mi fiel amigo, Pelko, sobre aviso para que la parte de la guardia que me seguiría esté preparada, pero los hombres que podamos reunir son insuficientes para vencer en una posible rebelión —advirtió con desánimo.

—Solo hay que tener paciencia, amigo mío —dijo Jordan con cierto gesto de presunción, y Nicholas le mostró al príncipe el pequeño pergamino que horas antes había recibido Brandon.

—No comprendo —negó el joven, categórico.

—Hemos estado comunicándonos de un lado a otro del mar con ayuda de un ave. Tu padre es conocedor de ello —le explicó Trystan, pero ËaGhal negó con la cabeza, dando a entender que él no estaba al tanto—. Según esta nota, un gran ejército ha zarpado ya desde el Reino de Gunnar y se dirige hacia aquí.

—Los Lagos, Asbath, Meissen, Gunnar, Breslau, todos los Territorios Gealach... —comenzó Nicholas a enumerar—. Estamos juntos en esta lucha.

—Mi padre no contaba con semejante poder —se maravilló.

—Es el camino del bien, de la justicia, el que lo otorga —recitó Trystan.

—Toda la flota de Gunnar arribará a estas costas en los próximos días —continuó Nicholas.

—En ese caso, hay que aprovechar la ventaja que tenemos —decidió ÆaGhal—. Os podréis imaginar que mi padre está terminando de armar sus barcos —les comentó, y Nicholas asintió, señalando la nota y dando a entender que Brandon les había informado con anterioridad—. Entonces, ¿sabíais que se ha aliado con el Príncipe Raleigh de Shyt y que gran parte de nuestro ejército estaba oculto en un sistema montañoso llamado La Espina? —continuó, y la expresión de los otros tres hombres se endureció en una clara negativa.

—A nosotros nos interceptaron en esas montañas —le narró Trystan.

—Sí, era fácil suponer que acudiríais a pedir ayuda a vuestro amigo Josiah —admitió ÆaGhal, dejando entrever que poseía mucha más información de la que ellos imaginaban—. Sin embargo, Gunnar y Meissen eran sus principales objetivos, y a estas alturas ya habrán marchado sobre vuestras tierras.

—Maldito sea —masculló Trystan, aunque miró al muchacho con una disculpa, y él asintió, comprendiendo.

—Está previsto que, en pocos días, envíe nuestros navíos para que la guardia termine de arrasar con todo —les anunció, y Trystan blasfemó, lleno de impotencia.

—Estoy seguro de que Zayev y Cailen los habrán repelido —trató de animarlo Nicholas—. Y confiemos en nuestros ejércitos, en los hombres que prometieron proteger su patria.

El rey cabeceó con resignación y miró al joven heredero.

—¿Qué propones?



La oscuridad de la noche se cernía sobre ellas como un animal de presa. Siguiendo el consejo de Brandon, se habían adentrado en el bosque, y en alguna que otra ocasión sus moradores les hacían saber que, por desgracia, no estaban solas.

En un principio, Dhāra quiso hacer fuego, para espantar a las alimañas nocturnas, aunque Gladys se lo prohibió; era como ponerse ellas mismas una soga al cuello. La esclava cayó enseguida en la cuenta, pero era el miedo lo que en un primer momento le había impedido pensar con claridad.

Se habían detenido a descansar y estaban sentadas al abrigo de un encino. Gladys revisó las heridas de Dhära, temiendo que tanto ajeteo y el roce del tejido del vestido las hubiera hecho empeorar. Por fortuna no era así, pero se esmeró a la hora de ponerle el unguento. Luego, hicieron buena cuenta de la comida que Ethel había metido en el morral.

—Deberías descansar —le dijo Gladys una vez terminaron—. Aún estás convaleciente y ha sido una jornada muy dura.

—Vos lo necesitáis al igual que yo —le respondió la joven, negando—. También ha resultado un día difícil, después de...

—No es la primera vez que me fuerzan a separarme de mi esposo —lamentó, sabiendo a lo que se refería—. Khawf no es el único que ha tratado de destrozarnos nuestras vidas. No lo han conseguido hasta ahora, mas...

—En esta ocasión, no será diferente —la cortó Dhära, con pasión—. Vuestra sobrina ya le habrá informado de nuestra huída, y es muy probable que su marido haya hecho uso de la llave que tiene en su poder para reunirse con él y vuestro sobrino, y comenzar así a trazar un plan contra el Rey Tirano.

—Ojalá los dioses te escuchen —rogó la soberana—. Y ahora, deberías dormir —le ordenó, aunque con tono suave—. Yo velaré tu sueño.

—No, Majestad —negó ella.

—Como bien has dicho, soy reina, y mayor que tú —bromeó Gladys, y le hizo una seña para que se tumbara.

—Pero, es que, vos... —La esclava chasqueó la lengua—. Descansaré un rato si luego me permitís vigilar a mí —insistió, y la reina rio con su tozudez.

—Está bien —concordó finalmente.

Dhära se tumbó con cuidado, de costado, para no dañarse más la espalda, y Gladys acomodó la suya contra el rugoso tronco del encino, con los sentidos alerta, dispuesta a guardar el reposo de la joven. No obstante, esta apenas tuvo tiempo de cerrar los ojos, pues pocos instantes después, escucharon el relinchar de un caballo.

La esclava se incorporó, mirando a la reina con profundo temor, y ella sacudió las manos para que se acercara a ella, con premura. Cuando lo hizo, le indicó que se encaramara a las ramas más bajas del árbol que, por suerte, quedaban a su alcance. Gladys la ayudó, dándole impulso, y una vez arriba, Dhära estiró el brazo para asistir a la soberana, quien se subió a otra rama cercana.

Ambas rogaron por que la oscuridad de la noche y el follaje del encino las

ocultara, pues no pasó mucho tiempo hasta que oyeron el sonido de las pisadas de las herraduras contra la tierra. Eran dos jinetes. Dhära ahogó un gemido de pavor, y la reina se colocó el dedo sobre los labios haciéndola callar, por lo que la muchacha se tapó la boca con una mano. Bajo ellas, a escasos pasos, se detuvieron los dos hombres, que inspeccionaban el lugar.

—Es imposible que haya llegado hasta aquí, sola —decía uno de ellos.

—Y absurdo que a nosotros nos hagan buscarla por estos parajes —se quejaba el otro—. No hay ni rastro de una hoguera, y no es más que una mujer, por todos los dioses, ya estará muerta o en el estómago de algún animal —bromeó, echándose ambos a reír.

—Aún debemos ir al Este —le recordó su compañero.

—Pues yo prefiero perder ese tiempo en algún lupanar con una buena moza —se jactó—. ¿Quién se va a enterar? Estamos solos en este maldito bosque —insistió al verlo dudar—. Esa reina extranjera se ha lanzado contra las rocas de La Atalaya —decidió, golpeando los flancos de su caballo para que echara a andar—. Entre la altura del acantilado y la violencia con la que las olas rompen allí, su cuerpo ha quedado despedazado de tal modo que por eso solo han encontrado su vestido ensangrentado.

—¿Tú crees? —titubeó el otro, detenido aún, y su compañero se giró, sin aminorar la marcha.

—Estoy seguro —sentenció—. Y sobre todo, estoy seguro de que prefiero estar entre las piernas de una mujer que vagando toda la noche de forma absurda. ¡Vamos!

El otro guardia de Vākh resopló, pero le obedeció, poniéndose en marcha. Sin embargo, hasta pasados unos minutos, ellas no bajaron del árbol.

—Me creen muerta —murmuró Gladys—. Brandon ha sido muy astuto —añadió meditabunda—. Solo espero que Agatha le haya aclarado lo sucedido a Trystan.

—Deberíamos seguir nuestro camino si no queremos que aquello que creen se torne en realidad —dijo la joven mientras la reina seguía pensativa. Se giró y la miró, extrañada.

—Tienes que descansar —se negó ella.

—Descansaré en casa de mis padres —le rebatió—. Hay que aprovechar la ocasión —insistió—. Se dirigen hacia el Oeste, y nosotras al Este —le aclaró, percatándose Gladys de que era la dirección que tendrían que haber seguido los guardias—. Si cambian de idea, nos encontrarán aquí.

La reina no lo dudó más, y reemprendieron el camino con más energía aún;

la que proviene de la lucha por sobrevivir. No se detuvieron hasta el amanecer, hasta que, recortada por el naciente resplandor del alba, divisaron una pequeña casita de piedra en el horizonte.

Conforme se acercaban, vieron un hombre cano, con una notable cojera, salir de ella con un cubo en su mano para dirigirse hacia otra construcción anexa y que parecía un establo.

Sin embargo, no llegó a su destino, pues la presencia de las recién llegadas lo alertó. El cubo cayó de su mano.

—Dhāra... —murmuró, inseguro, jurando que era una mala pasada que le jugaban las luces fatuas del alba. Entonces, la joven se deshizo de su pañuelo, dejando a la vista su clarísimo cabello—. ¡Dhāra! —gritó, y echó a correr hacia ellas como pudo, lo que su cojera le permitía.

Bajo la enternecida mirada de la soberana, padre e hija se fundían en un abrazo desesperado mientras una mujer salía de la casa: la madre de Dhāra, quien no dudó en ir hacia ellos, sumida en un repentino llanto de incredulidad y alivio; su hija estaba viva, cuando días atrás, un guardia de Vākh les había asegurado que había muerto y que, una vez pasado el luto, el rey proveería cómo debían pagar la deuda que aún se cernía sobre ellos.

Pero nada de eso importaba ahora, su única hija, la que creían perdida para siempre, estaba allí con ellos, entre sus brazos.

—Tesoro... ¿Creíamos qué...? ¿Cómo...? —le preguntaban ambos al unísono, de forma atropellada.

—Ella me salvó. —Señaló a su acompañante, quien se había apartado unos pasos, tratando de otorgarles cierta intimidad—. Estaría muerta de no ser por Su Majestad —dijo, y sus progenitores la miraron con extrañeza, mas con infinito agradecimiento.

—Os debemos la vida —aseveró su madre.

—Es Gladys, Reina de Meissen —apuntó su hija, y ambos comprendieron lo que eso significaba.

—Mi pueblo solo pretende liberar al vuestro —se justificó ella de todos modos, sin saber cuál sería su juicio.

—Eso esperamos, Majestad —le aseguró el hombre, sorprendiéndola—. Mientras tanto, os ruego que aceptéis la hospitalidad de nuestra humilde casa.

—La humildad es una virtud, amigo mío —recitó Gladys—. Y me siento honrada por vuestro ofrecimiento —asintió de buena gana, y el matrimonio sonrió, agradecido por sus palabras, al igual que Dhāra, quien compartió una mirada llena de significado con la soberana.

Sí, allí estarían a salvo hasta que el Rey Tirano cayera... hasta que sus amados hombres fueran a buscarlas.

Capítulo 38



—Llamas que arrasáis el cuerpo, elevad el alma. Que las Puertas del Kravah se abran y los Dioses os acojan en su seno —recitaba en un lamento Nasier, frente a aquellas piras fúnebres donde reposaban los restos de decenas de guardias de Gunnar, Breslau y Meissen, muertos a manos de los hombres del Rey Khawf.

Su voz se perdió en la inmensidad de la noche, en aquel claro del bosque cercano a La Espina. Una vez pronunciadas sus palabras, varios hombres se acercaron con antorchas para incendiarlas, dando así fin al rito que él presidía por ser de sangre real.

El joven heredero sentía que su alma se ennegrecía como aquel humo que se alzaba hacia el cielo estrellado. Era tal la pesadumbre, la impotencia... Elevó la vista a ese oscuro firmamento y murmuró una última plegaria por aquellos valientes que habían perecido tratando de hacer prevalecer la libertad y la justicia. Y Raleigh debía pagar tanto derramamiento de sangre con la suya propia.

Cuando las piras comenzaron a arder con brío, Nasier se retiró, pues deseaba acercarse al lugar escogido por los príncipes gealach para enterrar a sus muertos, según era su costumbre.

La batalla fue cruenta, con innumerables bajas en ambos bandos. La crueldad del Rey Tirano se ponía de manifiesto en las ansias de sangre de su ejército. Pronto se supieron en desigualdad de condiciones, ya que no contaban con que Gunnar estuviera tan bien respaldada por los gealach, pero aun así dieron batalla encarnizada hasta que decidieron retirarse y resguardarse al abrigo de las montañas; por todos es sabido que, en la guerra, quien domina la parte más alta tiene ventaja táctica, y quedaba patente que iban a hacer uso de ella para vencerles en el próximo ataque.

Ellos, en cambio, decidieron aprovechar aquella falsa tregua para honrar a sus muertos antes de planear el siguiente movimiento.

—Madre Tierra, acoge en tu seno a nuestros hermanos hasta que Madre Luna guíe sus almas con su luz hasta la eternidad. —Escuchó resonar en la

quietud de la noche la voz de Cailen, potente pero rota. Luego, presencié que todos los guerreros hincaban una rodilla en el suelo, una última venia en señal de respeto por aquellos que habían dado la vida por ellos, y Nasier no dudó en imitarlos.

Una vez todos en pie, se acercó a él, a quien ya comenzaban a rodear el resto de príncipes gealach. Sin embargo, Cailen reparó en su presencia. Entonces, miró tras el recién llegado, hacia el cielo, y divisó las columnas de humo. Con expresión sombría, se aproximó y, como si hubieran llegado a un acuerdo tácito, se dieron un abrazo fraternal, en señal de pésame por sus respectivos difuntos.

—Debemos planificar nuestro próximo avance —le propuso el heredero de Shyt, con un visible afán de revancha en el trémulo timbre de su voz.

—Venid a nuestra tienda —le pidió Cailen, asintiendo.

No obstante, apenas dieron unos pasos, pues cierto alboroto se advirtió no muy lejos, a causa de un jinete que avanzaba hacia ellos a la carrera, y que desmontó con agilidad cuando el caballo todavía no terminaba de detenerse.

—¡Maicoh! —exclamó Zayev con asombro.

El capitán de Tarsus había sido enviado a La Espina para advertirles de cualquier movimiento extraño por parte de sus enemigos, y les sorprendió su repentina y pronta llegada. Cailen fue quien se adelantó para recibir a su capitán.

—Están atacando a los Vākh, Alteza —dijo con la voz entrecortada por la falta de aliento.

—¿Qué? —exclamaron algunos guerreros que se hallaban cerca.

—¿Quién? —inquirió el Príncipe de Tarsus.

—No lo sé —lamentó—. Las flechas prendidas con fuego silbaban a diestro y siniestro, Alteza, y he preferido venir a advertiros a arriesgarme —se disculpó.

—Has hecho bien —lo tranquilizó él, palmeando su hombro—. Ve a tomar un poco de vino que te ayude a recuperar el aliento; es posible que esta misma noche precise de tu ayuda para guiar a nuestros hombres.

El joven capitán asintió, honrado, y sin tiempo que perder, le obedeció.

—¿Será la guardia del Rey Nicholas? —preguntó Nasier, un tanto inquieto, mas esperanzado.

—Es muy probable, si la información de vuestro emisario era cierta —aventuró Zayev, meditabundo.

—Sea quien sea, debemos aprovechar la ocasión —opinó Cailen.

—Apenas terminamos de despedir a nuestros muertos, pero es la mejor forma de honrarlos —lo secundó otro príncipe gealach, aunque todos los presentes asintieron.

A pesar de la extenuante jornada padecida y del espíritu minado a causa de la pérdida de tantos compañeros, poco tiempo después, todos los hombres, aun viniendo de distintos reinos, se unieron en aquel claro en un único ejército, dispuestos a dirigirse hacia La Espina y derrotar a los Vākh.

Encabezaban la marcha los príncipes gealach, junto con Nasier y Maicoh, quien los guiaba hasta el lugar donde estaba siendo atacado el enemigo. En cualquier caso, no tardaron en divisar el fulgor de la batalla, siendo las llamas lo que iluminaban la escena. Además, conforme se acercaban, el sonido ominoso del choque de las espadas y los gritos se elevaban, dejando de manifiesto el alcance de la contienda.

Cailen miró a su cuñado Zayev, quien le devolvió el gesto. Eran guerreros, llevaban la lucha en la sangre, y enardecía sus ánimos ese momento previo hasta desenvainar la espada. Pero, después, su destino quedaba en manos de ese filo, de su propia destreza, y la posibilidad de no regresar a casa, de no volver a los brazos de sus esposas, era una sensación que les helaba el alma. Era imposible bregar con aquel sentimiento, controlar ese temor que no existía mientras eran unos jóvenes en busca de riesgos y la excitación del peligro, antes de conocer a sus mujeres, la dicha de su amor...

—Mantente a salvo, hermano —le dijo de pronto Zayev.

—¿Acaso lo dudas? Tengo que ver el rostro de mi hijo al nacer —respondió con sonrisa triste y forzada—. Tú también —añadió, más serio.

—Acabemos con esto, deseo volver a Dagmar de una vez —remató con sorna, y Cailen se rio.

Fue el primero en picar espuelas y adentrarse en aquel infierno. La lluvia de flechas llameantes había cesado antes de su llegada, y el suelo estaba salpicado de cadáveres con alguna de ellas clavada y aún encendida; una alfombra de luceros terrenales y mortales.

Las distintas luchas ya eran a espada, y el enemigo era fácil de reconocer por aquella extraña marca oscura que recorría un lado de sus caras, de arriba abajo.

El heredero de Tarsus, a lomos de su caballo, buscó aquellos rostros marcados y comenzó a descargar su espada, desde lo alto, a diestro y siniestro, cercenando nuca y partiendo cráneos con la fuerza de su mandoble. Solía recibir una pequeña señal de agradecimiento por parte de

quien era liberado de tal ataque, pero Cailen apenas se detenía y volvía a golpear con su filo, una y otra vez, sin descanso.

Muerte, vísceras, quejidos... más muerte, carne segada, miembros mutilados; el olor metálico impregnando el aire, el rojo del fuego, y de la sangre... sangre por doquier, eterna.

El guerrero se vio inmerso en un círculo vicioso de devastación; era la única forma de sobrevivir. Todo se sucedía demasiado rápido a su alrededor, y él, situado en el ojo de la tormenta, se dejaba llevar por la endiablada corriente, por el ritmo preciso, trepidante y letal que marcaba su espada. Y seguía degollando, decapitando, ajusticiando...

De pronto, un golpe, una sacudida... Algo lo derribó y cayó al suelo desde su caballo, y se sintió aturdido durante unos instantes en los que solo esperaba el frío metal traspasando su piel, su cuerpo, su vida.

Empero el golpe no llegó, y pasado ese segundo de vulnerabilidad pudo recomponerse. Se apoyó en su espada para erguirse con rapidez, tras lo que la empuñó con ambas manos, poniéndose en guardia, dispuesto a defenderse, a atacar a quien se le acercaba en ese momento, pues era uno u otro, y él no tenía intención de perecer en aquellas montañas, tan lejos de su Adrienne.

Sin embargo, en ese rostro no había marca alguna recorriéndolo, ni era hostil aquella mirada que buscaba en sus ojos con urgencia un brillo de reconocimiento. No, no era un desconocido.

—¿Francis? —murmuró.

—Cailen... Gracias a los dioses —exhaló el guardia de Asbath, y ambos se fundieron en un fraternal abrazo lleno del alivio y la alegría de ver la cara de un amigo entre tanto enemigo.

Un grito cercano los alertó y se separaron, volviendo a la lucha. Compartieron una última mirada, el deseo y la esperanza de volverse a ver, con vida.

La batalla duró hasta el amanecer. Las primeras luces del alba iluminaron aquellas montañas sembradas de cadáveres, de un bando y de otro, quedando la necesidad de saber quiénes habían sobrevivido.

Una cosa sí quedaba patente, habían conseguido exterminar aquella plaga venida desde el otro lado del mar. Los habían aplastado desde ambos flancos, quedando atrapados, sin más escapatoria que la muerte.

Cailen, devastado y exhausto, se paseó por aquella planicie mientras algunos guerreros recuperaban los cuerpos de sus compañeros y los colocaban en una carreta para darles sepultura. Y los movían con cuidado,

porque a pesar de ya no contener vida, sí contenían sus almas, y había que ser respetuosos hasta darles el último adiós, hasta que pudieran partir en busca de la eternidad.

Entonces, escuchó un gemido, como un ruego por la vida, o por la muerte; una súplica para que llegase un fin, el que los dioses proveyeran. Cailen se acercó con premura y se arrodilló.

—Maicoh...

—Alteza...

El joven capitán lo miró con agradecimiento, anticipándose a una petición: que no lo dejase morir en soledad, pero el príncipe no pensaba consentir su partida si podía evitarla.

Revisó su cuerpo en busca de esa herida por la que se le escapaba la vida, y halló una situada en el costado, producto del filo de una espada y que sangraba profusamente. Sin dilación, comenzó a presionar con fuerza, provocando que el muchacho se quejara a causa del dolor. La piel trigueña de las manos del joven príncipe se tiñó de rojo al instante.

—¡Vosotros, ayudadme! —les gritó a aquellos guerreros que rescataban a sus muertos, quienes no dudaron en correr a su encuentro—. ¿Dónde...? —Trató de preguntar mientras lo alzaban, aunque sin apartar las manos de su cuerpo ni un instante.

—El lord Hæe está atendiendo heridos en aquella carpa. —Señaló uno de ellos.

—Griän... —murmuró con cierto alivio; si alguien podía salvar a Maicoh ese era él.

Lo colocaron con cuidado en aquella carreta donde reposaban los restos de sus compañeros, para poder transportarlo con mayor rapidez y que no pasase a formar parte de ellos.

Entraron en la tienda, llevándolo en volandas, y sin preguntar, lo tumbaron en la primera manta libre que vieron en el suelo.

—¿Cailen? —preguntó Griän a unos cuantos metros de distancia, aunque de inmediato volvió su atención a la herida que estaba suturando en la pierna de un guardia de Breslau. La alegría de comprobar que ambos se mantenían con vida era mutua, pero no había tiempo para eso.

—Te traigo a mi capitán —le dijo con un ruego en su voz—. Tiene una herida profunda en el costado —le explicó, y este comprobó que la taponaba con sus manos.

—Necesito una daga al rojo vivo —le pidió, dándole a entender que

precisaba de unos instantes más para terminar de atender a aquel paciente.

Cailen obedeció y les hizo una señal a sus hombres para que siguieran las indicaciones del joven. Griän, tras rematar la sutura, le dio ciertas pautas al guardia que lo estaba asistiendo para que finalizase la cura, y luego corrió en auxilio de Maicoh.

—Acércame la daga —le dijo al propietario, quien había colocado el filo en una hoguera cercana, mientras él colocaba un trozo alargado de madera en la boca del capitán para que lo mordiera y no se dañara la lengua.

El Príncipe de Tarsus seguía presionando, con fuerza, temiendo que sus intentos no hubieran sido suficientes para mantenerlo con vida, y Griän tuvo que insistir para que le dejase revisarlo. Rajó la tela del jubón con su propio cuchillo y sacudió la mano para que le entregasen el que estaba caliente para cauterizar el corte. La carne chisporroteó al entrar en contacto con el metal candente, y el capitán se desmayó a causa de la debilidad y el dolor.

—Griän, ¿vivirá? —Cailen se atrevió a preguntar, y el lord asintió con la cabeza.

—El Rey Trystan salvó así mi vida —le explicó, evocando viejos recuerdos. Luego se fue durante un momento para traer consigo un fragante ungüento que comenzó a extender sobre la herida.

No terminaba de hacerlo cuando alguien irrumpió en la tienda. Era Francis portando más hombres malheridos con ayuda de otros guardias, y el lord Häe le indicó con un gesto dónde podían dejarlos.

Viendo que por Maicoh no cabía más que esperar, Cailen fue en ayuda del capitán de Asbath, quien se alegró de volver a verlo. No obstante, se afanaron en acomodar a los heridos, tras lo que salieron en busca de más.

También fue momento de reencuentros. Zayev y Cailen no se habían separado demasiado, pero le habían perdido la pista a Nasier, aunque les tranquilizó confirmar que era él quien regía la despedida de los hombres que emprenderían el viaje hacia la eternidad por mediación del fuego, mientras que ellos entregaban a sus muertos al abrigo de la Madre Tierra.

Nuevas columnas de humo se alzaron con el cénit del sol de mediodía, y nuevas sepulturas horadaron las tierras de La Espina. Otra vez el mismo rito; otra vez la misma plegaria...

Sin embargo, no acababa ahí la lucha. Tras descansar y reponer fuerzas, algunos guardias conducirían carretas con heridos hasta Gunnar, para recibir los cuidados que ameritaban, y los supervivientes pondrían rumbo a Shyt. Allí anidaba uno de los gérmenes de aquella guerra, y no habría paz para

nadie a ese lado del Mar Istook si no atajaban con él de raíz.
Y después, los dioses proveerían...

Capítulo 39



Un brillante fulgor despertó a Raleigh, aunque no era el resplandor del amanecer lo que entraba por su ventana; todavía era noche cerrada. No, aquel brillo rojizo era producto del fuego.

Alarmado, se levantó de la cama y se vistió a la carrera, tras lo que salió del torreón para dirigirse a las almenas. Desde lo alto pudo comprobar lo que sucedía: les estaban asediando. Una marea roja de antorchas encendidas bordeaba las inmediaciones de la muralla, y a la cabeza pudo ver al traidor de su hermano. Maldito fuera...

Sabía que había acudido a Gunnar en busca de ayuda, pero que hubiera conseguido volver a Shyt, solo podía significar una cosa: que la barrera que formaban los hombres de Vākh en La Espina no había podido contenerlos y, a esas alturas, la guardia de Khawf sería un puñado de cenizas esparcidas por el viento de aquellas agrestes montañas.

Al menos, confiaba en que la decisión de enviar al grueso de sus tropas a atacar Los Lagos hubiera sido un acierto que sospechaba no disfrutaría. ¿Cómo resistir tal asedio con tan mermado ejército?

De repente, divisó movimiento en el portón principal. Alguien desde el interior lo estaba haciendo descender, aunque no alzaron el rastrillo. Entonces, Nasier cruzó el puente levadizo una vez que la madera cubrió el foso y se acercó a la puerta enrejada a hablar con el guardia que había accionado el mecanismo. No podía ser... ¿Estarían negociando una rendición?

Con premura, Raleigh se dirigió a los aposentos de su padre. Gracias a la curandera, estaba casi restablecido, y al entrar, lo vio portando su vestimenta real y deambulando por la estancia, notablemente preocupado.

—Padre... —lo llamó, acercándose a él, y este se giró, yendo a su encuentro con profunda inquietud.

—Estamos perdidos —le dijo, cogiéndolo de los hombros para sacudirlo, y el príncipe se zafó de él como pudo—. Todo esto es por tu culpa, y por la mía, por permitirte que me llenaras la cabeza con tu palabrería de charlatán.

—¿Charlatán? —inquirió contrariado—. Es tu hijo quien está a las puertas de este castillo, amenazándonos —añadió, señalando en la lejanía—. Él es quien nos ha traicionado, acudiendo en busca del enemigo.

—¿Qué enemigo? —le gritó su padre, mesándose los cabellos—. Tus ansias de poder te han cegado hasta el punto de quebrar una paz por la que hemos luchado durante generaciones.

—La paz es para los cobardes, y conformarse es cosa de necios —recitó con desdén.

—¿Por eso has mandado a mi ejército al suicidio al pretender invadir Los Lagos? —inquirió, decepcionado—. Reinar Gunnar cuando Josiah recibiera la llamada de los dioses no era suficiente para ti —lo culpó.

Raleigh apretó los dientes, furibundo, pero debía mantener la calma si quería controlar la situación.

—Solo hay que resistir un poco —le dijo, tratando de congraciarse con él—. Haré volver a la guardia, o incluso podemos recurrir a nuestros vecinos, al Reino de Almhim —agregó con repentino entusiasmo. Su padre, en cambio, lanzó un improperio.

—Has perdido el juicio... —el monarca lo estudió, dibujándose una desagradable mueca en su boca—, y a mí, esta maldita enfermedad me ha nublado el entendimiento, pero es algo que pienso remediar de inmediato —espetó de pronto.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó lleno de rabia.

Su padre lo miró de arriba abajo, sin responderle, y se mantuvo en silencio durante largos segundos en los que a Raleigh le podía la incertidumbre y la impaciencia, hasta que llegó un soldado... ¿Era el mismo que acababa de hablar con su hermano?

—¿Qué te ha dicho mi hijo? —le preguntó sin demora, y Raleigh se tensó.

—Si abdicáis en su favor, hará retirar al ejército gealach —le explicó, y el príncipe ahogó una blasfemia.

Maldito Cailen... Entrometido... Él era uno de los responsables de su caída, pero se aseguraría de arrastrarlo con él.

—Dile que suya es la corona y el poder que conlleva —recitó con solemnidad—, el que yo no he sabido manejar en este último tiempo —lamentó—. No deseo más derramamiento inútil de sangre.

—¡No! —le gritó Raleigh, sobresaltando a los dos hombres, aunque el rey se recompuso de inmediato.

—Ve, rápido —le pidió al guardia, y cuando su hijo trató de impedir que

cumpliera su orden, él se interpuso—. ¡No te atrevas a cuestionar mis decisiones! —le advirtió, en tono amenazante—. No solo soy tu padre y me debes un respeto; soy el soberano de estas tierras, ¡tu rey!

Y de súbito, Raleigh sacó una daga de su cincho y se la clavó a su padre, en el corazón. El rictus del monarca se crispó en una mueca mortal, y aunque se arrancó el cuchillo del pecho, que cayó con un golpe seco en el suelo, sabía que estaba perdido.

—Tenías razón, padre —recitó Raleigh con desdén—. Nunca tengo suficiente. Tu corona será mía.

Con ambas manos en el pecho, el rey cayó de rodillas, fulminado por el dolor infligido por la daga y por su propio hijo. Y, de repente, Nasier irrumpió en la habitación acompañado del soldado.

—¡Padre! —gritó al verlo en semejante estado. Tenía el pecho ensangrentado y un reguero carmesí bajaba por su barbilla desde la comisura de los labios, y miraba a su primogénito con un lamento en la mirada—. ¡Ve a por la curandera! —le ordenó al guardia, quien dudó unos instantes al comprender que poco se podría hacer por el soberano, aunque salió a la carrera.

El príncipe también corrió hacia su progenitor con la intención de socorrerlo, aun sabiendo que era inútil. De hecho, el rey solo alcanzó a quitarse su sello real del dedo y ofrecérselo.

—Larga... vida... al rey —recitó con voz rasposa, pues la sangre gorgoteaba en su garganta. Y dicho esto, cayó muerto en su regazo.

—¡Padre! —chilló Nasier, sacudiéndolo, en vano—. Lo has matado... —siseó fulminando a su hermano con la mirada, enrojecida a causa de la aflicción y la rabia.

Despacio, dejó el cuerpo maltrecho de su padre en el suelo y se puso en pie. Luego, desenvainó su espada y apuntó a Raleigh. El desprecio con el que miraba a su hermano era infinito, pero este se sonreía, hilarante, como si todos sus deseos se estuvieran tornando en realidad.

Entonces, también sacó su arma, y Nasier apenas podía creer que quisiera enfrentarse con él.

—¿Hasta dónde llega tu demencia? —inquirió asqueado—. Ríndete.

—¿Piensas que después de todo lo que he hecho voy a detenerme ahora? —replicó con suficiencia y en guardia, sosteniendo su mandoble con ambas manos—. Soy muy consciente de que me he vendido al Rey Tirano, pero no me importa con tal de reinar en su nombre a este lado del mar, empezando

por Gunnar...

—¿Cómo puedes ser tan iluso? —bramó, mirando el cuerpo sin vida de su padre—. ¡Lo has sacrificado todo por nada! Meissen está a salvo, igual que Gunnar... Las tropas venidas de Vākh son historia.

—Haré que el Rey Khawf envíe refuerzos —masculló, apretando los dientes—. Marcharemos victoriosos sobre Los Lagos —le aseguró, y la expresión de Nasier se ensombreció al escucharlo—. ¿Dónde crees que está nuestro ejército? —alegó con prepotencia y malicia—. ¿No te has preguntado por qué te ha sido tan fácil alcanzar nuestra muralla? —Rio como un trastornado—. Y también envié a parte de los guardias de Khawf a Los Lagos, a apoyarlos.

Esa aseveración descolocó a Nasier al no haberlo imaginado. Pensaba que sus hombres habían regresado al castillo, no que se dirigían al norte, a atacar al Rey Nicholas. Sin embargo, se esforzó para que su hermano no se diera cuenta y lanzó una malsonante carcajada a su costa que chirrió en los oídos de Raleigh, quien bufó, ofendido.

—Los Lagos resistirán porque su ejército ha vuelto a casa —mintió el heredero, aunque su hermano no tenía forma de saberlo—. Esa batalla está perdida.

—No me has vencido —masculló, apretando los dientes—. Reinaré Gunnar por derecho. Edwina es mi esposa —le recordó—, y me importa muy poco que te hayas revolcado con esa zorra traidora —sentenció.

—¡Te prohíbo que hables de ella en esos términos! —se exaltó Nasier, y su hermano se carcajeó con ganas.

—Te ha engatusado, ¿verdad? —se burló—. Es muy buena en la cama; hice un trabajo excelente con ella —se jactó, y Nasier apretó las manos sobre la empuñadura de su espada, reprimiendo los deseos de partir en dos a aquel canalla—. En cualquier caso, sigue siendo mi esposa, y mía será la corona de Josiah —dijo con desprecio—. En cuanto acabe contigo, me proclamaré Rey de Shyt, y luego, me encargaré de ella, le haré pagar por su engaño. Obligaré a su padre a entregarme su reino y controlaré toda la costa...

—Edwina ha renunciado a la corona en favor de Adrienne —lo cortó. Josiah les comunicó los deseos de su hija antes de que partieran a la lucha, y sabía el duro golpe que supondría para los planes de Raleigh.

—¡Esa perra! —gritó, iracundo. Le temblaban tanto las manos a causa de la furia que casi se le cae la espada, pero se recompuso y volvió a apuntar hacia Nasier, quien se fingía relajado pese a tener todos los nervios alerta—.

Los gealach ni siquiera creen en nuestros dioses... ¡Esa escoria pagana no pude gobernar Gunnar!

—Ni tú tampoco —se mofó con la única intención de provocarlo.

—Eso lo veremos —farfulló, y alzó su arma sobre su cabeza para asestar el primer embate de ese encuentro que finalizaría con la muerte de alguno de los dos.

Nasier repelió aquel golpe alto elevando también su espada, resistiendo la presión que ejercía Raleigh con la suya. Sus rostros se acercaron, y el heredero de Shyt sintió un escalofrío recorriendo su espalda al ver tanto odio en los ojos de su hermano. No, ese hombre ya no lo era; era un completo desconocido, o peor, su mayor enemigo, y la sangre que compartían ya no era un vínculo entre ellos.

Empujó con fuerza para deshacerse de su ataque, y ambos comenzaron a deambular formando un círculo, uno frente al otro, midiéndose. Nasier conocía bien la manera de luchar de Raleigh. Era diestro con la espada, pero seguía siendo presuntuoso y fanfarrón, y esa misma arrogancia sería su perdición. Porque el joven heredero le permitía ganar terreno, aunque lo mantenía bajo control. Y Raleigh creería que lo estaba derrotando, porque la rivalidad entre ellos había existido desde pequeños, y Nasier jamás se dejaría vencer, ni le daría la más mínima ventaja, por lo que su hermano menor se iba confiando cada vez más, con cada golpe que le lanzaba y que él fingía soportar a duras penas.

—Detén esta locura, Raleigh —le dijo, y la respuesta fue una carcajada, acompañada de otro lance.

—¿Acaso temes morir? —se jactó, resonando el choque de las espadas una y otra vez—. Eres tú o yo —sentenció categórico—. Yo jamás te aceptaría como mi soberano, te traicionaré en cuanto tenga la ocasión —le aseguró—. Y tú siempre me odiarás porque la mujer que amas me pertenece, y nunca será tuya mientras yo viva.

Y acompañó aquellas palabras con una serie de embates, rápidos y potentes, por lo que Nasier tuvo que esmerarse para contenerlo. Respondió de igual modo, ya era tiempo de poner las cartas sobre la mesa, y la lucha se tornó enérgica, vigorosa y letal. Raleigh pronto se dio cuenta de la superioridad de su hermano y trataba de recuperar terreno, pero el heredero no le daba tregua.

Entonces, el menor de los jóvenes hizo una finta y fingió que perdía el equilibrio, cayendo cerca del cuerpo sin vida de su padre. Nasier se alarmó,

pero estaba lo bastante alerta como para percatarse de la ruin maniobra de Raleigh, quien en ese instante rescataba del suelo la daga con la que le había dado muerte a su progenitor. Con ella en la mano, trató de levantarse, con premura, dispuesto a clavársela a su hermano. Sin embargo, fue más rápido que él, y su instinto hizo que alargase el brazo y con la punta de su espada le atravesó el pecho.

Raleigh boqueó, derrumbándose en el suelo, y Nasier arrojó la espada y se arrodilló a su lado para sostenerlo.

—Maldito seas —sollozó, taponándole la herida que él mismo le había infligido—. ¡Ayuda! —gritó.

Raleigh se llevó una mano al torso y su mano se tiñó de carmesí. Lanzó una carcajada irónica, acompañada por un ataque de tos.

—¡A esto nos ha conducido tu locura! —exclamó Nasier, mirando de vez en cuando hacia la puerta, ansioso por esa ayuda que no llegaba.

—No podía ser de otra manera...

—No digas ni una palabra más —le exigió—. No malgastes energías.

—Ya es tarde —gimoteó, vomitando sangre—. No hay salvación para mí, ni para mi cuerpo ni para mi alma.

Nasier lanzó un improperio, sabiendo que era verdad.

—Sé que no estoy en posición de demandar nada, pero necesito pedirte un favor —dijo titubeante, aunque no esperó a que le contestara—. No... no me quemes en la misma pira que a padre —le rogó, con la mirada perdida y anegada en lágrimas—. No tengo perdón, y me avergonzaría encontrarlo en mi último viaje.

—Necio... —gimió—. A pesar de todo, padre jamás te dejaría desamparado.

—¿Por eso estás aquí, para que no parta solo? —preguntó en un susurro, comenzando a temblar.

—Cállate de una vez, reserva tus fuerzas —le ordenó, presionando sobre la incisión de su pecho—. ¡Auxilio! —volvió a gritar, desesperado.

—Que los dioses del Kratvah os guíen... Majestad. —Le escuchó decir, y a Nasier se le partió el corazón.

—Raleigh... —murmuró, y al no recibir respuesta lo sacudió—. ¡Raleigh! ¡¡Hermano!!

Con las primeras luces del alba, una pira funeraria comenzó a arder en el

patio de armas. Frente a ella, con la mirada vidriosa y fija en las llamas, Nasier recitaba aquella antífona con la que despedía a su padre y su hermano. La sangre de ambos aún cubría sus ropas.

Los habitantes del castillo se habían hecho un hueco para darle el último adiós a su rey, y también como muestra de apoyo a quien se había convertido de modo tan trágico en su soberano. Sus compañeros de batalla también se encontraban en la plaza, y allí permanecieron hasta el final, hasta que ambos cuerpos se convirtieron en cenizas.

Cailen fue el primero en expresarle sus condolencias, pues en cierto modo estaban emparentados. A decir verdad, todos esperaban que Raleigh dificultase las cosas, pero la esperanza de que ambos recapacitasen también existió, y lamentaban la forma tan funesta en la que había finalizado el asunto.

—Os agradezco que queráis acompañarme en estos momentos —les dijo el ahora rey, muy honrado con su gesto—, pero Los Lagos precisan de ayuda —les informó.

—¿Por qué? —inquirió Francis.

—Mi hermano ordenó a nuestros hombres y a parte del ejército del Rey Tirano que atacasen el castillo.

—Que los dioses nos asistan... —exclamó Zayev.

—Voy a redactar en este instante un documento para que mis tropas se retiren. El primero que sellaré como soberano de Shyt —lamentó—. Sin embargo, yo no tengo potestad sobre los hombres de Vākh. Espero que comprendáis que... Me gustaría ser yo mismo quien detuviera a mi ejército, pero... —El joven extendió los brazos con impotencia, mirando a su alrededor. Su reino estaba al borde del colapso.

—Danos ese documento —decidió Cailen, palmeando su hombro—. Nosotros nos encargamos del resto.

Nasier asintió, y apenas una hora después despidió desde el portón principal a aquellos hombres con los que había forjado un vínculo indeleble. Tenía la certeza de que se volverían a ver, aunque confiaba en que fuera en mejores circunstancias.

Alzó la vista al cielo y pidió por el alma de su padre y su hermano, y también rogó a los dioses para que no fuera demasiado tarde; para que, pese a las jornadas de distancia entre los dos territorios, llegaran a tiempo de impedir la última ruindad de su descarriado hermano: la devastación del Reino de Los Lagos.

Capítulo 40



Los primeros rayos de sol iluminaron el rostro de Erick. Desde la ventana de sus aposentos, apoyado en su muleta, observaba el alzamiento del astro, rompiendo aquella noche cuya atmósfera enrarecida contagiaba a todo el castillo.

A lo lejos, aunque no tanto como desearía, aún refulgían los rescoldos de las hogueras y las casas incendiadas de los habitantes del reino que sufrían los ataques por parte de Shyt y el ejército del maldito Rey Tirano. Muchos aldeanos habían conseguido escapar y seguían acudiendo hasta las puertas del castillo en busca de refugio, una protección que no dudaban en brindarles. Sin embargo, la situación comenzaba a desbordarles y en breve terminarían con todas las reservas del castillo, mientras que la gente comenzaba a hacinarse en las casas situadas en el interior del anillo amurallado. La generosidad de su gente no tenía límites y daban cobijo bajo su techo a cuantos podían, pero era imposible sobrellevarlo por mucho más tiempo. Además, los ánimos estaban muy caldeados, pasando de la exaltación al pesimismo en un instante y crispando el ambiente.

El regreso de Nigel y de parte de la guardia que partió semanas atrás hacia el sur había supuesto un soplo de entusiasmo para todos, máxime cuando no sabían qué había sido de ellos, incluso habían temido lo peor. Además, la reciente llegada de Patrick al frente de una tropa venida de Asbath renovaba las esperanzas de vencer. No obstante, una nueva oleada de ataques produjo el mayor éxodo hasta entonces de aldeanos que acudían en busca de asilo, y supieron así que Shyt y Văkh habían aunado fuerzas, y que se dirigían como marabunta destructiva hasta el castillo de Los Lagos.

Erick suspiró, y su pensamiento voló hasta más allá del Mar Istook, más allá del horizonte... ¿Cómo estarían sus padres? ¿Y los demás? ¿Seguirían vivos?

La ausencia de noticias lo desesperaba, pues ni siquiera sabía si el Rey

Josiah había podido enviar hombres en su rescate. Con la información que Nigel le había hecho llegar era fácil suponer que esa guerra se había extendido más allá de La Espina, pero todo se basaba en eso, en meras especulaciones. Lo único que Erick sabía con certeza era que el castillo no aguantaría mucho más y que sería difícil resistir un ataque directo. Su ejército estaba mermado, repartido por los reinos colindantes, y los súbditos de Nicholas eran gente de campo, y él no se atrevía a pedirles que sostuvieran una espada.

De pronto, el toque de una mano en su hombro lo sobresaltó.

—Perdona, no quería alarmarte —le susurró Claire.

Sin embargo, él se la llevó a los labios para besarle la palma y luego la apoyó sobre su pecho desnudo, apretándola contra él. Sentir el calor de su mujer era el mejor bálsamo.... Y como si su esposa le hubiera leído el pensamiento, le rodeó la cintura con ambos brazos y pegó la mejilla en su espalda.

—No te preocupes. Cualquier cosa me sobresalta estos días —murmuró él, soltando un pesado suspiro—. También te he notado muy agitada esta noche.

—Esto nos afecta a todos —se lamentó ella.

—Sí... y no sé qué hacer para remediarlo —admitió con pesar.

—Sí lo sabes —objetó su esposa—, pero no te crees con derecho a ello —rememoró lo que tantas veces habían hablado en aquellos días.

—Soy el primo del rey de estas tierras, ¿eso me da derecho a decidir sobre sus vidas? —fue su justificación, como de costumbre.

—Alguien está decidiendo por ellos —le recordó—. Y desconocen el alcance del ataque por parte de Shyt —apuntó, y Erick chasqueó la lengua porque sabía de lo acertado de su afirmación—. Creen que aquí están a salvo, que el ejército de Los Lagos en su totalidad está ahí fuera, apoyado por el de Asbath, frenando la amenaza, y no es verdad. Están disgregados entre varios reinos y...

—Soy consciente de ello —se quejó.

—Pero ellos, no —objetó—. Y si tuvieran conocimiento del peligro real que se cierne sobre nosotros, tal vez ellos mismos se alzarían para defenderse. No les prives de la posibilidad de hacerlo. Háblales. Nicholas lo haría de estar aquí.

Erick resopló. Se sostuvo en la muleta y se dirigió a un butacón para tomar asiento y descansar la pierna, que aún le dolía horrores si permanecía demasiado tiempo en pie. Le molestaban hasta las calzas que llevaba puestas

en ese momento, maldición...

—Nicholas estaría ahí fuera, dirigiendo en persona a sus hombres —farfulló, contrariado.

Entonces, Claire caminó hasta la butaca y se arrodilló frente a su marido, acariciando con suavidad su pierna injuriada.

—Sé bien que la impotencia al no poder unirse a la lucha te desespera —murmuró ella, comprensiva—. Aunque no lo creas, nadie espera que lo hagas, pero sí debes guiarlos, desde aquí. ¿Para qué si no Nicholas te dejó al frente de su reino? Para que tomes ese tipo de decisiones por él.

El príncipe suspiró pesadoso, aunque asintió.

—Hablaré con ellos —accedió—. Les informaré de la situación y serán libres de actuar tal y como crean conveniente.

Claire se irguió para darle un cálido beso y le sonrió, sintiéndose orgullosa de él.

—Ayúdame a vestirme —le pidió, aunque el joven no terminaba de levantarse cuando llamaron a la puerta.

—Disculpadme, Alteza...

—¿Patrick? Un segundo —le dijo, haciéndole una seña a su mujer para que abriera con premura. Ella obedeció, ajustándose el chal con el que cubría sus hombros.

—Perdón por la intrusión —se disculpó el joven, apurado, pero ella lo hizo pasar.

—¿Qué sucede? ¿Noticias de Nigel? —inquirió Erick preocupado, mientras se le acercaba con una acusada cojera. Que Patrick acudiera a sus aposentos a esas horas solo podía significar problemas. De hecho, el soldado negó al no saber nada del capitán de Los Lagos, lo que minó las esperanzas del príncipe.

—Quería comunicaros que parto con el resto de la guardia, al sur. Vamos a su encuentro —le anunció con expresión grave—. El cerco enemigo se está estrechando y no podemos permitir que se aproximen más a nuestras murallas.

—Con vuestra marcha, se va nuestra última defensa —apuntó Claire, inquieta.

—Así es, Alteza —concordó con aflicción—. Pero debemos mantener la lucha fuera, aquí hay demasiada gente inocente.

—Gente que, tal vez, quiera unirse a vosotros... —murmuró Erick, sintiendo que aquel paso no debía esperar más—. Voy a explicarles la

situación a los aldeanos, y si alguno quiere seguiros, será libre de hacerlo —le comunicó, y aunque el guardia recibió la noticia con pesar, era consciente de que toda ayuda era poca—. Por favor, preparad algún tipo de plataforma desde la que pueda dirigirme a ellos. Bajaré en unos minutos.

Sin poco más que decir, Patrick hizo una reverencia y se marchó. Una vez se quedaron solos, Claire abrazó a su esposo, en un intento de infundirle ánimo, gesto que él agradeció.

—Ayúdame a vestirme —volvió a pedirle, con voz temblorosa, rogándoles a los dioses que le dieran fuerzas para dar tan difícil paso.

Ver el patio de armas tan lleno de gente impresionó al príncipe. Con caminar titubeante y apoyado en su muleta, se abrió paso entre el gentío, quienes habían dejado una especie de sendero hasta el púlpito instalado por los guardias. La atmósfera que se respiraba a su alrededor era tensa, cortante, como si todos contuviesen la respiración, a la espera de sus palabras, y estas eran tan descorazonadoras...

Después de subir al estrado con ayuda de Patrick, quien se colocó detrás de él, alzó la vista hacia uno de los torreones, desde el que le observaban Claire y Gabrielle, pues él les había pedido expresamente que así lo hicieran. A decir verdad, no sabía cómo recibiría el pueblo aquella noticia, temía que se exaltaran, y no quería que ellas corrieran riesgo alguno.

Erick tomó aire y estudió los rostros de aquellas pobres gentes. Eran la viva imagen de la incertidumbre, el miedo y, al mismo tiempo, de la esperanza. Lo miraban como si sus destinos dependieran de él, de lo que tuviera que decirles, y en cierto modo así era. ¿Y cómo hacerlo? ¿Cómo explicarles la verdad más allá de las murallas?

—¿Es cierto que el enemigo se está acercando al castillo? —preguntó de pronto una voz anónima entre la muchedumbre, sorprendiendo al príncipe.

—¿Por qué se marchan los guardias? —inquirió una mujer.

—¿Nos abandonan aquí? —demandó otra, y Erick levantó las manos, clamando sosiego.

—Es por eso que me presento ante vosotros, para ponerlos al corriente de los últimos acontecimientos.

Se giró un segundo hacia Patrick, quien seguía detrás de él, aunque cerca, como muestra de apoyo frente a los presentes, y volvió a coger aire.

—Tal y como sospecháis, nuestro ejército no está siendo capaz de contener

al enemigo y...

No pudo continuar; las exclamaciones que se alzaron entre la multitud eran ensordecedoras, y el temor empezó a dominarlos.

—Calmaos —les pidió—. ¡Calmaos, por favor! —Tuvo que gritar para hacerse escuchar sobre todas sus voces—. Solo los dioses saben cuánto lamento que nos encontremos en esta situación. —Pudo decir cuando por fin se dio el silencio—. Es cierto que la guardia parte para tratar de vencer a Shyt de una vez por todas, así que me veo en la obligación de presentaros las únicas opciones que considero factibles. Primero de todo, este castillo es vuestro hogar, por lo que podéis permanecer aquí el tiempo que estiméis oportuno —les aseguró—. Otra opción es huir al norte, a Asbath.

Un murmullo de rechazo no se hizo esperar por parte de la gente.

—¡Ya nos echaron de nuestra casa! —gritó alguien—. ¡Pero no nos echarán de nuestra tierra!

Y las voces se alzaron apoyando esa afirmación. Erick volvió a sacudir las manos pidiendo silencio.

—Nicholas me dejó al frente de este reino en su ausencia, no obstante, no me encuentro en disposición de pedirlos que luchéis cuando yo mismo no soy capaz de sostenerme en pie sin esta condenada muleta —añadió, apretando los dientes y maldiciendo su mala suerte—. Sin embargo, existe esa opción, y quien quiera unirse a Patrick y la guardia, es libre de hacerlo.

—¡¡Sí!! —chillaron algunos hombres, levantando un puño.

Erick miró un instante a Patrick, pesaroso. No eran más que campesinos, era un suicidio, pero tenían derecho a pelear por su libertad si era lo que querían. Y de repente, llamó su atención cierto barullo que se daba al otro lado de la plaza.

Tanto el príncipe como el guardia otearon en aquella dirección, tratando de averiguar qué sucedía, y vieron que algunos soldados, encabezados por Bruc, custodiaban a varios hombres, conduciéndolos, con las manos a la espalda y a punta de cuchillo, hasta el púlpito.

Entonces, Patrick lanzó una exclamación y se adelantó unos cuantos pasos, hasta el borde del estrado.

—¡Flavus! —gritó cuando Bruc lo presentaba ante ellos.

—¿Lo conoces? —le preguntó su compañero.

—Sí, sí. Lidera a la gente que sobrevivió a la guerra con Adamón —le dijo, pero nombrar aquel reino causó la indignación entre los presentes—. Tranquilos, son hombres de paz —les aseguró mientras Flavus lo miraba con

alivio—. Los cuchillos son innecesarios —agregó además, dirigiéndose a Bruc, quien, aun con reticencia, apartó el filo de su cuerpo y le soltó las muñecas.

Entonces, Patrick hizo un gesto con su mano y el resto de guardias liberó a los demás.

—Amigo Flavus, es mal momento para venir a conocer al Rey Nicholas —le advirtió con seriedad, mientras el recién llegado se restregaba las muñecas—. El reino se halla...

—Lo sé —respondió, categórico—. Sabemos que estáis siendo atacados.

Patrick lo miró con extrañeza, aunque aguardó a que continuara. Vio que daba un paso adelante, situándose frente a Erick, tras lo que hizo una profunda reverencia que sorprendió a todos, incluso al príncipe.

—Alteza, tal y como ha anunciado vuestro guardia, mi nombre es Flavus —se presentó, irguiéndose—. Desde que el Rey Nicholas venció a Hrodgar, yo he liderado con humildad y el favor de los dioses a los campesinos que sobrevivimos a las tropelías del Rey Balkar y a aquella batalla.

—Yo lo conocí hace algunas semanas y lo que dice es cierto —le informó Patrick—, cuando custodié a aquellos traidores que Ethel señaló en su lista hasta las mazmorras de Adamón —añadió—. Durante el reinado de Balkar vivían relegados en las Tierras Altas, pero ahora que son libres han construido sus casas dentro del recinto amurallado, y viven en paz y armonía.

—Comprendo —asintió Erick—, aunque sigo sin entender qué os trae hasta aquí, sobre todo si sois concedores de la situación tan desfavorable por la que atraviesa el reino, este castillo. Así que os recomiendo que volváis a la seguridad de vuestra patria.

—Precisamente, por eso estamos aquí —insistió Flavus, echando una mirada hacia atrás, a sus compañeros, quienes asentían—. Somos gente de bien, pero sin patria, y siempre nos hemos preguntado por qué el Rey Nicholas nunca reclamó Adamón, tal y como le correspondía por derecho.

Erick y Patrick compartieron miradas de asombro e incredulidad.

—Nicholas es como mi hermano, lo conozco bien —aseveró el príncipe—, y jamás ha considerado como una opción el someteros para que aceptéis su soberanía. La sangre, la violencia, no son una vía para la obtención del respeto; solo habría conseguido vuestro temor, y él no es como Balkar.

—Aunque ha sido un poco tarde, hemos reparado en ello —Flavus concordó con él—. Sin que el Rey Nicholas fuera consciente, hace dos años nos liberó de la tiranía de Balkar, y si bien la libertad es un plato goloso, los

hombres necesitan ser liderados, y nosotros no somos menos; para ello me han estado utilizando a mí. Sin embargo, sí tenemos un soberano y lo aceptaremos como tal.

Aquella afirmación sorprendió a los presentes, era difícil darle crédito y comenzaron los cuchicheos a su alrededor.

—Sabemos de la generosidad del rey —continuó Flavus—, tanto por lo que narran las buenas y malas lenguas y porque, precisamente, jamás ha pretendido imponer su voluntad sobre nosotros. Es por eso que queremos devolverle el gesto, y hemos viajado hasta aquí para ofrecer nuestra ayuda, nuestras manos, en todo lo que sea posible.

—¿Perdón? —inquirió Erick.

—Algunos saben luchar, otros cocinar, cuidar enfermos...

—¿Por qué? —insistió—. Disculpa mi desconfianza, pero creo que muchos aquí comparten mi misma inquietud —admitió, y algunas voces se alzaron dándole la razón.

—Primero por un motivo meramente estratégico —admitió— Si caen Los Lagos, luego vendrá Asbath y por último Adamón —enumeró, y Erick no pudo menos que asentir—. Y segundo, porque hoy somos nosotros los que ayudamos al Rey Nicholas, pero estamos convencidos de que si un día es al contrario, Su Majestad nos auxiliaría.

—Que no os quepa la menor duda —sentenció el príncipe.

—Entonces, permítidme que vaya a avisar a todos los hombres que permanecen a la espera, en la parte norte de la muralla —le pidió, y Erick lo miró con extrañeza por enésima vez desde que había llegado—. Nosotros solo somos una pequeña representación —le aclaró señalando a sus compañeros, con un deje de diversión al causar tanto desconcierto.

—En ese caso, comunícales que son bienvenidos. Que pasen y se repongan de tan largo viaje —recitó el joven con cierto aire ceremonioso—. Y después, hay tanto por hacer en este castillo que no les va a faltar ocupación.

—Nosotros partimos esta misma tarde —intervino Patrick, alzando la voz para que todos le escucharan—. Quien quiera luchar y no tenga arma, que pase por el cuartel de guardias y se le proveerá una.

Erick sintió una punzada en el pecho al pensar en todos esos hombres que empuñarían una espada por primera vez en esa maldita guerra y que tal vez no regresarían con vida.

—Lo conseguiremos, Alteza —Patrick interrumpió de pronto sus pensamientos, y él asintió—. Los antiguos guardias de Adamón que se unan a

nosotros serán un buen refuerzo.

Y debía reconocer que tenía razón. Quizás, la llegada de Flavus y su gente fuera un giro inesperado a su favor. ¿Sería esa la respuesta de los dioses a tantas súplicas?



A pesar de lo avanzado del otoño, aquel sol de justicia golpeaba en sus rostros sin piedad, y el salitre del mar que se adhería a su piel la volvía tirante y pegajosa. Definitivamente, ellos eran hombres de montaña, guerreros que precisaban tener los pies en el suelo, y la cubierta de aquel navío, inestable al vaivén del oleaje, los situaba fuera de su elemento: la tierra.

Hrolf emergió por la escotilla de las profundidades de aquel navío, pálido a pesar de su piel trigueña. Sin embargo, hizo de tripas corazón y se reunió con Teekon, quien conversaba cerca del castillo de popa con Morgan. Él era el hombre que el Rey Josiah había nombrado como capitán de la expedición, y Hrolf agradeció que el estómago del guardia fuera más resistente que el suyo, porque, si por él fuera, habrían dado media vuelta cuando aún no había desaparecido de la vista la costa de Gunnar.

—¿Te encuentras mejor? —se interesó el otro príncipe gealach al verlo aparecer, aunque, al recién llegado no se le escapó cierto tono divertido a su costa.

—No tengo ánimos ni para entrar en tu juego —le dijo, sacudiendo la mano con fingido desinterés, mientras con la otra se sobaba el estómago en un gesto exagerado que hizo reír a los dos hombres.

—¿Habéis probado con las manzanas verdes? —le preguntó Morgan, condescendiente.

—Y con el dichoso jengibre —respondió haciendo una mueca desagradable, tanto como le resultaba el sabor de aquella raíz—. ¿Cuándo arribaremos a Vākh? —inquirió, aunque ya supiera la respuesta.

—Si el viento y los dioses nos son favorables, mañana por la noche —le recordó de todos modos el capitán—, y os recomiendo que os coloquéis en proa. Ver el rumbo hacia el que se dirige el barco os ayudará a encontrar el equilibrio.

—De acuerdo —le agradeció la indicación.

—¿Te acompaño para que no te caigas por la borda? —se burló Teekon, y su compatriota le enseñó un puño.

—Ya ajustaremos cuentas cuando llegemos a tierra y deje de bambolearme como una nenaza —le advirtió, aumentando el divertimento de su amigo.

No obstante, la risotada que lanzaba al viento quedó interrumpida por un graznido que se pudo apreciar, lejano, pero que rompía el suave sonido de la brisa. Los tres hombres se pusieron alerta, expectantes ante la llegada de esas noticias por las que aguardaban. El destinatario de aquel mensaje fue Teekon, el mismo que había enviado el cuervo a Väk, a Brandon, advirtiéndole de su partida y de la situación en Gunnar, de forma escueta aunque precisa.

E igual de concisa era la información que portaba el ave engarzada a su pata, a la vez que esperanzadora. El diminuto papiro fue pasando de mano en mano, hasta llegar a Morgan. Tras leerlo, suspiró con alivio y, de pronto, comenzó a arrugarlo entre los dedos, formando como un pequeño garbanzo con él.

—Extended vuestro brazo —le pidió a Hrolf de repente, quien obedeció aunque compartiendo una mirada de extrañeza con Teekon.

Morgan, en un movimiento hábil, introdujo la bola de papel bajo el brazalete que el guerrero portaba en una de sus muñecas, sobre su pulso, ajustando después aún más la banda de cuero para comprimirlo y que lo notara en su piel.

—Me lo enseñó mi abuelo, aunque no había tenido ocasión de comprobar si funcionaba, hasta ahora —le explicó, con cierto tono grave en su voz.

Hrolf, por su parte, y de forma sorprendente, se sintió bien al instante, tal vez por aquel truco tan antiguo como el propio mar o por lo que significaba en sí aquel pequeño pergamino que presionaba contra sus venas.

Que Nicholas y Trystan siguieran con vida; el plan que se estaba gestando en Väk y que podía concederles la victoria; sentir que podían tocarla con la punta de los dedos... Todo aquello era un remedio infalible, mejor que cualquier truco de anciano.

Capítulo 41



Habían esperado que se hiciera noche cerrada para organizar aquella reunión clandestina en el cuarto de Pelko.

Agatha había vuelto a hablar con Nicholas en las mazmorras al servirles la cena y lo había puesto al tanto de los últimos acontecimientos. Era la única mujer presente en la habitación, y a pesar de que Brandon sabía que no había motivos para desconfiar, no se separó de ella ni un instante.

Por suerte, sabían de antemano que podían contar con la parte de la guardia que apoyaba a ÆaGhal. Además, seguían en posesión de las llaves, y las usarían cuando llegase el momento oportuno.

Brandon, por otra parte, había vuelto a recibir otro cuervo, confirmándoles cuándo arribarían los barcos venidos de Gunnar. La batalla final comenzaba a gestarse sin que Khawf tuviera conocimiento alguno de ello.

—En cualquier caso, en estos momentos, nuestra flota es el punto fuerte de Vākh y, al mismo tiempo, el más débil —apuntó el fiel amigo de ÆaGhal, de forma críptica.

—Todos los recursos del reino están siendo cargados en esos barcos —indicó uno de sus guardias como aclaración—, a la espera de zarpar.

—Cosa que no harán —remató Pelko, para asombro de Agatha y Brandon—. Hay que destruirlos, de paso que los convertimos en el centro de atención de los soldados de Khawf para que vuestro ejército pueda atracar en el puerto sin ser advertidos.

—Por lo que también deberemos encargarnos de las torres vigías —propuso otro hombre.

—Quiero pensar que tenemos un plan —aventuró Brandon, no sin preocupación al comprender que existían demasiados flancos abiertos y que ellos debían controlar.

Sin más dilación, Pelko asintió y pasó a narrarle todo lo que había estado planificando con el resto de hombres que simpatizaban con el heredero al reino.

Una hora después, el guardia de Asbath acompañaba a Agatha hasta los cuartos de las esclavas. El joven caminaba meditabundo, y la princesa lo

observaba en silencio. No cabía duda de que el plan de Pelko era arriesgado, peligroso y un tanto frágil, pues el más mínimo error podría significar el fracaso y, por ende, la muerte de todos ellos.

Brandon se sentía como un pez fuera del agua. Tenía muy claro su cometido, su parte a cumplir en aquel descabellado plan, pero ninguno de esos hombres le inspiraba confianza, cosa que era mutua, y le costaba mucho creer que alguno de ellos le protegería las espaldas de ser necesario, y eso era vital en cualquier contienda; las guerras las ganan los ejércitos, pero las pelean los hombres, y si no había unión, difícilmente habría victoria.

—Deberías ser tú quien se lo dijera a Ethel —murmuró Agatha con cautela, ya detenidos frente a la puerta de la princesa.

—Lo sé, pero no quiero despedirme de ella —vaciló el guardia, como si hacerlo fuera tentar a los Hados, tornándolo en un adiós eterno.

—Conviértelo en un «hasta luego» —le propuso la joven—. Ella esperará confiada, y tú lucharás con el alma en paz.

Brandon resopló, pero asintió, sabiendo que, en el fondo, tenía razón. Aun así, al detenerse frente a la puerta de Ethel, dudó si llamar. No quería preocuparla, pero imaginaba la desesperanza y la decepción en las que se sumiría si él se marchaba sin ese último beso con el que le prometería volver.

Golpeó despacio con los nudillos, para no sobresaltarla en caso de estar dormida. Sin embargo, ella no tardó en acudir a abrir.

Estaba en camisón, con los hombros cubiertos por un chal, y aunque había apartado la sábana, la cama no estaba desecha, solo el borde donde había estado sentada, aguardando. Al fin y al cabo, ella sabía de su encuentro con Pelko, y se sintió un poco avergonzada cuando él reparó, un tanto sorprendido, en que lo había estado esperando. No pudo evitar sonreír, halagado, lo que iluminó aún más el sonrojo de la muchacha.

—¿Cómo... cómo ha ido la reunión? —titubeó. Se adentró en el cuarto y lo dejó entrar.

Después de cerrar la puerta, Brandon estiró la mano, instándola a tomarla, y la condujo hasta el lecho donde ambos se sentaron. Era mejor estar cómodos para poder narrarle todo lo que habían planeado. La joven lo escuchó con atención, mientras cada una de sus palabras le atenazaba el corazón un poco más que la anterior.

—¿Cuándo? —le preguntó, sin poder contenerse.

—Mañana, con la caída de la noche —le respondió, y Ethel ahogó una exhalación.

—Perdóname —se excusó ella con rapidez, negando con la cabeza y rehuyéndole la mirada, pero Brandon le sostuvo la barbilla, impidiéndole que lo hiciera.

—¿Por qué te disculpas? —le preguntó. Sabía la respuesta y más tarde, tal vez, debería maldecir su estúpido ego masculino, aunque deseaba tanto escuchárselo decir...

Ethel, en cambio, consiguió apartarse y se puso en pie, dándole la espalda y restregándose las manos de puro nerviosismo y culpabilidad.

—Porque este momento tarde o temprano tenía que llegar. Eres un guardia y sé bien cuál es tu cometido —dijo con dureza hacia sí misma—, por lo que te ruego que olvides este estúpido desasosiego mío.

—No puedo olvidarlo —alegó él, haciendo que ella se sintiera un poco más culpable si eso era posible—, porque tampoco quiero hacerlo.

Ethel irguió la postura, e incluso giró ligeramente el rostro para mirarlo de reojo, como si no estuviera segura de lo que acababa de escuchar. Entonces, Brandon se puso en pie y caminó hacia ella. Se colocó detrás, posó las manos en sus hombros cubiertos y la atrajo con suavidad hasta que la espalda de la pelirroja descansó en su torso.

—Mi Ethel... —susurró contra su pelo—. Quiero que tu corazón quede en suspenso, a la espera de mi regreso —le recordó sus propias palabras, y un gemido trémulo escapó de los labios de la joven—. Quiero que eso sea lo que me haga volver.

Ethel se dio la vuelta y se arrojó a sus brazos, y Brandon la estrechó con todas sus fuerzas.

—Tienes que volver —le rogó ella, tratando de ahogar las lágrimas que pugnaban por rodar por su rostro. No quería que esos momentos con él transcurrieran entre lamentos—. Me prometiste una vida tranquila, ¿recuerdas? —trató de bromear, aunque sin conseguirlo. Le temblaba la voz—. Me prometiste felicidad, y quiero encontrarla contigo. Así que, regresa con vida —le pidió, ocultando el rostro contra su pecho, para que no percibiese su aflicción.

Entonces, Brandon le agarró las mejillas y buscó sus labios, con una desesperación que a Ethel la dejó sin aliento. Pero se dejó arrastrar por su vehemencia y la cadencia exigente de su boca.

—Tú haces que desee vivir, Ethel —murmuró él sobre la suya—. No sobrevivir, ni tampoco existir. Vivir. Plenamente. Llenándome de todos estos sentimientos que provocas en mí, que me sobrepasan y que jamás creí que

sentiría. Volveré.

La respuesta de Ethel fue colgarse de su cuello y besarlo, dejando a un lado su propio pudor. Brandon gimió ante la deliciosa e inesperada caricia; así era ella. Sabía que muchas de sus reacciones eran impulsos, deseos que no podía refrenar, y que mal rayo lo partiera si él prefería que se reprimiera. No, quería a esa mujer que lo embrujaba con su sonrojo cándido y su boca turgente, con esos arranques suyos incontenibles que lo dejaban atontado y enervaban su pasión. No obstante, él sí debía anteponer el sentido común, poner freno a ese dejarse llevar que tan irresistible era, como ella... Su boca tierna y exquisita; su aliento tibio y atrayente; su cuerpo cálido en el que le gustaría perderse...

Haciendo gala de toda su fortaleza, Brandon rompió el beso. Su fuerte torso subía y bajaba, vacilante, a causa de la respiración agitada, y observó en ella sus mejillas sofocadas, aquel brillo inequívoco en sus pupilas y los labios entreabiertos, incitantes, tentadores... dulce tortura.

El joven tragó saliva. Necesitaba apartarla de él, alejarla antes de perder el control, pero las curvas de sus cuerpos encajaban tan bien...

Sin embargo, fue ella la que lo soltó. Sus brazos abandonaron su cuello y cayeron laxos sobre sus costados. Él sabía que era lo mejor, lo apropiado, aunque... costaba tanto. Y de pronto, las manos femeninas se alzaron de nuevo, hasta el chal, y los finos dedos comenzaron a deshacer el nudo situado cerca de su pecho y que lo mantenía sobre sus hombros. La piel de los brazos quedó al descubierto cuando el tejido resbaló por su espalda, hasta el suelo, acompañado por una exhalación que Brandon no pudo contener en su garganta. No quiso moverse, dar un paso en falso, pero aquello no podía significar más que...

Ethel se mordió el labio inferior, dudosa, y avanzó el poco espacio que los separaba. Apoyó las manos en el musculoso torso masculino y con lentitud hizo deslizar las palmas y las subió hasta su nuca. Él contenía el aliento... Entonces, la muchacha se puso de puntillas y depositó un suave beso en sus labios, que en otras circunstancias podría haber sido del todo inocente, pero no cuando la pasión les bullía en la piel.

Brandon apresó su cintura entre ambas manos para pegarla a él, en un movimiento sosegado, estudiado y clavó la mirada en sus ojos, queriendo leer en ellos lo que tanto necesitaba saber. Sí, vio miedo, pero no a lo que podía suceder, a que los malos recuerdos se interpusieran entre ellos, sino a su rechazo, a no ser suficiente, a que su inexperiencia resultase decepcionante para él... cuando ella era todo cuanto quería.

Se inclinó sobre ella y guió su boca hacia la suya, muy despacio, dilatando el momento hasta poder tocarla. Notaba su aliento cálido en su piel, suave y errático, expectante... La vio mojarse los labios, de forma inconsciente, y él se perdió. Los poseyó mientras un gruñido gutural se le anudaba en la garganta y contenía los deseos de devorarla. La quería con malsana necesidad, pero temía que el ardor que le corría por las venas la asustara. Sin embargo, ella se pegaba a él, aumentaba el contacto de sus cuerpos en un ruego: que no se alejara. Brandon, en cambio, debía hacerlo, detenerse antes de que fuera demasiado tarde.

—Ethel... —murmuró en un lamento, separándose de su boca pero sin dejar de rozarla con la suya.

—Enséñame a amar. —La escuchó musitar, y él jadeó. Por todos los dioses...

—No hay nada que enseñar, solo sentir —murmuró, acariciando con la yema del índice la comisura de sus labios.

—Quiero... —Tuvo que hacer una pausa para coger aire y armarse de valor—. Quiero sentirlo todo, Brandon —dijo en un hilo de voz—. Dicen que puede ser muy hermoso...

—Lo es —le aseguró en tono dulce y confiado, lo mismo que percibía en sus preciosos ojos—. Todo en la vida es hermoso con la persona indicada.

—¿Serías tú esa persona? —le preguntó, no sin temor, a pesar de que los brazos de Brandon la aferraban con tanta fuerza que ya debería saber la respuesta—. ¿Serías tú la persona que borre aquel recuerdo, las marcas de mi alma?

—No habría mayor dicha para mí —respondió, con emoción contenida—. Aunque ya no existen esas marcas, Ethel —le dijo con suavidad aunque categórico, y ella lo miró confundida—. Tus palabras, tus caricias... tus besos, son buena prueba de ello.

—Pero...

—Temes, lo sé, aunque no es necesario —añadió, comenzando a acariciar su mejilla con los nudillos, tratando de aplacar su inquietud. Luego acercó la nariz a su sien, al nacimiento de su cabello, y aspiró—. Adoro tu aroma, y ansío que se impregne en mi piel, hasta el último rincón —susurró con cálida suavidad sobre su oído—. Adoro tu boca y moriría por un beso tuyo. Adoro tu voz, el sonido de mi nombre en tus labios, un te quiero...

Ethel tuvo que sostenerse en él pues las piernas no eran capaces de sujetarla. Brandon comenzó a depositar suaves besos por su mejilla, viajando

hasta su boca, de modo lento y estremecedor, y ella creyó desfallecer ante esa sensación que la embargaba, que hacía que sus latidos resonasen en sus oídos, veloces... que la dejaba sin aliento, sin fuerzas, rendida a él.

—Y tu cuerpo es el refugio de tu corazón —le susurró sobre los labios—, es el templo de mi dicha, y no puedo más que venerarlo, adorarlo hasta el fin de mis días.

—Brandon...

—¿Dime, mi vida? —murmuró, clavando la mirada en la suya.

—Quiero ser tu mujer —dijo de modo casi imperceptible.

—Y yo voy a ser tu hombre —declaró, en tono grave, ardiente, como aquella ráfaga que Ethel sintió recorrerla de pies a cabeza.

Un suspiro después él capturó su boca, lento, intenso. Sus labios se movían sobre los suyos con cadencia suave, mas abrasadora, aturdiéndola, y el cuerpo de Ethel se arqueó hacia el suyo mientras el beso se tornaba más profundo. La lengua masculina jugueteaba con sus labios, tentándolos, y ella entreabrió los suyos, guiada por el instinto y por aquel nudo cálido que se había instalado en su interior, palpitante y que le debilitaba los músculos.

Una sacudida extraña y placentera sacudió su vientre cuando sus lenguas se encontraron en una caricia húmeda, tersa e incitante. Era sobrecogedor...

De pronto, notó la tensa masculinidad contra su abdomen y no pudo evitar vacilar. Pero fue solo un instante. Sentía las manos de Brandon en su espalda, agarrando en sus puños la tela de su camión, como si temiera que escapase de él, y sus fuertes brazos la rodeaban, sosteniéndola, dándole refugio; había tan poco que temer, y tanto por vivir... sentir... Se pegó más a él, imprimándole aún más pasión a ese beso, y Brandon gimió en respuesta.

La apartó ligeramente de él para observarla. Alzó las manos hasta el arbol de sus mejillas y disfrutó de su contacto cálido mientras ella le cogía las muñecas y lo miraba entre tímida y traviesa. Brandon esbozó una sonrisa de medio lado, complacido, esperanzado. Le tomó las manos y se las besó, tras lo que las dejó muy despacio sobre su torso, en los cordones de su jubón, sin separar sus ojos de los suyos.

Ethel no necesitó mayor indicación, y poco a poco empezó a desatarlo. Le temblaban las manos, pero a Brandon no parecía importarle, al contrario, aguardaba con expectación el siguiente movimiento de sus dedos. Hasta que la prenda cayó al suelo, y tras ella la camisa.

La joven no pudo contenerse y pasó las yemas por aquel torso de torneados músculos. Jugueteó con el vello claro que cubría sus duros pectorales y fue

bajando hasta llegar a su vientre, firme y de abdominales trabajados. Ese hombre era un guerrero, una viva alegoría a la fuerza y el poder y, sin embargo, toda la ternura que podía albergar en su interior le estremecía el corazón y el alma.

La tomó en brazos y la condujo hasta la cama, depositándola con cuidado. Quedó arrodillada en el lecho, y Brandon se colocó también de rodillas, pero detrás. Entonces, cogió su trenza y comenzó a deshacerla con igual mimo. Sus manos eran grandes, curtidas por la espada y por el fuego de la fragua, pero podían ser delicadas, atentas. Hundía los dedos entre los rojizos mechones, peinándolos sin prisa y deleitándose en la suavidad de las hebras, que caían en sinuosas ondas.

Ethel echaba de vez en cuando la vista atrás, abrumándole la devoción que ese hombre podía conferirle a un acto tan sencillo y cotidiano, y que vislumbraba en el rostro masculino, o cuando sus ojos se topaban con los suyos. Había tanto amor en ese simple gesto... Cuando finalizó, uno de sus fornidos brazos la rodeó mientras la mano libre se deslizaba por la piel desnuda de su brazo. Entonces, bajó el tirante del camisón, y desde el hombro comenzó a recorrer la curva de su cuello con cálidos y húmedos besos que a ella le quitaban la respiración. Inclino la cabeza a un lado, dándole mayor acceso, y él delineó la columna de sus venas con la lengua, hasta llegar al punto detrás de la oreja donde se palpaba su pulso. Le mordisqueó el lóbulo, y ella gimió. Apoyó la espalda en su torso, estremecida ante ese ardor que él provocaba en ella, que la prendía por dentro y que se acrecentó cuando los dedos masculinos empezaron a seguir la línea de su clavícula, bajando con lentitud.

La joven se agitó ligeramente cuando acunó uno de sus senos, y Brandon escudriñó en su rostro, un tanto preocupado. Pero ella había cerrado los ojos y dejaba caer la cabeza y su cuerpo sobre él, con abandono, dispuesta a sentir todo lo que él quisiera entregarle.

Pasó el pulgar por el pezón, que se endureció al instante, y ella volvió a sobresaltarse, aunque esta vez él no se detuvo. Siguió torturando aquel guijarro, acariciándolo, pellizcándolo con suavidad, mientras continuaba disfrutando del sabor de su cuello y de los ligeros gemidos femeninos que acompañaban a su cada vez más agitada respiración. Lo enervaba de tal modo escucharla... Le sorprendió cómo esa mujer era capaz de encender su pasión sin apenas darse cuenta. Lo volvía loco. Aunque, de pronto, su jadeo parecía tornarse en tormento.

—Brandon, yo...

El joven comprendió su agitación. Dejó de acariciarla y tomó su mejilla, haciéndola girar el rostro para poder capturar su boca.

—Tranquila... —murmuró sobre sus labios—. Podemos detenernos, si es lo que quieres —le aseguró, aunque a él le costase un esfuerzo sobrehumano alejarse de ella.

—No —respondió con, tal vez, demasiada rapidez—. Es que... yo... —titubeó— siento que... —Lanzó un suspiro, mortificada al no ser capaz de explicarse, pero él le sonrió, mirándola a los ojos y acariciando su mejilla.

—Hacer el amor es maravilloso —le susurró—, y muy placentero también —añadió con cierto aire pícaro, y ella se mordió el labio, sonrojada—. Dime, ¿te gusta cuando te toco? —le preguntó en voz baja.

Su mano bajó desde su rostro hasta el cuello, y jugueteaba con la piel de su escote, descendiendo cada vez un poco más, tentándola. Ethel asintió con la cabeza, y él le robó un beso, corto pero intenso, húmedo, mientras sus dedos volvían a acercarse a su pecho.

—Entonces, no temas sentir lo que mis caricias te provocan —le dijo con suavidad, pero clavando su mirada profunda en ella—. En este momento, mi único afán es amarte, y mis manos, mis labios, mi cuerpo, solo ansían adorarte, venerarte... Aunque también cumplirán cualquier orden tuya, y si no deseas...

—Sí lo deseo... —musitó, en una mezcla de inocencia y sensualidad que a él lo hizo arder.

La besó mientras su mano volvía a buscar la cima de su pecho, que ya estaba tensa. Ethel gimió en su boca cuando comenzó a acariciarla con tortuosa lentitud, endureciéndola aún más, y también saboreó su queja cuando la abandonó. A tientas, encontró el bajo del camisón que se arremolinaba sobre sus pálidos muslos, y separándose de su boca solo lo necesario, se lo quitó.

El roce de sus pieles desnudas, la suavidad de Ethel sobre su torso... la calidez del contacto se tornó en fuego mientras las manos de Brandon viajaban sin rumbo fijo, acariciándola, reconociéndola. Ella se retorció contra él, ansiando algo más, y buscó la boca masculina en un modo de alentarle y que él no dudó en acatar. Centró sus atenciones en los redondeados pechos, volviendo a asediar sus pezones, que se irguieron estimulados por aquel incitante toque que a Ethel la hizo jadear.

Brandon gruñó. Dioses... Se moría por unirse a ella, por urdir aquel nexo

que los vincularía para siempre, pero apenas era capaz de controlar sus deseos de disfrutarla. Y ella respondía de un modo tan ardiente a sus caricias... Incitado por su reacción, una de sus manos viajó por su vientre, dibujó la curva de su abdomen, y continuó aquella sugerente andadura hasta su pubis, bajando cada vez más, hasta alcanzar su intimidad.

Ethel se sacudió cuando los dedos masculinos se deslizaron por la húmeda tersura, pero el trémulo gemido que escapó de entre sus labios no hizo otra cosa que estimularlo. Y de repente, una de sus finas manos alcanzó en un movimiento titubeante la suya, presionando con timidez para que continuase, para que el roce de sus dedos no cesase.

Casi pierde la cordura... Aquel gesto quebró la resistencia de Brandon. Se vio cegado por la pasión, por la propia excitación que esa mujer provocaba en él, y sus instintos más primitivos rugían en su sangre, que golpeaba vertiginosa contra sus sienes. Y que notara la pelvis femenina acompañando con suavidad el movimiento de su mano... El joven rugió contra su boca, sobrepasado, rendido a su más ferviente deseo. Y rogó a los dioses que ella le permitiese satisfacerlo porque ya no podía contenerse más...

La tumbó en el lecho y se colocó a su lado para poder deleitarse con sus dedos y su boca de su completa desnudez. Sus labios capturaron un sonrosado pezón, y ella cerró los ojos con abandono, se entregó a aquel placer con el que él le obsequiaba más que gustoso, porque lo gozaba como propio, al hacerla vibrar, sentir...

Su boca descendió hasta su abdomen, y ella jadeó cuando comprendió que no tenía intención de detenerse. Sin embargo, tampoco se lo impidió. Temía y deseaba a partes iguales, pero a Brandon le confiaría su vida, no había cabida para el miedo, y se dejó llevar esa deliciosa bruma en la que se veía inmersa. Su vientre se agitó al sentir aquella sacudida ardiente cuando la boca de Brandon cubrió su intimidad. Gimió cuando la primera ola placentera la sorprendió. Dioses... ¿Era posible tal delicia? La lengua de ese hombre recorría los pliegues de su carne con maestría, de una forma que jamás alcanzó a imaginar, y lanzándola al centro de una espiral de placer que era pura embriaguez. Sentía los músculos débiles, sus huesos habían dejado de sostenerlos, y su bajo vientre bullía con un ardor que iba en aumento, sobre todo cuando la lengua masculina serpenteó hasta hallar su centro y él comenzó a degustarlo con gula, lamiéndolo, mordisqueándolo... Ethel creyó que iba a enloquecer...

Alzó la pelvis en busca de algo que no sabía qué era, pero que la llenaba de

una necesidad acuciante, que la desesperaba. No podía parar de gemir, de mover la cadera para ir al encuentro de esa boca que la torturaba sin piedad, cada vez más intenso, osado, excitante... esa lengua era puro fuego, y ella solo deseaba quemarse hasta extinguirse. Y de pronto, se quebró, y la cadena que reprimía su éxtasis estalló en mil pedazos.

—Brandon...

Ethel clamó su nombre y se perdió en aquel placer que recorría sus venas y prendía todo su cuerpo, mientras Brandon gozaba de su dulce culmen, de la suave agitación de su sexo, y la acompañaba con su boca y su lengua para alargarlo todo lo posible, hasta quedar ambos satisfechos.

El cuerpo de Ethel se derrumbó en la cama, laxo, y su pecho oscilaba a causa de la respiración entrecortada. Brandon se colocó a su lado con una sonrisa en los labios al contemplarla, más bella que nunca. Su piel brillaba, radiante; el rubor de sus mejillas era aún más delicioso, y sus labios rojos se mostraban tentadores, como un fruto maduro que no pudo evitar degustar. La joven se abrazó a él, aún sobrecogida por lo que acababa de ocurrir, y con una demanda en sus ojos que a él le urgía disipar.

—Háblame, mujer... —le pidió, no sin preocupación.

—Ha sido...

Ella apenas podía expresarlo, no hallaba palabras para definirlo, pero eso mismo fue lo que a él le daba la respuesta esperada, alimentando su vanidad masculina. Le dio un beso ardiente y le sonrió, con mirada felina.

—Aún puede serlo más...

Ethel abrió los ojos de par en par, como si en su ingenuidad no pudiera creer tal afirmación, y él se mordió el labio, reprimiendo los deseos de devorarla a ella, mientras acariciaba los suyos con el pulgar.

—Voy a hacerte mía, y sentirás que todo tu cuerpo me pertenece, pero tú sabrás que eres la dueña de mi alma y mi corazón, de toda mi vida.

—Brandon...

Sin poder aguardar ni un segundo más, el joven se deshizo del resto de sus ropas y se tumbó sobre ella, cubriéndola con su desnudez con mucho cuidado para no dañarla con su peso. Capturó su boca, estremecido por el pleno contacto con la calidez de su piel, tornando ese beso más intenso cuando notó las manos femeninas en su espalda, acariciándolo con ahínco. Palpaba sus músculos, los delineaba, los apretaba, buscaba su pelo, su nuca, sus nalgas... ¿Cuánta pasión contenida habitaba en el interior de esa mujer? Sin embargo, a él le complacía que se sintiera libre de tocarlo a su antojo. Era voluptuosa,

excitante...

Curvó la cadera y sus intimidades se encontraron, desatando el ardor que los invadía y que apenas podían reprimir. Aun así, Brandon se miró en los ojos de Ethel, tratando de leer en ellos cualquier sombra de arrepentimiento, pero brillaban expectantes ante la mutua entrega, ante su promesa de pertenecerse el uno al otro. Divino Bhut... la engazaría a su alma por siempre para no separarla de él jamás.

La poseyó con mucha lentitud. Sabía que no había barrera alguna que lo detuviera, pero era su primera vez, la primera vez que la amaban, que se daba a un hombre, y él ansiaba tanto dárselo todo... su amor, su pasión, su ternura, aquello que merecía... Se movía con suavidad al recorrer su interior, acunándola en su abrazo, dándole cuanto tenía y llenándose de ella.

Deseaba que Ethel no olvidara nunca ese momento, que comprendiera el significado del amor en todos los sentidos, y que lo quisiera a él por encima de todas las cosas, como la quería a ella. Ya no concebía su vida sin esa mujer que se estremecía bajo su cuerpo, que lo miraba entre sorprendida y abrumada, con lágrimas en los ojos al esperar un dolor que no llegaba, al entender que no llegaría nunca.

—Jamás te haría daño —le dijo, sabiendo la joven que no le hablaba únicamente de su cuerpo—. Eres mi vida entera, Ethel, y te quiero más que a nada en el mundo.

—Yo también te quiero, Brandon —confesó, estremecida—. Nunca creí que yo pudiera... —Apenas era capaz hablar, sobrecogida por tantos sentimientos, y tan intensos que iban a hacer que su corazón estallase.

—Sí puedes... me amas —susurró él, dándole un beso, arrebatado y lleno de la emoción que lo atrapaba—. Y yo te ruego que lo sigas haciendo. Ámame con toda tu alma, así como te amo yo.

—Sí, Brandon —musitó mientras una lágrima de felicidad le recorría la mejilla—. Te querré siempre.

—Mi Ethel, mi niña... mi mujer... —recitó, acariciando aquella gota que encerraba tanto significado.

La joven alzó el rostro y buscó la boca masculina, y Brandon le correspondió sin dudarle. En medio de aquel beso, donde exigían y entregaban todo, sus cuerpos reclamaban mayor contacto, más piel. La pasión comenzó a llevar el mando de aquella danza de amor tan antigua como el tiempo en la que no faltaron besos por dar o caricias que prodigar, en la que dos corazones latían al unísono y el vínculo de sus almas se volvía

indestructible. A partir de ese instante, serían uno solo.

Sin dejar de besarla, Brandon tomó las manos de Ethel, con los dedos enredados y las palmas unidas, mientras se hundía un poco más en ella, profundamente, y cada uno de sus embates era más ardiente que el anterior. Ambos se alimentaron de sus jadeos al tiempo que sus cuerpos se devoraban el uno al otro, comenzando a arremolinarse en ellos el germen de un placer que enredaba sus sexos y empezaba a extenderse como lenguas de fuego.

Ethel fue la que quebró el beso, con un gemido irrefrenable en su boca y buscando aire. El éxtasis se anunciaba sin piedad, y Brandon intensificó sus embestidas para no dilatar más su propio culmen y acompañarla.

El orgasmo los sacudió de forma devastadora, acrecentándose por el movimiento errático de sus caderas y consumiéndolos en el delirio al verse ambos traspasados por un placer tan intenso que amenazaba con hacerlos desfallecer. El cuerpo de Ethel se agitaba sin control y Brandon se vertió en ella, con un gruñido roto reverberando en su garganta.

Quedaron exhaustos, refugiándose entre sus brazos mientras recuperaban el aliento. Pero sus ojos se buscaban para saber, para confirmar si lo que habían sentido era cierto. Brandon sonrió. Besó su frente y la estrechó con fuerza, y ella lanzó un suspiro tembloroso de dicha.

Las palabras sobraban en ese momento, era tiempo de suaves besos y caricias, hasta que el ritmo de sus corazones volvió a la normalidad al igual que su respiración.

Entonces, Brandon cogió la sábana y los cubrió a los dos.

—¿Significa eso que vas a quedarte aquí? —preguntó ella con fingida inocencia, y él rio por lo bajo mientras la acomodaba en su regazo.

—Voy a dormir con mi mujer —sentenció—. Es lo más normal del mundo, ¿no?

Ethel lanzó una risita mientras jugueteaba con su barba. Sin embargo, él le tomó la mejilla para mirarla a los ojos.

—Es la primera noche de muchas —le aseguró, y ella asintió, con una pequeña punzada atravesándole el corazón ante la certeza de que al día siguiente se separarían—. Ethel, tengo algo que pedirte.

—Lo que quieras —respondió, incorporándose ligeramente para acabar con los brazos entrecruzados sobre su fuerte torso.

Él le apartó un mechón rojizo del rostro, y ella lo giró para poder besarle la palma al percibir preocupación en él.

—Quiero que... cuando todo esto estalle mañana, tú no estés aquí —le dijo

con seriedad—. Necesito saberte a salvo. Yo... —resopló, mortificado— nunca he tenido nada que perder, y...

—¿Te parece poco tu vida? —inquirió ella, molesta, y Brandon la besó con tal de calmarla.

—Mi percepción de las cosas ha cambiado mucho desde que te conocí —le confesó—. Hasta entonces, nada me importaba, solo luchar y vencer, pero ahora todo es distinto. El solo pensar que puedo perderte me paraliza, y necesito vaciar mi mente de esa inquietud para centrar mis energías en la batalla. Te he jurado volver. Ayúdame a cumplir con mi palabra.

Ethel suspiró pero depositó un suave beso en los labios de su hombre, quien capturó los suyos para alargarlo un poco más.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó, dispuesta a satisfacerle.

—La Princesa Agatha y tú partiréis al amanecer para reuniros con la Reina Gladys y Dhāra, en su casa —le indicó, y su afirmación no dejó de sorprenderla.

—¿Su Alteza está de acuerdo? —demandó, extrañada, y Brandon frunció los labios, dándole a entender que tenía cierta parte de razón.

—No ha podido negarse. Ha sido idea de Jordan —le contó, y ella asintió, con pesar y mucho temor.

—Brandon... —gimió, sintiendo que los ojos le ardían a causa de las incipientes y repentinas lágrimas.

—No llores, mi niña —le suplicó, cuando en realidad él tuvo que hacer de tripas corazón para reprimir las suyas. La cogió de los hombros y la pegó a él—. No hagamos de esto una despedida. No quiero que el llanto diga el adiós que me niego a que pronuncien nuestros labios. Prefiero llenar tu boca de besos y tu piel de caricias.

—Hazlo —le rogó—. Lléname de ti, hasta el último rincón de mi ser, para sentirte conmigo allá donde vaya.

Brandon poseyó su boca, dispuesto a entregarle gustoso lo que le pedía. Pues todo cuanto tenía era de esa mujer con la que quería pasar el resto de sus días, por la que viviría.



Pronto se alzaría el alba y, si los dioses eran benevolentes, sería el último amanecer que no podría contemplar a causa de aquel encierro.

Un sabor agridulce invadía la boca del otrora capitán de Asbath; agrio a causa de aquella forzosa despedida y dulce por haber podido disfrutar de los besos de su esposa una vez más.

Se lo pidió cuando fue a llevarle la cena, después de hablarle de la reunión que ella y Brandon iban a mantener con Pelko y sus hombres. Apenas tenía tiempo, lo justo mientras le servía el plato, y se lo planteó sin rodeos.

Sabía que Agatha se negaría en un principio, pero él también tenía argumentos de peso para convencerla, y la obstinación de su mujer no era más poderosa que su necesidad de protegerla. Aquel castillo se iba a convertir en un campo de batalla con la siguiente caída del sol, y para él era vital que estuviera lejos de aquel lugar.

—Brandon estará de acuerdo conmigo en que te lleves a Ethel —insistió—. El guardia del Príncipe ÆaGhal podrá indicarte cómo llegar a casa de Dhära —remató categórico e inflexible.

—Ya lo sé —replicó ella, ceñuda, con los brazos cruzados y los labios fruncidos, y él chasqueó la lengua.

Y, de repente, Agatha se arrojó contra su pecho, y él la abrazó como pudo, limitado por los grilletes.

—La próxima vez que te abrace no existirá cadena alguna que me lo impida —gruñó, maldiciendo a Khawf y a todos sus ancestros—. Déjame ganar esta guerra por ti —le pidió mientras ella hundía el rostro en la curva de su cuello—. Necesito saber que estás a salvo para poder invertir todos mis esfuerzos en liquidar esta plaga que ha sacudido nuestras vidas. —Le cogió la barbilla y le alzó el rostro—. Déjame recuperar nuestra dicha, dame la fuerza que preciso para vencer, Agatha. Necesito volver a casa, contigo y con mis hijos —añadió en una súplica, con tono trémulo al fallarle la voz.

La joven lo besó, con pasión, sobrecogida por sus palabras, y Jordan la pegó a él, alargando ese beso todo lo que pudo.

—Te amo, Jordan —dijo ella, sosteniendo las mejillas de su esposo y clavando su mirada azul en él.

—Yo también a ti, princesa mía. Y por ese amor te juro que nos volveremos a ver.

—Lo sé —le aseguró, confiada—. Ethel y yo partiremos al alba.

Jordan demandó un último beso, ese que aún sentía en su boca a pesar de haber transcurrido varias horas.

Pronto se alzaría el alba... y su alma partiría con su mujer, allá donde fuera.

Capítulo 42



Ya atardecía, pero según las indicaciones de Pelko, Agatha y Ethel no tardarían en divisar la casa de los padres de Dhāra, donde ella y la Reina Gladys se ocultaban.

Él fue quien las ayudó a salir del recinto amurallado, pues no solo les indicó el portón en el que hacía guardia uno de sus hombres de confianza sino que les facilitó dos caballos, por lo que el trayecto resultó mucho más cómodo y rápido.

Ambas mujeres habían compartido en ese viaje, entre confidencias, aquel vendaval de sentimientos que apenas podían contener. Por momentos las invadía la euforia ante el tan deseado triunfo al saber que los navíos de Josiah llegarían esa misma noche. Después, las asaltaba el temor por aquellos guerreros que lucharían a riesgo de perder su propia vida en pos de la libertad. Y de pronto, se veían a merced de la tristeza al pensar en sus hombres, en que formaban parte de esa lucha, y les aterraba la suerte que pudieran correr. Ahora, les resultaba tan nimia su última despedida.

Agatha apenas pudo compartir unos instantes con Jordan, mientras le servía la comida en esa endemoniada celda, y había perdido unos segundos preciosos al refutar su idea de que se marchara del castillo; así era su carácter, y si había llegado tan lejos en aquella causa, no veía de recibo tener que abandonar a esas alturas. Sin embargo, su esposo tenía razón. Ella ya no podría ayudar en mucho más y le otorgaría a Jordan una paz que le daría bríos a la hora de pelear. Su marido era un guerrero fuerte y valeroso, curtido en la batalla, certero y letal, sin olvidar que sus dotes de capitán a la hora de dirigir a los hombres también era una baza a su favor. Además, el coraje de los gealach, de todos cuantos iban a luchar, era admirable, y no había más destino que la gloria.

—Brandon es uno de los mejores guerreros con los que Jordan ha tenido la fortuna de luchar —le dijo, de repente, a una ensimismada Ethel, que alzó la mirada hacia ella al verse sorprendida por su afirmación.

Pensaba en los últimos momentos que había estado con él. La forma tan ardiente y a la vez tierna en que la había amado la noche anterior aún

estremecía su corazón. Conoció una nueva dicha al dormir entre sus brazos, al sentir sus labios despertándola antes de que despuntara el alba para reclamarle nuevos besos y caricias, para amarla una vez más y quedar grabado del todo en su alma. Ese hombre estaba tan clavado en su corazón que no podía imaginarse la vida sin él, y así se lo susurró al oído mientras la abrazaba en el umbral de aquel portón donde se despidieron, donde él volvió a jurarle entre besos que estarían juntos de nuevo.

—Es bizarro y diestro en la batalla. Jordan asegura que su espada es imparable —añadió la princesa—, y, ante todo, tiene un buen motivo para salir victorioso: tú.

Ethel apartó la mirada, sonrojada, y Agatha rio por lo bajo.

—Que no te dé vergüenza —bromeó—. Tu hombre te ama.

—Y yo a él —dijo, con tal vez, demasiada rapidez.

—¿Y por qué ese apuro? —Sonrió, confidente—. Cuando volvamos a casa, todas las mujeres desearán tu suerte. Bueno, todas menos yo —rectificó, con fingida soberbia—, mi Jordan es tan gallardo como tu Brandon. Yo diría que más —continuó con la broma, y Ethel no pudo evitar estallar en carcajadas, tal y como Agatha pretendía—. Imagino que lo acompañarás a Asbath...

—No... no hemos hablado de ello —respondió, titubeante, y Agatha la miró extrañada—. Me refiero a que sí queremos estar juntos, pero ninguno de los dos ha mencionado dónde —le explicó—. Cuando volví a Los Lagos, mi intención era ofrecer mis servicios una vez más en beneficio del reino y volver con mi prima al feudo —admitió.

—Eso, ni pensarlo —objetó la princesa—. Hablas de ello como si solo hubieras puesto en orden los aposentos reales y, por Bhut todopoderoso, te has jugado la vida en esta empresa. Si no hubieras tenido el suficiente arrojo para venir al castillo a pesar de nuestra posible censura, habría sido el fin de Los Lagos, de todos los reinos aliados.

La joven la miró agradecida, aunque su propia humildad le impedía encontrar palabras apropiadas que decir.

—En todo caso, estoy completamente segura de que Brandon te llevará consigo a Asbath —insistió con sonrisa pícara, queriendo acabar con tan repentina seriedad—. Y admito que me alegra tenerte cerca.

—Gracias, Alteza —le respondió, muy honrada, y la princesa la lanzó una mirada reprobatoria.

—Después de todo lo que hemos compartido, para ti siempre seré Agatha —le reiteró.

Ethel asintió, sonriente, tras lo que dirigió la vista hacia adelante, y una exclamación escapó de sus labios.

—¡Hemos llegado! —anunció, señalando con el dedo frente a ella.

A lo lejos, se alzaba la casa de los padres de Dhära, y las jóvenes espolearon a sus caballos para arribar cuanto antes. El ruido de los cascos al acercarse alertó a sus habitantes, y un hombre de edad avanzada salió a su encuentro. Ambas se detuvieron y, tras desmontar, se acercaron a él, con cautela.

—Mis respetos, buen hombre —lo saludó Agatha, inclinando ligeramente la cabeza—. Soy Agatha de Los Lagos y Asbath —le dijo—, sobrina de Gladys, quien tengo entendido goza de la hospitalidad de vuestro hogar —añadió, y la expresión reticente del hombre dio paso al entusiasmo.

—Vos ayudasteis a mi hija —le dijo con agradecimiento.

—Las dos lo hicimos —lo corrigió, señalando a su compañera—. Ella es Ethel.

—Dhära también nos ha hablado de ti —confirmó, con mirada risueña.

—Agatha...

La princesa dirigió la mirada hacia aquella voz, y pudo ver a su tía, que corría hacia ella, y a una restablecida Dhära que la seguía con pasos presurosos.

Las dos mujeres se encontraron en un sentido abrazo.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Gladys, preocupada, y Agatha se separó de ella, mirándola con gesto serio.

—Jordan nos has pedido que buscáramos refugio aquí —le respondió su sobrina—. Esta noche, nuestros hombres atacarán Vākh.

Caía la tarde cuando Dhära preparaba una cesta con un poco de comida y agua. Se despidió de sus padres e instó a las tres mujeres a que la acompañaran. A pesar de no saber a dónde las conducía, la siguieron en silencio, hasta alcanzar la ladera de un cerro. Recorrieron el sendero que serpenteaba hasta la cima, y ya brillaba la luna en lo alto del firmamento cuando alcanzaron la cumbre. Allí, se acomodaron, con la mirada dirigida al norte, y Agatha ya no pudo más con la incertidumbre.

—¿Por qué nos has traído aquí? —le preguntó a Dhära, quien estaba repartiendo entre ellas un poco de pan.

—Aquellas luces provienen del castillo de Vākh —le aclaró, apuntando

con el dedo hacia el horizonte, y entonces repararon en que, si fijaban la vista, podían apreciar en la lejanía las luces de la muralla, las almenas, algunas casas, y un poco más alejado el puerto y la costa.

Cenaron con la mirada fija en aquel resplandor, esas luces que asemejaban a un puñado de estrellas caídas, reposando en la bahía, a merced de la marea.

De pronto, un fogonazo dio paso al nacimiento de uno de aquellos luceros terrenales, separado de las otras, al oeste.

—La primera torre vigía ha caído —recitó Dhära con solemnidad.

Las cuatro mujeres sabían cuál era el plan ideado por Pelko, de hecho, Agatha se lo había narrado a la perfección, y sabían que él había sido el que había iniciado aquella cadena de destrucción y qué hombres afines a ËaGhal la continuarían. Pues a esa le siguió la segunda torre, con otra llamarada y otra mano ejecutora detrás. Y después la tercera, la cuarta, la quinta... una tras otra... dibujando la línea de la costa y que se detuvo abruptamente...

—Dioses, no... —gimió la esclava, sin pestañear, con la mirada clavada en el horizonte, a la espera de que aquello no hubiera sido más que un retraso.

—Divina Vetsa... —rogaba Gladys, con temor.

—La sexta torre... —susurraba Agatha, mientras miraba de reojo a Ethel, quien se agarraba las rodillas, sin despegar los ojos de aquel lugar que permanecía oscuro, a la espera de aquel resplandor que no llegaba nunca.

—Brandon... —jadeó, y una lágrima brilló en la negrura de la noche.



Decir que estaba hastiado de aquella situación era un eufemismo. Ctrax recorrió con pasos apresurados el corredor que conducía a los aposentos de su soberano, el Rey Tirano, al que, en realidad, apenas reconocía.

Desde que la Reina Gladys desapareciera días atrás, encontrarla se había convertido en su obsesión. A decir verdad, todos los guardias a los que había encomendado tal tarea buscaban su cuerpo, pues todo apuntaba a que se había arrojado por La Atalaya cuando él volvió al reino trayendo como prisionero a su esposo. Tal vez aquella visión del Rey Trystan, encadenado y sabiéndolo a merced de su enemigo más encarnizado, le arrebató la poca cordura que aún conservaba tras su encierro, y que también duraba ya varias semanas. Ese futuro incierto para ambos, al ver que moría la esperanza de que su marido la rescatase, pudo ser el detonante que la impulsó a despeñar su cuerpo por el acantilado. A decir verdad, era una explicación de lo más plausible, no así

para su rey, que se empeñaba en enviarlos a una búsqueda más que infructuosa, pues el cuerpo de la soberana debía estar en el fondo del mar o, lo más probable, se había convertido en alimento de las alimañas marinas que habitaban aquellas aguas.

Y ahí estaba, dispuesto a entregarle un último informe en el que lo único que podía darle era una negativa. Llamó a la puerta y aguardó a que lo dejara pasar. Estaba de espaldas, observando la oscuridad de la noche a través de la ventana, como si desde allí pudiera hallarla. ¿Dónde estaba aquel monarca de sangre fría y cruel que no se doblegaba ante nada? Y él lo había hecho ante esa mujer extranjera que, según le habían narrado, no hizo más que rechazarlo y dejarlo en evidencia. Unos buenos latigazos merecía en vez de tanta consideración.

Tras cerrar la puerta, se acercó al soberano, quien se giró a mirarlo. Parecía haber envejecido una década... No era ni la sombra de lo que llegó a ser, y en cierto modo le enfurecía.

—¿La habéis hallado? —le preguntó sin rodeos.

—No, Majestad —respondió, serio.

—Continuad la búsqueda. —Fue su respuesta, volviendo la mirada a la lejanía.

—Sí —asintió—. Mañana ampliaremos la búsqueda a...

—¿Mañana? —inquirió Khawf, mirándolo con dureza—. Ahora.

—Ya ha oscurecido, Majestad —trató de que entrara en razón.

—Pues usad antorchas, fogatas, quemad el maldito bosque si es necesario para que os ilumine el camino y las entendederas —espetó con desprecio—, pero encontradla. Gladys no puede desaparecer así como así. ¿O tengo que ser yo quien haga ese trabajo que debería ser como un juego de niños?

Ctrax sintió una rabia creciente en su interior, pero no permitió que aflorara. Dio un cabeceo seco a modo de venia y se retiró, mientras maldecía para sus adentros. Tal era la rabia que ni siquiera recordó que debía anunciarle que la última remesa de armas salida de la fragua ya se había cargado en los navíos y que podían partir a la mañana siguiente, como estaba previsto, a no ser que hubiera cambiado de idea y quisiera destinar toda la tropa que iba a zarpar a la búsqueda de Gladys de Meissen.

Sin querer perder el tiempo en protestas mentales inútiles se dirigió a la bahía, a la primera de las torres vigías. Su intención era pedirle al centinela que aumentase todo lo que pudiera la intensidad del fuego que emanaba de su remate y que usaban para anunciar la costa a los barcos que arribasen. No era

ese el caso, sino que lo ocuparían para buscar el cadáver de esa maldita mujer.

Tomaba el sendero que lo conduciría directo a su destino cuando, frente a él, percibió una especie de destello metálico que lo alertó, un brillo que recorría su mismo camino y que lo llenaba de curiosidad y recelo. Tuvo que apretar el paso, aunque intentó ser lo más sigiloso posible, incluso se salió del sendero para bordearlo a través del bosque con tal de no ser descubierto. La luz de la luna se alió con él y no tardó en resolver el misterio: era Pelko, el perro fiel de ËaGhal. Patán... Se vanagloriaba de gozar de los favores del heredero, aunque su soberbia se vio considerablemente mermada cuando su padre lo mandó encarcelar y el guardia se dio cuenta de que había apostado al bando equivocado.

Le dio mala espina verlo allí, y su sexto sentido no solía fallar, por lo que, por precaución, desenvainó de modo silencioso su espada; más valía estar preparado, y si sus sospechas eran infundadas, ya habría tiempo de guardarla. Vio que Pelko continuaba hasta la torre y al llegar al pie se detuvo, escuchando entonces voces. No pudo comprender lo que decían, pero tuvo el efecto necesario para que el centinela dejase su puesto y saliera a su encuentro.

Y entonces, Pelko desenfundó su espada...

El primer impulso de Ctrax fue echar a correr hacia ellos. No comprendía lo que estaba sucediendo, pero todo apuntaba a una traición que él iba a impedir a toda costa. El centinela, por fortuna, estaba bien entrenado y se hizo con su arma con rapidez, pudiendo así responder a lo que ya era un ataque declarado por parte de Pelko. El choque de los metales llegó a él cuando aún se encontraba a cierta distancia. Quiso aprovecharse de la ventaja que poseía, y rodeó la escena para aparecer por detrás de Pelko y poder atacarlo por la espalda, pero, el combate se tornó brioso por momentos y, justo cuando llegaba, cambiaron las posiciones y el traidor se percató de su presencia. Con rapidez, Pelko rectificó su posición, y se puso en guardia, dispuesto a luchar con los dos hombres a la vez.

—No sé qué es lo que tramas, y te doy la opción de confesar antes de morir —le advirtió Ctrax, espada en ristre. Los tres hombres estaban alerta, midiéndose, aunque sin moverse—. Prometo matarte con rapidez si hablas sin dilación —añadió con sonrisa jactanciosa.

—Que yo muera o no esta noche apenas tiene relevancia —replicó Pelko con desinterés—. Hoy es el fin, y los que vengan tras de mí se encargarán de

que así sea. Podrás detenerme a mí, pero no lo que los Hados ya han marcado como irrefutable designio.

—Cacareas como una vieja —se mofó su declarado enemigo, y alzó su arma, dispuesto a poner fin a tanta palabrería a golpe de espada.



Brandon sentía acalambrados los brazos de tanto golpear contra el metal de aquellas espadas. No había podido alejarse de su yunque en todo el día, desde que entró a la fragua tras haberse despedido de Ethel. Maldita sea... Aquel continuo y extenuante golpeteo minaba sus energías, las que necesitaría para la batalla que estallaría en pocas horas. Sin embargo, esa última remesa de espadas debía ser cargada en los barcos esa misma noche, pues estos tenían que estar listos para zarpar a la mañana siguiente. Ingenuos... ni siquiera llevarían anclas, pero él no pudo hacer más que obedecer para no levantar sospechas y rogarles piedad a los dioses para que no lo desproveyeran de toda su fortaleza. Necesitaba vencer, vivir... ahora que el Destino le mostraba el camino, no podían ser tan crueles de sesgarlo, de no permitirle recorrerlo de la mano de Ethel. Sí, Ethel, ella le otorgaría la fuerza que ese maldito martillo le había arrebatado.

Apenas se permitió el lujo de refrescarse un poco cuando salió de la fragua, tras lo que emprendió el sendero que lo conduciría a la costa. Debía dirigirse a la sexta torre vigía, permanecer oculto y aguardar la señal. No obstante, se percató de que no hacía ese camino él solo y, contra todo pronóstico, no era Pelko quien avanzaba delante de él, sino Ctrax.

Maldición...

Brandon se apartó del sendero y anduvo entre los árboles del bosque circundante. La actitud del guardia era distendida, no como si fuera consciente de una amenaza, pero continuaba recorriendo aquel camino que lo acercaba más a la costa. De hecho, sobrepasó una bifurcación, la que Brandon debía tomar para llegar a su destino, cosa que no hizo. Obedeció a su instinto que lo impulsaba a seguirlo, pues se acercaba peligrosamente a la primera de las torres, a Pelko. A pesar de alejarse de la parte del plan que era su responsabilidad, algo le decía que todo se iría al traste si Ctrax alcanzaba la costa.

Entonces, vio que él también se adentraba en el bosque, como si tampoco

quisiera ser descubierto, y fue cuando comprendió que era Ctrax quien se había percatado de la presencia de Pelko por delante de él, dirigiéndose a la primera torre. Maldición...

El plan ya peligraba desde el inicio, y se deshizo de cualquier pensamiento de volver a la torre vigía que le habían encomendado; Pelko no iba a ser capaz ni de prender la primera... Desde su posición pudo apreciar que ya había arribado al pie de la construcción, y en ese instante salía el centinela desde el interior, tal y como estaba previsto.

Brandon siempre se mostró contrario a que fuera un hombre solo el que se enfrentara con cada uno de los centinelas, no podían subestimar su destreza. Sin embargo, Pelko quiso destinar el grueso de sus tropas por un lado a abordar los navíos y afondarlos, y por otro a repeler la respuesta por parte de la guardia afín a Khawf al verse traicionados. Por eso mismo, había designado a los mejores hombres a incendiar las torres vigías, aunque el muchacho no contaba con ser descubierto y tener que combatir contra dos adversarios, como sucedía en ese preciso instante.

Brandon había echado a correr cuando la intención de Ctrax quedó de manifiesto, pero el guardia ya había hecho su movimiento, mediante el que pretendía sorprender a Pelko por la espalda, atacándolo a traición. Por fortuna, la pelea que este mantenía con el centinela lo obligó a girarse y lo vio llegar, lo que cambió el rumbo de la contienda. En ese momento, se había pausado, mientras los combatientes se estudiaban y se lanzaban pullas para minar el ánimo del contrario. Brandon supo entonces que contaba con varios segundos de ventaja que aprovechó, corriendo más rápido, aunque aquello no impidió que Ctrax iniciara el ataque, apoyado por el centinela, lo que obligó a Pelko a esmerarse para repelerlos a ambos.

El guardia de Asbath tuvo que admitir que su destreza era admirable, se movía presto, respondiendo con su filo todos los golpes que recibía, aunque sabía que no resistiría mucho, puesto que la habilidad de Ctrax no era nada desdeñable; estaba en notable desventaja... por poco tiempo.

Brandon llegó a las inmediaciones de la torre y se dirigió al centinela por estar más próximo a él. Los tres hombres repararon en su llegada al instante, y quien había escogido como adversario se dio por aludido y aceptó su desafío, por lo que Ctrax y Pelko medirían sus fuerzas.

El vigía lo atacó con saña, y lo miraba con tangible desprecio, lo que no era difícil de comprender; era extranjero y un simple herrero, por lo que su osadía no tenía límites. A Brandon, en cierto modo, le hizo gracia, sobre todo

al oírlo blasfemar cuando le devolvía los golpes sin mucho esfuerzo.

—Maldito herrero... —Le pareció escuchar en una ocasión, y el guardia no pudo evitar una carcajada.

Sentía que la euforia de la lucha le bullía en las venas, a fin de cuentas, era un guerrero, y ese había sido su verdadero cometido en los últimos años. Por el rabillo del ojo vio que Pelko se las componía bastante bien, y él se centró en su contrincante. Debían zanjar ese asunto cuanto antes, pues el retraso en el inicio del plan podía afectar de modo nefasto al ataque de los navíos de Gunnar. A decir verdad, Brandon gozaba de cierta ventaja, era más fornido y sus movimientos más rápidos, hecho que no dudó en utilizar.

Le asestó una repentina serie de embates sin darle tregua alguna y que el centinela apenas fue capaz de contener. Luego él quiso atacarlo, con un lance largo, pero a Brandon le bastó con hacer una finta, confundiéndolo. Ese instante de aturdimiento resultó fatal para él. Brandon le atravesó los intestinos con su espada de modo mortal, y el centinela cayó al suelo, encorvado sobre sí mismo, y víctima de dolorosos espasmos que duraron cortos segundos, los que tardó en morir.

Satisfecho, el guardia de Asbath dirigió la vista hacia el lugar donde se daba el otro encuentro. Ni siquiera se le pasó por la cabeza intervenir. A pesar de que Ctrax había actuado como un cobarde escudándose en un dos contra uno a su favor, Pelko no era de su misma calaña, había honor en ese joven, por lo que no permitiría la intervención de Brandon.

En esos momentos, ambos hombres se movían en círculos, con la espada sujeta por las dos manos, frente a ellos y lanzándose cuchillos de odio con la mirada. Y de pronto, Ctrax atacó. Los filos de sus armas chocaron en un ominoso estruendo cuando Pelko se defendió. Se deshizo de él y le respondió con otro ataque. Su forma de luchar era rítmica, contenida y poderosa, mientras que la de Ctrax era arrebatada e imprevisible. Tal vez se vio invadido por sus ansias de vencer, ya no solo por defender a su rey sino por algún tipo de rivalidad personal entre ellos, pero eso mismo le estaba haciendo perder el control de la lucha. Pelko avanzaba terreno y su siguiente asalto fue contundente, sin apenas dejarle margen a su contrincante y dominando el combate. Las reacciones de Ctrax comenzaron a ser erráticas, y el guardia de ËaGhal no necesitó más. Tras un par de giros de muñecas, arremolinó su espada por encima de su cabeza y la dejó caer, cercenándole la yugular. Herido de muerte, se llevó las manos al cuello, borboteando la sangre por su boca y a través de los dedos. Ctrax cayó de rodillas con la

mirada en blanco y después se desplomó.

Brandon dejó escapar el aire que reprimía en los pulmones, deshaciéndose de la tensión de sus músculos con alivio. Impávido, Pelko envainó su espada y se dirigió hasta él.

—Gracias —le dijo—. Finalmente tenías razón.

—No —negó Brandon—. Habrías acabado con el centinela en un abrir y cerrar de ojos —le aseguró tras haberlo visto luchar—. Vengo siguiendo a Ctrax y, por su actitud, creo que ha sido una casualidad.

—Sea lo que sea, nos ha hecho perder un tiempo precioso —apuntó Pelko, mirando la alta edificación de piedra y madera—. No podemos esperar a que llegues a tu torre —lamentó—. Vuestros navíos no tardarán en arribar y los vigías darán la señal de alarma.

—Pues sigamos con el plan —le propuso—. Yo iba a prender la última torre, no afecta a los demás. Quememos esta y después vayamos hasta las mazmorras a ayudar a los prisioneros, tal y como estaba previsto. Creo que será suficiente distracción —añadió, señalándola—. Frygt mandará a muchos de sus hombres hacia aquí para ver qué sucede y, mientras tanto, los nuestros podrán encargarse de los barcos y las armas.

—No sé... —Pelko frunció los labios, pensativo.

—El sexto vigía huirá de su torre en cuanto vea que están atacando las demás —insistió—. No se percatará de la llegada de los navíos de Gunnar, porque el ataque será desde tierra firme.

—Sí, tienes razón —concordó su compañero, y se dirigieron al interior de la torre.

Subieron la escalera de caracol de peldaños de madera, y mientras Brandon encendía una tea, Pelko cogió aceite con un par de recipientes con los que empezó a bañar los escalones conforme volvían sobre sus pasos. Una vez abajo, Brandon acercó la llama que se propagó con rapidez hasta el remate. Salieron a la carrera, y apenas se habían refugiado tras los árboles del bosque cuando el fuego alcanzó el depósito de aceite que estalló con una potente llamarada, lanzando madera y piedra por doquier.

Los dos hombres se tomaron unos instantes para contemplar su obra, y al cabo de unos segundos, a lo lejos, un estallido resonó en la noche, acompañado de un repentino resplandor: la segunda torre había caído.

Mientras reemprendían el camino hacia el castillo con precaución de no toparse con algún guardia, les acompañó una sucesión de fogonazos que iluminaban el negro firmamento, las torres ardían como antorchas gigantes,

hasta llegar a la quinta. La sexta y última no se incendiaría, pero tampoco era necesario. La invasión había comenzado.

Capítulo 43



El griterío en el exterior fue lo que le dio la señal a Jordan; el ataque había dado comienzo. Con premura, extrajo la llave que escondía bajo el colchón, se soltó los grilletes y, con sigilo, salió de su celda.

A quien liberó primero fue al Príncipe ËaGhal. Mientras lo hacía, Jordan percibió en su semblante cierto asombro entremezclado con alivio, y no pudo evitar sonreír.

—Somos hombres de palabra, Alteza —le dijo.

—Lo siento, es la falta de costumbre —bromeó, sonriendo también en respuesta.

Sin perder más tiempo, ambos se dirigieron a la celda de Trystan y Nicholas, y tras deshacerse de sus cadenas, comenzaron a abrir el resto de puertas.

En un principio, los reos reaccionaban con temor, hasta que el príncipe se presentaba ante ellos, anunciándoles su libertad y el fin de la tiranía y el reinado de su padre. Todos se mostraban agradecidos y aguardaban tras ellos a que siguieran soltando a sus compañeros para ser dirigidos al exterior. Pelko y Brandon encabezarían un grupo de hombres que despejarían la entrada a las mazmorras y les darían vía libre para poder escapar, por lo que aún no podían acercarse a la puerta.

Mientras tanto, seguían liberando a más prisioneros, hasta llegar a cierta celda en la que Jordan le pidió al príncipe ser él quien entrara.

—Qorxu...

El anciano estaba tumbado en el colchón, con cierta dificultad a causa de las cadenas, y alzó la vista con sorpresa.

Jordan se apresuró. Se arrodilló junto a él y con celeridad le quitó los grilletes, y el hombre no podía salir de su asombro.

—Lo habéis conseguido —murmuró, y Jordan rio, con cierta petulancia.

—¿Acaso lo dudabas? —inquirió, ayudándole a levantarse. Sin embargo, no fue tarea fácil, pues el anciano se vio asaltado por un ataque de tos que lo

dejó sin aliento y sin capacidad para moverse—. Tranquilo —susurró Jordan, serio—. Vas a poder volver a tu casa, a restablecerte —le dijo, y Qorxu alzó el rostro, con ojos afligidos.

—Nadie me espera allí —le recordó, en un hilo de voz, sin resuello.

—Pues vendrás conmigo a Asbath —aseveró, y el anciano lo miró, incrédulo y esperanzado al mismo tiempo—. El aire puro de esas tierras sanará tus pulmones, y no te faltarán cuidados, afecto y buena compañía.

—¿Te refieres a la tuya? Que los dioses me libren —bromeó—, prefiero la de una buena moza —añadió, y Jordan soltó una carcajada.

—Bribón...

—Soy viejo, no tonto —recitó, dejándose conducir por Jordan hacia el exterior—. Y si las lugareñas son como tu esposa...

—No hay mujer comparable a Agatha —alegó con exagerado orgullo, y el anciano rio, aunque la tos volvió a cortarle la respiración—. Seguro que hay alguna de tu agrado —continuó Jordan, sin querer que lo invadiera la preocupación.

Delante de ellos, ËaGhal seguía soltando a los reos y, de pronto, vio que Brandon y Pelko se aproximaban a ellos desde el otro extremo del corredor, a la carrera.

—¡Alteza! —exclamó este último, y el príncipe saludó a su fiel amigo con un abrazo fraternal y de agradecimiento que lo sorprendió.

De igual modo, Brandon recibió el mismo trato por parte de Trystan, Nicholas y, sobre todo, de Jordan, quien palmeó su espalda con efusividad.

—Hay que darse prisa en salir de aquí —le dijo entonces el guardia de Asbath—. Y los barcos no tardarán en atracar.

—Sí, pero debo llevarlo a un lugar seguro —le respondió, refiriéndose a Qorxu, y el joven asintió, comprendiendo.

—En las habitaciones de las esclavas. Algunas se pueden cerrar con pestillo desde dentro —le propuso, y él concordó.

Con la copia de llave de las celdas que Brandon portaba consigo, acortaron el tiempo que se precisaba para liberar a toda la mazmorra, y no tardaron en salir al exterior. Allí encontraron los cadáveres de los dos centinelas que hacían la guardia nocturna. Algunos hombres de Pelko se acercaban a ellos con fardos llenos de espadas, y muchos de los reos se hacían con una para defenderse después. El propio Pelko les facilitó varias.

—Deberíamos ir al puerto —les propuso mientras lo hacía—. Frygt intenta salvar nuestros barcos y los vuestros no tardarán en arribar.

—Yo os alcanzo enseguida —anunció Jordan, y su cuñado lo miró con extrañeza, aunque al ver que sostenía al anciano, no necesitó mayor explicación.

—No deberías perder tiempo conmigo —le reprochó Qorxu al percatarse.

—No hay apuro, buen hombre —le restó importancia Nicholas—. No es tan diestro luchando como presume —bromeó el soberano—. Se convirtió en capitán de Asbath por mera casualidad.

—Ya me lo parecía a mí —respondió el viejo, y Jordan recibió de buena gana la mofa por su parte.

—Te acompaño para indicarte el camino —se ofreció Brandon, gesto que agradeció, mientras que Nicholas y Trystan los observaban con cierta preocupación.

—Cuidaos vosotros también —Jordan se hizo eco de sus pensamientos, y tras despedirse, le pidió con una seña a Brandon que lo llevara al lugar.

Se pasó el brazo de Qorxu por los hombros, y se encorvó para ponerse a su altura. El anciano apenas tocaba el suelo, pero le facilitó la tarea al joven todo lo que pudo. Brandon los condujo por las zonas que consideraba menos peligrosas, alejándose del conflicto pero, de repente, se detuvo en seco. Jordan, sin comprender, lo hizo a su lado, a pesar de que el guardia alargaba su brazo para que permaneciera detrás de él.

Hïrm estaba frente a ellos, a varios pasos de distancia, y aunque se hallaba en inferioridad numérica, los miraba con petulancia.

—Al menos, uno de vosotros me acompañará al Inframundo. —Lo escucharon fanfarronear, y un instante después...

—¡¡¡No!!!

Brandon volvió a estirar el brazo para apartar a Jordan al saber que él era el objetivo, pero quien se movió para interponerse en la trayectoria del puñal que el carcelero había lanzado con la rapidez de un rayo fue Qorxu. Lo recibió con su cuerpo.

—¡¡Maldita sea, Qorxu!! ¿Qué has hecho? —bramó Jordan.

El anciano cayó al suelo a pesar de que Jordan seguía sujetándolo, pero se arrodilló a su lado para sostenerlo en sus brazos mientras que Brandon desenvainaba y se batía con Hïrm.

Jordan alzó una mano, temblorosa... El cuchillo estaba clavado en el centro de su pecho de modo letal, y el muchacho maldijo, preso de la impotencia y la rabia.

—Dioses... ¿Por qué? —gritó—. No debía acabar así. —Ahogó un

sollozo.

—Sabes bien que... iba a morir igualmente —susurró Qorxu, sin aliento—. Al menos ha servido para algo.

—¡No! —negó Jordan, enrabiado, sacudiendo la cabeza.

—Gracias a ti, he saboreado la libertad... soy libre...

—No hables... —le rogaba. El viejo sonrió con tristeza, alzando una mano y que él le cogió con fuerza.

—Jordan de Asbath... No me habías dicho que los prados de tu patria son tan hermosos —susurró con la mirada perdida en el oscuro firmamento—. Seré dichoso aquí... —exhaló, y el brillo de sus ojos se apagó. Su mano cayó con pesadez sobre el regazo de Jordan, y un bramido quebró la garganta del joven.

Agachó la cabeza, tragándose las lágrimas, llenas de inquina y amargura, y agarró en un puño con fuerza la camisa ensangrentada del anciano, gruñendo de la rabia. Luego, con mano temblorosa le quitó el puñal que se guardó en el cincho mientras murmuraba un «lo siento» que le partía el alma. No, no debía acabar así...

El choque de las espadas lo obligó a reaccionar. Levantó la vista y vio que Brandon y Hirm estaban enzarzados en una lucha sin cuartel, una que debería estar peleando él.

Depositó en el suelo con cuidado el cuerpo sin vida de Qorxu y se puso en pie mientras desenvainaba su arma. Brandon dominaba el encuentro sin mayor esfuerzo, y Jordan se dio cuenta de que, en realidad, estaba dilatándolo, aguardando por él. El guardia lo vio llegar por el rabillo del ojo, así que golpeó la espada de Hirm, manteniendo su filo pegado al suyo, presionando, tras lo que le dio impulso y lo alejó de él. Esa maniobra le otorgó a Jordan el tiempo suficiente para tomar el relevo. Compartieron una mirada de agradecimiento por su parte y comprensión por la de Brandon, quien se despidió con un cabeceo para hacerse cargo de los restos de Qorxu, y consciente de que aquel enfrentamiento lo debía zanjar por su cuenta.

Jordan, en guardia, lo vio marcharse con el cuerpo del anciano en brazos, pero sin perder de vista a Hirm, quien también lo observaba con sonrisa sardónica.

—Así que el marqués sabe luchar —dijo, mordaz, y Jordan soltó una malsonante carcajada.

—El hombre que se acaba de marchar estuvo bajo mi mando —le aclaró con cierta vanidad.

—¿El herrero? —se burló.

—Ese fue el oficio de su padre, no el suyo —le aclaró con suficiencia—. Él es uno de los mejores guardias de Asbath y yo fui su capitán.

Hïrm hizo una mueca de asombro, frunciendo los labios con desdén.

—Pues veamos lo que sabes hacer, «capitán» —dijo con retintín, y con un par de zancadas se puso a su altura y lo atacó con ímpetu.

Jordan lo recibió con seguridad, tratando de mantener la templanza. La sangre de Qorxu que manchaba el suelo aún estaba fresca y la ira le bullía en las venas, pero no podía permitir que eso lo cegase.

Respondió a todos sus ataques, uno tras otro, lo que desesperaba al carcelero. Lo notaba en la furia de sus embates, en cómo apretaba los dientes con impotencia al no poder tomar ventaja sobre él. Jordan estaba minando su ánimo, y eso, tarde o temprano, repercutiría en su destreza. Hasta que arrojó sobre él una serie de lances rápidos y potentes que desestabilizó a Hïrm y le hizo perder la espada, que salió despedida y resonó con un estrépito contra el suelo, lejos de su alcance.

Hïrm se distanció a la carrera varios pasos aunque no para escapar, sino para sacar el látigo que portaba enganchado en la parte posterior de su cincho. A decir verdad, Jordan no esperó esa maniobra. El cuero restalló en el aire cuando Hïrm azotó en su dirección, y el extremo se enredó en su espada. El carcelero no tuvo más que tirar con fuerza para que el acero saliera volando, tras lo que se echó a reír.

—Hace mucho que quiero marcarte con mi látigo, marquesito —se jactó, y no tardó en cumplir con su palabra, pues agitó el brazo con rapidez y le clavó el cuero en el costado.

Jordan se sacudió y se llevó la mano a la herida sangrante, pero no se alejó. Aguardó al siguiente azote aunque se cubrió con el brazo, y pese a que lo atravesó un intenso dolor punzante, consiguió enredarlo en su mano y tirar, arrebatándoselo de las de Hïrm. Luego, lo lanzó lejos mientras el carcelero blasfemaba.

—No eres nada sin tu látigo —se burló Jordan, preparándose para una lucha cuerpo a cuerpo. Sin embargo, su adversario se agachó un instante para sacar otra daga de su bota, muy parecida a la que había acabado con la vida de Qorxu, la que Jordan rescató de su cincho.

Tenía que reconocer la destreza del carcelero. Se acercaba a él con mucha rapidez, tratando de clavarle el cuchillo de la forma más dañina posible, y se alejaba con igual presteza. No obstante, Jordan era más ágil, pese a su

robustez, y no dudó en hacer uso de ello.

En uno de sus intentos de herirlo, Jordan hizo una finta con la que sorprendió. Hirm quiso rectificar la trayectoria de su cuchillo y su posición, pero fue demasiado tarde. Jordan se había colocado a un lado y, estirando el brazo, consiguió herir su rostro. El guardián blasfemó, palpándose el corte, y la propia rabia contra Jordan, un maldito extranjero, le hizo perder su temple y el control de la pelea, y empezó a arrojar cuchilladas sin ton ni son. Jordan las esquivó, consciente de que solo debía esperar, pues en su furia, Hirm estaba siendo descuidado. Y así fue, en uno de sus ataques, quedó desprotegido y Jordan le clavó el puñal entre las costillas, directo al pulmón.

—Esto es por Qorxu, y por cada uno de los latigazos con los que has marcado a mis compañeros —farfulló, hundiendo aún más el puñal.

Hirm lo miró con odio, y trató de decirle algo, pero de su boca solo salió un sangrante carraspeo. Entonces, Jordan extrajo el cuchillo y dejó caer su cuerpo desmadejado al suelo, donde expiró.

Sin dedicarle ni una mirada, recuperó su espada y echó a correr hacia el puerto. Imaginaba que Brandon también se habría dirigido en esa dirección tras depositar el cuerpo de Qorxu en algún lugar seguro. Al llegar se topó con una escena que parecía propia del Inframundo... Algunos navíos eran pasto del fuego que enrojecía la atmósfera oscura de la noche. Las llamas en la cubierta se alzaban por los mástiles hasta el velamen, mientras en el muelle, los hombres capitaneados por Frygt se enfrentaban a los fieles al Príncipe ËaGhal, aunque a él no lo vio por ningún lado, como tampoco a Nicholas o Trystan.

Entonces, en el otro extremo del embarcadero observó que varios barcos arribaban, y que sus hombres hacían una barrera, mandobles en ristre, para procurar que así fuera y cortarles el paso a los guardias del Rey Khawf. Dirigiéndose hacia allí para reunirse con ellos, se topó con Nicholas y los demás, y apenas se había deshecho de un par de contrincantes cuando se alzaron voces a sus espaldas; el primer navío de Gunnar había atracado.

Los guerreros gealach, armados hasta los dientes, desembarcaron, navío tras navío, y avanzaron sobre el muelle como una avalancha destructora. Jordan reconoció a varios príncipes de aquellas lejanas tierras al haber luchado con ellos en la batalla de Teschen. De hecho, reparó en Teekon y Hrolf, que iban acompañados por un hombre de Josiah, y corrió hacia ellos para recibirlos y ponerlos al tanto, aunque Nicholas no tardó en ir a su encuentro.

—Majestad —lo saludaron ambos con una venia, pero el joven rey les respondió con un fraternal abrazo lleno de agradecimiento—. Este es Morgan —les presentaron a su acompañante, quien sí hizo una reverencia—. Ha dirigido la travesía y capitaneará a los soldados de Gunnar.

—Vuestra presencia es providencial —les dijo—. No hay tiempo que perder. Los hombres de ËaGhal han sido prevenidos de vuestra llegada por lo que no debéis temer su ataque.

—Que no os confunda la marca de su rostro —añadió Jordan.

—Tras el último mensaje de Brandon, contábamos con ello —admitió Hrolf—, así que responderemos solo a cualquier gesto hostil.

—Que los dioses os guíen —les deseó Nicholas, y ambos príncipes, acompañados por el capitán, partieron con premura para unirse a la batalla mientras sus hombres los seguían, al igual que los que continuaban desembarcando.

Nicholas hizo ademán de unirse a ellos, pero Jordan lo detuvo, cogiéndolo del brazo.

—¿Dónde están el príncipe y Trystan? —le preguntó, no sin preocupación.

—Tenían un par de asuntos personales que resolver —le respondió, y Jordan no necesitó saber más.

Lanzó una mirada fugaz hacia el castillo y luego salió tras Nicholas, adentrándose de lleno en la batalla.



El rojo del fuego dominaba la noche. ËaGhal se sintió abrumado cuando se percató de que los navíos llegados del otro lado del mar se aproximaban al puerto. No había desconfianza por su parte. Desde que accediera a aliarse con el Rey Nicholas, supo que en su trato no había cabida para el recelo, pero admitía que le aliviaba comprobar la magnitud de aquella flota.

Y tal vez esa seguridad que le otorgaba su llegada lo alentaba a dejarse llevar por aquel afán que removía su sangre e impulsaba su espada contra aquellos que no lo querían como soberano. Aun así, lo enfrentaban con temor, y él no era tan necio como para no aprovecharlo, y acababa con sus vidas sin arrepentimiento alguno. Ellos habían escogido el bando equivocado, y era una lucha a muerte, donde la piedad no tenía cabida.

Sin embargo, su objetivo no eran aquellos guardias acobardados, no, había alguien con quien debía rendir cuentas, y se abrió paso a golpe de espada para

buscarlo. Fue entonces cuando reparó en el Rey Trystan, en que se encaminaba hacia el castillo, y comprendió a dónde se dirigía; no sería él quien lo detuviera, y confiaba en que los dioses estuvieran de su lado.

Por desgracia, advirtió que no era el único que se había percatado de ello. Frygt recuperaba su espada, enterrada en un cadáver tirado en el suelo, mientras seguía con la mirada la trayectoria del Rey de Meissen, quien ya se alejaba. Entonces, ÆaGhal vio que el Rey Nicholas iba tras ellos, sin duda para apoyar a su tío, pero él le salió al paso, obligándolo a pararse.

—No os inquietéis, no voy a detener a vuestro tío —le aclaró al ver la confusión en su rostro—. El Rey Trystan tiene un asunto pendiente, al igual que yo.

Un griterío se alzó tras ellos y ambos se giraron; los hombres venidos de Gunnar empezaban a desembarcar.

—Id a recibirlos —le pidió—. Yo me encargo de Frygt.

Nicholas asintió y palmeó su hombro, en un gesto con el que le deseaba buena suerte, y ambos hombres se separaron, yendo en dirección contraria.

ÆaGhal había perdido de vista a Frygt, aunque sabía bien a dónde se dirigía: a proteger a su rey. El príncipe se adentró en el castillo y recorrió a la carrera sus pasadizos, y el eco de golpes metálicos le indicó que había alcanzado al Rey Trystan antes de que este llegara a los aposentos de su padre.

No pudo evitar inquietarse, por lo que apretó el paso. No dudaba de las dotes con la espada del soberano, pero que lo conociesen como el Rey Sanador dejaba de manifiesto que su mayor habilidad era salvar vidas, no sesgarlas, y Frygt era todo lo contrario. Aun así, vio con agrado que el Rey Trystan estaba resistiendo bien sus ataques, pero era él quien debía ocupar ese lugar.

—¡¡Frygt!! —gritó al otro extremo del corredor.

Los dos hombres se detuvieron, y el soberano lo miró con cierto recelo, tal y como había hecho el Rey Nicholas.

—Continuad por este corredor, y la primera escalera que halléis os conducirá al torreón —le indicó, y el monarca no pudo ocultar su asombro—. Khawf dejó de ser mi padre cuando ordenó matar a la mujer que amo —le aclaró, aunque su mirada estaba clavada en el capitán—. Marchad, Rey Trystan, y que los dioses os guíen en vuestra empresa —añadió, desenvainando su espada.

El soberano asintió, comprendiendo.

—Que los dioses te guíen a ti también, muchacho —le deseó igualmente, tras lo que se fue, aunque ËaGhal seguía pendiente de Frygt, quien lo miraba con sonrisa sardónica.

—Cómo no. El príncipe desea vengar a la zorra de su esclava —se mofó el capitán, poniéndose en guardia, y quien ahora sonrió con suficiencia fue ËaGhal.

—Creo que te complacerá saber que Dhära vive —le confesó, y los labios de Frygt se tensaron, de súbito, en una línea dura y llena de rabia.

—Mentís —espetó, apretando la empuñadura con ambas manos, tan fuerte que los nudillos se le blanqueaban. ËaGhal, por su parte, se carcajeó con ganas.

—Créeme que ni siquiera sería capaz de sonreír de no ser cierto —le confesó, jactancioso—. Y no solo reiré pletórico cuando te mate; bailaré sobre tu sangre.

—Eso lo veremos —farfulló Frygt, lanzando su primer ataque. Sin embargo, ËaGhal alzó su arma y lo contuvo. Los rostros de los combatientes quedaron muy cerca.

—No podrás ver nada. Estarás muerto, ¿recuerdas? —se mofó el príncipe, y el capitán gruñó mientras empujaba sobre la espada de su contrario y lo alejaba de él.

No obstante, el heredero se mostraba seguro, arrogante, sin abandonar la sonrisa, como si supiera de antemano que su triunfo era un hecho y que solo se estaba divirtiendo a costa del capitán. Con cada lance soltaba una carcajada, con el único fin de provocar a Frygt, y lo estaba consiguiendo, pues a este se le crispaban cada vez más los tendones del cuello y su piel se enrojecía a causa de la creciente furia.

El incesante choque de las espadas reverberaba en el frío corredor de piedra apenas iluminado con las antorchas. Era un duelo de titanes, algo más allá de un simple enfrentamiento, o incluso del destino del reino. Era como si se estuvieran viendo las caras el bien y el mal.

ËaGhal no cesaba sus ataques, golpeaba una y otra vez al tiempo que giraba alrededor de Frygt, quien por momentos se veía sobrepasado por su rapidez y precisión. Y de repente, el príncipe avanzó una zancada y la punta de su espada se paseó por el torso del capitán, dibujándose una línea ensangrentada que lo cruzaba de arriba abajo.

Frygt saltó hacia atrás, llevándose una mano al pecho. Pese a no ser más que un rasguño, la palma se le tiñó de rojo. Sus ojos flameaban cuando miró

al príncipe.

—Te despedazaré poco a poco si es necesario —se jactó, altivo—. No tengo ninguna prisa.

Entonces, alargó el brazo y asestó un golpe ascendente que le rajó la barbilla.

—Poco a poco... —volvió a burlarse mientras Frygt se pasaba los dedos, que se llenaron de sangre.

El capitán lanzó un rugido rabioso y cargó contra él, cegado por la inquina. Sus embates eran poderosos, pero carentes de control. ĘaGhal tuvo que esforzarse para esquivarlo, para contener sus golpes, lo que le hizo creer a Frygt que empezaba a tener el dominio de la situación.

—¿Ya no sonreís, Alteza? —se burló—. Espero que os consuele saber que podréis reuniros con vuestra esclava en el Inframundo. Porque cuando la encuentre, esta vez me aseguraré de que está bien muerta.

ĘaGhal no respondió a su provocación, permaneció concentrado en aquel ritmo frenético que habían adquirido sus acometidas. Él se mantenía a la defensiva, consumiendo la justa energía en sus movimientos de bloqueo, a la espera de que las fuerzas de su contrario menguaran. Y Frygt se ofuscaba cada vez más al no conseguir doblegarlo. Tanto se cegó en su ataque que no pudo anticiparse al que le lanzó el príncipe, desde abajo, directo a sus entrañas y que lo traspasó de modo mortal.

El mandoble del capitán cayó al suelo al llevarse ambas manos al abdomen cuando ĘaGhal retiró el suyo. Frygt le dedicó una postrera mirada llena de odio, que no afectó al príncipe, quien solo podía pensar en la espalda en carne viva de Dhära a causa de los latigazos de ese infame, lo cerca que había estado de la muerte.

Dio un giro sobre sí mismo con la espada en alto y la dejó caer a la altura de su cuello, cortándose de un solo tajo. El impulso hizo que su cabeza se estrellara contra el muro al tiempo que el cuerpo decapitado se desparramaba en el suelo. Entonces, con expresión impávida, agarró la cabeza por la negra y larga melena y se marchó.

Un reguero de sangre goteante iba marcando el camino hasta los aposentos de su padre.



Trystan había seguido las indicaciones que le diera ĘaGhal y se encontraba

revisando las habitaciones de aquel torreón. Al acceder a la primera, un aroma demasiado conocido llegó hasta él. Lo aspiró profundamente... Gladys había estado prisionera allí.

Se permitió un instante y caminó hasta un baúl, del que extrajo uno de los vestidos de su esposa. Lo llevó a su nariz y se impregnó de su esencia al tiempo que lo invadía la rabia hacia ese miserable que había jugado con sus vidas a su antojo. Pero pronto acabaría, pronto volverían a estar juntos...

Salió de allí decidido a buscarlo y, mientras subía el siguiente tramo de la escalera de caracol, se encomendó a los dioses. Había dedicado su existencia a salvar vidas, nunca creyó que la espada diera fin a los conflictos, pero, en esa ocasión, no le temblaría el pulso.

En la planta superior, halló una puerta cerrada, aunque no con llave. Khawf estaba de espaldas a él, contemplando por la ventana aquella invasión que haría arder su reino hasta los cimientos.

—Te estaba esperando —le dijo sin mirarlo, y cuando Trystan se fue acercando, se percató de que estaba apoyado con ambas manos sobre su espada, así que afianzó el agarre de la suya.

Entonces Khawf se giró hacia él. Su semblante ojeroso y demacrado le sorprendió tanto que pensó que estaba enfermo, y en cierto modo lo estaba; enfermo de rabia e inquina.

—Maldito seas... Eres tú quien debería haber muerto, no ella —escupió las palabras.

—Gladys no ha muerto...

La risotada de Khawf lo interrumpió.

—Y ahora me vas a decir que siempre vivirá en tu corazón —se burló, observándolo con desprecio—. ¿En tu encierro te has convertido en trovador?

—Gladys no se arrojó al vacío. Escapó para evitar que la sometieras frente a mí —insistió.

—¡No! —bramó el soberano, y sin previo aviso cargó contra Trystan, quien a duras penas pudo resistir su golpe.

Cruzó la espada por encima de su cabeza, conteniendo su hoja como pudo. Khawf presionaba con fuerza, sus cuerpos casi se tocaban, y Trystan metió el hombro para impulsarse y, de un empujón, lo apartó de él.

—¿El Rey Sanador sabe luchar? —se carcajeó Khawf. Sus risotadas destilaban odio, y aunque Trystan era consciente de que solo trataba de provocarlo, no pudo evitar replicarle.

—Por supuesto —se jactó—. Creí que, después de treinta años, te habrías

percatado de cierto detalle —agregó, confundiendo a Khawf—. Gladys prefiere a un hombre de verdad.

Khawf bufó al sentirse ofendido y volvió a atacarlo, respondiéndole Trystan con una presteza que sorprendió al Rey Tirano; no era hombre de batalla, cierto, pero si debía empuñar una espada, lo hacía hasta las últimas consecuencias.

Esta vez fue él quien atacó, esquivándolo Khawf una y otra vez. Recorrían la superficie de aquella alcoba sin dejar de luchar, acorde a los pasos de una danza mortal cuyo ritmo marcaban los golpes de sus armas. La cadencia era extenuante y, en cierto momento, el Rey de Vākh golpeó con potencia el filo de Trystan tras lo que hizo una finta y se separó, otorgando cierto quiebre a la contienda para tomar aliento.

—¿Por qué? —le gritó de repente, sin bajar la guardia—. ¿Por qué te escogió a ti? ¡Yo debí ser su dueño!

—Como en muchas tantas cosas, en eso te equivocas —espetó Trystan, con la respiración agitada por el esfuerzo—. No somos dueños el uno del otro. Nos pertenecemos, que es muy distinto. El corazón de Gladys es mío, sí, pero ella me lo ofreció gustosa, y de igual modo se lo entregué yo.

—¡Cállate! —bramó—. Al demonio con tu estúpida palabrería. ¡Siempre la quise para mí!

—Lástima que fuera la desdichada de mi madre la que se cruzó en tu camino —los interrumpió de pronto ĒaGhal.

Por un instante, a Khawf se le iluminó la mirada al pasarle por la mente la fugaz idea de que su hijo iba a socorrerlo. Sin embargo, este arrojó a sus pies la cabeza de Frygt, cuyo rostro era una repulsiva mueca que anunciaba muerte, y ese brillo se tornó en odio.

—Solo la tomé para conseguir un heredero, y que ha resultado ser tan decepcionante como lo fue ella —sentenció, y lejos de ofenderse, se rio.

—Pues esta decepción que ves aquí, va a convertirse en soberano de estas tierras —le advirtió el joven con presunción—. Desposaré a Dhāra, pues pongo en tu conocimiento que la Reina Gladys de Meissen logró salvarla —añadió, sabiendo cuánto le encolerizaría aquello—, y tendremos tantos hijos como los dioses dispongan. Así, algún día, tu bien amado imperio será gobernado por el vástago de una esclava —remató, y Khawf estalló en un bramido.

—¡Eso nunca!!

Y no acababa de decirlo cuando extrajo su fastuosa daga de su cincho y se

lo lanzó, clavándose en el torso de ËaGhal, quien cayó al suelo.

Trystan apenas podía contemplar aquella abominación, que un hombre fuera capaz de atentar contra su propio hijo... Su instinto le obligó a correr hacia el joven. El puñal estaba clavado cerca del hombro, y pese a que perdía mucha sangre, estaba consciente, aunque gemía a causa del dolor. Cogió un cojín y se lo puso bajo la cabeza.

—Aguenta, muchacho —le dijo, y él asintió, mirando a aquel monstruo frente a ellos y al que no le invadía ni el más mínimo ápice de arrepentimiento.

Trystan recuperó su espada del suelo y no dudó en acometer contra él, movido por la repulsión que le producía lo que acababa de presenciar. Jamás se había visto tan dominado por el odio y la rabia, atentar así contra lo más sagrado, contra su propia sangre... Khawf esquivaba sus asaltos, pero Trystan no le daba tregua, tan cegado como estaba. Su único objetivo era hacer desaparecer de la faz de la tierra a ese ser maligno que ni siquiera merecía el derecho de haber nacido. No obstante, Khawf se permitió el lujo de carcajearse.

—¿Crees que un alfeñique como tú va a vencer al Rey Tirano? —espetó con soberbia.

—El orgullo no otorga el poder, Khawf —replicó, sin amilanarse ni lo más mínimo—. Además, ya te he vencido. Te vencí hace treinta años, cuando Gladys me eligió a mí.

—¡¡Bastardo!! —gritó, enfurecido, e inició un ataque arrebatado en el que perdió toda precaución, quedando expuesto. Tratando de dar una estocada alta, dejó su cuerpo desprotegido y Trystan le rebanó el abdomen.

Sabiendo que era una herida mortal, el Rey de Meissen corrió hacia el joven para ayudarlo a incorporarse. ËaGhal se dejó asistir, pero no permitió que lo guiara hacia el lecho, sino que caminó hacia su padre, y Trystan no pudo más que observar la escena.

Khawf estaba de rodillas, vomitando sangre y sujetándose con ambas manos sus entrañas, que asomaban por el tajo. ËaGhal, aun desangrándose y con medio cuerpo acalambrado a causa del dolor, también se arrodilló frente a él. Los ojos de su padre se clavaron en él, lanzándole una última maldición que no afectó al príncipe. Se arrancó la enjoyada daga de su pecho y, haciendo gala de las pocas fuerzas que conservaba, la clavó en el de Khawf, en el corazón.

—Quien a hierro mata, a hierro muere —recitó su hijo, con una mueca de

repugnancia—. Buen viaje al Inframundo, Rey Tirano.

Y hundió la daga hasta la empuñadura.

Khawf se desplomó y, solo entonces, ĘaGhal se permitió gruñir de dolor. Trystan se apresuró en auxiliarlo.

—Muchacho inconsciente... —murmuró, ayudándolo a levantarse—. Debo tratar esa herida cuanto antes. Necesito útiles —añadió, maldiciendo.

—Tal vez en los cuartos de las esclavas, donde vuestra esposa atendió a Dhära —le dijo, jadeando sin apenas aire por el esfuerzo que había realizado.

De hecho, dada su corpulencia, Trystan tuvo que hacer acopio de toda su fortaleza para poder conducirlo hasta el lecho de su padre. Lo ayudó a tumbarse y rasgó la colcha para taponar con un pedazo la herida. Cogió la mano sana del joven y la colocó encima, instándole a presionar. ĘaGhal gimió.

—Resiste, voy a por ayuda —le dijo, y sin más dilación, salió a la carrera de la recámara.

Recorrió el mismo camino que había hecho para llegar allí, buscando la salida, y en uno de los pasadizos sorteó el cuerpo mutilado de Frygt, como una señal que le indicaba la senda a seguir. No alcanzaba el exterior cuando se topó de frente con Pelko y Brandon quienes, presumiblemente, acudían a apoyarlos.

—¡Majestad! —exclamó este último, alegrándose de verlo con vida—. Nuestros hombres se están haciendo con el triunfo —le contó con premura, y a pesar de la buena nueva, el semblante de Trystan clamaba a la prudencia.

—El Príncipe ĘaGhal está herido —les narró.

—Yo puedo facilitaros algunos ungüentos —afirmó Brandon, comprendiendo sus intenciones.

—De acuerdo —concordó con alivio—. Y haced correr la voz de que el Frygt y Rey Tirano han muerto. Tal vez eso haga que los hombres se rindan y no haya más muertes innecesarias —añadió, mirando a Pelko, quien recibió la noticia con serenidad—. Traedme esos útiles, y acondicionad las habitaciones de la servidumbre para los heridos. Yo iré en cuanto haya atendido a ĘaGhal.

—Sí, Majestad —asintió Brandon, apreciándose en él cierto orgullo hacia el soberano.

Ambos jóvenes se apresuraron en cumplir con sus órdenes, y Trystan volvió a los aposentos de Khawf a encargarse del príncipe.

Sí, él era un hombre capaz de manchar sus manos de sangre, de matar, por

defender a su esposa, a su gente, incluso una causa noble... Pero a pesar a todo, por encima de todo, Trystan de Meissen era el Rey Sanador.

Capítulo 44



Fue una noche de fuego, sangre y muerte. La jornada se anunciaba sombría, con un amanecer gris, en consonancia con las cenizas y el humo que se alzaba en columnas, provenientes de las distintas piras funerarias cuya ceremonia ËaGhal había presidido, acompañado de Trystan y Nicholas. Por desgracia, la noticia de la muerte del Rey Khawf instó a muy pocos de sus partidarios a rendirse; la mayoría preferían morir a vivir prisioneros por su traición.

Sin embargo, mientras el cuerpo del difunto monarca ardía, ËaGhal prometió someter a los que sí habían depuesto las armas a un juicio justo, y que su castigo sería acorde a su delito. Por otro lado, sus seguidores se postraron ante él, instándolo a jurar su soberanía, aunque él se negó; debía hacer algo antes de ponerse al frente de sus súbditos y alzar de nuevo el reino.

Pese a estar herido, una vez concluidos los funerales, pidió que se le ensillara su caballo. Como era de esperarse, tanto Jordan como Trystan y Brandon lo acompañaron, mientras que Nicholas, asistido por Morgan, dirigiría el aprovisionamiento de los navíos para volver a Gunnar cuanto antes.

Los cuatro hombres partieron cuando aún no era mediodía, sin importarles el cansancio o las heridas. Habían dejado de ser guerreros y sus corazones eran lo único que los guiaba, al igual que la necesidad de ver a sus mujeres, sobre todo ËaGhal, quien durante días lloró con amargura la muerte de su amada. Espolearon sus monturas con brío, sin dejar de cabalgar o tomarse descanso alguno, pues cualquier instante transcurrido sin estar junto a ellas era perdido.

Ni siquiera atardecía cuando divisaron la casa de Dhära, y los hombres pudieron distinguir tres siluetas femeninas bajo la sombra de un árbol de grueso tronco y frondosa copa. La esclava fue la primera en percatarse de la llegada de los jinetes y se levantó, con una mano apoyada en la frente para proteger sus ojos de los incidentes rayos de sol.

—ËaGhal... —susurró, alertando a las otras dos mujeres—. ¡ËaGhal!

—gritó a estar segura de que era él, y salió corriendo a su encuentro.

El príncipe desmontó de un salto y también corrió hacia ella, con el corazón galopante contra su pecho al comprobar por fin con sus propios ojos que estaba viva. El joven portaba el brazo izquierdo en cabestrillo, para dañar lo menos posible la herida que le hiciera su padre, pero extendió el otro para recibirla. Dhära rodeó con los suyos su cuello y se arrojó contra él, buscando aquel contacto que los hiciera despertar a ambos de aquella pesadilla.

—¿Qué... qué te ha ocurrido? —preguntó ella, titubeante y preocupada. Pese a no tener la certeza de que ese encuentro se convirtiera en realidad, se lo había imaginado miles de veces, pero ahora, la fuerza con la que ËaGhal la estrechaba la abrumaba de tal modo que no era capaz de discernir nada.

—No te inquietes —murmuró el muchacho contra su pelo—. Abrázame, bésame, mujer. Necesito sentirte plenamente para convencerme de que lo que vivimos es cierto, de que no estamos muertos y esto es, en realidad, una fantasía con la que nos están obsequiando los dioses por nuestro sufrimiento.

Dhära no dudó en obedecer, tan necesitada como también estaba de él. Buscó su boca con desesperación, para besarlo con todo el amor que brotaba de lo más profundo de su ser, y él gimió al poder saborearla de nuevo, al llenarse de su esencia y embotarse todos sus sentidos de su presencia... verla, tocarla, saborearla...

—Mi mujer... mi reina —susurró sobre sus labios—. Por fin comienza una vida para nosotros. Por fin voy a cumplir mi juramento —le dijo con emoción contenida, y ella, con la mirada brillante por las lágrimas, le cogió la mano donde descansaba la seña que signaba aquella promesa y se la besó—. Te amo, Dhära.

—Y yo a ti, ËaGhal. —Y los labios de la joven se unieron a los suyos para sellar aquella declaración que permanecería indeleble en sus corazones. Lo demás carecía de importancia en ese momento, incluso el resto de reencuentros que se daban a su alrededor.

Porque Agatha también había salido corriendo al encuentro de su esposo y, apoyándose en sus robustos hombros para darse impulso, saltó y rodeó la cintura de Jordan con sus piernas, abrazándolo con fuerza. Este río ante la impulsividad de su mujer y de la dicha al poder sostenerla contra él.

—Ya se acabó todo, princesa mía —murmuró contra su oído—. Por fin estamos juntos.

—Y nada nos podrá separar —aseveró Agatha, clavando sus ojos azules en los suyos, con tanta intensidad que lo hizo jadear.

Porque jamás habían estado tan seguros de que aquella afirmación era cierta. Poco importaban los embates de la vida, podía vapulearlos hasta el fin de los tiempos, pero ellos, sus corazones, sus almas, jamás se separarían.

—Doy gracias a los dioses por poder seguir mirándome en tus ojos —susurró Jordan, buscando los destellos de sus pupilas—. Porque ese azul brilla para mí.

—Y yo porque siempre me sentiré amada entre tus brazos. No hay mejor refugio —musitó, estremecida, acariciando su rostro.

Jordan capturó su boca en un beso arrebatador y vehemente que los dejó sin aliento. Agatha volvió a poner los pies en el suelo y se apoyó contra su marido, y él la estrechó más a él, suspirando al sentir el cálido hálito de su esposa contra su cuello.

—¿Y Ethel? —Escucharon de pronto a un inquieto Brandon, y Agatha separó el rostro del pecho de su marido lo justo para poder hablarle.

—Está dentro, descansando —le informó, y el guardia no pudo evitar preocuparse aún más—. La sexta torre nunca ardió, y ella...

Brandon no precisó de más explicaciones y salió corriendo hacia la casa. A Agatha le alegró saber que la desazón que había padecido la joven se vería recompensada. Antes de cerrar los ojos y descansar la mejilla sobre el pecho de Jordan, se dibujó una sonrisa en sus labios cuando su mirada se topó con la preciosa escena que protagonizaban sus tíos. Trystan aprisionaba a Gladys contra el tronco del árbol mientras la besaba como un demente.

Tanto tiempo separados había hecho mella en ellos, y el soberano no tardó en saborear en la boca la sal de las lágrimas de su esposa. Trystan abandonó sus labios, pesaroso.

—Gladys...

—¿Estás bien? —musitó la reina, y para disimular su congoja, palpaba el rostro de su hombre, revisándolo concienzudamente, en busca de heridas. Sin embargo, Trystan la agarró de las muñecas, sin brusquedad, pero sosteniéndoselas para que lo mirara.

—Mi amor...

—Oh, Trystan...

Gladys se soltó para abrazarse a él, y Trystan la estrechó con ternura, dejando que descargara su llanto sobre su pecho.

—Mi reina, hermosa y valiente... Perdóname por haberte dejado sola. No debimos separarnos aquel día —lamentó, al tiempo que le acariciaba con suavidad la espalda, tratando de consolarla—. Pero ¿cómo iba a imaginar

que...?

—No, no podías saberlo —admitió ella, intentando controlar los sollozos para poder hablar—. Y yo tendría que excusarte, decirte que no tuviste la culpa, pero si así consigo que me prometas que no me dejarás nunca más...

Trystan acunó sus mejillas con ambas manos y la obligó a mirarlo.

—Jamás —declaró categórico, y su esposa le exigió un beso con el que firmar aquel voto y que él correspondió gustoso. Volver a sentir los labios de su mujer, sus manos sobre él... Llevaba semanas conviviendo con el temor latente de perderla, y ahora que por fin podía abrazarla, ese miedo apenas le permitía creer que era cierto que estaban juntos de nuevo.

—¿Y Nicholas? —le cuestionó ella cuando sus bocas se separaron.

—Sano y salvo, preparando nuestra partida —la calmó—. ¿Tú estás bien? —Quiso asegurarse entonces, a lo que ella respondió asintiendo varias veces con la cabeza—. ¿Y esa marca en tu cuello? —inquirió de repente, haciendo que lo arqueara.

—Tranquilo. Fui yo misma al no querer permitir que ese bastardo me sometiera —le explicó.

—Maldito... —blasfemó, apretando los dientes y estudiando aquella herida ya cicatrizada.

—No sucedió nada —le aseguró ella—. Fui, soy y seguiré siendo solo tuya.

—Mi amada Gladys... —murmuró dichoso, acariciando su mejilla con los nudillos—, siempre firme, fiel...

—Y enamorada de ti —dijo ella, y al rey le dio un vuelco el corazón.

Bajó el rostro para besar aquella señal en su piel, y Gladys tembló, estremecida de pies a cabeza.

—Mi Rey Sanador... Salvas mi alma con un solo beso tuyo.

—Y yo acabo de encontrar la mía —susurró, contemplando sus ojos, y su mujer se refugió en su regazo.

—Llévame a casa...

Trystan suspiró, sobrecogido. Asintió y besó su cabeza, mirando de reojo la cabaña en la que Brandon había entrado para buscar a Ethel.

La halló tumbada en un jergón, dormida. Brandon se sentó despacio, cerca de ella, y percibió en sus mejillas las marcas de las lágrimas que había derramado por él. No pudo contenerse y delineó con lentitud aquellos rastros que no eran más que una señal del amor que Ethel sentía por él. Y Brandon la quería tanto... se veía sobrepasado por todos los sentimientos tan

desconocidos para él y que lo invadían en tropel, provocados por aquella mujer.

De pronto, Ethel abrió los ojos y lo miró, aunque no se movió ni un ápice. Debía hallarse en ese estado confuso en el que no se distingue el sueño de la realidad, y temía que no fuera más que una ilusión.

—Mi niña... —murmuró él, abarcando con la palma su mejilla, y su voz, su tacto...

Ethel se incorporó de súbito y se abrazó a él, su cuerpecito trataba de apretarlo, con fuerza, y Brandon jadeó, enternecido.

—Dime que no estoy soñando, que estás aquí —le rogó ella, y la respuesta del guardia fue un beso rebotante de su anhelo por ella.

—Sí... aquí estoy —susurró sobre sus labios, sosteniéndola en su abrazo—. Deberías confiar más en mí. Soy un hombre de palabra —bromeó, y ella se sonrojó, haciéndolo sonreír.

—La torre no ardía... y yo no sabía... pensé que... —Chasqueó la lengua al no hacer otra cosa que titubear, pero Brandon cubrió su boca con la suya, en un beso intenso con sabor a promesas y sueños por cumplir.

—Durante años he vagado sin rumbo fijo, sin saber lo que me deparaba el futuro, hasta que llegaste tú —le confesó el joven con dulzura—. Mirarte, besarte, amarte... provocan en mí una dicha a la que no podría renunciar. Tengo la absoluta certeza de que no puedo vivir sin ti, Ethel, ni tampoco quiero, y aunque quizás no sea ni el lugar ni el momento, no reprimo más los deseos de preguntarte si... si te convertirías en mi esposa.

Una lágrima rodó por la mejilla de la pelirroja, y él la capturó con la punta de los dedos, expectante, tratando de leer la respuesta en sus ojos brillantes. Ella tuvo que tomar aire varias veces para poder hablar.

—No... No hay nada en este mundo que desee más que ser tuya, Brandon de Asbath, de todas las formas posibles.

—Ethel...

Brandon cerró los ojos, conteniendo sus propias lágrimas, y se vio asaltado por la boca de su mujer, exigente y complaciente al mismo tiempo, y él la correspondió con todo su ser, estrechándola entre sus brazos. Dioses, la amaba tanto...

Y, de pronto, un carraspeo desde la puerta los hizo separarse. Jordan y Agatha, abrazados, los observaban con cierta diversión e indudable dicha desde el umbral.

—Siento la interrupción, pero el Rey Nicholas nos espera —dijo Jordan,

mientras ambos jóvenes se enjugaban las lágrimas con celeridad.

—Ethel ha aceptado ser mi esposa —les anunció él, y la pareja no dudó en felicitarlos, al igual que el resto, que aguardaban por ellos, fuera. Incluso bromearon ante la idea de una ceremonia en alta mar.

No obstante, se acercaba el momento de volver al castillo, pues estaban ansiosos por embarcar y volver a su patria. Las mujeres se despedían de los padres de Dhära, dándoles las gracias por su hospitalidad, mientras su hija observaba la escena, inquieta, sin saber a qué atenerse. Porque las palabras pronunciadas por ĘaGhal aún resonaban en sus oídos, pero el viento se las llevaba con tanta facilidad...

De reojo, vio que se aproximaba a ellos; tal vez quería despedirse... Se detuvo frente a ella y le tomó ambas manos, y la muchacha contuvo el aliento.

—Es hora de partir. En el castillo me esperan —le dijo, serio, casi pesaroso, y ella sintió que una punzada dolorosa le detenía el corazón—. ¿Estás lista?

Dhära no contestó. ¿Lista para qué, para volver a separarse? Ella seguía muda hasta que, de repente, una sonrisa traviesa asomó a los labios del príncipe.

—Ya entiendo, esperas que les pida su consentimiento a tus padres para desposarte...

—¡Alteza! —exclamaron ellos con alegría, no así Dhära, quien bufó al comprender que su intención era ponerla en un aprieto.

—Tal vez sea yo quien se niegue, Alteza —dijo con retintín, fingiéndose ofendida. Entonces, ĘaGhal la estrechó entre sus brazos y la besó con ardor, frente a todos.

—No me niegues la dicha de ser tuyo —le rogó él, y ella exhaló, sobrecogida por esa confesión.

—Seré tu esposa —accedió, y ĘaGhal volvió a besarla, exultante de felicidad mientras los demás aplaudían y los vitoreaban.

Dhära se despidió de sus padres para volverse a ver pronto, para la celebración de la coronación y los esponsales. Además, ĘaGhal les arrancó la promesa de que venderían la granja y se mudarían a alguna casa situada dentro de la zona amurallada y que él habilitaría para ellos, para estar más cerca de su hija.

El sol todavía no se ocultaba cuando emprendieron el camino hacia el castillo de Văkh, aunque era seguro que los sorprendería la noche.

Podía parecer una insensatez viajar en esas condiciones, sin mayor guía que la luz de la luna y sin apenas descansar, pero todos compartían el mismo deseo de llegar cuanto antes. Además, las mujeres estaban encantadas de poder pasar aquella velada cobijadas contra el pecho de sus hombres. Y para ellos, no había mayor recompensa que la de poder estrecharlas entre sus brazos. Lo importante no era adónde los condujera el camino, sino la dicha de estar juntos. Siempre...

Capítulo 45



Los tibios rayos del sol naciente entraban con timidez por la ventana, cautos al no querer interrumpir aquel momento. Piel, corazón, susurros que llegaban al alma... La espalda desnuda de Trystan quedó iluminada un instante, hasta que volvió a hundirse con lentitud en el cuerpo de su mujer, sumergiéndose en la penumbra, y en ella. Gladys ahogó otro jadeo, y su esposo lo saboreó de sus propios labios, en un beso profundo e igual de pausado.

No era una unión carente de pasión, no, más bien todo lo contrario. Ambos contenían aquel torrente de emociones no sin esfuerzo, tratando de deleitarse en cada segundo, en cada caricia, en cada palabra. El temor a perderse para siempre había habitado demasiado tiempo en sus corazones, y necesitaban sentirse plenamente para borrar por completo aquel sufrimiento, convertirlo en un recuerdo lejano sin que cupiese el pensamiento de lo que habrían sido sus vidas si uno de los dos hubiera muerto.

En cambio, estaban juntos, amándose, entregándose todo cuanto eran para compensar aquel vacío de su separación, lo mucho que se habían extrañado. Sus almas habían estado tan incompletas... Sin embargo, el deseo más primario de la posesión habitaba en ellos, a pesar del tiempo, de los más de treinta años que habían transcurrido desde que unieron sus vidas, lo que les otorgaba el conocer sus cuerpos a la perfección, sus gestos, saber leer en sus ojos.

El ardor creciente que brotaba de la unión de sus sexos avivaba su excitación, que comenzaba a causar estragos en ellos. Gladys alzó las manos hasta la cabeza de su marido y reclamó su boca, en un beso lleno de esa necesidad que a él también lo consumía, pero que dominaba con todas sus fuerzas.

—Trystan... —se quejó, al saber que no iba a ceder.

—Shhh... —la acalló—. Aún no estoy lo bastante saciado de ti —susurró, cálido y sugerente contra su oído, y ella lloriqueó ante el ramalazo de placer que le provocó, pero que fue momentáneo, demasiado breve para lo que ella quería.

—Por favor... —le rogó, y él rio por lo bajo.

—Me temo que, en esta ocasión, tus suplicas no van a funcionar —decidió, y para dejar patente que era él quien dominaba el juego, salió casi en su totalidad de ella y volvió a embestir, lento, pero muy profundo, tanto que Gladys echó la cabeza hacia atrás, arqueando su cuerpo para alargar aquel contacto que su esposo quebró, retomando sus movimientos sosegados y contenidos. La mujer jadeó expectante.

—Maldito seas, Trystan de Meissen... —masculló, aunque sonreía, exultante—. ¿Pretendes torturarme?

Su esposo rio quedamente. Capturó su labio inferior y lo mordisqueó, incitante.

—Solo porque tú me lo permites —dijo, acariciando su boca con el pulgar—. Me dejarás que dilate este momento hasta el límite de tu resistencia.

—Pues ese momento ha llegado —trató de asegurarle, con la voz entrecortada a causa de la excitación.

—Me temo que no —aseveró, con risa presuntuosa.

Entonces, hizo deslizar una de sus manos entre sus cuerpos y alcanzó su centro. El cuerpo de Gladys se sacudió cuando comenzó a acariciarlo con maestría, llevándola a la locura. Hasta que se detuvo, repentinamente, y ella lanzó un quejido.

—Oh... Trystan...

—Vamos, mujer, sé que puedes acabar con esto cuando tú quieras —la provocó, con voz ronca y penetrante, y a ella le enardecía cuando él mismo la alentaba a cumplir con sus deseos.

Se removió debajo de él y empujó sus hombros, haciendo que rodara para ponerlo de espaldas en el lecho. Trystan rio complacido por la reacción de su esposa, quien se colocaba a horcajadas sobre sus muslos. Entonces, atrapó su virilidad con una mano y comenzó a acariciarlo, y Trystan agarró la sábana cerrando los puños, luchando para no dejarse llevar.

—¿Ahora eres tú la que quiere atormentarme? —le preguntó con las mandíbulas tensas, reprimiendo todo lo posible su acuciante éxtasis.

—Lo reservo para otra ocasión, Majestad —murmuró con tono sensual. Alzó la cadera y lo guió hacia su entrada, tomándolo en su totalidad.

—Oh... sí... —gruñó él, cerrando los ojos con fuerza, aunque solo durante un instante, hasta dominar aquel repentino placer que consiguió aletargar. Después los abrió, porque por nada del mundo se privaría de esa visión, de la imagen su esposa poseyéndolo.

Sabía que se sentía poderosa, voluptuosa, lasciva, y él lo gozaba hasta rozar el borde de la demencia. Era divina... Su larga melena color miel ondeaba salvaje sobre sus senos y él la apartó para cubrirlos con sus manos mientras ella se movía sobre él, sin darle ninguna opción, y Trystan se rindió.

—Tú ganas, mujer —jadeó—, toma de mí tu placer, pero llévame contigo —le rogó, y no le avergonzaba hacerlo. Su entrega, su confianza era plena, al igual que la complicidad.

Entonces, Gladys se inclinó ligeramente hacia atrás, para apoyar las manos en sus muslos y porque conocía a la perfección el cuerpo, el placer de su marido. En cuanto quedó expuesta ante él, Trystan no lo dudó y volvió a alcanzar con los dedos su centro y comenzó a torturarlo. Se deleitó en el goce que se reflejaba en la expresión de su esposa, sus ojos cerrados, su boca entreabierta... y cuanto más disfrutaba, más lo hacía él. La cadera de Gladys comenzó a sacudirse, sin control, y Trystan notó cómo se tensaba a su alrededor, aprisionándolo de forma ardiente, y quebrando toda su contención.

Sus orgasmos estallaron al unísono, fieros, cegadores. Perdieron el dominio de sus cuerpos, que se movían guiados por aquel éxtasis sobrecogedor y que circulaba una y otra vez por sus venas, bullendo en su sangre. La espiral que los poseyó, poco a poco se fue diluyendo, hasta que se extinguió. Gladys se derrumbó sobre su marido, quien la recibió con caricias y su calor, mientras ambos recuperaban el aliento y se acompasaban sus corazones, que aún latían disparados contra su pecho.

—Oh, Gladys, mi amada Gladys... Tan ardiente como cuando nos conocimos —murmuró, abrazándola.

—Y tú, tan vigoroso como antaño. —Y su afirmación hizo reír a Trystan. Recolocó a su mujer sobre él y ella cruzó los antebrazos en su pecho mientras lo observaba.

—No, mi amor, que los años comienzan a pesar —objetó él, divertido.

—No seas modesto, esposo mío —replicó, exagerando el tono—. ¿O es que pretendes que alimente tu vanidad masculina?

—Nos conocemos demasiado como para que esperes eso de mí —alegó, negando sonriente.

—Sin embargo, a pesar de haber arribado a este castillo a altas horas de la noche, y tras descansar unas pocas horas, aún has tenido alientos para hacerme tuya —lo halagó igualmente.

—Yo no lo llamaría alientos, sino ansias —le confesó, delineando con un dedo la línea de su pómulo—. No podía aguardar más a tenerte. Me temo que

mi amor por ti va más allá de lo platónico —dijo con sonrisa torcida.

—¿Acaso lo lamentas? —preguntó ella con coquetería.

—¿No prefieren las mujeres el amor cortés? —bromeó, y ella rio, cálida, y algo que podía parecer tan nimio hizo estremecer al soberano. Al percibirlo en sus ojos, Gladys alzó el rostro y buscó los labios de su marido.

—Nos conocemos demasiado como para que esperes eso de mí —repitió sus mismas palabras—. Y yo solo soy una mujer que ha extrañado a su esposo —añadió tratando de seguir su juego, pero el pesar con el que las pronunció la hizo fracasar.

Trystan sostuvo sus mejillas, mortificado.

—Gladys...

—Me dolía el alma de añorarte tanto —le confesó, y él la estrechó contra su pecho, envolviéndola en su abrazo.

—Y a mí, mi vida —admitió, con voz temblorosa—. Pero estamos juntos de nuevo... Abrazame con fuerza —le pidió, y ella obedeció al instante—, y no dejes de hacerlo hasta que te convenzas de que nuestras almas han vuelto a encontrarse, para no sufrir nunca más.

—Nunca más... —repitió ella en un susurro—. Júramelo —le rogó de pronto—. A pesar de no poder saber qué nos depara el futuro, júramelo de todos modos.

—Te lo juro —le dijo, besando su pelo—. Hoy mismo partiremos, regresaremos a nuestro hogar, para disfrutar de una vida plena y tranquila, para no separarnos jamás. Te amo, Gladys.

Su esposa suspiró.

—No más que yo a ti.

—Lo sé —concordó él—, y cada día agradezco a los dioses que me hayan concedido tal dicha. Gracias, mi amor, por tantos años de felicidad.

—Y los que nos quedan —añadió ella, con voz melosa, y Trystan comprendió que el cansancio se apoderaba de ella.

—Descansa, vida mía —le susurró, acariciando su espalda.

—Sí... pero quiero dormir contra tu pecho, así... que me arrulle el latido de tu corazón con la más preciosa canción de amor que puede existir —musitó mientras se acomodaba sobre él.

—Tú la inspiras, amada mía —murmuró, y ella sonrió un instante, sin poder separar los párpados.

Trystan los cubrió a ambos con la sábana y la abrazó, dejándose invadir por el dulce letargo que le producía la calidez del aliento de su mujer sobre su

pecho. Y cerró los ojos para darle la bienvenida a esos sueños en los que ambos volvían a encontrarse cada noche. Siempre juntos... incluso entonces.



ËaGhal se despertó sobresaltado al notar que no estaba solo en su lecho, hasta que vio a Dhära, durmiendo junto a él. Era la primera vez que lo hacía, pues antaño, tras sus encuentros clandestinos, la muchacha abandonaba su cama y regresaba a su cuarto de esclava. En cambio, esa noche, no solo la había amado hasta hacerla desfallecer, sino que había permanecido con él durante el resto de la velada, compartiendo su lecho.

La luz del amanecer le permitió observarla. Reposaba boca abajo, con los brazos doblados, cerca de su cabeza, y el rostro girado hacia él, luciendo una expresión cándida, propia de una niña. Sin embargo, era toda una mujer, y él lo sabía mejor que nadie. La sábana no terminaba de cubrir su espalda, y entonces fue cuando reparó en las marcas rojizas que la cruzaban por completo.

El joven cogió la tela y la apartó con cuidado, dejando toda la zona al descubierto. Contuvo un improperio... Fue inevitable que volviera a su memoria aquel momento que aún revivía en sus pesadillas, tan nítido como si hubiera sido ayer y no semanas atrás. Las heridas estaban completamente cicatrizadas, pero la piel se presentaba deteriorada y frágil. Aquel maldito le había destrozado la espalda, y quedaba patente en lo irregular de la zona. Había lugares en los que le había arrancado la carne...

Una bola de rabia y desazón se instaló en su garganta al preguntarse cómo pudo sobrevivir a semejantes heridas, y lamentaba profundamente aquel suplicio al que se había visto sometida pues no lo merecía. Su única falta había sido amarlo, tanto como él la amaba y, entonces, ¿por qué solo ella fue la que padeció por esa causa, y con tan inhumano castigo?

Se dijo que compadecerse por lo que había sucedido no lo haría desaparecer. La espalda de Dhära mejoraría con el tiempo, aunque habría marcas tan profundas que jamás se borrarían. Pero esas no le importaban, las que le preocupaban eran las de su alma, y él iba a encargarse de que sanasen del todo. Y para eso, ËaGhal debía estar en paz consigo mismo y no culparse por lo acaecido.

Comenzó a delinear con mucha suavidad aquellas cicatrices enrojecidas, como si pretendiera reconciliarse de ese modo con el pasado. Formaban parte

de ella, de ambos, de una u otra forma, y debía aceptarlo.

—Volvería a pasar por aquel calvario si supiera que, al final, estaría de nuevo contigo, como ahora. —La escuchó murmurar.

Dhāra lo observaba, reflejándose la certeza de aquellas palabras en sus ojos. ĘaGhal se inclinó y depositó suaves besos en sus marcas. Luego, se tumbó a su lado, encarándola.

—No valgo tanto —le dijo, y ella negó, disconforme.

—¿Acaso no lo harías tú por mí? —le preguntó, aunque estaba segura de su respuesta.

—Nunca lo pongas en duda —replicó, muy serio. Dhāra alargó la mano y con los dedos trató de deshacer la tensión de su frente fruncida.

—Entonces, ¿eres tú quien pone en duda mi amor por ti? —lo tanteó, y el príncipe chasqueó la lengua al comprender su propósito.

—Es el que yo te profeso el que me obliga a alejarte de todo sufrimiento, y sin embargo...

—Fue el látigo de Frygt lo que casi me mata, no tú...

—Si yo no te hubiera alentado a amarme libremente...

—¿Lamentas nuestro amor?

—Jamás —aseveró, categórico—. Pero tú has pagado un precio demasiado alto.

—Tú también has sufrido —le recordó—. Tuviste que contemplar sin poder hacer nada cómo me fustigaban hasta matarme. Porque me creíste muerta, durante más tiempo del necesario —apuntó—. Y si hubiera sido yo, si yo lo hubiera presenciado... habría enloquecido de tanto dolor, ĘaGhal, habría buscado mi propia muerte.

—No lo digas —le pidió, mortificado, y ella sostuvo su mejilla, tocando las negras florituras que recorrían su rostro.

—Entonces, comprende que debemos estar agradecidos, pues, pese a todo el sufrimiento, estamos aquí, juntos —dijo ella, con pasión—. Olvida lo pasado y disfrutemos de esta dicha que nos ha sido concedida.

—¿Desde cuándo eres tan sabia? —bromeó él, como una forma de darle la razón.

—Desde que sé que voy a ser tu reina —alegó con fingida vanidad, y que a él le hizo reír—. He conversado mucho en estos días con Gladys de Meissen —le contó—. Ella sí es sabia —dijo con admiración.

—Y te salvó la vida —rememoró él, colocándole un mechón tras la oreja—. Le estaré eternamente agradecido. Bueno, a ella y a todos, porque si

Brandon de Asbath no se hubiera percatado de que seguías viva...

—Estoy convencida de que los dioses habían dispuesto que cambiaran el destino de este reino —comentó ella.

—Lo que lamento es tanto derramamiento de sangre —admitió el príncipe—, pero el Rey Tirano no habría dejado otra opción más que esa.

Dhāra asintió, deslizando los dedos por la venda que cubría la herida que su propio padre le había infligido.

—Hay tanto que olvidar. —ĒaGhal se hizo eco de sus pensamientos. Entonces, Dhāra levantó el rostro y depositó un suave beso en la zona injuriada y que a él lo hizo suspirar. La cogió de la nuca y se cernió sobre ella—. Y creo que has encontrado la mejor forma de hacerlo.

—Debemos prepararnos para ir al puerto y despedir los navíos de Gunnar —le recordó ella, aunque su voz era demasiado sugerente y tenía los ojos clavados en la boca masculina, que seguía acercándose a la suya.

—Y yo creo que hay tiempo de sobra...

Le dio un beso corto, pero intenso, ardiente, que la dejó jadeante y deseando más, y él se relamió, degustando de sus propios labios su delicioso sabor. La joven sintió una oleada cálida en su vientre, y ĒaGhal sonrió felino al saber que se arrepentía de sus propias palabras. Buscó la boca femenina para delinearla con la punta de la lengua, arrancándole un gemido que a él mismo le hizo perderse.

Capturó sus labios de nuevo, dispuesto a demostrarle cuáles eran sus prioridades. Podría derrumbarse el mundo a su alrededor, pero no saldrían de esa habitación hasta dejarle grabado en la piel que ella era y sería lo más importante. Siempre.

Horas después, ĒaGhal y Dhāra caminaban de la mano, con cierto aire solemne, hacia el puerto. Iban acompañando a Nicholas, Trystan, Jordan, Brandon, y los tres últimos portaban del brazo a sus respectivas mujeres; los guerreros gealach y los hombres de Josiah ya estaban a bordo de los distintos barcos.

ĒaGhal observó a la que en pocos días se convertiría en su esposa. Había abandonado su vestido de esclava y él recuperó de viejos baúles algunos de su difunta madre y que ella aceptó muy honrada. Lucía majestuosa con ese de color azul cobalto, con el porte de una reina, y él no podía ocultar el orgullo que sentía.

Cuando arribaron al muelle, aguardaban por ellos todos los súbditos que también deseaban despedirse de esos hombres venidos de ultramar y que habían terminado con décadas de tiranía, y ÆaGhal se sintió honrado al ver allí a su pueblo, mostrándoles su respecto a los nobles extranjeros.

Dhāra fue la primera que inició esa despedida. Se soltó del joven para ir al encuentro de las tres mujeres, y la tristeza por la separación entraba en disputa con el deseo por su parte de volver al hogar.

—Debéis venir a visitarnos, conocer nuestra tierra —le pidió la soberana, sujetando las manos de la muchacha, quien apenas podía contener las lágrimas.

—Yo reafirmo la invitación de mi esposa —concordó Trystan, mirando al príncipe. ÆaGhal se había despedido de Brandon, Jordan y Nicholas, mostrándoles su infinito agradecimiento, tras lo que se detuvo frente al rey—. Y confío en que, desde este instante, quede convenida la hermandad entre nuestros pueblos —añadió, ofreciéndole su mano al joven.

Este, en cambio, no la aceptó, sino que le dio un abrazo fraternal y cargado de compromiso por aquel nuevo lazo que se urdía hasta el otro lado del Mar Istook.

—Que así sea —recitó ÆaGhal al separarse.

—Sentimos no estar presentes en tu coronación —se disculpó Nicholas—, pero imaginarás cuánto nos urge regresar a casa.

—Me hago cargo —respondió el príncipe, sonriente.

—No dudes en acudir a nosotros para lo que precises —se ofreció Trystan, y el joven asintió, agradecido—. Serás un gran rey.

Sus buenos augurios emocionaron a ÆaGhal, quien apenas pudo murmurar un «gracias».

—Os deseo un feliz retorno a vuestro hogar —añadió, recuperando la compostura. Trystan sonrió.

—Hasta pronto —le dijo, y la sonrisa de ÆaGhal se amplió aún más que la del soberano.

—Sí, hasta pronto.

Porque aquello no era un adiós.

Conforme los veía embarcar, ÆaGhal supo que el vínculo que se había formado entre sus reinos perduraría hasta los confines del tiempo.

Por irónico que pareciera, el Reino de Vākh había acabado extendiéndose más allá del Mar Istook, pero sin sometimiento, ni tiranía, sino formando parte de aquella nueva Alianza que acababa de forjarse, una unión en

completa armonía que vaticinaba un duradero periodo de paz y esplendor.

Capítulo 46



Para Cailen, atravesar las murallas de Gunnar aquel atardecer significaba concluir la primera etapa de su vuelta a casa, tras haber llegado a Los Lagos a tiempo de impedir un mayor derramamiento de sangre.

Alcanzaron al ejército de Shyt a apenas una jornada de las murallas. Por fortuna, el capitán era un hombre razonable. Recibió el documento firmado por Nasier y aceptó sus órdenes, anunciando de inmediato su retirada. Los de Väkhh, por su parte, dieron pie a una última batalla, pese a saberse en desventaja. Era morir antes que aceptar la rendición.

Después, el propio Cailen junto con Zayev y un grupo de hombres, acudieron hasta el lugar donde el ejército de Los Lagos estaba asentado para darles la buena nueva. Allí se reunieron con Nigel y se reencontraron con Francis, Griän y los demás, y fue cuando supieron que habrían respondido a los Shyt con todo cuanto tenían. Gente del campo, aldeanos, se habían unido a sus filas aunque apenas sabían sostener una espada, y para su sorpresa, los supervivientes a la guerra con Adamón habían aceptado la soberanía del Rey Nicholas y se disponían también a luchar. Hubiera resultado una completa masacre...

Allí también volvieron a separarse sus caminos. Ellos regresaron a Los Lagos, pero los gealach retornaron a Gunnar para ir en busca de los hombres que habían resultado heridos y así ayudarlos a volver a casa.

Habían sido largas y largas jornadas desde que partieron de allí. Cailen las sentía como semanas interminables, y lo único que deseaba era llegar al castillo, informar a su suegro y, tras descansar lo justo y necesario, partir hacia Breslau, al encuentro de su esposa.

La noticia de su triunfo sobre los hombres del Rey Tirano en la gran batalla de La Espina llegó a oídos de los habitantes del reino, así que todos habían abandonado sus casas para salir a recibirlos con vítores en su camino al castillo. El propio Josiah los saludó al pie de la escalinata principal, y mientras la servidumbre se encargaba de acomodar y disponer comida y bebida a los recién llegados, él acompañaba a su yerno hacia el comedor, para que reposara, disfrutase de una buena cena y le relatase lo sucedido.

Sin embargo, Cailen, conforme se iban acercando a la sala, apreciaba en su semblante cierto aire jocosos, que si bien podía responder a la victoria sobre Vākh, despertaba suspicacias en el joven.

Y fue al entrar en el comedor cuando comprendió a qué se debía aquel brillo travieso en los ojos del rey, pues en la mesa aguardaban para acompañarlos su hija Edwina y... ¡Adrienne!

Cailen se detuvo en seco en el umbral al ser la última persona que esperaba encontrar allí. ¡Debía estar en Breslau, cuidando de su preñez! Y, en cambio, iba hacia él, con los brazos extendidos y una sonrisa desbordante, más hermosa que nunca.

El príncipe gealach la recibió, estrechándola con fuerza. Ya habría tiempo para explicaciones y reproches, pero en ese instante no deseaba otra cosa que abrazar a su mujer, embriagarse de su aroma y su calidez, y olvidar con ese abrazo todo el infierno vivido en la batalla, todas las veces que lo había asaltado el temor de no volverla a ver.

Buscó sus labios sin importarle lo más mínimo que no estuvieran solos. Necesitaba sentirla, saborear su boca, y al apretarla más contra él, se evidenció la ligera redondez del vientre de su esposa presionando contra su abdomen.

—Adrienne... ¿Qué...? ¿Qué haces aquí? —le preguntó sin querer que sonara a regañina.

—Decidí venir a recibirte en cuanto un emisario nos trajo la nueva de vuestro triunfo en La Espina —le narró—. La partera viajó conmigo —añadió antes de que su marido objetara—. Mi embarazo sigue su curso normal y yo me encuentro muy bien, por lo que no vio impedimento alguno en que viniera a esperar tu regreso.

—Admito que... es el mejor recibimiento posible —le confesó, abrazándola otra vez, incapaz de ocultar la dicha que le provocaba poder estar junto a ella mucho antes de lo que esperaba.

Su esposa se puso de puntillas para besarlo, pero un carraspeo proveniente de la mesa los obligó a separarse.

—Ya habrá tiempo de arrumacos, muchacho —le dijo Josiah—. Ven a reponer fuerzas con este venado y un buen vino, y relátame todo lo acontecido.

Cailen no pudo menos que sonreír. Cogió de la mano a su mujer y la acompañó hasta la mesa, y tal y como el soberano le requirió, le narró todo lo que había sucedido.

Después, el príncipe se retiró para reunirse con Zayev, y juntos se aseguraron de que todos sus hombres habían sido debidamente atendidos, y después acudieron a visitar a los heridos. A Cailen le tranquilizó saber que Maicoh, su capitán, se recuperaba favorablemente, máxime cuando a punto estuvo de morir en sus brazos. La intervención de Griän fue primordial.

—Parece que esto por fin se acaba —resopló Zayev mientras su cuñado lo conducía hacia el torreón donde estaban sus aposentos.

—Las buenas nuevas del otro lado del mar que llegaron con el cuervo de Trystan así lo anuncian. Se acabó la guerra —sentenció, deteniéndose frente a la puerta de la alcoba que le habían preparado a su cuñado.

—Y en pocos días, de vuelta a los Territorios Gealach —declaró el Príncipe de Dagmar con entusiasmo—. ¿Vendrás con nosotros? —preguntó con interés.

—No he podido conversar sobre ello con Adrienne —le comentó, lo que hizo que Zayev se carcajeara—. ¿Qué? —inquirió al no comprender el motivo de su risa.

—Somos hombres de batalla, hermano —recitó, golpeándolo en el hombro—, pero la última palabra la tienen nuestras mujeres —añadió, provocando también el divertimento en Cailen.

—Y que así sea por muchos años —lo secundó.

—En ese caso, mañana me comunicas lo que ha decidido tu esposa —se mofó, abriendo ya la puerta, y Cailen alcanzó a darle un puñetazo en el brazo antes de que huyera hacia el interior de la habitación.

Negando con la cabeza aunque sonriente, el joven se dirigió a los aposentos que compartía con su mujer. Se había entretenido más de la cuenta y era muy posible que la encontrara ya durmiendo.

Sin embargo, para su fortuna, al entrar en la recámara, la halló sentada frente al espejo, cepillando sus cabellos. Ella le sonrió al verlo llegar, y él le devolvió otra sonrisa a través del espejo, un tanto forzada. Luego, tomó uno de los largos y dorados mechones y se lo llevó a la nariz, deleitándose en su aroma y que tanto había extrañado.

—Ven conmigo —le pidió ella, poniéndose en pie.

Lo cogió de la mano y tiró de él. El muchacho se dejó llevar, y lo condujo hasta un cuarto anexo donde su mujer había mandado preparar una tina con agua caliente. Cailen sonrió cuando Adrienne comenzó a desnudarlo, tras lo que se introdujo en el tibio líquido que abrazó sus extenuados músculos. Cerró los ojos un instante, y suspiró complacido al notar los finos dedos de su

esposa en su larga melena, lavándosela.

—¿Qué ocurre, mi amor? —La escuchó preguntar—. Has vuelto muy callado de tu encuentro con Zayev. ¿Alguno de vuestros hombres ha empeorado? —se interesó, preocupada—. Yo fui a visitarlos esta mañana y la curandera me aseguró que se estaban recuperando.

—No, no es eso —le contestó, mirándola de reajo un instante—. Pero hay algo que me ronda la cabeza desde hace días. No he querido sacarlo a relucir en la cena hasta hablarlo contigo.

—Me inquietas, Cailen.

Su marido negó con la cabeza y se giró ligeramente para coger una de sus manos, que aún estaba llena de jabón, y que se colocara a un lado de la tina, para observarla mientras hablaban.

—Es por algo que nos comentó Nasier —le aclaró, y Adrienne lo miró extrañada—. Nos dijo, y así se lo comunicó a Raleigh antes de morir, que Edwina había renunciado al trono a tu favor.

—Entiendo... —murmuró ella, hundiendo los dedos en el agua, jugueteando.

—Me alegro, así podrás explicármelo —la instó él.

—Lo hizo como un modo de impedir que Raleigh prosiguiera con sus planes —le narró, y él se mostró escéptico.

—Eso a él no lo habría detenido —le rebatió el joven—. Habría tomado el trono por la fuerza.

—Sí —concordó con él—, pero Edwina estaba desesperada. No sabía que su marido era semejante... monstruo.

Cailen exhaló pesadamente, comprendiendo.

—La he notado muy cambiada, y en tan pocos días —apuntó el príncipe—. Ojerosa, taciturna... apenas ha hablado en la cena. Imagino que será la tristeza por la pérdida de su esposo —supuso—. Nadie puede culparla de que lo amase a pesar de que él fuera...

—No, no —se apresuró a sacarlo de su error—. No es lo que tú crees —agregó, y Cailen frunció el ceño, esperando que siguiera—. Es cierto que ha cambiado. Si supieras las veces que se ha disculpado por haber sido la causante de mi huida, de mi infelicidad...

Su esposo abrió los ojos de par en par, sin poder dar crédito a lo que escuchaba.

—Y no cesó hasta que la convencí de que, en realidad, lo que sucedió nos unió a ti y a mí —agregó, con coquetería.

—Cierto es —concordó, atrapando una de sus manos para apretarla entre sus dedos.

—En estos días, Edwina se ha mostrado mucho más confidente para conmigo. Hemos hablado de tantas cosas...

—Has recuperado a tu hermana —dijo él, con una sonrisa cálida, y ella asintió.

—Pero es tan desdichada... —murmuró con aflicción—. Y no, no es por Raleigh —insistió—, sino por... Nasier.

—¿Nasier? —inquirió, sin comprender.

—Se conocieron antes de que ella contrajera nupcias con Raleigh, y se enamoraron aunque ninguno de los dos le confesó nada al otro —le explicó—. Guardaron su amor en secreto. Hasta ahora.

—Entiendo —murmuró Cailen, meditabundo—. No obstante, por lo que conocemos a Nasier, es un hombre pragmático, y debe alzar de nuevo su reino, por lo que no sé si tendrá cabeza para amoríos.

—De lo que menos precisa es de la cabeza, sino del corazón —alegó su mujer con picardía.

—Tú ya me entiendes —sonrió.

—Sí, de hecho, ella opina como tú —añadió, explicando así el porqué de su desdicha.

—En cualquier caso, me hago cargo de que es tu decisión —aceptó Cailen—, pero no creo que el proceder de tu hermana al renunciar al trono fuera consecuente.

—Yo tampoco, y así se lo hice saber —admitió Adrienne, y fue tal el alivio que percibió en su esposo que se echó a reír—. Soy consciente de que tu lugar está en Tarsus, y el mío, donde estés tú.

Cailen, complacido, se inclinó para darle un suave beso en los labios.

—Entonces, ¿crees que podríamos unirnos a los demás cuando partan hacia los Territorios? —la tanteó—. ¿O tal vez deberíamos esperar a que nazca el bebé?

—La partera, cada vez que me revisa, me asegura que estamos perfectamente —le respondió, y Cailen adivinó un toque incitante en el brillo de su mirada.

—Adrienne... —clamó a la cautela.

—Si quieres, te lo demuestro —lo provocó ella, y él no pudo decir si estaba de acuerdo o no porque, instantes después, su esposa se despojó de su camión, mostrándose sin tapujos en todo su esplendor.

Cailen no pudo articular palabra. La preñez hacía más sinuosas las curvas de su figura, mucho más apetecible, y la había extrañado tanto... Por eso no puso impedimento alguno cuando Adrienne se metió en el agua y se sentó frente a él, a horcajadas sobre sus piernas.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó de igual modo.

En cambio, su mujer no contestó, al menos no con palabras. Solo le sonrió y capturó sus labios en un beso sensual, mientras su desnudez buscaba la suya... dándole la mejor de las respuestas.



—Por el poder que me confiere mi corona, yo bendigo vuestra unión como marido y mujer. Os exhorto a que seáis fieles a los votos que habéis pronunciado y que guíen vuestro camino hacia la dicha.

Con certeza, una ceremonia en alta mar jamás fue la boda soñada por Ethel desde niña, pero la forma en la que rodeaba el cuello de su esposo mientras él la besaba con delirio era una clara muestra de que no le importaba lo insólito de la celebración.

Nicholas, quien la oficiaba, comenzó a aplaudir, y pronto lo siguieron todos los presentes, que se habían reunido en la cubierta de aquel navío, en ese bello atardecer. Restaban un par de jornadas para arribar a Gunnar, pero el deseo de los jóvenes era unir sus vidas en sagrado vínculo cuanto antes, y el soberano accedió gustoso a darles su bendición.

El ágape nupcial tampoco era el usual, pues las mesas estaban repletas de distintos platillos a base de pescado. Aun así hicieron las delicias de todos los comensales, y fueron aderezados por buen vino y divertidos y pícaros cánticos que hacían reír a Brandon y enrojecer a Ethel, sobre todo cuando, de repente, una vez acabada la cena, el guardia la cogió en volandas y, resonando las risas y vítores a su alrededor, se la llevó al camarote que habían dispuesto para ellos.

—¿Estás loco? Qué vergüenza —le reprochó su esposa una vez dentro, pese a que era claro que fingía.

—Sé que en el fondo te complace que me muera por hacerte el amor —alegó él con sonrisa lobuna, y aunque lo intentó, ella no pudo negarlo.

—No hacía falta que se enteraran los demás —objetó, revolviéndose para que la dejara en el suelo.

Brandon obedeció al tiempo que soltaba una risotada al ver que se hacía la ofendida y se alejaba hasta la otra punta de la pequeña estancia.

—Podrían estar toda la noche bebiendo a nuestra salud antes de retirarse —apuntó él—. Y yo no puedo esperar más —añadió, caminando hacia ella mientras la devoraba con la mirada.

Sin embargo, conforme se acercaba, percibió en la joven cierta inquietud que con certeza poco tenía que ver con la noche de bodas. A fin de cuentas, no era la primera vez que hacían el amor. Llegó a su altura y le rodeó con las manos la cintura, pegándola a él.

—¿Qué te ocurre, Ethel? —preguntó sin rodeos—. Comprendo que no es lo que esperabas...

—No seas tonto —lo cortó, sintiéndose un poco culpable al ser consciente de que estaba actuando como una niña.

—¿Entonces? —insistió.

Ella se vio sorprendida por una mezcla de vergüenza e inquietud, y bajó el rostro, aunque él le sostuvo la barbilla para que lo mirara.

—¿Qué te preocupa? —le cuestionó con suavidad—. Sabes que puedes confiar en mí.

—Sí, pero... —resopló, mortificada, apartando la mirada.

—Ethel...

—¿Quién es Genoveva? —demandó finalmente, y Brandon la miró atónito.

—¿Dónde has escuchado ese nombre? —indagó.

—De tus propios labios, anoche, mientras dormías —le respondió, insegura, sobre todo cuando la soltó para sentarse en la cama.

No obstante, la tranquilizó que Brandon alargara la mano, reclamándola. Tiró de ella y la colocó sobre sus piernas, estrechándola entre sus brazos para sentirla cerca.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —Quiso saber él.

—He tratado de convencerme de que no tenía importancia —le respondió—. Por algo me has elegido a mí como a tu esposa y no a ella.

—Sin embargo, tu convicción no ha sido suficiente —lamentó él.

—Bueno... yo...

—Genoveva era mi prometida, Ethel —le dijo con seriedad—. Murió hace más de diez años, a manos de los hombres de Balkar.

—Divina Vetsa... —gimió, llevándose una mano a la boca—. Yo... lo siento —murmuró, profundamente apenada.

—Tranquila, no podías saberlo —le restó importancia—. Y no sé por qué

dije su nombre. A veces me viene a la memoria lo sucedido, pero hace tanto tiempo que, si pienso en ella, su rostro se me desdibuja. Admito que siempre me reproché no haber sido capaz de salvarla, aunque ahora no me atormenta ya —le confesó—. En cambio, lo que sí me preocupa es que te creas inferior a cualquier otra mujer que yo haya podido conocer.

Ethel exhaló, sorprendida por sus palabras, pues era como si leyera con total claridad aquella desazón que ella había tratado de ocultar en lo más profundo de su alma.

—Por supuesto que me importa lo que ese malnacido de Öfn te hizo —le dijo, y ella creyó que se le detenía el corazón al pensar que su mayor pesadilla se convertía en realidad—. Te quiero más que nada en el mundo y siento tu dolor en mis propias entrañas.

—Brandon... —musitó al no ser eso lo que estaba temiendo escuchar. Él le sostuvo las mejillas con ambas manos y depositó un suave y sentido beso en sus labios.

—¿Qué esperabas? —preguntó un tanto sorprendido—. Lo que pasó no te hace menos perfecta ante mis ojos, no te hace indigna de mi cariño.

Una lágrima peregrina se escurrió por la mejilla de Ethel, y el joven sabía que tal vez estaba siendo un poco duro con sus palabras, pero ella debía entender de una vez por todas.

—Mi corazón te escogió desde el primer momento en que te vi —admitió, limpiándole el rostro con los pulgares—, y los dioses saben que me lo negaba una y otra vez. Tras la pérdida de Genoveva, no quería crear afectos nuevos que la muerte pudiera arrebatarme —le confesó—. Sin embargo, te buscaba sin cesar, y con excusa o sin ella, a la mínima ocasión, me apropiaba de tu boca con tal de sentirte mía, aunque fuera por un efímero instante.

—No, no era efímero —se apresuró en negar—. Creo que... me convertiste en tuya la primera vez que me llamaste niña, cuando llegué al castillo de Los Lagos —murmuró, estremecida por sus palabras, y él la abrazó con fuerza contra su pecho.

—Sí, mi niña... mía —susurró, besando su pelo—. Me cautivó tu arrojo, esa valentía que a muchos hombres con los que he luchado les habría gustado poseer, que fueras capaz de replicarme sin que te amedrentaran mis malos modos o mi corpulencia. Eres tan bonita... Yo no soy ningún dechado de virtudes, y en cambio, tú...

—Brandon... eres un hombre maravilloso —replicó, disconforme, apretándose a él.

—No lo sé —respondió como si no le importara—. Pero sí sé que soy tu hombre, Ethel, y lo seré toda la vida si así lo quieres.

—¿De verdad lo dudas? —Se apartó para mirarlo.

—¿Te resultaré demasiado presuntuoso si te digo que no? —demandó con fingida petulancia que a ella la hizo sonreír.

—No, porque eso significa que estás seguro de mi amor por ti —respondió, hundiendo los dedos en su largo y claro cabello.

—Bueno, una demostración de vez en cuando no vendría mal —la provocó un tanto pícaro—. Ya sabes, se dice que hay que mantener encendida la llama del amor.

—Entiendo... —Lo miró con aire travieso, siguiendo su juego.

Entonces, sin previo aviso, capturó los labios de su marido con los suyos para darle un ardiente beso que a él lo dejó aturdido unos instantes. La pasión de su mujer era desbordante y a él lo atrapaba sin remedio. La correspondió con todo su ser, imprimando en aquella ávida caricia su propia necesidad de ella, y no dejó de devorar su boca hasta haberle arrebatado el aliento. Jadeantes, sus miradas se buscaron, sintiendo que el creciente deseo los poseía.

—Me temo que... mi demostración no ha sido suficiente —murmuró ella, con la respiración entrecortada, continuando con aquel incitante juego.

—Puede que yo tampoco haya cumplido con tus expectativas —prosiguió él—. Pero tengo toda la noche para satisfacer cualquiera de tus deseos.

—¿Cualquiera? —musitó ella, provocativa, y Brandon tragó saliva, notando que aquel seductor sonido viajaba hasta su entrepierna.

—Pero, si no te importa, empezaré cumpliendo los míos —susurró con tono ronco, que la estremeció de pies a cabeza.

Ethel no tuvo necesidad de contestar. Le bastó con corresponder al repentino y abrumador beso de su esposo, lleno de promesas y que vaticinaba una noche inmersos en las brumas de su amor.



Que Agatha y Gladys, sin contar a Ethel, fueran las únicas mujeres a bordo de aquel navío, reducía considerablemente las parejas que danzaban en ese momento en mitad de la cubierta, tras el banquete nupcial. Los novios hacía

rato que se habían retirado, pero los demás disfrutaban de la velada a su salud.

Agatha se sentía sofocada. A pesar del aire fresco en alta mar, debía reconocer que se había excedido con el hidromiel, y las vueltas que le obligaba a dar aquella danza, unido al vaivén del barco, tampoco ayudaba mucho. Por eso, cuando finalizó la tocata, le pidió a su esposo que la acompañara hasta la proa, tratando de despejarse un poco.

—¿No prefieres que bajemos a nuestro cuarto? —le preguntó Jordan, conduciéndola de la mano hasta la parte delantera del navío—. Tal vez deberías tratar de dormir.

—No —negó ella, restándole importancia—. Estoy segura de que se me pasará enseguida. Además, la noche está preciosa. —Apuntó hacia el firmamento—. Que no haya luna hace que las estrellas resplandezcan mucho más.

—Tú eres la más brillante de todas —recitó él, con voz cálida y mirada traviesa, y su mujer se echó a reír.

—Oh, mira —exclamó de pronto, señalando hacia una estela que cruzaba el oscuro cielo, y después otra.

—Lágrimas de Vetsa —murmuró Jordan, y a Agatha no le pasó desapercibido aquel aire de nostalgia que apreció en su voz y en sus ojos, fijos en las estrellas—. La diosa tiene mucho por lo que llorar —añadió entonces, y la joven suspiró con pesar.

—Estás pensando en Qorxu —aventuró ella, abrazándose a él a modo de consuelo.

—Muchos son los que han perdido la vida en esta guerra sin sentido —admitió él—. Pero sí. Permanecí encadenado a ese anciano durante mucho tiempo, prometiéndole la libertad, y apenas acababa de cumplir con mi palabra cuando recibió en su pecho aquel cuchillo destinado a mí... —suspiró mortificado—. Siempre habrá un lugar para él en mis recuerdos.

—Y en mis plegarias —agregó su mujer—. Le agradeceré toda mi vida el haber salvado la tuya.

Jordan besó su frente y respiró hondo. Agatha se dio la vuelta y apoyó la espalda en su fuerte pecho, alzando el rostro para disfrutar de aquella visión con la que le obsequiaban las estrellas fugaces.

—Solo he podido contemplarlas en contadas ocasiones —dijo ella al cabo de unos instantes en silencio.

—Yo recuerdo muy bien cuándo fue la última vez, y cómo lloré con ellas

—admitió su esposo, y ella se giró a mirarlo con notable interés—. Había llegado a Asbath, tras dejarte a ti en Los Lagos, convencido de que mi amor no te traería más que desdichas, cuando yo me sentía el ser más infeliz sobre la faz de la tierra.

—Jordan... —murmuró la joven, enternecida por esa confesión hecha después de varios años.

—Hay pocas cosas que lamente en esta vida —le dijo, sosteniendo su mejilla—, pero esos días de sufrimiento a los que nos condené a ambos es una de ellas.

—¿Tanto me amabas? —demandó con la mirada titilante como las estrellas a causa de una respuesta que conocía muy bien.

—Tanto como intenso fue mi dolor, y te juro que hubo momentos en los que creí que mi corazón se detendría —le confesó, acariciando la comisura de sus labios con el pulgar, y ella disfrazó de coquetería la profunda turbación que le provocaban sus palabras.

—¿Pretendes conquistarme, esposo mío? —le preguntó, apoyándose en la borda con gesto insinuante, y él se fingió sorprendido.

—¿Acaso ya no estás enamorada irremediamente de mí? —se jactó petulante, y ella exhaló, protestando.

—Por supuesto que no —exclamó haciéndose la ofendida—. Estoy irremediable y perdidamente enamorada de ti.

Jordan rompió a reír y la estrechó entre sus brazos, besando su cuello.

—Y por eso cada día me pongo en peligro por uno de mis amantes, en cada ocasión uno distinto —añadió, con exagerada vanidad.

—Así que admites que has sido una inconsciente al exponerte así —le reprochó, aunque su sonrisa le otorgaba poca credibilidad.

—Creí que te preocuparía más mi acopio de amantes, esposo mío —recitó, fingiéndose aliviada, y las carcajadas de Jordan se perdieron en la bruma marina—. Pero, no te inquietes. Solo arriesgaría mi vida por ti.

Esas últimas palabras ya no pertenecían al juego. Tal vez Agatha trató de pronunciarlas con la misma ligereza, sin embargo, atravesaron el pecho de Jordan directo al alma.

La ancló a él con la mirada, de modo penetrante e intenso, haciendo temblar el corazón de Agatha que comenzó a palpar desbocado a causa de todo lo que le gritaban aquellos ojos que la hechizaban. Un brazo masculino apresó su cintura, y la otra mano se deslizó hasta su nuca y la acercaba a él, despacio, conteniendo ambos toda la emoción que los embargaba. Jordan se

inclinó y fue en busca de sus labios, y una repentina sensación de plenitud y dicha los invadió cuando sus bocas se unieron. Era turbador... Agatha le echó los brazos al cuello y se sostuvo contra él, segura de que sus piernas no serían capaces de sostenerla. Tanto podía estremecerla un beso de Jordan...

Antes de verse dominados por el frenesí y el delirio, Jordan la cogió en brazos para dirigirse a su cuarto, y Agatha no puso impedimento alguno. En ese momento, cualquier segundo sin sentir los labios de su hombre sobre ella era digno de ser olvidado. No obstante, Jordan se encargaría de que quedaran grabados en su memoria todos y cada uno de ellos.

Nicholas los vio marcharse con una melancólica sonrisa en los labios, y por qué no admitirlo, con un regusto amargo.

Caminó hacia el lugar que ellos acababan de abandonar y apoyó los antebrazos en la madera, fijando la vista en el mar, en la espuma que se adhería al casco del navío, inseparable, perenne. Extrañaba tanto a Gabrielle...

Hubiera querido que los dioses otorgasen alas a su corazón para poder volar a su lado, para acabar con ese sufrimiento que causaba su separación, el no saber nada el uno del otro. ¿Habría tenido conocimiento de lo que le había sucedido, de su encierro? ¿Lo habría creído desaparecido, o peor, muerto? Temía que la incertidumbre hubiera afectado su salud y la del hijo que esperaban, aunque se obligó a convencerse de que Gabrielle era mucho más fuerte de lo que su apariencia daba a entender. Sí, por su aspecto cándido y dulce podía parecer frágil, pero en más ocasiones de las que a él le habría gustado, su esposa demostró la gran fortaleza que se ocultaba en su pequeño cuerpo.

—Gabrielle, vida mía, regreso a ti. Pronto estaremos juntos —recitó hacia la oscuridad de la noche, sabiendo que, de un modo u otro, sus palabras la alcanzarían, le darían el sosiego necesario para aguardar por él, confiada.

Alzó la vista hacia el horizonte, oscuro, y con los ojos de su mente le fue muy fácil imaginarla, verla, en el ventanal de su alcoba, con la mirada fija en la lejanía, hacia aquel remoto mar al sur que los separaba.

«Nicholas, amor mío, vuelve a mí», leyó de sus labios aquellas palabras que le traía la brisa marina.

—Nicholas, amor mío, vuelve a mí —susurró Gabrielle con voz trémula, palpándose su abultado vientre, mientras su vista se perdía en la negrura de la

noche desde la ventana de sus aposentos.

Durante un instante, su visión se nubló, y con rapidez se enjugó las lágrimas causantes de aquella bruma. Pero lo extrañaba tanto...

Lo peor era la falta de noticias, el no saber a qué atenerse. Desde que se había marchado, se hizo a la idea de que volvería tarde o temprano, no había más opción que su regreso, pero el tiempo transcurría y la incertidumbre le jugaba malas pasadas, colándose en su subconsciente en forma de aciagas pesadillas, como acababa de ocurrirle.

Entonces, solía encaminarse hacia el ventanal y miraba a través de él, sin cesar, como si sus ojos pudieran guiarlo en el camino de vuelta, como si ella fuera su norte. Y lo hacía hasta que la vencía el sueño, envuelta en el silencio de la noche.

Sin embargo, de repente, algo quebró aquella quietud, sobresaltándola. Dio un par de pasos hacia atrás, asustada, hasta que comprendió con alivio que no había motivo para ello: el cuervo de Trystan acababa de posarse en el alfeizar, y anunciaba su presencia con un suave graznido. Gabrielle no tardó en percatarse del pequeño pergamino que colgaba de su pata, y se supo destinataria del mensaje. Su corazón comenzó a palpar errático como una premonición.

Con dedos temblorosos y tiento lo desenganchó, y las lágrimas que pugnaban por escapar de sus ojos al reconocer la caligrafía de su esposo apenas le permitían leer su mensaje.

«Gabrielle, vida mía, regreso a ti. Pronto estaremos juntos».

La joven reina pegó contra su pecho aquel diminuto pliego que le devolvía la vida y ahogó un sollozo de dicha. Sí, Nicholas volvía a casa. Porque pasara lo que pasara, él siempre hallaba el camino de regreso. El camino que lo llevaba hasta ella.

Capítulo 47



El otoño avanzaba con rapidez hacia el invierno y la brisa fresca de la tarde golpeó el rostro de Edwina mientras paseaba por aquella playa que la había visto crecer. ¿Cuántas veces se habían perdido sus pasos por aquella arena? Sobre todo en épocas de inquietud, y el aroma a sal solía apaciguarla.

La joven suspiró y se detuvo en la orilla, permitiendo que el salitre penetrara en sus pulmones, profundo, hasta el alma. En esos instantes, necesitaba tanto aquel sosiego que acostumbraba a obsequiarle, aunque sabía que esa paz era momentánea. Sí, podía su vista perderse en aquel inmenso mar, dejar que su pensamiento volara, libre de admitir sus sueños y esperanzas, pero cuando concluyese ese paseo, cuando volviera al castillo y a su vida, también retornaría a su soledad.

La vorágine vivida en esas últimas semanas se había extinguido. Tras la llegada de Cailen y sus hombres, se tomaron unos días de descanso antes de retomar su viaje hasta los Territorios Gealach, lo necesario para que los guerreros malheridos se restableciesen y de paso aguardar el regreso de los que habían partido hacia Vākh.

Por fortuna, la odisea culminó de modo feliz y habían vencido en la batalla, rescatando a muchos de los que el Rey Tirano había privado de su libertad. Su padre se alegró enormemente al poder abrazar a su gran amigo Trystan, y al ver que su esposa y su familia estaban bien.

Sin embargo, permanecieron el tiempo justo para recuperarse del viaje y marcharon hacia Los Lagos, y los gealach regresaron a su patria. Como era de esperar, Adrienne se fue con su esposo... y aquel castillo que se había visto poblado hasta la última de las alcobas volvía a estar vacío. A ella, esa construcción de fría piedra que era su hogar la engullía y por eso se escapaba a la playa en cuanto tenía ocasión, para tratar de hallarse, sola ante la inmensidad de la arena y el mar.

Un golpe de brisa sopló con fuerza, arremolinando la falda del vestido entre sus piernas y revolviendo su larga melena. Se restregó las manos por los brazos, tratando de caldear su piel pese a estar cubierta por las mangas, y alzó

el rostro con los ojos cerrados, dejando que el frío golpeará su cara. Había una nostalgia que era la que más dolía, una esperanza que con cada día que pasaba se malograba un poco más, y ciertos recuerdos se iban tornando dolorosos al empezar a formar parte de un sueño imposible al que jamás debió aspirar. Y para empeorarlo todo, aquella culpabilidad que la invadía al haber osado pensar que con la muerte de Raleigh, él...

Una lágrima resbaló libre por su mejilla. No fue ella quien lo suscitó, no era ella la que buscaba sus labios para quebrar la resistencia que trataba de mantener intacta. Él la sedujo aquella noche en la gruta, le hizo el amor... y la nombró su reina, algo que ella jamás pidió. En cambio, el tiempo pasaba y las palabras pronunciadas se las llevaba el viento, el mismo que despeinaba sus cabellos y arrastraba las lágrimas por sus mejillas. ¿Para qué pronunciar falsas promesas que no tenía intención de cumplir? ¿Todo fue mentira?

Y, de pronto, un grito se congeló en su garganta al sentir el contacto de unos dedos en sus hombros que se apartaron al instante. Se llevó una mano al pecho, calmando aquel inútil sobresalto, pues con certeza era su padre que se unía a ella en su paseo, y se giró a saludarlo. Las palabras murieron en sus labios.

Nasier...

—Siento haberte asustado, el rugido de las olas ha debido amortiguar mis pasos —se disculpó él.

Edwina sabía que esperaba que le hablara, pero no podía hilar un pensamiento con otro, y mucho menos decir nada. Era tan apuesto... Se había dejado crecer la barba, lo que le otorgaba un atractivo viril que a ella la turbó, además de cierta seriedad que venía acorde con su nuevo título: Rey de Shyt. Y entonces, una punzada en el pecho le recordó que él era el motivo de su profunda tristeza, ese silencio de semanas tan doloroso que le había parecido eterno y que le hacía pensar que el amor que ella cultivó en su corazón, en realidad, no era correspondido.

Se armó de valor y decidió hacerle frente a la decepción con la barbilla alzada y dejando que su orgullo hablara por ella. Al menos, no la vería destruida.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el joven, a causa de su mutismo.

—Sí, sí —se apresuró a decirle—. Estoy bien, Majestad —le respondió, y que se dirigiese a él con tanta solemnidad provocó una mueca de disgusto en Nasier.

—Ni soy rey ni creo que debas tratarme con esa frialdad después de lo

sucedido entre nosotros —replicó, frunciendo el ceño.

—Alteza, entonces. Creí que a estas alturas ya se habría celebrado vuestra coronación —prosiguió con su autoimpuesta pose de desinterés—. Lo que aconteció en aquellos días se desdibuja en mi mente y me temo que el caos vivido en este último tiempo me hace confundir la realidad, así que no sé a qué os referís.

—¿Y es uno de esos recuerdos confusos lo que te ha hecho llorar? —le preguntó, acariciando con los dedos aquel reguero húmedo, aunque ella se apartó y le dio la espalda.

Nasier tomó aire, haciendo acopio de toda su paciencia. Podía comprender su actitud, que respondiera con indiferencia a su silencio, pero no había querido presentarse ante Edwina sin estar preparado para ello.

—Mis lágrimas son asunto mío, Alteza —le respondió sin ceder—. Os informo de que mi padre está en el castillo, así que sentíos libre de retiraros cuando gustéis.

—¿Crees que vengo a verlo a él?

—No tengo motivos para pensar lo contrario, Alteza.

—Deja de llamarme de ese modo —le exigió sin poder contenerse más—. Puedo entender tu enojo, incluso tu desencanto. He precisado de más tiempo del que pensaba para echar a andar de nuevo mi reino maltrecho y así poder ausentarme, venir en tu busca. Mi sentido del deber aún pesa demasiado en mí —admitió con tono severo hacia sí mismo. Al ver que no decía nada, la tomó por los brazos y la giró hacia él, sujetándola con fuerza, y ella lo miró sobresaltada—. Así que grítame, insúltame, incluso golpéame, pero no actúes como si nuestro amor no fuera real, como si no hubieras sido mía. Porque lo eres.

La frialdad en el rostro de Edwina se aligeró, y de pronto, gruesas lágrimas recorrieron sus mejillas.

—Ni siquiera pude despedirme de ti —murmuró, dolida—, compartir contigo una última palabra, una mirada, algo que me alentara a esperarte, a no pensar que todo fue falso.

—¿Crees que a mí no me hizo falta ese último beso? —inquirió, igual de atormentado que ella—. Tanto que, de haber muerto, mi alma hubiera vuelto a ti para reclamártelo.

—No hables así —le pidió, apartando la mirada, mortificada, pero él se lo impidió sosteniendo sus mejillas, y sus manos también se humedecieron con las lágrimas.

—Y tú, ¿por qué sufres de este modo? —demandó con un deje de ansiedad en su voz.

—Tras tu marcha, no me quedó otra cosa —lamentó—. Solo esperar, y la incertidumbre torna la espera en agonía.

Nasier suspiró pesadamente. ¿Acaso podía culparla?

—Edwina... Mi amor por ti ha permanecido vivo durante cuatro años, aun sin saber si me correspondías, sin saber siquiera cómo sabían tus labios —murmuró en tono grave, estremeciéndola—. ¿Por qué habría de morir ahora que por fin puedo tenerte y hacer realidad todo lo que he vivido contigo en mis sueños?

—Sin embargo, yo he temido perderte —le confesó en apenas un murmullo.

—Pues deja de hacerlo —le pidió con impotencia—. Aquí estoy, frente a ti, amándote, pero desesperado porque el momento de estar por fin juntos parece que no va a llegar nunca —le confesó su propio tormento—. ¿Por qué a pesar de estar tocándote te siento tan lejana? ¿Qué necesitas para convencerte de que el único motivo por el que he venido eres tú?

—Estréchame entre tus brazos...

Y Nasier no solo la envolvió en su abrazo sino que apresó sus labios con los suyos, besándola con ímpetu y vehemencia. Gimió cuando la sintió corresponderle, cuando su cuerpo se aferró al suyo como si temiera que fuera a desaparecer. Pero no lo haría, y profundizó su beso, deseando arrancar de raíz todo el sufrimiento que él mismo le había causado.

—Perdóname —le pidió, jadeante, cuando sus bocas se separaron—. Tengo una responsabilidad para con mi pueblo ahora que estamos inmersos en este momento tan aciago para el reino —le explicó, borrando con los pulgares los regueros que habían dejado sus lágrimas—. Mi compromiso entraba en conflicto con mis deseos, y han sido muchos años relegándolos, anteponiendo mi deber a mi felicidad. Lo lamento...

Edwina se refugió en su pecho y dejó escapar un suspiro trémulo.

—Comprendo lo que dices porque a mí me ha sucedido lo mismo —tuvo que admitir—. Mi razón me decía que necesitabas resolver ciertas cosas antes de pensar en nosotros, pero mi corazón te anhelaba tanto que...

—¿Tanto como para convertirte en mi esposa? —le preguntó de repente, y la joven creyó morir de la dicha al escucharlo—. Mis palabras aquella noche no fueron fruto de la pasión —murmuró, sosteniendo sus mejillas—. Te quiero como mi mujer, y como mi soberana. Y además, a tu padre le

entusiasmo este nuevo vínculo entre nuestros reinos —añadió con tono divertido, provocando que ella objetara.

—¿Se lo has consultado a mi padre antes de decírmelo a mí? —se hizo la ofendida.

—Deseaba contar con su aprobación antes de pedirte que fueras mi esposa —alegó con sonrisa traviesa—. Y es un alivio que se haya mostrado tan complacido. Hubiera tenido que raptarte, y provocar otra guerra no entra en mis planes.

—¿Lo harías? —preguntó, coqueta, y en los labios masculinos se esbozó una sonrisa de medio lado que la hizo temblar.

—Haría cualquier cosa con tal de tenerte a mi lado, Edwina —declaró, acariciando sus labios con la yema de los dedos—. Llevo cuatro años soñándote, convencido de que mi amor por ti no podría ir más allá de esos sueños, y ahora, esa dicha que solo osaba imaginar depende únicamente de tu contestación —añadió con visible impaciencia.

—Antes, creo que deberías saber algo —le advirtió, y él aguardó, expectante—. Adrienne no aceptó que yo renunciara al trono en su nombre. Sigo siendo la princesa heredera de Gunnar —le dijo, y el joven se tensó—. Por eso, primero debería preguntarte si estás dispuesto a ser mi hombre y mi rey.

Nasier la besó en respuesta, un beso que le hablaba de su ferviente deseo de unirse a ella para siempre, hasta el fin de sus días.

—Seré tu hombre, tu rey y hasta tu esclavo si gustas —murmuró sobre sus labios, apresándola entre sus brazos—, pero dime que sí —le rogó.

—Sí, Nasier —respondió sin querer dilatarlo más—. Seré tu esposa.

Una sonrisa rebotante de dicha se dibujó en el rostro del joven heredero antes de volver a besarla con todo su ser, y Edwina se dejó llevar por esa felicidad que él le entregaba, allí, en aquella playa que la había visto crecer y que ahora era testigo del momento más dichoso de toda su vida.



El viaje de vuelta a Los Lagos desde Gunnar estaba a punto de dar a su fin.

Nicholas encabezaba la expedición junto a Trystan, Jordan y Brandon, y las mujeres iban acomodadas en un carruaje, aunque Agatha solía hacer el

trayecto a caballo, al lado de su esposo. Los acompañaban los hombres que habían sido apresados con el rey al pie del Monte Arsus y que luego sobrevivieron a la batalla en Vākh. Eran menos de los que Nicholas hubiera deseado, pero en la guerra, las bajas eran inevitables y, por desgracia, en esa ocasión las muertes por parte de los civiles habían sido cuantiosas, y lo estaba comprobando de primera mano.

Ese era el motivo por el que la llegada al castillo se había retrasado. Nicholas dispuso el dar un rodeo para poder visitar las zonas más castigadas por la guerra. Los aldeanos ya habían abandonado la protección del castillo para volver a su hogar, y trataban de recuperarse tras la pérdida. Todos ellos agradecieron el interés de su soberano, incluso trataban de agasajarlo, entregándoles lo poco que tenían, aunque Nicholas nunca aceptó nada, al contrario, ordenó a Brandon, con ayuda de algunos guardias, que fueran tomando buena nota de las necesidades de su gente para poder prestarles su ayuda, ya fuera con mano de obra para reconstruir las casas o sembrar los campos, o incluso con grano y animales que los ayudasen a pasar el invierno que estaba próximo.

El monarca se sentía devastado. No obstante, la nobleza de su pueblo era encomiable, y en muchas ocasiones vio muestras de su generosidad y su hermandad, pues había aldeas muy azotadas que recibían ayuda de otras que no se vieron tan afectadas, para entre todos salir antes de aquel trance. Además, los señores feudales que se habían mantenido fieles a él también auxiliaban a sus vasallos, por lo que la recuperación del reino iba en buen camino.

—Hay mucho por hacer —le comentaba el soberano a su cuñado cuando ya se divisaban a lo lejos las almenas del castillo—. Va a ser un invierno duro.

—Enviaremos nuevas brigadas de alguaciles para que nos mantengan informados de los avances y de cualquier necesidad que surja —le propuso Jordan.

—Deseo que se disponga del dinero de las arcas reales para tal fin —dictaminó—. No puede reposar en su fondo ni una sola moneda de oro mientras mi pueblo lo precise. Vienen tiempos de austeridad para todos —añadió con tono solemne, y el otro hombre asintió, con un brillo en los ojos que denotaba admiración.

De pronto, algo al borde del camino llamó la atención de ambos. Un matrimonio entrado en años aguardaba en una carreta, parados mientras los

veían llegar. Jordan estaba a punto de adelantarse para preguntarles si necesitaban ayuda. Estaban en el ascenso a una pequeña colina y, tal vez, el animal que tiraba estaba enfermo. Sin embargo, cambió de idea cuando vio que la pareja descendía y se colocaba al lado de la carreta, haciendo una venia.

Nicholas los miró con extrañeza, tras lo que se giró hacia su cuñado y, finalmente desmontaron, deteniendo la marcha de la expedición.

—¿Os sucede algo? ¿Precisáis de auxilio? —se interesó el rey con preocupación.

—No, no —contestó con premura el anciano, irguiéndose ambos—. Solo... —titubeó, un tanto avergonzado, al igual que honrado al estar su soberano dirigiéndose a ellos—. Solo queríamos daros la bienvenida, Majestad. Nos alegramos de vuestro regreso.

—Gracias, buen hombre —respondió Nicholas, sorprendido aunque apreciando profundamente aquel gesto.

—Que los dioses os guíen, Majestad —pronunció la mujer con cierto apuro, y el joven les sonrió.

Aún lo hacía mientras montaba y reemprendían el camino hacia el castillo. No esperaba aquella muestra de afecto por parte de sus súbditos y debía admitir que era una sensación maravillosa sentir que su gente lo apreciaba.

—Por todos los dioses...

La voz de Jordan lo sacó de sus pensamientos, y observó que alargaba el brazo, instándole a mirar en la dirección que le señalaba. Habían alcanzado la cumbre de la colina y, desde allí, comprobaron que, al pie de la loma, el sendero que debían seguir recorriendo se hallaba flanqueado por centenares de personas que aguardaban por ellos y que iban trazando el camino hasta perderse en la lejanía, hasta las murallas del castillo de Los Lagos.

Hasta allí llegaron rodeados de vítores y aplausos de bienvenida por parte de todos los ciudadanos que se congregaban. Nicholas estaba impresionado y un tanto sobrecogido por tan inesperado y entusiasmado recibimiento. Una vez atravesaron el puente levadizo y cruzaron el primer anillo amurallado, los gritos de exaltación provenían también de las casas que se habían ido construyendo intramuros, ocupando el espacio hasta llegar a la segunda muralla. Hombres, mujeres y niños les salían al paso, celebrando su llegada.

Y entonces, arribaron a la plaza principal, y la emoción que Nicholas sentía se vio desbordaba por una imagen con la que llevaba semanas soñando. En lo alto de la escalinata, junto a Claire y Erick, quien se apoyaba en su muleta, y

acompañados por los niños, se encontraba Gabrielle. Su esposa sonreía abiertamente, con la mirada brillante por las lágrimas, las mismas que empañaban sus ojos mientras desmontaba con premura. No pudo contenerse; al demonio con el recato, las apariencias y la formalidad. Subió a la carrera aquellos escalones, a largas zancadas, y ella apenas había conseguido descender unos cuantos cuando él la alcanzó. La estrechó entre sus brazos y la alzó, y los presentes estallaron en aplausos cuando el rey besó a su amada esposa con delirio. Gabrielle lo agarraba del cabello y le correspondía con toda el alma, perdida en su beso.

—Por fin estoy en casa —murmuró él cuando se separaron, y Gabrielle asintió, deshaciéndose en ese llanto que no podía contener. Con esas lágrimas moría el miedo y retornaba la dicha.

Entonces, Nicholas sintió un tirón en su túnica. Dejó que su mujer apoyara los pies en el escalón y miró hacia abajo.

—Hola, papi —le dijo el pequeño Ilsik, con su vocecita de niño, pero con cabeza erguida y pose firme, como harían los mayores.

Nicholas se vio invadido por una mezcla de orgullo y ternura. Lo cogió en brazos y lo abrazó, susurrándole palabras de cariño mientras su pequeña mano le acariciaba el rostro.

En ese momento, Trystan y Gladys pasaban por su lado. Erick intentaba bajar a su vez, con ayuda de la muleta y Claire, pero se detuvo cuando su padre le hizo un gesto para que no lo hiciera. Su madre fue la primera que se acercó, tenía las mejillas bañadas en lágrimas, y el joven apenas podía reprimir las suyas. Tanto tiempo sin saber si se volverían a ver...

—Madre... —murmuró él, y Gladys se echó en sus brazos, con tanto ímpetu que lo hizo tambalearse ligeramente al no poder apoyar bien la pierna.

—Hijo mío... —sollozó contra su pecho.

Trystan se unió a su abrazo. Pasó un brazo por los hombros de Erick y besó su cabeza.

—Padre...

—¿Cómo va esa pierna?

—Con gusto dejaré que me revises —le dijo, reflejándose en su voz temblorosa que hasta eso había extrañado.

Agatha y Jordan subieron tras ellos, y Gabrielle fue la primera en ir a abrazar a su viejo amigo.

—Hemos movilizado a toda la Alianza para ir en tu busca —bromeó Erick.

—Lo tenía bajo control —se jactó, siguiéndole el juego—, pero me alegra

saber que me tenéis en tan alta estima.

Erick soltó una carcajada antes de darle un abrazo, y del mismo modo saludó a Nicholas cuando este dejó a Ilsik con Gabrielle.

—Ya era hora de que volvieras, primo —le dijo con fingido reproche—. Hay novedades.

El rey asintió con expresión grave y se giró. Su familia estaba allí, aguardando por él para entrar y disfrutar de un merecido descanso, pero eso debería esperar.

Observó aquella plaza repleta de gente. En cuanto los súbditos se percataron de ello, se hizo el silencio, confiando en que les dirigiera unas palabras. Nicholas se tomó unos segundos; pese a apreciar las sonrisas y la alegría en sus caras a causa de su regreso, no era sencillo.

—Estimado pueblo —comenzó a decir con serenidad y firmeza—, agradezco de todo corazón este inesperado y cálido recibimiento. Creedme cuando os digo que me llena de dicha. Sin embargo, en mi camino de vuelta hasta aquí, he comprobado con mis propios ojos lo que esta absurda guerra ha provocado en nuestra patria. Hay aldeas completamente arrasadas, gente que ha perdido todo cuanto poseía, y por desgracia no me refiero solo a lo material. Pero nadie quedará desamparado, os lo prometo. Desde este momento, mi principal cometido, en lo que invertiré todos mis esfuerzos, será en levantar nuestro reino, devolverle su antiguo esplendor y mantener esta paz que tanta sangre ha costado. Solo confío en que los dioses me otorguen la fuerza y clarividencia necesarias para ello.

—¡Larga vida a nuestro rey! —exclamó alguien entre la muchedumbre, lo que reavivó los ánimos.

Nicholas asintió un par de veces con la cabeza como señal de agradecimiento y se retiró. Aún se escuchaban los vítores a sus espaldas cuando entraron todos al castillo.

Horas después, al anochecer, abandonó el torreón sur, donde había estado reunido con Nigel, Francis, Patrick y Brandon. Le urgía sentar las bases para organizar las distintas batidas de alguaciles, sin olvidar que Flavus y un pequeño grupo de hombres, como representación de Adamón, habían permanecido en el castillo con la esperanza de tener audiencia con él. Le sorprendió que aceptaran de tan buen grado su soberanía y aún más que hubieran acudido en su ayuda. Había nobleza entre la escoria de Balkar.

Tras preguntarle a una doncella dónde se encontraba su esposa, se dirigió a sus aposentos. Gabrielle estaba allí en compañía de Ivette, cambiando de ropa a su hijo antes de acudir a cenar. El pequeño príncipe estaba embadurnado en barro.

—Ni te imaginas cómo han quedado sus primos —decía Gabrielle ante un divertido Nicholas.

—Ha *chido* Rürik —se quejó el niño.

—Si apenas tiene año y medio —apuntó su padre, sin poder creer tal hazaña, mirando el estado tan lamentable en el que se hallaban las ropas de su hijo.

—Eso mismo ha dicho Jordan, muy complacido, por cierto —bromeó la soberana—. No me extrañaría que esta noche propusiera un brindis para celebrar su travesura.

Nicholas rio con su ocurrencia.

—Imagino que mi hermana no pensará lo mismo.

—Ya estás —anunció Gabrielle, bajando a su hijo de la cama—. Ahora, necesito que te marches con Ivette; debo hablar con tu padre. Pórtate bien —le ordenó, levantando un dedo en un gesto de advertencia.

El niño hizo un mohín, pero acabó obedeciendo. Cogió la mano de la doncella y la soberana le dio las gracias a la muchacha antes de irse.

—¿Así que tienes que hablar conmigo? —le preguntó Nicholas cuando se quedaron solos—. ¿Qué querías decirme?

Su esposa no respondió. Caminó hasta él, y al llegar a su altura, se puso de puntillas, le echó los brazos al cuello y lo besó. El joven no dudó en rodearla con los suyos y la apretó contra él, notando lo abultado de su abdomen a causa de su embarazo.

—Solo quería un beso antes de bajar a cenar —le confesó ella mientras su marido acariciaba con una mano su vientre—. Sé que no he pedido audiencia, pero algún privilegio me otorga el que sea tu esposa, ¿no?

—Lo siento —se disculpó, aunque Gabrielle negaba con la cabeza para quitarle importancia—. Sé que nada más regresar me he enclaustrado en el torreón sur, pero había asuntos que no podían esperar. Ha... ha sido muy duro ver el estado tan lamentable de algunas aldeas. Necesitan ayuda con apremio.

—No pretendas resolverlo todo en un día —le aconsejó su mujer, tratando de sosegarlo.

—Lo sé —reconoció—, pero no quiero hablar de eso —le dijo,

sonriente—. He vuelto a dejar mi corona en la puerta.

—Así que, no estoy hablando con el rey, sino con el hombre —apuntó ella, como si le resultase de lo más interesante aquella revelación.

—Eso es —asintió con suavidad.

—¿Y qué querías, esposo mío?

El joven comenzó a recorrer con sus dedos las curvas de su rostro, de sus labios, y Gabrielle podía leer la respuesta a su pregunta en el azul de sus ojos.

—A ti —le dijo igualmente—. Un simple abrazo tuyo apacigua mi alma.

—¿Y si fuera un beso? —demandó, sugerente, y antes de que él pudiera responderle, lo besó.

Nicholas tardó un instante en reaccionar al no esperarlo, pero después, él mismo profundizó ese beso que le aceleraba el corazón. El delicado cuerpo de su esposa se acoplaba al suyo en perfecto abrazo, sus manos buscaban el contacto de sus cuerpos, y sus bocas se devoraban al consumirlos la necesidad.

—Oh... Gabrielle... —jadeó él, depositando ardientes besos en la suave curva de su cuello.

—Nicholas...

—Shhh —la acalló, apartando el tejido del vestido que cubría su hombro para seguir besándolo.

—Tal vez nos esperen a cenar —le recordó ella.

Nicholas se apartó para mirarla y sonrió incitante al ver que sus ojos violáceos decían algo muy distinto al sonido de sus palabras. Mordisqueó con suavidad sus labios, haciéndola partícipe de sus deseos, a los que ella se abandonó con un leve gemido ante la sensual caricia.

Entonces, su esposo la tomó en brazos y la condujo hasta la cama, dispuesto a compensar lo que les había arrebatado su separación.

Sin duda alguna, faltarían dos comensales para la cena. Con tantos reencuentros y conversaciones pendientes, seguro que apenas se percatarían de su ausencia. Y si así fuera, ¿quién podría reprochárselo?

Esa noche, el mundo se reducía a su lecho; más allá de esa habitación todo dejaba de existir para ellos. No había conjuras o alianzas. Solo ellos y su amor. Invencible y eterno.

Epilogo

Cinco años después...

El silencio se alzaba en aquel valle en La Espina en esa radiante mañana otoñal, pese a la gran cantidad de personas que se hallaban allí congregadas.

En esa fecha se celebraba la efeméride de la última gran batalla que se dio en aquellas montañas y que reunió de manera tan aciaga a tantos reinos, pero entre los que se formó la Nueva Alianza. Un gran monolito se situaba en un lugar privilegiado de aquel valle, y en la roca se habían labrado los blasones de todos ellos. Y allí se acudía en peregrinaje, cada año, tal y como dictaba lo que ya se consideraba una tradición, a mostrar sus respetos, dedicar un recuerdo más a sus muertos y alzar una muda plegaria a sus dioses por sus almas.

Nicholas de Los Lagos, Asbath y Adamón; Trystan de Meissen; Josiah de Gunnar; Nasier de Shyt; ËaGhal de Vākh; Richard de Breslau, y por último, en representación de los Territorios Gealach, Lyal de Dagmar y Cailen, Rey de Tarsus, puesto que su padre, Phelan, había sido llamado por los dioses un par de años atrás. Todos oraban en silencio frente al monumento, y a una distancia prudencial aguardaban sus familiares y todos los súbditos que habían tenido a bien acompañarlos en ese largo periplo. Cada vez eran más numerosos, y se formaban distintos campamentos a lo largo y ancho del valle durante los dos días que se prolongaba la reunión, lo mismo que duró la batalla. Los asistentes compartían en hermandad, y los soberanos tenían ocasión de estrechar aún más sus lazos entre ellos, ponerse al día en los distintos asuntos de estado y, de paso, conocer a los nuevos miembros de la familia.

En cualquier caso, corrían tiempos de paz y bonanza en los distintos territorios una vez recuperados de la última guerra.

En el lejano Vākh, ËaGhal era considerado un soberano respetable y benevolente, aunque no por eso dejaba de ser severo con quien traicionaba las

leyes. Desposó a Dhära poco después de ser coronado rey y ya tenían a su heredero, aunque confiaban en que los dioses los bendijeran con algún hijo más.

Josiah seguía reinando Gunnar, y gozaba a menudo de la visita de su amigo Trystan y de su hija Edwina, a quien también solía ir a ver de vez en cuando a Shyt, donde gobernaba con su esposo. Nasier y ella unieron sus vidas y se proclamaron reyes de Shyt en la misma ceremonia, y habían engendrado dos preciosas hijas. Sin embargo, su hermana Adrienne, contaba ya con dos pequeños príncipes. La muerte de Phelan fue un duro golpe para todos, sobre todo para Cailen, pero se vio apoyado por el resto de nobles gealach y, sobre todo por Zayev y Richard de Breslau, quien seguía al frente de su reino con la gracia de los dioses, y disfrutaba de sus dos nietos, porque Claire, finalmente y contra todo pronóstico, engendró otro hijo, un varón. Los dioses así lo dispusieron, y la esposa de Erick tuvo que estar sometida a continuos cuidados. Grunilda, la partera de Los Lagos, se trasladó a Meissen para ocuparse de su preñez bajo la supervisión del Rey Sanador y, por fortuna, resultó en una hora corta y feliz.

El soberano más ocupado de todos era, sin duda, Nicholas, y no solo porque Gabrielle le había obsequiado con dos hijas más, sino por la extensión de sus dominios. Asbath continuaba bajo la tutela de Jordan, quien seguía feliz y enamorado hasta la médula de Agatha. Lo asistían en su tarea en el reino Francis y Griän, como siempre, y Brandon pasó a ser quien dirigía los distintos grupos de alguaciles, con la ayuda de Steven. En un principio, Brandon iba a ser trasladado a Adamón, y tanto Agatha como Selene y Anyan se alegraron de que al final no fuera así, pues habían entablado una gran amistad con su esposa Ethel. En su lugar, fue Patrick quien solicitó a Su Majestad su marcha a Adamón y quedó al frente de la guardia y al cuidado de la prisión. Pronto se supo que la hija menor del anciano Flavus era un motivo muy importante para dicha petición.

Todos parecían haber hallado su lugar, y en ese preciso momento, ese lugar era sentados en descomunales mesas al aire libre en mitad del valle, donde degustaban un exquisito banquete, como una gran familia, sin importar la cuna o el linaje: nobles, plebeyos... daba igual, pues el afecto era lo que los unía, a ellos y a sus vástagos.

El hijo de ËaGhal y Dhära correteaba con el pequeño de Brandon y Ethel, bajo la supervisión de Deanna, la hija mayor de Erick y Claire. Frederick, en cambio, por ser el mayor de todos, era quien llevaba la voz cantante, aunque

Edera era capaz de dominarlo con una mirada, tras lo que tenía que soportar la mofa de su otro hermano, Rürik, de Ilsik y los hijos de Francis y Griän. Los más traviesos eran los pequeños guerreros gealach y, por el contrario, sus hermanas y sus primas de Shyt eran las más tranquilas.

Tres generaciones se reunían en ese festín, en completa armonía, entre cánticos, risas y brindis. Algunas mujeres habían obligado a sus esposos a danzar y las que no lo conseguían lo hacían con sus pequeños.

—Nicholas, di unas palabras —lo animó de repente Jordan.

—¿Yo? —inquirió, negando con la cabeza.

—Eres quien menos ha bebido de todos, así que tu discurso será el más sensato —lo acicateó su primo.

—Lo está deseando —le dijo Zayev a Cailen con mofa, provocando la risa de todos.

—¿Puedo hablar yo, padre? —le pidió de pronto Ilsik, quien llegaba corriendo hasta él. A pesar de contar solo con siete años, el príncipe ya poseía una potestad que, sin duda, había heredado de su padre.

Nicholas apartó un poco la silla para dejarle sitio mientras lo observaba, un tanto maravillado. La gravedad en las facciones de su hijo vestía de seriedad sus palabras. Miró de reojo a Gabrielle, quien sonreía con confianza, lo que hacía sospechar al soberano que aquella petición no era fruto de un impulso sino algo meditado.

—De acuerdo —le respondió.

El niño sonrió mientras se alzaba un susurro de complacencia. Entonces, Jordan le alargó un vaso con vino, recibiendo una mirada reprobatoria de parte de Gabrielle.

—¿Qué es un brindis sin vino? Trae mal fario —insistió él, con tono exagerado.

—No te preocupes, madre, solo me mojaré los labios —alegó el niño con genuina seriedad, provocando la risa en los presentes y que ella pudo controlar a duras penas.

—Siendo así, me quedo más tranquila —respondió, observando a su esposo, quien sonriente gozaba con la escena.

Ilsik carraspeó para aclararse la voz, irguió su postura y sostuvo el vaso con firmeza.

—Otro año volvemos a reunirnos aquí con nuestra familia, en el lugar que fue testigo de la peor batalla de los últimos tiempos y que conmocionó nuestra forma de vida —comenzó a decir el pequeño heredero, y la

sorprendente madurez de su discurso hizo que todos en la mesa le prestaran la máxima atención—. Sin embargo, no solo volvimos a levantarnos, sino que fuisteis tan magnánimos de socorreros los unos a los otros, llorar juntos a vuestros muertos y dejar atrás las posibles diferencias y deudas contraídas para forjar esa Nueva Alianza que garantiza el sólido periodo de paz del que ahora disfrutamos.

Llegados a ese punto, los descendientes de mayor edad, como Frederick y Rürík, o los hijos de Francis y Griän, se habían colocado detrás del joven príncipe, rodeándolo en señal de asentimiento. Sus progenitores estaban sin habla.

—Pese a nuestra corta edad —Ilsík habló ahora en nombre de todos ellos—, comprendemos que esta calma no será eterna y, cuando llegue nuestro turno, esperamos que los dioses nos guíen para conducirnos con la misma sabiduría que obrasteis vosotros. ¡Por la Nueva Alianza! —exclamó, levantando su vaso.

Todos lo contemplaban perplejos. Nicholas fue el primero en coger el suyo e imitarlo.

—Por la Nueva Alianza —repitió, sin apenas poder articular palabra, atónico como estaba, y muy orgulloso también. Ilsík lo percibió en su mirada y sonrió, honrado.

Poco a poco, se fueron alzando el resto de brindis, tras lo que lo sellaron, bebiendo de sus vasos. Ilsík, tal y como le había prometido a su madre, solo se mojó los labios. Luego, después de recibir un beso suyo y un abrazo por parte de su padre, se volvió hacia sus primos y amigos y juntos volvieron a sus juegos, como si aquello hubiera sido un pequeño capítulo aislado en la celebración. A fin de cuentas, no eran más que unos niños.

—Tu heredero al trono está más que listo —bromeó Nasier, quebrando aquel aire serio que se respiraba en el ambiente.

—Y se lo cederé más que gustoso —asintió Nicholas, riendo.

—A no ser que se haga el remolón —apuntó Trystan con mofa, arrancando una risotada a su hijo.

Este le lanzó una miga de pan que el soberano agarró en el aire y le ofreció a su cuervo, su más que fiel aliado y que reposaba en su hombro.

—Padre, aún eres joven y desempeñas tu cargo a las mil maravillas —le siguió el juego Erick.

—Juventud, divino tesoro —recitó Josiah, y Richard y Lyal, lo secundaron, alzando sus copas.

—Vosotros reíd mientras nuestros hijos se alían en nuestra contra —continuó ĘaGhal.

—Piensa el ladrón que todos son de su condición —añadió Jordan, y la mesa estalló en una carcajada generalizada.

—De tal palo... —prosiguió el rey de Văkh con la chanza.

—Cierto es que nuestros hijos nos vienen siguiendo los pasos, pisando fuerte, además —aceptó Nicholas—. Hasta entonces, trabajemos unidos para cederles el mejor de los legados —auguró.

—¡Que así sea! —exclamaron al unísono, volviendo a brindar.

Los tiempos de paz eran frágiles, todos allí eran conscientes de ello. No obstante, mientras perdurase, disfrutarían de la dicha que ahora compartían, y pondrían su empeño para que se prolongara hasta el fin de los tiempos.

Llegarían nuevos conflictos, los sobrevolarían nuevas amenazas, a los que sus hijos, y los hijos de sus hijos, deberían hacer frente. No cabía duda, saldrían victoriosos con el favor de los dioses.

Pero esa... esa es otra historia.

FIN



Agradecimientos

El primer «gracias» es para todas las lectoras que, tras leer Szigia, no dudaron en escribirme para pedirme una novela más, un poquito más de la historia de Los Lagos. Princesas, va por vosotras.

A Elena García, mi editora y, lo más importante, mi amiga. Mi vida es más bonita sabiendo que formas parte de ella. Te debo tanto que necesitaría otras 583 páginas para expresarte mi agradecimiento. No sabes cuánto te admiro. Te quiero un montón!

A Romi y Ana María, por estar ahí desde antes de que Los Lagos se convirtiera en una saga, por vuestra amistad y vuestro cariño. Porque sé que seguiréis estando ahí. Os quiero!

A Gemma, Manoli y Almudena, qué grandes sois, chicas! Mil gracias por los consejos, los ánimos, por las llamadas a cuatro fallidas, y porque sé que siempre podré contar con vosotras. Os quiero!

A Ester Fernández, Pili Doria, Kris L. Jordan, Isa Jaramillo, y Emi Gómez, por darme aliento en mis horas bajas, por no permitirme tirar la toalla. Sois un cielo!!!! Y os adoro!

A Araceli Romero, Lorena Santos, Ariel Romero, Eva Abella, Gema Pablo, Montse Ruíz, María Del Pilar Aguado, M Luisa BT, Elia Buendia, Luz Alvarenga, Eva MN, Eva María Rubio, Thania Freitas, Bárbara Padrón, Amparo Torres, Montse Palacios, Luisa Martínez, Juan Francisco Conde, Calu Amor, Maribel Díaz, Tanya Martins, Inma Herrador, Mary Carmen García, Noelia Moral, Mara Mornet, Carla Crespo, Javier Castillo, Solhanlle Bonilla, Criss Bautista, Mayte La Rosa, Maribel Moreno, Sara Moreno, y a todo mi grupo de “las musas”. Porque sois inspiración, cariño, generosidad, una palabra de apoyo, una mariposa revoloteando en forma de idea, ilusión, una mano amiga a la que agarrarte, esa sonrisa que hace que esto valga la pena. Mil gracias por formar parte de mi mundo, por hacer que este sueño no se desvanezca.

A Tania, Roser y Yolanda, por ese reencuentro. ¿Quién dijo que las segundas partes nunca fueron buenas? Gracias, chicas, de corazón!!

A las chicas Gandy, en especial a Lola Domingo Gay, Mari Carmen Gay, Ana Mari Gay Pereira, Estefanía Pérez Pascual, Scarlet Roja, Rachel White y Maite López, por todo el apoyo que me habéis brindado en estos últimos

meses. Nunca olvidaré cómo os habéis volcado conmigo a pesar de ni siquiera conocerme.

A todos mis lectores, a los que no dudáis en escribirme para contarme vuestras impresiones, y también a los que me seguís desde la sombra. Gracias por la oportunidad, por escoger una de mis novelas como siguiente lectura y darle vida propia, hacerla vuestra. Seguiré escribiendo historias para vosotros mientras así lo queráis.

Otros títulos

La Saga de Los Lagos

- Mi corazón en tus manos
- Entre el Sol y la Luna
- Sизigia

Serie Extrarradio

- Lágrimas de ángel
- ...y navegar en tu mar
- Cada vez que te beso

Novelas Independientes

- Bajo la luz de tus ojos
- Proyecto: tu amor (HQÑ)

Sobre la autora



Juani Hernández nació en Aldaia (Valencia), aunque pasó la mayor parte de su infancia en Picassent (Valencia).

Finalizó la carrera de Arquitectura Superior en la Universidad Politécnica de Valencia, se define como arquitecta de profesión y escritora por devoción.

Su primera incursión en la novela romántica fue «Mi corazón en tus manos», la primera parte de la saga de Los Lagos y que fue publicada en diciembre de 2013. Desde entonces no ha parado de escribir, y está trabajando en varios proyectos con los que espera sorprender en 2017.

Actualmente vive en Aldaia, donde su principal ocupación es cuidar a sus dos preciosos hijos, aunque siempre se las ingenia para hacerse con un buen puñado de ratos libres y seguir escribiendo.

Si quieres contactar:

www.facebook.com/Juanihernandezautora

@JuaniHdezAutora

Para más información sobre las novelas:

<http://juanihernandez76.wix.com/autora>

Y búscanos también en el grupo de facebook

<https://www.facebook.com/groups/656560904424013>